DIGITALIZACIÓN GE

BT111
C5
V.1
c.1

53532

1080042174

Ex-Libris
250 8

COLECCION

DE

SELECTOS PANEGÍRICOS.

TOMO I.

252

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Varios Prelados de España han concedido 2400 dias de indulgencia á todos los que leyeren ú oyeren leer un capítulo ó página de cualquiera de las publicaciones de la LIBRERÍA RELIGIOSA.

COPIOSA Y VARIADA COLECCION

DE

SELECTOS PANEGÍRICOS

SOBRE LOS MISTERIOS DE LA

SANTÍSIMA TRINIDAD, DE JESUCRISTO

Y DE SU

SANTÍSIMA MADRE,

y sobre

LAS FESTIVIDADES DE MUCHÍSIMOS SANTOS:

SEGUIDA DE

ALGUNAS ORACIONES FÚNEBRES

Y OTROS UTILÍSIMOS SERMONES.

SALE Á LUZ

bajo la direccion del Excmo. é Ilmo.

SR. D. ANTONIO MARÍA CLARET,

Arzobispo dimisionario de Santiago de Cuba.

TOMO I.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

Con aprobacion del Ordinario.

53532

BARCELONA:
LIBRERÍA RELIGIOSA.—IMPRENTA DE PABLO RIERA,
CALLE DEN ROBADOR, NÚM. 24 Y 26.
1860.

38075

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BT111
C5
V-1

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

PRÓLOGO.

Habiendo ya publicado los Sermones de Mision y la Coleccion de Pláticas dominicales, pensábamos descansar de esta especie de trabajos y dedicarnos á otras materias de no menor importancia, cuando hé aquí que los mismos que han leido las obras antedichas, despues de haber dado gracias á Dios, y á Nos la enhorabuena, nos han instado una y mas veces para que formásemos una Biblioteca predicable, diciéndonos que, además de ser de mucha gloria á Dios, y bien de las almas, serviria de grande descanso y alivio á todos los sacerdotes que se dedican al púlpito, principalmente á los señores canónigos, predicadores de la Real Capilla y demás oradores de las ciudades y poblaciones grandes y auditorios ilustrados. Accediendo, pues, á estas celosas pretensiones, hemos emprendido la obra, confiados en el auxilio de Dios, proteccion de María santísima y demás Santos, á cuyo honor y gloria se dirigen estos trabajos.

El plan que nos hemos propuesto es presentar las materias mas interesantes de nuestra sacrosanta Religion, no como materiales para formar discursos, á la manera que vemos en otras Bibliotecas, v. g. de Houdri, Lonner, Lanuza, Montargon, etc.; sino los materiales mas escogidos y reunidos en discursos los mas elocuentes, pensando que además de ahor-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rar grande trabajo á los predicadores, les presentarémos modelos perfectísimos de elocuencia sagrada.

Al efecto hemos reunido en nuestra Biblioteca predicable los discursos mas preciosos de Granada, Santander, Bossuet, Massillon, Bourdaloue, Flechier, Neuville, Señeri, Laselve, Siniscalchi, Galli, Torricelli, Torriani, Granelli, Gabrielli, Venini, Tornielli, Masotti, Casarotti, Pizzi, Malacrida, Vettori, Canovai, Rimella, Cesari, Pellegrini, Grossi, Billot, Bertieri, Ciceri, Ridolfi, Guensi, Fontana, Leone, Luvini, Conati, etc., etc.

Hemos puesto en primer órden los discursos que tratan de la santísima Trinidad y de Jesucristo, y de sus misterios, pasion y muerte; luego los discursos que versan cerca las festividades de María santísima; á los dos ó tres discursos que habrá para cada misterio ó fiesta de Jesús y María seguirán tres proyectos ó esqueletos distintos del mismo objeto que se podrán llenar de los materiales de los discursos precedentes, y de las sentencias, figuras de la sagrada Escritura, de las sentencias de los santos Padres que siguen á los discursos de cada materia.

Despues de los discursos que tratan de Jesucristo y de María santísima siguen los panegíricos de los Santos, oraciones fúnebres y los sermones de las virtudes que deben tener los Sacerdotes, Religiosas, Hermanas, y todo el pueblo cristiano. Para este son los sermones morales, que vienen al último.

Esta es la obra que se publica, y no dudamos que será tan apreciada como las anteriores, y servirá de mucha gloria á Dios y de grande descanso á los sacerdotes predicadores, y bien de las almas, que es lo único que nos hemos propuesto. Vale.

ANTONIO MARÍA CLARET,
Arzobispo.

SELECTOS PANEGÍRICOS.

ESQUELETO DEL SERMON

SOBRE LA EXISTENCIA DE DIOS.

Videte fratres, ne forte sit in aliquo vestrum cor malum incredulitatis discedendi à Deo vivo, sed adhortamini vosmetipsos per singulos dies, ut non obduretur quis ex vobis fallacia peccati. (Hebr. III, 12, 13).

Guardaos, hermanos, que no haya en alguno de vosotros corazon malo de incredulidad, apartándoos del Dios vivo; antes amonestaos vosotros mismos los unos á los otros cada dia, para que no sea endurecido alguno de vosotros por engaño del pecado.

1. Con las precedentes palabras exhorta san Pablo á los hebreos, recordándoles que no todos sino muy pocos de sus antiguos padres entraron en la tierra de promision por el pecado de su incredulidad.

2. Si entonces habló así san Pablo á los hebreos, ¿con cuánta mas razon lo diria á los cristianos de hoy dia?

3. No extrañeis, pues, que diga yo como el Apóstol: *Videte, fratres*, etc.

4. No extrañeis, repito... En la edad de nuestros padres no habia necesidad de estos sermones; pero en nuestros tristes dias...

5. Discípulos de Jesucristo, uníos á mí... Vuestra fe es la mia...

6. Ser eterno... ¿Cómo podré dejar de hablar?... No, Dios mio: no callaré.

7. Dijo el insipiente en su corazon: No hay Dios. Lucha entre las luces de la razon y las tinieblas de la incredulidad.

8. Díjolo en su corazon, pero los insipientes de nuestros dias

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rar grande trabajo á los predicadores, les presentarémos modelos perfectísimos de elocuencia sagrada.

Al efecto hemos reunido en nuestra Biblioteca predicable los discursos mas preciosos de Granada, Santander, Bossuet, Massillon, Bourdaloue, Flechier, Neuville, Señeri, Laselve, Siniscalchi, Galli, Torricelli, Torriani, Granelli, Gabrielli, Venini, Tornielli, Masotti, Casarotti, Pizzi, Malacrida, Vettori, Canovai, Rimella, Cesari, Pellegrini, Grossi, Billot, Bertieri, Ciceri, Ridolfi, Guensi, Fontana, Leone, Luvini, Conati, etc., etc.

Hemos puesto en primer órden los discursos que tratan de la santísima Trinidad y de Jesucristo, y de sus misterios, pasion y muerte; luego los discursos que versan cerca las festividades de María santísima; á los dos ó tres discursos que habrá para cada misterio ó fiesta de Jesús y María seguirán tres proyectos ó esqueletos distintos del mismo objeto que se podrán llenar de los materiales de los discursos precedentes, y de las sentencias, figuras de la sagrada Escritura, de las sentencias de los santos Padres que siguen á los discursos de cada materia.

Despues de los discursos que tratan de Jesucristo y de María santísima siguen los panegíricos de los Santos, oraciones fúnebres y los sermones de las virtudes que deben tener los Sacerdotes, Religiosas, Hermanas, y todo el pueblo cristiano. Para este son los sermones morales, que vienen al último.

Esta es la obra que se publica, y no dudamos que será tan apreciada como las anteriores, y servirá de mucha gloria á Dios y de grande descanso á los sacerdotes predicadores, y bien de las almas, que es lo único que nos hemos propuesto. Vale.

ANTONIO MARÍA CLARET,
Arzobispo.

SELECTOS PANEGÍRICOS.

ESQUELETO DEL SERMON

SOBRE LA EXISTENCIA DE DIOS.

Videte fratres, ne forte sit in aliquo vestrum cor malum incredulitatis discedendi à Deo vivo, sed adhortamini vosmetipsos per singulos dies, ut non obduretur quis ex vobis fallacia peccati. (Hebr. III, 12, 13).

Guardaos, hermanos, que no haya en alguno de vosotros corazon malo de incredulidad, apartándoos del Dios vivo; antes amonestaos vosotros mismos los unos á los otros cada dia, para que no sea endurecido alguno de vosotros por engaño del pecado.

1. Con las precedentes palabras exhorta san Pablo á los hebreos, recordándoles que no todos sino muy pocos de sus antiguos padres entraron en la tierra de promision por el pecado de su incredulidad.

2. Si entonces habló así san Pablo á los hebreos, ¿con cuánta mas razon lo diria á los cristianos de hoy dia?

3. No extrañeis, pues, que diga yo como el Apóstol: *Videte, fratres*, etc.

4. No extrañeis, repito... En la edad de nuestros padres no habia necesidad de estos sermones; pero en nuestros tristes dias...

5. Discípulos de Jesucristo, uníos á mí... Vuestra fe es la mia...

6. Ser eterno... ¿Cómo podré dejar de hablar?... No, Dios mio: no callaré.

7. Dijo el insipiente en su corazon: No hay Dios. Lucha entre las luces de la razon y las tinieblas de la incredulidad.

8. Díjolo en su corazon, pero los insipientes de nuestros dias

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

lo dicen tambien de palabra y por escrito. Confundámoslos con las consecuencias del ateismo.

9. ¿No hay Dios? Luego no hay ley eterna... no hay conciencia... ¿No hay Dios? Luego no hay virtud ni vicio... etc., etc.

10. Consuelos y ventajas que saca el creyente de su firme fe. Lázaro... Job... san Pablo... Susana... Daniel,... etc.

11. ¿Dónde hallaréis, extravagantes ateistas, tan preciosas utilidades? ¿En los delirios de Epicuro?... ¿En el ridículo panteismo de Espinosa?...

12. ¿Las encontraréis en los absurdos del autor del Telliamed, cuyas extravagancias mueven á risa, y cuyos extravíos causan lástima?

13. Los hombres y los brutos no deben su existencia á un Dios criador, sino á la materia eterna... Unos y otros son una especie de peces que se quedaron en seco cuando las aguas que cubrian la tierra se fueron disminuyendo... ¿Puede demostrarse mejor la existencia de Dios, que refiriendo tales despropósitos?

14. ¡Qué consuelo para nosotros el reconocer á un Criador! el saber que tenemos un Redentor... un Padre celestial... un Maestro sapientísimo... un Médico divino!...

15. Si de negar la existencia de Dios resultan tantos absurdos, si de admitirla nacen tantos consuelos, ¿de cuántos males nos librarémos, y cuántos bienes adquirirémos, si creemos... ¡Oh alma mia! alégrate... regocíjate en tu Dios...

16. ¡Oh sumo y verdadero Dios! ¡oh suma y verdadera vida, de quien...

17. Temblad, pecadores... Alegraos, justos...

SERMON

SOBRE LA EXISTENCIA DE DIOS.

Videte fratres, ne forte sit in aliquo vestrum cor malum incredulitatis discedendi à Deo vivo, sed adhortamini vosmetipsos per singulos dies, ut non obduretur quis ex vobis fallacia peccati. (Hebr. III, 12, 13).

Guardaos, hermanos, que no haya en alguno de vosotros corazon malo de incredulidad, apartándoos del Dios vivo; antes amonestaos vosotros mismos los unos á los otros cada dia, para que no sea endurecido alguno de vosotros por engaño del pecado.

1. El grande apóstol san Pablo, convertido por la poderosa gracia del Omnipotente, de perseguidor del Cristianismo en defensor de la religion de Jesús, de blasfemo y contumelioso en confesor ilustre de la fe, y de incrédulo en fiel, deseando mantener pura la fe que acababan de recibir sus hermanos los hebreos, les escribe una edificante y elocuentísima carta, en que les dice entre otras muchas estas palabras: Mirad, hermanos, no se halle entre vosotros algun corazon contaminado con el mal de la incredulidad: vivid vigilantes para no apartaros de la doctrina de Dios vivo que crió todas las cosas: exhortaos mútuamente todos los dias unos á otros, para que no se endurezca el corazon por la falacia del pecado. Ya que somos participantes de la gracia de Jesucristo, mantengámosla con perseverancia hasta el fin. No le irritemos como algunos de nuestros antiguos padres: advertid que todos pasaron el mar Bermejo, todos fueron testigos de la ley que con tanta majestad se les intimó desde el monte Sínai, todos anduvieron cuarenta años por el desierto bajo la proteccion de la columna y la nube, todos comieron el mismo maná, todos bebieron el agua milagrosa que les dió la piedra; pero no todos sino muy pocos entraron en la tierra de promision por el pecado de su incredulidad: *Et videmus quia non potuerunt introire propter incredulitatem.*

2. Y si el apóstol san Pablo ya recelaba los daños de la incre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dulidad en aquellos dias felices del Cristianismo; en aquellos primeros tiempos, digo, en que estaba viva la fe, firme la esperanza, ardiente la caridad, y las costumbres de los fieles eran tan puras, tan irreprensibles y tan santas, como que vivian entre los primeros discípulos de Jesucristo, que acababa de enviar sobre ellos su divino Espíritu, llenándolos de gracias y virtudes, ¿cuánto mas levantaria la voz san Pablo si viviera en nuestros dias en que la tibieza de la fe y la relajacion de las costumbres es tan universal y sensible? en nuestros dias en que la incredulidad no camina, como en otros tiempos, tímida y entre las oscuras sombras que la envuelven, sino que marcha atrevida con la frente levantada, pretendiendo erigir su trono sobre las ruinas de nuestra santa Religion? ¿Con cuánta mas razon que en su tiempo procuraria hoy san Pablo preservar á los fieles del contagio de la incredulidad, al escuchar tantas bocas blasfemas como se abren, tantos libros impíos como se escriben para sostenerla y propagarla?

3. No extrañeis por tanto, cristianos mios, que ya que no exista san Pablo entre nosotros, no falte alguno de sus sucesores que deseando y pidiendo á Dios alguna parte de aquel grande espíritu, procure llenar dignamente una de sus primeras obligaciones, administrándoos una doctrina sana, una doctrina santa, católica y apostólica, que no solo pueda preservaros de la infeccion de los incrédulos, sino que os haga triunfar gloriosamente de todos sus acontecimientos. No extrañeis que diga como el Apóstol: *Videte, fratres, ne forte sit in aliquo vestrum cor malum incredulitatis:* mirad, hermanos, que vivimos en unos dias malos: mirad que debemos preservarnos con todo cuidado del contagio de la incredulidad: mirad que no se halle ya alguno de vosotros contaminado con esta peste: mirad que han llegado ya los tiempos en que es menester dar razon de lo que creemos y esperamos, como lo encarga el príncipe de los Apóstoles san Pedro: mirad que en nuestros dias no se impugna á la Religion en uno ú otro de sus dogmas, sino en todos. No se trata de negar la consustancialidad del Hijo con su eterno Padre, como pretendian los Arrianos: no la maternidad divina de María santísima, como los Nestorianos: no la necesidad de la divina gracia, como los Pelagianos: no la intercesion de los Santos y la existencia real y verdadera del cuerpo y sangre de Jesucristo en la sagrada Eucaristía, como los Luteranos y Calvinistas. ¡Ay de mí! no se trata de estos y otros puntos particulares en que quedaron gloriosamente vencedores los Osios de Córdoba, los Atanasios de Alejandría, los Nicolases de Mira, los Eusebios de Verceli, los Jerónimos de Belen, los Agustinos de Hipona, y otros Padres; se trata... ¡qué horror! de derribar todo entero el baluarte de la Religion: se trata de dar una batalla campal de poder á poder: de una batalla decisiva, cuyo fruto sea el destierro de la fe, el olvido de toda la religion, y la independencia del hombre, de todas las leyes, de todos los cultos, y de todas las potestades. En una palabra, se trata de no admitir términos ni límites á las pasiones y apetitos del corazon humano; y si para conseguirlo es menester negar la existencia de Dios, la inmortalidad del alma racional, y toda religion divina y revelada, negarlo todo.

4. No extrañeis, vuelvo á decir, que procuremos, á imitacion de san Pablo, preservaros de este contagio que por la tibieza de la fe y la relajacion de las costumbres se ha hecho mayor de lo que comunmente se piensa: no extrañeis que obedeciendo al príncipe de los Apóstoles san Pedro demos razon de las verdades eternas que profesamos, y que tratemos de demostrar invenciblemente la existencia de Dios, la necesidad de un culto, la verdad de una religion revelada, la autenticidad de los santos Libros... y en suma, no debeis extrañar que siendo hijo de la santa Iglesia católica, apostólica, romana, me presente en batalla contra sus enemigos, y que trate de sostener la verdad, la santidad y la divinidad de la religion que profeso. Si os parece temeridad que siendo yo el mas débil é ignorante de todos los hombres, arrostre un empeño tan arduo y peligroso, y que aparezca en mi nacion el primero con esta clase de sermones dogmáticos; yo responderé con toda mansedumbre: lo primero, que obedezco á Dios que me manda no avergonzarme de confesar su divina palabra delante de los hombres: lo segundo, que cumplo lo que disponen san Pedro y san Pablo, conservando este sagrado depósito de la doctrina verdadera, y mostrándole á los que le necesitasen y pidiesen: lo tercero, que no todos los remedios son útiles en todos los tiempos, y para toda clase de enfermedades: en la edad de nuestros padres, que tan firmes estaban en la fe, no habia necesidad de estos sermones; pero en nuestros tristes dias, en que la incredulidad hace progresos, son precisos y necesarios: lo cuarto, yo conozco mi debilidad é ignorancia, y la arrogancia y fastuoso aparato de los enemigos de mi santa religion; pero no fio en mí, sino en la omnipotencia de aquel Señor que destruye la sabiduría de los sábios del mundo, y reprueba la prudencia de los prudentes segun la carne: de aquel Señor que elige la ig-

norancia para confundir la sabiduría, y lo mas débil y despreciable para humillar lo mas fuerte, para que no se glorie el hombre en su presencia: respondo lo quinto, que soy ministro de Dios y debo trabajar en su Iglesia *secundum gratiam Dei quæ data est mihi*, plantando y regando segun mis pobres talentos, con la esperanza de que Dios producirá los frutos segun el propósito de su adorable voluntad, aunque nada sea el que planta y nada el que riega. Algunos años he empleado, no yo solo, sino la gracia de Dios conmigo, en procurar la observancia de la ley inmaculada del Señor, ya de viva voz, y ya por escrito; y los fieles creyentes han recibido mis palabras y mis escritos con una aceptacion superior á mis esperanzas, pero igual á mi reconocimiento. Ahora es menester demostrar la existencia de ese Dios y Señor contra los incrédulos, para preservaros de su contagio y fortaleceros en la verdadera fe.

5. Discípulos de Jesucristo, uníos á mí para sacar de las tinieblas de la incredulidad á los que viven sumergidos en ella. Discípulos de Jesucristo, vuestra fe es la mia, sostengámonos en ella, confirmemos en ella á nuestros hermanos, para que se preserven del error, y caminen siempre por las sendas rectas de la verdad.

6. Ser eterno, principio y fin de todos los seres, Dios y Señor de las virtudes, infinito, omnipotente y santo, ¿cómo yo, polvo y ceniza, hablaré delante de vuestra adorable é inmensa majestad? Pero ¿cómo podré dejar de hablar para que toda criatura racional adore vuestra divinidad, alabe vuestras perfecciones, agradezca vuestros beneficios, ame vuestra bondad, tema vuestra justicia, y espere vuestras misericordias? No, Dios mio: no callaré. Yo desde el abismo de mi nada, conducido de aquella luz con que graciosamente habeis iluminado mi espíritu, me levantaré hasta el trono de vuestra grandeza, y publicaré que existís eternamente lleno de infinitas perfecciones, y que se os debe toda alabanza, honor, culto, adoracion y reverencia por los siglos de los siglos; y que toda criatura racional debe creer vuestras verdades, temer vuestros castigos, esperar vuestras recompensas, observar vuestros preceptos, recibir vuestros Sacramentos, pedir vuestros socorros, y amar vuestra bondad. Esto deseo publicar para mayor honra y gloria vuestra, utilidad de mis prójimos y mi propia santificacion: *Ave María.*

7. El Espíritu Santo nos dice por su profeta David que el insipiente dijo en su corazon, que no habia Dios. Sin duda era un sábio segun la carne, á quien sus desórdenes habian infatuado. Sin duda luchaban con todo empeño en su corazon las luces de su razon y las tinieblas de la incredulidad. Las primeras le mostraban irresistiblemente la existencia de Dios que crió todas las cosas, que las conserva con admirable órden y armonía, que condena todos los vicios, y que ama y premia todas las virtudes. Las segundas pretendian tener imperio en el corazon sin los remordimientos del espíritu. Si las primeras vencian era menester poner freno á las pasiones: si las segundas triunfaban era preciso esclavizar con evidente injusticia las luces de la razon. Esto parecia muy repugnante, pero es del todo necesario al que pretendiere ser vicioso por sistema. Ved por qué el Espíritu Santo sigue diciendo, que se habian corrompido y hecho abominables en sus estudios: *Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus... corrupti sunt et abominabiles facti sunt in studiis suis.*

8. Mas há de dos mil y ochocientos años que sucedió lo que os estoy refiriendo, amados cristianos mios, y parece muy extraño que despues de tantos siglos aparezcan en nuestros dias unos hombres tan blasfemos en sus palabras, tan corrompidos en sus costumbres, y tan abominables en sus pretensiones, que no ya como aquel antiguo insipiente en el secreto de su corazon, sino de viva voz y por escrito se atrevan á proferir que no hay Dios. Tratemos de llenarlos de una saludable confusion con las innegables consecuencias, y los horribles pero necesarios resultados de sus principios, para que humillados y avergozados á la vista de sus delirios, escuchen con atencion las pruebas invencibles que despues les darémos de la existencia de Dios.

9. Buen ánimo, señores, desterrad los vanos temores, abandonad las ridículas ideas que os dieron en la niñez, y que habeis conservado toda la vida, llenos de debilidad y supersticion. No HAY DIOS, NO HAY DIOS. Nosotros adornados de un saber profundo, de un genio extraordinario, y de un talento delicado y fino, os lo aseguramos. ¿Lo habeis oido? ¿Quereis que lo repita otra vez? Así habla el ateismo. Sí, señores, lo hemos oido, pero escuchadme tambien vosotros, y oigan mis palabras los cielos y la tierra con cuantas criaturas hay en ellos. ¿No hay Dios? Luego no hay ley eterna, ni ley natural, ni ley civil, política, eclesiástica ni militar que obligue en conciencia. No hay tal conciencia, ni alma inmortal: todo lo que existe es materia, mas ó menos bien combinada por el acaso, que es el principio y el ejecutor de la grandeza de los cielos, de la hermosura del sol, la luna y las estrellas, de la regularidad y admirable armonía de sus movimientos, de la fecun-

didad de la tierra, de las corrientes de los rios, del flujo y reflujo de los mares, de la variedad de los vientos, del instinto de los animales y los hombres, de las virtudes de las plantas, y del ser de todas las demás criaturas. ¿No hay Dios? Luego falta el primer legislador que ha dado á los reyes la potestad de reinar, á los legisladores la de formar leyes justas: luego no hay virtud ni vicio en las acciones morales de los hombres, ni premios ni castigos eternos: la religion es un fantasma que aterra á los simples: el interés personal, el placer ó gusto de cada uno, es el móvil del corazon humano: los soberanos no reinan en nombre de Dios, porque este Dios no existe, ellos son unos tiranos que oprimen los pueblos, y cuando el interés del particular lo pida, puede y debe quitar de en medio esa autoridad que le incomoda; y si ocultamente no se halla con proporciones para realizar sus deseos, puede agavillar sus semejantes, y á mano armada y á fuerza abierta derribarlos y acabar con ellos. *Et nunc reges intelligite. Erudimini qui judicatis terram.* Reyes de la tierra, representantes del Rey de los reyes y Señor de los señores, que está en el cielo, mirad el apoyo mas firme de vuestra dignidad y vuestra vida en la santa religion que profesamos. Mirad y temblad á la vista del mal con que os amenaza el ateismo si le permitís residir en vuestros Estados. ¿No hay Dios? Luego los sacerdotes, los obispos, los sumos pontífices, no son mas que unos engañadores que se enriquecen manteniendo la ilusion y ceguedad de los pueblos. Luego no hay religion, ni Iglesia, ni Sacramentos, ni sacrificios, ni Redentor, ni gracias que por él se nos comuniquen. ¿No hay Dios? Luego estando á cubierto de la vista del magistrado, ó de la odiosa ley del mas fuerte, como ellos dicen, lo mismo vale ser incestuoso que casto, adúltero que continente, traidor que amigo fiel, quitar la vida al inocente que dársela al necesitado, robar la hacienda ajena que ser caritativo y liberal con la propia. ¿No hay Dios? Luego sin pecado puede el hijo levantarse contra su padre, el soldado contra su capitan, el criado contra su amo, cuando el interés personal del criado, del soldado y del hijo así lo exija. ¿No hay Dios? Luego no hay obligacion de observar los contratos, de cumplir los juramentos, de hablar la verdad, de aborrecer el fraude, la mentira y la injusticia. ¿No hay Dios? Luego los evidentes y sensibles principios de la razon natural son delirios: el clamor de la naturaleza que habla á todos los hombres, para que no hagan ni digan á sus semejantes lo que no quieren que hagan ni les digan á ellos, es ilusion: el grito de la conciencia que

se avergüenza de lo malo y se alegra de lo bueno, es una quimera: la creencia de todos los siglos, la opinion de todas las naciones, el pensar de todos los racionales, es un fantasma que... Pero, Dios inmortal, ¡en qué abismo de horrores, de absurdos y despropósitos no se precipitan y sumergen los hombres que niegan vuestra existencia! No dudo proferir esta espantosa proposicion: entre los demonios se viviria con menos desórdenes, que en un Estado de ateistas. Los espíritus del abismo creen y tiemblan, y entre ellos hay aquel órden de penas que les asignó la soberana justicia, segun la mayor ó menor gravedad de su maliciosa rebelion contra el Omnipotente; pero los ateistas no tiemblan porque no creen, y no creyendo, sus pasiones no admiten ley que las modere, freno que las contenga, ni respeto que las ponga término, mas que la débil fuerza del brazo del hombre. En sustrayéndose de sus alcances por el secreto ó la mayor fuerza, todo delito desaparece, todo crímen se aprueba, todo desórden es permitido. ¡Oh Dios inmortal, vuelvo á clamar, justo eres, Señor, y rectos son vuestros juicios! Confúndase el hombre que no cree tu existencia á la vista de sus delirios, tan contrarios á la recta razon como á la virtud. Confúndase al mirarse degradado por sí mismo de su dignidad intelectual, y reducido á la clase de las bestias, y hecho semejante á los jumentos insipientes. Confúndase al verse mas infeliz, mas miserable y mas desgraciado que todos los brutos. Y si estas verdades no le confunden, confúndase siquiera al considerar la utilidad que le resultaria de que hubiera un Dios.

10. De hecho, supongamos por un momento que no haya Dios, y preguntemos, si le seria útil al hombre que le hubiera. Pero ¡ay! ¡qué lengua de Ángeles ni de hombres podria explicar los infinitos bienes que le resultarian, y los innumerables males de que se veria libre el hombre, habiendo Dios! Empecemos á decir algo por lo mas comun, mas fácil y mas experimentado. ¿Quién es aquel pobre que lleno de llagas, cubierto de andrajos y hecho una miseria, pide una limosna á las puertas de aquel poderoso que se la niega? Es un hombre justo, un hombre de bien, un hombre manso, humilde, modesto y paciente: es el pobre Lázaro, á quien los perros que alimentaba aquel rico obsequiaban y socorrian lamiendo suavemente sus llagas, y aliviándole en sus dolores, que la dureza del corazon de aquel avaro inhumano multiplicaba. ¿Qué utilidad le resultaria de que hubiera Dios? La de recibir con paciencia y con mérito aquella injusta repulsa: la de esperar tranquilamente el pre-

mio de su virtud despues de unos pocos dias de tribulacion: la de verse en el seno de la eterna felicidad, y vivir contento en el ínterin con su suerte. ¿Quién es aquel hombre, al parecer tan desgraciado, que ve robadas sus haciendas, muertos violentamente sus criados y sus hijos, derribadas sus casas, y robados sus ganados? ¿Quién es aquel hombre, antes tan rico y ahora tan pobre? antes tan robusto, y ahora tan débil? antes tan respetado de su pueblo, y ahora insultado de sus amigos? antes lleno de bienes en su casa, y ahora rendido en un muladar? El santo Job, que con un casco de teja está rayendo los gusanos que manaban de sus llagas encanceradas. ¿Por qué no se irrita con sus gravosos amigos? ¿Por qué no se revuelve encolerizado contra su propia mujer que le impropera su simplicidad y su candor? ¿Por qué no maldice su desventura? ¿Por qué no se desespera para acabar de una vez con el cúmulo de sus desgracias? Porque pensaba que Dios existia: se le figuraba que su mano omnipotente repartia los bienes y permitia los males, y que si recibimos con placer los consuelos que nos envia, tambien debemos tolerar con paciencia las tribulaciones con que nos prueba. Esta persuasion le anima, esta le sostiene, esta le hace invencible á las desgracias, esta le saca con felicidad de todas ellas; esta le hace dichoso en la vida, y esta le hace dulce y preciosa su muerte. ¿Quién es aquel hombre perseguido, encarcelado, azotado, y últimamente descabezado? aquel hombre que viajó por tantos países, que curó tantos enfermos, que padeció tantos naufragios, que sufrió tantos interrogatorios en los tribunales, tantas calumnias de sus injustos perseguidores, y que en todas partes experimentó tanta sed, tanta hambre, tantas cadenas y tanta infinidad de trabajos? ¿Qué utilidad podria resultarle á este gran Pablo de la existencia de Dios? El experimentar el socorro de su gracia poderosa, con la que fortalecido desafiaba al cielo y á la tierra, á la vida y á la muerte, á los Ángeles y á los hombres, con la seguridad de que nada podria separarle del amor de aquel Ser eterno, de cuya existencia no dudaba. ¿Hasta dónde podríamos llegar con estas preguntas? Ceñid por ahora vuestros pensamientos á ponerlos en aquel virtuoso matrimonio, en el que aplicado y trabajador el marido en el cultivo de los campos, ó en su taller y oficina: en el que hacendosa, muy recatada y recogida en su casa la mujer, su marido la ama tiernamente: ella honra, respeta y estima á su marido: ambos crian sus hijos, y en su casa reina la paz, el amor, la fidelidad, la decencia y la modestia. Pasaban dulcemen-

te la vida, cuando una enfermedad viene á llenarles de amargura sus inocentes contentos: una fiebre maligna y unos vivísimos dolores postran en una cama al marido, cesa el jornal, y con él el alimento de todos. La mujer afligida, mirando con dolorosa tristeza á su marido, prorumpe en amargas lágrimas, y los tiernos hijos la acompañan en ellas. Aflígese el enfermo al escuchar los suspiros y mirar las lágrimas de su buena esposa é inocentes hijos, y á pesar de la firmeza de su corazon, se le humedecen los ojos. Levántalos al cielo con filial confianza de que existe una Providencia adorable que mantiene las aves del cielo, los peces del mar, los animales de la tierra, y cuida muy particularmente de los hombres, como de su obra la mas perfecta; y con esta idea religiosa se tranquiliza, esperando el socorro de su grande necesidad. Sale en busca de su alivio su mujer triste, y halla desvíos en vez de socorros, desprecios en lugar de beneficencia, y tropiezos á su pudor donde deberia hallar consejos oportunos para conservarle. ¡Oh, qué situacion tan dolorosa! Sin la idea de la Divinidad no dista un paso de la desesperacion. Pero vuelve á poner sus ojos y su corazon en el cielo, y allí ve un Ser eterno, que supo sacar á José de la cárcel, á Tobías de la cautividad, á Susana de las calumnias, á Judit de los peligros, á Ester de la sentencia de la muerte, á Daniel del lago de los leones, y á Lázaro del sepulcro; clama al Señor en su tribulacion, y es oido: pide, y es socorrido; y sin que comprenda los medios de que se vale la divina Providencia para su alivio, le siente y experimenta.

11. ¿Dónde hallaréis vosotros, ridículos y extravagantes ateistas, estas preciosas utilidades en vuestros monstruosos sistemas? ¿Las hallaréis en los delirios de Epicuro sobre el alma, los dioses y el mundo visible? Pero ¿cómo llamarémos alma racional que piensa, calcula, elige, combina y quiere, una alma material compuesta de partes divisibles y perecederas? ¿Cómo nombrarémos dioses unos seres sumergidos en sus delicias eternas, sin cuidado de sus criaturas, sin atencion á sus acciones, sin sentimiento ó desaprobacion de sus vicios, y sin aprobacion ni premio de sus virtudes? ¿Cómo nos persuadirémos á que esta admirable máquina del universo, el periódico movimiento de los astros, la fecundidad de la tierra, las corrientes de los rios, el conjunto de las aguas de los mares, la variedad y número incalculable de las flores, las yerbas, los árboles, los frutos, los animales, las aves y los peces, con toda la dulcísima armonía y hermosísima perfeccion con que marchan á

su destino, es obra del ciego acaso, y efecto del encuentro de los átomos cónicos, cilíndricos, piramidales, ovalados, rectilíneos, curvos y ramosos, que volteando en el vacío inmenso por toda la eternidad, formaron los cielos y la tierra, con cuantas criaturas en sí contienen? ¿Pueden darse monstruosidades mas extravagantes? ¿Mi alma es materia y piensa? ¿El mundo es criatura y es eterno? ¿Dios existe y no tiene providencia? ¿Qué Dios, qué mundo y qué alma son los que enseña Epicuro? ¿Qué utilidades me resultan de esta alma, de este mundo y de este Dios? ¿Las hallaré en el sistema de Espinosa [1]? Este hombre, judío por orígen, y extravagante por principios, no debió su reputacion y renombre sino á los excesos de su irreligion é impiedad. Por ella se atrajo la indignacion de sus padres, y para sustraerse de los castigos que tenia bien merecidos por su libertinaje, sustituyó, mas por política que por persuasion, el Protestantismo en Holanda, al judaismo en que le habian educado. Confundiendo la idea de la sustancia universal, genérica y abstractivamente tomada, con la misma, segun que existe en los particulares seres, concluyó que no habia en toda la naturaleza mas que una sola sustancia, necesaria, eterna, inmutable en su esencia y en su existencia, á quien dió el nombre de Dios. Esta sustancia, dijo, que es única y eterna, es capaz de dos modificaciones, conviene á saber, de extension y de inteligencia. En cuanto se la considera extendida, se llama materia; y en cuanto piensa y entiende, se llama espíritu; pero considéresela como materia ó como espíritu, ella es Dios. Las partes de esta materia universal y única son el hombre, el bruto, la tierra, el agua, el aire, el fuego, la luz, los vegetales, los minerales, y otras cosas semejantes. Esta sustancia única y universal, este Dios de Espinosa, tirano en Neron, bienhechor en Tito, casto en Lucrecia, voluptuoso en Sardanápalo, que ruge en

[1] Espinosa es el que mas ateistas ha hecho; porque escribió un libro en método geométrico, diciendo que no podia haber mas que una sola sustancia, y por consiguiente no habia dos, cuales son Dios y criaturas; y la prueba que da es, que la sustancia es un ser que existe en sí, y en esto convienen Dios y la criatura: luego serán, dice, una misma sustancia. Por poco discreto que sea un lógico, dará esta distincion: la sustancia es un ser que existe en sí; pero hay sustancia que no tiene esta existencia de sí misma, cual es la criatura, y hay sustancia que no la recibió de otro, y esta es Dios. Con solo esta distincion cayó todo el libro geométrico de Espinosa, porque cayó la primera proposicion en que está fundado. Pero los hombres viciosos reciben con ansia todo discurso, bueno ó malo, cuando se les dice que no hay un Dios que aborrece la maldad y la castiga.

el leon, silba en la serpiente, ladra en el perro, nace en el niño, y muere en el viejo, nada pierde en su indivisibilidad é indistincion en tantas variaciones y asombrosas metamórfosis, porque el espíritu y la materia, el hombre y el caballo, segun Espinosa, son una misma naturaleza, una misma sustancia, necesaria, inmutable y eterna, que no se diferencia en los indivíduos sino por la variedad de sus modificaciones. Decidme, carísimos hermanos mios, á quienes Dios agregó al Cristianismo por el sacramento del Bautismo, ¿es menester mas para refutar un sistema tan miserable y monstruoso que proponer sus principios sencilla y claramente como lo hemos hecho? ¿Dios materia? ¿El hombre, el bruto y la piedra no se diferencian mas que en las modificaciones de la naturaleza? Si estos no son delirios de hombres dispiertos, ¿cómo podrémos llamar disparates y despropósitos á los que profieren los dementes mas rematados?

12. ¿Se mostrarán menos absurdos los del autor del Telliamed? Confieso que al escuchar á aquel francés que fue cónsul de su nacion en el gran Cairo á principios del siglo pasado, no sé á cuál siga primero en la risa ó en el llanto, á Demócrito ó á Heráclito. Sus extravagancias mueven á risa, los extravíos de la razon causan lástima. Él supone con Epicuro y Lucrecio la existencia de una materia eterna é increada, de que forma en su cerebro el globo terrestre y los globos celestes; pero de tal manera, que ellos mismos se transforman unas veces en cuerpos luminosos y abrasadores, y otras en cuerpos húmedos y tenebrosos. La tierra, dice, estuvo en otros tiempos cubierta y envuelta en un inmenso volúmen de agua, que se fué luego disminuyendo por el calor del sol que desecaba y absorbia su humedad; y con la sucesion de los tiempos llegará el sol á absorberla enteramente, y entonces la tierra árida y seca se encenderá y arderá toda hasta consumirse las materias inflamables. Estas materias inflamables consumidas despues de millares de siglos, volverá á aparecer la tierra opaca y llena de sombras, y absorbiendo los vapores y humedades del vacío inmenso, se llenará de agua como la esponja, y se mostrará otra vez cubierta de agua, pasando la tierra á ser océano, despues á tierra, luego á sol, y á este modo se irán transformando los planetas, las estrellas, el sol y demás cuerpos celestes, pasando de cuerpos luminosos á oscuros, de húmedos á secos, y volviendo en la inmensa sucesion de los siglos, los cuerpos secos y oscuros, á ser húmedos y luminosos.

13. La creacion de los hombres y los brutos no debe su exis-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

tencia á un Dios criador, sino á la materia eterna que por su virtud vivificante los ha formado y animado, dándoles la propiedad de multiplicarse y reproducirse. Todos, dice, salieron del agua: los hombres y los animales terrestres, segun este autor, son una especie de peces que se quedaron en seco cuando las aguas que cubrian la tierra se fueron disminuyendo: entonces aparecieron los hombres, los toros, los caballos, los elefantes, los leones, los camellos, las liebres, los perros y los demás animales que vemos. Todos precisamente perecerán cuando la tierra arda y se abrase, convertida en sol: luego despues de millones de siglos volverán á nadar como animales acuáticos, cuando la tierra que se habia transformado en sol cese de arder, vuelva á humedecerse y convertirse en agua, y así sucesivamente para siempre. ¿Reimos ó lloramos al escuchar una imaginacion tan destemplada y sin freno? un juicio tan torcido y tan falso? una ignorancia tan profunda de la física? ¿Podríamos mejor demostrar la existencia de Dios, que refiriendo los despropósitos que necesariamente profieren los insensatos que en su corazon, en sus palabras ó en sus escritos la niegan? *Corrupti sunt, et abominabiles facti sunt in studiis suis.* Ello es un problema: si la religion es mas respetable y augusta por el carácter de luz y de verdad que encierra en sí misma, ó por las extravagancias y delirios que la ciega impiedad le sustituye cuando trata de oponérsele. Lo cierto es, que en este asunto no se puede demoler ni destruir con una mano, sin edificar y sostener con otra. No se puede destruir la existencia de un Dios, sin caer en el absurdo de hacer eterna la riatura. No se puede negar la espiritualidad é inmortalidad del alma del hombre, sino probando que la materia es capaz de las mas sublimes inteligencias. Es imposible negar la providencia de Dios, sin precipitarse en la idea horrible de un Dios sin sabiduría, sin santidad y sin justicia. Ved, hijos mios, con cuánta razon antes de demostrar con pruebas irresistibles la verdad de la santa religion que felizmente profesamos, he procurado daros una ligera idea de las extravagancias y delirios de los que frenéticos la contradicen.

14. Pero nosotros, que pensamos de Dios en bondad, ¿cuánta utilidad sentimos en persuadirnos que existe un Criador que en el principio sacó de la nada los cielos y la tierra? que mantiene, conserva y dirige todas las criaturas que produjo su mano omnipotente? que nos alumbra con la luz del sol, la luna y las estrellas? que nos alimenta y recrea con tantos frutos y flores de la fecunda tierra? con tantas aves del aire y peces del mar? que nos admira y encanta con la armonía admirable de esta famosa fábrica del universo? con las revoluciones periódicas de los globos celestes? con la nunca interrumpida série de generaciones de los seres vegetativos, sensitivos y racionales? que nos habla, en fin, por todas sus criaturas, cuando ellas nos dicen: *Ipse fecit nos, et non ipsi nos?* ¡Qué mayor consuelo para nuestras almas que la firme persuasion en que vivimos, de que existiendo un Redentor, nos hallamos libres de la esclavitud del pecado por su vida, su pasion y su muerte: provistos de abundantes gracias que nos previenen, mueven y excitan para practicar la virtud, nos acompañan y fortalecen para obrar virtuosamente, y nos tranquilizan y alegran por haberla practicado, sostenidos con los venerables Sacramentos de su Iglesia para resistir con firmeza los ataques de los irreconciliables enemigos de nuestras almas, y esperanzados de lograr su amable compañía por todos los siglos en la patria feliz de los vivientes! ¡Qué memoria tan dulce la de suponer con certidumbre que tenemos todos un Padre celestial que está en los cielos, que tiernamente nos ama, pacientemente nos sufre, poderosamente nos defiende, y magníficamente nos premia! un maestro que con vigilancia nos enseña, con mansedumbre nos corrige, y con oportunidad nos encamina para obrar el bien, y huir el mal; dándonos saludables sentimientos cuando cometemos el pecado, y consuelos dulces cuando practicamos la virtud! un médico divino que nos proporciona los remedios mas eficaces para preservarnos de las enfermedades del alma, para sanarnos de ellas cuando por nuestra desgracia las hemos contraido! ¡Cuánta utilidad, cuánto consuelo, cuánta paz nos resulta en este valle de lágrimas de suponer que existe un poderoso protector, un amigo fiel, un esposo amable, en una palabra, un verdadero Dios!

15. Y si de negar la existencia del Ser eterno, santo, justo y omnipotente resultan necesariamente tantos absurdos, y de suponer solamente que si existiera experimentaríamos precisamente tantas felicidades, ¿de cuántos males nos librarémos, y cuántos bienes adquirirémos, si creemos, como es así, que real y verdaderamente existe este Ser, espiritual en su sustancia, eterno é increado en su naturaleza, y abismo insondable de todas las perfecciones? Ó alma mia, alégrate en tu Dios omnipotentísimo, santísimo, justísimo, hermosísimo, estable é incomprensible, simplicísimo y perfectísimo, invisible, y que todo lo ve inmutable, y que todo lo muda: á quien ni los espacios dilatan, ni las angosturas estrechan, ni la variedad muda, ni la necesidad corrompe, ni las cosas tristes per-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

turban, ni las alegres halagan! Regocíjate en tu Dios, á quien ni la memoria da, ni el olvido quita, ni las cosas pasadas pasan, ni las futuras suceden, porque todas las tiene presentes en su inmutable eternidad. Él es á quien ni el orígen dió principio, ni los tiempos aumento, ni los siglos darán fin. Alégrate, vuelvo á decir, alma mia, porque Dios es el que crió todas las cosas sin necesidad, el que las sustenta sin trabajo, el que las rige sin fatiga, y el que las mueve sin ser movido. Él es todo ojos, porque todo lo ve: todo manos, porque todo lo obra; y todo piés, porque todo lo sustenta. Él es el que está dentro de todas las cosas sin estrecharse, fuera de todas sin dejarlas, debajo de todas sin abatirse, y sobre todas sin envanecerse.

16. ¡Oh sumo y verdadero Dios! ¡Oh suma y verdadera vida, de quien y por quien viven todas las criaturas que tienen verdadera y bienaventurada vida! Vos sois, Señor, la misma bondad y hermosura, de quien y por quien es bueno y hermoso todo cuanto hermoso y bueno vemos en las criaturas. Vos sois el que mandais que os pidamos, y haceis que os llamemos, y nos abrís cuando llamamos. Apartarse de Vos es caer, llegarse á Vos es levantar, y estar en Vos es permanecer. Dios es de quien nadie se aparta si no es engañado, á quien nadie busca si no es amonestado, y á quien nadie halla si no está purificado. Conocer á Dios es vivir, servir á Dios es reinar, alabar á Dios es salud, alegría y mérito de quien le alaba.

17. Pero qué, alma mia, ¿existe real y verdaderamente este Ser eterno, infinitamente perfecto, justo y santo? Negando su existencia se ha de caer precisamente en las consecuencias mas absurdas y en los delirios mas extravagantes, como lo hemos visto: suponiendo que existe nos resultarian las ventajas y utilidades mas evidentes, como lo hemos tocado. ¿Qué resta, pues, sino proferir con la boca, confirmarlo con el corazon y sellarlo con la sangre de nuestras venas, que sí, que es verdadera la existencia de Dios? Temblad, pecadores, porque en las manos de este gran Dios habeis de venir á caer, y si os halla sin penitencia, vuestra pérdida eterna es irrevocable. Alegraos, justos, porque desde los brazos de este amable Dios será colocada vuestra alma en los descansos de la eterna gloria. Amen.

ESQUELETO DEL SERMON I

DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

Euntes docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. (Matth. XXVIII, 19).

Id y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

1. El misterio de la beatísima Trinidad es el principal entre todos los dogmas católicos.

2. Si creemos con fe humana muchas cosas que no conocemos, ¿por qué no creerémos con fe divina los arcanos de Dios?

3. Las mismas palabras de nuestro tema indican la distincion de las divinas personas, y la unidad de su naturaleza. Hay un Dios; hay tres personas en Dios.

4. Tan gran misterio se ha de tratar con suma religion y piedad.

5. Ni será supérfluo discutir si hay un Dios, porque muchos cristianos, aunque con palabras confiesan que lo hay, le niegan con sus costumbres y método de vida.

Primera parte: Existe y hay un Dios.

6. ¿Qué entienden los hombres en el nombre de Dios? El ser mayor y mejor que puede pensarse, aquel que es principio y fin de todas las cosas, el primer motor, etc.

7. En efecto, cuanto se mueve es movido por otro, y así como es necesario llegar á una primera causa productora, tambien se ha de llegar á un primer motor independiente.

8. La admirable disposicion del universo prueba la existencia de una inteligencia suprema.

9. Otra de sus pruebas es el unánime consentimiento de todas las gentes.

10. Por razones evidentes y acordes con la fe consta, pues, que hay Dios.

Segunda parte: Existe y hay un Dios trino.

11. Desprendámonos ahora de la razon, y subamos acompañados de la fe á la altura de la beatísima Trinidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

turban, ni las alegres halagan! Regocíjate en tu Dios, á quien ni la memoria da, ni el olvido quita, ni las cosas pasadas pasan, ni las futuras suceden, porque todas las tiene presentes en su inmutable eternidad. Él es á quien ni el orígen dió principio, ni los tiempos aumento, ni los siglos darán fin. Alégrate, vuelvo á decir, alma mia, porque Dios es el que crió todas las cosas sin necesidad, el que las sustenta sin trabajo, el que las rige sin fatiga, y el que las mueve sin ser movido. Él es todo ojos, porque todo lo ve: todo manos, porque todo lo obra; y todo piés, porque todo lo sustenta. Él es el que está dentro de todas las cosas sin estrecharse, fuera de todas sin dejarlas, debajo de todas sin abatirse, y sobre todas sin envanecerse.

16. ¡Oh sumo y verdadero Dios! ¡Oh suma y verdadera vida, de quien y por quien viven todas las criaturas que tienen verdadera y bienaventurada vida! Vos sois, Señor, la misma bondad y hermosura, de quien y por quien es bueno y hermoso todo cuanto hermoso y bueno vemos en las criaturas. Vos sois el que mandais que os pidamos, y haceis que os llamemos, y nos abrís cuando llamamos. Apartarse de Vos es caer, llegarse á Vos es levantar, y estar en Vos es permanecer. Dios es de quien nadie se aparta si no es engañado, á quien nadie busca si no es amonestado, y á quien nadie halla si no está purificado. Conocer á Dios es vivir, servir á Dios es reinar, alabar á Dios es salud, alegría y mérito de quien le alaba.

17. Pero qué, alma mia, ¿existe real y verdaderamente este Ser eterno, infinitamente perfecto, justo y santo? Negando su existencia se ha de caer precisamente en las consecuencias mas absurdas y en los delirios mas extravagantes, como lo hemos visto: suponiendo que existe nos resultarian las ventajas y utilidades mas evidentes, como lo hemos tocado. ¿Qué resta, pues, sino proferir con la boca, confirmarlo con el corazon y sellarlo con la sangre de nuestras venas, que sí, que es verdadera la existencia de Dios? Temblad, pecadores, porque en las manos de este gran Dios habeis de venir á caer, y si os halla sin penitencia, vuestra pérdida eterna es irrevocable. Alegraos, justos, porque desde los brazos de este amable Dios será colocada vuestra alma en los descansos de la eterna gloria. Amen.

ESQUELETO DEL SERMON I

DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

Euntes docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. (Matth. XXVIII, 19).

Id y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

1. El misterio de la beatísima Trinidad es el principal entre todos los dogmas católicos.

2. Si creemos con fe humana muchas cosas que no conocemos, ¿por qué no creerémos con fe divina los arcanos de Dios?

3. Las mismas palabras de nuestro tema indican la distincion de las divinas personas, y la unidad de su naturaleza. Hay un Dios; hay tres personas en Dios.

4. Tan gran misterio se ha de tratar con suma religion y piedad.

5. Ni será supérfluo discutir si hay un Dios, porque muchos cristianos, aunque con palabras confiesan que lo hay, le niegan con sus costumbres y método de vida.

Primera parte: Existe y hay un Dios.

6. ¿Qué entienden los hombres en el nombre de Dios? El ser mayor y mejor que puede pensarse, aquel que es principio y fin de todas las cosas, el primer motor, etc.

7. En efecto, cuanto se mueve es movido por otro, y así como es necesario llegar á una primera causa productora, tambien se ha de llegar á un primer motor independiente.

8. La admirable disposicion del universo prueba la existencia de una inteligencia suprema.

9. Otra de sus pruebas es el unánime consentimiento de todas las gentes.

10. Por razones evidentes y acordes con la fe consta, pues, que hay Dios.

Segunda parte: Existe y hay un Dios trino.

11. Desprendámonos ahora de la razon, y subamos acompañados de la fe á la altura de la beatísima Trinidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

12. No hay en Dios trinidad de sustancias, sino unidad: no hay tampoco unidad de personas, sino trinidad.

13. Todas las cosas que Dios obra por sí, las obra por entendimiento y voluntad.

14. Entendiendo (el Padre) plenísima y perfectamente su naturaleza, produce dentro de sí mismo el Verbo del corazon, esto es, su Hijo.

15. Á mas del parto del entendimiento del Padre, hay en Dios el sumo y eterno Amor con que se aman Padre é Hijo, y este Amor es el Espíritu Santo, que procede de entrambos. Si nos miramos á nosotros mismos, tambien encontramos en nuestro entendimiento y voluntad una generacion y procesion, pero no sustanciales como en Dios.

Tercera parte: La misma inefabilidad de este misterio debe movernos á la mas profunda adoracion de las tres divinas personas.

16. La grandeza de Dios y nuestra propia pequeñez deben consolarnos de no poder entender lo que creemos y adoramos.

17. El que no encuentre razon en las obras de Dios, dice san Gregorio, en su pequeñez hallará el por qué no la encuentra.

18. Cuanto menos podemos alcanzar lo que es Dios, tanto mas debemos admirar su majestad, etc.

19. No hay comparacion alguna de lo finito á lo infinito, y si queda todavía infinito lo que á los mas encumbrados Serafines les resta que entender, ¿qué será de nosotros?...

20. Epílogo. Consideremos la altísima gloria de la majestad divina, alabémosla, amémosla, etc.

SERMON I

DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

Euntes docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. (Matth. XXVIII, 19).

Id y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

1. No hay quien ignore que entre todos los dogmas de la religion cristiana que se proponen á los fieles para que los crean, es el principal el misterio de la beatísima Trinidad. Porque aunque la verdad de ellos estribe mas en la fe que en la luz de la razon, sin embargo, en este misterio de la Trinidad beatísima, que por su alteza excede toda la inteligencia del entendimiento humano, tiene la fama tanto mayor lugar, cuanto es menos lo que puede comprender la fe del hombre. Porque la razon suma de él para el hombre pio es la fe, que sin atestacion alguna de la razon da un asenso firmísimo á Dios que revela. Porque la fe (segun que la definió el Apóstol [1]) es sustancia de las cosas que se esperan, y argumento de las que no aparecen. Esto es, la fe es el fundamento sobre que estriba la esperanza de las cosas celestiales. Y así la fe es como la basa y cimiento de nuestra esperanza. Es tambien argumento de cosas que no aparecen: es decir, la luz de la fe, infundida por Dios en nuestra mente, nos es en lugar de argumento, porque sin argumento alguno ni discurso de la razon humana asentimos y creemos con mucha mas certeza y firmeza las cosas que Dios nos ha revelado, que hubiera sido capaz de hacer la razon humana. Porque se debe tener por cosa mucho mas cierta lo que atestigua la verdad divina, que lo que concluye con demostraciones la matemática.

2. Y nadie extrañe que en las cosas divinas tengamos necesidad y usemos de la luz y ayuda de la fe, cuando en la realidad ni la sociedad humana podria consistir sin el adminículo de la fe. De esta

[1] Hebr. XI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

manera á la verdad enseña san Agustin [1], que Dios le llevó como de la mano á la percepcion de la fe, por estas palabras: Vos, Señor, con vuestra mano blanda y misericordiosa comenzaste poco á poco á tratar y componer mi corazon, y hacerme considerar que eran innumerables las cosas que yo creia, aunque no las hubiese visto ni me hubiese hallado presente cuando se hicieron; como son muchas de las que se hallan en las historias de los gentiles; muchas de lugares y ciudades, las cuales yo no he visto; otras muchas creemos á los amigos y á los médicos, y á diversos hombres, las cuales si no creyésemos, no podríamos vivir, ni hacer cosa en este mundo. Finalmente, tambien me acordaba con cuánta certidumbre y firmeza creia quiénes fuesen mis padres, lo cual no podria yo saber, si no lo hubiera oido y creido. Hasta aquí san Agustin. De cuyas palabras colegimos claramente cuán conforme sea á razon el que sin discurso de ella demos fe á Dios, respecto que sin ella damos asenso á los hombres. Luego rectamente arguye el evangelista san Juan [2]: Si recibimos el testimonio de los hombres, el testimonio de Dios es mayor, el cual testificó de su Hijo. El que cree en el Hijo de Dios, tiene en sí el testimonio de Dios: esto es, tiene á Dios por testigo de su fe, cuya verdad es mucho mas cierta que toda otra verdad. El filósofo Pitágoras, segun escriben muchos autores, educaba de tal modo á sus discípulos, que por espacio de siete años, segun el número de las siete artes liberales, no habian de preguntar de modo alguno la razon de aquellas cosas que les decia, sino que habian de dar crédito á las palabras del maestro, hasta que todo lo hubieran oido. De lo cual manó y prevaleció entre sus discípulos, que preguntando el uno á otro la razon, la respuesta y razon era: *el maestro lo dijo*. Pues este filósofo eruditísimo preparaba con la fe primero á sus discípulos para la inteligencia de las cosas grandes, enseñándoles que primero era necesario creer y despues entender. Pues ¿acaso no quiso el Profeta enseñar este método mismo, cuando dijo [3]: Si no creyéreis no entenderéis? Pues hermanos; con esta sencillez de la fe comencemos á decir alguna cosa de la naturaleza altísima de la divina é indivisa Trinidad, para que con la direccion de la fe podamos llegar á alguna inteligencia de este misterio. Porque, como dice san Crisóstomo, es muy propio de la fe no inquirir las razones de aquellas cosas que se hacen, sino obedecer á las que se ordenan. Pues para

[1] San Agustin, lib. VI Conf. c. 5.
[2] I Joan. v. — [3] Isai. vii.

que con esta religion podamos tratar de este altísimo misterio imploremos humildemente el auxilio celestial por la intercesion de la sagrada Vírgen: *Ave María*.

> Id y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

3. Á la verdad, hermanos, que en estas palabras se manifiesta claramente el misterio de toda la suma y adorable Trinidad, y de la indivisible unidad, de modo que no tengamos necesidad de mas testimonios ó argumentos para conservar inconcusamente la verdad de esta fe, segun siente san Hilario. Porque lo primero, en la palabra *bautizar* se significa la ablucion de los pecados, y santificacion del alma racional, y de la agnacion divina; esto es, la participacion de la naturaleza divina. Lo cual ciertamente es obra no de criatura alguna, sino de sola la Divinidad. Y esto insinuó no oscuramente el Apóstol, cuando queriendo reprimir la vanagloria de los corintios, con que se entumecian por la dignidad de sus doctores, les dice [1]: ¿Por ventura Pablo fue crucificado por vosotros, ó habeis sido bautizados en el nombre de Pablo? Que vale lo mismo que si les dijera: Solo os debeis gloriar con razon en aquel que con su muerte os dió la vida, y por cuya virtud omnipotente habeis alcanzado la gracia del Bautismo: es decir, el perdon de los pecados, y el derecho á la herencia eterna. Y esto ni Pablo, ni Pedro, ni Apolo, ni alguna otra criatura os lo puede dar por propia autoridad, sino sola la virtud omnipotente de Dios. Porque perdonar las ofensas solo es propio de aquel que fue ofendido. Y cuantas veces pecamos, violamos y ofendemos principalmente la majestad de Dios. Y esto mismo entendieron tambien los fariseos, los cuales viendo al Señor y Salvador que perdonaba los pecados á un paralítico, dijeron que blasfemaba. Porque ¿quién, dicen, puede perdonar los pecados, sino solo Dios? Porque al perdon de los pecados está junta nuestra santificacion, la cual solamente puede dar Dios. Porque si (como dice san Agustin) es cosa mejor y mas noble ser bueno, que el ser solamente; si solo Dios es el que me puede dar el ser, ¿cómo otro distinto de Dios me podrá dar el que sea bueno; esto es, el que delante de Dios sea verdaderamente justo y santo? Luego solo siendo Dios el autor de esta tan grande obra, y esta misma obra se diga que se hace en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, consta claramente que en estas palabras se significa la majestad de la Divinidad sobe-

[1] I Cor. I.

rana, en la cual se declara, y no oscuramente, ya la distincion de las divinas personas, y ya la unidad de la naturaleza. Porque cuando el Maestro celestial nombra al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo, señala claramente tres personas divinas. Y cuando dice no en los *nombres* en número plural, sino en el *nombre*, insinuó la unidad de la naturaleza en las tres personas. Pues este es el misterio que hoy nos propone la Iglesia para celebrarlo, adorarlo y explicarlo. Y de él me parece á mí que deben tratarse dos cosas. La una, y que es la primera de todas, se debe demostrar con razones, que hay Dios; y la otra se ha de exponer, en cuanto sea dado á nuestra rudeza é infancia, la trinidad de las Personas divinas.

4. En este asunto, lo primero se ha de procurar que con suma religion y piedad disertemos y tratemos de este tan grande misterio. Esto á la verdad nos amonestan no solo los Doctores sagrados, sino tambien los gentiles. Por esto es por lo que dice Ciceron, que el hombre debe hablar poco, y esto con temor de la potestad de los dioses. Y Séneca cita á Aristóteles que predica esto mismo por estas palabras: Elegantemente dijo Aristóteles que nunca debíamos ser mas vergonzosos que cuando se habla y trata de los dioses. Si entramos en los templos con modestia, si yendo al sacrificio bajamos el rostro, llevamos la toga, si nos disponemos con todo género de compostura; ¿cuánto mas debemos hacer esto cuando disputamos de las estrellas, de los planetas, de la naturaleza de los dioses, para que no afirmemos imprudentemente alguna cosa ignorándola, ó sabiéndola mintamos? Hasta aquí Séneca. Pues si esto sentian unos filósofos gentiles que tuvieron un conocimiento tan oscuro de la majestad de la Divinidad; ¿qué es razon hagamos nosotros á quienes la fe católica da un conocimiento tanto mas ámplio é ilustre de ella? Pues con una sumision y reverencia de ánimo como esta, comencemos á tratar lo que os he propuesto.

5. Y á la verdad que aquella primera cuestion, si hay Dios, parecerá acaso supérflua á algunos. Pero no es así de ningun modo. Porque entre los mismos fieles hay tambien muchos á quienes parece conviene aquel dicho del Profeta [1]: Dijo el necio en su corazon, no hay Dios. ¿Cómo, dices, afirman esto? Ciertamente, porque, como dice el Apóstol [2], confiesan que conocen á Dios, y con los hechos lo niegan: esto es, niegan que hay Dios, no con sus palabras á la verdad, sino con sus costumbres y método de vida, respecto que viven tan relajadamente, como si creyeran que no hay

[1] Psalm. XIII. — [2] Tit. I.

en el mundo deidad alguna ni providencia. Porque hay muchos que se derraman de modo en todo género de maldad, sueltan las riendas de la destemplanza á todos sus apetitos, y están tan olvidados absolutamente de las cosas celestiales y tan apegados y fijados en la tierra, quebrantan tan sin sentimiento alguno los mandamientos divinos, como si creyeran que no hay Dios alguno en el mundo. Porque no menos hacen estas maldades creyendo que si absolutamente no creyeran. Y aunque los que así viven tengan verdadera fe, sin embargo la oscurecen con tantas sombras de los apetitos terrenos, cuantos son los pecados mortales que cometieron; porque cada pecado mortal embota y ofusca los brillos de su luz, aunque no la apague del todo. Porque así como cada pecado que cometemos se dice que minora la libertad del albedrío por lo que hace á la facilidad y prontitud de obrar, aunque no la quite absolutamente: así los mismos pecados oscurecen mas y mas el resplandor de la fe, aunque del todo no la quiten. De esto sucede que el hombre, rodeado de estas tinieblas de sus males, no ve los precipicios puestos ante sus ojos, y así cae en ellos á cada paso; y aun tambien con la continuacion en pecar alguna otra vez es arrastrado de modo que le molesta el diablo con varias tentaciones de la fe, y comienza á dudar si hay algun Dios con cuya providencia se rija el mundo. Sobre esto san Gregorio, exponiendo aquellas palabras del santo Job [1], *quis est Omnipotens ut serviamus ei*, dice así: La mente humana derramada malamente por defuera se esparce y divide en las cosas del cuerpo de modo, que ni vuelve interiormente á sí misma, ni le vaga pensar en aquel que es invisible. Por tanto los hombres carnales, despreciando los mandamientos espirituales, llegan á tanto alguna vez, que como corporalmente no ven á Dios, sospechan tambien que no existe. Y así dicen en Job: ¿Quién es el Omnipotente, para que le sirvamos? Pues por causa de estos y de otros que se han referido será conveniente que os muestre no solo por la fe, sino tambien con las razones clarísimas que trae santo Tomás al principio de la Suma de la teología, que existe y hay Dios.

Primera parte.

6. Lo primero se debe explicar, qué sea lo que suelen entender los hombres en el nombre de Dios. Y si alguno hiciera esta pregunta á todos los hombres, responderian todos por una boca

[1] Job, XXI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que en este nombre entendian ellos al presidente ó gobernador de este mundo, al Rey de los siglos, principio y fin de todas las cosas, primer ente, primer motor, primera verdad, primera causa, de la cual dependen todas las otras: y por último, en el nombre de Dios entienden una cosa la mayor y mejor que se puede pensar. Y que en el mundo haya esta divinidad, de la cual dependan todas las cosas, y ella no dependa de alguno, lo muestra santo Tomás con esta razon: En todas las cosas vemos y observamos órden y grados de dignidad y nobleza. Porque el ínfimo grado tienen en este órden las cosas que tan solamente tienen ser: como los elementos, las piedras, los metales; y el grado superior tienen las cosas que no solo son, sino que viven tambien, como los árboles, las plantas, las cuales vemos que florecen, echan hojas y llevan frutos, y estas pertenecen á aquella especie ó manera de vida que llaman vegetativa los filósofos. Y sobre este grado está la vida de los animales, como que no solo viven, sino que tambien se mueven y sienten. Pero el hombre obtuvo mas noble grado de dignidad, pues á todo esto añade la luz y resplandor de la razon. Y sobre el hombre colocamos las órdenes de los Ángeles, los cuales usan no tanto de razon, esto es de la virtud de raciocinar, cuanto de una simple inteligencia de las cosas. Y entre los Ángeles es tanta la variedad de dignidad, que segun la sentencia de santo Tomás, ni aun dos Ángeles se hallan entre todos iguales en la dignidad, respecto que segun su sentencia todos se diferencian en especie. De esto sucede que entre el Ángel ínfimo y sumo, el uno es mas noble y excelente en la misma naturaleza. Pues viéndose este órden en todas las cosas, se ha de preguntar si debemos proceder por estos infinitos grados, ó si últimamente hemos de llegar á uno sumo respecto del cual no haya cosa mas noble ni excelente. Aquello primero de ningun modo se puede afirmar, porque toda la naturaleza aborrece el proceder en infinito. Por lo cual necesariamente se ha de establecer esto postrero. Pues esto que ponemos en el sumo lugar y altísima cumbre de todas las cosas y que bajo de sí ve todas las otras, llamamos Dios, respecto de quien no hay cosa mayor, ni mas sublime, ni en el mundo, ni fuera de él. Y que este sea la causa de todos los otros entes, consta de que, como afirman los filosófos, lo primero en cualquier género es la causa de todas las cosas que se contienen bajo de aquel género. Porque el fuego en el género de cuerpos cálidos es el primero, decimos que es la causa de cualquiera otro calor externo. Porque como quiera que de este modo son cá-

lidos, son tales ciertamente por la participacion del fuego. Así tambien entre todos los movimientos de los cuerpos, el movimiento celeste es el primero y el mas noble; y el mismo es causa de todos los otros: tambien los astros todos, aquella luz que tienen, la reciben del sol, que entre todos ellos es el mas resplandeciente. Pues de esta sentencia, que es constantísima entre filósofos, se colige manifiestamente, no solo que hay Dios, sino tambien que tiene el lugar sumo en todas las cosas y es la causa primera de cuantas cosas existen. Y así en el género de entes él es el primer viviente, y aun (como dice Aristóteles) la vida misma por quien viven todas las cosas. En el órden de inteligentes, él es el primer entendimiento de quien mana toda la virtud de entender; así como (segun que se acaba de decir) del sol mana todo el resplandor de los astros. En el órden de hermosura, él es el hermoso sumo y primero, en el cual se contienen todas las hermosuras; así como él dice de la belleza de los campos: La hermosura de los campos está en mí. Y por último, en el órden de verdad, él es la verdad primera en la cual se contiene toda verdad, esto es, se contienen los ejemplares é ideas de todas las cosas verdaderas.

7. Hay tambien otra no menor razon, que mana de este clarísimo principio de la filosofía, á saber, todo cuanto se mueve es movido por otro. Porque los cuerpos de los animales que vemos moverse, se mueven no por sí, sino por el alma que obra, y los impele interiormente. Y así sucede, que en ellos una cosa mueve, y otra es movida; porque el cuerpo es movido y el alma mueve. De aquí viene, que faltando el alma, queda inmoble el cuerpo. Y viendo que todo movimiento de los cuerpos inferiores depende del movimiento del cielo (como ahora se dijo): porque todo este inferior mundo depende del superior; de suerte, que un solo eclipse de sol, por el cual se impide que sus rayos lleguen á nosotros, dispone con variedad y perturba estos cuerpos inferiores; se debe inquirir de qué virtud del cielo supremo proceda el movimiento. Si dijeres y pusieres alguna inteligencia motora de este orbe, la cual con su entendimiento y voluntad mueva este orbe, preguntaré inmediatamente, si esta inteligencia depende de sí misma, ó de otra; y si por sí propia, ó de órden de otra superior ejerce este oficio y obra. Si no depende de alguna otra, y por sí misma ejerce este oficio, á esta ciertamente con muchísima razon llamarémos Dios. Porque Dios solo es el que de nadie depende, que no reconoce superior, y que por sí mismo obra todas las cosas, como último fin. Pero

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

si dijeres que depende de otra, de la cual recibe la virtud de existir y mover, de esta luego, como de otra cualquiera, preguntaré lo mismo: y así, ó se ha de proceder infinitamente, que como se ha dicho, es un absurdo que aborrece la naturaleza, estando todas las cosas definidas en número y medida, ó necesariamente hemos de llegar á un primer motor, que de ninguno dependa, y dé la virtud y causa del movimiento á todas las cosas movibles, y á este llamarémos Dios, y primer motor de este universo, gobernador y presidente de todas las cosas, y causa de todas las causas. Y porque es propio del arte imitar, en cuanto es posible, las obras de la naturaleza, este mismo órden vemos en la república de los hombres, tanto en la civil como en la eclesiástica. En la eclesiástica los simples clérigos se colocan en el ínfimo lugar, estos se someten á los obispos, los obispos á los arzobispos, estos á los patriarcas, y los patriarcas al sumo y máximo Pontífice; el cual á nadie se sujeta, dependiendo todos los otros de su autoridad, y sujetándose á sus leyes é imperio. Tambien se dejan ver en la república civil varios magistrados colocados y dispuestos con tal órden, que los inferiores obedecen los mandatos de los superiores, y dependen de su autoridad, y sobre todos está el rey ó el emperador, á quien todos se sujetan, quedando este sin sujecion á nadie. Pues lo que el Rey es en su reino, y en la Iglesia el Pontífice máximo, esto es en todo el universo el Rey y Emperador sumo de los cielos.

8. Y no con menos claridad se comprueba esta verdad por la gobernacion perfectísima del mundo, de la cual dice así Ciceron: ¿Quién hay tan fatuo que mirando solo al cielo, no siente que hay Dioses, y piensa que las cosas que se hacen con tanto acuerdo y consejo, que apenas con arte alguna se puede alcanzar el órden y vicisitudes de ellas, suceden por mera casualidad? Y esto ¿qué otra cosa es que lo que atestigua el Apóstol, cuando dice: que las cosas invisibles de Dios las entiende y ve la criatura del mundo por medio de las cosas criadas? Porque ¿qué otra cosa es todo este grande edificio del mundo y excelente fábrica, delineada con un órden y proporcion maravillosa, y llena de tantos y tan varios entes y animales, sino una voz sonorosísima de la naturaleza que no solo atestigua su Artífice sumo, sino que tambien predica su sabiduría infinita, su poder y su bondad? Á la verdad ¿cuánto nos instruye para el conocimiento de Dios el resplandor inmenso de los astros, la constancia admirable del sol y la luna, y las demás estrellas errantes en sus muchas y varias conversiones, las vicisitudes de

dias y noches, y las variedades de los tiempos proporcionadísimas para moderar la vida? ¿Qué tantos movimientos y conversiones de la misma naturaleza celeste, concordes entre sí de una manera admirable para conservar el estado y naturaleza de todas las cosas que se contienen en el ámbito del mismo cielo? Y ¿para qué haré conmemoracion aquí de las tierras, de los mares, de la variedad y multitud de todas las cosas? Y ¿para qué por último traeré á colacion la fábrica y artificio maravilloso en cada cosa por sí, ó el órden y conveniencia en todas, coligadas convenientemente todas las partes de la naturaleza con el lazo y nudo de la concordia, y en cierta manera distinguidas por diversos intervalos de sonidos, que hacen una suavísima armonía? ¿Acaso consta con poca claridad, que esta es una voz de la naturaleza, que por todas partes llega á los ánimos, y con un sonido clarísimo llena los oidos de todos, y testifica que hay una cierta virtud de mente y razon inmensa y eterna, por cuyo númen y sabiduría todas las cosas fueron hechas en su principio, y despues son regidas y movidas de ella? Pues convencido con este argumento de la misma naturaleza y de todas las cosas el señor san Agustin, aun antes que estuviese dotado con la luz de la verdadera fe, creia con tanta firmeza que habia Dios, que dijo en el libro de sus Confesiones: Mas fácilmente dudaria que vivia yo, que el que no habia una verdad, la cual se ve entendida por las cosas que hay criadas. Ni obsta á esta sentencia el que ninguno rodeado de este cuerpo mortal haya visto á Dios, para que por ello creamos que no exista lo que no vemos: cuando para nosotros no hay cosa mas cierta que el que tengamos alma, por la cual vivimos y obramos, y sin embargo ninguno de nosotros la vió jamás con los ojos.

9. Tambien á estas razones se puede añadir esta señal ciertísima, la cual tambien advirtieron los mas ilustres filósofos: á saber, el unánime consentimiento de todo el orbe y de todas las gentes en la opinion de la Divinidad: del cual dice así Ciceron [1]: Entre los hombres no hay gente alguna, ni tan agreste, ni tan de hierro, que aunque ignore cuál Dios sea conveniente tener, sin embargo no sepa que se debe tener. Y es constante, que en lo que convienen todos los hombres en todos los lugares y tiempos, convienen por la misma naturaleza: como que por instinto y ley de la misma naturaleza está grabado é impreso en todos. Y estas propensiones, que provienen de la naturaleza, atestiguan todas las escuelas de filóso-

[1] Cic. lib. de Leg.

fos, que no son en vano y temerariamente. Y á esta señal añadimos tambien otra no desemejante, y es, que todos los mortales en los casos repentinos y desesperados, donde no se les descubre esperanza alguna de socorro humano, instigados de la misma naturaleza, se excitan á implorar el auxilio de la Deidad soberana. Y naciendo este de la inspiracion de la misma naturaleza, no puede ser en vano, como ahora dijimos. Y esta señal ciertísima de la naturaleza prueba y confirma claramente, no solo que hay Dios en el mundo, sino que sabe tambien todas las cosas que pasan en la tierra, todas las puede, y tiene cuidado y providencia de los negocios humanos. Sobre lo cual dice tambien así Ciceron: Desde el principio persuádanse los hombres, que los dioses son los señores y los moderadores de todas las cosas, y que las cosas que se hacen, se hacen por su númen y potestad, y que ellos hacen mucho bien á los hombres y ven cuál sea cada uno, qué hace, qué admite dentro de sí, con qué designio y piedad reverencia la religion, y que tienen cuenta de los pios é impíos. ¿Qué cosa, pregunto, se pudo decir por un hombre gentil mas conforme á nuestra fe?

10. Pues, hermanos, estos argumentos convencen con tanta firmeza que hay Dios, que como dice santo Tomás, cualquiera que conociere y penetrare su fuerza y eficacia, tiene un conocimiento clarísimo de esta verdad. Pues de ambos modos, esto es, por la fe y por razon evidente consta de lo dicho que hay Dios, y que él tiene conocimiento y cuidado de las cosas humanas. Por lo cual los hombres perdidos y sin ley que viven tan libre y relajadamente, como si no hubiera deidad alguna ni discernimiento alguno de los bienes y males, sepan que hay Dios, y que conoce las cosas que se hacen en la tierra, y que siendo inmensa é infinita su bondad y su justicia, no puede menos de amar mucho á los buenos, y hacerles grandísimos beneficios, y aborrecer mucho á los malos y castigarlos con los debidos y merecidos tormentos. Y no haciéndose esto en esta vida, es necesario que se deba esperar otra, en la cual pueda constar la razon de la divina justicia. Y este es el acerbísimo tormento con que son atormentados en esta vida los hombres malos, los cuales para poder pecar impunemente y soltar las riendas á sus deleites quisieran ó que no hubiera Dios, ó que fuera ciego, ó flaco, ó injusto, para que ó por la ceguedad no pudiera ver sus delitos, ó no pudiera castigarlos por falta de poder, ó no quisiera por su injusticia. ¿Qué cosa puede haber mas malvada que esto? Y así como esta fe misma de Dios es el torcedor gravísimo de la mala conciencia, así por el contrario es el consuelo máximo de todos los pios en toda su vida, y de consiguiente en todas sus calamidades. Á la verdad que con esta fe se consolaba el santo David, cuando aconsejándole sus amigos que huyendo de la presencia de Saul se fuera á los escondrijos de los montes, decia [1]: El Señor está en su templo: el Señor en el cielo tiene su silla. Este lugar explana un intérprete por estas palabras: Aunque me amenacen tantos peligros, sin embargo, confiado en mi inocencia, estaré con ánimo esforzado y confiado, ni jamás desesperaré de mi salud: porque el Señor tiene su eterno domicilio en el cielo: el Señor desde el cielo rige las tierras, y desde lo alto ve en el linaje humano qué hace cualesquiera ó qué padece, para aliviar á los buenos y castigar á los malos. Y así á los conatos de los enemigos opondré mi esperanza colocada en el Señor: á este deseo propugnador y defensor mio, á este, que no necesita de armas, de dinero ni de oportunidad de sitios ó tiempos para hacer las cosas, sino que por su voluntad administra y perfecciona felizmente todas ellas. Veis cuán fácil, firme é incontrastable socorro me he propuesto y alcanzado! Pues esto quede dicho sobre la cuestion primera; lo cual así como consuela muchísimo á los pios, así arredra y espanta muchísimo á los malos é impíos.

Segunda parte.

11. Hasta aquí, hermanos, hemos navegado unos mares vecinos y cercanos á las costas: ahora se ha de perder de vista la tierra, y hemos de surcar por mar alta. Porque hasta aquí se han tratado cosas que sin fe se entienden con la luz de la razon: ahora se ha de apartar de aquí en cierto modo la razon, y se ha de aprender y coger la fe, con cuya luz de algun modo podamos tocar el altísimo misterio de la Trinidad suma. Pues al modo que el padre de los fieles Abrahan [2], habiendo de adorar á Dios en el monte, dejó los criados á la falda, y solo él con su hijo Isaac subió al monte; así nosotros, dejada la razon en las cosas ínfimas, en donde ella se suele emplear y detener, acompañados de la fe subamos á la altura de este misterio. Y así se han de despedir de aquí la razon humana y la lengua latina. Porque es mejor cometer solecismos ó barbarismos en la oracion y lenguaje, que en el misterio altísimo de la Trinidad.

12. Lo primero se debe suponer que hay muchas cosas en Dios

[1] Psalm. x. — [2] Genes. xxii.

que no pueden entenderse con solo la luz de la razon. Porque conociéndolo por sus obras, conocemos de él solo aquellas cosas que se prueban por la testificacion de ellas. Por lo cual así como una pintura que representa al vivo su original con sumo artificio, declara el ingenio y la destreza del artífice, mas no expresa sus costumbres, su patria, su linaje, su nombre y fortuna; así claramente este mundo expresa la sabiduría, el poder, la bondad y providencia del supremo Artífice, pero no declara de modo alguno otras muchas cosas que hay en él, respecto que este efecto, aunque excelentísimo, no apura toda la virtud de su causa. Y entre estas cosas se dignó el Señor revelarnos en la ley de gracia el misterio de la Trinidad suma. Porque aunque este mismo misterio se hubiese manifestado á los padres del Viejo Testamento, sin embargo en el Evangelio se debió declarar mas plena y perfectamente. Porque como el misterio de la Encarnacion del Señor, por el cual el unigénito Hijo de Dios por su benignidad inefable sufrió el vestirse la carne humana, y ser puesto por nosotros en la cruz, tenga el lugar supremo entre todos los beneficios y obras del Señor; necesariamente á la verdad se debió revelar el misterio de la Trinidad suma, para que conocida la majestad y dignidad de Dios, entendiese mas claramente la naturaleza humana, qué era lo que debia á tan grande Redentor. Propónesenos, pues, en este altísimo misterio la Trinidad de las personas divinas en la unidad de sustancia. Porque es constante que la naturaleza divina es simplicísima, y usando de la frase de Boecio, es unísima, como que en ella nada hay compuesto, nada advenedizo, y absolutamente ningun accidente, sino sola y pura la majestad de la Divinidad. Por tanto oportunamente se figura en aquel propiciatorio de oro, desde el cual antiguamente daba el Señor las respuestas, el cual en la realidad era de oro puro, y en el cual no habia figura alguna, ninguna pintura, y nada habia añadido de otro metal extraño. Y así allí nada mas se veia que solo y purísimo oro. Pues en esta pura y simplicísima naturaleza de la Divinidad confesamos que hay tres divinas personas. Y para que no parezca que decimos cosas repugnantes ó contrarias, ninguno piense que aquí decimos nosotros tres sustancias, y una sustancia ó tres personas, y una persona; sino que en una misma sustancia y naturaleza adoramos y confesamos tres personas. Porque una cosa significa el nombre de naturaleza, y otra el nombre de persona. Y así como en nuestro Salvador confesamos tres naturalezas en una persona, á saber, el Verbo de Dios, la carne y el alma, porque una es la naturaleza de la carne, y otra la del alma, y otra la del Verbo; sin embargo, una persona, esto es, un Cristo Señor nuestro subsiste en estas tres naturalezas; así por el contrario en la beatísima Trinidad en una simple sustancia confesamos tres personas. Esto á la verdad en ninguna criatura racional ó intelectual se encuentra. Porque en estas donde hay una sustancia, se encuentra solo una persona única. En esto, pues, se diferencia la naturaleza increada de todas las criaturas; á saber, que en una simple sustancia se encuentren tres personas, esto es, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El Padre, que de ninguno es hecho, ni criado, ni engendrado: el Hijo, que es solo del Padre, no hecho ni criado, sino engendrado: el Espíritu Santo, que es del Padre y del Hijo, no hecho, ni criado ni engendrado, sino que procede. Porque así como en el sol se dejan ver tres cosas, á saber, el sol, la luz que dimana de él, y el calor que procede de ambos; así en la beatísima Trinidad adoramos y veneramos al Padre como sol, y al Hijo como rayo resplandeciente del sol, y al Espíritu Santo que mana y procede de ambos. Pues de este inefable misterio, siendo muchas y cási innumerables cosas las que se pudieran tratar, intentaré explicar solamente dos cosas, que parecen ser las principales y mas necesarias para nuestra salud. De ellas una pertenece á la inteligencia de este misterio, y la otra para abrazar la verdad de la fe. Porque estando obligados á creer explícitamente este misterio, es necesario que entendamos cómo esto sea, no suceda que cuando oimos el nombre de hijo ó de generacion, concibamos en nuestro ánimo alguna cosa indigna de una majestad tan grande.

13. Pues para esto se ha de saber que el Dios omnipotente todas las cosas que obra por sí, las obra por entendimiento y voluntad, esto es, entendiendo y queriendo. Porque cuando quiere hacer alguna cosa, no tiene necesidad de los instrumentos de los miembros de que carece, ó de herramientas ó de algunas máquinas ó adminículos exteriores. Y así esta vastísima mole del mundo, tantos orbes de cielos, tantas tierras y mares, tantas variedades de plantas y animales con solo el entendimiento y querer de su voluntad lo crió todo sin auxilio alguno externo. Porque él dijo y se hicieron [1], él mandó y se criaron. Y así como lo dijo ó quiso, inmediatamente salieron todas las cosas criadas, y de la nada comenzó á brillar el mundo.

14. Supuestas estas cosas, lleguémonos mas de cerca al misterio de la generacion divina. El Hacedor, pues, de la natura-

[1] Psalm. XXXII.

leza, que como cantó el Profeta [1], hizo los cielos en entendimiento ó sabiduría, él mismo tambien con el entendimiento no crió á la verdad, sino engendró al Hijo semejante á sí. Pero ¿de qué modo dirás? Cuando este (el Padre) entiende plenísima y perfectamente su naturaleza, produce dentro de sí el verbo del corazon, y una imágen perfectísima de sí mismo, á la cual los oráculos divinos llaman resplandor de la gloria paterna, imágen y verbo é hijo de Dios. Y porque esta cosa tan grande excede toda la facultad de la inteligencia humana, ni hay palabras algunas con que se pueda expresar y significar, usamos de símiles tomados de la naturaleza, con los cuales de alguna manera podamos levantarnos á su conocimiento. Porque en todas las naturalezas imprimió él alguna imágen, ó á lo menos alguna huella de su perfeccion. Luego es cosa oportuna el que cotejemos los símiles ó semejanzas, y así como con unos adminículos de la especulacion de la naturaleza comun, aspiremos al Hacedor de la misma naturaleza.

15. Y para que mas cómodamente se pueda hacer esto, mirémonos á nosotros mismos. Cuando cualquiera hombre se mira á sí mismo, y pone sumo cuidado y estudio en la especulacion de sí propio, resulta y nace en la realidad una produccion ó parto, que de ningun modo se debe despreciar. Y el parto es la noticia ó conocimiento de nosotros, en el cual antiguamente la filosofía colocó gran parte de la sabiduría. Luego si me conozco á mí mismo, y en mí encuentro alguna cosa loable; es consiguiente que me ame á mí mismo. Porque todo lo que es hermoso y loable por naturaleza concilia el amor. Pues en cualquiera hombre que se fija en la consideracion de sí mismo, hay la mente que considera con vehemencia y atencion el estado de todo su ánimo: hay el conocimiento, que es como una prole ó parte del entendimiento, la cual nace de la misma consideracion: hay el amor que se excita del conocimiento. En nosotros á la verdad todas estas cosas son accidentes, con los cuales se mudan los ánimos, y se disponen de varios modos. Y todas las cosas que á nosotros se adhieren, cuando se comparan y trasladan á Dios, se han de conferir y entender de modo que antes se quite toda opinion de flaqueza, de modo que nada se piense en el ánimo indigno de Dios. Porque como él sea sumamente simple y uno, y no admita accidente alguno á la composicion de su perfeccion; síguese claramente, que lo que es accidente en nosotros, en él es sustancia perfecta que subsiste por su virtud y estabilidad natural. Luego considerando (como perpétuamente lo hace) atentamente su naturaleza, engendra la misma sabiduría que contiene en sí todos los bienes de vida, de luz, de bondad, de hermosura, de deleite é inmortalidad. Este parto divino, esta admirable é inmensa especie de la virtud divina, este clarísimo espejo del Padre mismo, este resplandor eterno nacido del eterno resplandor del Padre, llamamos nosotros, amonestados y enseñados de las santas Escrituras, Hijo de Dios. Y de esta inteligencia de la mente divina, y de la consideracion de la hermosura inmensa procede un sumo amor y eterno deleite ó complacencia que con una eterna caridad enlaza al Padre con el Hijo, y al Hijo con el Padre. Pues este nudo ó vínculo estrecho de amor llaman Espíritu Santo los oráculos divinos. Y como en Dios no haya mistura alguna, nada en él pueda ser primero ó postrero, nada mayor ó menor, nada mas fuerte ó flaco; es necesario que el Hijo al Padre, y el Espíritu Santo á los dos sea igual y en un todo semejante en la naturaleza, en el imperio, en la deidad, en la potestad; porque en una y la misma naturaleza no se puede excogitar diversidad, ó desigualdad, ó desemejanza. Y así reverenciamos y veneramos un Dios inmortal, incorpóreo, infinito, inmutable, omnipotente, simplicísimo en la naturaleza, y distinto por el número y razon de personas: y en la confesion de esta verdad suma permanecemos con una fe constante como en un castillo muy guarnecido.

[1] Psalm. cxxxv.

Tercera parte.

16. Pero alguno expondrá luego, y dirá que él á la verdad cree y profesa una fe semejante; pero que no entiende las cosas que cree. Para esto te propondré dos grandes consuelos, con los cuales lleves con resignacion esta flaqueza y cortedad de tu entendimiento. Y ambos los hallarás si pusieres tus ojos primero en la grandeza de Dios, y luego en tu pequeñez. Porque si confiesas que es incomprensible la naturaleza de la Majestad divina, ¿qué te admiras que no alcance tu ingenio lo que es de suyo incomprensible? Si predicas que es inefable, ¿cómo es posible que la expliques con palabras de hombre? Últimamente, siendo esta naturaleza y perfeccion sola infinita entre todas las cosas, ¿cómo es posible que la razon finita del hombre, contenida dentro de ciertos términos, pueda alcanzarla ó comprenderla? Porque pertenece á la gloria de la Majestad divina, que exceda y trascienda infinitamente su sublimidad y grandeza todo conocimiento de la razon humana, y que solo se conozca con una

confesion humilde de la fe. Los Santos contentándose con esta fe, á nada mas se esforzaban ni empeñaban. De aquí es que dice san Ambrosio: Á mí me es imposible saber el secreto y misterio de la generacion divina. Desfallece la razon, calla la voz, no solamente la mia, sino tambien la de los Ángeles. Es sobre las Potestades y sobre los Ángeles, y sobre los Querubines y Serafines, y sobre todo sentido, porque está escrito [1]: La paz de Cristo excede todo sentido. Y si la paz de Cristo es sobre todo sentido, ¿cómo no será sobre todo sentido generacion tan grande? Pues tú tapa tu boca, no es lícito escudriñar los misterios soberanos, es permitido y lícito saber que el Hijo de Dios ha nacido; no es permitido ni lícito el discurrir de qué modo haya nacido: aquello no se puede negar, inquirir esto es miedo. Inefable á la verdad es aquella generacion, segun dice Isaías [2]: ¿Quién explicará su generacion? Hasta aquí san Ambrosio.

17. Y si el hombre atiende á su pequeñez y tardanza de su entendimiento, entenderá tambien fácilmente, que él no puede penetrar este arcano alto de la Divinidad, respecto que apenas puede comprender con su razon aquellas cosas que están delante de sus ojos. De aquí es que dice Salomon [3], como no sabes cuál sea la vida del espíritu, y de qué manera se formen y consoliden los huesos en el vientre de la preñada; así no sabes las obras de Dios, que es el fabricante de todas. Por lo cual prudentemente dice san Gregorio: El que no encuentre razon en las obras de Dios, en su pequeñez hallará el por qué no la encuentra. Porque ¿qué hay que extrañar que no alcance las cosas divinas el que se alucina en la investigacion aun de las cosas mínimas? Cesará, pues, esta queja, si tiene el hombre enteramente conocida y explorada la debilidad y cortedad de su entender, y no extrañará mas el que él no pueda comprender las cosas divinas, que el que un pigmeo no alcance á tocar las nubes con su brazo extendido.

18. Os propondré tambien otro no menos saludable consuelo: y es que cuanto menos podais alcanzar lo que es Dios, tanto mas debeis admirar su majestad, reverenciar su sublimidad, amar su bondad, abrazar su misericordia, guardar con mayor diligencia sus leyes y mandamientos. Porque si la grandeza de la Majestad es digna de admiracion, tanto mas debemos admirarla, cuanto mas largo distamos de su conocimiento. Si la bondad suma merece un amor sumo, tanto mas debe ser amada, cuanto infinitamente excede la

[1] Philip. IV. — [2] Isai. LIII. — [3] Eccles. XI.

perspicacia de nuestro entendimiento. Si es debida suma reverencia á la dignidad altísima, ¿con cuánta reverencia debemos venerar aquella sublimidad, cuya elevacion no comprenden aun los espíritus seráficos? Porque siendo muchas las cosas que nos instruyen en el conocimiento y amor de la inteligencia divina; sin embargo, ninguna otra cosa hace esto mas, que si entendemos que aquella alta naturaleza excede con infinita distancia la diligencia de la razon criada. Por tanto, de aquí sucede que atribuyéndose con verdad á Dios todos los nombres que significan alguna dignidad ó perfeccion; sin embargo, como dice san Dionisio [1], con mucha mas verdad se remueven ó niegan de él. Como por ejemplo: si atribuimos á Dios suma providencia, misericordia, sabiduría, poder, bondad y hermosura, y con nuestra mente y pensamiento concebimos un insondable abismo de sabiduría, poder, bondad y hermosura, y se lo atribuimos á Dios, dista tanto este nuestro pensamiento de su aptitud y su gloria, que es cosa mas oportuna remover de él estas perfecciones, que atribuírselas. Porque aunque todas estas cosas se hallen perfectamente en Dios; sin embargo, del modo que la cortedad de nuestro entendimiento las concibe, de ningun modo se le atribuyen. Esto á la verdad lo sabemos no solo porque nos lo enseña san Dionisio, sino porque lo aprendemos tambien del Eclesiástico [2]. Pues dice así: Glorificad á Dios cuanto podais, todavía restará y sobrará aun: los que bendecís al Señor, exaltadlo cuanto pudiéreis, porque es mayor que toda alabanza: no trabajeis, porque no lo comprenderéis.

19. Mas esto si se refiere á la cortedad y estrechez de la razon humana, es menos de admirar. Es cosa mucho mayor que aun todo cuanto conciben de su grandeza aquellas beatísimas mentes, y aun los mas elevados Serafines que contemplan de mas cerca aquella inmensa especie de hermosura, dista tanto de su hermosura y majestad inmensa, que como antes dije, con mas verdad se puede negar que atribuírselo. Y aun tambien si sobre lo sumo se puede añadir alguna cosa, aun no temeré juntarlo á estos. Si Dios con su virtud omnipotente criara alguna nueva criatura tan excelente que en el órden de criaturas nada se encontrara mayor ni mas sublime, todo cuanto alcanzara esta nobilísima criatura de la gloria de la Deidad soberana, quedaria tan abajo de su dignidad, que antes esto mismo se debia remover de Dios que atribuírselo. Últimamente para acabar de una vez, cuanto alcanzaran de la majestad y gloria

[1] Dionys. de Cœlest. c. 2. — [2] Eccli. XLIII.

de Dios ó esta elevadísima mente, ó las demás mentes criadas que á rostro descubierto contemplan la especie de la hermosura divina, es cosa tan corta que se dice ser cási nada. Pues porque no hay comparacion alguna de una cosa finita á otra infinita, y todo cuanto entiende la criatura de la sublimidad de la naturaleza divina es finito y contenido en ciertos y fijos límites, con razon se dice que es cosa corta, respecto de que aun queda infinito lo que resta de entender. Luego, ¿quién no admirará esta tan grande sublimidad de la naturaleza divina? ¿quién no quedará como atónito, cuando mire ante los ojos del alma este inmenso é insondable piélago de la divinidad? ¿cuál perspicacia del alma no comenzará á ofuscarse con este esplendor de la luz divina? ¿quién entrando en este vastísimo abismo de la divinidad, querrá salir de allí y volver á nosotros? Luego, ¿quién no reverenciará con toda la devocion del ánimo este tan grande Señor? ¿quién no se derramará todo en sus alabanzas? ¿quién no se derretirá todo por la admiracion de esta tan grande majestad? ¿quién no se arderá con un amor ardentísimo? ¿quién no deseará morir mil veces por su gloria? ¿quién no se reputará por feliz porque él mismo le dió los ojos de la fe, con que puede mirar esta luz tan grande? ¿quién no deseará que todas las arenas del mar se conviertan en lenguas para que prediquen perpétuamente sus alabanzas y le dén gracias por este tan grande beneficio? Todas estas cosas parece contemplaba el real Profeta, cuando decia [1]: Confesaréte á tí, porque fuiste engrandecido terriblemente. Explanando san Crisóstomo este lugar dice, que sucedió al Profeta una cosa semejante á la que sucede á los que estando sentados en una altísima peña, miran bajo de sí al mar airado y bramando, los cuales atónitos con la grandeza de esta borrasca, les parece que pierden la vista y virtud de sentir. Pues esta enajenacion del alma en cierto modo parece padecia el Profeta cuando ponia los ojos del alma en aquel vastísimo piélago de la Divinidad; y así convirtiéndose con toda la devocion de su ánimo á ensalzar sus alabanzas dice: Confesaréte á tí, esto es, predicaré, Señor, tus alabanzas porque terriblemente has sido engrandecido, esto es, porque con la gloria inmensa de tu divinidad y majestad arredraste mi razon y la dejaste pasmada.

20. Y ya tambien si puesto alguno en esta altísima atalaya, desde donde contemplaba esta tan grande altura de la gloria divina, se abate desde allí á considerar el misterio de la Encarnacion y Pasion del Señor, y contempla aquel altísimo Señor, á quien ve elevado sobre los Querubines y Serafines, nacido en un establo, echado en un pesebre, y muriendo en una cruz por la salud del género humano: ¿cómo el que esto advierte puede respirar, puede estar dentro de sí, cómo puede retener el espíritu y el hálito cuando considera esta dignacion tan grande de la bondad divina? Y si apartándonos de esta consideracion, ponemos los ojos en aquellos que no temen ni tienen vergüenza de ofender esta bondad tan grande con sus maldades y crímenes cotidianos; ¿cómo no nos pasmamos cuando contemplamos esta execrable ceguedad, esta ingratitud y perversidad de muchos hombres? ¿cómo no reventamos de dolor y pasmo, cuando vemos que este mal tan execrable domina, no en algunos rinconcillos ó en algunos hombres, sino latísimamente en todo el orbe? Pero por cuanto esto, hermanos, no podemos llorarlo bastantemente, volvamos á nosotros mismos, y echando de ver no lo que hacen los hombres perdidos y estragados, sino lo que es decente á nosotros, miremos esta misma gloria de la majestad divina, alabémosla, reverenciémosla, admirémosla, amémosla con todas nuestras fuerzas, y procuremos observar sus leyes y preceptos, y queramos antes derramar nuestra sangre que ofenderla; porque así sucederá que asistiendo piadosa y religiosamente todos los dias en estos ejercicios, podamos llegar á su felicísima compañía y vista. Amen.

[1] Psalm. CXXXVIII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESQUELETO DEL SERMON II

DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

Euntes docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. (Matth. XXVIII, 19).

Id y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

1. Dios honra al hombre revelándole sus misterios, y el hombre honra á Dios creyéndolos. Ni Dios podia conceder al hombre un beneficio que mas le honrase que el de la revelacion del misterio de la santísima Trinidad, ni el hombre podia hacer á Dios obsequio alguno que le honrase mas que la creencia de este misterio por divina revelacion.

Primera parte.

2. Circunstancias que concurrieron en la revelacion de dicho misterio: 1.ª la dignidad de la persona que hizo la revelacion; 2.ª la grandeza del misterio revelado; 3.ª la universalidad de los hombres á quienes se reveló.

3. Dios nos reveló el insondable arcano de su Trinidad personal por boca de su Unigénito humanado: *Unigenitus, qui est in sinu Patris, ipse enarravit.*

4. Id, les dijo á sus Apóstoles, enseñad á todas las gentes, bautizándolas *in nomine* (hé aquí la unidad de esencia) *Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.* (Ahí está la trinidad de personas).

5. Vision de Ezequiel: *Aquila grandis*, etc., símbolo de la revelacion de este misterio.

6. Grandeza del misterio. Dios nos descubrió todo su divino ser, y las maravillas todas que en él se adoran.

7. Nos trató como amigos suyos manifestándonos los mas íntimos y ocultos secretos de sí mismo. *Jam non dicam vos servos, sed amicos, quia*, etc.

8. Nos dió como á confidentes suyos la mas exacta y cabal idea de sus divinas perfecciones.

9. Sin la revelacion de este misterio no tendríamos el mas alto y sublime conocimiento de lo que es Dios en sí.

10. En la antigua ley Dios se reveló como *uno*; en la nueva como *uno* y *trino*. Solo unos cuantos Patriarcas conocieron este misterio, que san Basilio llama: *Mysterium christianorum*, etc.

11. Con mayor razon que David puede exclamar la cristiandad: *Non fecit taliter omni nationi, et judicia*, etc. ¿Cuál es nuestro deber en retorno del distinguido honor que Dios nos hizo? Prestarle el obsequio de nuestra fe.

Segunda parte.

12. Por la fe ó creencia confesamos la sabiduría y veracidad de Dios, sacrificándole nuestro entendimiento que cree, y nuestra voluntad que manda creer. Sacrificio tanto mas agradable á Dios, cuanto mas profundo es el misterio revelado.

13. Es el misterio mas incomprensible para el entendimiento humano.

14. Puede este conocer por induccion la *unidad*, poder, sabiduría, providencia, etc., de un Ser increado.

15. Mas la trinidad de personas excede toda luz creada.

16. Al modo que el agua refleja la imágen del sol sin darnos á conocer su calor y fecundidad, las criaturas nos revelan un Criador, pero no sus perfecciones *ad intra*.

17. No obstante la revelacion, este misterio es para nosotros incomprensible, como antes de ella nos era incognoscible.

18. ¿Cómo comprender que uno sea tres, y que tres sean uno?

19. Los Padres y los teólogos aducen semejanzas y figuras que, supuesta la revelacion, nos dan alguna idea de este misterio, mas sin embargo queda inasequible.

20. Nuestra alma es tambien una de aquellas figuras.

21. Al ponernos ante un espejo producimos una imágen de nosotros mismos, y al contemplarnos interiormente nos amamos. Esto nos da á conocer algun tanto las procesiones divinas.

22. Todas esas imágenes son desproporcionadas é impropias, y por lo tanto dejan el misterio siempre impenetrable.

23. ¿Qué luz pueden, en efecto, suministrarnos tan imperfectas semejanzas y figuras para comprenderlo?

24. Solo apoyados en la autoridad y veracidad de Dios podemos creerlo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

25. Sabelio, Arrio, Macedonio, etc., se negaron orgullosamente á sujetar su razon á la creencia de este misterio.

26. El obsequio de nuestra fe en tan impenetrable arcano compite con el que Abrahan prestó á Dios con su obediencia al sacrificar á su unigénito.

27. Esta honra y obsequio debemos tributarlo á Dios en todo tiempo, hoy principalmente...

28. Profesion de fe. Deprecacion.

SERMON II

DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.

Euntes docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. (Matth. XXVIII, 19).

Id y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

1. Que los hombres puedan honrarse igualmente unos á otros con los beneficios y obsequios que se hacen recíprocamente, es cosa que no admite duda ni debe causar admiracion; pues la semejanza de naturaleza, la igualdad de grado y de calidad que suele existir entre los beneficios y obsequios que aquellos mútuamente se prestan, hacen que el mismo honor que el bienhechor confirió al favorecido, revierta fácilmente con sus obsequios del favorecido al bienhechor; pero que lo mismo acontezca entre Dios y el hombre, ¿quién es capaz de creerlo sin una atenta y profunda meditacion? Con efecto, la independencia de la existencia, la supremacía del dominio y la excelencia de las otras divinas é infinitas perfecciones comunican tan gran mérito á cada uno de los beneficios que Dios otorga al hombre, que al considerar la ruindad de su naturaleza, la sujecion de su vasallaje y la mezquindad de su servil condicion, parece imposible que el hombre sea capaz de tributar á Dios obsequio alguno que honre tanto á Dios, como á él le honran los favores que recibe de su Criador. Sin embargo, hermanos mios, alentaos: no es tan vil ni tan miserable nuestra condicion que no podamos alguna vez con nuestros obsequios honrar á nuestro benéfico Dios de un modo sumamente apreciable y digno; porque Dios agradece tan inmensa y amorosamente los obsequios que le tributamos, que, no vacilo en decirlo, se tiene por tan honrado con ellos, como honrados somos nosotros con los beneficios que de él recibimos. Esto lo vemos realizado en el sagrado é inefable misterio de la augustísima Trinidad, que hoy se celebra, en cuanto Dios se dignó

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

revelárnoslo, y en cuanto nosotros lo creemos firmemente; pues respecto á las divinas revelaciones hechas por Dios al hombre, y á la creencia del hombre en las divinas revelaciones de Dios, ni podia Dios conceder al hombre un beneficio que mas honrase al mismo hombre, que el de la revelacion de este misterio, ni podia el hombre hacer á Dios obsequio alguno que honrase mas á Dios que el de creer este misterio por divina revelacion. Hé aquí, carísimos hermanos, el asunto de mi discurso, en el cual me propongo á un mismo tiempo ensalzar la grandeza de la divina beneficencia y encomiar el mérito de nuestra fe. La revelacion del misterio de la Trinidad, favor el mas honroso que Dios otorgó al hombre á quien lo reveló, y la creencia en el mismo misterio de la Trinidad, obsequio el mas honroso que el hombre tributa á Dios por quien le fue revelado. Oidme, os ruego atentamente, mientras voy á aducir las pruebas de mi proposicion.

Primera parte.

2. La revelacion de todo misterio, siendo por sí misma una comunicacion sensible que de sus impenetrables arcanos hace Dios al hombre, á quien habla, y cuyo entendimiento ilumina con su palabra, es siempre una sublime é inestimable honra para el hombre, á la manera que un monarca de la tierra honra alta y particularmente á un vasallo suyo confiándole amistosamente sus secretos designios. Por esto David, á quien Dios se dignó revelar los profundos secretos de su divina mente, pregonaba el altísimo honor que habia recibido, diciendo: *Occulta sapientiæ tuæ manifestasti mihi.* Mas á veces sube de punto por las circunstancias que en él concurren, el precioso honor que Dios otorga al hombre revelándole sus profundos é insondables arcanos. Este honor llegó, en efecto, hasta lo sumo en la revelacion del sacratísimo é inefable misterio de la santísima Trinidad, porque en él concurrieron tres grandes circunstancias, á saber: la dignidad de la persona que hizo la revelacion; la grandeza del misterio revelado, y la universalidad de los hombres á quienes se reveló.

3. Siempre y cuando Dios nos revela algun misterio, él mismo es quien nos habla; pero no siempre nos habla inmediatamente, pues las mas veces se vale á este objeto de sus ministros, por boca de los cuales nos descubre los sublimes secretos de su mente divina. Así, cuando en el Antiguo Testamento, tuvo á bien manifestar

su divinidad, declarar su nombre y promulgar sus leyes, valióse para esto del ministerio de un Ángel; y cuantas veces se dignó comunicar á Abrahan, á Isaac, á Jacob ó á otros de sus siervos, sus eternos designios ó sus infalibles promesas, tomó tambien por instrumento la voz de un Ángel ó de un Profeta. Mas al revelarnos á nosotros el profundo é insondable arcano de la augustísima Trinidad, escogió la persona mas digna, mas autorizada y excelsa, es decir, su Hijo unigénito; y por esto dijo con razon el apóstol san Juan: *Deum nemo vidit unquam: Unigenitus, qui est in sinu Patris, ipse enarravit.*

4. En efecto, Jesucristo, despues de habernos revelado, durante su vida mortal, con varias palabras la unidad y la trinidad de Dios, ora llamándose Hijo del Padre, ora prometiendo á sus discípulos que les enviaria el Espíritu Santo; resucitado que hubo á la vida inmortal, hízonos la mas memorable, expresa y solemne manifestacion de este misterio, cuando, apareciéndose á los Apóstoles, les mandó que fueran animosamente por toda la tierra á predicar su fe y á reducir el mundo á su creencia. Id, les dijo, enseñad á todas las gentes la verdad del Evangelio, y bautizad á todos los hombres en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: *Euntes docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.* Admirables palabras por las cuales se nos descubre todo cuanto hay de recóndito é imperceptible en este inefable misterio, y todo cuanto creemos y adoramos en él: *In nomine,* la unidad de la esencia; *Patris, et Filii, et Spiritus Sancti,* la trinidad de las personas.

5. Ahora bien, ¿podia Dios otorgarnos un honor mas inestimable que el que nos otorgó manifestándonos tan profundo arcano, no por medio de un Ángel ó de un profeta, personas ambas excelsas y sumamente amadas del mismo Dios; sino por medio de su único Hijo, igual á él en poder y en todas las perfecciones divinas? Vió el profeta Ezequiel partir de las cumbres del Líbano una águila grande con un meollo de cedro en el pico, y descendiendo con rápido vuelo á la tierra de Canaan, hacer donacion de él á la ciudad habitada de muchos é industriosos mercaderes: *Aquila grandis tulit medullam cedri, et transportavit eam in terram Chanaan, in urbe negotiatorum posuit illam.* ¡Hermoso símbolo del altísimo honor que nos hizo Dios descubriéndonos el misterio de la Trinidad por medio de su Hijo! Sí, él mismo, el Hijo unigénito de Dios, figurado, en razon de su infinita dignidad, por el águila grande, fue el que

partiendo del seno del Padre para cubrirse de carne mortal, descendió al mundo, representado por la tierra de Canaan, y nos trajo el meollo del cedro, esto es, el conocimiento de la trinidad de las Personas divinas, oculto hasta entonces á nosotros, así como el meollo está oculto en el cedro; é hizo donacion de él á su Iglesia, que es la venturosa ciudad de mercaderes, es decir, la dichosa congregacion de los fieles, que con sus obras virtuosas continuamente se afanan por alcanzar la vida eterna: *Aquila grandis tulit medullam cedri, et transportavit eam in terram Chanaan, in urbe negotiatorum posuit illam.*

6. Y si tan grande fue el honor que se nos confirió por efecto de la dignidad de la persona que nos hizo la revelacion, ¿qué deberá decirse al considerar la grandeza del misterio revelado? Con tal revelacion, manifestándonos Dios la unidad de su esencia en la trinidad de las Personas, vino á descubrirnos todo su divino ser y las maravillas todas que en él se adoran. Descubrióse él mismo en órden á las criaturas, pero tal cual es en sí mismo, sin relacion alguna con las cosas creadas ó creables, y nos dió la mas exacta y cabal idea de sí propio y de sus divinas é ilimitadas perfecciones. Descubriónos aquella esencia única, indivisible, infinita y eterna, que se ensimisma, por decirlo así, en tres personas distintas; las perfecciones comunes á las tres divinas Personas, las propiedades personales de cada una, las relaciones opuestas y las eternas procesiones por las cuales se distinguen entre sí, y por último nos descubrió aquella calidad, que los teólogos llaman circuminsesion, por la cual cada una de las tres Personas reside esencialmente, como en un trono augusto, en las otras dos. Nos manifestó la ingenerabilidad del Padre, orígen de toda la deidad, principio que no procede de otro principio, pero principio del cual procede el Verbo; la filiacion del Verbo, procedente del Padre, y consustancial y coeterno á su principio; la inspiracion activa comun al Padre y al Hijo, uno é indivisible principio de la inspiracion pasiva, propiedad personal del divino Espíritu, procedente del Padre y del Hijo, y uno mismo en la sustancia, é igual y coeterno á su principio. Nos reveló el modo inefable como se habian realizado estas emanaciones; como el Padre, contemplándose y comprendiéndose con su perfectísimo entendimiento engendra al Verbo, su consustancial imágen, á quien comunica todas las divinas perfecciones, excepto la calidad de Padre; como el Padre y el Verbo engendrado por el Padre, contemplándose y amándose mútuamente, con

su voluntad inspiran su consustancial amor, á quien comunican igualmente todas las perfecciones divinas excepto la calidad de Padre y la calidad de Hijo. Nos manifestó como entre estas tres divinas Personas no hay mayoría de edad, ni prioridad de tiempo, ni superioridad de poder, sino una suma y perfectísima igualdad, porque tienen todas una misma esencia, una misma inteligencia, una misma voluntad, un mismo poder y una misma eternidad; como entre el generador y el engendrado, entre el inspirador y el inspirado, no hay prioridad de causa ni dependencia de efecto, y sí solo prioridad y posterioridad de orígen; como el Padre engendra siempre al Hijo, y el Hijo es siempre engendrado por el Padre; como el Padre y el Hijo en unidad de principio inspiran siempre el divino Espíritu, y el divino Espíritu es siempre inspirado por el Padre y el Hijo; como el Padre está enteramente en el Hijo, y el Hijo está enteramente en el Padre; como el Padre y el Hijo están enteramente en el divino Espíritu, y el divino Espíritu está enteramente en todo el Padre y en todo el Hijo.

7. Ahora, pues, habiéndonos Dios revelado las maravillas y grandezas todas que se adoran y veneran en su divino ser, y habiéndonos descubierto los ocultos é inescrutables arcanos de las tres divinas Personas, el nombre y las propiedades de cada una, el órden y la manera de las procesiones, la perfectísima oposicion de las relaciones, ¿podia concedernos un honor mas provechoso, excelente y excelso? ¿No nos admitió de esta suerte al mas íntimo conocimiento de sí mismo, y no nos declaró con señaladísima distincion por familiares, por confidentes y amigos suyos los mas íntimos, como Jesús mismo lo significó á los Apóstoles despues de haberles comunicado tales noticias y descubierto semejantes impenetrables arcanos? *Jam non dicam vos servos, sed amicos: omnia enim quæcumque audivi à Patre meo nota feci vobis.* Porque al revelarnos este misterio no nos descubrió cosa alguna referente á las criaturas, ó ajena á él mismo, sino únicamente lo que dentro de él está y en él solo se contiene. La omnipotencia, la providencia, la justicia y todos sus otros divinos atributos conciernen esencialmente á las criaturas, en cuanto son producidas y sábiamente gobernadas por él. La encarnacion misma del Verbo eterno tiene relacion con los hombres, para cuya salvacion fue amorosamente realizada; y la divina Eucaristía tiene tambien relacion con los mismos hombres, en favor de los cuales se instituyó. Mas el augusto é inefable misterio de la sacratísima Trinidad no tiene relacion alguna con las

criaturas, pues se refiere exclusivamente á Dios; de donde se infiere que al comunicarnos este misterio se nos elevó al mas alto honor que podia otorgársenos, porque con tal comunicacion fuimos admitidos al honroso conocimiento de los mas íntimos y ocultos secretos de Dios.

8. Figuraos que un soberano revela confidencialmente á un vasallo suyo todos sus planes relativos á la conservacion del reino y á la felicidad del pueblo: las leyes que piensa promulgar, los empleos que se propone conferir, las alianzas que piensa contraer, las expediciones de mar y tierra que prepara, los tratados de paz que medita, las guerras que proyecta; ¿quién dejará de conocer el grande honor que con la comunicacion de tan importantes noticias dispensa el monarca á su vasallo? Y si, no contento con esto el soberano, introduce amistosamente al vasallo en su gabinete, y haciéndole sentar familiarmente á su lado, le comunica las cosas todas relativas á su propia persona: las ideas que embargan su entendimiento, los afectos que encierra su corazon, los males del cuerpo, las aflicciones del espíritu, los manjares que apetece, los juegos que le divierten, sus temores y esperanzas, en fin; ¿quién dejará de conocer que sea este el mayor honor que un monarca pueda dispensar á su vasallo, supuesto que, descubriéndole cuanto se encierra en su mente y en su corazon, le declara por su mas íntimo valido y le hace cási su igual? Pues á tan sublime honor vino Dios á elevarnos revelándonos el inescrutable arcano de la augustísima Trinidad; admitiéndonos al conocimiento de aquellas altas é incomprensibles perfecciones divinas, que no teniendo relacion alguna con las cosas creadas, se encierran exclusiva y admirablemente en él; declarándonos con esto de un modo excelso por últimos confidentes y amigos suyos carísimos: *Jam non dicam vos servos, sed amicos: omnia enim quæcumque audivi à Patre meo nota feci vobis;* y lo que es mas, dándonos, para sin igual honra nuestra, la mas digna, la mas exacta y cabal idea de sus divinas perfecciones.

9. Supongamos ahora que Dios no nos hubiese revelado la trinidad de las Personas; ¿qué mas sabríamos entonces con respecto á él, que la unidad de la esencia, la potencia productora de innumerables cosas, la bondad difusiva tan solo de sí mismo fuera de sí y amante hasta lo sumo de sus criaturas, y otras semejantes perfecciones relativas tan solamente á las cosas creadas? Pues precisamente por ser el término de estas divinas perfecciones las cosas creadas ó creables, limitadas en su esencia é infinitamente distantes de la infinita y perfectísima esencia de Dios; no tendríamos en el supuesto caso con respecto á Dios y á sus divinas perfecciones el conocimiento mas alto y sublime que ahora tenemos á consecuencia de la revelacion del inefable misterio de la santísima Trinidad. Porque ahora sabemos que hay en Dios, con la unidad de la naturaleza, aquel santo consorcio de tres distintas Personas; que hay una potencia que engendra siempre dentro de sí un término proporcionado é igual á la misma potencia generadora; que hay una voluntad que siempre ama, y amando inspira un amor consustancial al principio inspirador. Ahora bien, ¿quién no observa cuánto se ensancha con esto en nosotros la idea de las perfecciones divinas, pues sabemos ya, no solo que hay en Dios una infinita virtud de producir fuera de sí términos finitos y limitados, é infinitamente distantes de la virtud que los produce, sino tambien que hay en él una infinita virtud de producir dentro de sí términos infinitos é ilimitados, y de la misma sustancia que la causa productora? ¡Cuán grande, pues, cuán provechoso y honorífico fue para nosotros el beneficio que Dios nos dispensó cuando manifestándonos el inefable misterio de la Trinidad, nos reveló á todos su perfectísima esencia y nos dió tambien á todos la mas cabal y exacta idea de sus perfecciones divinas!

10. Á todos nosotros se dió este conocimiento; pues la revelacion de tan profundo é impenetrable arcano no se redujo á unos pocos, sino que se hizo á todos universalmente por boca de nuestro divino Redentor: *Euntes docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.* Durante la ley antigua, aunque Dios dispensó muchos y grandes favores á su amado pueblo, no quiso, sin embargo, admitirlo al íntimo conocimiento de este insondable misterio, ni le manifestó con respecto á sí mismo sino la unidad de su divina esencia: *Ego sum Deus unus.* Solamente á unos pocos comunicó por medio de imágenes simbólicas y oscuros enigmas la nocion de la trinidad de las divinas Personas; á Abrahan, con la aparicion de aquellos tres varones que se le pusieron delante en el valle de Mambré; á Moisés, explicándole la significacion de las cuatro letras que formaban su venerable nombre de Jehová; á Daniel, mostrándole aquel anciano de dias, sentado en su augusto trono, y el Hijo del Hombre que venia hácia él, y el rio de sagrado fuego que saliendo de la faz del anciano de dias, corria impetuosamente; á Isaías, manifestándole el excelso asiento, donde el Señor estaba sentado, en tanto que los Serafines, cantando el divino Trisagio le

proclamaban tres veces santo. Mas no así procedió Dios con nosotros: á nosotros que somos su pueblo favorito, su pueblo singularmente amado y predilecto, á nosotros, digo, á todos nosotros sin excepcion nos descubrió y reveló enteramente con palabras expresas el adorable é impenetrable misterio; por lo que con razon dijo el Apóstol: *Mysterium, quod absconditum fuit à sæculis, et generationibus: nunc autem manifestum est sanctis;* y san Basilio, considerando que este misterio no se reveló á los gentiles ni á los hebreos, sino á nosotros solos, lo llamó misterio propio de los cristianos y noble distintivo de nuestra santa, augusta, invictísima fe: *Mysterium christianorum, et Religionis nostræ maxime proprium.*

11. Esto supuesto, me parece que hay entre nosotros y el antiguo pueblo de Dios la misma diferencia que se observaba en el sagrado templo de Jerusalen entre las diversas clases de personas. En el atrio exterior del templo, donde estaba situado el altar de los holocaustos y se consumian las víctimas que se sacrificaban, permanecia el pueblo, á quien no se permitia ver el arca, ni siquiera el velo que impedia la entrada en el *Sancta*. En el interior del templo, hasta aquel punto en que se dividia del sagrado tabernáculo, y donde se colocaba el altar del incienso, la mesa de los panes de proposicion y el candelabro de oro, permitíase entrar á los sacerdotes menores, los cuales sin embargo no podian ver el arca sino al través de aquel delgadísimo lienzo. En la parte interior del templo, que formaba el *Sancta Sanctorum*, llamado tambien casa del Señor, *Domus Domini*, donde estaba depositada el arca, entraba únicamente el sumo sacerdote, que veia el arca de cerca, y, con el incensario en las manos, la perfumaba, recibia sus instrucciones y oia sus oráculos. Ahora bien, en la multitud que permanecia en el atrio, enteramente privada de ver el arca, estaba simbolizado el pueblo judío, á quien fue totalmente desconocido el inefable misterio de la augustísima Trinidad: en los sacerdotes menores que entraban en el interior del templo y miraban el arca por las pequeñas aberturas de aquella trasparente cortina, estuvieron representados los pocos profetas á quienes Dios otorgó el conocimiento de las tres divinas Personas, aunque bajo oscuras imágenes y simbólicas significaciones: por último, en el pontífice, que entraba libremente en el *Sancta* y veia sin estorbo el arca descubierta, perfumándola con timiamas y oyendo claramente sus oráculos, vemos significado el pueblo cristiano á quien Dios comunicó por medio de su Hijo la revelacion expresa del adorable misterio

de la santísima Trinidad: *Mysterium, quod absconditum fuit à sæculis, et generationibus: nunc autem manifestum est sanctis.* Diga, pues, en buen hora David, hablando de la honra que Dios dispensó á su pueblo manifestándole la unidad de su perfectísima esencia y distinguiéndole con esto singularmente de las otras naciones, envueltas en las tinieblas de una ciega ignorancia y adoradoras sacrílegas de falsas y execrables divinidades: *Non fecit taliter omni nationi, et judicia sua non manifestavit eis;* y añada con transportes de júbilo, que solo en la Judea se hallaba el verdadero é inefable conocimiento del único y verdadero Dios: *Notus in Judæa Deus;* pues nosotros los cristianos, gente santa, pueblo de adquisicion, pueblo á quien el Señor crió para sí: *Gens sancta, populus acquisitionis, populus quem fecit Dominus*, admitidos por Dios á la honrosa confianza de sus secretos, al pleno y expreso conocimiento de la unidad de su esencia en la trinidad de las Personas, y mas amados y favorecidos por él que su antiguo pueblo, podemos decir con mas razon: *Non fecit taliter omni nationi, et judicia sua non manifestavit eis*, y proclamar enajenados de santo júbilo, que entre nosotros, y solo entre nosotros se halla el verdadero, propio é infalible conocimiento de Dios, uno en esencia y trino en personas: *Notus in christianitate Deus.* Mas ya que tan precioso y excelso honor nos hizo Dios á todos revelándonos tan augusto é inefable misterio; ya que con inestimable predileccion nos distinguió de todos los demás pueblos; ya que nos declaró por hijos, confidentes é íntimos y entrañables amigos suyos; ¿qué podrémos nosotros hacer para corresponderle, para demostrarle nuestra gratitud, para devolverle con nuestros obsequios, en cambio del honor que él nos ha dispensado, otro honor tan parecido y digno como nos sea posible? No debemos hacer mas, hermanos mios, que creer el mismo augusto é inefable misterio que él nos reveló: porque si la revelacion del augustísimo misterio de la Trinidad es el favor mas honorífico que Dios ha hecho al hombre á quien lo ha revelado; la firme creencia en esté misterio es el obsequio mas digno que el hombre puede hacer á Dios por quien le ha sido revelado. Voy á demostrároslo: estadme atentos.

Segunda parte.

12. La creencia que se da á todo misterio revelado es un obsequio que el hombre tributa á la autoridad de Dios, que habla y le comunica sus secretos; obsequio que redunda en grande honra de

Dios, porque con su creencia el hombre le confiesa infinitamente sábio en el conocimiento de las cosas, tales como son en sí, é infinitamente verídico en el modo de manifestarlas, tales como él las conoce; y es tambien un sacrificio que el hombre hace á Dios de todo él mismo, del entendimiento que cree y de la voluntad que ordena creer al entendimiento, aunque no entienda lo que cree, bastando que Dios haya hablado, y que haya motivos evidentemente creibles para creer que ha hablado. Mas aunque esto es igualmente cierto con respecto á todos los actos de fe; sin embargo, de la mayor ó menor profundidad y oscuridad de cada misterio revelado se deduce la mayor ó menor obsequiosa sujecion que el hombre presta á Dios con el entendimiento que cree y con la voluntad que manda creer; porque á medida que van faltando las luces y las razones que naturalmente persuaden al entendimiento la verdad revelada, se aumenta tambien el vigor de la piadosa afeccion de la voluntad que obliga al entendimiento á dar asenso á aquella verdad, y en igual proporcion se aumenta el aprecio que se hace de la inefable autoridad de Dios revelador, en la que estriba toda la razon de nuestra creencia.

13. Ahora bien, entre todos los misterios revelados, ¿hay por ventura alguno mas profundo y recóndito y mas distante de nuestro natural conocimiento que el grande é inescrutable arcano de la augustísima Trinidad? No; porque este es un misterio, antes de su revelacion, totalmente incognoscible, y despues de su revelacion, absolutamente incomprensible para el entendimiento humano.

14. Puede, sí, el humano entendimiento, con el auxilio de su luz natural, por la induccion de la existencia de las mismas criaturas, llegar fácilmente y con certeza al conocimiento de Dios, é inferir la unidad de su esencia y sus infinitas perfecciones. La contingencia y la carencia de cada uno de los efectos creados ¿no demuestra por ventura evidentemente la necesidad de un primer ser independiente, increado, eterno, primera y única causa de todo cuanto hay y puede ser creado? Y las perfecciones contenidas en las mismas cosas creadas ¿no nos revelan claramente las infinitas perfecciones del primer principio increado de donde se derivan? Si al oir el armonioso sonido de una dulce cítara, y al contemplar la ordenada estructura de un suntuoso edificio, inferimos naturalmente la pericia de la mano que pulsa las cuerdas y la inteligencia de la mente que ideó la fábrica; ¿cómo, pues, al ver la singular belleza y el maravilloso órden de las partes todas que componen el

universo; la variedad de las estaciones, la multiplicacion de las plantas, la propagacion de los seres vivientes, la sábia y perenne distribucion de los bienes y todas las maravillas y bellezas que en el mundo observamos á favor de la unigénita luz que en nosotros brilla desde que nacemos, cómo, digo, al contemplar todo esto no hemos de sentirnos todos movidos é inclinados á conocer con evidencia la hermosura, la grandeza, el poder, la inmensidad, la sabiduría y la providencia de aquel primer Ser increado, infinito, eterno que sacó las criaturas de la nada y las rige y gobierna sábiamente?

15. Mas para descubrir que este primer Ser sea uno en esencia y trino en personas; que en esta trinidad de personas la primera sea increada é increable y padre de la segunda; que la segunda persona sea producida por un acto de inteligencia, é hijo de la primera; que la tercera proceda de un acto de voluntad de la primera y de la segunda, y sea consustancial amor de estas dos; que la persona producente no sea causa de la producida ni superior á esta; que la persona producida no sea efecto de la producente ni inferior á la misma, sino que todas tres sean igualmente infinitas, igualmente eternas y de una misma é idéntica esencia, y constituyan un solo y único Dios; para descubrir todo esto, digo, no basta la luz natural, no basta la razon ni el discurso humano, porque semejante misterio excede á toda luz creada, á toda razon natural, y es superior á todo humano discurso, ni pueden las criaturas suministrar á nuestro entendimiento siquiera una confusa idea ó una débil conjetura de tal misterio.

16. Porque si bien todos los efectos son universalmente capaces por su naturaleza de conducirnos al pleno conocimiento de las perfecciones de las causas que concurrieron á su produccion; no pueden empero darnos la mas mínima idea de aquellas que no han concurrido á su formacion, ni tienen con esta relacion ni conexion alguna. Si os parais á mirar en las claras aguas de una fuente la imágen del sol, ó á contemplar las bellezas de una excelente pintura, al punto os formaréis una idea de la luz del astro y del arte del pintor. Pero ¿comprenderíais ni pudiérais jamás comprender por este solo hecho la fecundidad y el calor del sol, ó la nobleza y la riqueza del pintor? Ciertamente que no. ¿Y por qué? Porque solo la luz del sol concurrió á formar aquella imágen dentro del agua, y no su calor ni su fecundidad; así como solo el arte del pintor concurrió á formar el cuadro, y no la limpieza de su sangre ni

sus bienes de fortuna. Ahora, pues, todas las criaturas visibles é invisibles son efecto de las perfecciones comunes á la Trinidad, no de aquellas que constituyen y distinguen cada una de sus personas; y de ahí el que por el conocimiento que tenemos de las criaturas, á favor del natural discurso podamos llegar á conocer evidentemente la unidad, el poder, la bondad, la providencia y las otras perfecciones de la esencia de Dios que concurrieron todas indivisiblemente á la produccion de las mismas criaturas; pero no las divinas opuestas relaciones que en una misma esencia constituyen la trinidad de las Personas; porque estas relaciones no concurrieron formalmente y como principio productivo á la formacion de las criaturas, ni tienen referencia ni conexion alguna con ellas. Para conocerlas se requiere la divina revelacion expresa, por la cual se manifieste el recóndito y admirable secreto al entendimiento humano, incapaz por sí mismo de descifrarlo y aun de imaginarlo. Por esto dijo el Redentor que nadie conoce al Padre, sino el Hijo; ni conoce nadie al Hijo, sino el Padre, y aquellos á quienes el Hijo mismo ha querido revelar el adorable é insondable arcano: *Nemo novit Patrem, nisi Filius, et nemo novit Filium, nisi Pater, et cui voluerit Filius revelare.*

17. Pregunto ahora: ¿será tal vez que despues de la revelacion que se nos ha hecho de este tan profundo misterio, podamos con facilidad entenderlo y comprenderlo claramente? De ningun modo; pues así como antes de su revelacion era para nosotros enteramente incognoscible, así despues de habérsenos revelado es para nosotros del todo incomprensible. Á este propósito conviene observar que al mismo tiempo que los dos Serafines, á quienes vió Isaías, cantando en alta voz el santo Trisagio confesaban á Dios Señor de los ejércitos, uno en esencia y trino en personas: *Sanctus, Sanctus, Sanctus Dominus Deus exercituum;* cubrian con sus alas la faz y las plantas del mismo Dios: *Velabant faciem ejus, et pedes ejus;* y todo el gran templo quedó lleno de tenebrosa niebla y de denso humo: *et Domus repleta est fumo;* con lo cual se quiso dar á entender que aun cuando á la luz de la fe aparezca cierta é infalible la unidad de la esencia divina en la trinidad de las Personas; no obstante, será este siempre un misterio oscuro, profundo y sublimísimo, y por lo mismo el humano entendimiento no podrá jamás comprenderlo claramente.

18. Y á la verdad, ¿quién es capaz de comprender que uno sea tres y que tres sean uno; que de tres personas haya una improductible y dos producidas; que de estas tres personas la una no sea anterior ni superior á la otra, sino que las tres sean iguales, independientes, eternas y constituyan un mismo Dios? Dónde se hallará una semejanza, dónde una imágen que sirva al humano entendimiento de propicia luz para aclarar la oscuridad de tan incomprensible arcano?

19. Ya sé que los Padres y los teólogos aducen muchas y diversas semejanzas y figuras, por cuyo medio, supuesta la revelacion, podamos llegar á entender en algun modo cuanto hay recóndito é imperceptible en el adorable misterio de que tratamos. Figuraos, dice san Agustin, una agua que mana de una fuente, corre á manera de un rio, y forma un lago: una es el agua; y sin embargo, es fuente, rio y lago: la fuente no nace de otra fuente; pero el rio nace de la fuente, y de la fuente y del rio se forma el lago. Ved aquí una imágen por la cual puede concebirse alguna idea de la unidad y trinidad de Dios. Una es la esencia en tres personas distintas: el Padre no procede de ningun principio; el Hijo procede del Padre; y del Padre y del Hijo procede el Espíritu Santo. ¿Veis la luz? De esta se forma el rayo luminoso, y del rayo y de la luz deriva el calor: pero ni la luz es anterior al rayo, ni el calor es posterior al rayo ni á la luz. Por medio de esta semejanza puede entenderse cómo ni el Padre generador es anterior al Verbo engendrado, ni el amor inspirado es posterior á su principio. Suponed que tres lámparas iluminan una misma estancia. Cada lámpara difunde su luz por toda la estancia, y no en una parte de esta, y donde está la luz de una lámpara está tambien la de las otras dos. Ved aquí una figura con la cual se puede comprender cómo, merced á la unidad natural de la esencia, cada una de las tres distintas divinas Personas es trono de la otra; como no puede entenderse la una sin la otra, y como cada una de ellas está toda en las otras dos.

20. Mas ¿á qué buscar semejanzas fuera de vosotros? Poned los ojos en vosotros mismos, añade san Agustin. ¿No teneis una alma con tres distintas potencias? ¿dónde se hallará una idea mas expresiva de la única indivisible divina sustancia en tres personas distintas?

21. Cuando os mirais en un espejo ó en una clara fuente, ¿no reflejais en el cristal ó en el agua la imágen de vosotros mismos? Y al consideraros adornados de muchas prendas morales y de muchas dotes corporales, ¿no venís á gozar de vosotros mismos y á amaros afectuosamente? Pues, ¿qué comparacion mas propia para de-

notar como el Padre, mirándose y contemplándose en el purísimo espejo de la divina esencia produce su consustancial imágen, que es el divino Hijo; y el Padre y el Hijo, contemplándose y amándose mútuamente, producen en unidad de principio el Espíritu Santo, amor constancial de entrambos?

22. Pero por muchas y diversas que sean las similitudes y las figuras con las cuales los Padres y los teólogos se esmeran en explicar ingeniosamente al entendimiento humano el impenetrable misterio, quedará este siempre envuelto en sus tinieblas y en su incomprensibilidad; porque las imágenes creadas que al efecto se aducen son todas desproporcionadas, inadecuadas é impropias para explicarlo; pues falta en ellas la unidad y la independencia de los principios, la distincion y la inseparabilidad de los términos, la identidad y la indivisibilidad de la sustancia, y la igualdad de las perfecciones. Diversa, distinta y divisible es, por mas que se llame una misma, el agua que mana de la fuente, corre por el rio y se reune en el lago. La luz es causa del rayo; el rayo es efecto de la luz; el calor depende de la luz y del rayo. Mas luz emana de tres lámparas que de una sola. Las tres potencias del alma no son distintas sino con respecto á nuestro modo de concebirlas. La imágen producida por nosotros en el cristal ó en el agua es un puro accidente; y accidente es tambien, y no sustancia, el amor producido por nosotros mismos.

23. Esto supuesto, ¿qué luz pueden suministrar tan imperfectas semejanzas y figuras al humano entendimiento para ayudarle á comprender de cualquier modo lo que la fe nos enseña en el adorable misterio de la santísima Trinidad? En este, la esencia es una, singular, indivídua, indivisible en tres personas realmente distintas. Un Padre increado que engendra un Hijo de su misma sustancia; y un Padre y un Hijo que producen un Espíritu increado de su misma naturaleza. Una esencia que del producente se comunica al producido, pero que no es producida. Tres personas que tienen unas mismas perfecciones, y de las cuales ninguna es superior á la otra, aunque la una es Padre, y no Hijo; la otra es Hijo, y no Padre; la otra es Espíritu Santo, y no Padre ni Hijo. La una es trono de la otra, y la una reside y mora en la otra: ni la una es mas que las otras, ni estas mas que aquella. El Padre no es causa, sino principio del Hijo, y aunque es principio del Hijo, no es superior á este: el Hijo recibe la existencia del Padre, pero no depende del Padre ni es inferior á este. Uno mismo es el entendimiento del

Padre y del Hijo: en el Padre es fecundo, en el Hijo es estéril, y sin embargo, ni es mas perfecto en el Padre, ni menos perfecto en el Hijo, porque en ambos es el mismo. De la voluntad del Padre y del Hijo procede el Espíritu Santo: dos son los que inspiran; mas uno es el principio inspirador, y uno el inspirado: el inspirado no depende del inspirador, ni el inspirador es superior al inspirado. El inspirado tiene la misma voluntad que el Padre y el Hijo, que son el principio inspirador: en el Padre y en el Hijo la voluntad es activa; en el inspirado es ineficaz; y sin embargo, ni es mas perfecta en el Padre y en el Hijo; ni menos perfecta en el inspirado, porque es una misma en todos. El Padre no es anterior al Hijo; ni el Espíritu Santo es posterior al Padre y al Hijo; sino que las tres Personas son coiguales, consustanciales y coeternas, porque son un solo Dios. ¡Oh tinieblas! ¡Oh oscuridad! ¡Oh misterio! por su sublimidad y profundidad siempre incomprensible al entendimiento humano! Grande sois, Dios mio, pues habitais entre los augustos resplandores de una luz tan resplandeciente, que el entendimiento humano no puede fijar en vos su mirada: *Lucem habitas inaccessibilem!* Grande sois, Dios mio, pues que siendo uno en esencia y trino en personas, tanto distais del alcance de nuestro entendimiento, que no podemos llegar nunca á comprenderos: *Magnus Dominus, et vincens scientiam nostram.*

24. Ahora bien, si tan alto, oscuro é incomprensible es, aun despues de su revelacion, el adorable misterio de la unidad y trinidad de Dios, ¿quién dejará de conocer la suma dificultad que naturalmente tiene en creerlo el entendimiento humano? De ahí, pues, el obsequio honorabilísimo que tributa á Dios creyéndolo: porque para creerlo se funda únicamente en la autoridad del mismo Dios, que se lo ha revelado. Para creer en la omnipotencia, en la sabiduría y en los otros atributos divinos, el entendimiento no necesita hacer ningun esfuerzo, pues á ello le persuade y obliga su misma razon natural; mas para creer en este misterio de nada puede servirle la luz natural, porque á cualquiera parte que se vuelva no ve mas que oscuridad: no lo conoce, no lo entiende; no halla imágenes, ni símbolos, ni figuras que puedan facilitarle su conocimiento: por esto, apoyado en la sola autoridad de Dios, le da fe; y la voluntad que le ordena dársela, movida del amor que profesa al misterio revelado, ordénale tambien que no repare en su oscuridad, que no escudriñe sus razones, sino que lo crea firmemente, bastándole saber que Dios, primera é infalible verdad, se lo ha re-

velado. Y ¿quién no ve la gran gloria y el sumo honor que de esta nuestra creencia resultan para con Dios, á quien confesamos veracísimo en sus palabras, demostrando que cuando él habla y nos declara alguna cosa, aunque no la entendamos ni podamos nunca entenderla, la creemos indubitadamente, porque cuanto él nos manifiesta no puede dejar de ser verdad?

25. Se comprenderá fácilmente cuán arduo y escabroso es en sí mismo y cuán honorífico y glorioso para con Dios el gran sacrificio que á Dios hacemos, sujetando nuestro entendimiento á la firme creencia del incomprensible misterio de la augustísima Trinidad, si consideramos los muchos y varios errores en que se precipitaron aquellos soberbios y sacrílegos que se negaron tenazmente á sujetar su entendimiento á tal creencia. ¿Sabeis por qué unos blasfemaron con Sabelio diciendo que era una sola la persona de Dios, á quien se llamaba Padre, Hijo ó Espíritu Santo segun los varios conceptos de nuestro entendimiento; otros soñaron con los triteos que las tres divinas Personas eran tres dioses; otros sostuvieron con Arrio que el Verbo divino habia sido creado y hecho en el tiempo, y era menor que el Padre; otros con Macedonio negaron la divinidad del Espíritu Santo; otros, en fin, negaron con los griegos la procedencia del Hijo? Porque no pudiendo todos estos penetrar con la sola razon natural las abstrusísimas verdades que la fe nos enseña con respecto á este gran misterio incomprensible á toda inteligencia creada, no quisieron sujetar su entendimiento á la autoridad de Dios por quien nos fue revelado, arrebatando de esta manera impíamente á Dios el honor que le es debido como á primera é infalible verdad, cuyo honor consiste en ser creido cuando habla en todo cuanto dice, por mas que lo que diga sea del todo incomprensible al humano entendimiento.

26. Pues este honor es el que nosotros tributamos á Dios con la creencia que damos al impenetrable misterio de la santísima Trinidad; en lo cual me parece que nuestra fe compite con la obediencia de Abrahan. El mayor obsequio que Abrahan tributó á la absoluta soberanía de Dios, fue el de obedecer prontamente al precepto de sacrificarle su único y dilectísimo hijo; por lo que le dijo el Señor: *Nunc scio, quia times Deum, quia non pepercisti unigenito tuo, quem diligebas, Isaac propter me;* y el mayor obsequio que nosotros tributamos á la infalible verdad de Dios es el de sujetar ciegamente nuestro entendimiento, una parte de nosotros tan noble y tan apreciable para nosotros, á la firme creencia de tan incomprensible

misterio; por lo que tambien puede decirse de nosotros: *Nunc scio, quia credis in Deum, quia non pepercisti unigenito tuo, quem diligebas, Isaac propter me.* En efecto, si Abrahan para sacrificar á su hijo tenia que luchar con todos los afectos de la naturaleza; nosotros para creer semejante misterio tenemos que sobreponernos á la confusion de las luces todas de la razon; y si para ejecutar los otros divinos mandatos tenia Abrahan el aliciente de su propio interés y de su propia satisfaccion; para creer los otros divinos misterios tenemos nosotros el auxilio de las conjeturas naturales y de discursos humanos. Pero la sola autoridad de Dios, primero y absoluto Señor, determinó á Abrahan á practicar tan difícil obediencia: *Non pepercisti unigenito tuo propter me,* así como la sola autoridad de Dios nos mueve á nosotros á sujetarnos á tan ardua fe. Por tanto, así como la obediencia de Abrahan no pudo ser mas gloriosa y honorífica para Dios, por cuanto se contrajo á un mandato tan difícil de ejecutar; así nuestra fe no puede ser tampoco mas honorífica y gloriosa para Dios, supuesto que se contrae á un misterio absolutamente imposible de comprender.

27. Esta honra, pues, hermanos mios, y esta gloria que de la suma dificultad de esta nuestra fe resulta para con Dios, justo es que se la tributemos con altas voces en el presente dia en que con tan solemne y religiosa pompa se celebra la festividad de tan augusto, sacrosanto é inefable misterio. Oigan, pues, los cielos y la tierra, y las criaturas racionales é irracionales el público universal testimonio que tributamos á la divina é infalible verdad.

28. Nosotros, ó Dios mio, confesamos y creemos una divina naturaleza increada, eterna, indivisible, inmensa, infinita é idéntica en tres personas distintas. Os confesamos uno en esencia y trino en personas. Os confesamos Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo: trinidad en unidad, y unidad en trinidad: trinidad en tres personas consustanciales, coeternas, coiguales en toda perfeccion; pero un solo Dios, un solo omnipotente, un solo criador; único principio y único fin de todas las cosas. Os confesamos á Vos Padre ingenerable; á Vos Hijo engendrado por el Padre; á Vos Espíritu Santo ni generable ni engendrado, sino procedente del Padre y del Hijo. Y á Vos Padre, y á Vos Hijo, y á Vos Espíritu Santo os confesamos y creemos un solo Dios. Os tributamos, ó Dios mio, las mayores acciones de gracias por habernos revelado tan gran misterio, y protestamos que queremos vivir y morir en la confesion de él. Tened á bien, Dios mio, que así como Abrahan, por la pronta obe-

diencia que como á primero y absoluto Señor os mostró en el sacrificio de su hijo, mereció alcanzar el dominio de toda la tierra de Canaan y tener una posteridad tan feliz como numerosa; así nosotros, por la firme creencia que damos á tan augusto misterio, haciéndoos á Vos, como á primera é infalible verdad, el sacrificio de nuestra inteligencia, merezcamos alcanzar en vida una plena fecundidad de obras cristianas, y conseguir despues de nuestra muerte la feliz posesion de la tierra deseable y venturosa, que es el reino de los cielos, en el cual os veamos uno en trinidad y trino en unidad, y cantemos eternamente con los coros angélicos el sagrado Trisagio, ensalzando vuestra gloria que llena todos los ámbitos del universo: *Sanctus, Sanctus, Sanctus Dominus Deus exercituum: plena est omnis terra gloria ejus.* Amen.

ASUNTOS.

I. Un solo Dios en tres personas distintas; un Padre que desde la eternidad engendra un Hijo eterno, sábio, omnipotente, como el Padre mismo; un espíritu de amor y de santidad emanado del amor que une al Padre y al Hijo; la Divinidad que subsiste en tres personas sin dividirse ó multiplicarse; tres personas objeto de nuestro culto y de nuestras adoraciones, y que sin embargo no constituyen mas que un solo y mismo Dios: tal es la fe que los Apóstoles predicaron á todos los pueblos, y que la Iglesia ha enseñado de edad en edad, y enseñará hasta la consumacion de los siglos; tal es el misterio mas profundo, impenetrable y sublime de todos, cuyos abismos ningun espíritu prudente y cristiano se atreverá á investigar jamás, limitándose á venerarlo con religioso silencio; tal es en suma el misterio que nos recuerda la solemnidad de este dia. En medio de la oscuridad que envuelve este misterio, conviene que el cristiano traiga á la memoria aquella máxima que el mismo Dios dejó escrita en los divinos Libros, esto es, que debe buscarlo con sencillez de corazon, y que el que se empeñe demasiado en penetrar los inescrutables secretos de la divina majestad, será oprimido por la gloria: *In simplicitate cordis quærite illum: scrutator majestatis opprimetur à gloria.* Movido de este recuerdo el cristiano debe tributar á la augustísima Trinidad este triple homenaje: 1. Humillar el entendimiento ante la grandeza de este impenetrable misterio. 2. Dedicar su voluntad á aquellos objetos que en este misterio se le presenten como benéficos y amables. 3. Santificar su alma, expresando ó imitando en sí mismo este divino misterio.

II. Bajo dos aspectos puede considerarse este misterio, como misterio oscuro y tenebroso, cual nos lo presentan los sagrados Libros, ó como misterio luminoso y resplandeciente, segun nos lo persuaden la divina bondad y el amor de Dios para con los hombres, que en este misterio se nos manifiestan. Bajo cualquiera de estos dos aspectos que se considere, se verá que de él nos dimanan dos grandes bienes, pues que, 1.° por medio de su oscuridad venimos en conocimiento de la grandeza de Dios y de la debilidad de nuestra naturaleza; y 2.° con su luz y su esplendor descubrimos la bondad de un Dios que quiere que le sujetemos nuestro espíritu y le consagremos en prenda de agradecimiento nuestro corazon.

III. No hay en la religion revelada misterio alguno mas grande, mas sublime, ni mas digno de la divina Majestad que este. 1.° Porque infunde en nuestro espíritu una idea mas grande y un conocimiento mayor del Dios que adoramos. 2.° Porque este mismo Dios nos lo reveló en la ley de gracia. 3.° Porque este misterio en la fuente de regeneracion nos hizo hombres y cristianos.

Sentencias de la sagrada Escritura.

Videte, quod ego sim solus, et non sit alius Deus præter me. (*Deut.* XXXII).

Ego Dominus, extra me non est Deus. (*Isai.* XLV).

Ego ipse sum; ante me non est formatus Deus, et post me non erit. (*Ibid.* XLIII).

Scito ergo hodie, et cogitato in corde tuo, quod Dominus ipse, et Deus tuus in cœlis sursum, et in terra deorsum, et non sit alius. (*Deut.* IV).

Cui similem fecistis Deum, aut quam imaginem ponetis ei? (*Isai.* IV).

Hic est Deus noster, et non æstimabitur alius ad eum. (*Baruch,* III).

Domine, quis similis tibi? (*Psalm.* XXXIV).

Magnus consilio, et incomprehensibilis cogitatu. (*Jerem.* LVII).

Ecce Deus magnus vincens scientiam nostram. (*Job,* XXXVI).

Posuit Deus tenebras latibulum suum. (*Psalm.* XVII).

Qui lucem habitat inaccessibilem. (I *Tim.* VI).

Quem nemo vidit unquam, nec videre potest. (*Ibidem*).

Generationem ejus (*Verbi divini*) quis enarrabit? (*Isai.* XIII).

Videmus nunc per speculum, et in ænigmate, tunc autem facie ad faciem. (I *Cor.* XIII).

Invisibilia Dei, per ea quæ facta sunt, intellecta conspiciuntur. (*Rom.* I).

Unus Dominus, una fides, unum baptisma. (*Ephes.* IV).

Regi sæculorum immortali, et invisibili, soli Deo honor et gloria. (I *Tim.* I).

Docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. (*Matth.* XXVIII).

Nemo novit Filium, nisi Pater; neque Patrem quis novit, nisi Filius, et cui voluerit Filius revelare. (*Matth.* XI).

Mutaverunt gloriam incorruptibilis Dei in similitudinem imaginis corruptibilis hominis. (*Rom.* I).

O altitudo divitiarum, sapientiæ, et scientiæ Dei! quam incomprehensibilia sunt judicia ejus et investigabiles viæ ejus! (*Rom.* XI).

Tres sunt, qui testimonium dant in cœlo, Pater, Verbum, et Spiritus Sanctus, et hi tres unum sunt. (*I Joan.* V).

Hæc est vita æterna, ut cognoscant te solum Deum verum, et quem misisti Jesum Christum. (*Joan.* XVII).

Pater sancte, serva eos quos dedisti mihi, ut sint unum sicut et nos. (*Ibid.*).

Ut omnes unum sint, sicut tu Pater in me, et ego in te, ut et ipsi in nobis unum sint. (*Ibid.*).

Ut sint unum, sicut et nos unum sumus. (*Ibid.*).

Sanctus, Sanctus, Sanctus Dominus Deus. (*Apoc.* IV).

Figuras de la sagrada Escritura.

Entre todas las imágenes con que Dios, desde los primeros tiempos, dió á conocer á los justos del antiguo pueblo el misterio de la Trinidad; la mas hermosa es aquella que Moisés nos describe en el Génesis, cuando Abrahan, viendo delante de sí tres hermosísimos Ángeles, dobló respetuosamente las rodillas; y aunque eran tres los que se le presentaron á la vista, no adoró mas que uno solo: *Tres vidit, et unum adoravit.*

Aunque quizás no tan claramente, denotan asimismo el misterio de la Trinidad aquellas palabras que Dios, como entrando en consejo, pronunció antes de criar el hombre: *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.* ¿Á quién dirigió el Señor estas palabras? pregunta san Agustin. ¿Á los Ángeles? No; porque, debiendo el hombre ser formado, no á semejanza de ellos, sino á imágen de Dios, no pudieron tomar la menor parte en tan grande obra: luego es indudable que el Padre eterno habló entonces con el Hijo y con el Espíritu Santo. En igual sentido responde san Juan Crisóstomo, porque nosotros tenemos la imágen del Padre en la memoria, la del Hijo en el entendimiento, y la del Espíritu Santo en la voluntad.

Isaías con su profética mirada descubrió tambien este misterio, cuando se le apareció el Señor sentado en un alto trono, rodeado de muchos Serafines, cada uno de los cuales tenia seis alas, y con dos de ellas le cubrian el rostro, con dos los piés, y con las otras dos volaban; oyéndoles el Profeta clamar con altas y alegres voces: *Sanctus, Sanctus, Sanctus est Dominus, et omnis terra repleta est gloria sua.* ¿Por qué, dice san Agustin, los Serafines repetian tres veces la palabra Sanctus? Para tributar, responde el santo Padre, igual homenaje á las tres divinas Personas, iguales en naturaleza.

Sentencias de los santos Padres.

Vere aliquid de Deo cognoscimus, cum ipse comprehendere non possumus. (*S. Aug. in Apost.*).

Inæstimabilis, ineffabilis, incomprehensibilis Deus. (*Idem, ibid.*).

Est aliquid in Trinitate ineffabile, quod verbis exponi non potest, ut, et numerus sit, et numerus non sit. (*Idem tract.* III *in Joan.*).

Deus ubique secretus est, ubique publicus, quem non licet ut est cognoscere, et quem nemo permittitur ignorare. (*Idem, in Psalmum* XXXIV).

Tunc vero tantum Deum cognoscimus, cum illum cognosci non posse sentimus. (*Idem*).

Trinitas divinarum Personarum est summum bonum quod purgatissimis mentibus cernitur. (*Idem, ib. de Trinit. cap.* 2).

Trinitatis vestigia in anima sunt. (*Idem, lib.* II *de Civit. Dei*).

Semper gignit Pater, et semper nascitur Filius. (*Idem, Epist.* CLXXIV).

Pater non est unus, sed unum cum Filio. (*Idem, de Fide Symb.*).

Filii Dei nativitas in divinis comparationem nullam admittit. (*Idem, serm. de Verbis Domini*).

Petendum est, ut reveletur (hoc Mysterium), aut expectandum, ut videatur. (*S. Athanasius*).

Discimus in Baptismo mysterium Trinitatis. (*Idem*).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

In anima est Trinitas, quod ad imaginem summæ Trinitatis condita est. (*S. Ambr. cap.* 2).

Credere mihi jussum est (mysterium Trinitatis), non discutere permissum est. (*Idem, de Fide ad Grat.*).

Quid curiose quæris investigare, quod tibi non expedit scire, nec cognoscere datur? (*Idem, lib.* I).

Non licet tibi curiosius investigare quæ in terris geruntur, et curiosius requiris quid supra cœlum agatur? (*Idem, ibid.*).

Disce hymnum Seraphim ter dicendo: Sanctus, Sanctus, Sanctus; manifestat unam, et æqualem gloriam Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. (*S. Chrys. serm. de Trinit. tom.* 5).

Trinitas exactissime unica est. (*Idem, ibid.*).

Unus est Deus, neque enim illa sublimitas potest habere consortem; cum sola teneat omnem potestatem. (*Idem*).

Trinitatis, seu divinitatis arcanum, nec ab Angelis, nec ab hominibus, nisi Spiritu Sancto revelante, cognoscitur. (*Idem*).

Imago Verbum, anima vero ad imaginem. (*Idem, ibid.*).

Deum, vis magnitudinis, et notum hominibus objecit, et ignotum. (*Tertull. Apolog. cap.* 17).

ESQUELETO DEL SERMON

SOBRE LA AUTENTICIDAD, VERDAD Y DIVINIDAD

DEL EVANGELIO.

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi? (Joan. VIII, 46).

Si yo os digo la verdad, ¿por qué no me creeis?

1. Los incrédulos tratan de fábula el Evangelio de Jesucristo, escrito por testigos oculares de los hechos que refiere: publicado... No han dado, ni dan, ni darán jamás pruebas razonables de lo que dicen.

2. Tratamos con incrédulos instruidos... El punto es el mas delicado é interesante. Si se prueba, todo está probado. Si no se prueba, nada se adelanta.

3. *Invocacion:* Dios mio...

Punto primero: Verdad de los hechos del Evangelio.

4. Ni yo ni vosotros, señores incrédulos, hemos inventado la historia de los Evangelios. Escribiéronla san Juan y san Mateo, apóstoles de Jesucristo; san Lucas y san Marcos, discípulos y compañeros de san Pedro y san Pablo. Si los hechos referidos en ella son verdaderos, ¿cómo podrá ser fábula la historia que los refiere? Si falsos, ¿cómo no los negaron ya los judíos?

5. ¿Qué carácter tienen los que los predican, escriben y sostienen?... ¿Qué otro interés podian prometerse en ello, sino los destierros, las cárceles, los tormentos, la muerte?

6. Que alguno padezca ó muera por atestiguar hechos ciertos, se concibe; que lo haga por atestiguar hechos que él mismo conoce ser falsos, esto no se ha visto jamás.

7. Supongamos falsos los del Evangelio, entonces la adhesion del mundo á tales hechos será la cosa mas asombrosa, inexplicable é inconcebible que se ha visto. ¿Qué uso haceis, pues, hombres miserables, de vuestra ilustracion?...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

In anima est Trinitas, quod ad imaginem summæ Trinitatis condita est. (*S. Ambr. cap.* 2).

Credere mihi jussum est (mysterium Trinitatis), non discutere permissum est. (*Idem, de Fide ad Grat.*).

Quid curiose quæris investigare, quod tibi non expedit scire, nec cognoscere datur? (*Idem, lib.* I).

Non licet tibi curiosius investigare quæ in terris geruntur, et curiosius requiris quid supra cœlum agatur? (*Idem, ibid.*).

Disce hymnum Seraphim ter dicendo: Sanctus, Sanctus, Sanctus; manifestat unam, et æqualem gloriam Patris, et Filii, et Spiritus Sancti. (*S. Chrys. serm. de Trinit. tom.* 5).

Trinitas exactissime unica est. (*Idem, ibid.*).

Unus est Deus, neque enim illa sublimitas potest habere consortem; cum sola teneat omnem potestatem. (*Idem*).

Trinitatis, seu divinitatis arcanum, nec ab Angelis, nec ab hominibus, nisi Spiritu Sancto revelante, cognoscitur. (*Idem*).

Imago Verbum, anima vero ad imaginem. (*Idem, ibid.*).

Deum, vis magnitudinis, et notum hominibus objecit, et ignotum. (*Tertull. Apolog. cap.* 17).

ESQUELETO DEL SERMON

SOBRE LA AUTENTICIDAD, VERDAD Y DIVINIDAD

DEL EVANGELIO.

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi? (Joan. VIII, 46).

Si yo os digo la verdad, ¿por qué no me creeis?

1. Los incrédulos tratan de fábula el Evangelio de Jesucristo, escrito por testigos oculares de los hechos que refiere: publicado... No han dado, ni dan, ni darán jamás pruebas razonables de lo que dicen.

2. Tratamos con incrédulos instruidos... El punto es el mas delicado é interesante. Si se prueba, todo está probado. Si no se prueba, nada se adelanta.

3. *Invocacion:* Dios mio...

Punto primero: Verdad de los hechos del Evangelio.

4. Ni yo ni vosotros, señores incrédulos, hemos inventado la historia de los Evangelios. Escribiéronla san Juan y san Mateo, apóstoles de Jesucristo; san Lucas y san Marcos, discípulos y compañeros de san Pedro y san Pablo. Si los hechos referidos en ella son verdaderos, ¿cómo podrá ser fábula la historia que los refiere? Si falsos, ¿cómo no los negaron ya los judíos?

5. ¿Qué carácter tienen los que los predican, escriben y sostienen?... ¿Qué otro interés podian prometerse en ello, sino los destierros, las cárceles, los tormentos, la muerte?

6. Que alguno padezca ó muera por atestiguar hechos ciertos, se concibe; que lo haga por atestiguar hechos que él mismo conoce ser falsos, esto no se ha visto jamás.

7. Supongamos falsos los del Evangelio, entonces la adhesion del mundo á tales hechos será la cosa mas asombrosa, inexplicable é inconcebible que se ha visto. ¿Qué uso haceis, pues, hombres miserables, de vuestra ilustracion?...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Punto segundo: Divinidad de la historia del Evangelio.

8. Los cuatro Evangelios son diferentes en el estilo y conformes en la historia: diferentes en el tiempo en que salieron á luz y semejantes en la verdad: diferentes en la lengua en que se escribieron y conformes en la doctrina. No es posible que sean producciones humanas.

9. Observad el tono con que hablan los Evangelistas, y veréis que ó no tenian amor propio, ó que jamás cedian á él.

10. ¿Nos darán los incrédulos en sus escritos algun ejemplar de esa conducta?

11. La imparcialidad, cosa rara y cási imposible en los escritos humanos, reina en todas las páginas del Evangelio.

12. Dadme un escritor, antiguo ó moderno, que no tome parte en pro ó en contra del héroe de su historia y de todos los personajes que la componen. No le hallaréis fuera del Antiguo y Nuevo Testamento. Los siglos jamás lo vieron, ni esperen verlo las generaciones venideras.

13. La imparcialidad es lo que mas extraordinariamente resalta en el Evangelio. Yo lo leo, y no encuentro en él á los Evangelistas...

14. Incrédulos instruidos, á vuestra razon apelo... ¿Serán ciertos, verídicos, auténticos los libros del Evangelio?... ¿Quiénes, cuando se anunció, ignoraban los hechos que contenia? ¿Quiénes los contradijeron?... No seais rebeldes á la luz... Reconozca vuestro entendimiento la verdad... Incrédulos eran Saulo... Tomás... los discípulos que iban á Emaús...

15. *Exhortacion:* Y vosotros, cristianos mios, recibid...

SERMON

SOBRE LA AUTENTICIDAD, VERDAD Y DIVINIDAD

DEL EVANGELIO.

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi? (Joan. VIII, 46).

Si yo os digo la verdad, ¿por qué no me creeis?

1. Ciertamente, carísimos cristianos mios, que es una cosa bien extraña oir á los incrédulos tratar de fábula el Evangelio de Jesucristo, que cuenta diez y nueve siglos de posesion: que se halla escrito por testigos oculares de los hechos que refiere: que está publicado en todo el universo: que se ve confirmado con milagros públicos é innegables, confesado por millones de hombres que han dado la vida entre los mas horrorosos tormentos por su creencia: defendido, explicado, aclarado por los hombres mas sábios y virtuosos de todos los siglos, y que lleva todos los caractéres de autenticidad, de verdad y de divinidad, que el género humano podia desear en un libro que se le presentase de los misterios que Dios ha revelado á los hombres, de las leyes que les ha dado, de las promesas que les ha hecho, de los beneficios que les ha dispensado, de la alianza que con ellos ha contraido, de los castigos con que los ha amenazado: en suma, es cosa bien extraña que el Evangelio, que abraza toda la economía, toda la santidad y toda la divinidad de nuestra religion cristiana, quieran los incrédulos reputarle por una fábula inventada para alucinar los pueblos, y mantenerlos en la ilusion de las mas groseras y absurdas supersticiones. Extraña cosa os parecerá, y mas si considerais que ellos no han dado, ni dan, ni darán jamás pruebas razonables de lo que dicen: ellos quieren ser creidos como oráculos, y que renunciemos, por deferir á sus resoluciones, las luces de la razon natural, las pruebas de la crítica mas sana, y la autoridad soberana de la divina revelacion. Extrañas pretensiones en un siglo que se llama de las luces, por los progresos de las artes, las leyes y las ciencias!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

2. Reflexionad que tratamos con incrédulos instruidos, y que ellos saben bien que han perdido el pleito, y no pueden esperar otro término que el infierno para siempre, si les probamos invenciblemente la autenticidad, la verdad y la divinidad del Evangelio. Para mantener la corrupcion de su corazon, ahogar los remordimientos de su conciencia y llenar de tinieblas su entendimiento, han menester negar la verdad del Evangelio. De lo contrario, se verian en la precision de abandonar su incredulidad, ó contradecirse á cada paso, como le aconteció á uno de los mas sábios maestros de la incredulidad [1]. Pero, *Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?* Si yo llego hasta la misma demostracion en las pruebas de la verdad y divinidad de la historia de Jesucristo, escrita por los Evangelistas, ¿por qué no exigiré de ellos el abandono de su error, y la sumision mas absoluta á la razon y á la fe? El punto es el mas delicado é interesante. Si él se prueba, irresistiblemente se prueba todo: si no se demuestra, nada se adelanta, nada se ha hecho. Si no puede negarse la verdad de la relacion de los Evangelistas, Jesucristo ha sido, es y será eternamente el Mesías prometido en la ley y los Profetas, el enviado de Dios á los hombres para su salud y redencion, el Salvador del mundo, el Verbo hecho carne, Dios y hombre verdadero. Los incrédulos instruidos se han obstinado contra las pruebas evidentemente creibles de estas verdades; verémos si se muestran mas dóciles á las que vamos á darles de la autenticidad, de la verdad y divinidad del Evangelio.

3. Dios mio, sostenedme con vuestra gracia, para que yo defienda vuestra causa. Compadeceos de los incrédulos, moved su corazon con afectos virtuosos, para que no prostituyan las luces de su entendimiento. Concededles el conocimiento de la verdad: haced con vuestros auxilios que reconozcan vuestra grande obra en el Evangelio: que la agradezcan, que la observen, que la publiquen para vuestra mayor honra y gloria, y provecho de sus almas. Concededles esta gracia por los méritos de la mas amable y mas santa de todas las puras criaturas, María santísima, vuestra purísima Madre, y nuestra poderosísima protectora. ¡Ay! si ellos conocieran, si ellos sirvieran, si ellos amaran á una criatura adornada de tanta humildad, de tanta mansedumbre, de tanta misericordia y de tanto poder, ¡qué presto abandonarian su incredulidad! Venid,

[1] Rousseau conoció y confesó con expresiones magníficas el orígen divino del Evangelio, y luego se contradice á sí mismo, diciendo que enseña cosas absurdas.

pues, criaturas, á poneros bajo la proteccion de esta Madre del amor hermoso y de la santa esperanza, y no dudeis entonces que oiréis con fruto el clamor de la verdad que va á acercarse á vosotros inmediatamente: *Ave María.*

Punto primero: Verdad de los hechos del Evangelio.

4. Yo, señores incrédulos, no he inventado la historia de los Evangelios, ni vosotros tampoco. Siglos antes que naciéramos existian ellos en el mundo. Nuestros padres los recibieron de nuestros abuelos, y estos de sus mayores, sin haber habido siglo en el Cristianismo en que no se hiciese mencion de estos libros, como escritos por san Juan y san Mateo, apóstoles de Jesucristo, y por san Lucas y san Marcos, discípulos y compañeros de san Pedro y de san Pablo. Escudriñense todas las épocas del Cristianismo, examínense todos los escritos de los Padres, léanse todas las actas mas auténticas de las historias mas universalmente recibidas por verdaderas, jamás se hallará variedad de opiniones en este hecho: el Evangelio apareció en el mundo cuando nació el Cristianismo: el Cristianismo apareció en el mundo cuando empezó á predicarse el Evangelio. ¿Podrá presentarse una verdad mas demostrada que esta? Los Evangelistas son autores contemporáneos de la historia que escribieron de Jesucristo. Los dos primeros escribieron lo mismo que vieron con sus propios ojos, lo que oyeron con sus propios oidos, y lo que habian tocado con sus propias manos de la santidad, de los milagros y de la doctrina del Salvador; y los dos últimos dieron á luz su Evangelio en el tiempo de los Apóstoles y los demás discípulos de Jesucristo: tiempo en que acababan de suceder los hechos que referian: tiempo en que estos hechos los sabian todos, y no podian ser creidos si fueran falsos, ni ignorados siendo verdaderos: tiempo en que todo el mundo se habria levantado contra ellos, y los habria convencido de impostores, si su relacion hubiera sido falsa: tiempo en que tomaban á sus mismos enemigos por testigos de los hechos que predicaban y escribian: tiempo en que decian á los judíos: ved ahí lo que vosotros sabeis tan bien como nosotros. Estos milagros de Jesús los habeis visto vosotros. Vosotros habeis escuchado su doctrina: ese Jesús, á quien habeis crucificado, ha hecho y dicho lo que aquí escribimos, para probar que él era el Mesías prometido al mundo, el Hijo de Dios, el Dios hecho hombre, anunciado por vuestros Profetas, y cuya vida, cuyos milagros, cuya fa-

milia, lugar de su nacimiento y tiempo de su venida teníais escrito en vuestros libros. No prostituyais las luces de vuestro entendimiento, incrédulos instruidos. Decidme, ¿qué cosa mas fácil, y qué respuesta mas convincente podrian haber dado los judíos que esta? Falsedad, impostura. Nada ha habido de lo que decís. Ninguno de vosotros ha visto lo que afirmais. Falsos milagros, falsa doctrina, falsa santidad de ese Jesús, falsos son todos esos hechos. Mentís con el mayor descaro. Si la historia del Evangelio hubiera sido una fábula, como vosotros decís, ¿podrian haber hallado aquellos hombres una respuesta mas pronta, mas justa ni mas decisiva que esta? Los judíos tan interesados entonces como obstinados ahora en negar la venida del Mesías, ¿hubieran permitido la publicacion de sus milagros, si fueran falsos? Naim y Jerusalen ¿no hubieran gritado, demostrando la resurreccion fabulosa de Lázaro y el hijo de la viuda? La Sinagoga entera ¿no hubiera demostrado la falsedad de la vista del que habia nacido ciego? de tantos enfermos que veian sanos? de tantos sordos que oian? de tantos baldados que caminaban? de tantos demonios que huian? de tantas viandas como se multiplicaban? ¡Qué! estos hechos ¿no eran públicos? ¿no pasaban en las plazas, en los templos, en las calles y en los campos? Rasgado el velo del templo por sí mismo, eclipsado el sol fuera del órden y curso de su movimiento, temblando la tierra, abriéndose los sepulcros, resucitando los muertos, y partiéndose las piedras en la muerte de Jesús; todos estos y otros asombrosos acontecimientos ¿no llegaron á su noticia como verdaderos ó como falsos? Si fueron verdaderos, ¿cómo podrá ser fábula la historia que los refiere? Si falsos, ¿cómo no los niegan? ¿Negarlos? ellos mismos los confesaron y los confiesan: ellos mismos dijeron: Todo lo ha hecho bien este hombre: ha hecho oir á los sordos, y hablar á los mudos: ellos mismos, estando Jesús para morir, repitieron esta verdad harto mal entendida de ellos: Á otros ha hecho salvos, y á sí mismo no puede librarse de lo que padece. ¿Puede darse una demostracion mas palpable de la autenticidad y verdad de los hechos que se cuentan en el Evangelio?

5. Y ¿quiénes los refieren, los predican y los sostienen? ¿Qué interés les resulta de publicarlos? Los predican y los escriben unos hombres humildes, modestos, sencillos, desinteresados, virtuosos: unos hombres que hablan y escriben con un candor admirable de su propia grosería, de su ignorancia, de sus debilidades y de sus pasados crímenes: unos hombres que perpetúan en el mundo á la

par de las maravillas de Dios-Hombre, la negacion de Pedro, la traicion y muerte desgraciada de Judas, la incredulidad de Tomás, las pretensiones ambiciosas de Juan y Santiago, y el vergonzoso abandono de su Maestro en la noche de su pasion por todos sus discípulos. ¿Es este el carácter de los impostores? Y ¿qué interés les resultaba de sus fingimientos? ¿La fama, el renombre, el descanso, las comodidades, las riquezas? Nada de eso: todo lo contrario. No tenian otro interés que el de anunciar la verdad de la doctrina y los hechos que habian oido y visto. No tenian otro interés que dar á conocer á Jesucristo como Dios y hombre verdadero. No tenian otro interés que la salvacion de todos los hombres por la creencia y observancia de las leyes del Evangelio que les promulgaban. Su interés era sostener esta verdad en los destierros, en las cárceles, en los tormentos y en la misma muerte. ¡Oh, válgame Dios! Y ¿por qué los incrédulos de nuestros dias no imitarán á uno de los mayores sábios, cuando en el siglo pasado exclamaba: Yo creo, sí, yo creo á los testigos que se dejan degollar por sostener la verdad de sus declaraciones?

6. Yo comprendo que ha habido en el mundo hombres que han sacrificado su deber á su reposo: el testimonio de su conciencia á la aprobacion de los hombres: su salvacion á su vida, y sus intereses eternos á los temporales. Se ha visto á varios correr al suplicio por una opinion que habian adoptado, sea en materia de religion, sea en materia de filosofía, de política ó de gobierno: ellos la creian cierta, y morian persuadidos de la recompensa que recibirian de Dios en el cielo, ó del renombre y fama de su heroicidad que conservarian entre los hombres en la tierra. Pero que un hombre muera por atestiguar un hecho que él mismo conoce ser falso, y en el cual no tiene interés alguno, siendo falso; esto no se ha visto. Sí, amados cristianos mios. Jamás se ha visto que los hombres sacrifiquen á un mismo tiempo su tranquilidad temporal y su espiritual obligacion, la aprobacion de los hombres y el testimonio de su conciencia, su vida y su salvacion, todos los intereses temporales y todos los bienes eternos. Esto, lo vuelvo á repetir tercera vez, jamás se ha visto ni puede concebirse y menos practicarse por personas que no tengan trastornado el entendimiento.

7. Pero supongamos por un momento que los Evangelistas fuesen los mas rematados locos que habia visto el mundo desde su principio, escribiendo una historia fabulosa, contra la que el mismo mundo habria dado el mas ilustre testimonio, demostrando con he-

chos innegables su falsedad; ¿cómo es que la hicieron creer á tantos sábios, á tantos hombres distinguidos, á tantos príncipes poderosos? ¿Qué furioso frenesí se apoderó de millones de niños, de doncellas, de jóvenes, de ancianos, de sacerdotes, de obispos, de generales famosos por sus hazañas militares; de hombres y mujeres de todas clases y jerarquías, para que eligiesen morir entre los tormentos mas horrorosos, antes que negar la fe del Evangelio? ¿Qué locura fue aquella tan desenfrenada que cundió hasta los extremos de la tierra, no hallándose reinos ni provincias que no estuviesen regados con la sangre de los Mártires? ¿Qué locura fue aquella, que sin armas, sin ejércitos, sin riquezas y sin mas aparato que la cruz de Jesucristo derribó las Dianas de Éfeso, las Minervas de Atenas, los Júpiter de Creta, las Vénus de Troya, los ídolos de Roma y arruinó la gentilidad en toda la tierra? ¿Qué locura fue aquella tan extraña en que los furiosos obraban milagros estupendos, amansando las fieras, sanando los enfermos, dando vista á los ciegos, vida á los muertos, y mandando á todos los elementos? ¡Qué! el cielo, la tierra, el mar, los rios, los reyes y los vasallos ¿no presenciaron aquellos prodigios? ¡Ay! Es menester repetir la confesion sincera de los antiguos magos de Egipto: *Digitus Dei est hic.* Aquí anda el dedo de Dios. La Omnipotencia obraba y sellaba con la marca de la verdad estas maravillas. ¿No obró Dios milagros? ¿Fueron ilusiones, prestigios y apariencias? Mayor milagro veo ahora. Un mundo entero trastornado en su creencia y en sus opiniones religiosas por doce pobres hombres, contra quienes se levantaron los reyes, los filósofos, los grandes y poderosos de la tierra con todo género de máquinas, astucias y crueldades, y quedaron, sin embargo, dichosamente vencidos y postrados á los piés de Dios-Hombre crucificado, que predicaban unos hombres tan pobres. ¿Es esto posible sin milagros? ¿Puede sin milagros concebirse una obra tan divina? Y ¿puede uno sin horror oir á los incrédulos que se tienen por instruidos, negar unas demostraciones tan evidentes? ¿Qué uso haceis, hombres miserables, de vuestra ilustracion? Cuando á fuerza de atormentar vuestro entendimiento, llegáreis á presentar alguna incertidumbre sobre unos hechos tan públicos como verdaderos, tan ciertos como bien probados, ¿cómo, pues, no temblais á la vista de vuestras incertidumbres? Yo sé bien, y vosotros no lo ignorais, que vuestro corazon os reprende: que vuestra conciencia os acusa: que vuestro entendimiento vive atormentado: y ¿es posible que despues de una conducta tan triste no

podais esperar mas premio que los braseros eternos? ¿Es posible que para vosotros han de tener mas atractivo los placeres frívolos y momentáneos, que las delicias eternas? mas la tierra que el cielo? el vicio que la virtud? la mentira que la verdad? la opinion que la certidumbre? la criatura que el Criador? Seguid, infelices, pues así lo quereis: seguid en vuestra insensata incredulidad, que en breve acometidos de una enfermedad grave, postrados en una cama, despedazado vuestro corazon con los remordimientos mas violentos, abandonados de las criaturas, y condenados por la justicia de Dios, experimentaréis en el infierno los amargos frutos de vuestra obstinacion. Y vosotros, cristianos mios, acompañadme á dar algunos otros pasos en el camino de la verdad, para que sea mas y mas firme y razonable el obsequio de vuestro entendimiento á las lecciones de este libro escrito por divina inspiracion. Esta era cabalmente la materia del

Punto segundo: Divinidad de la historia del Evangelio.

8. Haced conmigo, amados cristianos mios, dos reflexiones con la mayor atencion que podais, y descubriréis en ellas que el Evangelio fue inspirado y dictado por el mismo Dios. El Evangelio, que con las palabras mas sencillas nos enseña la doctrina mas pura y mas sublime que cuantas dictaron jamás los ingenios de los hombres: el Evangelio, que nos da de Jesucristo la idea mas grande y mas augusta que puede caber en el entendimiento humano: el Evangelio, que en una sola de sus páginas descubre al mundo mas nuevas y asombrosas verdades, que cuantas habian descubierto todos los hijos de Adan en la dilatada carrera de los siglos: este libro admirable, á cuya presencia desaparecen las luces de la doctrina mas celebrada de los filósofos antiguos y modernos, mas presto que á la vista del sol desaparecen las estrellas, está escrito por los cuatro Evangelistas poco despues de la muerte de nuestro amable Salvador Jesús. Reflexionad que no todos han escrito en un mismo lugar, ni en un mismo tiempo, ni en una misma lengua, ni con un estilo mismo. Cualquiera que lea con reflexion los cuatro Evangelios, hallará que siendo cuatro los escritores de la vida, de las palabras y las obras de Jesucristo, todos la escriben de diferente manera: todos cuatro son originales en su clase, y todos trabajaron la obra con independencia el uno del otro. No colocan todos los mismos hechos con el mismo órden, ni los dicen con los mismos tér-

minos, ni explican las mismas circunstancias, y sin embargo jamás se contradicen. El estilo de cada uno tiene una sencillez admirable, y ninguno se parece al otro. Si ellos hubieran estado de acuerdo, era imposible hallar tanta diferencia entre ellos; y si no hubieran sido inspirados por el Espíritu de verdad, era imposible que procedieran tan conformes. Reflexionad que los Evangelistas escribieron unos hechos tan maravillosos y estupendos, que jamás el mundo los habia visto semejantes, ni los volverá á ver jamás; y siendo la conducta de todo escritor de sucesos extraordinarios, preparar mañosamente á sus lectores para que reciban lo que les va á referir en el género maravilloso, ofrecer pruebas, buscar ejemplos, citar autores, reflexionar oportunamente ó dudar con destreza y artificio para lograr la creencia de lo que refieren: ellos, por el contrario, entran como de un golpe en su historia, sin tomar ninguna de estas precauciones, que descubren siempre la desconfianza que todos los autores tienen de su asunto, de sus lectores y de sí mismos: ellos empiezan su relacion como unas personas á quienes no se les ocurre siquiera que pueda ninguno oponerse á lo que exponen. En el Evangelio todo son hechos: no se hallará una palabra que se haya escrito para llamar la atencion y sorprender el entendimiento: ninguna palabra para lisonjear el oido: ninguna para mover las pasiones. Los Evangelistas jamás prueban, jamás sacan consecuencias, jamás hacen reflexiones, jamás adelantan conjeturas, ni jamás dicen ni hacen ver lo que ellos piensan de los sucesos que refieren, ni de las personas de que hablan. Jamás admiran, jamás aprueban, jamás tachan, jamás juzgan las personas, ni sus interiores, ni sus acciones. No se encuentran en el Evangelio estas expresiones tan comunes y frecuentes en los otros libros: así se dice, así se cree comunmente, así conjeturan los hombres, así parece... Nada de esto leemos en los Evangelistas. Jamás se les ve admirados, ni indignados, ni movidos de compasion, ni llevados de alguno de aquellos afectos que infaliblemente muestra el historiador en los sucesos que cuenta, y sin embargo no hay historia en el mundo mas á propósito para mover los afectos. No puede decirse que el arte es admirable en los libros del Evangelio ni que está en ellos muy oculto, y no obstante son infinitamente superiores á todas las obras mas perfectas del arte. Son diferentes en el estilo y conformes en la historia: diferentes en el tiempo en que salieron á luz y semejantes en la verdad: diferentes en la lengua en que se escribieron y conformes en la doctrina. No es posible que

sean tales escritos producciones humanas: el espíritu de Dios los ha dictado.

9. Leed, amados cristianos mios, el santo Evangelio, y admiraréis la cosa mas asombrosa del mundo: reflexionad sobre el tono con que hablan, de sí mismos y de sus compañeros, los Evangelistas. Es imposible hablar con tanta indiferencia de personas que nada les tocasen. Ellos hablan de la oscuridad de su nacimiento, hablan de sus defectos, de sus debilidades, de sus faltas las mas graves como de cosas que decian simple relacion á los sucesos de Jesucristo, y como de circunstancias que los acompañaban. Todos los mortales sentimos en nuestro corazon un amor propio que pide nos disculpemos cuando podamos, ó que seamos los primeros en culparnos cuando no podamos disculparnos. Por esta diestra y mañosa conducta salvamos nuestra reputacion, ó nos indemnizamos con ventajas de la que hemos perdido. Nada de esto, que es natural en todos los hombres, hallamos en los Evangelistas: ellos son únicos entre todos los mortales: cuentan sus debilidades y sus faltas mas groseras sin disculparse ni acusarse; de lo que infaliblemente resulta, que no tenian amor propio, que es cosa muy rara, ó que jamás cedian á él, que lo es todavía mas.

10. Preséntennos los incrédulos instruidos sus escritos, y dígannos en qué página de ellos se halla la sencilla y verídica confesion de la oscuridad de su cuna, de la humildad de su profesion, de su necia tardanza en creer las verdades de la divina Escritura, de su celo por el buen nombre de sus compañeros, de su ambicion por los primeros empleos, de sus negaciones de Jesucristo, de su cobardía en desampararle, de su estúpida ignorancia, de sus traiciones y de su incredulidad. ¿Nos darán los incrédulos en sus escritos algun ejemplar de esta conducta? ¡Ay de mí! Ellos, y yo, y todos los mortales, escribimos como hombres que ocultamos cuanto podemos nuestros defectos, y hacemos valer cualquiera ventaja que haya en nosotros, aunque sea hurtando la gloria al Dios de las misericordias de quien la recibimos: en los Evangelistas vemos todo lo contrario. Parece que ignoraban que hablaban de sí mismos, y de unos discípulos escogidos y llamados por el mismo Dios humanado, cuya eleccion tan desproporcionada para sus grandes designios, degradaban hasta lo sumo con la publicacion de sus desórdenes. ¿Se vió jamás en el mundo cosa semejante? ¿No es del todo conforme á los sentimientos del corazon humano, que cuando algun poderoso elige algun sujeto para un grande empleo procure

el electo elogiar diestramente al elector para que todo el mundo conozca el acierto de la eleccion, ó mostrar en comun una insuficiencia que con mas artificio descubra su propio mérito? ¿No es este, repito, el comun uso de los mortales? ¿No es esta la conducta universal del corazon humano en semejantes circunstancias? Pues ¿cómo la de los Evangelistas es tan diferente y tan contraria? ¿Cómo podrémos explicar este misterio? Diciendo y confesando de buena fe, que ellos escribieron el Evangelio por el movimiento y direccion de aquel divino Espíritu que ahoga todo amor propio en el corazon de aquellos cuyas plumas emplea en publicar sus maravillas.

11. Demos por último, amados cristianos, el golpe mas fuerte á los incrédulos, y el mas irresistible, á pesar de su ilustracion. Alegaré, pues, lo que es menos regular en el entendimiento humano. Quiero decir, la imparcialidad que reina en el Evangelio, y que jamás se desmiente desde el principio hasta el fin de esta obra verdaderamente divina.

12. Dadme un escritor desde los siglos mas remotos hasta nuestros dias, que no tome parte en pro ó en contra del héroe de su historia y de todos los personajes que la componen. En vano os fatigaríais en buscarle. No le hallaréis fuera del Antiguo y Nuevo Testamento. Todo hombre que escribe naturalmente una historia, ordinariamente empieza formándose una idea de su héroe y sus compañeros, por lo que ha visto, leido ú oido decir de ellos, y los va pintando conformes á esta idea. Siempre los manifiesta segun los ha juzgado buenos ó malos; odiosos ó amables; dignos de estimacion ó de desprecio. Si no dice siempre con franqueza lo que piensa, lo hace percibir con tanta habilidad, que el entendimiento del lector queda sorprendido mas que si claramente lo explicase. En suma: todo historiador lleva necesariamente una cierta opinion de los personajes que entran en su historia, y sobre todo del que en ella representa el principal papel. Él desea, él quiere, él procura que todos formen la misma idea: y ved ahí un principio universal por el cual todo escritor ni es ni puede ser absolutamente imparcial. Reflexionad ahora, cristianos mios, que los Evangelistas viajaron por el universo para dar á conocer á los pueblos á Jesucristo, se expusieron á mil peligros por Jesucristo, padecieron cárceles, tormentos y la muerte misma por Jesucristo, escribieron su historia por la gloria de Jesucristo, para que las naciones observasen su doctrina, para que le reconociesen y adorasen por Dios y

hombre verdadero. Ellos, en fin, amaban á Jesucristo como á su Maestro, como á su Salvador y á su Dios. Estas tres palabras lo dicen todo. Representaos ahora que os poneis en su lugar para escribir la historia de Jesucristo, que le veis como ellos le vieron, que le conoceis como ellos le conocieron, y le amais como ellos le amaron, y que vuestro designio es imprimir en vuestros lectores y en todo el universo los mismos sentimientos que vosotros teneis de aquel humanado Dios. ¿Podríais escribir vuestra historia sin llenarla de expresiones apasionadas, y sin dejar ver en cada página señales de vuestro interés, de vuestro celo, de vuestra admiracion, de vuestro amor por Jesucristo, objeto tan digno de todos estos afectos? ¿Podríais escribirla sin indignacion contra los que le prendian, escupian, azotaban y crucificaban? ¿Podríais escribirla sin horror contra la traicion de Judas, contra la ingratitud y crueldad de Malco, contra la hipocresía y envidia de los sacerdotes, contra la debilidad de Pilatos, y la ferocidad de los verdugos? En suma, ¿podríais escribir la historia de tan venerable persona sin elogios de su invencible paciencia, de su profundísima humildad, de su sabiduría divina, de su mansedumbre inalterable, de su caridad sin límites, y de su santidad sin semejante? ¿La escribiríais sin mostrar en los rasgos de vuestra pluma la indignacion de que estaba lleno vuestro corazon contra los que maltrataban al hombre mas bueno, mas cabal, mas justo que vieron jamás los siglos? Aparezcan aquí todos los incrédulos instruidos, y díganos, si quieren hablar de buena fe, si esto es posible al corazon humano sin direccion inmediata del poder divino. Los siglos jamás lo vieron: los tiempos no lo encuentran, ni esperan verlo las generaciones venideras.

13. Ved ahí lo mas extraordinario que encuentro en el Evangelio: ni los milagros me asombran tanto como aquel aire de indiferencia é imparcialidad con que los Evangelistas, hombres los mas apasionados y amantes de Jesucristo, hablan de él, de sus enemigos, de sus jueces, de sus discípulos, de sus amigos y de ellos mismos. Los Evangelistas hablan de Judas, hablan de los príncipes de los sacerdotes, de Herodes, Caifás, Anás y Pilatos con aquella misma sencillez y serenidad con que hablan de Jesucristo: hablan de sus milagros como de su sufrimiento; de su gloria como de sus humillaciones; de su resurreccion como de su muerte; lo dicen todo, y nada hacen notar, ni hacen reflexiones, ni aun las insinúan sobre unos hechos tan raros, peregrinos y estupendos que las ha-

cen inevitables obrando naturalmente. Yo leo el Evangelio, y no las encuentro sobre la profundidad de la doctrina de Jesucristo, ni sobre la precision y hermosura de sus palabras, ni sobre la sabiduría y buen juicio de sus respuestas, ni sobre la grandeza de sus milagros, ni sobre su prodigiosa paciencia entre los tormentos mas crueles y los improperios mas infames, ni sobre la santidad heróica de su vida, ni sobre el modo maravilloso de su muerte y su gloriosa resurreccion. Yo leo el Evangelio, y no encuentro reflexiones sobre el nacimiento de Jesús en un establo, sobre la venida de los reyes del Oriente á visitarle, ni sobre su huida á Egipto, ni sobre la multiplicacion de los panes y los peces en el desierto, ni sobre la resurreccion tan ilustre y tan pública de Lázaro, ni sobre la ceguedad asombrosa del pueblo hebreo, ni sobre su espantosa maldicion en cargarse ellos y sus hijos con la sangre de Jesús que por envidia entregaban á Pilatos. Yo leo el Evangelio, y no encuentro en él á los Evangelistas: encuentro los hechos y dichos de Jesús: encuentro su doctrina y su santidad: encuentro un hombre que habla y obra tan sobrenaturalmente, que con toda evidencia le veo ser Dios; y encuentro un Dios padeciendo, que con evidencia le veo ser hombre. Leo el Evangelio, y hallo la historia de un Dios-Hombre escrita por los Evangelistas con la inspiracion de Dios.

14. Incrédulos instruidos, á vuestra razon apelo para que sea juez imparcial de nuestra controversia. ¿Serán ciertos, verídicos, auténticos los libros del Evangelio que aparecieron con el nacimiento del Cristianismo, y que el Cristianismo ha transmitido á nuestras manos en su integridad sustancial, pues cuando algun sectario ha tratado de suprimir ó alterar alguno de sus dogmas ó precepto grave de las costumbres, luego inmediamente se ha levantado en masa el Cristianismo entero, y le han hecho enmudecer con las decisiones conciliares y pontificias? ¿Serán verídicos, ciertos y auténticos los libros del Evangelio que publican los hechos que vieron los mismos escritores por sí ó por sus inmediatos maestros: hechos que ellos mismos predicaron, defendieron, confesaron en Judea y en Jerusalen delante de los gentiles y judíos, y por cuya verdad padecieron y murieron? ¿Quiénes cuando se anunció el Evangelio ignoraban los hechos que contenia? ¿Quiénes los contradijeron demostrando su falsedad y la impostura de los Evangelistas? ¿Serán divinos unos libros que no tienen semejante entre cuantos escribieron los hombres en toda la dilatada carrera de los siglos? Unos libros llenos de sucesos singulares, extraordinarios, inauditos, y que

superan todas las fuerzas de la naturaleza, todo el alcance del entendimiento humano, y todos los prestigios de la astucia, y que se escriben con una sencillez, con una seguridad y con una imparcialidad inimitables? Unos libros diferentes en sus autores, diferentes en su estilo, diferentes en el tiempo en que se escribieron, y diferentes en el idioma en que se publicaron; y conformes en los sucesos, conformes en los dogmas que enseñan, conformes en las personas de quien hablan, conformes en la doctrina que predican? No seais rebeldes á la luz: no oscurezcais sus brillantes resplandores con los miasmas, efluvios y vapores crasos que exhala la fétida corrupcion de vuestro corazon. Reconozca vuestro entendimiento la verdad, preséntela como amable á vuestra voluntad, y estas dos grandes potencias de vuestra alma os conducirán á vuestra verdadera felicidad. La gracia de Dios, sí, incrédulos, obrará este grande prodigio si vosotros la pedís con humildad, si la admitís con agradecimiento, y obrais con ella con resolucion. Incrédulo era Saulo, y cayendo se levantó fiel: incrédulo era Tomás, y tocando la verdad creyó: incrédulos eran los discípulos que iban á Emaús, y hablando el Señor y partiéndoles el pan, le creyeron. Caed como Saulo de vuestro error, id como Saulo á los discípulos de Jesús, y volveréis como Saulo justificados: tocad, palpad con vuestro entendimiento las razones indicadas, como Tomás las llagas del Salvador con sus propias manos, y seréis fieles: oid las palabras de Jesucristo en su Evangelio, comed aquel pan divino que en él se reparte, y confesaréis á Jesucristo por Dios y hombre verdadero.

15. Y vosotros, cristianos mios, recibid con todo agradecimiento y respeto esa carta de Dios enviada á los hombres: leed con reverencia el Evangelio, estudiad sus máximas divinas, creed sus venerables misterios, practicad sus preceptos y consejos saludables, esperad las recompensas que os promete, temed las amenazas que os hace, y descansad en los dulces brazos de la amable virtud de la obediencia á las sábias, justas y santas leyes que el Omnipotente os intima. Siempre me oiréis repetir que guardeis vuestro corazon de los desórdenes del pecado. Si este mónstruo horrible llega á dominaros, desde aquel triste instante os incomodará la pureza de una doctrina tan santa que pone freno á los pensamientos, dirige con rectitud las palabras, y pone en órden las obras. Incomodado vuestro corazon con los preceptos del Evangelio, desearéis que no existieran, empezaréis á dudar si es verdad que existen, y apoderada de las luces de vuestro entendimiento la corrupcion de vuestra vo-

luntad, negaréis abiertamente que existan, y os veréis por estos funestos pasos en el camino de la incredulidad mas presto de lo que vosotros mismos imaginábais. Creed al Evangelio : practicad la doctrina del Evangelio, y seréis felices en la vida, felices en la muerte y felices por toda la eternidad. Amen.

ESQUELETO DEL SERMON

SOBRE LA

SABIDURÍA Y SANTIDAD DE JESUCRISTO.

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi? (Joan. VIII, 46).

Si yo os digo la verdad, ¿por qué no me creeis?

1. El error domina mientras las pasiones le dejan tranquilo el cetro del entendimiento... Pero cuando la verdad aparece, disipa los vapores del engaño... Nicolaitas, Marciones, Pelagios, etc.

2. Hoy no se niega un dogma, sino todos los dogmas. Se quiere barrenar por la quilla la nave de Pedro para sumergirla. Pero ¿quién podrá vencer ni aun resistir al piloto que la gobierna?

3. ¿Qué pueden decirnos los Evangelistas, dicen los incrédulos, sino puerilidades y pequeñeces despreciables?

4. Con qué, si probamos que la historia evangélica es la mas perfecta que el hombre puede concebir, podrémos esperar que los incrédulos dejen de serlo... Ofrecemos y pasamos á hacerlo de un modo invencible.

5. *Invocacion :* Dios mio...

6. Miremos á Jesucristo en el Evangelio, y le verémos con una sabiduría digna de solo Dios, y con una santidad solamente digna de Dios.

Punto primero : Sabiduría de Jesucristo.

7. Abramos el Evangelio, y hallarémos que sus leyes, sus preceptos, etc., son tan sábios, tan perfectos, que ni el mismo Dios puede concebir un plan de legislacion mas hermoso y mas completo.

8. Dios crió al hombre ; este es su principio. Le crió para que le conociera, sirviera y amara en esta vida, y le gozara en la eterna : hé aquí su fin... Los incrédulos afectan no comprender estas verdades... No lo crió para vivir aislado, sino en compañía de otros hombres, á quienes debe mirar como hermanos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

luntad, negaréis abiertamente que existan, y os veréis por estos funestos pasos en el camino de la incredulidad mas presto de lo que vosotros mismos imaginábais. Creed al Evangelio : practicad la doctrina del Evangelio, y seréis felices en la vida, felices en la muerte y felices por toda la eternidad. Amen.

ESQUELETO DEL SERMON

SOBRE LA

SABIDURÍA Y SANTIDAD DE JESUCRISTO.

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi? (Joan. VIII, 46).

Si yo os digo la verdad, ¿por qué no me creeis?

1. El error domina mientras las pasiones le dejan tranquilo el cetro del entendimiento... Pero cuando la verdad aparece, disipa los vapores del engaño... Nicolaitas, Marciones, Pelagios, etc.

2. Hoy no se niega un dogma, sino todos los dogmas. Se quiere barrenar por la quilla la nave de Pedro para sumergirla. Pero ¿quién podrá vencer ni aun resistir al piloto que la gobierna?

3. ¿Qué pueden decirnos los Evangelistas, dicen los incrédulos, sino puerilidades y pequeñeces despreciables?

4. Con qué, si probamos que la historia evangélica es la mas perfecta que el hombre puede concebir, podrémos esperar que los incrédulos dejen de serlo... Ofrecemos y pasamos á hacerlo de un modo invencible.

5. *Invocacion :* Dios mio...

6. Miremos á Jesucristo en el Evangelio, y le verémos con una sabiduría digna de solo Dios, y con una santidad solamente digna de Dios.

Punto primero : Sabiduría de Jesucristo.

7. Abramos el Evangelio, y hallarémos que sus leyes, sus preceptos, etc., son tan sábios, tan perfectos, que ni el mismo Dios puede concebir un plan de legislacion mas hermoso y mas completo.

8. Dios crió al hombre ; este es su principio. Le crió para que le conociera, sirviera y amara en esta vida, y le gozara en la eterna : hé aquí su fin... Los incrédulos afectan no comprender estas verdades... No lo crió para vivir aislado, sino en compañía de otros hombres, á quienes debe mirar como hermanos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

9. De estos principios se sigue que Dios debió dar al hombre una ley que abrazase á Dios, al prójimo, y á sí mismo.

10. La ley está formulada y resumida en estos dos preceptos: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con... Amarás al prójimo como á tí mismo. Con la observancia de esta ley se da á Dios un culto digno de su bondad; al prójimo un pronto socorro..., etc. Si los incrédulos no han leído el Evangelio, ¿cómo se atreven á rechazarlo? Si lo han leido, ¿cómo no admiran sus preceptos... sus consejos... sus máximas? En todas estas se ven los caractéres mas propios de la divinidad de Jesús.

11. Con no menor brillantez se echan de ver en las parábolas. Parábola del hijo pródigo... Parábola del samaritano... de la viña... de... etc. ¿Puede un Dios hablar de una manera mas perfecta?

12. Sábias y decisivas respuestas de Jesús á las capciosas preguntas de los judíos. Mujer adúltera... El tributo al César...

13. Sus exhortaciones no son menos dignas de admiracion que sus respuestas, parábolas, consejos, etc. En ellas se muestra proporcionado á los talentos mas limitados, y superior á los talentos mas sublimes.

14. Lean los incrédulos el Evangelio, y dígannos si en las exhortaciones, respuestas, etc., de Jesús encuentran fausto, vanidad, orgullo, afectacion, adulacion... Ó ellos se engañan ó nosotros. Si nosotros nos engañamos creyendo al Evangelio, nada perdemos, antes ganamos mucho; si ellos se engañan no creyendo, ¡ay, ay de ellos!...

Punto segundo: Santidad de Jesucristo.

15. Nadie puede ser perfectamente sábio si no es perfectamente bueno. Las pasiones y los vicios pervierten la voluntad, ofuscan el entendimiento... Sócrates, Platon, Aristóteles, etc., nos han dado falsas ideas de la virtud. Solo Jesucristo nos dió la perfecta idea de la verdadera santidad, porque él era perfectamente santo.

16. ¡Qué amor de Dios tan puro! ¡Qué amor del prójimo tan tierno y desinteresado! ¡Qué!... Á todos hace bien, y todo lo hace bien.

17. ¡Qué hermosura y pureza la de su corazon! ¡Qué grandeza y elevacion en su alma!... Lo sublime y sumo de la virtud era el estado natural de Jesucristo. Fue sábio sin estudio, hermoso sin vanidad, pobre sin disgusto, moderado, paciente... Todo cuanto

dijo, fue precisamente lo que debia decir; todo lo que hizo, fue precisamente lo que debia hacer...

18. Leed el Evangelio, y veréis que Jesucristo dió á los grandes del mundo todo lo que es debido á su dignidad. Jamás elogió sus talentos... sino su virtud.

19. Leamos el Evangelio, y verémos que Jesucristo no hizo otros milagros que los que convenia hiciese un Hombre-Dios. Todas sus maravillas tuvieron por objeto la mayor gloria de Dios, el socorro de los desgraciados, y la demostracion de su mision divina... Magdalena... Samaritana... Zaqueo...

20. ¿Quereis ejemplos de fortaleza y de una libertad intrépidamente santa?... Profanadores del templo... escribas y fariseos... príncipes de los sacerdotes...

21. Pero donde aparece mas brillante toda la fuerza, toda la grandeza y santidad de su alma, es en su pasion y muerte. Si habla... Si llora... Si clama á su Padre... Si mira á su Madre... Si atiende á su discípulo...

22. La cruz es una cátedra en la que el Dios de la santidad enseña todas las virtudes con su ejemplo, despues de haberlas enseñado en su vida con su doctrina... En todas fue perfectísimo, en todas santo.

23. Dad gloria á Dios, hermanos mios... Él solo es el sábio que destruye la sabiduría de los sábios... Dad gloria á Dios, porque solo Dios es bueno, solo él es santo... Sed santos, pues podeis y debeis serlo: *Sancti estote...*

24. Y vosotros, incrédulos pertinaces, ¿quereis ser santos? Tambien podeis serlo dejando vuestra incredulidad. No violenteis vuestra razon... Os convido con la paz, dejad la guerra; os convido con la seguridad, dejad la incertidumbre; os convido con la gracia, dejad la culpa...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

SOBRE LA

SABIDURÍA Y SANTIDAD DE JESUCRISTO.

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi? (Joan. VIII, 46).

Si yo os digo la verdad, ¿por qué no me creeis?

1. Quisiera, amados cristianos mios, no engañarme. Apelé á la razon de los filósofos instruidos en el fin de mi pasado discurso; y como la verdad es tan bella y luminosa, pienso que la habrán recibido en su entendimiento al verla con toda claridad, mostrándoles la autenticidad, la verdad y divinidad de los libros del Evangelio. Lastimosa cosa seria que el error pudiese alucinar con sus aparentes y falsos resplandores, y que la pura y brillante luz de la verdad no pudiese deshacer sus engaños perjudiciales. Dad gloria á Dios, carísimos hermanos mios, y bendecid su santo nombre, porque vosotros estais bien persuadidos de la verdad y santidad del Evangelio que os anunciamos; por lo que os complaceis, sabiendo que el error domina cuando no se le combate, y mientras que las pasiones le dejan tranquilo el cetro del entendimiento, que ellas mismas le formaron, despues de tiranizar el corazon. Pero cuando la verdad aparece, disipa los vapores del engaño, como el sol las tinieblas de la noche; y el que no se obstina en cerrar los ojos de su alma, no puede dejar de ver con agrado la hermosura de su purísimo esplendor. Id recorriendo los siglos desde la cuna del Cristianismo, y hallaréis ejemplos asombrosos de esta verdad. Los Nicolaitas, los Marciones, los Pelagios, los Arrios, los Nestorios y otra multitud grande de heresiarcas pretendieron con estudiados manejos, con astucias delicadamente combinadas y dirigidas, con especiosos y falaces razonamientos, y con amenazas y violencias declaradas, establecerse en el gremio de la Iglesia, y por altos é incomprensibles juicios del Señor la turbaron por algunos tiempos,

hicieron titubear la sencilla fe de no pocos cristianos, y arrastraron muchas gentes al partido de su error; pero al fin se fueron disipando aquellas nieblas á la presencia de la verdad, y esta virtud hermosa siguió su marcha en el carro triunfal de su irresistible poder en la Iglesia de Jesucristo.

2. Parece que estaba reservada para nuestro siglo la existencia de unos nuevos hombres, que á la manera de los judíos y gentiles en el principio del Cristianismo, no tratasen ya de negar ó alterar la verdad de un dogma, de un misterio, ó de un precepto del Evangelio, como los sectarios de que hemos hecho mencion, y otros de que adelante hablarémos, sino que chocasen abiertamente contra todos, y pretendiesen barrenar por la quilla la nave de san Pedro, para sumergirla enteramente. Pero como no es lo mismo excitar una borrasca que precisar á un naufragio, debemos esperar confiadamente tiempos mas bonancibles y en el ínterin vivir seguros de la destreza del piloto que la gobierna. Él es poderosísimo, él es sapientísimo, él es santísimo, ¿quién podrá vencerle ni aun resistirle? ¿Una criatura contra el Criador? ¿Un átomo imperceptible contra el Omnipotente?

3. Eso, eso mismo (oigo decir á los incrédulos que se dicen instruidos) es puntualmente lo que repugna á nuestra razon en el Evangelio. ¿Cómo podrémos persuadirnos á que un libro tan sencillo sea la historia de un Dios todopoderoso? ¿Cómo los Evangelistas no siendo nada delante de Dios, nos podrán dar ideas de su grandeza, de su sabiduría y de su omnipotencia? Si los montes se encorvan á la vista del Ser eterno, si el mar se conmueve, si los cielos se estremecen, si la tierra tiembla, si todo el universo se aniquila al imperio de su voz, porque se formó por su palabra, ¿qué nos podrán decir los Evangelistas sino puerilidades y pequeñeces despreciables? Ya lo estamos viendo. Fútiles parábolas, estilo humilde, ordinario é insípido, y un tejido vasto y seco de aventuras maravillosas: ved ahí lo que nuestro entendimiento descubre en el Evangelio. Nuestros sentidos se amotinan, nuestra razon clama y nuestro entendimiento resiste á esa pequeña idea tan poco digna del Ser eterno.

4. Bondad de Dios, ¡qué grandes son tus misericordias! Yo esperaba este momento y ya ha llegado: *Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?* Con qué ello es, señores, que si yo probara invenciblemente que el Evangelio es la historia de Dios-Hombre, la mas bella, la mas grande, la mas perfecta que el entendimiento

humano puede concebir: si Jesucristo apareciese en ella con los caractéres de santidad, poder y sabiduría, superiores infinitamente á todas las ideas de los hombres: si las cualidades personales de Jesucristo, su doctrina, sus obras y sus milagros se presentasen tan eminentes y admirables, que nos demostrasen con evidencia no solo que él fue un enviado de Dios para instruir y salvar á los hombres, sino tambien que fue un Hombre-Dios: si todo esto se demuestra con pruebas irresistibles, ¿podrémos esperar que se rasgue el velo de la incredulidad, y que los incrédulos se hagan fieles? Sin duda. Ellos entonces no solo creerán al Evangelio como verdadero, como dictado por el Espíritu divino á los Evangelistas: tambien confesarán que estos autores ni pudieron ni debieron escribirle de otro modo, para darnos justas ideas de la sabiduría, de la santidad y de la omnipotencia de Dios, que se dignó descender del cielo á la tierra para hacerse hombre, para enseñar al hombre la doctrina de la verdad y la práctica de la virtud, por morir y salvar al hombre. Estamos conformes, y vamos á la ejecucion de lo que acabamos de ofrecer.

5. Dios mio, sin vuestro poder todo es debilidad en la criatura: sin vuestra sabiduría todo es ignorancia, y sin vuestra santidad todo es pecado y miseria; ¿qué podré yo hablar digno de Vos? Nada verdaderamente, si no tomase mis palabras de vuestro santo Evangelio. Vos las dictásteis, Vos las inspirásteis á los Evangelistas: ellas son sin duda las que nos dicen lo que sois, lo que sabeis y lo que podeis. Yo las repetiré con el mayor respeto y la mas profunda veneracion: ellas han triunfado de todos los errores, y ellas triunfarán de la incredulidad, si Vos, Dios de bondad, les concedeis con ellas la gracia de su justificacion, que apetezco para gloria vuestra y bien de sus almas. Así lo espero por los méritos de Jesucristo y la intercesion de su purísima madre María santísima: *Ave María.*

6. Todo el mundo sensato y juicioso conviene en confesar esta verdad: la verdadera grandeza del hombre consiste en la perfeccion de su razon que le hace sábio, y en la perfeccion de su voluntad que le hace santo. Todas las otras ventajas que el mundo insensato y preocupado ha apreciado, en nada contribuyen á su verdadera grandeza: con todas ellas puede uno ser muy pequeño y despreciable; y sin ellas puede un hombre ser sobremanera ilustre y grande. Establecido este principio cierto, miremos á Jesucristo en el Evangelio, y se nos presentará no solamente como el mayor de todos los hombres, sino superior á todas las ideas que el entendimiento humano ha podido formarse por sí mismo de la grandeza del hombre: le verémos con una sabiduría digna de sólo Dios, y con una santidad solamente digna de Dios. En una palabra, si Dios se hizo hombre, Jesucristo es ese Hombre-Dios por su sabiduría y santidad que él nos representa en el Evangelio. Ved ahí las dos proposiciones que forman el todo de este sermon. Escuchadme atentamente.

Punto primero: Sabiduría de Jesucristo.

7. Abramos el Evangelio: leamos con atencion y respeto sus sagradas páginas; ¿qué hallarémos? preceptos, consejos, máximas, parábolas, respuestas y exhortaciones de Jesucristo: pero reflexionad que son preceptos tan equitativos, consejos tan perfectos, máximas tan verdaderas, parábolas tan ingeniosas é instructivas, respuestas tan oportunas y exhortaciones tan juiciosas y sublimes, que es imposible resistir á la evidencia de tantas pruebas como los Evangelistas nos dan de haber escrito la verdadera historia de Dios-Hombre, y con el modo mas perfecto que se debia escribir. Miremos atentamente al hombre, consideremos su naturaleza, sus facultades, sus inclinaciones, sus necesidades y las relaciones que tiene con su Criador, con sus semejantes y consigo mismo, y convendrémos inmediatamente en que las leyes ó preceptos del Evangelio son tan sábios y tan perfectos, que ni el mismo Dios puede concebir un plan de legislacion mas hermoso y mas completo.

8. El hombre es un ser compuesto de un cuerpo organizado y de un alma espiritual é inmortal, estrechamente unida á él para gobernarle y dirigirle segun razon: como dotado de libre albedrío es dueño de sus determinaciones, y puede abrazar el bien y desechar el mal, ó abrazar el mal desechando el bien. Esta es la naturaleza del hombre. Su existencia la debe á otro. Dios le crió, y este es su principio. Dios le crió para alguna cosa: todas las criaturas que salieron de la mano del Omnipotente tienen algun fin; y así no debe el hombre carecer de él, sino tener el mas perfecto: este fin es conocer, servir y amar á Dios en esta vida, para gozarle en la eterna. Ved ahí el principio y el fin del hombre: ved ahí de dónde viene y á dónde va. Estas son unas verdades evidentemente claras para los que tienen religion: cuanto mas las meditan, mas las conocen: cuanto mas las conocen, mas las agradecen y aman:

cuanto mas las aman, mas bien cumplen la voluntad de su Dios, y ved ahí unas verdades que lastimosamente afectan no comprender los incrédulos. Para ellos son abismos impenetrables los espacios que antecedieron á la vida, y los que subseguirán despues de la muerte. ¡Qué dolor, amados cristianos mios, ver á los incrédulos embarazados en los primeros elementos de la Religion, que gloriosamente conoce y confiesa cualquiera de vosotros! Finalmente, Dios no ha criado al hombre para vivir aislado en sí mismo, ni esto seria bueno: le ha criado sobre la tierra en compañía de otros hombres, á quienes debe mirar como hermanos, porque descienden todos de un solo hombre, y no forman mas que una familia esparcida sobre toda la superficie de la tierra. Este es el estado temporal del hombre.

9. De estos principios, que todo racional debe admitir, si obstinado no cierra los ojos de su alma para no verlos, se siguen dos precisas consecuencias: la primera, que Dios debió dar á los hombres una ley; y la segunda, que esta ley debia necesariamente contraerse á las cuatro circunstancias de la condicion del hombre que acabamos de exponer. Esto es, una ley digna de su autor, proporcionada á la naturaleza del hombre, conforme á su fin y conveniente á su estado: ó de otro modo: debió darle una ley que pusiese al hombre en el órden respecto de Dios, respecto del prójimo y respecto de sí mismo. ¿No es esto? Indubitablemente. Pues vamos á los preceptos del amor que nos intima el Evangelio, y en ellos hallarémos esta ley que pone en el órden todas las cosas.

10. Acércase á nuestro amable Jesús un escriba ó doctor de la ley, y le pregunta: Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la ley? Le respondió Jesucristo: Escucha, Israel, el Señor tu Dios es el solo Dios, y tú amarás al Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma, con todo tu entendimiento y con todas tus fuerzas: este es el primer mandamiento; y vé aquí el segundo, semejante á este: tú amarás al prójimo como á tí mismo. No hay mandamiento alguno en la ley y en los Profetas que no se comprenda en estos dos mandamientos, que son los mayores y mas grandes de la ley. ¡Qué verdad tan luminosa, qué preceptos tan preciosos, tan perfectos y tan justos! La ley natural nos los intima: la ley mosáica nos los manda: la ley evangélica los adopta, los publica, los confirma, y promueve su observancia. Con estos preceptos todas las cosas están en el órden. El cielo y la tierra: el Criador y las criaturas: los hombres entre sí mismos, y los hombres con sus seme-

jantes. Observando estos preceptos, se destierran del mundo los homicidios, las calumnias, los robos, las deshonestidades, las desobediencias de los hijos con sus padres, de los criados con sus amos, de los vasallos con sus reyes, y en una palabra, todos los vicios. Observando estos dos preceptos, se practican todas las virtudes. Á Dios se le da un culto digno de su bondad y su grandeza: al prójimo un pronto socorro en sus necesidades, como para nosotros le deseamos en semejantes circunstancias: el cuerpo sirve al alma, el alma obedece á la razon, y la razon es gobernada y dirigida por la divina ley. ¿Pueden los hombres, los Ángeles y el mismo Dios formar un plan mas bello, mas natural ni mas justo de la Religion? ¡Cuántos otros preceptos hallamos en el Evangelio para reprimir nuestro orgullo! ¡cuántos para desterrar la avaricia! ¡cuántos para ahogar la venganza! ¡cuántos para abominar la hipocresía! ¡cuántos para huir la impureza! ¡cuántos para contener la intemperancia! ¡cuántos!... Pero ¡Dios inmortal! ¿han leido los incrédulos, que se dicen instruidos, el Evangelio? Si no le han leido ni entendido, ¿cómo se atreven á condenar el modo humilde y sencillo con que los Evangelistas le escribieron? Si le han leido y considerado, ¿cómo no ven en él tanta hermosura, tanta majestad, tanta justicia, tanta perfeccion en sus preceptos? ¿Cómo no admiran tanta santidad en sus consejos? tanta verdad, tanta claridad y precision en sus máximas? Ellas son tan nuevas, que jamás se oyen pronunciar la primera vez sin sorprenderse: son tan claras, que todos las comprenden: tan verdaderas, que nadie puede contradecirlas: tan sencillas y naturales, que todos los entendimientos mas comunes las entienden; y tan grandes y tan bellas, que son la admiracion de los mayores ingenios: ellas son comunes á todos los hombres, su doctrina es para todas las naciones, y su perfeccion para todas las almas. Cuanto mas se leen, mas gustan: cuanto mas se consideran mas se admiran; y cuanto mas se observan, mas perfeccionan. En ellas se ve el tono que un Dios hecho hombre debe tomar hablando con los hombres, y en ellas nos dan los Evangelistas los caractéres mas propios de un Hombre-Dios.

11. ¿Aparecerán menos brillantes los rasgos de la Divinidad en las parábolas? Preséntense á nuestra vista cuantos escritos de esta clase han dado á luz los ingenios de los hombres mas ilustres; ¿dónde hallarémos tanta sencillez en su narracion, tanta conformidad en sus alegorías, tanta solidez y perfeccion en su moral? Muchos libros serian menester para decir algo de aquellos sagrados

apólogos tan frecuentes en la boca de Jesucristo. Ya veis, amados cristianos mios, que no tenemos tiempo para tan dilatadas discusiones: presentad solamente dos á los incrédulos: la parábola del hijo pródigo y la del samaritano, y decidles: si el entendimiento humano dió jamás tales ideas del arrepentimiento de un mal hijo, de la bondad y ternura de un buen padre, y de la compasion y caridad de un virtuoso prójimo. ¡Qué expresiones tan enérgicas, qué afectos tan tiernos, qué emociones tan dulces se experimentan en el alma cuando se leen y consideran! Es menester vencer á los bronces en dureza, para no amar la virtud que nos enseñan. Pero lo que da á las parábolas de Jesucristo un mérito superior, no solo á las que nos han dado los hombres, sino á cuantas el entendimiento humano puede imaginar, es el que ellas son á un mismo tiempo teológicas, proféticas y morales: y que muy frecuentemente nos presentan bajo el mismo símbolo la imágen de los designios de Dios sobre los hombres, la de los sucesos futuros mas interesantes para la Religion y la de nuestras propias obligaciones. Léanse, examínense, considérense las parábolas de la viña, de la cena grande á que convidó el rey para las bodas de su hijo, la del padre de familias que busca obreros y los envia á trabajar, la de las vírgenes prudentes y las fatuas, y otras muchas que á cada paso se nos presentan en el Evangelio, y se verá con claridad que su objeto es el establecimiento del reino de Dios sobre la tierra por la predicacion del mismo Evangelio: es la reprobacion de los judíos por causa de su ingratitud y su dureza: es la vocacion de los gentiles al gremio de su Iglesia y la enseñanza de la virtud á unos y á otros. ¿Pudiera un hombre que no fuera Dios reunir en un mismo símbolo, y bajo un mismo punto de vista, tantas instrucciones diferentes? ¿Pudiera un Dios hablar de otra manera mas perfecta?

12. Vedlo claramente en sus respuestas. Los fariseos le hacen preguntas capciosas para sorprenderle y sacar de su boca alguna decision que les sirviese de pretexto para acusarle como delincuente. Preséntanle una mujer cogida en adulterio, y le dicen: Moisés nos mandó apedrear á los adúlteros; y tú ¿qué dices á esto? Los Herodianos le preguntan, si era lícito á los judíos pagar el tributo al César. Jesucristo conoce su doblez, mira en su corazon la malignidad de sus intenciones, la envidia que los consumia y la perversidad con que le preguntaban; y con admirable majestad, con una presencia de espíritu asombrosa y con una sabiduría divina, desenreda con una sola palabra todas sus máquinas y los llena de

confusion. El que entre vosotros, les dijo, se halle sin pecado, arrójele la primera piedra. ¡Qué respuesta tan divinamente ingeniosa! Confirma la ley y salva á la delincuente: manda el castigo y cubre de confusion á los que le solicitaban. Dadme una moneda, les dice á los Herodianos. Se la presentan con el busto del César impreso en ella. ¿De quién es esta imágen? les pregunta su Majestad. Del César, le responden. Pues dad, les dijo Jesús, dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios. ¿Se oyeron jamás en los siglos unas respuestas mas sábias, mas prontas y decisivas? No dudamos decirlo: para responder de esta manera era preciso haberse preparado desde toda la eternidad.

13. Las exhortaciones de Jesucristo no son menos dignas de la admiracion de todos los hombres, que sus preceptos, sus consejos, sus máximas, sus parábolas y sus respuestas. Una elocuencia divina resplandece en ellas, y una fuerza de persuasion á que nadie puede resistirse. Por no hacernos interminables escuchemos una sola, en que nuestro adorable Salvador exhorta á los hombres á pedir y esperarlo todo de la bondad de Dios, á quien invocan en sus necesidades. «¿Quién es entre vosotros el padre que diese á su «hijo una piedra cuando le pide pan, ó que le diese un escorpion «pidiéndole un huevo? Pues si vosotros, siendo malos, sabeis dar «buenas dádivas á vuestros hijos, ¿cuánto mas vuestro Padre ce«lestial dará espíritu bueno á los que le pidieren?» Y es como si les dijera: Por malos que seais por vosotros mismos, sois, sin embargo, buenos para vuestros hijos: vosotros los amais: sus necesidades os conmueven y compadecen: sus súplicas tienen sobre vuestros corazones un poder al cual no sabeis resistir: siempre les dais lo que conviene. Pues ¿con cuánta mas razon Dios, que es vuestro padre, se dejará mover de vuestras necesidades y vuestras súplicas? Dios que por su naturaleza y por su esencia es la misma bondad? El que ha criado en vuestros corazones el amor que teneis á vuestros hijos, ¿dejará vacío y sin amor su propio corazon? ¿Creeis que vosotros seréis mejores que Dios? Decidme, amados cristianos mios, ¿hay algo en el mundo mas verdadero, mas hermoso y mas persuasivo que este género de escritos? ¿Quién no conoce en ellos á Jesucristo enseñando á los hombres los atributos de su divinidad? Por una parte, ¡qué sencillo, qué familiar, qué sensato! Cualquiera que usa de su razon, lo entiende. Por otro lado, ¡qué grande, qué sábio, qué profundo! Los mayores ingenios se llenan de admiracion al meditar sus sentencias: él es proporcionado á los talentos

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mas limitados, y al propio tiempo es superior á los talentos mas sublimes.

14. Decid á los incrédulos que se suponen instruidos, habiendo estudiado tan poco las bellezas del Evangelio; decidles que los convidamos á su lectura, humilde, reverente y reflexiva, y díganos despues, si en los preceptos, consejos, máximas, parábolas, respuestas y exhortaciones que nos escriben los Evangelistas de Jesucristo, hallan fausto, vanidad y orgullo. Díganos si encuentran afectacion en las palabras y figuras de que se sirven, ó adulacion á los desórdenes de las personas á quienes hablan. Díganos si hay alguna cosa en todo el Evangelio que no respire sabiduría y santidad, y que no muestre los deseos mas vivos de hacer á los hombres felices y virtuosos. Díganos, si alguna vez quieren hablar de buena fe, si pueden imaginarse preceptos mas justos, consejos mas saludables, máximas mas ciertas, parábolas mas instructivas, respuestas mas exactas y exhortaciones mas enérgicas. Díganos, si pudieron ó debieron escribir los Evangelistas de otro modo la historia de Jesucristo, para darnos los caractéres mas verdaderos de su sabiduría divina. Díganos... pero ya no exijo de los incrédulos mas que la solucion á esta pregunta: Ó ellos se engañan ó nosotros. Aquí no hay medio, tergiversacion ó efugio. Si nosotros nos engañamos en creer al Evangelio y vivir segun sus preceptos y consejos, nada perdemos por haber creido las penas que esperan á los malos despues de la muerte, y los premios que tendrán los buenos en la otra vida. Nada perdemos y ganamos mucho, viviendo en la tierra alegres, pacíficos, modestos, bienhechores, puros, veraces y misericordiosos, como viven todos los que observan el Evangelio; y esta vida ni la han tenido ni la tienen los incrédulos. Pero si ellos son los que se engañan, ¡ay, ay de ellos! ¡Ay de ellos en el tiempo y en la eternidad! Acá son mirados con horror por todos los hombres sensatos y virtuosos; y allá juzgados por la sabiduría divina, y condenados al infierno por la santidad de Dios. Hemos visto el primer atributo demostrado en el Evangelio; veamos tambien el

Punto segundo: Santidad de Jesucristo.

15. Temblad, cristianos, al escuchar esta formidable verdad, que ha formado todos los incrédulos. Los vicios del corazon oscurecen las luces del entendimiento, y la recta razon se disminuye en

proporcion que el corazon se corrompe con los vicios. Por consiguiente, ninguno puede ser perfectamente sábio, si no es perfectamente bueno. Si él no tiene una idea verdadera de la virtud, ¿cómo podrá ser verdaderamente virtuoso? Las pasiones y los vicios que pervierten la voluntad del hombre, ofuscan tambien su entendimiento, y le dan falsas ideas en materia de religion. De las pasiones nacen los errores: ellas han dado á luz aquellas preocupaciones monstruosas que convierten el vicio en virtud y la virtud en vicio, y llegan hasta precipitar los hombres en la herejía y en la incredulidad. Por mas talento que supongais en el hombre, si su corazon no es recto delante de Dios, ¡con cuántos lunares nos presentará el bello cuadro de la virtud! Miradlo en los Sócrates, los Platones, los Aristóteles, Sénecas y Cicerones: ellos eran hombres de un talento extraordinario, y en sus retratos de la virtud se ven, al lado de los rasgos que la razon ha dictado, las manchas de su pasion y sus preocupaciones. Lo mismo que sucedió á los filósofos de la antigüedad pagana, acontece á los filósofos de nuestros dias. Siempre nos dan defectuosas las copias de la virtud: no está perfectamente en ellos: no la ven en sí mismos; ¿cómo han de dar ideas verdaderas de la perfecta santidad? Jesucristo es únicamente el que nos ha dado la perfecta idea de la verdadera santidad, porque él era perfectamente santo. Su razon no se oscureció jamás con nublado alguno, y su corazon no se manchó jamás con pasion alguna. Él solo ha sabido pintar la virtud con los colores que la caracterizan, tomando la idea de sí mismo. No espereis que yo ciña mis pensamientos á una sola virtud para mostrar en ella el carácter de Jesucristo, porque todas las tuvo y practicó en sumo grado: no penseis que vengo á hablar de todas, porque esto seria emprender un imposible y proceder en infinito. Yo sé ciertamente mas que si lo viera con mis ojos, que ninguno conoce al Hijo sino el Padre; y así como ninguno conoce al Padre sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo se dignare revelarlo; en el cielo le verémos como él es: en la tierra no pueden los hombres ni los Ángeles dar ideas perfectas de su santidad. No nos queda otro partido que tomar, sino abrir el Evangelio, y estudiar en él á Jesucristo.

16. Apenas fijo atenta y respetuosamente mi vista en este libro divino, cuando su luz me sorprende, y mi alma queda llena de admiracion. ¡Qué amor de Dios tan puro! ¡Qué amor del prójimo tan tierno y desinteresado! ¡Qué respeto tan profundo al Señor, á quien llama su Padre! ¡Qué dependencia de su voluntad! ¡Qué celo de su

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gloria! ¡Qué inmenso deseo de hacerle conocer y procurarle adoradores! ¿Quién jamás amó á los hombres con un amor tan puro, tan sincero y tan generoso como Jesucristo? ¿Qué cosa puede imaginarse que sea comparable al celo con que los instruye, á la bondad con que los socorre, á la paciencia con que los sufre? La inocencia de sus costumbres, su moderacion, su desprendimiento, su aversion al fausto, á la vanagloria y á la avaricia, ¿quién la explicará? ¡Cuántas veces se enterneció, cuántas derramó afectuosas lágrimas por las desgracias de los hombres! ¡Cuántas veces se fatigó, cuántas palabras habló, cuántos pasos dió, por reducir al aprisco de su eterno Padre las descarriadas ovejas de Israel! ¡Qué noble sencillez en sus modales! ¡Qué dulce majestad en su presencia! Modesto sin afectacion, grave sin altanería, discreto y reservado sin ficcion, afable y popular sin bajeza, ni lisonjea los vicios, ni ofende á los hombres. Á todos hace bien, y todo lo hace bien. Ved ahí, amados cristianos mios, lo que á la primera vista del Evangelio percibimos de Jesucristo.

17. Si volvemos á estudiar el Evangelio con un poco mas de cuidado, ¡oh Dios inmortal, qué fondo de santidad tan insondable se nos presenta! Ningun vicio hallamos, ningun defecto, ningun primer movimiento, ninguna de aquellas pequeñas debilidades de que no estuvieron exentos los mas eminentes santos. ¡Qué hermosura y qué pureza la de su corazon! ¡Qué grandeza y qué elevacion en su alma! Lo sublime y sumo de la virtud era el estado natural de Jesucristo. Jamás necesitaba recogerse dentro de sí mismo para orar: jamás se vió precisado á reprimir sus pasiones para practicar lo mas heróico y sumo de las virtudes. Jesucristo fue sábio sin estudio, hermoso sin vanidad, rico sin presuncion, pobre sin disgusto, moderado, paciente, magnánimo é intrépido sin violentarse. Su humildad fue profundísima, su mansedumbre inalterable, su pureza mas que angélica, su obediencia mas que humana y su modestia la mas edificante. Toda virtud tenia asiento en su alma. Todo cuanto él dijo, fue precisamente lo que debia decir; y todo lo que él hizo, fue precisamente lo que debia hacer. Todo era perfectísimo en Jesucristo: sus pensamientos, sus palabras, sus obras, sus acciones, su cuerpo y su alma. No puede imaginarse virtud mas verdadera, mas sólida, mas franca, mas superior á toda preocupacion y consideracion humana, á todo temor, á toda esperanza y á cualquiera especie de intereses. Cuando desafia á los judíos á que le convenzan de algun pecado, me veo precisado á creerle un Hombre-Dios que en medio de sus enemigos hace brillar su santidad para eterna gloria de su Padre.

18. Ved, cristianos oyentes mios, los caractéres generales que de la santidad de Jesucristo nos dan los Evangelistas. Si quereis mas instrucciones sobre algunos particulares, idlos escuchando con atencion. Volved á leer el Evangelio, y hallaréis en él que Jesucristo ha dado á los reyes, á sus ministros, á los sacerdotes y á los grandes del mundo todo lo que es debido á la dignidad de que estaban revestidos. Pero reflexionad que jamás les dió nada de mas. Nunca elogió sus talentos, su grandeza ni sus riquezas; solamente alababa su virtud. Lo que mas estimaba y honraba en el hombre, era el hombre mismo, ó la dignidad de su naturaleza humana, que él mismo habia dignificado uniéndola á su divinidad. ¡Oh qué virtud tan rara! ¡Oh qué santidad tan heróica!

19. Leamos el Evangelio, y hallarémos que Jesucristo no hizo otros milagros que los que convenia hiciese un Hombre-Dios. Si da vista á los ciegos, oido á los sordos, habla á los mudos, salud á los enfermos y vida á los muertos; si arroja los demonios, si serena las tempestades, si multiplica los panes, si descubre los pensamientos mas ocultos de los hombres, si todos los elementos le obedecen, si los Ángeles le sirven, si los hombres y los espíritus infernales tiemblan en su presencia, si el sol y la luna se oscurecen, si las piedras se parten, si el velo del templo se rasga, si los sepulcros se abren y los muertos cuando muere vuelven á la vida, si él mismo resucita, si resucitado come, bebe, habla, camina, enseña, instruye, y al fin sube á los cielos á la vista de tantos testigos: en ninguno de estos grandes prodigios tuvo parte alguna el respeto humano, la curiosidad de los espectadores, la vanidad ó complacencia de hacerse admirar de las gentes: hizo grandes prodigios, ciertamente no los niegan los mas declarados enemigos del Cristianismo; pero todas sus maravillas tuvieron por objeto la mayor gloria de su Padre celestial, el socorro de los desgraciados hijos de Adan, y la demostracion de su mision divina. Para quedar penetrados de esta verdad, no teneis mas que leer el Evangelio: en él hallaréis que los fariseos le piden con un tono imperioso que haga un milagro; y como el orgullo es quien le pide, se le niega. Claman sus mismos discípulos que haga descender fuego del cielo contra Samaria; y como la venganza solicitaba este milagro, el Señor le niega, y los reprende. Alégrase Herodes al verle en su presencia, esperando que haria algun prodigio; y como la curiosidad es

el orígen, calla y no le hace. Piden los escribas y sacerdotes que baje de la cruz y creerán en él; y como su divina Majestad conoce no ser justa su peticion, la niega y muere en la cruz. En vano buscaréis un lunar en la santidad de Jesucristo. Su intencion y sus operaciones son perfectas, son justas, son heróicamente virtuosas. ¿Quereis ejemplos de bondad, dulzura, clemencia y misericordia? Representaos á Jesucristo y á la Magdalena á sus piés en casa de Simon el Fariseo; á Jesucristo presidiendo el juicio de la mujer adúltera; á Jesucristo hablando con la Samaritana en el pozo de Sicar; á Jesucristo comiendo en casa de Zaqueo con los publicanos; á Jesucristo rodeado de niños, á quienes ama y defiende. Representaos, vuelvo á decir, á Jesucristo en estas y otras ocasiones de su santísima vida, y decidme si toda la caridad que podemos concebir en un Hombre-Dios para salvar los hombres, no está brillando á vuestros ojos. ¿No le veis como el Pastor mas vigilante y benigno, como el Padre mas tierno y mas amable? ¿Podia el mismo Jesucristo pintarse á sí mismo con caractéres de mayor benignidad y misericordia?

20. ¿Quereis ejemplos de fortaleza y de una libertad intrépidamente santa? Representaos á Jesucristo arrojando del templo á todos los que le profanaban con sus negociaciones, derribando sus mesas, echando por el suelo sus dineros y celando el honor y culto de su casa: representáosle dando en rostro á los escribas y fariseos con sus hipocresías, sus injusticias, sus tradiciones perversas y sus costumbres corrompidas. Nada puede imaginarse que se parezca al espíritu, al fuego, á la terribilidad de sus reprensiones contra aquellos hombres que abusaban sacrílegamente de todo lo mas santo que habia en la religion, que imponian cargas insoportables sobre los fieles, y no arrimaban siquiera un dedo de misericordia para ayudárselas á llevar. Estremecen y horrorizan aquellos anatemas que Jesucristo proferia contra ellos: *Væ vobis, Hypocritæ, Scribæ et Pharisæi! væ vobis! væ vobis!* ¿Habeis alguna vez considerado, amados cristianos mios, quiénes eran estos hombres á quienes el Señor reprendia con tanta dureza, y quiénes eran aquellos otros á quienes trataba con tanta clemencia? ¡Oh reflexion digna de que no la olvideis jamás, para conocer la santidad de la fortaleza de Jesucristo! Los escribas, los fariseos, los príncipes de los sacerdotes eran unos hombres públicos, de grande reputacion en el pueblo, que podian conmoverle á su voluntad, revolverse contra Jesucristo, atentar contra su vida y procurarle su muerte; y los

otros eran unos hombres pobres que nada podian, y de quienes nada habia que recelar: estos eran unos pecadores de flaqueza ó ignorancia, y aquellos unos pecadores de malicia y de poder: y no obstante Jesucristo se levanta contra sus desórdenes, y reprende intrépidamente sus vicios en unas circunstancias terribles, en las que el respeto humano reduce al silencio los hombres mas animosos, y les hace olvidar lo que deben á Dios y á su sagrado ministerio, y trata al mismo tiempo con dulzura á los que son el blanco mas frecuente de las almas cobardes, pero altivas, que los tratan con la mayor dureza y sin la menor consideracion. ¡Oh Dios inmortal! ¡Qué proceder tan santo el de Jesucristo en su sagrado ministerio! ¡Qué debilidades tan reprensibles cometemos cada dia sus ministros por no imitar una conducta tan justa!

21. Pero no omitamos dar una vista sobre el estado mas brillante de la santidad de Jesucristo. Mirémosle en su pasion y en su muerte. En ella es donde descubre toda la hermosura, toda la fuerza y toda la grandeza de su alma. Todo cuanto el mundo ha admirado por mas grande, es inferior á él con una distancia infinita. Á su vista todo parece pequeño, toda virtud se eclipsa y toda santidad desaparece. Nada hallamos en todas las historias que se parezca á tal modo de padecer y morir; revestido de un poder infinito, derriba con una sola palabra toda la multitud armada de ministros y soldados que venian á prenderle: permíteles luego que se levanten y se entrega voluntariamente en sus manos. Esta era la voluntad de su eterno Padre; esta era la suya, y esto lo que nos convenia y era necesario para nuestra salud y remedio. Abandonado de sus amigos y entregado al furor de sus enemigos, mira llover sobre su venerable persona violencias, injusticias, calumnias, insultos, ultrajes los mas inauditos y tormentos los mas atroces; pero ni manifiesta su inocencia delante de los jueces, como Sócrates, para poner en salvo su reputacion, ni publica la violencia de su grande padecer como Job, ni pide venganza su sangre derramada como la de Abel. No reclama los derechos de la justicia, tan abiertamente violados contra su persona, ni el respeto debido á la naturaleza humana, tan indignamente hollado. Á la manera de un cordero manso enmudece, y no se resiste, ni se queja, ni murmura. La indignacion, la cólera, el desprecio, la vanidad ni otra pasion alguna se deja ver en sus ojos, ni en su rostro, ni en su porte, ni en sus palabras. Un silencio profundísimo en su lengua, una admirable serenidad en su semblante y una tranquilidad en su al-

ma, superior á la naturaleza del hombre: ved ahí lo que descubrimos en la pasion y muerte de Jesucristo. Si alguna vez habla, es para rogar por sus enemigos, para escuchar á sus enemigos y para alcanzarles el perdon. Si llora, es de compasion de las miserias de su pueblo: si clama á su Padre, es para encomendar su espíritu en sus manos: si mira á su Madre, es para dejarla en su discípulo Juan un hijo adoptivo que la sirva y obedezca: si atiende á su discípulo, es para dejarle á él y á todo el género humano una madre y protectora en su Madre misma.

22. Levantad los ojos, amados cristianos mios, á la santa cruz, y veréis en ella á Jesucristo como dueño de la vida y de la muerte: como árbitro soberano de los eternos destinos de los hombres. Desde la cruz abre las puertas del paraíso á los que le reconocen y confiesan, y las cierra á los incrédulos que se obstinan en su ceguedad y mueren en la impenitencia. La cruz es una cátedra en la que el Dios de la santidad enseña todas las virtudes con su ejemplo, despues de haberlas enseñado en su vida con su doctrina. La humildad mas profunda, la paciencia mas asombrosa, la paz mas inalterable, la fortaleza mas invencible, la caridad mas inimitable. Desde la cruz extiende los brazos hácia el uno y el otro polo para abrazar á todo el universo y formar un solo pueblo de los dos que reinaban en toda la tierra: el judáico y el gentílico. En la cruz, como en un sagrado altar, consuma este Pontífice sumo, inocente, santo, inmaculado, el sacrificio cruento de su cuerpo y de su sangre, y con él reconcilia el cielo con la tierra y hace las paces entre Dios y el hombre. En la cruz, como desde un trono, descubre este Rey inmortal de los siglos toda la extension de su virtud y la fuerza de su imperio. Él mismo habia profetizado que cuando fuese levantado de la tierra, todo lo atraeria á sí, y ya vemos cumplida su profecía. Las naciones le adoran, los reyes le veneran, y el mundo arrodillado delante de la santa cruz demuestra la verdad de sus palabras. En la cruz... Pero, cristianos mios muy amados, leed vosotros el Evangelio, y hallaréis las verdades que os anuncio. Leed el Evangelio, y encontraréis, si le leeis con profunda humildad, fe sencilla y corazon piadoso, rasgos aun mas brillantes de su sabiduría y santidad. Hallaréis una infinidad de cosas, que mas bien se conocen que se explican. Hallaréis una sabiduría suma en sus preceptos, en sus consejos, en sus máximas, en sus palabras y en sus exhortaciones. Una sabiduría no solo superior á la de todos los hombres mas sábios, sino infinitamente mayor que la de todos ellos

juntos. Una sabiduría, en fin, digna de un Hombre-Dios. Hallaréis á Jesucristo, si leeis el Evangelio, no solo exento de todo pecado, de todo vicio, de toda imperfeccion y de toda debilidad, sino acompañado de todas las virtudes. En vano buscaréis las mas sobresalientes, porque todas lo fueron en sumo grado. En todas fue perfectísimo, en todas santo. Hallaréis, por último, que los Evangelistas nos dieron la historia mas cabal, mas hermosa y mas perfecta de Dios hecho hombre por amor del hombre. Historia verdadera, historia fiel, historia divina, historia inspirada por el mismo Dios para instruccion y santificacion del hombre.

23. Dad gloria á Dios, hermanos mios, porque él solo es el sábio que destruye la sabiduría de los sábios del siglo, y pierde la prudencia de los prudentes segun la carne: él solo es el sábio que ilumina á todo hombre que viene á este mundo: él solo es la luz del mundo y la verdad por esencia: él conoce los corazones de los hombres, escudriña sus intenciones y pesa en balanzas justas su mérito: de la plenitud de su sabiduría hemos recibido todos la parte que se dignó comunicarnos. Dad gloria á Dios y bendecid su santo nombre, porque solo Dios es bueno, solo él es santo, él solo es el Señor de los cielos y la tierra, de los Ángeles y los hombres, y el bienhechor de todo el universo. Dadle honor, culto, reverencia, honra y bendicion, porque es santo en su esencia, santo en sus obras, santo en sus palabras, santo en sus determinaciones, santo en el lugar de su morada, santo en la ley que nos impone, y nos hace santos si la obedecemos y cumplimos. Sed santos, hermanos mios, pues podeis y debeis serlo ayudados de su divina gracia. Santos son los Ángeles que le alaban en el cielo, santos los bienaventurados que le conocen, le aman y le gozan en la gloria, y santos son los justos que le sirven en la tierra. *Sancti estote*, dice el Señor, *quoniam ego sanctus sum, Dominus Deus vester.*

24. Y vosotros, incrédulos, que os preciais de instruidos, ¿quereis ser santos? ¡Ah! tambien podeis serlo dejando vuestra incredulidad. La religion santa abre los brazos como el buen padre de familias para recibir al hijo pródigo, si abandonais como él el camino oscuro y tenebroso en que os precipitó vuestra incredulidad y abrís los ojos á la luz de la verdad. ¡Qué piedad! ¡Qué misericordia! Esta religion, esta misma madre llena de bondad y de clemencia quiere abrigaros en su seno, y cubriros con su manto, si obedientes á su voz creeis sus verdades, temeis sus amenazas, esperais sus recompensas, obedeceis sus preceptos, recibís sus Sacramentos y

amais á su eterno Fundador. Ella sabe perdonar las injurias que la habeis hecho, las blasfemias que habeis proferido, y los ultrajes con que la habeis tratado, si os resolveis á reconocer vuestros errores, apartaros de vuestros extravíos y serla fieles en adelante. ¿Quereis todavía navegar en ese mar borrascoso, lleno de incertidumbres, sustos, pesares y tormentos, y expuestos en cada ola á un naufragio eterno? ¿No vale mas viajar por un camino breve, derecho y firme que conduce seguramente al fin para que Dios nos crió, que pasar de un sistema á otro, de una opinion á otra, de una ilusion á otra, de un engaño á otro, sin hallar descanso, paz ni seguridad en ninguno? No violenteis vuestra razon, y nada hallaréis en el convite que os hago que no sea justo, bueno y santo. Os convido con la paz, dejad la guerra: os convido con la seguridad, abandonad la incertidumbre: os convido con la gracia, desterrad la culpa: os convido con las luces de la fe, salid de las tinieblas de la incredulidad: dejad la tierra, yo os convido con el cielo, en donde deseo daros un abrazo eterno en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, á quien sea dada toda honra y gloria por los siglos de los siglos. Amen.

ESQUELETO DEL SERMON

SOBRE

LA CLARIDAD DE LAS PROFECÍAS

Y VERDAD DE LOS MILAGROS.

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi? (Joan. VIII, 46).

Si yo os digo la verdad, ¿por qué no me creeis?

1. Es imposible hacer un recto uso de la razon y contradecir lo que dijimos sobre la existencia de Dios, la verdad del Evangelio, etc.

2. Objeciones de los incrédulos contra las profecías.

3. Objeciones de los mismos contra los milagros.

4. Confesar que hay Dios y combatir su veracidad en las profecías, y su omnipotencia en los milagros, es una evidente contradiccion... Las profecías no son ambiguas, sino claras; los milagros no son inciertos, sino verdaderos, innegables.

5. *Invocacion:* Dios eterno... Sostened mi debilidad: llenadme de vuestro Espíritu...

Primera parte: Claridad de las profecías.

6. No seria justo entrar en materia sin explicar primero qué cosa es profecía, cuántas especies conocemos de ellas, y de qué medios debemos valernos para su recta inteligencia.

7. Profecía es un anuncio misterioso, una vista clara de lo futuro... una operacion propia del Ser eterno... Símil... Encuéntranse en el Antiguo Testamento tres especies de profecías relativas al Mesías... De ahí tres reglas de crítica... Sin estos prévios conocimientos...

8. Profecía ó promesa hecha á nuestros primeros padres...

9. Los hombres virtuosos de la ley natural todos vivieron con la fe de la venida de un Redentor... Profecía hecha á Abrahan...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

amais á su eterno Fundador. Ella sabe perdonar las injurias que la habeis hecho, las blasfemias que habeis proferido, y los ultrajes con que la habeis tratado, si os resolveis á reconocer vuestros errores, apartaros de vuestros extravíos y serla fieles en adelante. ¿Quereis todavía navegar en ese mar borrascoso, lleno de incertidumbres, sustos, pesares y tormentos, y expuestos en cada ola á un naufragio eterno? ¿No vale mas viajar por un camino breve, derecho y firme que conduce seguramente al fin para que Dios nos crió, que pasar de un sistema á otro, de una opinion á otra, de una ilusion á otra, de un engaño á otro, sin hallar descanso, paz ni seguridad en ninguno? No violenteis vuestra razon, y nada hallaréis en el convite que os hago que no sea justo, bueno y santo. Os convido con la paz, dejad la guerra: os convido con la seguridad, abandonad la incertidumbre: os convido con la gracia, desterrad la culpa: os convido con las luces de la fe, salid de las tinieblas de la incredulidad: dejad la tierra, yo os convido con el cielo, en donde deseo daros un abrazo eterno en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, á quien sea dada toda honra y gloria por los siglos de los siglos. Amen.

ESQUELETO DEL SERMON

SOBRE

LA CLARIDAD DE LAS PROFECÍAS

Y VERDAD DE LOS MILAGROS.

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi? (Joan. VIII, 46).

Si yo os digo la verdad, ¿por qué no me creeis?

1. Es imposible hacer un recto uso de la razon y contradecir lo que dijimos sobre la existencia de Dios, la verdad del Evangelio, etc.

2. Objeciones de los incrédulos contra las profecías.

3. Objeciones de los mismos contra los milagros.

4. Confesar que hay Dios y combatir su veracidad en las profecías, y su omnipotencia en los milagros, es una evidente contradiccion... Las profecías no son ambiguas, sino claras; los milagros no son inciertos, sino verdaderos, innegables.

5. *Invocacion:* Dios eterno... Sostened mi debilidad: llenadme de vuestro Espíritu...

Primera parte: Claridad de las profecías.

6. No seria justo entrar en materia sin explicar primero qué cosa es profecía, cuántas especies conocemos de ellas, y de qué medios debemos valernos para su recta inteligencia.

7. Profecía es un anuncio misterioso, una vista clara de lo futuro... una operacion propia del Ser eterno... Símil... Encuéntranse en el Antiguo Testamento tres especies de profecías relativas al Mesías... De ahí tres reglas de crítica... Sin estos prévios conocimientos...

8. Profecía ó promesa hecha á nuestros primeros padres...

9. Los hombres virtuosos de la ley natural todos vivieron con la fe de la venida de un Redentor... Profecía hecha á Abrahan...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

10. Profecía de Jacob. David, Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel mas parecen en las suyas historiadores que profetas.

11. Profecía de Daniel.

12. Profecía de Ageo.

13. Mas sobre la profecía de Jacob. Su cumplimiento.

14. ¿Se quiere todavía mayor claridad en las profecías?... Profecía de Miqueas... Profecía de Isaías...

15. Á los incrédulos les sucede lo que á los enemigos del antiguo pueblo del Señor con la columna de fuego.

16. No desconfiemos, sin embargo, de ver reducidos al camino de la verdad á los incrédulos extraviados... Volved á fijar vuestra consideracion en aquel Hijo de la Vírgen...

17. Ved todavía nuevas y antiguas profecías, nuevos y antiguos motivos de afliccion y amargura para nuestro amable Salvador. Un traidor...

18. Ved aquí la época de estos asombrosos acontecimientos... Muerte... Resurreccion... Ascension del Señor.

19. Así me librais, ó Padre mio, de las contradicciones de mi pueblo... Yo los dispersaré... Los presbíteros y levitas que salian de la familia de Aaron los sacaré de la gentilidad.

20. ¿No son estos oráculos mas bien una historia de lo pasado, que predicciones de lo futuro?... Reunan todas sus fuerzas los incrédulos contra estas profecías ciertas, claras, etc., pero trabajarán en vano.

Segunda parte: Verdad de los milagros.

21. Convenimos en que la vana credulidad, la supersticion, etc., han graduado mas de una vez de milagros las ilusiones, etc. Nosotros somos los primeros en prohibir que se crean los falsos milagros... Pero eso no quita que los haya verdaderos, antes lo supone. Vamos á verlos.

22. Plagas de Egipto... Paso del mar Rojo... Sínai... Maná... Agua de la peña... Jericó... Paso del Jordan..., etc., etc.

23. ¿Qué cosa hay en el Evangelio que no sea una maravilla, un prodigio, un milagro? Concepcion de Jesús... Su nacimiento... Su adoracion... Su huida... Su vida toda... Su muerte..., etc., etc. ¿Negarán los incrédulos que Jesucristo y sus Apóstoles hicieron milagros? ¿que los hicieron tambien los Gregorios Taumaturgos, los Benitos, los Bernardos, etc., etc.?

24. No nos vengan los incrédulos con los pretendidos milagros de los Pitágoras, de los Apolonios de Tianea, de... Los Arrios, los Nestorios, los Pelagios, etc., ¿vieron jamás perpetuarse entre ellos el don de los milagros?... Todas las solemnidades de la Iglesia tienen por objeto hechos milagrosos. Si no fuesen ciertos, de Dios nos vendria el error: *Si error est*... Yo me rindo á las verdades de la fe... Yo tambien me rindiera, dice el incrédulo, si se me prestase una luz que me sacara de ese abismo de tinieblas... Nosotros aceptamos la propuesta y ofrecemos nueva luz...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON

SOBRE

LA CLARIDAD DE LAS PROFECÍAS

Y VERDAD DE LOS MILAGROS.

Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi? (Joan. VIII, 46).

Si yo os digo la verdad, ¿por qué no me creeis?

1. Las pruebas con que hemos demostrado la existencia de Dios son tan claras, que es imposible hacer un recto uso de la razon y contradecirlas. La existencia de Moisés, la autenticidad de sus libros, la verdad del Evangelio, la santidad y sabiduría de Jesucristo, la ruina del gentilismo, la dispersion de la nacion hebrea, y el establecimiento del pueblo cristiano: todos estos hechos grandes, ciertos, estupendos y maravillosos, se nos presentaron con tan irrefragables caractéres de verdad, que nos vimos felizmente precisados, en fuerza de su evidencia, á exclamar con el Profeta: Tus testimonios, ó Dios y Señor, son en grande manera creibles.

2. Á pesar de la resistencia que oponia la instruccion que suponian en sí mismos los incrédulos, ha triunfado la verdad, y esta virtud ha presentado su semblante tan bello y luminoso, que únicamento cerrando los ojos del entendimiento con obstinacion podrá dejar de verse y estimarse su hermosura. Mas, segun parece, no hemos acabado de destruir enteramente los atrincheramientos de los incrédulos que se dicen instruidos: todavía se resisten desde la oscuridad de las profecías y la incertidumbre de los milagros. Si Dios ha hablado, dicen, ¿por qué ha envuelto entre sombras impenetrables su adorable voluntad? ¿Quién podria resistirla en el cielo ni en la tierra aun cuando la hubiera propuesto claramente? ¿Para qué son esos enigmas, esos embozos, esos misterios incomprensibles? Si quiere que le entendamos, hable claro: si quiere que le obedez-

camos, manifieste su voluntad, no la oculte; y si quiere instruirnos, no nos haga inaccesibles sus lecciones. No se diga, pues, que el Eterno habla y hace oir su voz en las profecías, sino que los hombres atrevidos y astutos las han compuesto, adornándolas con el velo de los misterios, para que si en los siglos siguientes sucediese algun caso que se le parezca, griten: profecía, profecía, y si no se presentase cosa que pueda apropiársele, digan: no se han cumplido los tiempos de su verificacion, y de este modo queden siempre á cubierto sus invenciones.

3. No de otra suerte acontece con los que llaman milagros. Los cristianos supersticiosos (así continúan hablando los blasfemos incrédulos que se dicen instruidos), los cristianos supersticiosos é ignorantes no saben ni han llegado á comprender jamás las fuerzas de la naturaleza; y aturdidos con cualquiera caso extraordinario, luego les parece un milagro, sin reflexionar si está ó no dentro de los límites y órden de la naturaleza, y si el Omnipotente, que estableció este órden, estos límites, y dió estas leyes á la naturaleza, puede obrar contra lo mismo que él ordenó desde la misma eternidad. Resulta, pues, de este juicioso raciocinio, que ni las profecías son claras, ni los milagros son ciertos, y que todo es una invencion de los hombres para engañarse unos á otros, y llenarse de ilusiones.

4. ¡Dios inmortal! Vos me enseñais con la doctrina y el ejemplo á perdonar las injurias. Vos me mandais que reserve á vuestra justicia la justa venganza de vuestros agravios. ¿Con qué los cristianos somos ignorantes y supersticiosos porque creemos á Dios? ¿Á Dios que es la suma verdad no debemos creer cuando habla y manifiesta su voluntad santa y adorable? Pues qué, ¿debemos mas crédito á los incrédulos que al Omnipotente? Si ellos creen que hay Dios y saben quién es Dios, ¿cómo no lo creen? Menos inconsecuentes procederian si negaran la existencia de Dios; pero confesar este dogma fundamental de la Religion, y contradecir su veracidad en las profecías, y su omnipotencia en los milagros, es una evidente contradiccion. Ciertamente, replican los incrédulos, esa es una verdad; pero la dificultad está en la oscuridad y ambigüedad de las profecías, y en la incertidumbre y falsedad de los milagros. Muy bien. Luego si yo les demuestro irresistiblemente que las profecías no son ambiguas sino claras, y que los milagros no son inciertos, sino verdaderos y evidentemente innegables, ¿me creerán? *Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?* Nosotros, replican los incrédu-

los, jamás nos oponemos á la razon cuando demuestra, antes la seguimos con una adhesion inviolable: pruébese lo que se ofrece, y se verá que nuestra instruccion no resiste á las verdades que comprende. Estamos conformes. Perdonamos gustosos las injurias personales á ejemplo de Jesucristo, y pasamos á defender su doctrina. *Scripta lege, impleta cerne, implenda collige*, decimos á los incrédulos, como lo decia san Agustin en los admirables libros de la Ciudad de Dios: leed lo escrito, mirad lo que ya está cumplido, y colegid lo que en adelante se debe verificar.

5. Dios eterno, Dios omnipotente y santo que hablásteis antiguamente por vuestros Profetas á nuestros padres, y por vuestro Hijo Jesucristo á nosotros mismos: haced que yo escuche sus palabras, y las transmita á los siglos venideros. Vos, Señor, que hicísteis aparecer en el mundo aquellos hombres virtuosos, justos y santos, que inspirados por vuestro divino Espíritu hablaban con firmeza, conocian las cosas secretas, profetizaban lo futuro y obraban en vuestro nombre grandes milagros: Vos, Dios mio, que confortásteis á Samuel para que hablase con vigor á Saul, y llenásteis de fortaleza á Natan, Elías, Jeremías y Daniel, para que intimasen vuestras órdenes á David, Acab, Sedecías y Nabucodonosor, y se hiciesen obedecer de aquellos príncipes y sus pueblos; sostened mi debilidad: llenadme de vuestro Espíritu para que yo tambien hable en vuestro nombre y defienda vuestras verdades; y si por esta causa fuera yo digno de padecer algunas tribulaciones como aquellos justos de quienes acabo de hacer mencion, me tendria por el mas dichoso de los mortales. Dirigid mi lengua, mi pluma y mi corazon para la mayor gloria vuestra y utilidad de mis prójimos, redimidos con la sangre de Jesucristo, Dios y hombre verdadero: *Ave María.*

Primera parte.

6. No seria justo, amados cristianos mios, entrar en el asunto sin establecer algunos principios en que necesariamente convienen cuantos hombres hacen un recto uso de la razon. No hablaríamos con exactitud de las profecías, sin explicar primero qué cosa entendemos por profecía, cuántas especies conocemos de ellas, y de qué medios deberémos valernos para su recta inteligencia. Nada me parece mas justo, nada mas razonable que lo que acabo de insinuar.

7. Profecía es un anuncio misterioso, pero verdadero, de lo

que está por venir. Es una vista clara de lo futuro: es un conocimiento de lo que no ha llegado: es una operacion propia del Ser eterno que hace ver en la oscuridad de los siglos los acontecimientos que dependen de las causas libres: Dios los ve, los decreta y los revela á sus escogidos, segun el propósito de su adorable voluntad. Nada hay oculto á su sabiduría infinita: nada es imposible á su omnipotencia, y todo está presente á su inmutable eternidad. Este Señor Dios infinitamente sábio, omnipotente y eterno, ha revelado á sus Profetas los acontecimientos futuros, unas veces con claridad y distincion, y ellos los han publicado con todas sus circunstancias y particularidades, conforme despues se verificaron: otras veces ha hablado el Señor con enigmas, parábolas y embozos, y los Profetas han repetido las palabras de Dios con la misma oscuridad, porque así convenia á los designios eternos. No estaban estas cosas oscuras para los limpísimos ojos del Señor, que las veia con toda claridad hasta en sus menores circunstancias; pero lo estaban para los hombres, ínterin que su verificacion las mostraba no menos ciertas que las antecedentes. Un símil nos ilustrará estas verdades. Huye un malhechor la espada de la justicia, que envia á buscarle con una requisitoria ejecutiva. Leen los alcaldes de los pueblos la filiacion de aquel hombre que se busca, examinan su altura, su color, su cabello, su rostro, y las demás circunstancias de aquella persona oculta para ellos, oscura para ellos, é ignorada de ellos, pero no para el que se la envió. ¿Qué hacen, pues, para el acierto? Confrontan las señales con los hombres que se les presentan, y dicen: este no es, este tampoco: uno es mas alto, el otro mas bajo: este tiene diferente color, aquel un semblante muy contrario: al fin aparece aquel hombre, cuyas señales tienen á la vista, y apenas fijan en él los ojos, cuando todos dicen: este es. De suerte, que la presencia del hombre que se deseaba demuestra la verdad de las señales, y estas verificadas dan á conocer al hombre. Esto sucede en las profecías de que vamos hablando: antes del suceso no se sabia su significado sino confusamente: despues ya sin poder dudarlo se asegura que aquel era el suceso profetizado. Encuéntranse, pues, en el Antiguo Testamento tres especies de profecías relativas al Mesías. Las unas hablan de él en términos claros y expresos: las otras le caracterizan bajo de emblemas, figuras y enigmas, y las últimas tienen un sentido que en parte conviene al Mesías y en parte al héroe que le representa. De aquí nacen tres reglas de crítica las mas sensatas y juiciosas. La primera es que debemos to-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

mar á la letra todas las profecías que hablan del Mesías en términos claros y expresos: la segunda, que cuando una profecía enigmática ó simbólica, tomada á la letra, no tiene sentido razonable, ó no tiene ninguno, pero se acomoda perfectamente al Mesías, es menester entenderla del Mesías: porque es innegable que todas las palabras de Dios deben tener un sentido digno del Señor que habla; y la tercera es, que cuando la Escritura habla de uno de aquellos héroes que representan al Mesías de un modo mas magnífico que lo que á aquel personaje le corresponde y conviene, es menester atribuir al Mesías lo que de él se habla en la Escritura. Sin estos prévios conocimientos, nadie entenderá rectamente las palabras del Señor en los santos Libros. Sin esta llave, siempre será este libro divino un archivo lleno de verdades eternas, pero cerrado á la inteligencia de los hombres. Mas, distinguiendo un sentido gramatical que dice la letra, y un sentido espiritual que anuncia el misterio, todo queda corriente, todo claro. Grabemos profundamente en el alma estas nociones, penetrémonos bien de estas máximas, y entremos con un profundo respeto á examinar las profecías que hablan del Redentor: verémos en ellas un asombroso encadenamiento de verdades, mas ó menos brillantes, mas ó menos claras y precisas á proporcion que se acercaba el objeto á que todas se encaminaban.

8. Apenas nuestros primeros padres Adan y Eva violan en el paraíso el precepto del Señor, comiendo el fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal, se les aparece su divina Majestad, los llama á su tribunal, y hace comparecer tambien á la serpiente. Muéstrales su delito, no admite sus frívolas excusas, determina la sentencia, y antes de intimarla á Adan y á Eva, pronuncia la de la serpiente con estas notables palabras: «Yo estableceré, dijo el Se«ñor, una eterna enemistad entre tí y la mujer, entre tu posteridad «y la suya: un dia llegará en que ella quebrará tu cabeza.» Hé aquí unas palabras de Dios, que entendidas en su sentido literal, nada valen para consolar á nuestros afligidos padres Adan y Eva, desnudos, pobres, desgraciados y arrojados del paraíso; pero entendidas en el sentido místico ó espiritual en que efectivamente deben entenderse, son una fuente inagotable de consuelos, son la primera voz de Dios que anuncia la venida de su Hijo al mundo para remedio del hombre delincuente. Decidme, amados cristianos mios, ¿qué consuelo habria sido para nuestros primeros padres, despojados de su inocencia, desterrados del paraíso, sentenciados á un

penoso trabajo y condenados á la muerte, el saber que un dia magullaria una mujer la cabeza de una vil y horrible serpiente, semejante á aquella de quien el demonio se habia servido para perderlos? Un castigo tan remoto y pueril ¿de qué les habria servido? La serpiente era entonces, como lo es ahora, un reptil que carece de razon: ni pudo pecar ni entender la sentencia. ¿Qué cosa, pues, mas inútil que intimársela? Debemos confesar que las palabras de Dios tenian otro sentido que el que desde luego presentaban. Que se encaminaban al demonio, á quien en la série de los tiempos y despues de muchos siglos, la mujer Madre de Dios humanado, ó mas bien el Hijo de la Vírgen, quebrantaria la cabeza de Satanás, representado en la serpiente, le quitaria el cetro, aniquilaria su dominacion tiránica, y libraria de ella al género humano. En este sentido lo comprendieron nuestros primeros padres, y en esta fe y esperanza criaron sus hijos.

9. En efecto, los hombres virtuosos de la ley natural, todos vivieron con la fe de la venida de un Redentor, todos vivieron con la esperanza del Mesías, y con esta fe y esperanza obraban por la caridad, agradando á Dios y siendo benéficos con sus prójimos. Los hijos de los hombres, olvidando estas divinas lecciones que por la tradicion de sus padres y los ejemplos de los hijos de Dios habian recibido, se entregaron ciegamente á los desórdenes mas groseros: corrompió toda carne su camino, las tinieblas de la idolatría cubrieron toda la tierra, los hombres se entregaron al politeismo mas estúpido, las supersticiones ocuparon el lugar de la religion pura, sencilla y santa que les habian inspirado Adan, Abel, Set, Henoc, Noé y algunos otros. Oscurecida la razon por la corrupcion de las costumbres, bien presto habrian llegado á borrarse enteramente de la memoria de los hombres las ideas de la Divinidad, si por un efecto de su grande misericordia no hubiera hecho el Señor alianza con Abrahan de que seria su Dios, y él y su familia su pueblo, y que de ella en la série de los tiempos naceria el Mesías prometido. Ya tenemos aquí la segunda profecía de la venida del Redentor, menos oscura que la primera. En aquella solo se anunciaba que vendria; en esta ya se dice de qué familia ha de venir.

10. En los hijos del grande Abrahan se repite el mismo anuncio. Isaac y Jacob lo publican, y este último, estando para morir, junta á sus hijos y anuncia á cada uno de ellos el destino futuro de la tribu que habia de descender de él, y en llegando á Judá, entre otras palabras proféticas, pronuncia estas: «El cetro no será qui-

«tado de Judá, ni el príncipe de su posteridad, hasta que venga el «que debe ser enviado, y este será la expectacion de las gentes.» Visiblemente designan estas palabras al Mesías y señalan con precision no solo la familia, sino el tiempo de su venida, aunque de un modo general. Reflexionad que á medida que el tiempo señalado desde la eternidad en los consejos de Dios para la venida del Mesías se acercaba, las profecías eran mas claras y mas circunstanciadas. David, Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel, que desde la fundacion de la monarquía de los judíos se sucedieron cuási hasta el fin del cautiverio de Babilonia, hablaron distintamente y tan por menor de cuanto tenia relacion con el Mesías, que mas parecen historias de lo pasado sus escritos, que profecías de lo venidero. Nos haríamos interminables si pretendiéramos explicar cada una de sus palabras. Tratarémos solamente de algunas que demostrarán hasta la misma evidencia la injusticia de los incrédulos, que cierran obstinados los ojos por no ver su hermosa claridad.

11. «Yo estaba en oracion, dice el profeta Daniel, cuando el «ángel Gabriel me habló de esta manera: El tiempo de setenta se«manas es el que se ha fijado á tu pueblo y á tu ciudad santa, para «que cese la prevaricacion, se acabe el pecado, se expie la iniqui«dad, para que la eterna justicia le suceda, que la revelacion y la «profecía se cumplan y que sea ungido el Santo de los Santos. Sa«be, pues, y compréndelo bien, que desde el dia que se dará la ór«den de reedificar á Jerusalen, hasta el tiempo en que parecerá el «Rey, que es Cristo, pasarán siete semanas y sesenta y dos sema«nas.» Pienso que no ignorarán los incrédulos instruidos, que en el estilo de la Escritura las semanas no son de dias, sino de años, como las de Ezequiel, y como mucho tiempo antes las habia nombrado Moisés en el Levítico. Vamos continuando con el Profeta. «Las «plazas de Jerusalen, dice, y sus murallas, serán fabricadas de nue«vo; despues de las sesenta y dos semanas el Cristo será entrega«do á la muerte, sin que nadie se declare por él. El pueblo que ten«drá por jefe al príncipe que ha de venir, destruirá la ciudad y el «santuario. Su fin se parecerá al de las cosas que se sumergen, y la «guerra no se acabará sino por una entera desolacion, cuyo tiem«po está fijado. El Cristo hará una firme alianza con muchos en «una semana. En medio de esta semana, hará cesar el sacrificio y «la oblacion: se verá en el templo la abominacion de la desolacion; «y hasta la ruina total, que ya está resuelta, se añadirá desolacion «á desolacion.» Díganos los incrédulos, si es posible una profecía

mas clara y luminosa del Mesías que la que acaban de oir. Cristo es llamado por su propio nombre: sus títulos los mas augustos se especifican: él es él, y el ungido por excelencia: el Santo de los Santos y la santidad por esencia: el autor y principio de la justicia: él solo es la verdad, y en quien se cumplen todos los anuncios de los Profetas, y se verifican y realizan todas las figuras: él solo puede lavar las iniquidades que han manchado la tierra: él solo es la víctima capaz de expiar el pecado: él solo puede ser autor y pontífice de una nueva alianza; hacer cesar los antiguos sacrificios, como insuficientes y estériles, y sustituirles un sacrificio único y una hostia pura, santa, inmaculada, eterna y de infinito precio. Aquí en esta profecía vemos verificados los designios de Dios, de expiar los pecados de los hombres por la muerte de Cristo, que reconcilió el cielo con la tierra: aquí vemos contribuir la incredulidad de los judíos, su crueldad y su envidia al cumplimiento de las profecías, que tantas veces hablaron de las humillaciones de Dios, de su pasion y su muerte: su propio delito de ellos (¡cosa admirable!) es para nosotros una prueba demostrativa de que Jesucristo es el Mesías prometido en la ley y los Profetas: aquí, finalmente, vemos por nuestros mismos ojos la destruccion de la ciudad, la ruina del santuario y la desolacion constante y permanente, anunciada con palabras claras por Daniel. Los romanos, conducidos por Tito, arruinan á Jerusalen, abrasan su magnífico templo, hacen perecer por la espada y el hambre mas de un millon de personas, y derraman los tristes restos de aquella nacion infeliz por todas las provincias de la tierra. Para ver cada uno estas verdades públicas, estas pruebas irresistibles, no es menester mas que abrir los ojos.

12. Sin embargo, oigamos tambien al profeta Ageo, cuya profecía bien considerada comunica una nueva claridad á lo que acabamos de decir, y no admite efugio ni tergiversacion. Sesenta y nueve años habia que la magnífica y admirable casa de Dios que habia edificado Salomon se habia destruido. Quéjase el Señor por su Profeta de que su pueblo tenia casas y él carecia de templo. Inflama el espíritu de Zorobabel, y de Jesús hijo de Josedec, y edifican nuevo templo; pero inferior en mucho á la hermosura, riqueza y magnificencia del primero. No obstante, el profeta Ageo les habla en nombre de Dios de esta manera: «Esto dice el Señor de los ejér«citos: En breve conmoveré el cielo y la tierra y el mar: agitaré to«das las naciones, y el Deseado de todas las gentes vendrá: llenaré «de gloria este segundo templo, dice el Señor de los ejércitos; mios

«son el oro y la plata. La gloria de este segundo templo sobrepuja-«rá la del primero, y en él daré la paz.» Reflexionad, cristianos mios, que estas son palabras de Dios, que es la verdad por esencia, y que ellas se han cumplido: porque el Deseado de las gentes, que es el Mesías, vino á aquel templo, y su presencia le hizo mas glorioso que el primero. En este fabricado por Salomon, delineado por el mismo Dios, y concluido con tanta magnificencia y gloria, no hubo mas que sombras, figuras, representaciones del Mesías, y sus funciones augustas: en aquel, aunque fabricado por Zorobabel con menos riqueza y suntuosidad, entró Jesucristo, predicó Jesucristo, se vió la realidad de las antiguas figuras, se vió la persona de aquellos símbolos, se vió la verdadera luz de aquellas sombras. Esto hizo incomparablemente mas glorioso al segundo templo que al primero, aunque este fuese mas rico y bien ordenado en su fábrica. He dicho que se ha cumplido esta profecía y lo vuelvo á repetir, porque ha mil y ochocientos años que aquel segundo templo ya no existe, y han pasado muchos siglos desde que desaparecieron los menores vestigios de su existencia.

13. Demos todavía otra prueba demostrativa de esta verdad. El espíritu de Dios enseña al santo patriarca Jacob el destino futuro de sus hijos, y le enseña que el Mesías saldrá de la tribu de Judá. Jacob hablando con este hijo, le dice: «Judá, tus hermanos te ala-«barán: tu mano se sentará sobre el cuello de tus enemigos: los hi-«jos de tu padre se postrarán á tus piés: el cetro no saldrá de Judá, «y habrá siempre conductores del pueblo nacidos de su estirpe, has-«ta que llegue el enviado que aguardan las naciones.» En esta profecía tenemos dos cosas igualmente ciertas. La primera es, que toda la nacion hebrea ha creido que era designado el Mesías por estas palabras: el enviado que aguardan las naciones. La segunda, que la tribu de Judá mantuvo siempre sus prerogativas hasta la verificacion de este anuncio. Á pesar de la separacion y dispersion de las diez tribus apartadas para siempre de su patria: á pesar del penoso cautiverio que sufrió por tantos años: á pesar de los trastornos que experimentaron los reinos y los imperios con las conquistas de los griegos y los romanos en tiempo de Alejandro, de los Scipiones y los Pompeyos, la tribu de Judá siempre permanece unida, siempre es la superior de su nacion, siempre de ella se eligen los magistrados, y todos cuantos por entonces gobernaron aquel pueblo, que hasta el nombre tomó y retiene en el dia de aquella ilustre tribu. Pero al tiempo determinado llegó su hora. El Omnipotente, que

la habia conservado con una providencia admirable, verifica sus vaticinios, apareciendo como hombre mortal en el mundo, precisamente en el tiempo en que la tribu de Judá pierde su soberanía: en el mismo tiempo en que cesa de gobernarse por príncipes de su nacion: en el mismo en que Herodes, príncipe idumeo, fue hecho rey de Judea por los romanos, mas ha de mil y ochocientos años; en cuyo dilatado tiempo se halla derramada aquella triste nacion sobre la superficie de la tierra, sin príncipes, sin templo ni sacrificios.

14. ¿Pretenden todavía los incrédulos mayor claridad en las profecías? Pues qué, ¿no ven ellos mismos anunciada la venida del Mesías? la familia de que habia de nacer? cuando habia de venir y el nombre que habia de tener? ¿Quieren que les digamos el lugar de donde habia de ser, y la madre-vírgen que le habia de concebir? Pues oigan al profeta Miqueas, y se lo dirá muchos siglos antes que aparezca el Mesías: Y tú, Belen, pequeño pueblo entre los de la tribu de Judá (alégrate), porque de tí saldrá el que debe reinar en Israel, cuya generacion es desde el principio de la eternidad. Tan persuadidos estaban los príncipes de los sacerdotes y los doctores de la ley mosáica de esta verdad, que preguntados por el rey Herodes para satisfacer el piadoso deseo de los tres Reyes magos que fueron á Jerusalen á adorar al Mesías conducidos de su estrella en qué pueblo debia nacer, le respondieron unánimemente: En Belen de Judá, segun la profecía mencionada. Escuchen tambien al profeta Isaías, que dice: Mirad con atencion, reflexionad: una vírgen concebirá y parirá un hijo que se llamará Emmanuel, esto es, Dios con nosotros: este pequeñuelo ha nacido para nosotros: este hijo se nos ha dado á nosotros (continúa diciendo dos capítulos mas adelante el mismo santo Profeta, mirando este grande acontecimiento como presente setecientos y cuarenta y dos años antes que sucediera); su imperio, dice, le pondrán sobre sus hombros, y por su nombre se llamará el admirable, el consejero, el verdadero Dios, el fuerte, el padre del siglo venidero, el príncipe de la paz.

15. Si este corto número de profecías que hemos presentado á los incrédulos no les parecen claras, ciertas y luminosas, como nos lo parecen á todos los fieles cristianos, es menester decirles que les sucede lo mismo que á los enemigos del antiguo pueblo del Señor con la columna de fuego: ella iluminaba á los israelitas y ella repartia oscurísimas tinieblas sobre los gentiles. Este es, Señor Dios

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

de los ejércitos, el carácter de vuestras obras. Vos las revelais y dais á conocer á los humildes, y Vos las ocultais á los orgullosos y soberbios. Justo eres, Señor, y rectos son tus juicios. No se quejen de vuestra providencia, sino de su obstinacion, los que cierran voluntariamente sus ojos por no ver vuestras verdades; y agradezcan vuestras misericordias los rectos y sencillos de corazon, que las creen y confiesan.

16. Sin embargo, no desconfiemos de ver reducidos al camino de la verdad á los incrédulos extraviados en la senda del error. Ellos conocen que se han verificado á la letra todos y cada uno de los vaticinios de los profetas de que les hemos hablado; pero mirándolos en particular, no habrán hecho sobre sus almas toda aquella saludable impresion que debemos esperar, si conseguimos que los miren en comun. Acaso esta vista admirable les parecerá mas una historia de lo pasado, que una profecía de lo futuro, y se rendirán á su evidente demostracion: volved á fijar vuestra consideracion en aquel Hijo de la Vírgen: en aquel Cristo nacido en Belen: en aquel Dios con los hombres: en aquel hijo dado á nosotros, y en aquel pequeñuelo nacido para nosotros de que hablé poco há, y escuchadme ahora. Dice el Señor: Yo enviaré un profeta (á Juan Bautista) delante de él para preparar el camino de conocerle: él dará voces en el desierto y dirá: Pueblos, preparaos á conocer al Señor: entre vosotros está el que vosotros no conoceis, y yo no soy digno de desatar la correa de sus zapatos: los reyes vendrán á adorarle como á Dios, y le ofrecerán oro de Arabia: presto entrará en vuestro templo el soberano que buscais, y el Ángel del testamento que esperais. Él es mi siervo amado en quien tengo todas mis complacencias: él será la luz de las naciones y la gloria de Israel su pueblo. Dará vista á los ciegos, oido á los sordos, habla á los mudos, y hará correr como ciervos á los baldados. Su brazo siempre será guiado en los prodigios por la verdad y la dulzura. Su voz no turbará los pueblos, su mansedumbre será tanta que no acabará de romper la caña cascada, ni apagará el pábilo moribundo de una vela. Hijas de Sion, alegraos: este vuestro Rey justo, pobre y clemente va á entrar con gloria en Jerusalen sobre una humilde asnilla; pero ¡ay! pasará en breve aquella gloria, y será luego un varon de dolores: se parecerá á un leproso, herido, humillado por el Señor; pero se ofrecerá á los tormentos de su propia voluntad, porque ha salido por fiador nuestro, porque se ha encargado de satisfacer por nuestras iniquidades: él se ha vestido de nuestras

miserias y ha padecido nuestras enfermedades: él ha sido herido por nuestros pecados, y nosotros hemos sanado con el remedio de su sangre.

17. Ved todavía, cristianos mios, nuevas y antiguas profecías, nuevos y antiguos motivos de afliccion y de amargura para nuestro amable Salvador. Un traidor, dice por su profeta David, ha abierto su boca para perderme, y ha vendido mi vida por treinta monedas de plata. ¡Qué pecado! sea el infeliz abandonado á sí mismo: rodéele el demonio, y póngale á su mano siniestra: sea eternamente reprobado, y sírvale de un nuevo crímen la confesion de su traicion: abréviensele los dias, y su obispado pase á otras manos. No se terminan aquí mis males. El corazon se me angustiaba con la vista cruel de los oprobios y suplicios que me esperan: he buscado quien me consuele, y no le he hallado: los mismos que me acompañaban, me abandonaron y se apartaron de mí, dejándome en manos de mis enemigos. De este modo, dice el Señor, se ha cumplido el oráculo de mi profeta: Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas. Desde este triste momento, yo he sido el objeto de la irrision de mi pueblo: todo el dia he padecido sus ultrajes y menosprecios. Mis enemigos han comenzado formando contra mí designios malos en secreto, y luego en público me han calumniado y pedido que muera, y que mi memoria perezca. Hombres llenos de malicia se han juntado en consejo contra mí: falsos testigos me han acusado: animales furiosos y leones rugientes me han rodeado para devorarme; y yo he entregado mi cuerpo á los golpes, mi rostro á las bofetadas, y mi barba á los que me la arrancaban cruelmente. Nosotros le hemos visto reducido á este triste estado, dice un Profeta: por el exceso de su padecer era un objeto de dolor, y como el último de los hombres, y apenas le conocíamos. Entonces, dice el Salvador, yo he guardado el silencio mas profundo: he marchado al suplicio con la mansedumbre que un cordero es llevado al sacrificio ó despojado de su lana: allí los verdugos crueles me han taladrado mis manos y mis piés: me han dado á beber hiel y vinagre, han repartido divididos en parte mis vestidos, y han echado suertes sobre mi túnica: todos los que me miraban en este doloroso estado se burlaban de mí, me insultaban moviendo su cabeza: ellos decian: Este esperaba en Dios; pero él ha caido en nuestras manos, y si Dios le ama, veamos cómo le libra y le salva: este se alaba de que Dios es su padre: ahora experimentarémos si son verdaderas sus palabras: llenémosle de ultrajes y de tormentos para

conocer su dulzura y su paciencia: condenémosle á una muerte infame sin temor de hacer perecer á un justo: si él dijo la verdad, si es ciertamente Hijo de Dios, tome el Señor su defensa, sáquele de nuestras manos y sálvele la vida. De esta manera me ultrajaban los testigos de mi suplicio, pero yo no respondia á sus menosprecios injuriosos, sino orando por su conversion.

18. Ved aquí la época de estos asombrosos acontecimientos. Despues del edicto famoso dado para restablecer á Jerusalen, se pasarán siete semanas y sesenta y dos semanas, cuyos dias serán años: como á la mitad de la semana setenta se acabarán los sacrificios, y el Cristo será entregado á la muerte, pero su sepulcro será glorioso. Vos, Dios mio, no permitiréis que vuestro Santo experimente la corrupcion: él dormirá y Vos le dispertaréis. Despues de haber bebido en el torrente del dolor, levantará la cabeza sobre los cielos. Príncipes de la gloria, abrid las puertas de esa mansion celestial: abríos, puertas eternales, y entrará en triunfo el Rey de la gloria. El Señor ha dicho á mi Señor: Venid á sentaros á mi diestra, y yo pondré á todos vuestros enemigos por peana de vuestros piés.

19. Así es, ó Padre mio, como me librais de las contradicciones de mi pueblo. Como hijos desnaturalizados me han renunciado: yo los disiparé como el viento disipa el polvo: yo los dispersaré por provincias que ellos no conocian, y los haré el oprobio de las naciones. Yo diré á mi pueblo: ya no eres pueblo mio; y al pueblo que no era mio le diré: tú eres ya mi pueblo. Este pueblo extranjero me servirá, y reconocerá mi ley. Los presbíteros y levitas que salian de la familia de Aaron, los sacaré de la gentilidad. En todo el universo mundo se ofrecerá á mi nombre una oblacion pura. Á pesar de los vanos esfuerzos de las gentes, todas las potestades y naciones que no se habian levantado contra el Señor y su Cristo, vendrán á adorarle. Su dominacion se extenderá de mar á mar, y llegarán tiempos en que se honrará á Cristo con honores divinos hasta las extremidades de la tierra.

20. Ved ahí, cristianos mios, junta una parte de los oráculos que hablan del Mesías. Consideradlos bien, y decidme luego de buena fe, si son una historia de lo pasado ó predicciones de lo futuro. ¿No acabais de oir la familia de donde habia de nacer el Mesías? el lugar de su nacimiento? el tiempo de su venida? la Madre que habia de tener? la vida que habia de llevar? los milagros que habia de hacer? la pasion y muerte que habia de sufrir? ¿Qué falta para convenceros? ¿No habeis escuchado su resurreccion gloriosa?

su entrada triunfante en el cielo? la conversion del gentilismo? la reprobacion y dispersion de la Sinagoga? la fundacion del Cristianismo? Reunan todas sus fuerzas los incrédulos, y luchen desesperados contra este batallon invencible de profecías claras, ciertas, luminosas, literales, irrresistibles: pero trabajarán en vano. Sus ojos, viendo su claridad, los desmentirán: sus oidos, escuchando su certidumbre, los confundirán: sus manos y todos sus sentidos, tocando unos hechos tan públicos, universales y demostrados, triunfarán gloriosamente de su incredulidad. Paréceme que los oigo decir, que si los cristianos fuéramos tan felices en la demostracion de la certidumbre de los milagros, como en la verdad de las profecías, podríamos cantar el triunfo; pero el mundo se halla tan iluso en esta parte; son tantos los disparates y despropósitos que se creen como milagros y se publican como prodigios, que todo buen juicio debe despreciarlos como ilusiones, delirios y supersticiones. Ya entramos en nueva materia, y es menester tratarla con solidez en esta

Segunda parte.

21. Desde luego convenimos en que la vana credulidad, la supersticion, la ignorancia de las fuerzas de la naturaleza, y el ningun estudio de la santa Religion ha ocasionado los extravíos de la razon, y que no pocas personas gradúen de milagros las ilusiones, y tal vez los artificiosos efectos de la astucia y avaricia de los hombres. Hágannos en este particular justicia los señores incrédulos, y persuádanse en obsequio de la verdad á que los prelados de la Iglesia católica, apostólica, romana, no aprobamos los errores; no patrocinamos los falsos milagros, ni permitimos su publicacion; y cuando llegamos á calificar un hecho por verdaderamente milagroso, es despues de repetidos exámenes y multiplicadas demostraciones de los principios de su autenticidad. ¿Qué digo? Nosotros somos los primeros que prohibimos que se crean y refieran los falsos milagros, nosotros predicamos contra ellos, y nosotros decimos pública y privadamente á los cristianos que nuestra santa Religion no necesita de embustes para sostenerse; y los desengañamos con franqueza y caridad, cuando vemos que su piedad poco ilustrada y mal entendida los ha conducido á excesos de credulidad. Yo soy el menor y el mas débil de los ministros de Jesucristo, y podria presentarles á los incrédulos tantas demostraciones de esta verdad, que acaso ellos, con toda la fuerza que suponen en su espíritu, no se hubieran atre-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vido á chocar con pueblos enteros para sacarlos de unas ilusiones que contaban en su apoyo siglos enteros de prescripcion, como yo lo he practicado mas de dos veces. Quedemos, pues, conformes en despreciar los errores, los falsos milagros, y en una palabra, toda mentira; pero quedemos tambien en ser discípulos de la verdad y en prestarla toda la veneracion que se merece tan hermosísima virtud. Y si yo se la mostrare en los milagros, ¿la creerán? *Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?* Si yo les mostrare que Dios, para manifestar sus pensamientos y enseñar su voluntad santa y adorable á los hombres, no necesita como ellos de palabras articuladas, sino que con un idioma divino, propio de Dios y únicamente de Dios, se explica como omnipotente, trastornando las leyes que él mismo puso á la naturaleza, abriendo las prisiones eternas de la muerte, desenvolviendo los misterios ocultos en los impenetrables abismos de lo por venir, haciendo ir huyendo delante de sí las enfermedades, los elementos y los demonios, ¿me creerán? Si yo les dijese que por milagro entiendo una interrupcion de las leyes de la naturaleza, hecha para atestiguar ó manifestar la virtud: que solo Dios puede obrar estas maravillas, y que siendo Dios la sabiduría infinita, la bondad por esencia y la santidad suma, es del todo imposible que las obre en favor del engaño y la mentira, ¿me creerán? Por último, si yo les dijere que los milagros son la voz de la Divinidad que ha hablado en favor del Antiguo y Nuevo Testamento, ¿procederémos conformes en admitir estas ideas exactas, y me creerán? Sin duda que en este caso la certidumbre y la evidencia depondrian á favor de mi santa Religion, y que los incrédulos mas obstinados cederian á la verdad si les quedaba algun principio de rectitud en el espíritu y en el corazon. Pues manos á la obra, y dejemos correr á la manera de un rio caudaloso los hechos milagrosos que sucesivamente desde los tiempos mas remotos se nos presentan.

22. Abrid los ojos, amados cristianos mios, y aplicad vuestros oidos para oir y ver aquellas terribles plagas del cielo con que el gran Moisés afligió á Egipto por mandamiento de Dios, para que el obstinado Faraon diera libertad al pueblo israelítico: mirad el mar Rojo dividido, y como suspendidas sus aguas á la manera de una doble muralla, descubriéndose la tierra por la primera y última vez al sol del cielo, y dando paso franco á seiscientos mil hombres de tropa, acompañados de sus mujeres, sus niños y los ancianos: mirad á Faraon y su ejército como los va persiguiendo, y entrando en

aquellos profundos abismos con sus carros, caballos y tiendas, el mar obedeciendo á la órden del Omnipotente, cae sobre todos, los envuelve entre diluvios de espumosas olas, y no deja ni á uno solo la vida: mirad el monte Sínai cubierto de la majestad del Eterno, para intimar con jamás vista solemnidad la divina ley á su pueblo: miradle alimentado por el espacio de cuarenta años con un maná llovido del cielo, sin que antes ni despues hubiese visto el mundo alimento tan prodigioso: mirad saciada la sed de millones de personas y animales con una agua milagrosa que brota una peña herida con una vara; siendo no menor prodigio que la misma piedra les seguia en sus marchas, para que en todas experimentasen el beneficio de sus cristalinas corrientes: mirad con espanto como la tierra tiembla, como se abre, y como traga en sus profundos senos á vista de todo el pueblo á Coré, á Datan y otros muchos rebeldes murmuradores: mirad al sol como suspende su veloz carrera por dar tiempo á la nacion santa para completar la derrota de los idumeos: mirad destrozados los muros fuertes de Jericó, y esparcidas sus piedras por el suelo al sonido de las trompetas del ejército de Josué: mirad á un Ángel del Señor exterminando en una sola noche tropas innumerables: ved como baja fuego del cielo á la presencia de un reino idólatra, para consumir milagrosamente la víctima que ofrecia á Dios eterno un fiel ministro suyo, reprobando auténticamente las que le ofrecian los impíos sacerdotes de Baal: mirad un puñado de hombres invencibles, siempre rodeados de ejércitos enemigos, siempre protegidos de la virtud del Altísimo, siempre seguros de la victoria, siempre religiosos para con Dios, y siempre ilustres en toda la dilatada carrera de los siglos: mirad repentinamente detenidas las corrientes del Jordan por Josué: subiendo Elías por los aires en un carro de fuego: sumergidos tres niños en un horno inmenso de fuego en Babilonia sin quemarse: conducido Habacuc por un Ángel para dar alimento á Daniel, arrojado en el lago de los leones, sin experimentar de ellos la menor lesion: resucitando un muerto al contacto de los huesos de Eliseo: nadando un fierro sobre las aguas contra su natural gravedad ó pesantez... Pero ¡Dios inmortal! ¿Á qué fin hacernos interminables numerando las obras de vuestra omnipotencia? ¿Hay alguno de estos milagros que no sea cierto, averiguado, público é indubitable? ¿Cabe en alguno ilusion, incertidumbre, duda ó falsedad? ¿No están todos escritos en el Antiguo Testamento? ¿Hay persona, si no está demente, delirante ó furiosa, que pueda negar su autenticidad? *Pete tibi signum à Domino Deo*

tuo in profundum inferni, sive in excelsum supra. Pidan enhorabuena milagros ciertos los incrédulos; en el cielo, en la tierra, en el mar y en los abismos, nosotros tendrémos el consuelo de presentárselos tan bien documentados, que solo resistiéndose á las evidencias podrán negarlos. Ellos los han oido en el Antiguo Testamento; justo es tambien que los escuchen en el Nuevo.

23. Mas ¿qué cosa hay en el Evangelio que no sea una maravilla, un prodigio y un milagro? Milagro es la concepcion de Jesús en el purísimo vientre de la Vírgen María. Milagro su nacimiento, dejando á la Madre en su limpísima virginidad: milagro la formacion de una nueva estrella para conducir á los Magos del Oriente al pesebre del recien nacido Rey de los judíos: milagro la caida de los ídolos de Egipto, á donde huye por la persecucion de Herodes: milagro sus obras cuando se presenta en público para enseñar á los hombres el reino de los cielos: los ciegos ven, los sordos oyen, los enfermos sanan, los baldados corren, y los muertos resucitan: los elementos le obedecen, los demonios huyen de su presencia, y los Ángeles le sirven: los panes se multiplican en sus manos: los peces se aumentan á su voz: el agua se convierte en vino generoso, y el pan y el vino se transustancian en su mismo cuerpo y sangre: el sol se eclipsa contra el órden de su curso, los sepulcros se abren, las piedras se parten, el velo del templo se rasga por sí mismo, y toda la naturaleza da muestras de sentimiento en la pasion y muerte de su mismo Autor. Milagro es que un hombre sea Dios y muera en un madero afrentosamente: milagro que un hombre públicamente ajusticiado y muerto, resucite como Dios, que se presente vivo y palpable á sus discípulos por el dilatado espacio de cuarenta dias: que en ellos le vean, le oigan, le toquen sus gloriosas llagas, coman y beban con él, escuchen sus divinas palabras de vida eterna, y por último, despues de haberles ofrecido enviar su divino Espíritu, le vean subir en su propia virtud al cielo lleno de gloria y resplandor: milagro es la venida en forma visible de este soberano Espíritu sobre los Apóstoles, que los transforma prodigiosamente de imperfectos en justos, de tibios en fervorosos, de cobardes en valientes, de ignorantes en sábios, y de hombres oscuros, sin talento, sin riquezas, sin poder, sin nobleza y sin estudios, en oráculos del mundo, maestros de las naciones y santos del primer órden: milagro es la comunicacion de este mismo Espíritu de Dios á los discípulos de los Apóstoles con el don de lenguas, el de profecía y el de milagros, que tan visiblemente los adornaba y seguia á todas

partes: milagro la ruina de los ídolos sostenidos por la autoridad de los emperadores, por la fuerza de los ejércitos y la supersticion de sus falsos ministros: milagro el silencio de sus oráculos, la ruina de sus famosos templos y la abolicion de sus ritos y sacrificios, torpes, crueles y escandalosos: milagro el triunfo del Evangelio, y su rápida y estupenda propagacion en todo el uviverso por aquellos medios que parecian menos proporcionados y por los caminos mas propios á exterminarle en su misma cuna. ¿Negarán los incrédulos uno solo de estos hechos, grandes, públicos y demostrados, sin hacerse la risa de los hombres? ¿Negarán que Jesucristo y sus Apóstoles hicieron milagros? Que los Mártires y Santos de los primeros siglos del Cristianismo hicieron milagros? Que los Gregorios Taumaturgos, los Benitos, los Bernardos de Claraval, los Domingos, los Franciscos de Asis y de Paula, hicieron milagros? ¿Acaso carecieron de este don de Dios los Antonios de Padua, los Ferreres, los Jacintos de Polonia y los Estanislaos de Cracovia? ¿Dirán que todo era una ilusion, que no existen en estos últimos tiempos tales prodigios, que se corrompió la Iglesia, ó desapareció de ella el don de los milagros? Pero ¿podrán proferir un despropósito tan absurdo á vista de los Javieres, los Cantalicios, los Brindis, los Ofidas y otros innumerables, cuyos prodigios están menudamente examinados, probados evidentemente y publicados con la mayor autenticidad por nuestra santa é infalible madre la Iglesia?

24. No nos vengan los señores incrédulos á representarnos los milagros de los Pitágoras, los Vespasianos, los Apolonios de Tianea y otros impostores. No estamos ya en los tiempos de nuestros abuelos, en que pasaban sin registro los contrabandos religiosos. Ahora les pedimos autores coetáneos que nos cuenten esos milagros, testigos oculares que los hayan visto, pruebas demostrativas de que se hayan obrado: nosotros se las damos de nuestros milagros: nosotros les presentamos millones de hombres sábios, nobles, ricos, que dan gloriosamente la vida por su confesion: nosotros les ponemos delante de los ojos historias verídicas, monumentos auténticos de su existencia, de siglo en siglo, de edad en edad, desde Moisés á Jesucristo y desde Jesucristo hasta nuestros dias. Los Arrios, los Pelagios, Los Nestorios, los Luteros, los Calvinos y los otros heresiarcas, ¿vieron jamás perpetuarse entre ellos el don de los milagros? Este idioma divino ¿atestiguó alguna vez la aprobacion de sus opiniones? Si han tenido el atrevimiento de pretenderlo, ¿no ha confundido el cielo con un milagro permanente de su providen-

cia la temeridad de sus imposturas? No hay efugio: el entendimiento mas rebelde cede: el corazon mas obstinado se rinde á la vista de la multitud, de la naturaleza, de la autenticidad y de la perpetuidad de los milagros de la religion cristiana. Yo veo el cumplimiento de las profecías, yo toco la verdad de los milagros, yo asisto á las solemnidades religiosas que celebran los cristianos, de la Anunciacion, de la Natividad de Jesucristo, de la Epifanía, de la Semana Santa, de la Resurreccion, de la Ascension, de la venida del Espíritu Santo, del santísimo Sacramento, y otras muchas. Todas las celebra el Cristianismo: todos estos usos religiosos, todas estas solemnidades tienen por objeto hechos milagrosos: si ellos no son ciertos, Dios es quien nos engaña: de Dios nos viene el error: *Domine, si error est, à te decepti sumus.* Pero Dios es la verdad por esencia, es la bondad suma, es la sabiduría infinita: es incapaz de engañarse, porque es sábio; y de engañarnos, porque es bueno. Yo me rindo á las verdades de la fe... Y yo tambien me rindiera, responde el incrédulo, si una sola dificultad se me disolviera. Y ¿qué cosa tan única es esa que retarda vuestra resolucion? Yo, responde, veo con mi entendimiento esas verdades luminosas con mas claridad que los objetos que miran mis ojos: pero ¿cómo es, que al mismo tiempo mi corazon se inclina al mal y mi imaginacion desgobernada me presenta ideas indecentes, desconcertadas, inconexas, absurdas, extravagantes? ¿De dónde dimana una contradiccion tan ridícula de mí mismo contra mí? Procuro huir del mal, y él se me presenta: voy á hacer el bien, y se me huye. ¡Qué criatura tan incomprensible soy yo! Si los cristianos me suministran un hilo de oro para salir de este laberinto: si me prestan una luz que saque mi alma de este abismo de tinieblas, nada mas tengo que desear: me rindo al momento: detesto públicamente todos mis extravíos: me agrego á su partido, y sigo constantemente la religion de Jesucristo. Nosotros los cristianos aceptamos la propuesta, y ofrecemos nueva luz. Esta luz la arrojan los mismos misterios de Jesucristo, cuya série vamos á emprender. Todos y cada uno de por sí son otros tantos focos de una luz pura, benéfica, celestial; de una luz que ilumina el entendimiento disipando sus tinieblas, una luz que inflama el corazon purificando la voluntad. ¡Haga el cielo que esta su luz produzca en el corazon y alma de todos los incrédulos tan felices resultados! Amen.

ESQUELÉTO DEL SERMON I

SOBRE LA NATIVIDAD

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Verbum caro factum est, et habitavit in nobis. (Joan. 1).

El Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros.

1. El Verbo divino, el Unigénito del Padre se hizo hombre... Regocijaos, santos Ángeles... Consolaos, pecadores... Congratulaos, ó justos... Temblad, demonios... Y nosotros ¿qué harémos, oyentes mios?... Consideremos las adorables verdades que encierra este misterio... Objeto, fin, medio de la encarnacion divina. Objeto... materia del presente discurso.

2. La razon humana por sí sola no columbró ni hubiera podido columbrar jamás la union de las dos naturalezas divina y humana; solo la fe podia descubrirnos tan admirable union. Pero así y todo la humana generacion del Verbo es tan inexplicable como la divina: *Generationem ejus quis enarrabit?*

3. *Ambæ nativitates mirabiles.* (S. Aug.). La divina es un abismo de gloria; la humana lo es de humildad.

4. Por recóndito que sea este misterio no es lícito ignorarlo ni negarlo. Basílides, Nestorio, Eutiques...

5. Símil de san Gregorio Niceno para explicar esta doctrina: La lámpara y el sol...

6. La naturaleza humana en Jesucristo carece de persona, pero nada pierde por eso porque subsiste en ella la divina.

7. La unidad de persona en las dos naturalezas del Hombre-Dios es la llave para entender los caractéres aparentemente contradictorios que él mismo se atribuye. Unas veces se dice igual al Padre, otras inferior...

8. Con esta llave entremos en la cueva de Belen. ¿Quién es ese parvulito?... Los sentidos no lo distinguen de los demás...

9. Pero la fe nos hace descubrir bajo la cubierta visible de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cia la temeridad de sus imposturas? No hay efugio: el entendimiento mas rebelde cede: el corazon mas obstinado se rinde á la vista de la multitud, de la naturaleza, de la autenticidad y de la perpetuidad de los milagros de la religion cristiana. Yo veo el cumplimiento de las profecías, yo toco la verdad de los milagros, yo asisto á las solemnidades religiosas que celebran los cristianos, de la Anunciacion, de la Natividad de Jesucristo, de la Epifanía, de la Semana Santa, de la Resurreccion, de la Ascension, de la venida del Espíritu Santo, del santísimo Sacramento, y otras muchas. Todas las celebra el Cristianismo: todos estos usos religiosos, todas estas solemnidades tienen por objeto hechos milagrosos: si ellos no son ciertos, Dios es quien nos engaña: de Dios nos viene el error: *Domine, si error est, à te decepti sumus.* Pero Dios es la verdad por esencia, es la bondad suma, es la sabiduría infinita: es incapaz de engañarse, porque es sábio; y de engañarnos, porque es bueno. Yo me rindo á las verdades de la fe... Y yo tambien me rindiera, responde el incrédulo, si una sola dificultad se me disolviera. Y ¿qué cosa tan única es esa que retarda vuestra resolucion? Yo, responde, veo con mi entendimiento esas verdades luminosas con mas claridad que los objetos que miran mis ojos: pero ¿cómo es, que al mismo tiempo mi corazon se inclina al mal y mi imaginacion desgobernada me presenta ideas indecentes, desconcertadas, inconexas, absurdas, extravagantes? ¿De dónde dimana una contradiccion tan ridícula de mí mismo contra mí? Procuro huir del mal, y él se me presenta: voy á hacer el bien, y se me huye. ¡Qué criatura tan incomprensible soy yo! Si los cristianos me suministran un hilo de oro para salir de este laberinto: si me prestan una luz que saque mi alma de este abismo de tinieblas, nada mas tengo que desear: me rindo al momento: detesto públicamente todos mis extravíos: me agrego á su partido, y sigo constantemente la religion de Jesucristo. Nosotros los cristianos aceptamos la propuesta, y ofrecemos nueva luz. Esta luz la arrojan los mismos misterios de Jesucristo, cuya série vamos á emprender. Todos y cada uno de por sí son otros tantos focos de una luz pura, benéfica, celestial; de una luz que ilumina el entendimiento disipando sus tinieblas, una luz que inflama el corazon purificando la voluntad. ¡Haga el cielo que esta su luz produzca en el corazon y alma de todos los incrédulos tan felices resultados! Amen.

ESQUELÉTO DEL SERMON I

SOBRE LA NATIVIDAD

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Verbum caro factum est, et habitavit in nobis. (Joan. 1).

El Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros.

1. El Verbo divino, el Unigénito del Padre se hizo hombre... Regocijaos, santos Ángeles... Consolaos, pecadores... Congratulaos, ó justos... Temblad, demonios... Y nosotros ¿qué harémos, oyentes mios?... Consideremos las adorables verdades que encierra este misterio... Objeto, fin, medio de la encarnacion divina. Objeto... materia del presente discurso.

2. La razon humana por sí sola no columbró ni hubiera podido columbrar jamás la union de las dos naturalezas divina y humana; solo la fe podia descubrirnos tan admirable union. Pero así y todo la humana generacion del Verbo es tan inexplicable como la divina: *Generationem ejus quis enarrabit?*

3. *Ambæ nativitates mirabiles.* (S. Aug.). La divina es un abismo de gloria; la humana lo es de humildad.

4. Por recóndito que sea este misterio no es lícito ignorarlo ni negarlo. Basílides, Nestorio, Eutiques...

5. Símil de san Gregorio Niceno para explicar esta doctrina: La lámpara y el sol...

6. La naturaleza humana en Jesucristo carece de persona, pero nada pierde por eso porque subsiste en ella la divina.

7. La unidad de persona en las dos naturalezas del Hombre-Dios es la llave para entender los caractéres aparentemente contradictorios que él mismo se atribuye. Unas veces se dice igual al Padre, otras inferior...

8. Con esta llave entremos en la cueva de Belen. ¿Quién es ese parvulito?... Los sentidos no lo distinguen de los demás...

9. Pero la fe nos hace descubrir bajo la cubierta visible de la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

carne al Verbo que en el principio era con Dios. Su union con la carne es hipostática, es la mas constante, indisoluble é inmediata...

10. ¿Qué aprecio hacen los hombres de este misterio, y qué esfuerzos para instruirse de él?... ¡Oh siglo nuestro, infeliz y tenebroso! Si á lo menos los que lo creen y profesan no se contentaran de tener una fe superficial... Ea, pues, cristianos...

SERMON I

SOBRE LA NATIVIDAD

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Verbum caro factum est, et habitavit in nobis. (Joan. 1).

El Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros.

1. El Verbo divino, Hijo unigénito del eterno Padre, vivo rayo de su luz, imágen sustancial de su bondad, y espejo purísimo de su eterna gloria; el Verbo divino, representado por las figuras, prometido por los Profetas, esperado por los Padres y deseado de todas las gentes; el Verbo divino, para exaltar nuestra naturaleza, para expiar nuestro pecado y sojuzgar á nuestros espirituales enemigos (¡oh poder de la gracia! ¡oh prodigio de la misericordia divina!); el Verbo divino, digo, concebido hace nueve meses por obra del Espíritu Santo en las virginales entrañas de María, va á nacer dentro breves dias en carne visible y en forma humana y mortal: *Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.* Lanzóse del monte, segun la expresion de la Escritura, lanzóse del monte sin intervenir mano de hombre, aquel peñasco que ha de ocupar el universo; llovieron los cielos, y de las nubes descendió el Justo; abrióse la tierra y apareció el Salvador: la vara de Jessé brotó el oloroso retoño, sobre el que reposa abundantemente el espíritu del Señor: *Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.* ¡Oh nuevo rasgo de infinita bondad! ¡oh motivo poderosísimo de universal alegría! Regocijaos, santos Ángeles, á quienes se prepara un nuevo objeto de beatitud; consolaos, pecadores, para quienes se acerca la hora de la redencion; congratulaos, ó justos que morais en las sombras de la muerte, y á quienes se aproxima el momento de la suspirada libertad; y vosotros solos temblad y desesperaos, ó demonios, para quienes se prepara la derrota, la ignominia y la confusion. Y nosotros ¿qué harémos, oyentes mios? Por mi parte puedo deciros con san Bernardo que una insólita y confusa mezcla de reverencia, de amor y júbilo, y hasta de temor, agita de mil diversas maneras mi espíritu,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y entre los varios objetos que la fe me presenta en este misterio, no sé á cuál aficionarme mas particularmente, ni cuál seguir de los muchos afectos que la Religion excita en mi corazon. Ora me vuelvo á Jesús, y adoro su humildad; ora contemplo á María, y admiro su exaltacion: elévome por fin hasta Dios, y el exceso de su bondad me confunde; desciendo luego hasta el hombre, y me consuela el exceso de su felicidad. Pero, en la necesidad de resolverme, me dedicaré con san Pablo, mas bien que á excitar tiernos afectos en los corazones devotos, á demostrar la grandeza, sublimidad y excelencia de este importante asunto, es decir, á manifestar en cuanto yo alcance las adorables verdades que encierra, para que de este modo logremos todos consolidar nuestra fe y acrecentar nuestra piedad. Con tal objeto, desearia, á tener tiempo, abrazar los tres puntos principales que forman y comprenden toda la extension de este misterio. Estos tres puntos son: el objeto, el fin, y el medio de la encarnacion divina. El objeto, es decir, la generacion del Hombre-Dios; el fin, esto es, la salvacion del hombre pecador; el medio, á saber, la fecundidad de la Vírgen Madre. La generacion del Hombre-Dios ¡qué arcano tan profundo! la salvacion del hombre pecador ¡qué beneficio tan inestimable! la fecundidad de la Vírgen Madre ¡qué privilegio tan singular! Aspirar á la comprension de este misterio, de este beneficio y de este privilegio en la sola luz de la razon, es una locura; pero procurar instruirse de él con la luz de la fe, es un acto de piedad y religion. Con el auxilio de esta luz, paréceme ya que me levanto y vuelo sobre mí mismo para contemplar la inenarrable generacion del divino Verbo en la plenitud de los tiempos: seguidme vosotros con vuestra benévola é incansable aplicacion: *Ave María.*

2. Entre los venerables dogmas del Cristianismo, el de la Encarnacion del Hijo de Dios es tan superior al entendimiento y comprension de los hombres, que la mas sábia filosofía por sí sola no ha llegado nunca á descubrir ningun vestigio ni á dar el mas leve indicio de él; y aunque, segun san Agustin y otros Padres, se observe en los escritos de los Platónicos alguna vislumbre ó especie de la eterna generacion del Verbo, sin embargo ninguno de aquellos filósofos indicó jamás que este algun dia debiera hacerse hombre y unir su divina naturaleza á la nuestra en una misma persona: *Quod ante omnia sæcula manet unigenitus Filius tuus, ibi est; quod autem secundum tempus pro nobis omnibus tradidisti eum, non est ibi.* (Lib. VII Conf. c. 9, n. 14). Á la fe estaba, pues, reservado el descubrimiento de la admirable union de las dos tan diversas naturalezas de Jesucristo; cuya union inefable tomaré hoy por tema de este mi discurso, aplicando con la autoridad de san Agustin, á la divina y á la humana generacion del Verbo, aquella exclamacion de Isaías: *Generationem ejus quis enarrabit?*

3. Ciertamente es un misterio superior á nuestra comprension, que el Hijo del Padre nazca realmente en Dios por un acto de pura inteligencia; que sea distinto del Padre en la persona, é idéntico al mismo en la naturaleza; que el Padre haya engendrado la persona del Verbo, y que este no sea inferior al Padre en ciencia, ni en autoridad, ni en gloria; que todas las perfecciones del Padre sean comunes al Hijo, y sin embargo el Hijo carezca de la fecundidad del Padre para producir en sí mismo otro Verbo, y á este tenor todas las demás verdades tocantes á la divina generacion, que debemos creer ciegamente. Pero ¿podrá comprenderse con mas facilidad, que este mismo Verbo, que desde toda la eternidad es Dios en el seno del Padre, se haga hombre en el seno de una mujer, y que habiendo sido engendrado antes del alba, esto es, antes del tiempo, en la gloria, en el esplendor de los Santos, vuelva á nacer en el tiempo á semejanza de los pecadores? *Generationem ejus quis enarrabit?* Verdaderamente este segundo nacimiento es cuando menos tan admirable como el primero: *ambæ nativitates mirabiles* (serm. CXCVI de Temp. et in Nat.): y por esto la exclamacion de Isaías se refiere tanto á la generacion eterna del Verbo como á la temporal: *ad ambas generationes referri potest* (idem, serm. XIII, alit. LIX, de div. n. 1): á la eterna, que se eleva por encima de la humana inteligencia, y á la temporal, que desciende hasta mas allá de lo que la comprension humana puede alcanzar. Aquella es un abismo de gloria; esta es un abismo de humildad: la primera se hace inaccesible á causa de los resplandores de la Divinidad; la segunda se hace impenetrable á causa de la oscuridad de la carne. Allí, la demasiada luz deslumbra la razon; aquí, las grandes tinieblas la ofuscan. El Verbo increado en el seno del Padre ha tomado el sol por tabernáculo, y los ojos del hombre son demasiado débiles para soportar su eterna luz: el Verbo encarnado en el seno de la Madre ha escogido por retiro las tinieblas, y la vista humana no es bastante perspicaz para penetrar en su oscura temporal mansion: de manera que nosotros somos en esta parte semejantes á los israelitas, que no podian ver la majestad del Señor, ni cuando aparecia entre relámpagos en el Sínai, ni cuando se ocultaba entre

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

oscuras sombras en el Templo. *Generationem ejus quis enarrabit?*

4. Mas por recóndito que sea este misterio, á ningun cristiano es lícito ignorar que la Sabiduría del eterno Padre, la segunda Persona de la santísima Trinidad, el único y verdadero Hijo de Dios tomó carne semejante á la nuestra y reunió ambas naturalezas, divina y humana, haciéndolas subsistir en la sola persona de Jesucristo. ¿Podrá suponerse con Basílides que la carne del Verbo sea ideal y su cuerpo aparente como el que tomaba él ó un Ángel en su lugar cuando aparecia sensiblemente á los Patriarcas y Profetas? No; porque el Verbo tomó una naturaleza humana verdadera y singular de la estirpe de Adan, y dotada de las mismas potencias y afecciones que la nuestra, excepto el pecado. ¿Será de creer que con la naturaleza haya tomado la persona del hombre, como lo afirmaba Nestorio, y se la haya apropiado, colmándola de sus dones con preferencia á los demás justos, y que su union con Jesucristo sea de amor, de voluntad y de consentimiento, como lo es la de la amistad entre los hombres? No; porque el Verbo tomó, no la persona sino la naturaleza del hombre, y su union es un conjuuto real, intrínseco y sustancial de dos naturalezas en una sola é indivisible subsistencia divina; del mismo modo que la union recíproca del alma y del cuerpo forma en nosotros una sola é indivisible subsistencia humana. ¿Podrá creerse últimamente, con Eutiques, que una de estas naturalezas se haya mudado y confundido totalmente en la otra, de suerte que de las dos haya resultado otra tercera, ni divina ni humana, sino compuesta y participante de entrambas? No; pues permanecieron y permanecen distintas entre sí, sin cambiarse ni confundirse en lo mas mínimo, conservando cada una sus atributos ó propiedades, y ejerciendo una las operaciones divinas y otra las humanas. San Agustin, en contraposicion á los expresados errores, define la doctrina de la Iglesia en los siguientes términos: *Christus Deus et Homo, idem Deus qui Homo, et qui Deus idem Homo, non confusione naturæ, sed unitate substantiæ.* (Serm. CLXXXV de Nat. Domini, 2-62, de div. n. 1).

5. Si, confesada sincera y humildemente esta doctrina, deseais verla explicada por medio de un ejemplo material, oid el siguiente ideado por san Gregorio Niceno é ilustrado despues por el docto Hugo de San Víctor. Figuraos que hay por la noche en este templo una lámpara que arde con su propio fuego, brilla con su propia luz y difunde su propia claridad, con la cual ilumina el templo, disipa sus tinieblas, descubre sus formas, su capacidad, sus ornamentos, y alumbra y dirige los pasos del que camina por su recinto. Sale entre tanto el sol, el cual particularmente á la hora de mediodía hiere con sus rayos aquella pequeña llama, y con la abundancia y fuerza de su resplandor la domina y absorbe de manera, que no hace ya por sí sola nada de lo que hacia, sino que lo hace todo en el sol, ó por mejor decir el sol lo hace todo en ella y por ella: el sol alumbra el templo y desvanece su oscuridad; el sol pone de manifiesto sus altares, su arquitectura y sus proporciones; el sol, en fin, sirve de antorcha y guia á cuantos se abrigan bajo las bóvedas del edificio. Sin embargo, ni se debilita la llama, ni se extinguen los rayos, ni se altera la forma, ni cambia la actividad ni el resplandor de la lámpara, la cual continúa siendo exactamente la misma que antes era, sin pérdida ni alteracion alguna: igual es su llama, igual su luz, igual su ardor y su movimiento; pero superada y vencida por el resplandor del sol, comprendida en él y por él absorbida, fuerza es que ceda á este astro la luminosa supremacía, y así los que antes eran efectos y atributos de la lámpara, pasan á ser efectos y atributos del sol, del cual realmente se derivan: *Lampas in nocte dicitur lumen Ecclesiæ; in die vero, solis majore splendore superveniente, jam lampas non dicitur lumen Ecclesiæ, sed potius lumen solis.* (Apolog. de Verb. incar. q. 7).

6. Por medio de esta union extrínseca y accidental de una pequeña luz con otra incomparablemente mayor, podemos formarnos alguna idea de la intrínseca y sustancial union del hombre con Dios en la persona de Jesucristo. Pequeña y débil luz es el hombre, el cual mientras subsiste en sí mismo, obra por sí solo, y como la lámpara durante la noche, sin ajena cooperacion ni influencia, ejerce sus naturales funciones, piensa, habla, delibera, quiere, se mueve; constituye, en fin, por sí solo una verdadera persona humana de la que se deriva, y á la que se atribuyen todos sus pensamientos y acciones. Tal hubiera sido la naturaleza humana de Jesucristo, si el Hijo de Dios no la hubiese asumido, y tal seria desde el momento que dejara de estar unido con ella. *Homo persona quidem esset, si non esset assumptus.* (Ibid.). Sin embargo, por efecto de esta union la humanidad de Jesucristo nada ha perdido, ni ha cambiado en lo mas mínimo la humanidad, pues continúa siendo absolutamente la misma que en otro cualquiera indivíduo: sus potencias son las mismas, los mismos sus atributos, los mismos el cuerpo y el espíritu con que siente, discurre, padece y obra. Mas habiéndola superado el Verbo con la plenitud de su divinidad; habiéndo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la absorbido enteramente é identificádola consigo mismo muchísimo mas que el sol con respecto á la supuesta lámpara; la menor luz ha cedido á la mayor, la naturaleza humana ha pasado al dominio y propiedad del Verbo que lo hace todo en ella y es el principio sustantivo que regula sus movimientos, determina sus acciones, tolera sus trabajos, sus padecimientos y su muerte; pero como el Verbo la hizo suya desde el instante mismo en que fue formada, de aquí es que esta naturaleza ha carecido siempre de propia personalidad humana, y siempre ha subsistido en la divina: *Ex quo totus splendor Divinitatis se infudit lucernæ humanitatis, minus lumen cedit majori, et homo assumptus est una persona ex eadem personantia, quam habuit Verbum ab æterno.* (Ibid.).

7. Empero ¿de qué sirven los ejemplos naturales y sensibles sacados de las criaturas cuando se trata de explicar la Encarnacion del Verbo, cosa enteramente sobrenatural, extraordinaria, milagrosa y divina? Divino era su proyecto *ab æterno*, divina su ejecucion en el tiempo, divino el conjunto de sus circunstancias, divina la economía toda de un misterio que comprende en una sola persona dos términos tan diversos y distantes, cuanto entre sí lo son el cielo y la tierra, lo finito y lo infinito, la criatura y el Criador, el hombre miserable y el perfectísimo Dios. Esta unidad de persona es la llave para entender los diversos caractéres que Jesucristo se atribuyó en el Evangelio, diciendo en un lugar, que era una misma cosa con el eterno Padre; en otro, que era inferior á él y que habia venido al mundo para cumplir sus mandatos; en otro lugar, que tenia todo poder en el cielo y en la tierra; ora que no estaba en su mano la distribucion de los puestos en su reino celestial; ora que Dios nunca lo abandonaba, y escuchaba siempre sus ruegos; ora que no habia escuchado su oracion en el huerto y que lo habia abandonado cuando estaba agonizando en el Calvario; y á este tenor otros semejantes pasajes que la impía filosofía de los incrédulos se atreve á calificar de absurdas y ridículas contradicciones; pero que la docilidad de los cristianos fieles y sensatos concilia perfectamente descubriendo por medio de ellos los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios que en Jesucristo se contienen, y sus investigables riquezas encerradas, como dice el Apóstol, en la profundidad de un misterio ocultado *ab æterno*, y revelado finalmente en nuestros tiempos.

8. Con esta llave, siguiendo los pasos de san Bernardo, debemos siempre entrar espiritualmente en el pesebre para descubrir las expresadas riquezas que se encierran en el nacimiento de Jesucristo, y excitar en nosotros su piadosa memoria: *videns parvulum, cogita magnum.* (Hom. IV sup. *Missus est*, n. 13). Esto supuesto, pregunto: ¿quién es aquel que veis en la choza de Belen? Á juzgar por la impresion de los sentidos, es un tierno niño, que no se distingue de los otros hijos de los hombres sino por la mayor pobreza y humildad de su nacimiento, y el cual luego que ha nacido, ha sido anunciado por los Ángeles á los pastores, envuelto en miserables pañales y tendido en un pesebre, en cuyo triste y lastimoso estado excita la compasion de cuantos le contemplan: *videns parvulum.*

9. Pero apartad la vista de esta humilde escena, y elevándoos sobre vosotros mismos, reconoced con los ojos de la fe en el recien nacido al antiguo y memorable Niño de quien predijo Isaías que llevaria su principado sobre sus hombros: ese es el admirable, el consejero, el príncipe de la paz, el padre del futuro siglo, el fuerte, el prudente, el Dios poderosísimo: *cogita magnum.* La necesidad extrema á que está reducido, la pobre paja sobre que yace, la choza ruinosa en que se alberga, la inclemencia y los rigores de la estacion á que está expuesto, no son obstáculo para que os remonteis con el espíritu hasta el alto y luminosísimo trono donde su divino Padre le hizo sentar á su diestra en el cielo hasta que venciese y supeditase á todos sus enemigos, y en el cual permanecerá eternamente. En una palabra, bajo la cubierta visible de la carne adorad la verdad y la presencia del Verbo que en el principio era con Dios, y Dios era el mismo Verbo; el cual habiendo tomado naturaleza humana en Jesucristo, mora en ella corporalmente con la plenitud de su divinidad, mediante la íntima é incomprensible union que la fe nos enseña y que los teólogos llaman hipostática; union la mas constante, indisoluble é inmediata (despues de la que existe entre las tres Personas y la naturaleza divina) que la mente de los hombres ó de los Ángeles pueda imaginar. La mas constante, porque mientras Dios será Dios, será tambien aquel hombre concebido en María, cuyo nacimiento esperamos, y lo será eternamente. La mas indisoluble, porque si bien al morir Jesucristo, su cuerpo se separará de su espíritu; esto no obstante, ni el uno ni el otro se separará jamás de la divinidad. La mas inmediata, porque en virtud de aquella que las escuelas llamaron comunicacion de idiomas, es decir, de los respectivos atributos, adáptanse al hombre las perfecciones de Dios, y á Dios las imperfecciones del hombre; de manera que en concepto del citado san Bernardo, debemos creer que cuantas maravillas y grandezas obra Dios en Jesucristo, las obra el

hombre, y debemos decir que cuantas penalidades y miserias padece el hombre, las padece Dios: *Quidquid in eo Deus fecit, limus fecisse credatur; quidquid limus pertulit, Deus in illo pertulisse dicatur.* (Serm. III in vig. Nativ. n. 8). ¡Oh novedad inaudita! ¡Oh venerabilísima union! ¡Oh estupendo misterio, sorprendente, magnífico y portentoso á los ojos de los mismos Ángeles!

10. Pero ¿qué aprecio hacen los hombres de este misterio, y qué esfuerzos para instruirse de él? ¿Dónde están los afectos de religion sincera y de fervorosa piedad de que deberíamos estar penetrados en presencia de tan santo y venerable objeto? ¿Dónde los actos de fe viva para someter, en obsequio de Jesucristo, nuestro entendimiento y nuestra voluntad á la creencia de una verdad tan sublime? ¿Dónde el honor, el culto y el respeto debidos al Hombre-Dios? ¿Dónde, si por desgracia en nuestros dias son tantos los que lo desconocen, tantos los que lo desprecian y tantos ¡ay de mí! los que hasta se atreven á renegar de él? Estos desdichados, imbuidos en sus necias preocupaciones, blasfeman de todo lo que no entienden, y la sublimidad del misterio, en vez de humillarles á creerlo, hace que lo nieguen orgullosamente, y que con libros y discursos procuren borrar su creencia. ¡Oh siglo nuestro, infeliz y tenebroso! ¿Cómo te atreves á usurpar el título de ilustrado, si cierras los ojos á la verdadera luz que ilumina á todo hombre al venir al mundo, y niegas con tus errores una verdad revelada en términos tan claros por el Espíritu Santo? *Et Verbum caro factum est.* ¿De qué te servirán tus exagerados progresos en las ciencias humanas, si ignoras las primeras fundamentales nociones de la Religion divina? Si á lo menos los que profesan esta Religion pusieran mas empeño en conocer á su Fundador, y no se contentaran de tener una fe superficial y abstracta, sin tomarse el trabajo de considerar atentamente su dignidad y grandeza!... ¡Oh ciegos é insensatos! ¿Á quién tributaréis vuestro culto y vuestros homenajes, si no los tributais á Jesucristo? ¿Cuál será, si no es Jesucristo, el objeto de vuestros pensamientos? Séalo, pues, principalmente en los presentes dias consagrados á la memoria de su nacimiento temporal, y así como en vista de los pañales, de los vagidos y otros irrefragables testimonios creeis en su humana naturaleza, creed tambien en su naturaleza divina y adoradla humildemente. Estas son las primeras disposiciones necesarias para celebrar debidamente el misterio del Dios-Hombre, y alcanzar que así como nació corporalmente en Belen, renazca ahora espiritualmente en nuestros corazones. Amen.

ESQUELETO DEL SERMON II

DE LA NATIVIDAD

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Evangelizo vobis gaudium magnum, quod erit omni populo: quia natus est vobis hodie Salvator, qui est Christus Dominus. (Luc. II, 10, 11).

Os evangelizo un gozo grande, que será para todo el pueblo: porque os ha nacido hoy un Salvador, que es el Cristo del Señor.

1. Gozo grande... Causas de nuestra alegría: Rescate... Plenitud de los tiempos en que se cumplieron las divinas promesas... Si Abrahan saltó de contento... ¿cuánto mas nosotros?... Carta... resguardo... flores... fuente celestial...

2. Gozo de la beatísima Vírgen... Sara... ¿Con cuánta mas razon pudo María?... Congratuladme, dice ella, todos los que amais al Señor... Parabien á la Vírgen... Invocacion.

3. Descripcion del orbe... Paz y tranquilidad universal. Los Ángeles la desean á los hombres... El Salvador se la trae y encomienda... Afuera rencores...

4. La paz era necesaria para la propagacion del Evangelio. Romanos... Nabucodonosor... Todos, sin saberlo, sirvieron, en su tiempo, á la divina Providencia... La Vírgen en Belen...

5. Otra causa providencial del empadronamiento decretado por César Augusto. Antes de la encarnacion del Señor estaba el hombre envilecido; despues de ella fue reputado digno de que se empadronara no solo en la tierra, sino tambien en el cielo. Cuanto mas grande es ahora su dignidad, tanto mayor será su castigo si se degrada.

6. La Vírgen, preñada del Hijo de Dios, no encuentra posada en Belen... ¿Quién de nosotros no la hubiera hospedado en su casa? Hospedemos ahora á su Hijo en nuestro corazon. Mas ¡ay! qué materia de llanto...

Primera parte: Humildad, pobreza y amor de Jesucristo en Belen.

7. Llegó la hora en que *se cumplieron los dias de que pariese* (María)... *y lo reclinó* (á su Hijo) *en el pesebre porque no habia lugar*

hombre, y debemos decir que cuantas penalidades y miserias padece el hombre, las padece Dios: *Quidquid in eo Deus fecit, limus fecisse credatur; quidquid limus pertulit, Deus in illo pertulisse dicatur.* (Serm. III in vig. Nativ. n. 8). ¡Oh novedad inaudita! ¡Oh venerabilísima union! ¡Oh estupendo misterio, sorprendente, magnífico y portentoso á los ojos de los mismos Ángeles!

10. Pero ¿qué aprecio hacen los hombres de este misterio, y qué esfuerzos para instruirse de él? ¿Dónde están los afectos de religion sincera y de fervorosa piedad de que deberíamos estar penetrados en presencia de tan santo y venerable objeto? ¿Dónde los actos de fe viva para someter, en obsequio de Jesucristo, nuestro entendimiento y nuestra voluntad á la creencia de una verdad tan sublime? ¿Dónde el honor, el culto y el respeto debidos al Hombre-Dios? ¿Dónde, si por desgracia en nuestros dias son tantos los que lo desconocen, tantos los que lo desprecian y tantos ¡ay de mí! los que hasta se atreven á renegar de él? Estos desdichados, imbuidos en sus necias preocupaciones, blasfeman de todo lo que no entienden, y la sublimidad del misterio, en vez de humillarles á creerlo, hace que lo nieguen orgullosamente, y que con libros y discursos procuren borrar su creencia. ¡Oh siglo nuestro, infeliz y tenebroso! ¿Cómo te atreves á usurpar el título de ilustrado, si cierras los ojos á la verdadera luz que ilumina á todo hombre al venir al mundo, y niegas con tus errores una verdad revelada en términos tan claros por el Espíritu Santo? *Et Verbum caro factum est.* ¿De qué te servirán tus exagerados progresos en las ciencias humanas, si ignoras las primeras fundamentales nociones de la Religion divina? Si á lo menos los que profesan esta Religion pusieran mas empeño en conocer á su Fundador, y no se contentaran de tener una fe superficial y abstracta, sin tomarse el trabajo de considerar atentamente su dignidad y grandeza!... ¡Oh ciegos é insensatos! ¿Á quién tributaréis vuestro culto y vuestros homenajes, si no los tributais á Jesucristo? ¿Cuál será, si no es Jesucristo, el objeto de vuestros pensamientos? Séalo, pues, principalmente en los presentes dias consagrados á la memoria de su nacimiento temporal, y así como en vista de los pañales, de los vagidos y otros irrefragables testimonios creeis en su humana naturaleza, creed tambien en su naturaleza divina y adoradla humildemente. Estas son las primeras disposiciones necesarias para celebrar debidamente el misterio del Dios-Hombre, y alcanzar que así como nació corporalmente en Belen, renazca ahora espiritualmente en nuestros corazones. Amen.

ESQUELETO DEL SERMON II

DE LA NATIVIDAD

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Evangelizo vobis gaudium magnum, quod erit omni populo: quia natus est vobis hodie Salvator, qui est Christus Dominus. (Luc. II, 10, 11).

Os evangelizo un gozo grande, que será para todo el pueblo: porque os ha nacido hoy un Salvador, que es el Cristo del Señor.

1. Gozo grande... Causas de nuestra alegría: Rescate... Plenitud de los tiempos en que se cumplieron las divinas promesas... Si Abrahan saltó de contento... ¿cuánto mas nosotros?... Carta... resguardo... flores... fuente celestial...

2. Gozo de la beatísima Vírgen... Sara... ¿Con cuánta mas razon pudo María?... Congratuladme, dice ella, todos los que amais al Señor... Parabien á la Vírgen... Invocacion.

3. Descripcion del orbe... Paz y tranquilidad universal. Los Ángeles la desean á los hombres... El Salvador se la trae y encomienda... Afuera rencores...

4. La paz era necesaria para la propagacion del Evangelio. Romanos... Nabucodonosor... Todos, sin saberlo, sirvieron, en su tiempo, á la divina Providencia... La Vírgen en Belen...

5. Otra causa providencial del empadronamiento decretado por César Augusto. Antes de la encarnacion del Señor estaba el hombre envilecido; despues de ella fue reputado digno de que se empadronara no solo en la tierra, sino tambien en el cielo. Cuanto mas grande es ahora su dignidad, tanto mayor será su castigo si se degrada.

6. La Vírgen, preñada del Hijo de Dios, no encuentra posada en Belen... ¿Quién de nosotros no la hubiera hospedado en su casa? Hospedemos ahora á su Hijo en nuestro corazon. Mas ¡ay! qué materia de llanto...

Primera parte: Humildad, pobreza y amor de Jesucristo en Belen.

7. Llegó la hora en que *se cumplieron los dias de que pariese* (María)... *y lo reclinó* (á su Hijo) *en el pesebre porque no habia lugar*

para él en el meson. ¡Qué humildad! ¡qué pobreza! ¿Quién te abatió así, ó buen Jesús? La piedad... el amor...

8. Si en tanto amor nuestro se inflamó aquella Majestad soberana, ¿por qué no se inflamará nuestra caridad para con nuestro Dios?...

9. Desde el pesebre como desde una cátedra Dios callando habla, y enseña con su ejemplo lo que despues predicará de palabra. No permitais que tan precioso ejemplar se ponga en vano ante vuestros ojos. Símil... Caminos llenos de nieve... Conductor...

Segunda parte: Anonadamiento, incomodidades y lloros de Jesucristo en el pesebre.

10. Por inspiracion del Espíritu Santo dejándole la Vírgen de sus brazos, lo colocó en un duro y vil pesebre, para denotar la condicion del hombre, que por el pecado se hizo semejante á los jumentos... Manuel, esto es, «Dios con nosotros.» Está con nosotros, es de nosotros. Amémosle como á cosa nuestra...

11. Llora el Infantillo colocado en la estrechez del pesebre... ¿Por qué lloras? le pregunta san Jerónimo. Lloras no tus delitos, sino los nuestros... Mezclemos nuestro llanto con el suyo...

Tercera parte: Glorias de Jesucristo recien nacido.

12. No sin humildad nace el Hijo del Hombre, no sin majestad nace el Hijo de Dios. Anuncia su nacimiento el Ángel á los pastores... Con sus palabras les quita el miedo que como á gente tosca y ruda hubieran podido concebir de ir á adorar á un rey...

13. No lo anuncia el Ángel á los sacerdotes, doctores de la ley, príncipes, etc., sino á unos hombres de ínfima condicion conforme á lo que dijo despues el mismo Salvador: Escondiste estos misterios á los sábios, y los revelaste á los párvulos...

14. La gracia de la luz evangélica se concede principalmente á los humildes... Ni es de extrañar que la gracia desampare á aquellos en quienes tiene puesto su trono la soberbia...

15. La causa principal de esto consiste en que el Evangelio exhorta singularmente al amor de la pobreza, de la austeridad y de la humildad. Estas virtudes las practican con mayor facilidad los pobres que los ricos y poderosos...

16. Dios, dispensador de todos los bienes, compensa la escasez

de los pobres con abundancia de bienes espirituales, y apoca el poder de los ricos con escasez de los mismos. No por eso quedan estos excluidos de los beneficios divinos..., humíllense como unos párvulos á imitacion de David, y como él serán favorecidos y grandes en la presencia de Dios.

17. *Exhortacion:* Esforcémonos todos, hombres y mujeres, ricos y pobres, etc.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON II

DE LA NATIVIDAD

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Evangelizo vobis gaudium magnum, quod erit omni populo: quia natus est vobis hodie Salvator, qui est Christus Dominus. (Luc. II, 10, 11).

Os evangelizo un gozo grande, que será para todo el pueblo: porque os ha nacido hoy un Salvador, que es el Cristo del Señor.

1. Grande materia, hermanos mios amados, de espiritual alegría nos ofrecen todas y cada una de las palabras que os he propuesto. Porque ya *os evangelizo,* esto es, os anuncio gozo, y no cualquiera, sino *gozo grande;* gozo no de uno ó de muchos hombres, sino gozo para todo el pueblo, esto es, para todo el género humano, con bastante claridad nos explican la grandeza de este gozo. Pues de este gozo leemos en Isaías [1]: Se alegrarán delante de tí, como los que se alegran en la miés, como se regocijan los victoriosos cogida la presa y hecho el saqueo, cuando reparten los despojos. Pero ¿cuál, pregunto, es la causa de tanta alegría? Pónela el Profeta: Porque has superado y rompido el yugo de su carga, la vara de su hombro, y el cetro de su exactor ó público recaudador de tributos como en el dia de Madian. Esto es, como antiguamente por medio del esforzado Gedeon libraste á los hijos de Israel de la tiranía del poderosísimo rey de los madianitas [2]; así ahora en el adviento y nacimiento de tu Hijo has librado á los hombres de la tiranía del príncipe de este mundo, que los oprimia con el peso grave de su servidumbre, los castigaba con la vara y estímulos de los cuidados y afanes del siglo, y les exigia con violencia los penosísimos tributos de aquel antiguo delito. El tributo del pecado es el pecado, y la pena del pecado; cuyos dos males introdujo en el mundo aquel primer pecado. Pues ¿cuánta materia es de gozo y regocijo el ser rescatados de un tan grave y pesado yugo de esclavitud, y escapar de la tiranía de un tan cruel enemigo? Y no es

[1] Isai. IX. — [2] Judith, VII.

tampoco menos causa de alegría, el que llegó, y vino ya la plenitud de tiempo en el cual se cumplió, y dió plenísimamente todo el lleno de las divinas promesas, y de todas las gracias desde el dia que envió Dios su Hijo al mundo. Si en otro tiempo los antiguos Padres con sola la esperanza de este don divino se alegraban en tanto extremo, si Abrahan saltó de contento para ver el dia de Cristo, ¿cuánto mas nos debemos regocijar nosotros, que ya tenemos lo que ellos esperaban, y podemos decir con el Profeta: Hemos recibido, ó Dios, tu misericordia en medio de tu templo? Á la verdad que dice bien san Crisólogo: Dulce y gustosa es una carta, mas esto dura hasta que viene el que la envia. Necesario es un recibo ó resguardo, mas hasta que llega la paga. Agradables las flores, mas hasta que vienen los frutos: con la paga se rasga el recibo, y con los frutos se consumen y acaban las flores. Hasta aquí san Crisólogo. Pues cuanto es mas gustosa y agradable la presencia del esposo que una carta suya, la paga de una deuda que su resguardo, y el fruto del Espíritu Santo que las letras, que son flores muertas; otro tanto mas felices somos ahora nosotros que los santos Padres antiguos, y tanto mas es lo que debemos regocijarnos al presente, que ellos se alegraron en lo antiguo. Ya está patente la fuente celestial para lavatorio y purificacion del pecador y menstruada: vuélvanse á su orígen las corrientes de la gracia, para que salgan con mayor ímpetu y corran con mas abundancia. Dénse gracias inmortales á toda la Trinidad beatísima, porque la Trinidad toda nos dió materia de este gozo. Porque dice san Leon papa: Dividió entre sí la obra de nuestra reparacion la misericordia de la Trinidad, de modo que el Padre quedara aplacado, el Hijo aplacara, y el Espíritu Santo inflamara. Pues esta, hermanos, es la causa de alegrarnos.

2. Pero entre el comun gozo de todos, resalta con muchas ventajas y excesos el gozo de la beatísima Vírgen; como que ella con su parto feliz trajo al mundo tanta materia de regocijo. La estéril y nonagenaria Sara cuando concibió la ya no esperada prole en una tan avanzada ancianidad, se llenó de tanto gozo, que habiendo dado á luz su hijo, dijo [1]: El Señor me hizo risa, esto es, me dió el Señor materia grande de alegrarme, y cualquiera que lo oyere, se reirá y regocijará conmigo. Por esta razon llamó Isaac al niño que nació, que suena risa ó alegría; lo cual hizo con la idea y fin de que teniendo siempre en la boca el nombre de su hijo muy queri-

[1] Genes. XXI.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do, nunca se dejase olvidar ni apartar de su ánimo la memoria de este beneficio divino. Por este ejemplo podrémos de algun modo, hermanos, pensar y conceptuar el gozo de la Vírgen en su parto. Porque si tanto se alegró Sara, porque estéril y de noventa años parió un hijo, ¿cuánto se alegró María en este dia, la cual con admiracion de la naturaleza concibió siendo vírgen, parió sin dolor y dió á luz al Salvador del mundo? ¡Oh bendita Vírgen! ¿con cuánta mas razon y verdad puedes tú tambien en este dia decir, risa me hizo, ó causó el Señor, esto es, con este tan feliz parto mio me dió motivos grandes de alegría? Ni solamente á tí, ó bienaventurada Madre, sino que á todos nosotros nos hizo participantes de esta misma alegría, porque á todos nosotros este nacimiento mismo, abolida la antigüedad del nacimiento primero, nos adoptó en hijos de Dios por derecho y beneficio de la adopcion. Porque por este mérito tan grande de una tan profunda humildad como ejecutó el Hijo de Dios bajando á las cosas humanas, alcanzó y nos confirió á nosotros el que nuestra humanidad se elevara y ascendiera á lo divino. Mas porque en esta comun alegría de todos, tiene el primero y mas ventajoso lugar el gozo y regocijo de la Vírgen Madre de Dios, hoy la Iglesia la introduce gloriándose en el Señor, por estas palabras: Congratuladme y dadme el parabien todos los que amais al Señor, porque siendo parvulilla agradé al Altísimo, y de mis entrañas engendré á Dios y hombre. Pues de muy buena gana y con mucho gusto os damos el parabien, ó bienaventurada Vírgen, con mucho gusto nos reimos, esto es, nos gozamos contigo, cuando no solamente para tí mostraste y diste á luz esta causa de alegría, sino tambien para todos nosotros [1]: pues regocíjate, Madre de la salud humana. Ve que tú eres la primera que mereciste ver y recibir el adviento del Señor, que tantos siglos antes estaba prometido al mundo, y quedas constituida habitáculo de la Majestad inmensa, esperanza de la tierra, honra de los siglos, y por un don y beneficio singular tienes y posees sola por espacio de nueve meses el gozo comun de todos. El Autor y el que dió principio á todas las cosas nace de tí, y de tu cuerpo recibe aquella sangre que habia de derramar por la vida del mundo, y de tí toma aquella con que por tí tambien paga. Pues porque hoy abunda en gozos admirables la Vírgen sacratísima, rectamente nosotros que necesitamos de su socorro, podemos decirla como los siervos á David: En buen dia venimos á tí. Y así de esta fuente de todas las gracias que hoy ha

[1] Euseb. Emis. *in hom. de Nativit.*

nacido de tí, envia á nosotros un arroyuelo derivado de la misma fuente, para que regada con él la vena estéril de nuestro pequeño ingenio podamos tratar dignamente este sagrado misterio, digno de predicarse con voces de Ángeles. Y para que esto lo podamos hacer, imploremos humildemente el auxilio celestial, por la intercesion de la misma sacratísima Vírgen: *Ave María.*

3. *Salió edicto de César Augusto, para que se inscribiera todo el orbe.* Entre las cosas maravillosas que acaecieron en tiempo del nacimiento del Señor, no tiene el último lugar aquella paz que florecia siendo emperador de los romanos Augusto: cual tal vez ni antes la hubo, ni quizá la habrá despues. Esta á la verdad es aquella paz que los Profetas muchos siglos antes habian anunciado habria en el adviento y venida del Mesías al mundo. Con razon, pues, en aquel tiempo, en que bajó del cielo la paz verdadera, que asoció con un lazo eterno de amor lo humano con lo divino, lo ínfimo con lo supremo, debió el mundo, que antes habia estado agitado y en movimiento inquieto con tantos tumultos y revoluciones, estar en una suma paz y tranquilidad. Con cuyo argumento quiso insinuar el Salvador cuán amante era de la verdadera paz y caridad. Porque así como cuando escogió una madre vírgen, explicó lo mucho que amaba la virginidad, así cuando eligió para su nacimiento un tiempo tan pacífico, dió á entender cuán extremadamente amaba la paz y concordia. Esta paz nos desean y ruegan hoy los Ángeles, esta misma nos encomendó el Salvador mientras vivió entre nosotros, y esta muriendo dejó como en testamento á sus discípulos. Despídanse hoy las desavenencias, hermanos mios, destiérrense los rencores y odios privados; ninguno ponga óbice á la paz angélica, y cuando nace la paz verdadera del cielo, retírense muy léjos de la tierra los pleitos y las discordias.

4. Hubo tambien otra causa para establecer esta paz: á saber, para que la predicacion del Evangelio corriese y volase sin impedimento alguno por todo el orbe, estando en tranquilidad y en paz todos los reinos que se contenian bajo el imperio y gobierno de un príncipe. Porque si el mundo entre sí hubiera estado dividido por discordias y desavenencias privadas, á la verdad que la predicacion del Evangelio hubiera encontrado la puerta cerrada; el cual se debia extender y promulgar por todos los cabos y extremos de la tierra. Y así los romanos que con tanto conato y esfuerzo de armas se empeñaban en sujetar á su imperio el mundo sin saber lo que se hacian, trabajaban y guerreaban no tanto para sí, cuanto para el

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Evangelio de Cristo. Ni esto se debe extrañar mucho, respecto de que todo cuanto sucede en el mundo se sujeta y sirve á la Providencia divina, y no acaece cosa alguna en la tierra ó contra la voluntad del Señor, ó sin su direccion y consejo. Así en lo antiguo Nabucodonosor, con el fin de dilatar los fines de su imperio, se propuso destruir la Judea; la cual sin embargo tenia determinado Dios castigar con este insigne castigo por sus pecados. De aquí es que el mismo Señor por el Profeta dice [1]: ¡Ay del Asirio, vara de mi furor y báculo él mismo! en mano de ellos está mi indignacion. Él es verdad que no pensará así, sin embargo él servirá para destrozar tu corazon, y para la muerte y perdicion de no pocas gentes. Y así sin saber lo que se hacia el tirano, era un ministro de que se servia la voluntad divina cuando á él mismo le parecia, y creia que hacia su negocio. Una cosa era lo que él pensaba, y otra aquel que todo lo dispone y ordena. Porque él buscaba su propia gloria, y el Señor intentaba castigar las maldades y culpas de los hombres. Finalmente, por esto clama el Profeta [2]: Por ordenacion tuya persevera el dia: porque todas las cosas, dice, no solo el dia y el año y las varias estaciones de los tiempos obedecen á tus leyes y órdenes, sino universalmente todas las cosas, aun aquellas que dependen de la voluntad de los hombres, sean buenas ó sean malas, todas, vuelvo á decir, te sirven á tí. Porque así como nada sucede en el mundo, ó sin tu voluntad ó sin tu permision; así nada hay que no te sirva á tí, que ordenas y gobiernas las cosas humanas. Luego no es cosa que se deba extrañar, que los romanos cuando se esforzaban y empeñaban en sujetar á su jurisdiccion todo el orbe, sirvieran tambien á la providencia y designios del Señor. Pues á este mismo modo cuando segun la leccion del Evangelio de este dia mandó César Augusto que se describiera y empadronara todo el orbe, servia tambien á la misma Providencia divina. Porque con esta ocasion la beatísima Vírgen se partió para Belen para parir y dar á luz en la casa de pan, al pan de Ángeles y de hombres, segun que antecedentemente tenian anunciado los Profetas.

5. Hubo tambien otra causa para esta descripcion, porque por medio de ella quiso el Señor se significara la nueva dignidad del hombre granjeada por beneficio de Cristo. Porque Dios, segun dice el Apóstol, en los tiempos pasados habia dejado y tolerado que todos los hombres anduvieran sus caminos, y los tenia al parecer tan envilecidos, que quejándose de esto gravemente el Profeta arrojó

[1] Isai. x. — [2] Psalm. cxviii.

aquellas voces [1]: Y harás los hombres como los peces del mar y como las aves que no tienen guia ni caudillo. Mas en el tiempo presente á beneficio de la natividad y humanidad del Señor creció y se aumentó mucho la dignidad de los hombres, respecto de que el mismo Dios se dignó hacerse hombre por los hombres, y conversar y vivir entre ellos. Porque cuando este se bajó á lo ínfimo, elevó á lo sumo las cosas nuestras. De aquí es, que el Profeta hablando con Cristo [2]: Tú eres, dice, mi gloria, y el que exalta mi cabeza; como que por la asuncion de mi humanidad me has hecho participante de tu divinidad y de tu gloria. Y deseosa la esposa de esta dignidad apeteciendo con ardor la venida de Cristo clamaba [3]: ¿Quién te me dará, hermano mio, mamando los pechos de mi madre, para que te halle fuera, y ya ninguno me desprecie? Pues conseguido has, ó esposa, lo que querias; ya llegó el dia que tanto deseabas; tienes ya lo que pedias con toda tu mente. Ya ves al Unigénito del Padre mamando los pechos de su piadosa Madre. Ya lo has visto fuera, esto es, en nuestro destierro y en nuestros arrabales. Ya en adelante ninguno te despreciará. Porque no te despreciará el Padre, el cual te entregó su Hijo: no el Hijo, que te se dió por hermano: no finalmente el Espíritu Santo, que fue como el padrino y el autor de este misterio. Mucho menos te despreciarán los Ángeles: y aun por este título te reconocerán superior, porque el Hijo de Dios no tomó la naturaleza de los Ángeles, sino la semilla de Abrahan, esto es, la humana naturaleza. De aquí es, que los Ángeles que antiguamente representaban la persona de Dios, permitian que los hombres de la ley antigua los adorasen, mas despues que Dios se hizo hombre rehusan el que estos los adoren [4]. Porque queriendo san Juan Evangelista adorar un Ángel en el Apocalipsis, él mismo se lo prohibió por estas palabras [5]: Vé, no hagas una cosa tal, porque soy tu siervo y de tus hermanos, que tienen el testimonio de Jesús: adora á Dios. Pues como por la humanidad de Cristo se han levantado á una tan elevada dignidad los hombres, con razon singularmente se describen ahora aquellos que antes se desatendian y se despreciaban por viles y abatidos. Cuando en el pueblo hay una muy abundante cosecha de trigo y vale á poco precio, nadie hace diligencia por saber cuánto trigo ha encerrado en su troj; mas cuando hay escasez de grano, entonces es cuando uno explora lo que tiene, y con cuidado una y

[1] Habac. I. — [2] Psalm. III. — [3] Cant. VIII. — [4] Hebr. II.
[5] Apoc. XIX.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

muchas veces suele medir su cosecha; porque cuando crece el precio de las mercancías, entonces tambien crece el cuidado de ellas. Á este modo, pues, el hombre, que antes del misterio de la Encarnacion del Señor estaba envilecido, despues que Dios se hizo hombre se reputó ciertamente digno de que se inscribiera y empadronara no solamente en la tierra, sino tambien en el cielo. Siendo esto así, es á la verdad cosa justa que el hombre que así ha sido ensalzado y honrado de Dios, él tambien haga aprecio de su dignidad, y en adelante no se abata ya á los viles y súcios cuidados de la carne y de sus pasiones. Porque así como ha sido coronado con mayor gloria y honra, así se hará merecedor y digno de mayor castigo, si por su propia voluntad y gusto degenera de esta dignidad. Esto ciertamente parece insinúa el profeta Isaías, cuando dice [1]: La vestidura misturada con sangre será para la quema y para pábulo del fuego. ¿Por qué? él añade la causa. Porque para nosotros ha nacido el parvulillo, y el hijo se nos ha dado á nosotros. Que vale lo mismo que si dijera: despues de una tan grande dignacion de nuestro clementísimo Dios y de tanta exaltacion de la humana naturaleza, por la cual aquel Dios Señor de los dioses se hizo un hombre pequeñuelo entre los hombres, deberá ser castigado con mucha mayor crueldad aquel que con su vida vil infame y ensucie aquella nobleza que le dió Dios, y con sus obras sanguinolentas manche el vestido de la inocencia que por beneficio de Cristo recibió en la fuente del Bautismo.

6. Pues con ocasion de esta inscripcion camina la sagrada Vírgen desde Nazaret á Belen, con el fin de pagar la Reina misma de los cielos aquel censo ó tributo que pagaban los demás mortales al rey de la tierra. Mas cuando llegó á esta ciudad era tanta la multitud de huéspedes que venian de todas partes, que habiendo ya ocupado sus posadas los mas ricos y poderosos, faltó hospedaje para la Vírgen sagrada. No hubo entre tanto concurso de gentes una persona que quisiera recibir en su casa á la Vírgen, aunque iba preñada, y preñada del Hijo de Dios. ¿Quién de vosotros, hermanos, os pregunto, si entonces por casualidad se hubiera hallado en aquella ciudad presente, no hubiera hospedado gustoso á la Vírgen, que estaba llena de Dios, la hubiera recibido dentro de su corazon, y la hubiera en todo servido con mucho gusto? Pues qué, al presente ¿no está en nuestra potestad el hacerle el mismo obsequio de piedad y religion? ¿Cómo? dirás. Díme: ¿por ventura

[1] Isai. IX.

aquella sagrada hostia que está en el altar, no está llena de Dios? ¿Acaso no está en ella aquel mismo Señor que llevaba la Vírgen, y que se puso en aquel venerable pesebre? Pues si á la Vírgen, porque estaba preñada y tenia en su vientre á Dios, con tal que la conocieras, la hubieras hospedado gustosísimo en tu casa, ¿por qué ahora no recibes dentro de tí con una devocion semejante aquella sagrada hostia, en la cual está el mismo cuerpo y el mismo Señor? ¿Quién en este sagrado dia no querrá prevenir siquiera de esta manera hospedaje al Señor que nace por él? Á la verdad que no le será menos agradable, si de este modo lo repones en el seno oculto de tu mente, que si antiguamente lo hubieras recibido dentro de tu casa. Y esta es, hermanos, la causa que en esta fiesta nos da mayor materia de llanto que de gozo, ver que ofreciéndose gustoso Cristo, y deseando venir por su clemencia á nosotros, le repudiamos aun despues de haberle conocido; de modo que con razon puede decirse de nosotros: Vino á cosas propias, y los suyos no lo recibieron. Pero vengamos ya al parto de la Vírgen.

Primera parte.

7. Pues como hubiese parado la Reina de los cielos en el meson, ó por mejor decir, en el establo, *se cumplieron los dias para que pariese.* Se llegó aquella felicísima hora dispuesta desde la eternidad, esperada tantos siglos, celebrada con las voces de tantos Profetas, en la cual el nuevo Adan habia de manifestarse á esta nuestra luz, ó por mejor decir, en esta oscura noche y en este destierro y valle de lágrimas y de trabajos. *Cumpliéronse, pues,* dice el Evangelista, *los dias de que pariese; y parió su Hijo primogénito, y lo envolvió en pañales, y lo reclinó en el pesebre, porque no habia lugar para él en el meson.* ¡Oh humildad suma de nuestro Dios! ¡oh admirable pobreza! ¿Qué esclava hubo jamás tan pobre y abatida, que por su mucha pobreza colocase en un pesebre al hijo que parió? ¿qué cosa mas sublime que Dios? ¿qué cosa mas vil que un pesebre? ¿Quién, pues, juntó entre sí dos extremos que estaban tan distantes? El Señor en su santo templo, el Señor tiene su asiento en el cielo. ¿Quién, pues, este asiento del cielo lo conmutó por un pesebre? ¿quién metió á Dios en un pesebre? El establo, á la verdad, es morada no de hombres, sino de jumentos. Pues ¿qué es colocar á Dios en el establo, sino en cierto modo hacerlo inferior aun á los mismos hombres? ¿Te admirabas tú, Profeta, de

que Dios se hubiese hecho poco menos que los Ángeles [1]? Pues admírate ahora de verlo en un establo, y en un pesebre, y en cierto modo hecho menor que aun los mismos hombres. Señor, oí lo que se decia de tí, y temí; consideré tus obras, y quedé espantado. ¿Quién, pregunto, te abatió así, ó buen Jesús? ¿quién te compelió á tantas calamidades? ¿quién desde la cumbre de tanta majestad te bajó á lo profundo de tanta humildad? Á saber aquella inmensa piedad y aquel amor ardentísimo de tu Iglesia, la cual erigiste con esta tan grande humildad, enriqueciste con esta tan grande pobreza, fortificaste con esta tan grande flaqueza, y ensalzaste á los gozos de la vida celestial con estas tus lágrimas y calamidades [2]. ¿Quién, pues, te rasuró á tí, fortísimo Santo, te ató, te quitó tus fuerzas y te expuso á los tiros é injurias de tus enemigos, sino el amor impaciente de tu Dálila, esto es, de la Iglesia tu esposa? ¿Acaso no insinuó esto el Apóstol, cuando dijo [3]: Varones, amad vuestras mujeres como Cristo amó su Iglesia; y se entregó á sí mismo por ella para parársela gloriosa, y que no tuviera mancha ni arruga? Á la verdad que te cautivaste tanto del amor de esta espiritual hermosura, que no dudaste por ella no solo colocarte en un pesebre, pero ni aun de ser colocado en un patíbulo. Rectísimamente dijo un cierto: Amar y saber apenas aun á Dios se concede. No es, pues, de extrañar, el que se vuelva loco y enloquezca cualquiera que ama. Y siendo imposible el que Dios enloquezca, sin embargo, la eficacia suma de su amor lo impelió á hacer cosas tales, que los sábios del mundo reputarian locura y necedad.

8. Y que esta fue la causa de una estupenda obra, el mismo Señor lo clama cuando dice [4]: De tal modo amó Dios al mundo, que dió su Hijo unigénito. Tambien lo clama el Apóstol diciendo [5]: Por su demasiada caridad con que nos amó Dios, envió á su Hijo, etc. Pues si en tanto amor nuestro se encendió aquella majestad soberana, ¿por qué no se inflamará nuestra caridad para con nuestro Dios? Si éramos tardos y perezosos en amar, ¿por qué lo hemos de ser en redamar? Pues si el Señor antes de haber demostrado á los hombres esta poderosa virtud y eficacia de su amor, y antes de haberles hecho un tan grande beneficio, tuvo tantos que veneraron su santo nombre, como fueron antiguamente muchos santos Patriarcas y Profetas, los cuales de buena gana y con mu-

[1] Psalm. VIII. — [2] Judic. XVI. — [3] Ephes. V. — [4] Joan. III.
[5] Ephes. II.

cho gusto hubieran derramado la sangre por él, ¿qué es razon que hagamos nosotros despues de habernos mostrado una tan grande caridad en su advenimiento? Si el sol en el estío calienta tanto en la tierra estando en el cielo, ¿cómo la calentaria, si avecindándose entre nosotros bajase hasta la tierra? Pues si Cristo, verdadero sol de justicia, antes de venir á nosotros encendió tan poderosamente las mentes de muchos Santos; ¿cuánto, pregunto, deberá inflamar nuestras voluntades, despues que habiendo tomado carne se dignó venir á nosotros, y hacerse nuestro vecino? Porque si al presente no inflamara con mas vehemencia los ánimos de los mortales, de ningun modo diria él mismo [1]: Fuego vine á poner en la tierra, ¿qué quiero, sino que se encienda?

9. Tenemos, pues, aquí, hermanos, un indicio grande de la caridad divina; tenemos un ejemplar de la humildad, de la pobreza, y lo que es mas, de toda la perfeccion evangélica. Porque desde este pesebre como desde una cátedra la sabiduría de Dios callando habla, y con su ejemplo enseña lo que despues predicará de palabra. Aprended, pues, aquí, hermanos, la humildad; aprended la mansedumbre; aprended la caridad; aprended la paciencia; aprended á amar y abrazar los trabajos, despreciar los deleites; y finalmente, aprended á menospreciar todo cuanto en este mundo tiene apariencias de bueno: viendo que así las repudia, y desprecia el Doctor sumo del orbe: porque, ¿qué otra cosa buscan los hombres del mundo, que las riquezas, las delicias y honores vanos del mundo? Luego lo que condena y reprueba este Maestro celestial, es lo que él mismo aprueba, y lo que este Maestro aprueba, el mundo lo condena. Elige de quién quieres ser discípulo. Ciertamente que eres discípulo de aquel, cuyas obras y dogmas sigues. Ruégoos, pues, encarecidamente, hermanos, que no permitais que un ejemplar tan precioso se ponga en vano ante vuestros ojos. Si cuando los caminos están todos llenos de nieve, teniendo uno que caminar por montes y sendas no sabidas, lograse un conductor y guia ciertísima, á la verdad que no le perderia de vista, estaria siempre atento á él, no se apartaria de sus huellas, no fuera que extraviándose y apartándose de él diera en algun precipicio y en algun lugar áspero y desconocido. Pues todos cuantos vivimos en este mundo somos unos peregrinos y caminantes: como que aquí no tenemos ciudad permanente, sino que anhelamos y buscamos la venidera. Este camino es demasiado escabroso y lleno de hoyos y precipicios,

[1] Luc. XII.

por lo que muchos yerran por no saber el camino, y precipitados caen en el infierno. Tenemos nosotros un caudillo ó conductor segurísimo de este camino, á quien podemos seguir; esto es, á aquel que dice así [1]: Yo soy el camino, la verdad y la vida. Del cual dice tambien el Profeta [2]: Y tus ojos verán á tu preceptor, y tus oidos oirán la voz, que á tu espalda te avisa: este es el camino, anda en él, y no declines ni á la diestra, ni á la siniestra. Pues á este caudillo y preceptor sigámosle de vista y con el corazon, sigámosle é insistamos en sus huellas; resuenen en nuestro corazon, y oigamos sus voces; pongamos ante nuestros ojos sus ejemplos, y apartemos la vista de la blancura y candor de la nieve; esto es, del resplandor falaz de este mundo, no sea que ofusque la perspicacia de nuestra mente, y nos aparte del camino recto.

Segunda parte.

10. Pero apartando algun tanto los ojos del pesebre del Señor preguntemos á la misma Vírgen, ¿por qué dejando de sus brazos á su amabilísimo Infante, lo reclinó y puso en un duro y vil pesebre? ¿Acaso no descansaria mas blanda y dignamente el tierno niño en el regazo purísimo de su Madre, que en tal pesebre? Mas ¿quién se atreverá á dudar de que esto tambien se hizo por inspiracion del Espíritu Santo? Nada pensaba, nada hacia aquella prudentísima Vírgen, en que no fuera dirigida y no tuviera por autor á aquel mismo Espíritu divino, por cuya virtud y obumbracion habia concebido. Por inspiracion, pues, del mismo puso en el pesebre el pan de Ángeles, el cual sabia ciertamente que se habia hecho pan de jumentos. Porque el hombre por el pecado se comparó con los jumentos necios y se hizo semejante á ellos: y así aquel que habia venido por unos jumentos tales, se debió poner y colocar en el lugar propio de ellos, para que el mismo lugar tambien donde se colocaba, denotara la condicion de aquellos por cuya salud era enviado. Pues quitándose de su seno y regazo el Infante lo colocó en el pesebre, porque lo parió para nosotros; esto es, para unos jumentos insipientes, para nosotros lo crió y dió sus pechos, para que finalmente siendo ya adulto derramara por nosotros su sangre en la cruz. Ninguna otra cosa á la verdad insinuó el Profeta, cuando dijo [3]: El párvulo nació para nosotros, y el Hijo se nos dió á nosotros. Dos veces repite la misma voz para que entiendas, hombre, que todo el misterio es tuyo, y que á tí y no á los Ange-

[1] Joan. XIV. — [2] Isai. XXX. — [3] Isai. IX.

les se hizo este tan grande beneficio. Con esta dignidad conviene tambien la significacion de su nombre. Llámase, pues, Manuel, que es lo mismo que «Dios con nosotros [1].» De aquí es que en Ezequiel aquella ciudad, que es figura de la Iglesia, se llama «Dios con ella.» Ambas cosas pertenecen absolutamente á nosotros, séase que se diga ó «Dios con ella,» ó «Dios con nosotros.» Y de esto aparece que este Infante es y pertenece á nosotros, y de todos modos es nuestro. Oye, pues, ó hombre, y si hasta ahora no has podido persuadirte en tu ánimo el que ames á Dios, ¿por qué en adelante no lo amarás habiéndose de un nuevo modo hecho tuyo? Pues si porque te amas á tí, con el mismo amor amas todas tus cosas y que tocan á tí, porque amas tu viña, tu casa, tu caudal, tu criado, y lo que es mas tu perro y tus zapatos, porque son cosas tuyas, ¿por qué no amarás á tu Dios, á tu Criador, á tu Redentor, á tu Salvador, á tu Maestro, á tu Médico, á tu Sacerdote, tu Abogado, Mediador, Pastor, Bienhechor, Rey, Amigo finalmente y Hermano y Padre tuyo, y en una palabra todo tu bien? Ve, pues, con cuánto amor debes amar á aquel que con tanto derecho y por tantos títulos te empeña y pide tantos amores: con cuántos títulos y nombres es tuyo, aquel que se ha hecho todas tus cosas, y en el cual tienes todo cuanto puede desear la mente humana. Díle, pues, con el Profeta [2]: Ciertamente ¿qué cosa hay para mí en el cielo, y qué cosa quise de tí sobre la tierra? Desfalleció mi carne y mi corazon, Dios de mis entrañas, y parte mia, Dios mio eternamente.

11. Veamos ya qué hace nuestro Infantillo puesto en el pesebre: no otra cosa que lo que en el himno se cantó: llora el Infante colocado en la estrechez del pesebre. De aquí es que él mismo puede proferir aquellas palabras del libro de la Sabiduría [3]: Soy yo tambien mortal en la realidad y del linaje de aquel que se formó antes que yo. Y luego que nací, respiré el mismo aire comun, y caí en la misma tierra, y la primera voz la proferí semejante á todos llorando. Porque ninguno de los reyes tuvo otro principio en su nacimiento. Una misma es, pues, la entrada de toda la vida, y semejante la salida: ambas tristes, ambas lamentables; porque con lágrimas nace el hombre, y con trabajos vivimos, y con dolor morimos. Luego tambien el Señor del mundo, hecho mortal como nosotros, llora y derrama lágrimas en este tiempo como los otros mortales. Este llanto y lloro parecia á san Jerónimo que lo oia, cuando

[1] Isai. VII. — [2] Psalm. LXXII. — [3] Sap. VII.

en cierta carta decia: Aquel pesebre en que llora el Infantillo, mas se ha de celebrar con el silencio que con un sermon y estilo bajo. ¿Por qué, pues, Señor Jesucristo, lloras? ¿por qué viertes lágrimas, cuando porque quisiste y fue tu gusto, padeciste todas estas molestias é incomodidades por nosotros? Lloras ciertamente no tus delitos, sino los nuestros, no tu destierro, sino el nuestro, no finalmente tu flaqueza, sino la nuestra. Cualquiera, pues, que oprimido con la pesada carga de los pecados, se vea abatir y sumergir á lo profundo, ponga ante tus ojos estas lágrimas y recobrará su ánimo y esperanzas del perdon. Porque ¿qué pecados no lavarán estas lágrimas? Pues vierte lágrimas, ó hombre, con el que las derrama por tí; llora con el que por tí llora; porque si á estas lágrimas juntares las tuyas, no hay duda que las lágrimas de este Infantillo clamen por tí, rueguen por tí y te alcancen el perdon del Señor de todos: las cuales aunque ya haya tiempo que pasaron, obran hoy los mismos efectos que obraron cuando se derramaron.

Tercera parte.

12. Pero respecto de que hemos visto la humildad del nacimiento del Señor, es razon que ya contemplemos su gloria. Porque no sin humildad nace el Hijo del Hombre, ni sin majestad nace el Hijo de Dios. *Los pastores*, dice, *estaban en la misma region velando y custodiando las vigilias de la noche sobre su rebaño. Y hé aquí que el Ángel del Señor estuvo junto á ellos, y la claridad de Dios los rodeó y temieron con un temor grande. Y les dijo el Ángel: No querais temer: porque ved que os evangelizo, ó anuncio un gozo grande, que será para todo el pueblo: porque para vosotros hoy ha nacido el Salvador, que es Cristo Señor, en la ciudad de David. Y esto os será señal: encontraréis al Infante envuelto en pañales, y puesto en el pesebre.* En este lugar lo primero que se debe inquirir, es, con qué designio el nuncio celestial juntó la gloria tan grande de este Infante con una humildad tan profunda, que al mismo que predicaba Salvador, esto es, el Mesías prometido en la ley, lo anunciase puesto en un pesebre? Siendo muchas las cosas que en esta narracion pueden comentar y contemplar las almas piadosas, lo primero que á mí me ocurre es, que el mensajero prudentísimo que anunciaba á unos pastores este Infante, para que ellos fueran los primeros que le adoraran y predicaran, con estas palabras les quitó aquel miedo que fácilmente podria retardarlos este oficio de religion, y con su misma autoridad quitó y corroboró su flaqueza. Porque en su interior podrian decir

aquellos pastores rudos: ¿Cómo unos hombres abatidos como nosotros, rudos y toscos, en este traje vil y vestido despreciable nos atreverémos á entrar en el palacio de un Rey de quien los Profetas tienen anunciadas tantas y tan magníficas cosas, pues parecerá acaso que con la suciedad y manchas de nuestros tratamientos y vestidos afeamos y deshonramos el resplandor del palacio brillante con la comitiva de los nobles y próceres? Pues este rudo y vano temor quitó en un todo el Ángel del Señor cuando al Infante lo anunció envuelto en pañales y puesto en un pesebre. ¿Quién habrá que tema acercarse á un Infante ligado con fajas, y recostado en el vil pesebre de unos jumentos? Con la misma idea y consejo me parece á mí que el evangelista san Juan vertió aquellas palabras de Zacarías de este modo: No quieras temer, hija de Sion; mira, tu rey viene para tí manso, sentado sobre una asna, etc. Porque como el nombre de rey se haga temible entre los hombres, y sea mayor el terror que ponga, que el amor en que inflame, y parezca que aparte de sí mas á los hombres que el que los atraiga, y este nuevo Rey llame á sí á todos, y á todos quiera proteger y fomentar bajo de sus alas como una gallina á sus polluelos; fue preciso y necesario quitarles el miedo que causaba el nombre de rey, para que así los hombres se acercaran á él con un ánimo confiado y alegre.

13. Hay aun en esta legacion angélica otra cosa mas recóndita, la cual debemos inquirir. Habia en aquel tiempo en la Judea reyes, sacerdotes y levitas, doctores de la ley, varones ilustres, nobles y príncipes, y sin embargo de esto á ninguno de ellos se enviaron los Ángeles, sino á unos pastores, esto es, á unos hombres de una ínfima y abatidísima condicion, que viviendo en las selvas entre las bestias, cási viven como ellas. Y á la verdad que cuando nace algun príncipe insigne, á quienes principalmente se destinan mensajeros que en diversos lugares anuncien este nacimiento, son aquellos que mas interesan y son mas beneficiados en esta nueva prole. Luego si el nacimiento de este nuevo Príncipe se anuncia á unos hombres abatidos, aparece ciertamente que á estos principalmente pertenece la gracia y beneficio de su nacimiento. Y si esto es así, luego los ricos y poderosos del siglo tienen motivo y fundamento de avergonzarse y temer. Porque si Natan profeta tuvo por una contumelia el que no le convidase Adonías, cuando tuvo aquel convite régio, ¿cuánto mas contumelioso será, que por órden y especial ordenacion de Dios sean los pastores los que principalmente se escogen, y los que son convidados para la comunion y partici-

pacion de este tan grande beneficio? ¿Qué dirémos, pues, aquí? Ninguna otra cosa sino la misma que oimos al mismo Señor [1]: Confiésote y te alabo, Padre y Señor de cielo y tierra, porque escondiste estos misterios á los sábios y prudentes, y los revelaste á los párvulos. Párvulos en la realidad eran aquellos pastores á quienes primero eligió el Señor para revelarles los misterios de su divinidad. ¿Por qué motivo? Ninguna causa se señala sino aquella: Así Padre, porque de esta manera fue tu agrado. Esta causa debe ser bastante para nosotros, porque aquella voluntad es la primera é indefectible regla de toda equidad y verdad.

14. Sin embargo podemos señalar otras causas ó conveniencias de esta eleccion. Porque vemos que segun los oráculos de los Profetas principalmente se concede la gracia de la luz evangélica á los humildes. Porque así es como dice el Salvador [2]: Para el juicio vine yo á este mundo, para que los que no ven, vean; y los que ven, esto es, aquellos que por su mucha soberbia les parece que ven y saben, se hagan ciegos. Y vemos que no pocas veces acaece, que cuanto mas ricos ó mas poderosos son los hombres, tanto mas se entumecen en su ánimo. Porque al modo que la levedad de las alas levanta las aves á lo alto; así tambien la gloria de las riquezas, el resplandor de la nobleza y extension del poder suelen alguna vez engreir á los hombres, de modo que olvidados de su flaqueza, se levantan á lo alto, y es rarísima (como dice san Bernardo) la humildad honrada ó ennoblecida. Y así como entre las comidas espléndidas y muchas riquezas peligra la castidad y templanza; así le sucede á la humildad entre las honras y el poder. Porque la soberbia con mucha frecuencia se acredita entre estas cosas; y así debe aparecer menos extraño, si desampara la gracia aquellos en quienes tiene puesto su trono y domicilio la soberbia. Mas á los de una fortuna humilde y abatida, la condicion misma de su suerte en cierto modo los estimula y aficiona á la virtud de la humildad. Porque, como dice san Bernardo, la humillacion es el camino para la humildad: así tambien la humilde y baja fortuna prepara el camino para la misma virtud [3].

15. Mas si alguno quiere indagar con mayor exactitud la causa de esto, á mí me parece que la principal es, que la profesion de la vida evangélica exhorta principalmente al amor de la pobreza, de la austeridad y de la humildad. Porque así como la prudencia de la carne se prenda principalmente de las riquezas, de los honores

[1] Matth. XI. — [2] Joan. IX. — [3] Matth. XIX.

y deleites; así por el contrario la filosofía cristiana induce principalmente á la pobreza, al propio desprecio y mortificacion de la carne: las cuales tres cosas no por afecto á la virtud, sino por la condicion de su abatida y baja fortuna se hallarán en los honores de una esfera y suerte ínfima. Porque la pobreza que los oprime, no les permite ni que se dén á los deleites, ni que ostenten gloria. De aquí es, que con facilidad se pueden conformar estos con la pobreza evangélica, respecto de que su vida no es muy diferente de los estatutos evangélicos. Porque así como los elementos que los filósofos llaman símbolos, esto es, aquellos que convienen en una cualidad con mas facilidad, se trasmutan mútuamente; á este mismo modo con mas facilidad abrazan estos la vida evangélica, como mas cercana y próxima á su estado, que aquellos cuya fortuna les propone el seguimiento de otra vida diversa. Y así tambien como los labradores suelen ingertar con mayor frecuencia y facilidad los árboles frutales con los silvestres, si tienen alguna conveniencia y semejanza entre sí; así claramente como la pobreza y austeridad evangélica tenga cierto como parentesco y semejanza con la pobreza y austeridad del siglo, no hay que extrañar si con mas facilidad se juntan y unen entre sí, y que la estéril é infructífera pobreza pueda pasar y trasmutarse en una pobreza y austeridad fructuosa. Esta doctrina en la realidad se puede confirmar fácilmente con ejemplos cotidianos. Porque aunque veamos que muchos hombres y mujeres muy ricos y muy nobles practican exactamente la virtud y piedad, sin embargo son muchos mas los hombres y mujeres de humilde y corta fortuna que vemos andar por esta carrera de la virtud y piedad. Porque á estos les es poco dificultoso el dejar todas las cosas, respecto de que es cási nada lo que tienen que dejar, y vivir una vida pobre, humilde y laboriosa, en la cual se criaron. Lo contrario sucede á aquellos que constituidos en una alta y superior fortuna, abundan y rebosan en riquezas, deleites y honras: á los cuales el renunciar todos sus haberes y seguir una vida pobre les es tanto mas arduo cuanto es dejar lo ya acostumbrado; y de un género de vida honrada y deliciosa pasar á una despreciada, humilde y austera. Esto vemos que sucedió á aquel mancebo del Evangelio, que habiendo oido al Señor, que debia renunciar todas sus riquezas y bienes el que aspirase á la perfeccion de la vida evangélica, recibió con tristeza este consejo del Señor, porque era mucho lo que tenia que dejar.

16. Añade á lo dicho otra causa de este divino consejo. Dios,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

que es el hacedor del linaje humano, cuida diligentísimamente todo cuanto hizo y crió. Porque al pequeñuelo y al grande él los hizo, é igualmente cuida de todos [1]. Pues si de tal modo repartiera sus bienes, que á los que habia enriquecido mucho con los bienes externos, los enriqueciera tambien y llenara de bienes internos y espirituales, y á los que escaseó é hizo inferiores en los bienes de fortuna, les escaseara é hiciera tambien inferiores en los bienes de gracia, ciertamente que apareceria un repartidor no igual ni equitativo de sus bienes, ni de él se podria decir que tenia igual cuidado de todos. Pues para que una desigualdad semejante no se le atribuya, repartió sus bienes de modo, que sin abandonar ni desamparar de modo alguno á los ricos, con tal que sean humildes, sin embargo á aquellos con quienes fue menos liberal en los bienes terrenos, los colma frecuentemente de bienes espirituales. Justo y razon era que el Señor, que es el dispensador de todos los bienes, atendiera á los trabajos y miseria de los pobres, y extenuara y apocara el poder de los ricos. Si esto es así, justamente podemos clamar con san Bernardo: Consolaos, consolaos los que os criais entre las suciedades de la pobreza, porque en ella está Dios con vosotros. Eligió una madre pobre, unos pobres hermanos, una casa pobre y unos pobres pastores, á quienes anunció el misterio de su nacimiento, y unos pobres pescadores á quienes delegó y encomendó el ministerio de la predicacion evangélica. Pues qué, ¿piensas acaso que todos los ricos y poderosos se han de excluir de esta gracia? No por cierto, de ningun modo. Porque para ellos está abierto el camino. ¿Y cuál es? Si son nobles y poderosos, humíllense como unos párvulos, háganse humildes en sus ojos, para que sean grandes é ilustres en la presencia de Dios. Así, pues, David instruido en esta celestial filosofía, y entendiendo por qué camino encontraria abierta la entrada á la gracia, sometia y humillaba su ánimo diciendo [2]: Custodiando el Señor á los párvulos me humillé y me libré. Tambien si son ricos, pórtense como pobres, considerando la flaqueza, miseria y fragilidad de la naturaleza humana, en la cual nada puede haber sublime, grande ni permanente. Este mismo era el ánimo del real Profeta, cuando decia [3]: Yo soy un mendigo y un pobre, y el Señor está solícito y cuidadoso de mí. De este modo abátase el hombre poderoso, confórmese así con los humildes, y con su ánimo y consideracion bájese á la suerte de los hombres ínfimos. De esta manera el Señor, amador y custodia de los

[1] Sap. IX. — [2] Psalm. CXIV. — [3] Psalm. XXXIX.

párvulos, que miró con ojos de benignidad al rey Acab humillado, igualmente á él lo hará tambien por su piedad participante de la gracia evangélica. Quede esto dicho para los ricos y nobles.

17. Ahora ruego encarecidamente, y amonesto á toda suerte y condicion, estado y edad de hombres y mujeres, que con la mayor devocion de nuestra mente y ánimo celebremos, si no en cuanto debemos, á lo menos en cuanto pueda nuestra fragilidad, esta solemnidad tan grande, esta señal prodigiosa de la divina bondad y caridad, este incomparable beneficio de la redencion nuestra: celebrémosla, vuelvo á decir, no en comilonas ni embriagueces, no en juegos y diversiones, sino en piadosas oraciones, en alabanzas divinas, en accion de gracias, en un júbilo del corazon, en que no sola la mente, sino tambien el cuerpo craso y pesado se haga participante de esta tan grande alegría. Porque si Dios se anonadó y abatió en este dia por nosotros, de modo que parece sale como fuera de sí mismo, ¿cómo corresponde dignamente á la grandeza de este admirable beneficio aquel que de gozo y admiracion no sale fuera de sí? Mas yo bien veo cuán alejados estamos de la correspondencia y agradecimiento á este oficio, nosotros que nos parece haber satisfecho á esta solemnidad tan grande con soltar todas las riendas á los juegos, á las comilonas y á la alegría puramente carnal; de modo que nos puede cuadrar y se nos puede aplicar con razon aquel dicho del Profeta [1]: La cítara, la lira y tambor, y el vino en vuestros convites, y no mirais la obra del Señor, ni considerais las hechuras de sus manos. Por esta causa, pues, hermanos mios, como poco antes he dicho, hoy acaso tenemos tantos motivos de llorar como de alegrarnos; porque cuanto es mas sublime el misterio y mayor el beneficio, tanto mas execrable es el vicio de un ánimo ingrato y desidioso. Por este título dice el Profeta [2]: Multiplicaste la gente, mas no engrandeciste la alegría. Y siendo muchos los que han logrado su salvacion por este beneficio, no obstante habrá otros muchos, que despreciando voluntariamente la salud que se les ofrece, dan á la Iglesia materia no de alegría, sino de tristeza. Esforcémonos, pues, hermanos mios, por celebrar en la vida presente esta solemnidad con una tal prontitud de ánimo, con tal devocion y regocijo espiritual, que merezcamos en la vida venidera celebrarla eternamente con los bienaventurados: concediéndonoslo Nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por infinitos siglos de los siglos. Amen.

[1] Isai. V. — [2] Isai. IX.

ESQUELETO DEL SERMON III

DE LA NATIVIDAD

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Evangelizo vobis gaudium magnum, quod erit omni populo, quia natus est vobis hodie Salvator, qui est Christus Dominus. (Luc. II, 10, 11).

Os traigo una nueva, que será de grande alegria para todo el pueblo, y es que hoy os ha nacido un Salvador, que es el Cristo del Señor.

1. Esta es la gran nueva esperada... anunciada... figurada... deseada... preparada...

2. Ya ha llegado el que habia de venir... Una vírgen concibió y parió...

3. ¡Qué bienes tan grandes se anuncian á los hombres! ¡Qué noche tan feliz aquella!...

4. Para participar de esas alegrías es preciso esforzarse á participar de los favores del recien nacido.

5. ¿Cuáles son esos beneficios? Jesús viene á dar gloria á Dios, y paz á los hombres.

Primera parte: Jesús da á Dios la gloria que le habian querido quitar los hombres.

6. El hombre debia á Dios su adoracion, su amor, y el sacrificio de su razon... Idolatría... Sinagoga... Filosofía...

7. ¿A qué excesos no llegó el culto de la idolatría? Se inficionó toda la tierra.... La multitud de las divinidades igualó á la de las pasiones...

8. Cada siglo, desde la creacion, habia añadido nuevas impiedades... Ídolos de Roma...

9. Á pesar de la universal corrupcion, Dios queria salvar á los hombres... Les envió el Verbo hecho carne...

10. Jesús devuelve al Padre los honores que hasta entonces le habia negado el mundo... Desde entonces el Dios desconocido es adorado, aun en Atenas... En todas partes hay desde entonces fieles que le adoran en espíritu y verdad.

11. ¿Nos alcanza á nosotros este beneficio? No adoramos ya vanos ídolos, es verdad, pero... Nuestras pasiones son nuestros dioses...

12. Aquella infeliz criatura... Aquella vergonzosa intemperancia... Aquella... Estos son vuestros ídolos. ¿De qué sirve conocer á un solo Dios, si dais culto á otras divinidades?...

13. Jesús da gloria á su Padre formándole verdaderos adoradores á diferencia de los de la Sinagoga.

14. Dios era conocido en Judea, es verdad. No habia allí ídolos... pero toda su religion se limitaba á ceremonias exteriores... Honraban á Dios con los labios, pero su corazon...

15. Jesús vino á desengañar á la Judea... Le enseñó que á Dios solo se le adora amándole.

16. Pero ¿no subsiste aun entre nosotros el error de la Sinagoga? ¿Á qué se reduce todo nuestro culto? ¿Acompaña á nuestros ejercicios de devocion un corazon puro, una fe viva y una caridad sin fingimiento?...

17. La religion de que nos gloriamos no es para la mayor parte de los fieles sino un culto superficial... Mas que en la Sinagoga subsisten aun entre nosotros las magníficas exterioridades...

18. No tomamos parte en el segundo beneficio de Jesús... Hemos hecho un culto absolutamente farisáico... Con él nos hacemos mas culpables...

19. Errores de la filosofía sobre la Divinidad.

20. Jesús dió gloria á su Padre enseñándonos que la fe es la fuente de las verdaderas luces, y el sacrificio de la razon el primer paso de la filosofía cristiana.

21. No bastaba que el hombre renunciase á la idolatría y sacrificase á Dios su vida y su amor; debia tambien sacrificarle su razon para emanciparle de la orgullosa ciencia de los filósofos.

22. Solo con este sacrificio puede y pudo hallar la verdad, inútilmente buscada antes de la venida del Hombre-Dios.

23. Mas ¿dónde están los fieles que sacrifican á la fe su razon entera?... No hablo de los impíos; estos...

24. Hablo de la mayor parte de los fieles... Hablo de aquellos cuya vida y creencias guardan tan poca armonía con la verdadera fe... Pitonisa de Saul... Oráculos de Delfos y Dodona... Hablo...

25. Así usurpamos á Dios la gloria que le dió su Hijo hecho hom-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

bre. De todo dudamos... Queremos que Dios piense como el hombre... Sin perder la fe, la dejamos debilitar en nosotros... Las costumbres se corrompen... Los vicios se multiplican...

Segunda parte: Jesús da á los hombres la paz que ellos se habian quitado á sí mismos.

26. Al venir el Príncipe de la paz, reinaba esta en toda la tierra. La misma Roma, bajo la autoridad de un César, hallaba en su esclavitud la paz de que carecia en su libertad.

27. Esta era una paz exterior, una falsa apariencia de paz... Bajo de ella el hombre permanecia siempre el mismo, agitado, combatido... Vanamente se preciaban los filósofos...

28. Jesucristo nos trae la verdadera paz... Destruye las raíces de todas nuestras agitaciones con su gracia, con su doctrina y ejemplo.

29. ¿Qué guerras no habia encendido en la tierra la soberbia? No gozaba mas tranquilidad el hombre bajo que el público... La soberbia era el fatal escollo del reposo y de la felicidad de los hombres.

30. Con su venida humilde Jesucristo estableció en la tierra la paz que la soberbia habia desterrado de ella.

31. En el espectáculo de su nacimiento se junta todo lo que puede confundir la soberbia humana.

32. Y con todo eso ¿quién disfruta ahora esta feliz paz? ¿Dónde la hallaréis? ¿En las ciudades... casas... palacios de los reyes... en el santuario?... ¡Oh paz de Jesucristo! ¿quién podrá introducirte en el corazon del hombre?

33. No habian excitado menos turbaciones que la soberbia los impuros deseos de la carne... ¿Qué diluvio de males no derramaron sobre la tierra?...

34. Jesucristo nació de una Madre vírgen... Con esto solo ya dió honor á una virtud desconocida en el mundo...

35. Ensalzó nuestra carne... Hízola templo de Dios... Y nosotros ¿no profanamos aun este santo templo?... ¿No turba aun la vergonzosa pasion la paz del universo, la del indivíduo?... Haced que renazca Jesucristo en vuestro corazon...

36. Jesucristo une á los gentiles con los judíos... De todos los pueblos hace un solo pueblo... Antes se exterminaban como bestias feroces... Todo los dividia...

37. Jesucristo fue nuestra paz, la piedra angular que une y ata todo el edificio...

38. Pero ¿ha bastado esto para unirnos entre nosotros mismos? ¡Ah! los hijos del falso profeta están en paz, y los hijos de la paz tienen continuamente en la mano el hierro y el fuego... Los reyes se levantan contra los reyes..., los pueblos...

39. Aun mas. Los rencores dividen á los ciudadanos como á los pueblos... Las venganzas se perpetúan en las familias... ¡Oh católicos, vino Jesús en balde á la tierra! Unámonos, pues, con Jesucristo que nace...

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON III

DE LA NATIVIDAD

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Evangelizo vobis gaudium magnum, quod erit omni populo, quia natus est vobis hodie Salvator, qui est Christus Dominus. (Luc. II, 10, 11).

Os traigo una nueva, que será de grande alegria para todo el pueblo, y es que hoy os ha nacido un Salvador, que es el Cristo del Señor.

1. Esta es la gran nueva que ya ha cuatro mil años esperaba el mundo; el gran suceso que habian anunciado tantos Profetas; figurado en tantas ceremonias; deseado de tantos justos, y que toda la naturaleza parece prometia y aceleraba con la universal corrupcion que se habia introducido en toda la carne. Este es el gran beneficio que la bondad de Dios preparaba á los hombres, despues que la infidelidad de nuestro primer padre nos sujetó á todos al pecado y á la muerte.

2. El Salvador, el Ungido y el Señor, se manifiesta por último en la tierra; las nubes producen al justo; la estrella de Jacob aparece en el universo; sale el cetro de Judá y ya ha llegado el que habia de venir; ya se cumplieron los tiempos misteriosos; el Señor ha manifestado la señal que prometió á Judea; una vírgen concibió y ya ha parido; y de Belen sale el conductor que debe instruir y gobernar á Israel.

3. ¡Qué bienes tan grandes se anuncian á los hombres, católicos, con este nacimiento! No hubiera sido anunciado, esperado, deseado por tantos siglos: no hubiera formado la religion de tantos pueblos, ni sido el objeto de todas las profecías, la manifestacion de todas las figuras, el único fin de todos los pasos de Dios hácia los hombres, si no fuera la mayor señal de amor que podia darles. ¡Qué noche tan feliz aquella en que sucedió este divino parto! Vió resplandecer la luz del mundo entre sus tinieblas; en el cielo resuena la alegría y los cánticos de accion de gracias.

4. Pero, católicos, para participar de las alegrías que este nacimiento esparce en el cielo y en la tierra, es necesario participar tambien de los favores que nos trae: la comun alegría se funda en la comun salud que nos ofrece; y si no obstante estos socorros nos obstinamos en perecer, la Iglesia llora por nosotros, y juntamos el luto y la tristeza al gozo que inspira una nueva tan feliz.

5. ¿Cuáles son, pues, los inestimables beneficios que esta nueva trae á los hombres? Los mismos celestiales espíritus vienen hoy á anunciarlos á los pastores: viene, dicen, á dar gloria á Dios y paz á los hombres; y en esto se descubre todo el fondo de este misterio; á Dios la gloria que le habian querido quitar los hombres; á los hombres la paz que ellos se habian quitado á sí mismos. Imploremos, etc.: *Ave María.*

Primera parte.

6. El hombre solo fue colocado en la tierra para tributar al Autor de su ser la gloria y los respetos que le son debidos: todas las cosas le acordaban esta obligacion; pero todo cuanto debia servir para acordársela, solo servia de desviarle mas de ella. Debia el hombre á su majestad suprema su adoracion y sus respetos; á su bondad paternal su amor; á su sabiduría infinita el sacrificio de su razon y de sus luces. Estas obligaciones grabadas en lo íntimo de su corazon y nacidas con él, le eran continuamente anunciadas por todas las criaturas: no podia ni escucharse á sí mismo, ni escuchar á cuanto le rodeaba sin oirlas en todas partes: con todo eso las olvida, las echa fuera de su corazon; no contempla en la obra el honor y culto debido al Artífice soberano; en los beneficios que le hace, el amor debido á su bienhechor; en la oscuridad de los efectos naturales, la imposibilidad de sondear los secretos de Dios y la desconfianza con que debe vivir de sus propias luces: la idolatría tributaba á las criaturas el culto que el Criador se habia reservado para sí: la Sinagoga le honraba con la boca, limitando á un culto exterior, poco digno del Señor, el amor que le debia: la filosofía erraba en sus discursos, media las luces de Dios por las del hombre, y creia que la razon, que no se conoce á sí misma, podia conocer todas las verdades. Estas tres heridas se observaban en la tierra; en una palabra: ni Dios era conocido y glorificado, ni el hombre se conocia á sí mismo.

7. Primeramente: ¿á qué exceso no habia llegado el culto de la idolatría? La muerte exaltaba muy presto á los honores de deidad

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á una persona á quien se amaba; y sus viles cenizas, sobre las que estaba escrita su nada con caractéres indelebles, venian á ser el título de su gloria y de su inmortalidad; el amor conyugal se formó dioses; imitóle el amor impuro y quiso levantar sus altares: la esposa y la enamorada; el esposo y el amante, todos delincuentes, tuvieron templos, sacerdotes y sacrificios: la locura y la corrupcion abrazó un culto tan ridículo y abominable: se inficionó todo el universo; le autorizó el imperio y la majestad de las leyes; se hizo respetable esta extravagancia con la magnificencia de los templos, con el aparato de los sacrificios y con la inmensa riqueza de los simulacros; cada pueblo deseó tener sus dioses: en efecto el hombre ofrecia inciensos á la bestia: los respetos impuros llegaron á ser el culto de las divinidades impuras: las ciudades, las montañas, los campos, los desiertos, todos se mancharon, y vieron los soberbios edificios consagrados á la soberbia, á la impureza, á la venganza: la multitud de divinidades igualó á la de las pasiones: los dioses llegaron á ser cási tantos como los hombres: todo vino á ser Dios para el hombre, sin que el hombre conociese al verdadero Dios.

8. Estaba el mundo cási desde su nacimiento sepultado en el horror de estas tinieblas; cada siglo habia añadido nuevas impiedades; cuanto mas se acercaba el tiempo del Salvador, tanto mas parece que crecia la depravacion entre los hombres: la misma Roma, señora del universo, se habia sujetado á los diferentes cultos de las naciones que habia vencido, y veia levantar dentro de sus muros los diversos ídolos de tantos pueblos subyugados, que mas servian de monumento público á su locura y ceguedad, que á sus victorias.

9. Pero, finalmente, aunque toda la carne habia corrompido su camino, Dios no queria hacer llover su furor sobre los hombres, ni exterminarlos con un nuevo diluvio: queria salvarlos: habia puesto en el cielo la señal de su alianza con el mundo, y esta verdadera señal no era aquel arco tosco, aunque resplandeciente, que se manifiesta en las nubes; era Jesucristo su unigénito Hijo; el Verbo hecho carne; el verdadero sello de la eterna alianza y la sola luz que vino á iluminar todo el mundo.

10. Se manifiesta hoy en la tierra y da á su Padre la gloria que habia querido quitarle la impiedad del culto público; el respeto que le tributa su alma santa, unida al Verbo, desagravia primeramente á su divina Majestad de todos los honores que el mundo le habia hasta entonces negado, por tributarlos á la criatura. Mas gloria da á la divinidad un Hombre-Dios que la adora, que cuanta le habian quitado todos los pueblos idólatras: muy agradable debió ser á Dios este respeto, pues él solo bastó para arruinar la idolatría en la tierra; hizo suspender la sangre de las víctimas impuras; trastornó los altares profanos; hizo callar á los oráculos de los demonios; demolió los ídolos vanos, y mudó sus soberbios templos, que hasta entonces habian servido de asilo á todas las abominaciones, en casas de culto y oracion. De este modo mudó el universo; fue adorado el Dios desconocido, aun en Atenas y en las ciudades que eran mas famosas por su ciencia y política: el mundo reconoció á su Autor: Dios volvió á tomar posesion de sus derechos: se estableció en la tierra un culto digno de su majestad, y tuvo en todas partes fieles que le adorasen en espíritu y en verdad.

11. Este es el primer beneficio del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo y la primera gloria que da á su Padre celestial. Pero, católicos, ¿se extiende á nosotros este grande beneficio? No adoramos ya vanos ídolos: á un Júpiter incestuoso; á una Vénus lasciva; á un Marte vengativo y cruel. Pero ¿es Dios glorificado entre nosotros? ¿No colocamos en su lugar á la fortuna, al deleite, al favor, al mundo con todos sus placeres? Porque todo aquello que amamos mas que á Dios, lo adoramos; todo lo que preferimos á Dios, viene á ser un Dios para nosotros; todo lo que es el solo objeto de nuestros pensamientos, de nuestros deseos, de nuestras aflicciones, de nuestros temores y de nuestras esperanzas, es nuestro culto; y nuestras pasiones son nuestros dioses, á las que sacrificamos el Dios verdadero.

12. ¿Qué ídolos de esta especie no hay aun en el mundo cristiano? Aquella infeliz criatura á quien habeis entregado vuestro corazon; á quien habeis sacrificado vuestros bienes, vuestra fortuna, vuestra gloria, vuestro descanso, y de quien no os pueden separar ni los motivos de religion, ni aun los del mundo, esa es vuestro ídolo. ¿Qué la falta para ser vuestra infame divinidad, pues en vuestros excesos ni aun este nombre la negais? Aquella corte, aquella fortuna que os ocupa, que os posee, á la que entregais todos vuestros cuidados, todos vuestros pasos, todos vuestros movimientos, toda vuestra alma, todas las potencias, y aun vuestra misma vida, esa es vuestro ídolo. ¿La negais acaso alguno de aquellos criminales respetos que os pide, ó que pueden serviros para alcanzar su favor? Aquella vergonzosa intemperancia que envilece vuestro nombre y nacimiento, que desdice aun de vuestras costumbres, que ha

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

anegado y entorpecido vuestros talentos con los excesos del vino y de la embriaguez, que haciéndoos insensibles para todo, solo os deja gusto para los brutales deleites de la mesa, esa es vuestro ídolo; solo contais por vida el tiempo que empleais en ella, y tributais con el corazon mas respetos á esta divinidad infame y despreciable, que con vuestras canciones profanas é insolentes. En otro tiempo las pasiones se formaron dioses; y Jesucristo no ha destruido estos ídolos, sino destruyendo las pasiones que los habian formado: vosotros volveis á levantarlos haciendo revivir las pasiones que habian hecho idólatra al mundo entero, y ¿de qué sirve conocer á un solo Dios si tributais vuestros respetos á otras divinidades? El culto está en el corazon; y si el Dios verdadero no es el Dios de vuestro corazon, poneis en su lugar, como los paganos, á las criaturas viles, y no le dais la gloria que se le debe.

13. No se contenta Jesucristo con manifestar á los hombres el nombre de su Padre, ni con establecer sobre las ruinas de los ídolos el conocimiento del verdadero Dios; sino que le forma adoradores que estimarán en muy poco las exteriores sumisiones, si no las santifica y anima el amor; y que tendrán á la misericordia, á la justicia y á la santidad por las mas dignas ofrendas de Dios, y por el mas magnífico aparato de su culto; que es el segundo beneficio del nacimiento de Jesucristo, y el segundo género de gloria que da á su Padre.

14. Es verdad que, como dice el Profeta, Dios era conocido en Judea: Jerusalen no veia en sus plazas ídolos que usurpasen los respetos al Dios de Israel: *No habia simulacro en Jacob, ni agüero en Israel* [1]. Esta sola porcion de la tierra se habia preservado del universal contagio; pero todo el mérito de su culto consistia en la magnificencia de su templo, en el aparato de sus sacrificios, en la pompa de sus solemnidades, y en la exactitud de sus observancias legales. Toda su religion se limitaba á estas obligaciones exteriores; sus costumbres no eran menos delincuentes; permanecian allí la injusticia, el fraude, la mentira, el adulterio, y todos los vicios; y aun los autorizaban con estas vanas exterioridades de culto: honraban á Dios con los labios, pero el corazon de aquel ingrato pueblo siempre estaba muy distante de él.

15. Vino Jesucristo á desengañar á la Judea de un error tan grosero, tan antiguo y tan injurioso á su Padre; vino á enseñarla que el hombre puede contentarse con solas las exterioridades, pero

[1] Num. XXIII.

que Dios solo mira el corazon; que cualquier respeto exterior con que se le niega este, mas es un insulto y una hipocresía, que un culto verdadero; que es inútil purificar el exterior, si el interior está lleno de infeccion y podredumbre; y que á Dios solo se le adora amándole.

16. Pero ¡ah, católicos! ¿no subsiste aun entre nosotros este error de la Sinagoga, tantas veces reprendido de Jesucristo? ¿Á qué se reduce todo nuestro culto? Á algunas observancias exteriores; á cumplir con ciertas obligaciones públicas, establecidas por la ley; y esta es la religion de los mas prudentes: asisten á los misterios santos, hacen escrúpulos de faltar á las leyes de la Iglesia, rezan algunas oraciones consagradas ya por la costumbre, celebran las solemnidades, y aumentan la multitud que concurre á nuestros templos; y en esto consiste toda su religion. Pero ¿están por ventura desprendidos del mundo y de sus deleites? ¿Están menos ocupados con los cuidados del bien parecer y de la fortuna? mas dispuestos á romper un lazo pecaminoso, ó á huir de las ocasiones en que todos los dias naufraga su inocencia? ¿Acompaña á estos exteriores ejercicios de devocion un corazon puro, una fe viva y una caridad sin fingimiento? No por cierto: todas sus pasiones subsisten siempre con estas obras religiosas, que hacen mas por uso que por religion. Y advertid, católicos, que ninguno de estos se atreveria á faltar del todo á estas obligaciones, á vivir como impío sin profesion alguna de culto, sin cumplir, á lo menos, con algunas obligaciones públicas; tendríanse por anatemas, dignos de los rayos del cielo; al mismo tiempo se atreven á pisar estas santas obligaciones con unas costumbres delincuentes! No les causa horror el inutilizar estas superficiales reliquias de religion con una vida que la Religion condena y aborrece; y no temen la ira de Dios, continuando en las culpas que la provocan, y limitando todo el culto que se le debe, á unos vanos respetos que le insultan.

17. No obstante, ya he dicho que entre todos los mundanos estos son los mas prudentes, y los que parecen mas regulares á los ojos del mundo. No han sacudido aun el yugo, como otros muchos; no tienen la bárbara vanagloria de no creer en Dios; no blasfeman de lo que ignoran, no miran á la Religion como juego é invencion humana; quieren vivir todavía unidos á ella con algunas exterioridades, pero no con el corazon; la deshonran con sus desórdenes; no son cristianos sino en el nombre, y así subsisten aun entre nosotros, mas que antiguamente en la Sinagoga, las magníficas

exterioridades de culto, con la mas profunda y universal depravacion de costumbres que jamás reprendieron los Profetas á la obstinacion é hipocresía de los judíos. De este modo la religion de que nos gloriamos no es para la mayor parte de los fieles sino un culto superficial: de este modo, aquella nueva alianza que debia estar escrita en los corazones, aquella ley de espíritu y de vida que debia hacer á los hombres espirituales, aquel culto interior que debia formar para Dios adoradores en espíritu y verdad, no forma sino fantasmas, adoradores falsos, apariencias de culto; en una palabra, un pueblo como el de los judíos, que le honra con los labios, pero cuyo corazon corrompido, manchado con mil culpas, y ligado con mil pasiones, permanece muy separado de él.

18. Este es el segundo beneficio del nacimiento de Jesucristo en el que nosotros no tenemos parte alguna: vino á destruir un culto puramente exterior, que se limitaba á los sacrificios de los animales y á las observancias legales, y que no daba á Dios la gloria que le es debida, pues no le tributaba los respetos de nuestro amor capaz solo de glorificarle: vino á sustituir á estas vanas apariencias de religion una ley que debe cumplirse entera en nuestro corazon, y un culto en que el primero y principal respeto debe ser el amor á su Padre: con todo eso, este culto santo, este nuevo precepto, este sagrado depósito que nos ha dejado, ha degenerado entre nosotros; hemos hecho un culto absolutamente farisáico, en que no tiene parte alguna el corazon, que no muda nuestras desarregladas inclinaciones, que no influye en nuestras costumbres, y con el que nos hacemos mas culpables y abusamos del beneficio que debiera borrar y purificar todos nuestros delitos.

19. Finalmente, los hombres quisieron tambien quitar á Dios la gloria de su providencia y de su eterna sabiduría. Los filósofos, movidos de la extravagancia de un culto que multiplicaba infinitos dioses, y obligados por solas las luces de la razon á conocer un solo Ser supremo, desfiguraban su naturaleza con mil opiniones ridículas: unos se figuraban un Dios ocioso, metido dentro de sí mismo, gozando de su propia felicidad, que no se dignaba de bajarse á mirar lo que pasaba en la tierra; que en nada tenia á los hombres á quienes habia criado, interesándose tan poco en sus virtudes como en sus vicios, y que dejaba á la casualidad el curso de los siglos y estaciones, la revolucion de los imperios, la suerte de cada particular, la máquina entera del universo y toda la disposicion de las cosas humanas: otros le sujetaban á un fatal enlace de sucesos, haciéndole un Dios sin libertad y sin poder, y al mismo tiempo que le contemplaban como dueño de los hombres le tenian por esclavo de la suerte; siendo entonces los delirios del entendimiento la sola regla de religion y creencia de los que eran tenidos por mas ilustrados y sábios.

20. Jesucristo vino á dar á su Padre la gloria que le habian quitado los vanos discursos de la filosofía: vino á enseñar á los hombres que la fe es la fuente de las verdaderas luces y que el sacrificio de la razon es el primer paso de la filosofía cristiana: vino á fijar las dudas, enseñándonos lo que debemos conocer del Ser soberano y lo que debemos ignorar.

21. No bastaba, pues, que los hombres para glorificar á Dios le sacrificasen su vida como autor de su ser, y renunciasen con esta confesion á la impiedad de la idolatría; que le sacrificasen su amor y su corazon como á su soberana felicidad, y confesasen de este modo la insuficiencia é inutilidad del culto exterior y farisáico de la Sinagoga: era tambien preciso que le sacrificasen su razon como á su sabiduría y á su verdad eterna, y se desengañasen de este modo de las vanas averiguaciones y orgullosa ciencia de los filósofos.

22. El nacimiento, pues, de un Hombre-Dios; la union inefable de nuestra naturaleza con una persona divina, abate toda la razon humana; y este misterio incomprensible propuesto á los hombres como toda su ciencia, toda su verdad, toda su filosofía, toda su religion, les hace desde luego conocer que la verdad que hasta entonces habian buscado inútilmente, debe buscarse, no con vanos esfuerzos, sino con el sacrificio de la razon y de nuestras débiles luces.

23. Pero ¡ay! ¿Dónde están los fieles que sacrifican á la fe su razon entera y que renunciando á sus propias luces bajan los ojos con un silencio de adoracion y de respeto ante las majestuosas tinieblas de la Religion? No hablo de aquellos impíos que aun viven entre nosotros y que no se acuerdan de Dios; estos deben ser entregados al horror y á la indignacion de todo el universo que conoce y adora una Divinidad; ó al horror de su propia conciencia, la que aun contra su voluntad la invoca y llama en secreto cuando al mismo tiempo se están ellos exteriormente gloriando de no conocerla.

24. Hablo de la mayor parte de los fieles, que cási forman de la Divinidad una idea tan falsa y humana como antiguamente formaban los filósofos paganos; que no cuentan con ella respecto de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los sucesos de la vida; que viven como si la casualidad ó el capricho de los hombres decidiese de todas las cosas de la tierra; y que solo conocen á la felicidad y á la desgracia como las dos únicas divinidades que gobiernan el mundo y que presiden á todo lo que pasa en la tierra: hablo de aquellos hombres de poca fe, que léjos de adorar los futuros secretos ocultos en los profundos é impenetrables consejos de la Providencia, van á buscarlos en las ridículas y pueriles predicciones, que atribuyen al hombre una ciencia que Dios se reservó para sí solo: esperan con una necia persuasion en las locuras de un falso profeta sucesos y revoluciones que deben decidir de la suerte de los pueblos é imperios: fundan sobre esto vanas esperanzas para sí mismos, y renuevan ó las extravagancias de los agoreros y arúspices paganos, ó la impiedad de la Pitonisa de Saul y los oráculos de Delfos y Dodona: hablo de los que quisieran ver claramente los eternos caminos de Dios acerca de nuestros destinos, y que no pudiendo con solas las fuerzas de la razon resolver las insuperables dificultades de los misterios de la gracia en órden á la salvacion de los hombres, en vez de exclamar con el Apóstol: *¡Oh profundidad de la sabiduría y ciencia de Dios!* están tentados á creer, ó que Dios no se mezcla en nuestra salvacion, ó que es inútil el que nosotros cuidemos de ella: hablo de aquellas personas secuaces del mundo, que aplauden y tienen por convincentes aun las mas débiles y fútiles razones que la incredulidad opone á la fe; que titubean con cualquiera duda frívola que les propone el impío; que parece se alegrarian de que la Religion fuese falsa, y que les hace menos fuerza el respetable peso de las pruebas que confunden á un entendimiento soberbio y confirman la verdad, que un discurso aéreo que la impugna, en el que por lo regular no se halla mas fondo que el atrevimiento de la impiedad y de la blasfemia: finalmente, hablo de muchos fieles que dejan para el pueblo la creencia de tantos prodigios como nos ha conservado la historia de la Religion; que parece creen que todo lo que excede á las fuerzas de los hombres, excede tambien al poder de Dios; y que niegan los milagros á una religion que está fundada sobre ellos, siendo ella el mayor de todos.

25. De este modo usurpamos nosotros á Dios la gloria que le dió el nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo: este nos enseñó á sacrificar en el incomprensible misterio de su manifestacion en nuestra carne nuestras propias luces y á vivir solo con la fe; fijó las dudas del espíritu humano, y le sacó de los desórdenes y abismos en que se habia precipitado el entendimiento en órden á la verdad

y á la vida; y nosotros la abandonamos y queremos caminar bajo los estandartes de la fe, como antiguamente bajo los estandartes, si es lícito decirlo así, de una flaca razon: nos ponen en alarma los misterios de la fe que oimos; todo lo reformamos; de todo dudamos; queremos que Dios piense como el hombre: sin perder del todo la fe, la dejamos debilitar dentro de nosotros mismos; no usamos de ella, y esta flaqueza de la fe es la que ha corrompido las costumbres, multiplicado los vicios, avivado en todos los corazones el amor de las cosas presentes, apagado el de los bienes futuros, introducido la discordia, el aborrecimiento, la disension entre los fieles, y destruido aquellos primeros rasgos de inocencia, de santidad y caridad que hizo tan respetable el Cristianismo en los primeros tiempos, aun á los que rehusaban sujetarse á él. Pero no solamente el nacimiento de Jesucristo da á Dios la gloria que quisieron usurparle los hombres, sino que tambien da á los hombres la paz que continuamente se quitaban á sí mismos [1]. *Et in terra pax hominibus.*

Segunda parte.

26. Reinaba una paz universal en todo el orbe, cuando Jesucristo, príncipe de la paz [2], vino á la tierra: todas las naciones sujetas al imperio romano sufrian tranquilamente el yugo de aquellos soberbios dueños del mundo: la misma Roma, despues de las guerras civiles que habian despoblado sus murallas, esparcido sus proscritos por las islas y desiertos, é inundado la Asia y la Europa con la sangre de sus ciudadanos, respiraba ya del horror de estas turbaciones; y reunida bajo la autoridad de un César, hallaba en su esclavitud la paz de que no habia podido gozar en su libertad.

27. Estaba, pues, en paz el universo; pero esta era una paz falsa: el hombre, entregado á sus injustas y violentas pasiones, padecia dentro de sí mismo la guerra y disension mas cruel: apartado de Dios, entregado á las inquietudes y furores de su propio corazon, combatido de la multitud y contrariedad eterna de sus desordenadas inclinaciones, no podia hallar la paz, porque no la buscaba mas que en el mismo orígen de sus turbaciones é inquietudes. Los filósofos se preciaban de poderla dar á sus discípulos; pero aunque esta calma universal de las pasiones que ofrecian, fiados en su ciencia, y que anunciaban con tanto énfasis, pudiese repri-

[1] Luc. II, 14. — [2] Isai. VI, 9.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mir los excesos de la ira, dejaba todo el veneno y el tumulto en el corazon; era una paz de soberbia y ostentacion; era una falsa apariencia de paz, pero bajo de esta máscara el hombre permanecia siempre el mismo.

28. Hoy baja Jesucristo á la tierra para traer á los hombres aquella verdadera paz que hasta ahora no habia podido darles el mundo: viene á traer el remedio para el orígen del mal; su divina filosofía no se limita á dar preceptos pomposos, que aunque puedan lisonjear al entendimiento, no curan las heridas del corazon; y como la soberbia, la sensualidad, los rencores y las venganzas habian sido las fatales raíces de todas las agitaciones que habia padecido el corazon del hombre, viene á darles la paz destruyéndolas con su gracia, con su doctrina y ejemplo.

29. Sí, católicos, la soberbia fue la primera raíz de todas las turbaciones que despedazaban el corazon de los hombres. ¿Qué guerras, qué furores no habia encendido en la tierra esta funesta pasion? ¿Con qué arroyos de sangre no habia inundado el universo? ¿Qué otra cosa es la historia de los pueblos, de los imperios, de los príncipes y conquistadores; la historia de todos los siglos y de todas las naciones, sino la historia de las calamidades con que desde el principio del mundo habia la soberbia afligido á los hombres? El mundo no era mas que un teatro lúgubre, en que esta pasion altiva é insensata ofrecia todos los dias las mas sangrientas escenas; pero esto que sucedia en lo exterior no era mas que una imágen de las turbaciones que el hombre soberbio padecia dentro de sí mismo. El deseo de ser ensalzado era tenido por virtud; la moderacion pasaba por cobardía; un hombre solo arruinaba su patria, trastornaba las leyes y las costumbres, hacia infelices á infinitos por usurpar el primer puesto entre sus ciudadanos; y el feliz éxito de su delito le granjeaba los respetos; y su nombre, bañado en la sangre de sus hermanos, era respetado en los anales públicos, donde se conservaba su memoria; y un malvado feliz era el mayor hombre de su siglo. Esta pasion entre el pueblo no era tan ruidosa; pero no por eso era menos furiosa y funesta. No gozaba mas tranquilidad el hombre bajo que el público; cada uno queria adelantarse á sus iguales; el orador y el filósofo se disputaban y usurpaban la gloria, único objeto de sus trabajos y vigilias; y como los deseos de la soberbia son insaciables, el hombre que entonces tenia por honor el entregarse todo á ella, como no hallaba en ella cosa en que poder fijarse, tampoco podia estar pacífico y tranquilo. La soberbia, que era la única raíz del honor y de la gloria humana, era el fatal escollo del reposo y de la felicidad de los hombres.

30. El nacimiento de Jesucristo, enmendando este error en el mundo, estableció en él la paz que la soberbia habia desterrado de la tierra: bien pudo manifestarse á los hombres con todas las señales de resplandor que le atribuyeron los Profetas: bien pudo tomar los pomposos títulos de conquistador de Judá, de legislador de los pueblos, de Salvador de Israel: Jerusalen hubiera conocido por estos gloriosos caractéres al que esperaba; pero Jerusalen no veria en estos títulos mas que una gloria humana, y Jesucristo vino á desengañarla y enseñarla que esta gloria es nada; que semejante esperanza no era digna de los oráculos de tantos profetas como la habian anunciado; que el Espíritu Santo, que fue quien los inspiró, no pudo prometer á los hombres mas que santidad y bienes eternos; que todos los demás bienes, en vez de hacerlos felices, multiplicaban sus desgracias y pecados: y que su visible ministerio solo corresponderia á las pomposas promesas con que tantos siglos antes le anunciaban, porque seria absolutamente espiritual y solo se propondria la salvacion de todos los hombres.

31. Por eso nace en Belen en un estado pobre y despreciable, sin pompa alguna exterior, aquel Señor cuyo nacimiento celebraba al mismo tiempo la milicia celestial con cánticos; sin título alguno que le distinga entre los hombres, el que era sobre todo el poder y sobre todos los principados: permite que se escriba su nombre con el de los mas oscuros vasallos del César, aquel cuyo nombre era sobre todo nombre, y el que solo tenia derecho de escribir el nombre de sus escogidos en el libro de la eternidad. Solos los pastores sencillos y rústicos vienen á tributar respetos á aquel en cuya presencia debe doblar la rodilla cuanto hay grande en el cielo, en la tierra y en los infiernos; finalmente, en este espectáculo de su nacimiento se junta todo lo que puede confundir la soberbia humana. Si los títulos, la elevacion, las prosperidades, hubieran podido hacernos felices en la tierra y dar la paz á nuestro corazon, Jesucristo se hubiera manifestado revestido de estos bienes y se los hubiera dado á sus discípulos; pero nos trajo la paz despreciándolos y enseñándonos á que nos despreciásemos á nosotros mismos. Viene á hacernos felices, viniendo á reprimir los deseos que hasta entonces habian sido causa de nuestras inquietudes. Viene á manifestarnos los bienes mas verdaderos y durables, los que solo son capaces de calmar nuestros corazones, de llenar nuestros deseos y de aliviar nuestras penas;

unos bienes que no pueden quitarnos los hombres y que con solo amarlos y desearlos los poseemos.

32. Pero con todo eso ¿quién disfruta de esta feliz paz? ¿Son por ventura menores despues de su nacimiento las guerras, las turbaciones y los furores? ¿Están mas pacíficos los imperios y Estados que le adoran? ¿Excita menos tumultos y confusiones entre los hombres la soberbia á quien vino á aniquilar? Buscad entre los cristianos esta paz que debiera ser su herencia. ¿En dónde la hallaréis? ¿Acaso en las ciudades? La soberbia todo lo pone en ellas en movimiento; cada uno quiere ser mas que sus antepasados; para uno á quien eleva la fortuna, hay mil desgraciados que siguen sus pisadas sin poder llegar á donde el otro. ¿En el recinto de las casas? En ellas no se oculta otra cosa mas que cuidados é inquietudes; y el padre de la familia, continuamente ocupado mas en el adelantamiento que en la educacion cristiana de los suyos, les deja por herencia sus agitaciones é inquietudes, las que ellos tambien dejarán á sus descendientes. ¿En los palacios de los reyes? En ellos una desmesurada ambicion corroe y consume todos los corazones: en ellos bajo un exterior de alegría y tranquilidad se mantienen las mas violentas y amargas pasiones; en ellos es donde parece que reside la felicidad, y donde la soberbia hace mas infelices y descontentos. ¿En el santuario? ¡Ah! sin duda que este debiera ser el asilo de la paz, pero aun en este santo lugar ha entrado la ambicion; buscan algunos en él mas la elevacion que el ser útil á los fieles; las dignidades santas de la Iglesia son, como las del siglo, premio de la solicitud y de los engaños; la religiosa circunspeccion del príncipe no puede contener las pretensiones y ocultos manejos; obsérvase la misma solicitud de pretenderlas, la misma tristeza cuando no se acuerdan de nosotros, la misma envidia contra los que son preferidos; un ministerio que no debia aceptarse sino temblando, se pretende con audacia; nos sentamos en el templo de Dios sin que su divina mano nos haya puesto en el asiento; nos ponemos al frente del rebaño sin consentimiento de su dueño, y sin que nos haya dicho como á Pedro: *Apacienta mis ovejas* [1]. Y como nos encargamos de este cuidado sin vocacion y sin talento, le gobernamos sin edificacion y sin fruto, y aun muchas veces con escándalo. ¡Oh paz de Jesucristo, que excedes á toda capacidad, y que sola eres el remedio de las disensiones que continuamente excita la soberbia en nuestros corazones! ¿quién podrá introducirte en el del hombre?

[1] Joan. XXI, 18.

33. Pero en segundo lugar: si las inquietudes de la soberbia habian desterrado la paz de la tierra, no habian excitado menos turbaciones en ella los impuros deseos de la carne. El hombre, no acordándose de la excelencia de su naturaleza y de la santidad de su orígen, se entregaba sin escrúpulo, como las bestias, al ímpetu de este brutal instinto; siendo esta en su corazon la mas violenta y universal de sus inclinaciones, la tenia tambien por la mas inocente y legítima, y aun para autorizarla mas, formó de ella culto y se hizo dioses impuros, en cuyos templos este infame vicio era el solo respeto que honraba sus altares. Un filósofo, aunque por otra parte el mas sábio entre los paganos, temiendo que el matrimonio sirviese de freno á esta deplorable pasion, quiso destruir este sagrado lazo, permitiendo una brutal confusion entre los hombres, como entre los animales, y que el linaje humano solo se multiplicase á costa de maldades: cuanto mas universal era este vicio, tanto mas perdia de este nombre, y con todo eso, ¿qué diluvio de males no derramó sobre la tierra? ¿Con qué furores no armó los pueblos contra los pueblos, los reyes contra los reyes, la sangre contra la sangre, los hermanos contra los hermanos? En todas partes introdujo la confusion y la rabia, é hizo temblar al universo: las ruinas de las ciudades, las reliquias de los imperios mas florecientes, los cetros y las coronas trastornadas, eran los públicos y lúgubres monumentos que levantaba cada siglo, para conservar, al parecer, á las futuras edades la memoria y la tradicion funesta de las calamidades con que este vicio habia continuamente afligido al género humano: él mismo era un fondo inagotable de confusiones y pesares para el hombre que se entregaba á él sin medida: prometia la paz y los placeres, pero siempre le seguian los celos, las sospechas, los furores, los excesos, los disgustos, las inconstancias y los tristes pesares: llegó á tanto exceso, que se vió autorizado con las leyes, con la religion y con el universal ejemplo, de modo, que aun en aquellos siglos de oscuridad y corrupcion, solo el amor al sosiego pudo apartar de él á un corto número de sábios.

34. Pero este motivo era muy débil para detener el impetuoso curso, y apagar el fuego en los corazones de los hombres: habia necesidad de mas poderoso remedio, y este fue el nacimiento del Salvador, que vino á sacar los hombres de aquel abismo de corrupcion, para que quedasen puros y sin mancha; á desatarlos de

aquellos vergonzosos lazos, y á darles la paz, restituyéndoles la libertad y la inocencia que les habia quitado la servidumbre y tiranía de este vicio. Nació de una madre vírgen, y la mas pura de todas las criaturas; con esto solo ya dió honor á una virtud desconocida en el mundo, y á la que aun su mismo pueblo miraba como oprobio. Además, uniéndose á nosotros se hizo nuestra cabeza, nos incorporó consigo mismo, nos hizo miembros de su místico cuerpo; de aquel cuerpo que recibe el influjo y la vida de él mismo; de aquel cuerpo en el que son santos todos los miembros; que debe estar sentado á la diestra de Dios vivo, y glorificarle por todos los siglos.

35. Ved, católicos, á qué grado de honor ensalzó Jesucristo nuestra carne en este misterio. Hízola templo de Dios, santuario del Espíritu Santo, parte de un cuerpo en que reside la plenitud de la Divinidad, el objeto de la complacencia y amor de su Padre. Pero nosotros ¿no profanamos aun este santo templo? ¿No hacemos aun servir á la ignominia los miembros de Jesucristo? ¿Respetamos acaso nuestra carne, desde que es una porcion santa de su cuerpo místico? ¿No ejerce aun esta pasion vergonzosa la misma tiranía sobre los cristianos, esto es, sobre los hijos de la santidad y de la libertad? ¿No turba aun la paz del universo, la tranquilidad de los imperios, el sosiego de las familias, el órden de la sociedad, la buena fe de los matrimonios, la inocencia de los comercios y la suerte de cada particular? ¿No ofrece aun todos los dias al mundo espectáculos trágicos? ¿Respeta los mas sagrados vínculos, ni los mas respetables caractéres? ¿Hace caso de ninguna obligacion? ¿Cuenta ni aun con los respetos? ¿No hace aun de la misma sociedad una confusion terrible, en la que la costumbre ha borrado todas las reglas? Vosotros los que me escuchais, decidme, ¿de dónde os han venido todas las desgracias y pesares de vuestra vida? ¿No es de esta deplorable pasion? ¿No es ella la que ha arruinado vuestra fortuna, la que ha introducido las inquietudes y divisiones aun en el recinto de vuestra casa, la que ha consumido el patrimonio de vuestros padres, la que ha deshonrado vuestro nombre, arruinado vuestra salud, y os ha hecho pasar una vida triste é ignominiosa en la tierra? ¿No es á lo menos la que actualmente despedaza vuestro corazon, cuya posesion tiene? ¿Qué es lo que hay dentro de vosotros, sino una tumultuaria revolucion de temores, de deseos, de celos, de desconfianzas, de disgustos, de atrocidades, de despechos, de pesares y de furores? ¿Habeis tenido un instante de paz desde que esta pasion manchó vuestra alma y se introdujo á turbar todo el reposo de vuestra vida? Haced que renazca Jesucristo en vuestro corazon, porque él solo puede ser vuestra verdadera paz; arrojad los espíritus impuros y estará pacífica la casa de vuestra alma. Haceos hijos de gracia, pues la inocencia es sola la raíz de la tranquilidad.

36. Finalmente, el nacimiento de Jesucristo reconcilia á los hombres con su Padre, une á los gentiles con los judíos, destruye todas las odiosas distinciones de griego y de bárbaro, de romano y de escita; apagó todas las enemistades y todos los rencores; de todos los pueblos hizo uno solo: de todos los discípulos un corazon y una alma, último género de paz que vino á traer á los hombres. No estaban estos unidos antes, ni por el culto, ni por una comun esperanza, ni por la nueva alianza que en un enemigo nos manifiesta un hermano; cási se miraban como criaturas de diferente especie: la diversidad de religiones, de costumbres, de países, de idiomas, de intereses, parece que habia diversificado entre ellos la misma naturaleza; apenas se conocian mútuamente por la figura de hombres, que era la sola señal de union que aun les quedaba: exterminábanse como bestias feroces; ponian su gloria en despoblar la tierra de sus semejantes y en llevar en triunfo sus cabezas ensangrentadas, como ilustres monumentos de sus victorias: parece que se podia decir que todos descendian de diversas criaturas irreconciliables: ocupados siempre en destruirse, parece que no habian venido á la tierra mas que á vengar su querella y á terminar sus diferencias con la extincion universal de uno de los dos partidos. Todo dividia á los hombres, solamente los unian las pasiones é intereses, los que eran la única raíz de su division y discordia.

37. Pero Jesucristo fue nuestra paz, nuestra reconciliacion, la piedra angular que une y ata todo el edificio, la cabeza vivificadora que une todos sus miembros, y hace de ellos un solo cuerpo: todo lo que nos une con él, nos une entre nosotros: uno mismo es el espíritu que nos anima, la esperanza que nos sostiene, el pecho que nos cria, la cuna que nos junta y el pastor que nos guarda. Somos hijos de un mismo Padre, herederos de unas mismas promesas, ciudadanos de la misma eterna ciudad y miembros de un mismo cuerpo.

38. Ahora bien, católicos, tantos sagrados lazos ¿han bastado para unirnos entre nosotros mismos? El Cristianismo que no debia ser mas que la union de los corazones, el lazo de los fieles entre sí

y de Jesucristo con los fieles, que debia figurar en la tierra la paz del cielo; este Cristianismo no es mas que un teatro fatal de disensiones y guerras: la guerra y el furor parece han establecido entre los cristianos una eterna mansion; la Religion, que debia unirlos, es la que los divide; el infiel, el enemigo de Jesucristo, los hijos del falso profeta que no vino á traer mas que la guerra y el exterminio entre los hombres, están en paz, y los hijos de la paz, los discípulos de aquel Señor que vino hoy á traerla á los hombres, tienen continuamente en la mano el hierro y el fuego para valerse de ellos unos contra otros; los reyes se levantan contra los reyes, los pueblos contra los pueblos; los mares que los separan, los reunen para que se destruyan: un vil monton de piedra excita su furor y su venganza, y las naciones enteras van á perecer y sepultarse debajo de sus murallas para disputar á quién han de pertenecer sus ruinas. No basta la tierra á contenerlos ni para mantener á cada uno dentro de los límites que la misma naturaleza parece habia puesto á los Estados é imperios. Cada uno quisiera usurpar algo á su vecino, y un miserable campo de batalla que apenas puede servir de sepultura á los que le han disputado, es el premio de los arroyos de sangre con que queda teñido para siempre. ¡Oh divino Reconciliador de los hombres, volved otra vez á la tierra, pues la paz que naciendo nos trajísteis, padece aun tantas guerras y calamidades en el universo!

39. Aun mas. El recinto de las ciudades que nos une bajo de unas mismas leyes no une los corazones ni los afectos; los rencores y los celos dividen á los ciudadanos del mismo modo que á las naciones; las venganzas se perpetúan en las familias, y los padres se las dejan á los hijos como una herencia de maldicion. Por mas que la autoridad del príncipe desarme el brazo, no desarma los corazones: por mas que quite la espada de las manos, se hiere al enemigo mucho mas cruelmente con la espada de la lengua. El rencor, obligado á encerrarse en lo interior, se hace mas profundo y mas amargo, y el perdonar es una flaqueza que afrenta. ¡Oh católicos, vino Jesucristo en balde á la tierra! Vino á traernos la paz y dejárnosla como herencia suya; ninguna cosa nos encargó tanto como el que nos amásemos, y parece que la union y la paz han sido desterradas de entre nosotros. Los rencores dividen aun la corte; la ciudad, las familias, y aquellos á quienes los puestos, los intereses del Estado, la cortesía ó á lo menos la sangre debiera unir, se despedazan, se consumen, quisieran destruirse y levantarse los unos

sobre las ruinas de los otros: la Religion, que en nuestros enemigos nos representa nuestros hermanos, no es oida: la amenaza que nos hace esperar el que Dios use con nosotros la misma severidad que nosotros usamos con nuestros hermanos, no nos mueve; y todos estos motivos tan capaces de ablandar el corazon, dejan aun en él toda la amargura del rencor. Vivimos tranquilamente en este horroroso estado. La equidad de nuestras quejas contra nuestros enemigos calma en nosotros la injusticia de nuestro rencor y del aborrecimiento que les tenemos; y si acaso estando para morir nos reconciliamos con ellos, no es porque los amemos, sino porque el corazon en aquel estado no tiene ya fuerzas para aborrecerlos. Es porque ya están cási apagados todos nuestros sentidos, ó á lo menos porque no sentimos ya mas que nuestro próximo desfallecimiento y extincion. Unámonos, pues, con Jesucristo que nace; contemplemos el espíritu de este misterio; demos con él á Dios la gloria que le es debida. Este es el solo medio de darnos á nosotros la paz, que hasta ahora nos han quitado nuestras pasiones. Amen.

ASUNTOS

PARA LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

I. *Humiliavit semetipsum.* (Philip. II). San Lorenzo Justiniani descubre en Dios nuestro Redentor, en el acto de nacer hombre, tres profundas humillaciones: humillacion de naturaleza con respecto al Padre; humillacion de persona con respecto á sí mismo, y humillacion de dignidad con respecto á nosotros: *Christus nascens humiliavit semetipsum relate ad Patrem, relate ad se, relate ad homines.* (Lib. de triumph. agon. Chr.). Cristo era Dios por razon de su naturaleza, y naciendo, se humilló hasta la condicion de hombre. Cristo era hijo por razon de su persona, y naciendo, se humilló hasta la condicion de siervo. Cristo era rey por razon de su dignidad, y naciendo, se humilló hasta la condicion de súbdito. Un Dios se hace hombre: humillacion de Jesús en su naturaleza con respecto á su Padre. Un hijo se convierte en siervo: humillacion de Jesús en su persona con respecto á sí mismo. Un rey se convierte en súbdito: humillacion de Jesús en su dignidad con respecto á nosotros.

II. *Reclinavit eum in præsepio.* (Luc. II). Jesucristo, al nacer

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y de Jesucristo con los fieles, que debia figurar en la tierra la paz del cielo; este Cristianismo no es mas que un teatro fatal de disensiones y guerras: la guerra y el furor parece han establecido entre los cristianos una eterna mansion; la Religion, que debia unirlos, es la que los divide; el infiel, el enemigo de Jesucristo, los hijos del falso profeta que no vino á traer mas que la guerra y el exterminio entre los hombres, están en paz, y los hijos de la paz, los discípulos de aquel Señor que vino hoy á traerla á los hombres, tienen continuamente en la mano el hierro y el fuego para valerse de ellos unos contra otros; los reyes se levantan contra los reyes, los pueblos contra los pueblos; los mares que los separan, los reunen para que se destruyan: un vil monton de piedra excita su furor y su venganza, y las naciones enteras van á perecer y sepultarse debajo de sus murallas para disputar á quién han de pertenecer sus ruinas. No basta la tierra á contenerlos ni para mantener á cada uno dentro de los límites que la misma naturaleza parece habia puesto á los Estados é imperios. Cada uno quisiera usurpar algo á su vecino, y un miserable campo de batalla que apenas puede servir de sepultura á los que le han disputado, es el premio de los arroyos de sangre con que queda teñido para siempre. ¡Oh divino Reconciliador de los hombres, volved otra vez á la tierra, pues la paz que naciendo nos trajísteis, padece aun tantas guerras y calamidades en el universo!

39. Aun mas. El recinto de las ciudades que nos une bajo de unas mismas leyes no une los corazones ni los afectos; los rencores y los celos dividen á los ciudadanos del mismo modo que á las naciones; las venganzas se perpetúan en las familias, y los padres se las dejan á los hijos como una herencia de maldicion. Por mas que la autoridad del príncipe desarme el brazo, no desarma los corazones: por mas que quite la espada de las manos, se hiere al enemigo mucho mas cruelmente con la espada de la lengua. El rencor, obligado á encerrarse en lo interior, se hace mas profundo y mas amargo, y el perdonar es una flaqueza que afrenta. ¡Oh católicos, vino Jesucristo en balde á la tierra! Vino á traernos la paz y dejárnosla como herencia suya; ninguna cosa nos encargó tanto como el que nos amásemos, y parece que la union y la paz han sido desterradas de entre nosotros. Los rencores dividen aun la corte; la ciudad, las familias, y aquellos á quienes los puestos, los intereses del Estado, la cortesía ó á lo menos la sangre debiera unir, se despedazan, se consumen, quisieran destruirse y levantarse los unos

sobre las ruinas de los otros: la Religion, que en nuestros enemigos nos representa nuestros hermanos, no es oida: la amenaza que nos hace esperar el que Dios use con nosotros la misma severidad que nosotros usamos con nuestros hermanos, no nos mueve; y todos estos motivos tan capaces de ablandar el corazon, dejan aun en él toda la amargura del rencor. Vivimos tranquilamente en este horroroso estado. La equidad de nuestras quejas contra nuestros enemigos calma en nosotros la injusticia de nuestro rencor y del aborrecimiento que les tenemos; y si acaso estando para morir nos reconciliamos con ellos, no es porque los amemos, sino porque el corazon en aquel estado no tiene ya fuerzas para aborrecerlos. Es porque ya están cási apagados todos nuestros sentidos, ó á lo menos porque no sentimos ya mas que nuestro próximo desfallecimiento y extincion. Unámonos, pues, con Jesucristo que nace; contemplemos el espíritu de este misterio; demos con él á Dios la gloria que le es debida. Este es el solo medio de darnos á nosotros la paz, que hasta ahora nos han quitado nuestras pasiones. Amen.

ASUNTOS

PARA LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

I. *Humiliavit semetipsum.* (Philip. II). San Lorenzo Justiniani descubre en Dios nuestro Redentor, en el acto de nacer hombre, tres profundas humillaciones: humillacion de naturaleza con respecto al Padre; humillacion de persona con respecto á sí mismo, y humillacion de dignidad con respecto á nosotros: *Christus nascens humiliavit semetipsum relate ad Patrem, relate ad se, relate ad homines.* (Lib. de triumph. agon. Chr.). Cristo era Dios por razon de su naturaleza, y naciendo, se humilló hasta la condicion de hombre. Cristo era hijo por razon de su persona, y naciendo, se humilló hasta la condicion de siervo. Cristo era rey por razon de su dignidad, y naciendo, se humilló hasta la condicion de súbdito. Un Dios se hace hombre: humillacion de Jesús en su naturaleza con respecto á su Padre. Un hijo se convierte en siervo: humillacion de Jesús en su persona con respecto á sí mismo. Un rey se convierte en súbdito: humillacion de Jesús en su dignidad con respecto á nosotros.

II. *Reclinavit eum in præsepio.* (Luc. II). Jesucristo, al nacer

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en Belen, puede considerarse bajo tres aspectos: como niño, como maestro y como rey. Como niño, excita nuestro amor; como maestro, nos enseña con su ejemplo el camino de la salvacion; como rey, exige nuestros homenajes y adoraciones.

III. *Factus est nobis sapientia à Deo, et justitia, et sanctificatio.* (I Cor. I). Hoy dia la Iglesia nos convida á que vayamos á Belen á contemplar con insólita alegría al recien nacido Redentor nuestro convertido en maestro, víctima y modelo: maestro de sabiduría, víctima de justicia, modelo de santidad. Se ha hecho maestro de sabiduría, para desterrar de nosotros la falsa idea de los bienes mundanos: *factus est nobis sapientia.* Se ha hecho víctima de justicia, para satisfacer por nosotros al eterno Padre: *justitia.* Se ha hecho modelo de santidad para enseñarnos la práctica de la virtud: *et sanctificatio.*

Sentencias de la sagrada Escritura.

Verbum caro factum est, et habitavit in nobis; et vidimus gloriam ejus. (*Joan.* I).

Semetipsum exinanivit formam servi accipiens. (*Philip.* II).

Et ipse circumdatus est infirmitate. (*Hebr.* V).

Ibi abscondita est fortitudo ejus. (*Habac.* III).

Vere languores nostros ipse tulit, et dolores nostros ipse portavit. (*Isai.* LIII).

Vidi afflictionem populi mei, et clamorem ejus audivi... et sciens dolorem ejus descendi, ut liberem eum. (*Exod.* III).

Ipse salvum faciet populum suum à peccatis eorum. (*Matth.* I).

Nunc soluti sumus à lege mortis in qua detinebamur. (*Rom.* VII).

Complacuit... per eum reconciliare omnia in ipsum, pacificans per sanguinem ejus sive quæ in cœlis, sive quæ in terris sunt. (*Coloss.* I).

Gloriamur in Deo per Dominum nostrum Jesum Christum, per quem nunc reconciliationem accepimus. (*Ibid.*).

Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendatur? (*Luc.* XII).

Deliciæ meæ esse cum filiis hominum. (*Prov.* VIII).

Ideo ingrediens mundum dicit: Hostiam et oblationem noluisti, corpus autem aptasti mihi: tunc dixi, ecce venio, ut faciam, Deus, voluntatem tuam. (*Hebr.* V).

In terris visus est, et cum hominibus conversatus est. (*Baruch, c.* III).

In charitate perpetua dilexi te, ideo attraxi te miserans tui. (*Jerem.* XXXI).

Benignitas et humanitas apparuit Salvatoris nostri Dei. (*Tit.* III).

Utinam dirumperes cœlos, et descenderes, à facie tua montes defluerent, aquæ arderent igni. (*Isai.* LXIV).

Parvulus natus est nobis, filius datus est nobis. (*Ibid.* XI).

Factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis. (*Philip.* XI).

Deus... Filium suum mittens in similitudinem carnis peccati... et de peccato damnavit peccatum in carne. (*Rom.* VIII).

Proprio Filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum. (*Ibid.*).

Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret. (*Joan.* III).

Dicite pusillanimis: confortamini et nolite timere; ecce Deus vester ultionem adducet retributionis: Deus ipse veniet, et salvabit vos. (*Isai.* XXXV).

Factus est nobis sapientia à Deo, justitia, sanctificatio, et redemptio. (*I Cor.* I)

Non enim habemus Pontificem, qui non possit compati infirmitatibus nostris: tentatum autem per omnia pro similitudine, absque peccato. (*Hebr.* IV).

Debuit per omnia fratribus similari, ut misericors fieret. (*Ibid.* II).

Deus noster, Deus salvos faciendi; et Domini, Domini exitus mortis. (*Psalm.* LXVII).

In omnibus divites facti estis, ita ut nihil vobis desit in ulla gratia. (*I Cor.* I).

Natus est vobis hodie Salvator. (*Luc.* II).

Et erunt oculi tui videntes præceptorem tuum. (*Isai.* XXX).

In quo sunt omnes thesauri sapientiæ et scientiæ absconditi. (*Coloss.* II).

Egenus factus est cum esset dives, ut illius inopia vos divites essetis. (*II Cor.* VIII).

Vulpes foveas habent, volucres cœli nidos; Filius hominis non habet, ubi caput reclinet. (*Matth.* VIII).

Mecum sunt divitiæ, et opes superbæ, ut ditem diligentes me. (*Prov.* VIII).

Discite à me, quia mitis sum, et humilis corde. (*Matth.* XI).

Et hoc vobis signum: invenietis infantem pannis involutum, et positum in præsepio. (*Luc.* II).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Misit Deus redemptionem populo suo. (*Psalm.* CX).

Revelabitur gloria Domini, et videbit omnis caro pariter, quod os Domini locutum est. (*Ibid.* XLII).

Expectatio Israel, et Salvator ejus. (*Jerem.* XIV).

Ipse erit expectatio gentium. (*Genes.* XLIX).

Desiderium collium æternorum. (*Ibid.* XLVI).

Veniet desideratus cunctis gentibus. (*Aggæi*, II).

Ubi venit plenitudo temporis, misit Deus Filium suum factum ex muliere. (*Galat.* IV).

Cum introducit primogenitum in orbem terræ, dixit: adorent eum omnes Angeli Dei. (*Hebr.* I).

Cum quietum silentium contineret omnia, et nox in suo cursu medium iter haberet, omnipotens sermo tuus de cœlo à regalibus sedibus durus debellator... prosilivit. (*Sap.* XVIII).

Ecce evangelizo vobis gaudium magnum (*et reliq.* II *Lucæ*).

In propria venit, et sui eum non receperunt (*cum reliq.* I *Joan.*).

Et tu Bethlehem Ephrata parvula es in millibus Juda: ex te mihi egredietur qui sit dominator in Israel. (*Mich.* V).

Et scitis, quia ille apparuit, ut peccata nostra tolleret: et peccatum in eo non est. (*I Joan.* III).

Et scimus, quoniam Filius Dei venit, et dedit nobis sensum, ut agnoscamus verum Deum, et simus in vero Filio ejus. Hic est verus Deus, et vita æterna. (*Ibid.* V).

Ducem, ac præceptorem gentium dedi eum. (*Isai.* LV).

Auditu auris audivi te: nunc autem oculus meus videt te. (*Job*, c. XLII).

Figuras de la sagrada Escritura.

Aunque todo el Antiguo Testamento es una continua série de figuras de la encarnacion del Verbo divino, sin embargo las mas notables son: 1.° La escala que vió Jacob en sueños, cuyo pié descansaba en la tierra y cuya extremidad llegaba hasta el cielo; 2.° el movimiento retrógrado del sol notado en el reloj *sciotérico* de Ezequías que simbolizaba la humillacion del Verbo al hacerse hombre; 3.° la columna que precedia á los hebreos en el desierto, que, segun san Agustin, significaba la humanidad del Salvador, nube resplandeciente á los ojos de la fe, que se dió á conocer por las prodigiosas obras de su mano.

Cuando el profeta Eliseo resucitó al hijo de la Sunamitis, nos

presentó tambien una imágen de Jesucristo descendiendo á vivificar el mundo. Antes de bajar del monte, el Profeta envió á Giezi con su báculo, pero sin resultado: *Misit Dominus*, dice san Prósperó, *per Moysen servum suum legem, quæ mortuum mundum vivificare non potuit.* Desciende por fin Eliseo del monte, entra en la casa donde yacia el difunto niño, y cerrando tras sí la puerta *posuit ossuum*, etc. (IV Reg. IV). *Nuntiatum est*, dice san Agustin, *sancto prophetæ gerenti in prophetia typum Domini nostri Jesu Christi. Venit grandis ad parvulum, Salvator ad salvandum, vivus ad mortuum. Venit ipse: et quid fecit? Membra contraxit, tamquam seipsum exinaniens, ut formam servi acciperet. Magnum se parvulo coarctavit, ut efficeret corpus humilitatis nostræ conforme gloriæ suæ. Itaque in isto typo Christi prophetice expresso suscitatus est mortuus, vivificatus est impius.* (Serm. XI de Verb.).

Así que la hija de Faraon vió á Moisés flotando en medio de las aguas y llorando, se compadeció de él: *Aperiens, cernensque in ea parvulum vagientem, miserta est ejus.* (Exod. II). Jesucristo quiso nacer niño para excitar mas fácilmente la compasion y el amor de los hombres: *sic nasci voluit, quia voluit amare.* (S. Petr. Chrys. serm. CLVIII).

Para seguir los ejemplos que Jesucristo nos dió al nacer, deberíamos penetrarnos de los sentimientos que animaban á Urías cuando rehusó las comodidades de su casa, diciendo: *Arca Dei, et Israel, et Juda habitant in papilionibus; et Dominus meus Joab, et servi Domini mei super faciem terræ manent: et ego ingrediar domum meam, ut comedam et bibam?* (II Reg. XI).

El establo de Belen fue, en concepto de san Agustin, una cátedra de las mas bellas enseñanzas, y san Bernardo escribe: *Jam clamat exemplo, quod postmodum prædicaturus erat verbo.* (Serm. I de Nat.). Á este propósito puede aducirse el ejemplo de Simon Macabeo, que para infundir valor á su atemorizado ejército, *transfretavit primus* (I Mach. XVI): de este modo Jesucristo *cœpit facere et docere.*

Ego flos campi. (Cant. III). ¿En qué se parece Cristo á la flor del campo? En que las flores de los campos, á diferencia de las de los jardines, nacen sin cultivo ni operacion alguna del hombre: lo cual, segun san Bernardo, significa que Jesucristo nació de madre vírgen: *Quisnam ille sit campus nec sulcatus vomere, nec defossus sarculo, nec manu hominis seminatus; venustatus tamen nihilominus nobili illo flore, super quem constat requievisse Spiritum Domini?* (Serm. XLVII in Cant.).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Sentencias de los santos Padres.

Ut familiarius diligeretur ab homine Deus, in similitudine hominis apparuit. (*S. Aug. Manual. c.* 26).

Nunc lacrymas fundit, postea fundet et sanguinem. (*S. Bern. serm. III de Nat.*).

A summo cœlo egressio ejus. (*Psalm.* XVIII). Egressus est ad magnificandam divinam Majestatem, ad expugnandam diabolicam potestatem, ad recuperandam angelicam societatem. (*S. Bonav.*).

In admiranda Christi incarnatione suscipitur à Majestate humilitas, à virtute infirmitas, ab æternitate mortalitas. (*S. Leo, serm. de Trin.*).

Tamquam liberator apparuit ad eruendos nos de tyrannico jugo diabolicæ potestatis. Visitavit nos tamquam pater, ut tribuat quod consumpsimus, et ut nos suam in hæreditatem instituat. Tamquam præclara venit veritas, ut ignorantiæ nostræ depellat tenebras. (*S. Laur. Just. serm. de Nat.*).

Magna prorsus exinanitio ista, ut figura paternæ substantiæ non nisi formam præferat servilem. (*Ab. Guer. serm. III de Nat.*).

Contraxit se Majestas, ut quod melius habebat, videlicet seipsum, limo nostro conjungeret, et in persona una, sibi invicem unirentur Deus et limus, majestas et infirmitas, tanta vilitas et sublimitas tanta. (*S. Bern. serm. III. in vig. Nat.*).

Agnoscimus in stabulo exinanitam majestatem. (*S. Laur. Just. loc. cit.*).

Omnipotens pannis involvitur. (*S. Thom. à Villan. conc. II de Nat.*).

Potentia quidem occultata est, quoniam infirmitate venit. Verbum enim caro factum est, caro infirma... caro tenera, caro impotens omnis operis. (*S. Bern. serm. III in Nat.*).

Infirmitas ipsius fortitudo nostra est; mortalitas ipsius immortalitas nostra est; paupertas ipsius nostræ divitiæ sunt. (*S. Aug. Præf. in psalm.* XL *et tract. XV. in Joan.*).

Factus est per omnia perfectus novus homo ab illo instanti viator... et miser... mortalis... et moriturus. (*Cass. l. II de V. M. c.* 9).

Impassibilis Deus non dedignatus est homo esse passibilis, et immortalis mortis legibus subjacere. (*S. Leo, serm. de Nat.*).

Verbum caro factum est, et habitavit in nobis. Reddite vicem: efficiamini spiritus, et habitate in illo, qui caro factus est, et habitavit in nobis. (*S. Aug. ep. CXX ad Honor.*).

Non liberaretur humanum genus, nisi sermo Dei dignaretur esse humanus. (*S. Aug. serm. VIII de Verb.*).

Exultat Maria, et de Spiritu Sancto se protulisse gaudet. (*Id. de Ann. serm. II*).

Plenum hoc Virginis gaudium fuit, quia Mater Dei facta est, et virginitatis florem non amisit. (*Novar. l. IV sacr. elect. Umbr. Virg.*).

Gaudebat (Maria), quia aliis gaudii mater extitit. (*Id. ibid. c.* 28).

Exultat Maria, et matrem se læta miratur. (*S. Aug. serm. XVIII de Sanct.*).

Deus factus est particeps nostræ mortalitatis, ut homo fieret particeps suæ divinitatis. (*Id. tract. XLIV in Joan.*).

Suscepit virtus excelsa humanitatem nostram, ut retribueret divinitatem suam. (*Euseb. Emiss. hom. IX de Pasch.*).

Agnosce, ô christiane, dignitatem tuam; et divinæ consors factus naturæ, noli in veterem vilitatem degenere conservatione redire. (*S. Leo, serm. I de Nat.*).

Homo, qui per se cecidit, per se ad paradisi requiem redire non potuit, nisi veniret, qui suæ incarnationis mysterio ejusdem nobis paradisi iter aperiret. (*Jo. Lorin. in psalm.* LXXI).

Cum esset in deitate sua dives, nostra fit pauper in carne. (*S. Petr. Chrys. CLVI*).

Nonne ipse est, qui dicit per prophetam: meus est orbis terræ, et plenitudo ejus? quid ergo stabulum eligit? Plane ut reprobet gloriam mundi, et damnet sæculi vanitatem. (*S. Bern. serm. de Nat.*).

Omnium infirmitatum humanarum maximam existimo, in utero per novem menses contineri. (*Guer. Ab.*).

Quæcumque de eo sunt, clamant, prædicant, evangelizant: ipsa quoque infantilia membra non silent. (*S. Bern. ubi supr.*).

Duplex principaliter causa est, ob quam Dei Filius factus est filius hominis: una est ut à peccatorum vinculis nos liberaret; altera, ut exemplo suo ad studium sanctitatis accenderet. (*S. Aug. serm. VIII de Temp. IV de Nat.*).

Creator omnium nostra se angustavit in carne, ut invitaret amor, attraheret charitas, vinceret affectio, suaderet humanitas. (*S. Petr. Chrys. serm. L*).

In carne Christus apparuit, ut non solum nos per passionem re-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dimeret, verum etiam per conversationem doceret. (*S. Greg. M. I Past. c.* 3).

Tacebat ore, sed instruebat opere: et quod postea docuit verbo, jam clamabat exemplo: discite à me, quia mitis sum, et humilis corde. (*S. Bern. serm. I in Ep.*).

Parvulus est, leviter placari potest. (*Id. ibid.*).

Proprio Filio suo non pepercit (Rom. VIII), et hoc Filio justo, et hoc Filio unigenito, et hoc Filio Deo. (*Salv. de prov. l. IV*).

Apparuerat ante potentia in rerum creatione, apparebat sapientia in earum gubernatione, sed benignitas misericordiæ maxime apparuit in humanitate. (*S. Bern. l. c.*).

Homo Deum contemnens, à Deo discessit; Deus hominem diligens, ad homines venit. (*S. Fulg. serm. de nat. Chr.*).

Quia ad Mediatorem venire non poteramus, ipse ad nos venire dignatus est. (*S. Aug.*).

Deus factus est homo, ut familiarius ab homine diligeretur Deus. (*Hugo à S. Vict. l. sent.*).

Diversis modis humano generi bonitas divina munera impertiit; sed abundantiam solitæ benignitatis excessit, quando in Christo ipsa ad peccatores misericordia, ad errantes veritas, ad mortuos vita descendit. (*S. Leo, serm. IV de Nat.*).

In nullo sic amabilem suam hominibus patefecit charitatem, sicut cum Deus homo factus est. (*S. Laur. Just. de casto connub. c.* 23).

Nunc vere dicimus, ecce Deus factus est quasi unus ex nobis. (*Richar. à S. Vict.*).

Cum amat Deus, non aliud vult quam amari... Notam fecit dilectionem suam, ut experiatur et tuam. (*S. Bern. serm. LXXXIII in Cant.*).

Ille (Christus) parvulus, ut vir possit esse perfectus; ille involutus in pannis, ut tu à mortis laqueis absolutus sis; ille in terris, ut tu in cœlis. (*S. Ambr. in Luc. l.* 2, *c.* 2).

Se parvulum exhibuit, ut seipsum faceret gratum. (*S. Petr. Chrys. serm. XLVII*).

Infantia hæc quam barbariem non vincit, quam duritiem non solvit, quid non amoris expostulat? Sic ergo nasci voluit, qui amari voluit, non timeri. (*Id. serm. CLVIII*).

Parvulorum mores agnoscitis, una lacrymula placatur offensus, injuriæ non recordatur. Accedite ergo ad eum, dum parvulus est, dum majestatis videtur oblitus. (*S. Thom. à Vill.*).

Celasti Deus sapientiam in infantili ætate, ne accuset; justitiam

in humilitate, ne condemnet; potentiam in infirmitate, ne cruciet. (*Gerson*).

Non solum formam servi accipiens, ut subesset; sed etiam mali servi, ut vapularet, et servi peccati pœnam solveret. (*S. Bern.*).

Non servum, non angelum, non archangelum dedit, sed Filium suum. (*S. Joan. Chrys. hom. VI in Joan.*).

Magna cathedra præsepium illud. (*S. Thom. à Vill.*). Schola Christi. (*S. Bern.*). Spelunca magistra. (*S. Aug.*).

Conditor Angelorum non ostro opertus, sed vilibus tegitur panniculis involutus. Erubescat terrena superbia ubi coruscat humilitas Salvatoris. (*S. Petr. Dam. l. VI, cap.* 18).

Qui alios ditat, paupertate afficitur, carnis meæ paupertatem subit, ut ego divinitatis opes consequar. (*S. Greg. Naz.*).

Initiavit Christus viam novam, dilexit quæ mundus odio habuit, paupertatem. (*Cassian. l. c.*).

Ditior Christi paupertas cunctis thesauris sæculi. (*S. Bern. serm. V in vig. Nat.*).

Quis hoc fecit? Amor dignitatis nescius, dignatione dives. Triumphat de Deo amor. (*Id. serm. LXXXIV in Cant.*).

Ut haberet homo quem videret, et quem sequeretur, Deus factus est homo. (*S. Aug. serm. de Nat.*).

Ut qui erat misericors per apprehensionem nostræ miseriæ, fieret misericors per experientiam. (*S. Th. in Hebr.* II, 11).

Statim, ut natus est, demolitus est idololatriam. (*S. Cyrill. Alex. in* I *Isai.*).

Nativitas Chrysti mors vitiorum, vita virtutum. (*S. Petr. Chrys.*).

O immensa pietas, ò inæstimabilis charitas! ut liberares servum, Filium tradidisti. Deus factus est homo, ut perditus homo de potestate Dæmonum erueretur. (*S. Aug. l. Med. c.* 5, *et S. Ambr. serm. de Nat.*).

Grandi quidem dignatione primo homini spiraculum vitæ de suo prius formator infudit: sed nunc pene majori charitate pro eodem homine non jam sua dedit, sed seipsum impendit ac tradidit. (*S. Euseb. Emiss. hom. VI de Pasch.*).

Cum adhuc inimici essemus, reconciliati sumus Deo. Dilexit ergo Deus et gratis, et inimicos, sed quantum? Quantum dicit Joannes: Sic Deus dilexit, etc. (*S. Bern. l. de dilig. Deo*).

O charitas quam potens! tu Deum in hominem demutare voluisti, tu virginali carcere novem mensibus religasti. (*S. Zeno Ver. serm. fer.* 6 *parasc.*).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nescio, ò charitas, si quid majus in laude tua dicere possum, quam quod Deum de cœlo traxisti in terram, et hominem ad cœlum levasti de terra. (*Hugo à S. Vict. l. de char.*).

Studeamus effici sicut parvulus iste, discamus ab eo, quia mitis est et humilis corde, ne magnus Deus sine causa factus sit homo parvus. (*S. Bern. hom. III sup. Miss.*).

Virgo parturit, virgo permanet, quis non miretur? Nascitur Altissimi Filius, Deus de Deo, genitus ante sæcula, nascitur Verbum infans, quis vel satis miretur? (*Id. serm. II in vig. Nat.*).

Speciem humanam assumpsit Verbum ut redimeret, ut pacificaret, ut glorificaret. (*S. Laur. Just. l. de triumph. ag. Chr.*).

Accepit humanitatem, et miseriam, ut daret gloriam. (*Petr. Bless. serm. de Nat.*).

Natus est Deus, Verbum ex Virgine, vestitus corpore obnoxio iisdem passionibus nobiscum. (*S. Ignat. mart. ep. V ad Trall.*).

Exaltavit se homo, et cecidit: humiliavit se Deus, et erexit. (*S. Aug. l. II de Symb. c.* 3).

Suæ creaturæ amore succensus ad ima descendit, in stabulo inter animalia nasci dignatus est, ne paradisi deliciis homo privaretur. (*S. Thom. à Vill. serm. de Dom. I Adv.*).

Festinant pastores, neque enim cum desidia est quærenda Christi præsentia, et ideo forte nonnulli quærentes invenire non merentur, quia desidiose Christum quærunt. (*V. Beda in* II *Luc.*).

Deducet eum mirabiliter dextera ejus, faciens divina, patiens humana. (*S. Aug. in psalm.* XLIV).

Ex Patre nascitur semper, ex Matre natus est semel, in mente nascitur sæpe. (*Innoc. III serm. III*).

Hæc animadvertite ingrati, hæc cogitate superbi, hæc meditamini avari, hæc videte carnales: Deus amore hominum victus è cœlo descendit in stabulum. (*Philo Carpat.*).

Quo altius attolleret (Deus) carnem nostram non habuit. (*S. Aug. serm. de Temp.*).

Misit Deus Pater Medicum, misit Salvatorem, misit eum, qui gratis sanaret, qui sanatis etiam mercedem daret: nihil addi ad istam benevolentiam potest. (*Id. serm. XIII de Verb. ap.*).

Credimus pro nobis Deum hominem factum ad humilitatis exemplum, et ad demonstrandam erga nos dilectionem Dei. (*Id. l. VIII de Trin. c.* 5).

Ideo filius hominis est factus, ut nos filii Dei esse possemus. (*S. Leo, serm. VI de Nat.*).

Venit secundus Adam, ut imaginem in nobis suam ac similitudinem exemplis suis restauraret. (*V. Beda in Examer.*).

Advenientis personæ consideranda majestas, dignationis magnitudo, charitatis latitudo, humanæ naturæ exaltatio. (*S. Bern. de Adv. Dom. serm. III*).

Humanitas Christi fidem instruit, spem roborat, charitatem accendit. (*Id. in Epiph. serm. II*).

Quid futurus est homo, pro quo Deus factus est homo? (*S. Prosperus*).

O miræ pietatis affectus, ò inæstimabilis ardor charitatis! Quis unquam sperare posset, ut ex Deo ante tempora natus pro hominibus nasceretur, ex fœmina homo factus? (*S. Aug. serm. XV de Sanct.*).

Vis nosce qualis est, qui sic natus est? audi quis, et quantus est. Verbum Patris, artifex mundi, lumen cœli, pax terræ, hominum salus, errantium via, bonorum jucunditas. (*Id. serm. I de acced. ad Grat.*).

Ubi aula regia? ubi thronus? ubi curiæ regalis frequentia? Numquid aula est stabulum, thronus præsepium, et totius curiæ frequentia Joseph et Maria? (*S. Bern. serm. de Epiph.*).

Intoleranda impudentia est, ut ubi se se exinanivit majestas, ibi vermiculus infletur, et intumescat. (*Id. serm. X de Nat.*).

Quid mirabilius, quid cogitari potest dulcius, quam Deum videre factum esse fratrem nostrum? (*S. Bonav. serm. VI de Adv. Dom.*).

Christus, non solum loquendo, sed etiam nascendo, magister fuit. (*S. Aug. l. XXII in Faust.*).

Doctrinam tandem humilitatis agnosce, etiam nondum loquente doctore. (*Id. serm. XXIV de Temp.*).

O gratissimi dulcesque vagitus, per quos stridorem dentium æternosque ploratus evasimus! (*Id. serm. IX de Temp.*).

Vagitu suo implorat Infans quam præstitit ipse pietatem. (*S. Petr. Chrys.*).

Duo sunt hostes, Dæmon et mundus: utrumque Jesus debellaturus advenit. (*S. Bern. serm. I de Nat.*).

Cum hoste sævissimo, non in sua majestate, sed in nostra humilitate congrediens. (*S. Leo, serm. de Nat.*).

Ad illum pertinet propter nos nasci; ad nos pertinet in illo renasci. (*S. Aug. serm. XVI de Nat.*).

Deus humilis est, desinat homo esse superbus. (*Id. in psalmo* CXXVIII).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

Dei Filius cum paupertate veniens, et in præsepio jacens ad semetipsum trahit et divites et pauperes. (*Theodor. hom. de Nat.*).

Pauper factus est Christus, ut nos illius paupertate ditescamus. (*S. Greg. Naz. or. I de Pasch.*).

Filium, qui tibi natus est, suscipe fide, spe magna venerare, amplexare charitate. (*S. Bern. serm. II de Nat.*).

ESQUELETO DEL SERMON I

DE LA CIRCUNCISION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Postquam consummati sunt dies octo, ut circumcideretur puer, vocatum est nomen ejus Jesus. (Luc. II, 21).

Despues que se consumaron los ocho dias, para que se circuncidara el niño, se llamó su nombre Jesús.

1. ¿Qué pretende la Iglesia al recordarnos el misterio de hoy?... Nadie puede esperar en esta tierra de miserias estar exento de penas y dolores... La Iglesia quiere enseñarnos que la sangre de Jesucristo, en su circuncision, significa las penas que padecemos á causa del pecado; y que esa misma sangre convierte nuestras penas en otras tantas ocasiones de merecimiento.

2. ¿Por qué se sujeta Jesús á la ley impuesta á los pecadores? Porque tomó la apariencia de pecador... ¿Qué debemos hacer nosotros en nuestras penas siendo realmente pecadores?...

3. No es Dios la causa de los males á que estamos sujetos, sino el pecado. Contra este debemos, pues, dirigir nuestras quejas, y no contra Dios.

4. Vuestro lujo... vuestra destemplanza... vuestra altivez..., y no Dios, os han hecho muchísimas veces miserables... No te quejes de Dios, ó mujer vana..., escandaloso padre de familias... Todos los males, comunes ó particulares, son consecuencia del pecado... La sangre que derrama hoy el Hijo de Dios reconoce por única causa la apariencia del pecado...

5. La Iglesia no solo nos enseña cuán injustas son nuestras quejas, sino que procura hacernos nuestros males gratos y saludables. No hay dolor, trabajo, etc., en que no nos preceda Jesucristo desde su nacimiento.

6. Contraste entre Belen y el paraíso, entre el primero y segundo Adan.

7. En este misterio carga Jesús sobre sus hombros el peso de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dei Filius cum paupertate veniens, et in præsepio jacens ad semetipsum trahit et divites et pauperes. (*Theodor. hom. de Nat.*).

Pauper factus est Christus, ut nos illius paupertate ditescamus. (*S. Greg. Naz. or. I de Pasch.*).

Filium, qui tibi natus est, suscipe fide, spe magna venerare, amplexare charitate. (*S. Bern. serm. II de Nat.*).

ESQUELETO DEL SERMON I

DE LA CIRCUNCISION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Postquam consummati sunt dies octo, ut circumcideretur puer, vocatum est nomen ejus Jesus. (Luc. II, 21).

Despues que se consumaron los ocho dias, para que se circuncidara el niño, se llamó su nombre Jesús.

1. ¿Qué pretende la Iglesia al recordarnos el misterio de hoy?... Nadie puede esperar en esta tierra de miserias estar exento de penas y dolores... La Iglesia quiere enseñarnos que la sangre de Jesucristo, en su circuncision, significa las penas que padecemos á causa del pecado; y que esa misma sangre convierte nuestras penas en otras tantas ocasiones de merecimiento.

2. ¿Por qué se sujeta Jesús á la ley impuesta á los pecadores? Porque tomó la apariencia de pecador... ¿Qué debemos hacer nosotros en nuestras penas siendo realmente pecadores?...

3. No es Dios la causa de los males á que estamos sujetos, sino el pecado. Contra este debemos, pues, dirigir nuestras quejas, y no contra Dios.

4. Vuestro lujo... vuestra destemplanza... vuestra altivez..., y no Dios, os han hecho muchísimas veces miserables... No te quejes de Dios, ó mujer vana..., escandaloso padre de familias... Todos los males, comunes ó particulares, son consecuencia del pecado... La sangre que derrama hoy el Hijo de Dios reconoce por única causa la apariencia del pecado...

5. La Iglesia no solo nos enseña cuán injustas son nuestras quejas, sino que procura hacernos nuestros males gratos y saludables. No hay dolor, trabajo, etc., en que no nos preceda Jesucristo desde su nacimiento.

6. Contraste entre Belen y el paraíso, entre el primero y segundo Adan.

7. En este misterio carga Jesús sobre sus hombros el peso de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nuestras iniquidades, recibe la señal y el sello de pecador... Consagra, suaviza, santifica las penas de nuestros pecados, nos precede en ellas...

8. Los padecimientos, los... nos hacen semejantes al Redentor... Sin perder él nada de su esencial santidad, hace que nuestras penas sean merecedoras de la vida eterna... Como justo é inmaculado las ofrece á su eterno Padre con la sangre que derrama... ¡Oh sangre adorable!...

9. La misma razon hay para las penas particulares que para las comunes.

10. No es el Hijo de Dios el primero que se llama Jesús, pero es el único que justifica este nombre... Desde que se le impone, empieza á salvarnos... Dadle, pues, gracias... Tolerad con paciencia, á imitacion suya, los dolores, las adversidades... Si las mereceis, sufridlas como un medio de expiacion de vuestros pecados personales. Si así no las mereceis, aceptadlas como medio de mayor merecimiento que Dios os ofrece.

SERMON I

DE LA CIRCUNCISION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Postquam consummati sunt dies octo, ut circumcideretur puer, vocatum est nomen ejus Jesus. (Luc. II, 21).

Despues que se consumaron los ocho dias, para que se circuncidara el niño, se llamó su nombre Jesús.

1. La memoria que en el presente dia se hace de la adorable circuncision de Jesucristo, entraña, en mi concepto, algun misterio. Paréceme que veo á la Iglesia recoger solícita las primeras gotas de la sangre preciosa que hoy derrama el recien nacido Salvador, y teñir con ella los dias todos del año que empieza á discurrir, á fin de que comience y termine feliz y santamente para todos sus hijos. La providencia de esta madre piadosa, que acompaña los augurios nada vanos de nuestra felicidad con los auspicios ciertísimos de nuestra salud, al paso que excita en mí el mayor agradecimiento, muéveme á investigar qué es lo que la Iglesia pretende de nosotros con tan próvida y amorosa conducta. Imposible es, hermanos mios, como os lo prueba la experiencia de los pasados años, que en el que vamos á entrar no tengais trabajos y penas que sufrir; mas esto no obstante, espero que la prosperidad de vuestras personas, el buen resultado de vuestros negocios, y el bienestar de vuestras familias compensarán aquellos males, que, como hombres que sois, no podeis dejar de padecer. Ninguno, empero, de vosotros puede esperar que en esta tierra de miserias, donde todos gimen, viva él solo exento de penas y dolores. Esto es lo que la Iglesia quiere inculcar á los fieles al recordarles la memoria de este dia, y al señalar el nuevo año con la sangre saludable de Jesucristo. Acaso vosotros, amados mios, no os habíais hecho nunca esta reflexion, que puede seros muy oportuna y provechosa. Dos cosas pretende la Igle-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sia, hermanos carísimos: corregir á los fieles de la costumbre de quejarse de Dios por las penas que padecen en esta vida, y enseñarles al mismo tiempo cómo deben proceder para que estas penas les sean gratas y saludables. ¿En qué se funda esta enseñanza? Voy á manifestároslo claramente. La sangre que Jesús derrama en su circuncision significa las penas que padecemos por causa de nuestro pecado: por tanto, no tenemos motivo para quejarnos de Dios. La sangre que Jesús derrama en su circuncision convierte nuestras penas en otras tantas ocasiones de merecimiento: de consiguiente, tenemos motivo para alegrarnos de ellas. Ved aquí, pues, el objeto del presente discurso. Voy á entrar en materia: *Ave María.*

2. Es indudable, oyentes mios, que Jesucristo podia por sí mismo sustraerse de la sangrienta circuncision; porque siendo, como era, inocente, puro y santo con la santidad misma de Dios, no estaba sujeto á la condicion de los demás hombres. Pues ¿por qué razon no se sustrajo de hecho, y quiso por el contrario sujetarse á la ley impuesta á los hijos de los hebreos? El Apóstol nos lo dice: *Qui non noverat peccatum, pro nobis peccatum fecit:* aunque no tuviese sombra siquiera de pecado, presentábase á los ojos de su Padre como pecador. Esta es la única razon. Verdaderamente es muy doloroso el sentir rasgarse las carnes al impulso de la acerada cuchilla, y el sujetarse desde la mas tierna infancia á una ley que impone al hombre, apenas nace, un tributo de lágrimas y sangre; pero Jesucristo no podia eludir el cumplimiento de esta ley desde el momento en que tomó la apariencia de pecador. Ahora bien, si esta sola apariencia puede mas en él para sujetarle á la condicion dolorosa de los otros hombres, que su divina santidad para sustraerle de ella, ¿podrémos nosotros, verdaderos pecadores, extrañarnos de esta misma condicion, por miserable y desdichada que sea? Ved aquí por qué os decia que la sangre que hoy derrama Jesucristo en su circuncision ha de poner término á nuestras quejas y ha de hacernos conocer la verdadera causa de nuestra desgracia.

3. Estas quejas, aunque injustificables en sí mismas, pudieran sin embargo parecer en algun modo excusables, si Dios fuese el autor de la multitud de males que oprimen con su peso al género humano. Pero no, no es así, hermanos mios. Oid lo que á este propósito decia san Juan Crisostomo á los gentiles: Decís que es indigno de un Dios criador el haber sujetado al hombre á la fatiga, al sudor, al cansancio, á las enfermedades y á la muerte. Para sacaros prontamente de vuestro error, os respondo que no debeis presentarme el hombre tal como ha venido á ser por su culpa: *Ne mihi proponas hominem hunc prævaricatorem honore privatum, damnatum.* Si quereis saber de qué manera crió Dios al hombre, venid á verle conmigo en el paraíso terrenal: *Vis discere quale ab initio Deus finxerit corpus? in paradisum eamus.* ¡Ay de mí! Apenas entro en aquella dichosa mansion, veo una tierra y un cielo muy diferentes de los nuestros. La tierra sin ser sulcada por el arado ni cultivada por el solícito agricultor, produce abundantes y doradas mieses. El cielo, limpio de opacas nubes, osténtase por todas partes puro, risueño y resplandeciente. ¡Oh feliz morada! ¡Oh bellísimo y delicioso país! En él vive Adan sumamente dichoso, sin que la tristeza, el dolor ni la idea de la muerte turben un solo instante su felicidad. Impera y reina sobre todas las criaturas que le rodean: suyos son los ganados que pacen en los prados y las fieras que se ocultan en las escabrosidades de los bosques; á él y solo á él está todo sujeto, hasta la misma inquieta é indómita concupiscencia. Este es el hombre, prosigue san Juan Crisóstomo, que vosotros debeis proponerme, y que yo os propongo; el hombre tal como salió verdaderamente de las manos de su bondadoso Hacedor, es decir, colmado de raros y preciosos dones, exento de toda miseria y de todo pecado. Pero, ¡ah! el pecado cambió enteramente su condicion primitiva. El pecado *et oblivioni, et ignorantiæ, et tristitiæ, et curis obnoxiam vitam reddidit.* El pecado turbó el cielo antes tranquilo y puro; el pecado convirtió la tierra en salvaje é ingrata; el pecado despertó los crueles instintos de las fieras; el pecado desterró la paz del alma; el pecado, en fin, nos condenó á todos en Adan á la ignorancia, al trabajo, á las enfermedades, á la tristeza y á la muerte: *oblivioni, et ignorantiæ, et tristitiæ, et curis obnoxiam vitam reddidit.* Del pecado, pues, y no de Dios, es de quien debeis quejaros, ó cristianos; del pecado que habiendo sido la primera y funesta causa de las miserias universales que os rodean, aumenta ahora á cada instante las miserias particulares que mas os afligen.

4. En prueba de lo que estoy diciendo, retroceded con el pensamiento á los pasados años, y veréis que no Dios, sino vuestro pecado es quien os ha hecho muchísimas veces miserables y desgraciados: vuestro lujo, ó mundanos, y no Dios, es el que os ha acarreado la pobreza en que ahora estais gimiendo; vuestra destemplanza, ó libertinos, y no Dios, es la que os ha causado los males que ahora os afligen; vuestra altivez, ó soberbios, y no Dios, es la que os ha enajenado la voluntad de aquellos que siendo en otro tiempo

favorecedores y amigos vuestros, los veis ahora con dolor convertidos en enemigos de vuestras personas é intereses. No os quejeis, pues, de Dios, si sois pobres, enfermizos ó desconceptuados. No te quejes de Dios, ó mujer, si el aislamiento y la indigencia amargan ahora tu vida; mas quéjate de tu pasada vanidad y de tu libertinaje. No te quejes de Dios, ó padre de familias, si lloras actualmente los extravíos de tus hijos; mas quéjate del mal ejemplo y de la mala educacion que les has dado. En una palabra, ó cristianos, no debeis quejaros de Dios, sino del pecado, pensando que este es la verdadera y única causa de todos los males que padeceis en esta vida, ya sean comunes á todos, ó particulares á cada uno de vosotros. De este modo, si en el próximo año os sobreviene alguna desgracia, este pensamiento hará que esteis mas dispuestos á sufrirla cristianamente. Ahora, pues, este pensamiento nos lo suscita el misterio de la circuncision del Señor, que la Iglesia nos recuerda al principio de cada año, diciéndonos al parecer: ¿Es posible que los hombres se quejen de Dios por las penas de la presente vida, cuando se les hace considerar que el Hijo de Dios, apenas nacido á esta misma vida, siéntese ya herido y derrama su preciosa sangre? ¿Es posible que los hombres no atribuyan las penas de esta vida á sus propios pecados, cuando se les hace reflexionar que las heridas que recibe y la sangre que derrama el Hijo mismo de Dios reconocen por única causa la mera apariencia que ha tomado de los pecados de ellos? Así me parece que nos habla la Iglesia, al tiempo mismo que nos amonesta y ruega que en vez de acusar á la Providencia divina acusemos á nuestros pasados desvaríos.

5. Acabais de ver, hermanos mios, cómo la Iglesia nos demuestra cuán injustamente nos quejamos de nuestros males: vais á ver ahora cómo procura enseñarnos la manera de hacérnoslos gratos y saludables: *Lætatus sum in omnibus*, decia Salomon, *quoniam antecedebat me sapientia*. Heme alegrado siempre de todos mis sucesos, porque siempre en todas las cosas iba delante de mí la sabiduría. Y ¿qué venia á ser esta sabiduría guiadora? El mismo Profeta nos lo dice: *vapor virtutis Dei*: una especie de vapor de la virtud de Dios: *emanatio claritatis omnipotentis Dei*: un rayo, por decirlo así, emanado del semblante de Dios. No hay duda que era un gran lenitivo para todo dolor el seguir esta fiel emanacion, y un gran consuelo en todo trabajo el ser protegido y rodeado por este virtuoso vapor. Pero decidme: ¿no seria mayor alivio y consuelo mayor el tener por guia en nuestros males á la Sabiduría increada y eterna? Porque esta no

es tan solo un rayo emanado del semblante de Dios, sino el esplendor mismo del Padre; no es tan solo un vapor de la virtud divina, sino la virtud misma de Dios. Pues esta guia luminosísima la tenemos nosotros, ó cristianos, en las miserias tenebrosas que nos rodean; supuesto que no hay dolor, ni trabajo, ni tristeza, ni afliccion en que no nos preceda Jesucristo desde su nacimiento.

6. No os invitaré ahora á vosotros, como san Juan Crisóstomo á los gentiles, á entrar conmigo en el paraíso; pero sí os convidaré á que me sigais á la solitaria choza y al humilde pesebre de Belen. *Transeamus*, os diré, *usque Bethlehem, et videamus hoc verbum quod factum est*. Contemplemos al Hombre divino que del paraíso celestial ha venido á este valle de lágrimas á padecer con nosotros las miserias de esta vida. Considerémosle, sí, algunos instantes: *Videamus hoc verbum quod factum est*. No bien pongo en él los ojos, mi corazon se conmueve y se llena de dulcísima ternura. ¡Quién creyera que este nuevo Adan se hallase en un estado tan diverso de aquel en que se halló el Adan antiguo! Aquel fue criado en una mansion amenísima, llena de comodidades y delicias, y este nace en el rincon de un edificio arruinado, lleno tan solo de oscuridad y pobreza; aquel veíase acariciado por las auras mas tranquilas y suaves, y este vese azotado en medio de la noche por los vientos mas duros é ingratos; aquel disfrutaba las delicias de una primavera olorosa y eterna, y este padece las inclemencias de un cielo inconstante y borrascoso. La incomodidad, los suspiros, la mortificacion, el llanto y la pobreza le asedian por todos lados, y mas que de la leche virginal de María susténtase de dolor y de lágrimas.

7. Pero mientras el nuevo Adan permanece incircunciso, oid, carísimos, esta observacion, mientras el nuevo Adan permanece incircunciso, no padece estos trabajos como pecador ó culpable, no los padece como penas debidas á él mismo, no los padece, en fin, de la manera que nosotros tenemos que padecerlos; y por lo tanto, si quiere dirigirnos con su ejemplo y hacerse del todo semejante á nosotros, es necesario que los padezca como pecador y como culpable, como penas á él mismo debidas, como nosotros estamos obligados á padecerlos: es necesario, en una palabra, que los padezca como verdaderos efectos del pecado. Pues esta necesidad queda hoy satisfecha por medio de la circuncision. En este misterio toma Jesucristo nuestras formas, carga sobre sus hombros el peso de nuestras iniquidades, recibe la señal y el sello de pecador. En este misterio consagra, santifica y suaviza las penas de nuestros pecados, nos

precede en ellas con la paciencia, la resignacion y la humildad, y nos conforta con su divina direccion, de manera que podemos decir con mas motivo que Salomon: *Lætatus sum in omnibus, quoniam antecedebat me sapientia.*

8. No ignoro que cuando en los sagrados altares oís llamar dichosa la culpa de nuestro primer padre, redimida con la sangre de Jesucristo, la experiencia de los males que por causa de ella padeceis, os impide tal vez, mas que otra cosa alguna, asociaros á este enfático rapto de la Iglesia. Pero sabed, amados mios, que estais en un error. La insensibilidad al rigor de las estaciones, la exencion de las enfermedades y de la muerte os harian semejantes á Adan inocente; al paso que la pobreza, los padecimientos, los trabajos y fatigas os hacen semejantes á Dios redentor. Por tanto, con razon podemos exclamar: ¡Dichosa culpa! ¡oh cambio felicísimo! en buen hora perdimos la antigua felicidad! Alegres y serenos dias de la inocencia, ni nos acordamos ya de vosotros, ni lamentamos vuestra breve duracion, ni envidiamos vuestra risueña tranquilidad. Plácennos mucho mas que vosotros los presentes dias, aunque inciertos y tenebrosos, los cuales llamándonos con su advenimiento á la tristeza y al dolor, hacen que nos acordemos de seguir á aquel Dios que nos precede en el dolor y en la tristeza: *Lætatus sum in omnibus, quoniam antecedebat me sapientia.* Y si verdaderamento nos alegramos así de seguirle, ya no se necesitará mas, ó cristianos, para que la sangre que Jesús derrama en su circuncision haga meritorios nuestros padecimientos. Sean estos, pues, las penas del pecado. Nuestro Redentor, con la sangre que derrama en la circuncision, se obliga á padecer estas penas como pecador; con lo cual se pone en la comun condicion de los hombres. Sin perder nada de su esencial santidad, con la sangre que derrama en su circuncision hace que esas penas sean merecedoras de la vida eterna; con lo que la comun condicion de los hombres queda santificada en él mismo. Finalmente, como justo é inmaculado, ofrece por nosotros á su Padre esas penas juntamente con la sangre que en su circuncision derrama como culpable y pecador; con lo cual nos hace á nosotros participantes de su mérito, de una manera tal, como yo os decia, que unidos á él por la gracia, nos alegremos de seguirle á él que, como á maestro, nos precede con su ejemplo: *Lætatus sum in omnibus, quoniam antecedebat me sapientia.* ¡Oh amada sangre! ¡oh sangre adorable, que encareces y aquilatas lo que en nosotros hay de mas vil y despreciable, hasta el punto de hacerlo mas precioso y sagrado

que los dorados cetros y las brillantes coronas de los soberbios reyes de la tierra!

9. Lo que hasta ahora he dicho en general de todas las penas dimanadas del pecado, puede decirse particularmente de aquellas que á cada uno de nosotros le han acarreado sus propios pecados. Pena por causa del mal ejemplo, pena de vuestro vano orgullo es la indigencia que ahora os aflige: sufridla, amados mios, á imitacion de Jesucristo, que os precede, y alegraos de tenerle por compañero en esta pena que él tambien padeció haciéndose como culpable de vuestro lujo. Pena de vuestra desenfrenada disolucion son las crueles incomodidades que ahora os mortifican: sufridlas, hermanos carísimos, á ejemplo de Jesucristo que os precede, y alegraos de tenerle por compañero en esta pena que él padeció tambien, haciéndose como culpable de vuestro libertinaje. De este modo puede cada uno hallar consuelo en sus propios trabajos y alegrarse de aquella sabiduría reguladora que le precede y se los va sucesivamente cambiando en bienes verdaderos é inmortales: *Lætatus sum in omnibus, quoniam antecedebat me sapientia.*

10. Con razon impónese á este divino Niño en su circuncision el nombre de Jesús, que quiere decir Salvador. No es él el primero, diré en conclusion con san Bernardo, no es él el primero que lleva este nombre tan venerable y adecuado; pero sí es el único en quien semejante nombre no es vano é inútil, como en los otros hombres: *Neque enim ad instar priorum meus ille Jesus nomen vacuum aut inane portat.* No es vano, no, hermanos mios: os lo prueba, no solo la muerte que despues padeció, sino tambien todo cuanto hizo y padeció desde su nacimiento. Desde el punto mismo en que se le impone este nombre, empieza ya á salvarnos. Impónesele en el acto de la circuncision, y con la sangre que entonces derrama nos hace amable la pobreza, suportable el dolor, agradable la humildad, y de todas las penas el pecado forma y levanta un riquísimo trofeo de salud. Dad, pues, gracias, amados hermanos, á este divino Salvador, y sea cual fuere la infelicidad de vuestro estado, toleradla, á imitacion de él, con paciencia y alegría de corazon, á fin de granjearos por su medio la vida eterna. Esto os pide, esto pretende y espera de vosotros la Iglesia, que segun creo hoy os propone este misterio para que en el año próximo abunden mas que los dias los méritos agradables á los ojos de Dios. Yo, por mi parte, ruego tambien á este mismo Dios se digne hacer que ese año sea para vosotros abundante en prosperidades espirituales y temporales. Si así

no fuere, atribuidlo tan solo á vuestros pecados, que, como Jesús nos lo muestra con la sangre que derrama en su circuncision, son la causa de todos los males que padecemos. Si así no fuere, alegraos en vuestro corazon; porque la sangre que Jesús derrama en su circuncision, convierte todos los males que padecemos en otras tantas ocasiones meritorias. De este modo, si no fuéreis como deseais ser, á lo menos no seréis tan desgraciados, y seréis ciertamente mas santos como yo lo deseo. Amen.

ESQUELETO DEL SERMON II

DE LA CIRCUNCISION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Postquam consummati sunt dies octo, ut circumcideretur puer, vocatum est nomen ejus Jesus. (Luc. II, 21).

Despues que se consumaron los ocho dias, para que se circuncidara el niño, se llamó su nombre Jesús.

1. En estas palabras comprendió el Evangelista dos nobilísimos misterios: la circuncision del Señor y su gloriosímo nombre. Para hablar de esta y de aquella imploremos...

2. Abel, Enoc, Noé, etc., fueron amigos de Dios, pero Dios no hizo con ellos pacto alguno ni alianza... Lo hizo con Abrahan... La circuncision fue el símbolo ó señal de dicha alianza.

3. En qué consiste este pacto... Se llama tambien testamento... Motivos por los cuales se llama pacto... Viene á ser como un contrato entre Dios y los hombres.

4. Ambos extremos del pacto los insinúa el Señor frecuentísimamente en las santas Escrituras.

5. Es imposible que falte Dios al hombre, si él no falta al cumplimiento de su obligacion y oficios que le debe... Rey escocés...

6. Cual fuere tu ánimo para con el Señor, tal será la divina mente para contigo.

Primera parte: La circuncision es el sello y la señal del pacto de Dios con los hombres.

7. Jesús tomó la carne del comun padre del género humano, pero no la culpa. ¿Por qué, pues, tomó la medicina del pecador? Tres principalmente fueron las causas: 1.ª, para confirmar las promesas de los padres...

8. 2.ª Para dar principio, apenas nacido, á su oficio de Salvador.

9. Consideren esto los que dilatan su conversion á los últimos momentos de su vida... ¡Qué tarde es comenzar á vivir cuando ya se ha de acabar!...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

no fuere, atribuidlo tan solo á vuestros pecados, que, como Jesús nos lo muestra con la sangre que derrama en su circuncision, son la causa de todos los males que padecemos. Si así no fuere, alegraos en vuestro corazon; porque la sangre que Jesús derrama en su circuncision, convierte todos los males que padecemos en otras tantas ocasiones meritorias. De este modo, si no fuéreis como deseais ser, á lo menos no seréis tan desgraciados, y seréis ciertamente mas santos como yo lo deseo. Amen.

ESQUELETO DEL SERMON II

DE LA CIRCUNCISION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Postquam consummati sunt dies octo, ut circumcideretur puer, vocatum est nomen ejus Jesus. (Luc. II, 21).

Despues que se consumaron los ocho dias, para que se circuncidara el niño, se llamó su nombre Jesús.

1. En estas palabras comprendió el Evangelista dos nobilísimos misterios: la circuncision del Señor y su gloriosímo nombre. Para hablar de esta y de aquella imploremos...

2. Abel, Enoc, Noé, etc., fueron amigos de Dios, pero Dios no hizo con ellos pacto alguno ni alianza... Lo hizo con Abrahan... La circuncision fue el símbolo ó señal de dicha alianza.

3. En qué consiste este pacto... Se llama tambien testamento... Motivos por los cuales se llama pacto... Viene á ser como un contrato entre Dios y los hombres.

4. Ambos extremos del pacto los insinúa el Señor frecuentísimamente en las santas Escrituras.

5. Es imposible que falte Dios al hombre, si él no falta al cumplimiento de su obligacion y oficios que le debe... Rey escocés...

6. Cual fuere tu ánimo para con el Señor, tal será la divina mente para contigo.

Primera parte: La circuncision es el sello y la señal del pacto de Dios con los hombres.

7. Jesús tomó la carne del comun padre del género humano, pero no la culpa. ¿Por qué, pues, tomó la medicina del pecador? Tres principalmente fueron las causas: 1.ª, para confirmar las promesas de los padres...

8. 2.ª Para dar principio, apenas nacido, á su oficio de Salvador.

9. Consideren esto los que dilatan su conversion á los últimos momentos de su vida... ¡Qué tarde es comenzar á vivir cuando ya se ha de acabar!...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

10. Si este infante trata ya desde la cuna el negocio de nuestra salvacion derramando su sangre, ¿cómo nosotros vivimos tan relajada y perdidamente?...

11. 3.ª causa: Para darnos un ejemplo eficacísimo de su profunda y alta humildad. Esta brilló mas en su circuncision que en su encarnacion, en su bautismo y en su crucifixion. Su circuncision no fue ilustrada con milagro alguno.

Segunda parte: Imposicion del nombre de Jesús.

12. Aquel que se humilló bajo todas las cosas, fue exaltado sobre todas ellas recibiendo un nombre sobre todo nombre.

13. Costumbre de los alumnos en varios colegios de España... ¿Qué deberémos hacer nosotros con el autor de nuestra salud y restaurador de nuestra libertad?

14. El santo Job... Rut moabita... El hijo pródigo...

15. El hombre antes de recibir el beneficio de la gracia divina andaba desnudo..., despues recibió el vestido de salud y de justicia... Collares, manillas...

16. Si los justos alaban á Jesús por el beneficio de la justicia, ¿con cuánto ardor encomiarán su nombre cuando les haga él participantes de su gloria?... Alma de un bienaventurado... Penas del infierno de que fue librada... Bienes del cielo con que está enriquecida...

17. Alabanzas en que prorumpen los niños en el horno de Babilonia... Ester... El alma, esposa queridísima del Rey eterno... ¿qué gracias y alabanzas no le dará por haberla librado de la muerte eterna y colmádola de vida inmortal?...

18. Bendiciones de un santo monje á un jóven que contribuyó á su salud eterna... ¿Cuáles serán las de los bienaventurados al glorioso nombre de Jesús?

19. ¿Por qué hincamos la rodilla al solo nombre de Jesús y no tambien á otros nombres suyos? Porque Jesús suena Salvador... *Aceite derramado es tu nombre*... Es luz, comida, medicina, dice san Bernardo.

20. Si tanto se ha de venerar este santo nombre, ¿de qué castigo se hacen dignos tantos hombres y mujeres que juran y perjuran?... Antiguamente solo el sumo sacerdote tomaba en boca en el templo el nombre de Dios... Ahora hasta los niños y niñas ensucian frecuentemente este nombre adorable... Precepto de san Francisco... San Agustin...

SERMON II

DE LA CIRCUNCISION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Postquam consummati sunt dies octo, ut circumcideretur puer, vocatum est nomen ejus Jesus. [Luc. II, 21].

Despues que se consumaron los ocho dias, para que se circuncidara el niño, se llamó su nombre Jesús.

1. La santa y venerable solemnidad de este dia comprendió en pocas palabras el santo evangelista san Lucas, diciendo: *Despues que se consumaron*, esto es, se completaron, *los ocho dias, para que se circuncidara el niño, se llamó su nombre Jesús*. En estas palabras comprendió dos nobilísimos misterios; pues en esta brevísima oracion descubrió la circuncision del Señor y su nombre gloriosísimo: y de ellos os he de predicar yo en el sermon de este dia. Mas ¿de dónde podré tomar el principio de mi oracion, de dónde copia de decir, si el Espíritu del eterno Padre no me sugiere lo que tengo de hablar, rige mi mente y agita mi lengua, para que pueda exponer el misterio de la circuncision, y el grande y magnífico nombre de Jesús, impuesto desde la eternidad? Pues todos á una imploremos con humildad su auxilio por la intercesion de la sacratísima Vírgen: *Ave María*.

2. Aunque todo lo que se contiene en el amplísimo y vastísimo ámbito del cielo, y bajo de él, sea propio de Dios, como aquel santo Mardoqueo lo protesta en su oracion, diciendo [1]: Señor, bajo tu jurisdiccion están puestas todas las cosas; tú eres Señor de la universidad de ellas: no obstante esto, este Señor quiso escogerse en este mundo un pueblo especial, el cual le adorara con una singular religion y piedad, y del cual tuviera un cuidado y providencia paternal. Este, pues, fue el pueblo de Israel, segun lo indican aquellas palabras de Moisés [2]: Te eligió el Señor tu Dios, para que seas su pueblo peculiar entre todos los pueblos que hay sobre la tierra.

[1] Esther, XIII. — [2] Deut. VII.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y porque deseaba que floreciera la paz y union de este pueblo, estableció y dispuso que todo él descendiera y naciera de un tronco; para que todos como hermanos se amaran con una caridad fraternal, y el vínculo de una comun parentela y naturaleza los estrechase á la unidad de religion y á la paz. El comun padre de todos fue Abrahan, á quien eligió Dios para trabar y hacer una alianza y amistad perpétua: porque aunque antes que este tuvo el Señor otros amigos, cuales fueron Abel, Enoc, Noé y los otros semejantes patriarcas, sin embargo, con ninguno de ellos hizo pacto con igual solemnidad y religion, como lo hizo con Abrahan, el cual por eso se llama el padre de todos los creyentes; porque fue el primero que de un modo tan singular fue llamado al culto de un Dios verdadero, cuya fe y religion siguieron despues los demás fieles insistiendo en sus huellas. Y de este nuevo pacto quiso que fuera señal y como un eterno monumento la circuncision, la cual estando en la carne de los hijos de Abrahan, declarase que ellos pertenecian al pueblo de Dios, y que estaban segregados de las demás gentes. Y así la circuncision, ni era la alianza, ni el pacto mismo, aunque esté escrito [1]: Y estará mi pacto en vuestra carne, sino un símbolo ó señal de este pacto hecho con Dios, como diserta latamente el Apóstol á los romanos [2].

3. El pacto era en estos términos: de parte del pueblo él no habia de adorar algun otro Dios que el de Abrahan, á él solo habia de amar con todo su corazon, y su mente y todos sus bienes los habia de colocar en él. Dios por su parte lo habia de proteger benignamente, regir, defender, fomentar, favorecer, y despues de haberlo aumentado y ampliado con muchas riquezas y adornos de la gracia divina, llevarlo á la vida bienaventurada é inmortal. Este, pues, era el pacto ó alianza que hizo Dios con Abrahan. Y para que entendamos la virtud y naturaleza de este pacto, se debe saber que con dos nombres principalmente se denota en las santas Escrituras. Porque se llama el testamento de Dios, y tambien se llama pacto. Testamento se llama, porque así como los moribundos en su testamento suelen hacer algunos legados, y tambien suelen pedir algo á los legatarios, así claramente el testamento de Dios contiene estas dos cosas. Porque pide á los hombres el culto y reverencia de su nombre, y les promete su cuidado paternal y su providencia. Tambien se llama pacto por el motivo de que es como un cierto contrato entre personas legítimas, cual suele ser el que interviene entre ma-

[1] Genes. XVII. — [2] Rom. IV.

rido y mujer: en el cual la mujer se entrega á sí misma, y todas sus cosas al marido, y el marido hace lo mismo respecto de la mujer. Pues á este modo se celebra un como contrato entre Dios y el hombre, en el cual el hombre se ofrece á sí y todas sus cosas en obsequio de Dios; y Dios como marido del alma se ofrece á sí mismo, y tambien ofrece para salud de ella las riquezas de su gracia.

4. Ambas cosas significó Dios á Abrahan. Porque cuando le dijo [1]: «Anda delante de mí y sé perfecto,» le advirtió su cargo y obligacion; y cuando en otra parte le dijo: «No quieras temer, Abra-«han; yo soy tu protector y tu galardon grande sobremanera,» le indicó claramente qué era lo que Abrahan debia esperar de él. Esto es tambien lo que el Señor frecuentísimamente insinúa en las santas Escrituras, cuando dice: «Yo seré Dios para ellos, y ellos «serán para mí mi pueblo:» esto es, yo os tomaré bajo mi proteccion y tutela, yo os enriqueceré con los dones de mi divinidad y gracia; yo os seré Dios, esto es, todo bien, el cual se contiene bajo el nombre de mi divinidad. Y vosotros cumpliréis los oficios y cargos de un pueblo fiel, conociéndome el autor único de vuestra salud, obedeciendo mis preceptos y colocando en mí solo toda la esperanza de vuestra salud. Ambas cosas se gloria la Esposa en los Cantares la sucedieron, cuando dice [2]: «Mi amado para mí y yo pa-«ra él:» que es lo mismo que si dijera: Él está todo atento á mi salud, y yo mútuamente me he dado y entregado todo á su amor y obsequio; él aunque de todo cuide, mira y cuida tanto de mi salud y mis cosas, como si desocupado de todas las otras, parece que de nada mas cuida que de mí: y yo estoy tan dada á su obsequio, que cási muerta á todas las demás cosas, vivo para él solo, para él velo, para él duermo y estoy pendiente de su amor los dias y las noches: y finalmente, todos mis cuidados, todos mis pensamientos, mis anhelos y deseos los ordeno y refiero á su gloria. Alma verdaderamente feliz y demasiadamente dichosa, que tiene este ánimo y este afecto para con Dios. Porque Dios con ella se portará y mostrará tal, cual ella se porte y muestre con Dios.

5. Siendo esto así, nadie se queje de que la ley de Dios no es mas que solamente carga y yugo: nadie piense que sirve de balde á Dios, diciendo el mismo Señor por el Profeta [3]: «No dije á la semi-«lla ó raza de Jacob: buscadme en vano: como compeliéndoos al «culto y veneracion de mi deidad, y apartándome yo de vuestra «salud y conveniencias, sino que mútuamente nos corresponderé-

[1] Genes. XVII. — [2] Cant. II. — [3] Isai. LV.

«mos, cumpliendo vosotros los cargos y oficio de unos siervos fie-«les y amantes hijos, y yo los de un señor y padre óptimo:» cualquiera, pues, que de todo su corazon se diere al obsequio y servicio de Dios, crea con confianza que en ninguna cosa, ni en ninguna calamidad le ha de faltar el auxilio divino. É interceciendo este pacto entre Dios y los hombres, sin embargo de que Dios á nadie puede ser deudor, con todo despues que él mismo se dignó obligarse con los lazos y vínculos de su verdad, de ningun modo es posible que falte á la palabra puesta, ni viole la fe que tiene dada. Esto en la realidad es una grande seguridad y firmeza de nuestra esperanza. Esto á la verdad es aquel escudo de bronce contra todos los dardos del mundo, del cual cantó el Profeta [1]: «Su verdad «te rodeará con escudo;» esto es, la fidelidad y verdad de sus promesas, con que tiene prometido á sus adoradores su favor, su gracia y misericordia. Esto tambien insinúan aquellas palabras del Eclesiástico [2]: «El hombre cordato cree á la ley de Dios, y la ley le «es fiel.» La ley ciertamente no solo pide al hombre obediencia, sino que tambien promete el favor de Dios y su gracia. Y el varon prudente y cordato obedece á la ley que le manda, y cree tambien á la ley que promete: y segun que él es fiel en obedecerla, así ella es fiel en cumplir sus promesas. Es imposible, pues, que falte Dios al hombre, si él no falta al cumplimiento de su obligacion y oficios que le debe. Porque si el hombre es fiel en obedecer á Dios, ¿cómo no será Dios fiel en cumplir lo que le tiene prometido? Aquí viene lo que de cierto rey escocés, floreciente en su edad, en su gentileza, en sus riquezas, y en los otros dotes y prendas de la naturaleza se cuenta. Este habiéndose inflamado del deseo de una buena y feliz vida, renunció é hizo cesion de su casa, patria, fortuna y real esplendor, y se retiró á un monasterio oculto, en el cual conmutó por la austeridad de la vida monástica las abundantes riquezas que poseia: estando ya próximo á la muerte y atemorizado del miedo del juicio que luego esperaba, prorumpió al fin en aquella voz llenísima de una firme esperanza y consolacion: Hice, Señor, lo que me mandaste, haz tú lo que me prometiste. Esto es, ¿por qué me conturba el horror del juicio tan inmediato? ¿Por qué me abate el temor de la muerte y me atormenta miserablemente? Al que dijo [3]: Vé y vende lo que tienes y sígueme; obedecí, y siendo él veracísimo y clementísimo, ¿podrá defraudarme sus promesas?

6. De lo dicho hasta aquí, hermanos, cada uno de nosotros po-

[1] Psalm. xc. — [2] Eccli. xxvii. — [3] Matth. xix.

drá fácilmente, á lo menos con una probable conjetura, colegir en qué lugar esté para con Dios. Porque muchos suelen decir, ¿quién entenderá lo que se trata de nosotros en aquel divino pecho? Porque ¿quién conoció el sentido del Señor, ó entendió sus pensamientos [1]? ¿Quién de los vivientes fue su secretario ó le dió consejo; sino que por casualidad san Pablo [2] que arrebatado hasta el tercer cielo, oyó unas palabras arcanas, que no es lícito hablar al hombre? Ó hombre, para que penetres este arcano no es necesario que subas al cielo, sino que entres dentro de tí mismo, y allí te preguntes á tí, cuál es tu ánimo para con Dios; porque cual fuere este para con el Señor, podrás piadosamente juzgar que tal será la divina mente para contigo. Si ninguna cosa es para tí mas amable ni apreciable que obedecer á los divinos preceptos; si este es todo tu cuidado ó el primero de ellos, de qué manera mejor le sirvas, guardes sus mandamientos, y te libres de todas las ofensas contra él, y este es el cuidado que siempre te tiene solícito; tú tambien con este indicio podrás juzgar piadosa y probablemente, que Dios tambien está solícito por tí, y que tiene un cuidado paternal de tu salud. Así sucederá, que al modo que los que por debilidad de sus ojos no pueden mirar el eclipse del sol en el mismo sol, lo ven en una fuente cristalina ó en un vaso lleno de agua, y así desde la tierra miran lo que pasa en el cielo; así nosotros por el afecto y propension de nuestro ánimo podemos conjeturar qué es lo que pasa en el divino pecho. Porque cual sea el ánimo que tú tengas para con Dios, tal puedes pensar piadosamente que lo tendrá Dios para contigo. Esto á la verdad insinúan aquellas palabras con que el Profeta habla á Dios: Con el santo serás santo, y con el varon inocente serás inocente, y con el escogido serás escogido, y con el perverso serás pervertido [3]. Porque verdaderamente aquel Juez equísimo se porta y es santo para con los santos, piadoso para con los piadosos, inocente para con los inocentes, y para los que se portan como hijos, él es un óptimo y clementísimo padre, el cual sin embargo para con los perversos y rebeldes es un juez rigoroso y severo segun merece su impiedad. Esto tambien con mas claridad el mismo Profeta estando próximo á la muerte fue lo que en sus últimas palabras dijo á su hijo Salomon [4]: Tú, le dice, hijo mio Salomon, conoce al Dios de tu padre, y sírvele con un corazon perfecto. Todos los corazones los escudriña el Señor, y entiende todos los pensamientos de las mentes. Si buscares al Señor lo hallarás; mas si lo dejares te

[1] Rom. xi. — [2] II Cor. xii. — [3] Psalm. xvii. — [4] I Par. xxviii.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

desamparará y echará de sí para siempre. Que es lo mismo que si dijera: Cual fueres tú para con Dios, tal experimentarás tú al Señor. Consta de lo dicho en qué principalmente está, y consiste esta ley y pacto del Señor; y por qué tambien se llamen pacto y testamento. Vengamos ya á la circuncision, que es el sello y la señal de este pacto.

Primera parte: La circuncision es el sello y la señal del pacto de Dios con los hombres.

7. Y omitiendo nuestra espiritual circuncision, tratemos de la circuncision del Señor, y preguntémosle por qué causa quisiese ser circuncidado. ¿Cuál, pues, es la causa, Jesús y Señor, por que quisiste como los otros infantes ser circuncidado al octavo dia? ¿Acaso para que por esta señal te conociera el Padre? Pues á la verdad que, como dice san Bernardo, si hubiera sido posible que el Padre eterno hubiera ignorado su Hijo, por solo esta nota ó señal principalmente lo hubiera desconocido. Porque como la circuncision sea señal de pecador, ¿cómo podia hallarse con un sello semejante aquel que siempre estuvo exento de toda mancha de pecado, tanto original como personal? Porque aunque fuese párvulo, con todo era un párvulo lleno de sabiduría; el cual sabia bien reprobar lo malo y elegir lo bueno. Esto ciertamente declaró principalmente en esta obra de su encarnacion. Pues habiendo decretado tomar nuestra naturaleza, y habiéndola encontrado infestada con las manchas del pecado; como niño sábio separó aquello que hizo Dios, de aquello que inficionó el diablo; esto es, separó la naturaleza de la culpa, para de este modo finalmente traer y tomar la carne del comun padre del género humano, por la cual fuera hombre, y no traer la culpa, por la cual fuera pecador. Pues si este inocentísimo Señor no necesitaba de este, ó bien cauterio, ó bien remedio, del pecado, ¿por qué recibe en sí y toma la medicina del pecador? Pues á esto se responde que tres principalmente fueron las causas, por las cuales permitió ser circuncidado nuestro párvulo [1]. La primera, como dice el Apóstol, por la verdad de Dios para confirmar las promesas de los padres. Se habia prometido á los padres un redentor de su raza ó semilla, cuando á Abrahan y su posteridad se dijo [2]: En tu semilla serán bendecidas todas las gentes de la tierra. Pues para que constara claramente que Cristo descendia de la raza de Abrahan, debió ser circuncidado, que era el símbolo ó señal de su posteridad, para que de este modo finalmente constara con toda claridad la verdad de la promesa divina. Y cumplida esta promesa de Dios no hay ya causa por que estemos nosotros obligados á la ley de la circuncision. Porque como ella fue instituida en señal de la promesa divina, debió ciertamente cesar cumplida esta promesa: al modo que vemos que se devuelven las prendas y se rasga la escritura del resguardo, cuando se paga aquella deuda que se contenia en el recibo. Pues esta fue la primera causa de la circuncision del Señor.

[1] Rom. xv. — [2] Genes. xxii.

8. Fue la segunda, porque nuestro Salvador apenas habia nacido, cuando se dignó dar principio felizmente á su oficio de Salvador, el cual se habia de proporcionar con el derramamiento de sangre. Porque al modo que los mercaderes, que compran mercancías preciosas, antes de pagar todo su importe ofrecen alguna parte de su precio, ya en solucion de la deuda, y ya en señal de la paga futura, así claramente este mercader celestial, que habia venido al mundo con el fin de redimir nuestras almas de la cautividad del diablo, hoy recien nacido, derramando su sangre, lo uno ofreció el precio de nuestra salud, y lo otro dió señal de la futura paga. Porque cuál habia de ser en adelante este infante lo declaró hoy. ¿Para qué esta tan apresurada celeridad, Jesús y Señor? ¿Por qué tanto te aceleras á derramar tu sangre? ¿No podias esperar un poco mas para que tuvieras mayor copia de sangre que ofrecer y mas robusta la firmeza de tu cuerpo, para que por causa nuestra pudieras sufrir los trabajos? ¿Tan pronto eliges el pesebre duro, el humilde establo y la cruel llaga del cuerpo, el odio de Herodes, la huida á Egipto, el destierro y morada entre los extraños? ¡Cuánto se te adaptan aquellas palabras del Profeta [1]: Pobre soy yo, y en trabajos desde mi juventud, y aun desde mi infancia! ¿Qué harás en una edad y fuerzas mayores, cuando de recien nacido eliges de tu voluntad tantos trabajos?

9. Consideren esto los que dilatan su conversion á los últimos espacios de su vida, y destinando toda su juventud á los deseos juveniles é inútiles cuidados, guardan para Dios la última parte de la vida. Díme, te ruego, ¿quién te dió la potestad sobre los dias y tiempos para que pudieses destinar ciertos espacios de tu vida ahora en unos usos y luego en otros? ¿Por ventura no temes que andando en este ánimo, te se diga aquello que se dijo á aquel que deliraba del mismo modo y contaba así los espacios de su vida [2]: Necio, esta noche te pedirán tu alma; lo que has preparado, ¿de quién será? Y ¿qué aquel otro dicho? Y si el mal siervo dijere en su cora-

[1] Psalm. lxxxvii. — [2] Luc. xii.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

zon: mi señor tarda, y comenzase á maltratar á los consiervos, y comer y beber con los ebriosos [1]: vendrá el señor de aquel siervo en el dia que ignora, y en la hora que no sabe, y lo despedirá, y su parte la pondrá con los hipócritas. Cualquiera, pues, que revuelves en tu ánimo estos consejos temerarios, ¿no temerás la sentencia de esta inevitable verdad que se ha dado contra tí? ¿Acaso no te vendrán tampoco á la imaginacion aquellas palabras del Sábio: Ignora el hombre su fin; sino que como las aves caen en el lazo y los peces en el anzuelo, así los hombres son cogidos en el tiempo malo [2]? Y si tu fe es por ventura tan débil y flaca que mas te conduces por la razon que por la luz de la fe, oye un insigne filósofo que así disputa contigo con razones: Oirás á muchos que dicen [3]: Hasta los cincuenta años pasaré en el ocio, el año sexagésimo me desempeñaré de las obligaciones. Y ¿qué vale finalmente tan largo tiempo de vida? ¿Quién tolerará que esto se pase como lo dispones? ¿No te da vergüenza guardarte para tí los cabos ó fines de tu vida, y destinar para un uso prudente y juicioso aquel solo tiempo que en ninguna cosa se puede emplear? ¡Qué tarde es comenzar á vivir cuando ya se ha de acabar! ¡Qué olvido tan necio de nuestra mortalidad dilatar sus sanos consejos hasta los cincuenta ó sesenta años, y querer comenzar la vida desde donde pocos llegaron! Esto Séneca.

10. Mas no quiero tratar con vosotros con razones. Para mí me basta poner á vuestra vista el ejemplo de nuestro Salvador. Si este infante Señor de los cielos y de los Ángeles, y que no tenia necesidad ni del cielo, ni de la tierra, ni de los obsequios de los Ángeles, ni de los hombres, y á quien nada se le podia acrecer por el trabajo de esta tan grande obra; sin embargo por su excesiva caridad para con el linaje humano, desde la cuna y pechos de su madre comenzó á tratar el negocio de nuestra salud, á purgar nuestros delitos, y para lavarlos derramar su sangre y fatigar sus miembros tiernos con todo género de trabajos y pagar las penas que no merecian, ¿cómo nosotros, cuya causa se trata, cuyos pecados se lavan, y á quienes viene toda su utilidad de esta obra tan grande, cómo, vuelvo á decir, vivimos tan relajada y perdidamente, despreciamos tanto los beneficios divinos, estamos tan ciegos y entorpecidos para entender estos tan profundos misterios y ocultos Sacramentos, somos tan rebeldes é ingratos para con Dios, tan crueles y enemigos de nosotros mismos, cuando desatendemos y des-

[1] Matth. XXIV. — [2] Eccles. IX. — [3] Séneca en las cartas.

preciamos con prodigalidad nuestra salud, que se adquirió á costa de tantos trabajos de Cristo y nos ofrece de balde? ¿Qué cosa puede haber, ni mas demente ni mas detestable? ¿Por qué de este solo argumento no coliges, miserable, cuál negocio sea aquel, por el cual la virtud misma y sabiduría de Dios trabaja y suda tanto y tan largo tiempo? Pues esta causa segunda de la circuncision del Señor nos da materia de un justísimo temor.

11. Á estas dos causas se añade la tercera, y es, que de este modo el Señor nos quiso dar un ejemplo eficacísimo de su profunda y alta humildad. Porque aunque toda su vida fue un cierto absolutísimo ejemplar de humildad, con todo, nunca acaso se anodadó y abatió tanto aquella suprema Majestad. Porque en su encarnacion es cierto que se abatió tanto, que tomó la imágen de hombre; mas aquí marcado con el cauterio del pecado, tomó la imágen de pecador. Y aunque en el bautismo mostró tambien la imágen de pecador, cuando quiso como impuro bautizarse entre los pecadores [1]; con todo, en aquel tiempo se abrieron sobre él los cielos, y se oyó la voz del Padre, y descendiendo sobre él el Espíritu Santo en especie y figura de paloma, declaró su inocencia y pureza de paloma [2]. Tambien en su pasion aunque mostró la forma de un pecador y criminoso, cuando el Cordero inocentísimo estuvo pendiente y puesto en la cruz entre facinerosos y ladrones, sin embargo, estando así crucificado, el cielo se cubrió de unas horribles tinieblas, la tierra tembló, las piedras se partieron, y todos los elementos dieron muestras lúgubres de dolor y tristeza. De aquí sucedió, que muriendo de esta conformidad no faltaron quienes dijeron: Verdaderamente este hombre era justo; esto es, está muy distante de la forma é imágen de pecador en que se nos presenta. Y así cási nunca se abatió en esta conformidad el Señor, porque inmediatamente los prodigios celestiales declararon con magnificencia su gloria y su inocencia. Mas la circuncision, que es señal de pecado, no se ilustra con milagro alguno. Pues considerad, hermanos, cuánto es lo que aquella suma Celsitud se abatió por causa nuestra! Lo sumo que hay en el mundo es Dios, el cual es sobre todas las cosas; y lo ínfimo el pecado, que está bajo de todas ellas. Y porque era imposible que el Señor se abatiera hasta el pecado, sin embargo descendió lo mas próximo que pudo á él, respecto de que aquel que no podia ser pecador, tomó la imágen de pecador. Porque así como la cisura ó cortadura de orejas muestra al ladron, y el sambenito, ó vesti-

[1] Matth. III. — [2] Luc. XXIII.

dura que usan los herejes penitenciarios, declara el pecado de perfidia, así claramente la circuncision aclama y publica reo y pecador. Pues ¿qué mas se pudo inclinar aquella suma Majestad, que llevar el traje y señales de pecador el que estaba léjos de todo pecado? Pues porque la enfermedad del linaje humano habia comenzado por la soberbia, su medicina debió salir de la humildad.

Segunda parte: De la imposicion del nombre de Jesús.

12. Pues aunque en la circuncision del Señor faltaron (como se ha dicho) los milagros, y no se ilustró con ellos, sin embargo no careció del premio que era debido á esta tan grande humildad. Este premio lo declara el nombre glorioso que por órden y autoridad de Dios se le impuso este dia, el que significa Salvador. La gloria de este nombre y su oficio lo declara el Apóstol á los filipenses cuando dice [1]: Dios lo exaltó y le dió nombre, el cual es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús hinquen las rodillas los del cielo, los de la tierra y los del infierno. Aquel, pues, que se humilló bajo todas las cosas, y se hizo el novísimo, esto es, el mas ínfimo de todos los hombres, debió ciertamente ser exaltado sobre todas ellas; de manera, que cualesquiera que estén ó en el cielo ó en la tierra, confiesen su gloria, prediquen sus alabanzas, y atribuyan á él la salud recibida. Porque los que están en el cielo por él son bienaventurados, y los que son justos en la tierra, son tales principalmente por su gracia y sus méritos. Y los que estando en el purgatorio esperan la vida y el descanso, ciertamente que por sus méritos lo esperan. Porque así como ninguna estrella resplandece en el cielo que no reciba su luz del sol, así ninguno ni en el cielo ni en la tierra es justo que no reciba de este Sol de justicia la claridad de su virtud y santidad. Porque de su plenitud, como de una fuente inagotable de todas las gracias, hemos bebido todos. Por tanto es una cosa justa y debida que todos cuantos han sido por él santificados, enriquecidos, ennoblecidos y destinados á la vida eterna, sean los que ya están en el cielo, ó los que todavía están en la tierra, todos alaben, prediquen, veneren este nombre, y le hinquen las rodillas no solamente del cuerpo, sino tambien del corazon.

13. Hay en la España ciertos colegios mayores para estudios, fundados y erigidos para la comun utilidad del reino, de donde salen

[1] Philip. II.

hombres insignes y excelentes, á quienes frecuentemente se suele confiar el gobierno del reino. Y estos tienen el uso y costumbre, cuando oyen el nombre del fundador y patrono del colegio, quitarse luego el bonete en reconocimiento de su gratitud, y de que por beneficio suyo esperan conseguir la erudicion juntamente con algun empleo ó dignidad: pues si á estos varones ilustres se les hace esta reverencia en agradecimiento de este beneficio, ¿qué, pregunto, deberémos hacer nosotros con el autor de una salud tan excelente, y con el restaurador de nuestra libertad? Porque, ¿qué hemos alcanzado por tí, Señor y Jesús, qué dignidad hemos conseguido? Á saber, diciéndolo brevemente, hicístenos no gobernadores ó corregidores de ciudades, sino que nos hiciste reino para nuestro Dios, y sacerdotes, y reinamos sobre la tierra, y aun sobre el cielo [1]. Porque por tí, Señor, conseguimos el reino, por tí el sacerdocio, por tí la amistad y paz de Dios, por tí el Espíritu Santo, por tí la dignidad de adopcion y la herencia de los hijos de Dios, por tí el perdon de los pecados, por tí la compañía de los Ángeles, por tí finalmente la gloria inmortal y el asiento á la diestra de Dios Padre, cuando sin merecimientos nos llamaste á la comunion de tus bienes, y nos diste parte en tí. ¿Por ventura no inclinarémos profundamente, y con toda observancia y veneracion, al Dador de tantos bienes, así como los miembros del cuerpo, todos los sentidos y afectos del ánimo? ¿Acaso, como el Profeta, no clamarémos con todo el corazon [2]: Tu nombre y tu memoria es el deseo del alma? Esto es, mi alma, Señor, nada mas desea, á ninguna cosa está tan aficionada, y con ninguna se enardece tanto como con la dulcísima memoria y apelacion de tu gloriosísimo nombre.

14. Cuenta el santo Job el ánimo agradecido de los pobres que él vestia, por estas palabras [3]: Si desprecié al que se helaba, porque no tenia vestido, y al pobre sin cobertor? Si no me bendijeron sus lados, y no se calentaron con los vellones de mis ovejas? Y así los lados mismos, y los cuerpos de los pobres sintiéndose vestidos y abrigados con los vestidos de este santo varon, parecia que le daban gracias, no tanto con las palabras, cuanto con el sentido y calor de los mismos lados y miembros. Me place, hermanos, acomodar con alguna mayor difusion las palabras de este santo varon á este beneficio de nuestra salud. Veo en la realidad que tambien nosotros hemos sido engendrados desnudos espiritualmente, como á quienes, los primeros padres de nuestro linaje, que fueron desnu-

[1] Apoc. V. — [2] Isai. XXVI. — [3] Job, XXXI.

dados del vestido de la original justicia y de la divina gracia, dieron el ser en un estado y nos engendraron tales, cuales quedaron ellos, esto es, unos que estaban desnudos engendraron á otros desnudos y despojados de los adornos de todas las virtudes y de la justicia. Y es necesario que nos presentemos y aparezcamos delante de Dios no desnudos, sino vestidos [1], como dice el Apóstol; esto es, con un tal vestido, que cubra la multitud de nuestros pecados para que no se vea nuestra desnudez. Y el santo Job hacia los vestidos de los pobres de los vellones y lana de sus ovejas; y el vestido que cubra la desnudez de nuestra alma, no puede tenerse ni hacerse sino del vellon de aquel inocentísimo Cordero, que para vestirnos á nosotros se dejó esquilar y quitar la lana en la cruz. Porque si nuestro primer padre quedó desnudo, y desnudos nacen tambien todos los que descienden de él, ¿quién, pregunto, entre todos los hijos de Adan se encontrará vestido, sino aquel solo, que descendiendo de Adan, no trajo de él de modo alguno la desnudez y la culpa, sino la naturaleza? Él, pues, nace vestido de la justicia, él con sus despojos puede cubrir nuestra desnudez. Por tanto el Apóstol nos remite á él para que nos vistamos, cuando dice [2]: Vestíos de Nuestro Señor Jesucristo. Vayamos, pues, á Jesús, y digámosle humildemente como Rut mohabita [3]: Extiende, Señor, te ruego, la capa con que te cubres, porque eres pariente; porque por la asuncion de nuestra humanidad te has hecho nuestro hermano, nuestra carne y nuestra sangre [4]; y ninguno aborrece su carne, sino que la nutre y la fomenta. Extiende, Señor, tu capa, y cubre la pobreza de nuestra desnudez. Atiende, Rey clementísimo, la grandeza de nuestro peligro. Porque si tu Padre en su convite nos hallare sin el vestido nupcial, mandará que atados de piés y manos se nos arroje á las tinieblas exteriores [5]. Pues, Señor, cubre nuestra desnudez, no sea que desnudos desde el convite de la mesa celestial seamos echados á los infiernos. Tened buen ánimo, hermanos, porque no se hace duro ni difícil para que le roguemos el clementísimo Salvador. Porque este vestido lo concedió á todos los fieles en el sagrado bautismo, atestiguándolo el Apóstol, que dice [6]: Todos cuantos habeis sido bautizados, os habeis vestido de Jesucristo; esto es en la pila bautismal habeis sido hechos participantes de sus méritos y de su gracia. Ni esto solo se nos concede en el Bautismo, sino tambien en el sacramento de la Penitencia. De aquí es que al

[1] II Cor. v. — [2] Rom. xiii. — [3] Ruth, iii. — [4] Ephes. v.
[5] Matth. xxii. — [6] Galat. iii.

hijo pródigo, que era penitente y arrepentido, manda el padre piadoso que se le traiga la primera estola; esto es, los lustrosos adornos de la justicia y la gracia, que cubren la desnudez del alma y la multitud de los pecados.

15. Pues ya, hermanos, quiero tratar con el hombre vestido con semejante vestidura. Este, pues, que antes de haber recibido el beneficio de la gracia divina andaba desnudo, este cuyas entrañas estaban heladas en el amor de Dios, este que estaba despojado de las virtudes y dones celestiales, despues que por el testimonio de su interior espíritu y conciencia, conjetura que está adornado y vestido de la gracia divina, despues que siente que se abrasan sus entrañas en el amor de Dios, de modo que pueda decir como san Agustin: ¿qué fuego es este que calienta mi corazon? despues finalmente que sospecha que la torpeza y fealdad de todos sus vicios está cubierta con los vestidos de las virtudes; despues, digo, que dentro de sí conoce todo esto con una probable conjetura; entonces, ¿por ventura sus lados así vestidos, así adornados y así calentados no bendecirán á aquel, que habiendo sido trasquilado por nosotros en la cruz, con el mérito de su pasion, nos compró el vestido de la justicia y de la inmortalidad? ¿Acaso alegre y agradecido no clamará con el Profeta [1]: Alegrándome me gozaré en el Señor, y se regocijará mi alma en mi Dios, porque me vistió la vestidura de salud y me rodeó con el vestido de la justicia: como á un esposo hermoseado con corona, y como á una esposa aderezada con sus collares y manillas? ¡Oh feliz aquel que es capaz de concebir en su ánimo el afecto con que prorumpió en estas palabras el Profeta lleno del Espíritu Santo: Alegrándome, dice, me gozaré en el Señor, y mi alma se regocijará en mi Dios! ¿Por qué, te pregunto, profeta, te regocijas con tanto gozo? Es porque me vistió el Señor el vestido de la salud, y me ciñó con la vestidura de justicia. Aquí nada parece que falta para una cabal y plena salud, cuando se nos da por Jesucristo la salud eterna y la justicia, que es el camino para ella: de las cuales la una se nos da en la vida presente, y la otra se reserva para la venidera. Y ¿por qué usa del verbo vestir? Para que se entienda la grandeza de ambos beneficios: porque así como el vestido cubre todo el cuerpo y todos los miembros del hombre, así aquella salud y justicia se extiende por la region toda del hombre, y llena copiosamente todos los senos del alma, de modo que ni en aquella salud queda alguna miseria, ni en aquella justicia queda

[1] Isai. lxi.

culpa alguna de la vida pasada. Y aun no contento con haber entregado este vestido, añade tambien los collares y manillas, diciendo: Como esposa adornada con manillas ó collares. Las esposas en el dia de su casamiento llevan consigo y se visten todos cuantos preciosos vestidos y adornos tienen. ¡Oh si alguno tuviera unos ojos tales, con los cuales viera el alma de algun varon justo y santo, con qué admirables vestidos la veria adornada, con qué adornos tan preciosos la veria ataviada, y cuán ilustrada la miraria con los diamantes magníficos del divino Espíritu! Porque todos los carismas del Espíritu Santo, todos los frutos de este divino Espíritu, finalmente todos los hábitos celestiales que en tan crecido número los consideran los teólogos, ¿qué son sino unos ciertos espirituales collares con los que suele adornar maravillosamente aquel celestial Espíritu, y suele hermosear y ataviar el alma que desposa consigo? De cuya hermosura queda tan prendado y enamorado aquel mismo que la adornó, que dice en los Cantares [1]: ¡Qué hermosa eres, amiga mia, qué hermosa eres! Tus ojos son de palomas.

16. Pues con un afecto y ánimo semejante todos los justos alaban á Jesucristo por el beneficio de la justicia que les ha concedido en esta vida: y ¿qué creemos que harán estos mismos por la salud que ha de dar en la otra, cuando los haga participantes de sí mismo? Porque si tienen este afecto y piedad por los beneficios de gracia que han recibido en esta vida, ¿con cuál afecto estarán cuando reciban los bienes de gloria? ¿Con cuánto ardor de su mente encomiarán aquel glorioso nombre, por el cual alcanzaron tanta copia de todo género de bienes? Esto, á la verdad, es lo que dice el Apóstol [2]: En el nombre de *Jesús* se debe hincar toda rodilla, no solo de los de la tierra y de los del infierno, sino tambien de los del cielo; esto es, de todos los bienaventurados. Porque cuanto mayores sean los bienes que han conseguido por él, tanto mas se someterán á él, y mas y mas se derramarán todos en su amor y su alabanza. Esto nos concederá el Señor que lo experimentemos algun dia. Pero para que tengamos algun indicio de este afecto, pongamos delante de nuestros ojos el alma de algun bienaventurado. Pues viendo esta alma feliz que reside en el cielo, aquellos que están padeciendo y son atormentados en el infierno, los cuales, como dice Isaías [3], estarán á la vista de toda carne: viendo, digo, aquellas tinieblas exteriores, el crujir de dientes, el llanto y bramido, y el fuego, y el gusano, y los martillos, y los escorpiones y serpientes, y los ruidos y clamores de los atormentadores, juntos con los de los atormentados, y todos los otros géneros de penas que allí padecen los miserables: y vea por el contrario que ella por los méritos y sangre de Jesucristo no solo se ha librado de tantos males, sino que además se le ha dado la gloria eterna é inmortal, y que vive en tanta felicidad, cuanta que no es capaz de explicar lengua alguna, ni de hombres ni de Ángeles: ¿qué, pregunto, hará? ¿Con qué ojos mirará al Salvador que está presente? ¿Cómo venerará y besará aquellas llagas sacratísimas por cuyo medio consiguió tanta salud? ¿Con qué afecto se arrojará y postrará á aquellos santísimos piés? ¿Cuántas gracias le dará, cuando vea que por él es participante de tantos bienes?

[1] Cant. I. — [2] Philip. II. — [3] Isai. LXVI.

17. Aquellos tres niños que Nabucodonosor mandó arrojar al horno de fuego por la confesion que hicieron del Señor [1], viéndose sin lesion del incendio de aquellas voraces y ruidosas llamas por la proteccion del Señor, se encendieron en el amor de su libertador de tal modo, que soltando todas las fibras de su ánimo en alabanzas, no dejaron criatura alguna, ni en el cielo, ni en la tierra, ni en el mar, que no convidaran á las alabanzas del Señor de todos. Pues si aquellos, porque fueron librados del incendio momentáneo del cuerpo, se derramaron todos de tal manera en los encomios y elogios de la deidad divina, ¿qué, pregunto, harán aquellos que no solamente se ven libres por el nombre de Jesucristo de las llamas é incendios eternos, sino que además se ven en la posesion del reino eterno en la gloria? Pongamos algun ejemplo de esto para que sea mas claro y se entienda mejor. Finjamos una doncella de una forma y hermosura honestísima, y de una virtud egregia, mas pobre y destituida de dote y de todo auxilio y ayuda por parte de sus padres, y que algun rey poderosísimo movido de la fama de su virtud y belleza, la amara tanto que se casase con ella y la diera parte de su reino: esto atestiguan las sagradas Letras que sucedió á Ester. Despues que esta insigne mujer viese que por la benevolencia de este nobilísimo rey de un órden ínfimo habia sido ensalzada á tanta dignidad, y que todos los próceres y grandes del reino para venerarla hincaban delante de ella las rodillas, y considerase y advirtiese que todo aquel honor y acatamiento provenia de la benevolencia y extremado amor del rey, ¿con qué ojos, pregunto, miraria á este amantísimo esposo y autor de esta tan grande dignidad? Acomodemos, hermanos, este ejemplo á alguno de los bien-

[1] Dan. III.

aventurados. Cuando el alma de algun bienaventurado vea que no solamente ha sido librada de las llamas del infierno, sino que tambien ha sido colocada con Dios en una eterna felicidad, y que abunda en unas indecibles delicias; y entienda que todo este bien le viene por los méritos y gracia de Jesucristo, por quien ha sido ensalzada á tanta dignidad, y sin la cual seria atormentada en perpétuas tinieblas é incendios eternos; viendo que de una tan ínfima suerte ha sido levantada á tanta dignidad, que es esposa queridísima del Rey eterno, y Señor de todas las cosas, ¿con qué ojos, pregunto, mirará al Autor de una salud tan grande? ¿Con qué ardor se abrasará en su amor? ¿Con qué afecto besará aquellas rosadas llagas, por las cuales sabe que se le abrió la puerta para la gloria inmortal? Finalmente, ¿qué alabanzas y qué gracias le dará por tan grande beneficio?

18. Leemos en las vidas de los santos Padres, que cierto monje anciano estando ya próximo á la muerte, llamó á sí á un jóven de aquellos que le asistian á la hora de morir, y que habiéndole cogido las manos, las besó con humildad y dijo: Benditas sean estas manos, porque me han ayudado á conseguir la salud eterna. Y esto dijo, porque aquel jóven hurtaba muchas veces de la celda del anciano muchas cosas precisas y necesarias para su comida y mantenimiento, lo cual llevando el anciano en paciencia, entendió en aquella hora cuánto condujo aquella prolongada paciencia para merecer el reino de los cielos. Pues si este santo anciano estando todavía en la tierra tenia por tan saludables y merecedoras de agradecimiento aquellas manos que le fueron provechosas solamente por los daños que le hicieron, ¿con cuánto amor y afecto las almas de los Santos, que reinan en el cielo, besarán las manos de Jesucristo, que les alcanzaron y dieron el reino de los cielos, no rapiñando, sino pagando lo que no hurtaron? ¿Con qué piedad y afecto cada una de ellas dirá: Amantísimo Rey mio, con unas perpétuas y eternas alabanzas celebraré tu misericordia y piedad, porque por tí he sido librado de la eterna muerte; por tí he sido numerado y destinado á los coros angélicos y de los ciudadanos del cielo, y por tí reinaré en los siglos de los siglos? Bendígante, pues, mis miembros y mis entrañas: porque por tí han sido enriquecidos con unas dádivas y dones tan magníficos. Veis, pues, hermanos, con qué ardor de piedad y amor hincan á este glorioso nombre su rodilla los ciudadanos soberanos y celestiales!

19. Pero acaso preguntará alguno, ¿por qué al solo nombre de

Jesús hincamos la rodilla, no tambien á otros nombres suyos, que son muchos y magníficos? Porque Jesucristo se llama tambien Hijo de Dios, y san Juan en su Apocalipsis dice [1], que su nombre es el Verbo de Dios. ¿Por qué, pues, no hincamos la rodilla á estos sus nombres tan ilustres, y sí al nombre de Jesús? Á esto, pues, responde cierto teólogo, que esta señal y muestra de honor se da á Jesucristo, no solo por reverencia, sino en significacion de un ánimo agradecido por el beneficio de nuestra redencion y de nuestra salud [2]. Pero en los otros nombres de Jesucristo se denota sola la gloria de Jesucristo, y no nuestra salud. Porque ser el Verbo de Dios, y el Hijo de Dios, y el Rey ungido pertenece principalmente á su gloria. Mas el nombre de Jesús suena Salvador, en el cual nombre se contiene su gloria y nuestra salud, y por esto con razon á este saludable nombre nos levantamos é hincamos la rodilla, reverenciando y venerando la Majestad divina, y dándole gracias por la salud que nos dió por su sagrado nombre. Este nombre muestra y lleva en sí la salud, el remedio y perdon de los pecados y la gracia; y así atraida la Esposa de la dulzura de este nombre decia en los Cantares [3]: Aceite derramado tu nombre, por esto las jovencillas te amaron. ¿Por qué amaron? Porque en este nombre saludable de aceite conocieron la justicia, la gracia, la gloria, y la eterna salud y felicidad que les dió Jesucristo. En este lugar san Bernardo entre otras muchas cosas dice: que se debe advertir y considerar, que siendo dobles ó de dos maneras los nombres de Dios, unos que significan la majestad, otros la misericordia; Cristo Señor, disimulando la majestad, se apropia los nombres de la misericordia, cuando no solamente quiso llamarse Jesús, sino tambien Manuel, esto es, Dios con nosotros. Antiguamente este repetia con frecuencia en la ley estas palabras: Yo el Señor, yo el Señor, que ponian miedo á los hombres: ahora se complace en el nombre de padre, y así nos manda que en la oracion le llamemos padre. Pero ¿qué es lo que dice que este nombre es aceite derramado? ¿Qué hay que extrañar, dice el mismo san Bernardo, el que el nombre sea derramado, si él tambien fue derramado? ¡Qué caro el aceite! ¡cuán vil! Vil, pero saludable. Y así como vil, se derrama, pero como saludable, sana. Pero consideremos por qué este nombre se compare al aceite. Á saber, porque entre el nombre de Jesús y el aceite hay alguna similitud en algunas cualidades del aceite: estas son, que luce, que apacienta, que unta. Porque fomenta la luz, nutre la

[1] Apoc. xv. — [2] Alex. de Ales. — [3] Cant. I.

carne, y mitiga el dolor. Es, pues, luz, comida, medicina. ¿Por ventura todo esto no nos lo da el nombre de Jesús? ¿Por ventura él mismo no se llama luz del mundo, pan vivo, y médico de los enfermos? ¿Qué cosa, pues, mas saludable que este nombre? ¿Qué mas amable? ¿Qué mas suave? Esta suavidad al fin parece habia experimentado san Bernardo, cuando decia: ¿Qué es Jesús, sino miel en la boca, melodía en el oido, y júbilo en el corazon?

20. Pues si con tanta religion y piedad se ha de venerar este nombre saludable, ¿de qué castigo se hacen dignos todos aquellos que con tanta desvergüenza abusan de la majestad de él, cuando á cada paso por cosas de ningun momento juran y perjuran, no solamente los hombres sino tambien las mujeres, y por el mal ejemplo de estos los niños y los infantes, que sabiendo apenas hablar claro, saben ya jurar y perjurar, porque lo aprendieron de sus padres? Mucho es de temer á la verdad que tengan compañeros en la pena, á los que tuvieron maestros del error. Antiguamente en la ley nadie osaba tomar en su boca el nombre de Dios de cuatro letras, sino el sumo sacerdote, y esto en el templo, y en dia solemne, y revestido de las vestiduras sagradas; y ahora no se avergüenzan aun los niños y niñas hollar y ensuciar frecuentemente este nombre venerable, por el cual vino la salud al mundo. San Francisco antes de su muerte hizo testamento, en el cual dejó á sus hijos ciertos preceptos familiares que habian de observar, entre los cuales se cuenta este principalmente: En cualquiera parte que se encuentren los santísimos nombres de Dios, quiero que se cojan y se coloquen en un lugar honesto. Ved, os ruego, qué cuidado solicitaba á la hora de la muerte el pecho de este varon santísimo! Porque olvidado en cierto modo de sí, estaba solícito de la reverencia que se habia de dar á este sagrado nombre. Mas nosotros miserables ninguna otra cosa cuidamos menos: acaso porque todavía no hemos percibido aquella salud que vino y se trajo al mundo por este nombre. Ruégoos, hermanos, respecto de que hoy es el dia primero de este año, y dia festivo de este sagrado nombre, que por reverencia suya cada uno proponga en su interior firmemente el ahuyentar muy léjos de sí, de sus hijos y demás familia esta injuria del divino nombre; y de él en adelante usemos como un socorro comun y general para todas nuestras miserias, y no para confirmacion de nuestras mentiras. El modo como hemos de invocar este nombre nos lo enseña san Agustin con su ejemplo en estas palabras: ¿Qué es Jesús sino Salvador? Luego por tí mismo sedme Jesús. No

quieras, Señor, no quieras atender el mal mio, de modo que te olvides del bien tuyo. ¡Oh buen Señor! aunque yo he cometido culpas, por las que me podeis condenar, tú no has perdido por eso por donde puedes y sueles salvar. Así, pues, sucederá que, valiéndonos religiosamente del socorro de este nombre, no para abuso de jurar, sino de pedir auxilio, merecerémos finalmente conseguir por él la salud eterna y la gloria de la inmortalidad. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESQUELETO DEL SERMON III

DE LA CIRCUNCISION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Vocatum est nomen ejus Jesus, quod vocatum est ab Angelo. (Luc. II, 21).

Llamóse Jesús, que fue el nombre que le dió el Angel.

1. El nombre de Jesús, que se le impuso en este dia, es la incontrastable prueba de su divinidad. Se le llama Salvador, y si fuera puro hombre, ¿de qué precio seria á los ojos de Dios la oblacion de su sangre?

2. No vengo á confundir á los impíos probando la divinidad de Jesús, sino á consolar nuestra fe..., animar vuestra piedad...

3. Para saber si el Hijo de Dios bajó del cielo y si es igual al Todopoderoso, basta referir lo que vino á hacer en la tierra.

4. El resplandor y el espíritu del ministerio de Jesús demuestran invenciblemente la gloria de su divinidad.

5. *Invocacion:* ¡Oh Jesús!...

Primera parte: El resplandor del ministerio de Jesús demuestra su divinidad.

6. Dios se manifiesta á los hombres para enseñarles lo que es y lo que ellos le deben.

7. Si Jesús no fuera mas que un hombre enviado de Dios, hubiera hecho idólatra al mundo atribuyéndose la gloria de la Divinidad.

8. Ya se consideren los oráculos y figuras que le precedieron, ya las circunstancias que le acompañaron, ya las obras que él mismo hizo, el resplandor de su ministerio es tal, que...

9. Es anunciado y prometido á los hombres desde el principio del mundo. Patriarcas... Profetas... Pueblo escogido...

10. Las circunstancias en que se halló son aun mas admirables que las mismas predicciones. Ciro... Juan Bautista...

11. Es pronosticado, anunciado, deseado... Es el Legislador de los pueblos, la luz de las naciones, la salud de Israel...

12. El Bautista no hace milagro alguno. Jesús los hace tales que nadie hasta él los habia hecho... Se dice igual al mismo Dios... Si en esto pudiera haber engaño, ¿dónde estaria su celo?...

13. Los hombres extraordinarios de la antigua ley no representaron mas que algun pasaje singular de su vida y ministerio. Melquisedec... Abrahan... Isaac... Jacob... Moisés... Josué... Quitad á Jesús la divinidad, ¿acaso será mayor que ellos?...

14. Nosotros fuimos anunciados como miembros del cuerpo cuya cabeza es Jesús... ¿Llenamos la esperanza de los siglos antiguos?... ¡Ah! los antiguos justos fueron cristianos antes de publicada la fe, y nosotros somos judíos aun despues de recibido el Evangelio.

15. Obras de Jesucristo, segundo carácter de su ministerio. ¿Se vió jamás hombre mas divino en sus obras y circunstancias de su vida?

16. En los siglos anteriores hubo hombres maravillosos... Moisés, Elías, etc., pero...

17. Moisés obra prodigios por don del cielo; Jesús los obra por sí mismo. Moisés no comunica á nadie este don; Jesús da á sus discípulos su mismo poder. Moisés obra siempre en nombre del Señor; Jesús lo obra todo en su propio nombre...

18. Elías resucita muertos, pero invoca para ello otro poder. Jesús resucitándolos da á conocer que es el Dios de los muertos como de los vivos...

19. Las sibilas, las sacerdotisas... y aun nuestros Profetas daban á conocer que los animaba un impulso extraño. Jesús, sin inmutarse, profetiza del mismo modo que habla...

20. No contento con manifestarnos así que es igual á Dios, nos dice que todas las maravillas de su Padre son tambien obra suya. ¿Ha hablado así ningun otro profeta?

21. No solo fuimos anunciados con Jesucristo, sino que tambien somos partícipes de su soberanía sobre todas las cosas.

22. Las circunstancias que componen el discurso de su vida mortal son el último carácter resplandeciente de su ministerio.

23. Sus mismos enemigos le creen concebido en carne por obra del Altísimo.

24. Apenas nacido es alabado de los Ángeles, adorado de los Magos...

25. Simeon le llama salud del mundo, luz de las naciones y gloria de Israel. Doctores de la ley... El Bautista... El cielo se abre... Los demonios huyen...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

26. Gloria de Jesús en el Tabor... Moisés en el Sínai... Calvario.

27. El Bautista, Isaías y otros muchos murieron por la justicia, pero...

28. En todos los demás misterios de su vida hay nuevos rasgos que le distinguen de los demás hombres. Si resucita...

29. Si sube al cielo..., él mismo se eleva..., los Ángeles se presentan...

30. Ascension de Elías en presencia de Eliseo... Ascension de Jesucristo en presencia de quinientos discípulos...

31. En los siglos paganos se fingió que los hombres célebres una vez muertos subian al firmamento... ¡Qué impresion causaria en los pueblos la verdad de este hecho verificado en y por Jesucristo!...

32. En el dia del juicio universal vendrá con grande majestad y gloria...

33. Las maravillas que resplandecen particularmente en Moisés, Elías, Samuel, el Bautista, etc., brillan todas en conjunto y de un modo mas glorioso y divino en Jesucristo.

34. Ó vosotros los que le negais su divinidad, acabad la blasfemia, y confundidle de una vez con...

35. Nosotros, católicos, los que creemos en él..., no perdamos de vista este modelo divino... Reconozcamos su nuevo imperio sobre nuestros corazones... El mundo es falaz... Desengañémonos...

36. *Deprecacion:* ¡Oh Dios mio!

37. Si Jesús no fuese mas que un hombre, su ministerio seria para nosotros una ocasion de idolatría.

Segunda parte: El espíritu del ministerio de Jesús demuestra su divinidad.

38. Hasta aquí no hemos visto, por decirlo así, sino lo exterior de la gloria y grandeza de Jesús; veamos ahora el fondo y espíritu de su ministerio.

39. Si su ministerio no es un ministerio de error y de impostura, lo es de la misma eterna verdad...

40. Contraste entre Jesucristo y los filósofos antiguos.

41. Cuanto mas se le observa, mas se descubre su santidad... No parece menos divino cuando come en casa del Fariseo, que cuando resucita á Lázaro.

42. Si no fuera mas que un hombre enviado de Dios, su doctrina tanto en órden á su Padre, como á los hombres, seria un conjunto de equívocos malignos...

43. ¿Cómo cumple Jesucristo con su ministerio, y en qué estilo habla del Ser supremo? Moisés y los Profetas de ningun modo se comparaban con Dios...

44. Jesucristo se dice continuamente igual á su Padre... No solo lo dice, sino que lo justifica... Pablo y Bernabé... Ángel del Apocalipsis... Jesucristo confunde á sus enemigos que le disputan su divinidad...

45. Solo un corto número de hombres, entre los cristianos, le niegan los honores divinos... Y ¿seria aquella bárbara secta del impío Socino el numeroso pueblo compuesto de todas lenguas, tribus y naciones que Jesucristo vino á formar en la tierra?...

46. ¡Oh Dios! ¡qué sábia y razonable parece la fe!... ¡Qué consuelo para los fieles ver los abismos que se forma...

47. La doctrina de Jesucristo respecto de su Padre establece, pues, la gloria de su eterno orígen... Por eso los Profetas...

48. Al hablar Jesús de la gloria del Señor no usa de las pomposas expresiones de los Profetas... Solo el Hijo de Dios puede hablar de ella con tanta familiaridad.

49. Jesús nos adquirió el derecho de mirar á Dios como á nuestro Padre, y de amarle mas que temerle... Nosotros solo le tributamos respetos y honores á causa de su justicia.

50. La doctrina de Jesucristo respecto de los hombres confirma la verdad de su nacimiento divino.

51. Jesucristo exige que le amemos tanto á él como á su Padre.

52. Esto supuesto, su doctrina seria una monstruosa mezcla de impiedad, de soberbia y de locura si él no fuese mas que un mero hombre.

53. No solo quiere que se le ame, sino que exige muestras del mas heróico y generoso amor.

54. Quiere que el hombre se ofrezca á la muerte y al martirio por la gloria de su nombre. Y si no fuera el autor de nuestro ser, ¿no seríamos sacrílegos y homicidas en sacrificarnos por su gloria?

55. Las Lucías, las Ineses, las Águedas... los Ignacios de Antioquía, todos los Mártires ¿habian de haber inundado con su sangre el universo de supersticion é idolatría?

56. Cuanto puede servir de obstáculo á nuestra salvacion, todo se lo hemos de sacrificar á Jesucristo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

57. Gracias y favores que de él ha recibido el universo... ¿Pudiera un mero hombre ser orígen de tantas gracias para los demás hombres?

58. El reconocimiento hizo autiguamente los falsos dioses... Cibeles, Apolo, Diana, Júpiter, Hércules...

59. ¿Qué son los cortos beneficios que los paganos creian recibir de sus dioses, comparados con los que Jesucristo hizo al mundo?

60. Al morir no solo no se retracta de su doctrina, sino que quiere que sus discípulos esperen en él, y les promete aun mas de lo que les ha dado...

61. Promesas que les hizo antes de subirse al cielo... Todas se cumplieron.

62. Les entrega las llaves del cielo y del infierno, el poder de perdonar los pecados. Si no fuera Dios, ¿pudieran la locura y la temeridad imaginar cosa semejante?

63. Les promete el don de milagros... En su nombre ellos resucitan los muertos, dan piés á los cojos...

64. Les promete la conversion del universo, el triunfo de la cruz... Reparos de la incredulidad. Contestacion.

65. Apartad de la doctrina de los cristianos á Jesús, Dios y Hombre, y apartaréis todo el mérito de la fe, todo el consuelo de la esperanza, todos los motivos de la caridad. Cae el edificio de la Religion todo entero.

66. Ya los primeros cristianos adoraron á Jesús como á Hombre-Dios. Léjos de defenderse de cometer en ello ningun acto de idolatría, morian gustosos por sellar su fe.

67. *Epílogo.* Acordaos, católicos, de que la piedad para con Jesucristo es el espíritu íntimo de la religion cristiana. Sea su vida modelo de la vuestra...

SERMON III

DE LA CIRCUNCISION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

SOBRE LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

Vocatum est nomen ejus Jesus, quod vocatum est ab Angelo. (Luc. II, 21).

Llamóse Jesús, que fue el nombre que le dió el Angel.

1. Un Dios que se humilla hasta hacerse hombre aturde y confunde la razon, y esta se precipitaria en un abismo de errores, si la luz de la fe no acudiera prontamente á socorrerla, descubriéndola la profundidad de la sabiduría divina, oculta en la aparente locura del misterio de Dios-Hombre. Por eso este punto fundamental de nuestra santa Religion, quiero decir, la divinidad de Jesucristo, ha sido siempre el objeto mas expuesto á las insensatas contradicciones del espíritu humano. Los hombres soberbios que no debian ocuparse sino en acciones de gracias por el inefable don que les hizo el Padre de misericordias, dándoles su único Hijo, no han cesado de ultrajarle, vomitando contra este adorable Hijo las mas impías blasfemias. Están ciegos, pues no han visto que el nombre solo de Jesús, que se le impuso en este dia, nombre que primero recibió en el cielo, y que trae un Ángel á la tierra á María y á José, es la incontrastable prueba de su divinidad. Este sagrado nombre le establece el Salvador del linaje humano: Salvador porque con la efusion de su sangre, que es nuestro rescate, nos libra del pecado y de sus inseparables consecuencias, que son la tiranía del demonio y del infierno: Salvador porque atrayendo sobre su cabeza el castigo debido á nuestras prevaricaciones nos reconcilia con Dios y nos abre de nuevo la puerta del eterno santuario, que estaba cerrada por el pecado. Pero, católicos, si el Hijo de María fue-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ra puro hombre, ¿de qué precio pudiera ser á los ojos de Dios la oblacion de su sangre? Si Jesucristo no fuera Dios, ¿cómo habia de ser aceptada su mediacion cuando él mismo tendria necesidad de mediador para reconciliarse con Dios?

2. Esta prueba, que no hago mas que apuntar aquí, y otras muchas que me ofrece la Religion, cerrarian prontamente la boca del impío y confundirian su impiedad, si yo pensara en dilatarme en ellas; pero no permita Dios que yo venga al templo santo, en donde están levantados altares á nuestro divino Salvador y en donde se juntan sus adoradores, á disputar como si hablara entre sus enemigos y hacer su apología del misterio de Dios-Hombre á vista de un pueblo fiel. El consagrar hoy este discurso á la divinidad y gloria eterna del Hijo de Dios, no es por confundir á los impíos, sino solamente por consolar nuestra fe refiriendo las maravillas de su autor y consumador, y por animar vuestra piedad exponiendo la gloria y la divinidad del mediador que es el objeto y la mas suave esperanza; es tambien muy conveniente renovar de tiempo en tiempo estas verdades en el espíritu de los grandes y de los príncipes del pueblo, para fortalecerlos contra los discursos de la incredulidad, de los que suelen estar muy rodeados, y levantar algunas veces el velo que cubre el santuario para exponer á su vista estas ocultas bellezas que la Religion no propone mas que á su veneracion y respetos.

3. La divinidad, pues, del mediador no se puede probar sino por su ministerio; los títulos no se pueden manifestar sino en sus funciones; y para saber si bajó del cielo y si es igual al Todopoderoso, basta referir lo que vino á hacer en la tierra. Vino, católicos, á formar un pueblo santo y fiel; un pueblo fiel que cautive su razon bajo el sagrado yugo de la fe; un pueblo santo, cuya conversacion sea en el cielo, y que ya no dependa de la carne, para vivir segun ella; este es el fin de su mision temporal.

4. El resplandor de su ministerio es el mas sólido fundamento de nuestra fe; y su espíritu la regla única de nuestras costumbres. Si no fuera mas que un hombre enviado de Dios, seria el resplandor de su ministerio para nosotros una ocasion inevitable de nuestra supersticion y de nuestra idolatría; su espíritu seria el lazo funesto de nuestra inocencia; y así, ya sea que consideremos el resplandor ó el espíritu de su ministerio, queda del mismo modo invenciblemente establecida la gloria de su divinidad.

5. ¡Oh Jesús, único Señor de todos! recibid este público homenaje de nuestra confesion y de nuestra fe; mientras que la impiedad blasfema en secreto y en las tinieblas contra vuestra gloria, dejadnos el consuelo de publicarla con la voz de todos los siglos, delante de los altares, y formad en nuestro corazon, no solamente aquella fe que os confiesa y que os adora, sino tambien la que os sigue é imita.

Primera parte.

6. Se manifiesta Dios á los hombres para enseñarles lo que es y lo que los hombres le deben; y la Religion própiamente no es mas que una luz divina con que Dios se descubre al hombre y que arregla las obligaciones del hombre para con Dios. Ya sea que el Altísimo se manifieste á sí mismo en la tierra, ó ya que llene de su espíritu á unos hombres extraordinarios, el fin de todos estos pasos no puede ser otro que el conocimiento y santificacion de su nombre en el universo y el establecimiento de un culto en que se dé á Dios solo lo que solo á él se le debe.

7. Si Nuestro Señor Jesucristo, pues, venido al mundo en la plenitud de los tiempos, no fuera mas que un hombre justo é inocente, escogido solo para ser enviado de Dios á la tierra, hubiera sido el fin principal de su ministerio hacer al mundo idólatra y quitarle á la Divinidad la gloria que la es debida, para atribuírsela á sí mismo.

8. Y á la verdad, católicos, ya sea que consideremos el resplandor de su ministerio en el aparato pomposo de oráculos y figuras que le precedieron; ya en las circunstancias maravillosas que le acompañaron; ya, finalmente, en las obras que él mismo hizo, su resplandor es tal, que si Jesucristo no fuera mas que un hombre como nosotros, Dios que le envió á la tierra revestido de tanta gloria y poder, nos hubiera engañado y seria culpable de la idolatría de los que le adoran.

9. El primer carácter resplandeciente del ministerio de Jesucristo es el haber sido anunciado y prometido á los hombres desde el principio del mundo. Apenas cayó Adan, cuando desde léjos se le manifiesta el reparador necesario en la tierra para remediar su caida. En los siglos siguientes parece que Dios solo se ocupa en disponer á los hombres para su venida; si se manifiesta á los Patriarcas, es para confirmarlos en la fe de esta esperanza; si inspira á los Profetas, es para anunciarla; si escoge un pueblo, es para hacerle depositario de esta gran promesa; si manda á los hombres

sacrificios y ceremonias religiosas, es para dibujar, como de léjos, la historia del que ha de venir; todos los sucesos que acaecen en la tierra, parece que conducen á este gran suceso. Los imperios y los reinos no caen ni se levantan sino para disponerle los caminos; los cielos no se abren sino para prometerle; y toda la naturaleza, como dice san Pablo, parece que está impaciente por parir al justo que tiene en su seno y que ha de venir á libertarla de la maldicion en que habia caido: *Omnis creatura ingemiscit, et parturit* [1].

10. Hacer, pues, católicos, que la tierra espere á un hombre, y anunciarle desde lo alto del cielo y desde el principio de los siglos, es disponer á los hombres para que le reciban con un respeto de religion y de culto, y si Jesucristo no tuviera otro resplandor particular que le distinguiese de los demás hombres, pudiera temerse la supersticion de los pueblos, si hubiera sido una pura criatura; pero nada es respecto de Jesucristo el haber sido anunciado; todas las demás circunstancias en que se halló son aun mas maravillosas y mas admirables que las mismas predicciones. Á la verdad, católicos, que si Ciro y san Juan Bautista fueron anunciados mucho tiempo antes de nacer en las profecías de Isaías y de Malaquías, estas fueron unas puras producciones sin consecuencias, sin aparato y que se hallan en un solo Profeta; unas predicciones que solo anuncian sucesos particulares y en que no podia padecer engaño la religion de los pueblos. Ciro, para ser el restaurador de los muros de Jerusalen; el Bautista para preparar los caminos al que habia de venir; uno y otro para confirmar con el cumplimiento de estas particulares profecías la verdad y divinidad de todas las que anuncian á Jesucristo.

11. Pero aquí tenemos, católicos, un enviado del cielo, pronosticado por todo un pueblo, anunciado por espacio de cuatro mil años por una larga sucesion de Profetas, deseado de todas las naciones, figurado en todas las ceremonias, esperado de todos los justos, y señalado de léjos en todas las edades. Los Patriarcas mueren deseando verle; los justos viven con esta esperanza; los padres enseñan á sus hijos á desearle, y este deseo es como una religion doméstica que se perpetúa de siglo en siglo. Aun los mismos vates de los gentiles ven brillar desde léjos la estrella de Jacob, y hasta en los oráculos de los ídolos se anuncia este gran suceso. Este no es un suceso particular, sino un suceso que ha de servir de remedio

[1] Rom. VIII, 22.

al mundo condenado; es el Legislador de los pueblos, la luz de las naciones, la salud de Israel; viene á desterrar del mundo la iniquidad, á traer una justicia eterna, á llenar el universo del espíritu de Dios y dar á todos los hombres una paz inmortal. ¡Qué aparato tan extraordinario! ¡Qué lazo seria para la Religion de todos los siglos, si unos preparativos tan magníficos no anunciaran mas que una pura criatura y particularmente en tiempos en que la credulidad de los pueblos ponia con tanta facilidad en el número de los dioses á los hombres extraordinarios!

12. Por otra parte, católicos, cuando el Bautista se manifiesta en las riberas del Jordan, temiendo al parecer, que el solo oráculo que le habia anunciado no fuese ocasion de idolatría á un pueblo, á quien la fama de su santidad hacia que le siguiese, no hace milagro alguno. No cesa de decir: Yo no soy el que esperais; parece que solo atiende á precaver los honores supersticiosos. Al contrario Jesucristo, á quien cuatro mil años antes las figuras, las profecías, las promesas habian anunciado á la tierra con tanta magnificencia; Jesucristo, léjos de precaver la supersticion de los pueblos respecto de sí, viene con gran virtud y poder; hace obras y maravillas que hasta entonces nadie habia hecho; y no solo se levanta sobre el Bautista, sino que dice ser igual al mismo Dios; ¿dónde estaria su celo de la gloria de aquel que le envia y su amor á los hombres, si en esto pudiera haber engaño y si fuera idolatría el tributarle honores divinos?

13. Además, católicos, cuantos hombres extraordinarios hubo en los siglos antecedentes, todos los justos de la ley y de la edad de los Patriarcas no fueron mas que unas imperfectas imágenes de Cristo, y aun cada uno de ellos no representaba mas que algun pasaje singular de su vida y ministerio; Melquisedec su sacerdocio; Abrahan su cualidad de cabeza y padre de los creyentes; Isaac su sacrificio; Jacob sus persecuciones; Moisés su oficio de mediador; Josué su entrada triunfante en la tierra de los vivientes con un pueblo escogido. Todos estos hombres tan venerables y milagrosos no eran mas que unos rasgos del Mesías que habia de venir; era, pues, preciso que fuese muy grande este Mesías, cuando tan ilustres y famosos fueron los que le figuraron; pero si quitais á Jesucristo la divinidad y su eterno orígen, en nada excede la verdad á la figura. Bien sé, como diré despues, que el resplandor de sus maravillas, mirado de cerca, está señalado con unos caractéres divinos, que no se hallan en la vida de estos grandes hombres; pero si se

juzgara solo con los ojos corporales, no seria el paralelo favorable á Jesucristo. ¿Es acaso mayor que Abrahan? Aquel hombre tan grande, que el mismo Dios entre sus nombres mas magníficos tomó el de Dios de Abrahan, como para dar á entender á la tierra que los respetos de un hombre tan justo y tan extraordinario eran mas gloriosos á su soberanía que el título de Dios de los imperios y de las naciones; tan grande, que los judíos creian ser mejores que los demás pueblos del mundo, solo por ser descendientes de un padre tan famoso y querido del cielo; que los padres, refiriendo á sus hijos las maravillas de su nacion y la historia de sus mayores, los animaban á la virtud, solo con decirles que eran hijos de Abrahan, y parte de una estirpe santa. ¿Es acaso mas maravilloso que Moisés? Aquel hombre poderoso en obras y en palabras, medianero de una alianza santa que libertó á su pueblo, y sacudió el yugo de Egipto; aquel que fue declarado Dios de Faraon, que parecia dueño de la naturaleza; que cubrió la tierra de plagas; que separó los mares, é hizo llover del cielo un nuevo sustento; aquel hombre que vió al Señor cara á cara en el monte santo, y se dejó ver en presencia del pueblo de Israel lleno de resplandores. ¿Hay acaso en toda la vida de Jesucristo cosa tan extraordinaria ni tan grande? Con todo eso todas esas maravillas no eran mas que unos toscos rasgos de su gloria y de su poder. Él era quien debia perfeccionarlas y darlas la última mano: si Jesucristo, pues, no fuera imágen de la sustancia de su Padre, y el resplandor eterno de su gloria, cuando mas, deberia igualarse á estos primeros hombres, y podria la incredulidad de los judíos preguntarle, sin blasfemar, ¿sois acaso mas que nuestro padre Abrahan, y que los Profetas, los que con ser tan grandes murieron? *Numquid tu major es patre nostro Abraham*[1]? Con razon, pues, digo, que si considerais su ministerio, primeramente por el magnífico aparato de oráculos y figuras que le anunciaron, es tal su resplandor, que si Jesucristo no fuera mas que un hombre como nosotros, la misma sabiduría de Dios seria culpable del error de los que le adoran.

14. Pero, católicos, Cristo fue anunciado con sus miembros; nosotros estamos incluidos en las profecías que le anunciaron en la tierra; nosotros hemos sido prometidos como una descendencia santa, un pueblo espiritual, que habia de tener grabada la ley en el corazon, y que solamente habia de suspirar por los bienes eternos, y adorar en espíritu y verdad; nosotros hemos sido, como Jesucristo, la esperanza de los justos del tiempo antiguo, el deseo de las naciones; nosotros somos esta nueva Jerusalen pura y sin mancha, tantas veces anunciada por los Profetas, en la que solo Dios habia de ser conocido y adorado, en la que la fe habia de ser la sola luz que nos alumbra, la caridad el solo lazo que nos une, la esperanza de la patria el solo deseo que nos anima. ¿Llenamos, pues, esta esperanza tan ilustre y santa? ¿Somos acaso dignos de haber sido el objeto deseado de todos los pasados siglos que nos precedieron? ¿Merecemos haber sido esperados como hombres celestiales, que debian llenar la tierra de santidad y justicia? ¿No se engañaron los siglos esperando al pueblo cristiano? Si los justos de los pasados tiempos volvieran á la tierra, ¿podríamos manifestarnos á ellos y decirles: Ved aquí los hombres celestiales, espirituales, castos, fieles, caritativos que esperábais? ¡Ah, católicos! los antiguos justos fueron cristianos antes del nacimiento de la fe, y nosotros somos judíos aun despues de haber recibido el Evangelio: vivimos solamente para la tierra; no conocemos mas bienes verdaderos que los presentes; toda nuestra religion está en los sentidos; hemos recibido mas auxilios, pero no por eso somos mas fieles.

15. Al resplandor de las profecías que anunciaron á Jesucristo se debe añadir el de sus obras y prodigios, que es el segundo carácter resplandeciente de su ministerio. Sí, católicos, aun cuando el cielo no lo hubiera prometido á la tierra con tanta magnificencia, aun cuando no hubiera sido, como fue en las primeras edades, la sola ocupacion y esperanza del universo, ¿cómo se manifiesta en la tierra? ¿Se vió acaso jamás hombre mas maravilloso, mas divino en sus obras, y en todas las circunstancias de su vida?

16. Digo, primeramente, en sus obras y prodigios. Bien sé, como acabo de decir, que en los siglos anteriores hubo en la tierra hombres extraordinarios, á los que parecia que el Señor habia hecho depositarios de su virtud y poder: Moisés, tanto en Egipto, como en el desierto, parecia dueño del cielo y de la tierra: en los siglos siguientes, Elías vino á prsentarse á los hombres con el mismo poder; pero si se miran atentamente todos estos hombres milagrosos, aun en su mismo poder tenian impresos los caractéres de flaqueza y dependencia.

17. Moisés no obraba sus maravillas sino con la vara misteriosa; sin ella era un hombre flaco y sin poder, y parece que el Señor habia vinculado la virtud de los milagros en aquel árido leño, como para dar á entender á los israelitas, que el mismo Moisés

[1] Joan. VIII, 53.

no era entre sus manos mas que un instrumento frágil de quien queria servirse para obrar maravillas : Jesucristo, aun sin hablar, obra los mayores prodigios, y el solo contacto de su ropa cura las mas desesperadas enfermedades. Moisés no comunica á sus discípulos el poder de hacer milagros, porque en él era un don extraño, que habia recibido del cielo, y del que no podia disponer : Jesucristo deja á los suyos un poder, aun mayor del que él mismo habia manifestado : Moisés obra siempre en el nombre del Señor ; Jesucristo lo obra todo en su propio nombre, y sus obras son las obras de su Padre : no obstante, aquel Moisés que no habia sido anunciado como Jesucristo, que no perdonaba los pecados como él, que no decia ser igual á Dios, sino solamente su siervo fiel ; aquel Moisés, temiendo que despues de su muerte le hiciesen sus prodigios ser tenido por Dios, toma sus medidas para que la credulidad de su pueblo no le tribute honores divinos en los siglos futuros; quiere que se ignore en la tierra su sepulcro ; se retira al monte para morir donde no le vean sus hermanos, temiendo que vengan á ofrecerle sacrificios al sepulcro ; y oculta para siempre su cuerpo á la supersticion de las tribus : ni aun á sus discípulos se manifiesta despues de su muerte; conténtase con dejarles la ley de Dios, y hace los posibles esfuerzos para que le olviden ; y Jesucristo, despues de todos los prodigios que obró en Judea, despues de todas las predicciones que le habian anunciado, despues de haberse manifestado como Dios en la tierra, su sepulcro es conocido de todo el orbe, expuesto á la veneracion de todos los pueblos y de todos los siglos; aun despues de su muerte se manifiesta á sus discípulos. ¿Era por ventura menos temible en este caso la supersticion? Ó ¿era acaso Jesucristo menos celoso que Moisés de la gloria del soberano Ser y de la salud de los hombres?

18. Es verdad que Elías resucita muertos, pero tiene precision de echarse muchas veces sobre el cuerpo del niño que resucita, sopla, se encoge, se agita ; de donde se infiere que invoca otro poder, que llama del imperio de la muerte una alma que no está sujeta á su voz, y que no es él el dueño de la muerte y de la vida ; Jesucristo resucita los muertos como si hiciera cualquiera accion comun de la vida ; habla como dueño á los que duermen el sueño eterno, é inmediatamente da á conocer que es el Dios de los muertos como de los vivos, y nunca mas tranquilo que cuando obra las mayores maravillas.

19. Finalmente, los poetas nos representaban á sus sibilas y sacerdotisas como furiosas cuando pronosticaban lo futuro : parece que no podian sufrir la presencia del espíritu impostor que en ellas habitaba ; aun nuestros Profetas cuando anunciaban las cosas futuras, sin perder el uso de la razon y sin salir de la gravedad y decencia de su ministerio, eran poseidos de un entusiasmo divino ; muchas veces era preciso despertar en ellos el espíritu profético con el sonido de una lira : bien se dejaba conocer que los animaba un impulso extraño, y que la ciencia de lo futuro y los misterios ocultos que anunciaban á los hombres no los sacaban de su propio caudal ; pero Jesucristo profetiza del mismo modo que habla ; la ciencia de lo futuro ni le inmuta, ni le turba, ni le sobrecoge, porque contiene en su espíritu todos los tiempos : los misterios futuros que anuncia no son en su alma luces repentinas é infusas que le turben, sino unos objetos familiares que siempre tiene presentes y cuyas imágenes halla en su interior, y todos los siglos futuros se comprenden bajo la inmensidad de su vista, como el presente dia que nos alumbra : por eso ni la resurreccion de los muertos, ni la prediccion de lo futuro turban su ordinaria tranquilidad : parece que está jugando cuando obra maravillas en el mundo, y si alguna vez da á entender que se turba y enfurece, es solo á vista del pecado y de la obstinacion de su pueblo : porque cuanto mayor es su santidad, tanto mas aborrece el pecado ; y la sola cosa que el Hombre-Dios puede ver con furor, es el espectáculo de una conciencia manchada con delitos.

20. Esta es la omnipotencia de Jesucristo ; sus milagros no dan señal alguna de dependencia, y no contento con manifestarnos con esto que es igual á Dios, nos avisa que todas las maravillas que su Padre obra en la tierra son tambien obra suya ; y que las obras de su Padre son sus obras. ¿Teneis noticia de algun profeta hasta Jesucristo que haya hablado de este modo? y que en vez de dar á Dios la gloria, como el autor de todo don excelente, se haya atribuido á sí mismo los grandes prodigios que el Señor se dignaba obrar por su ministerio?

21. Pero, católicos, nosotros además de haber sido anunciados con Jesucristo somos partícipes de su soberanía sobre todas las criaturas. El cristiano por la fe es dueño de la naturaleza : todo le está sujeto, porque él solo está sujeto á Dios : todas sus obras en algun sentido deben ser milagrosas, porque todas deben derivarse de un principio sublime y divino y exceder las fuerzas de la humana flaqueza : debemos ser, por decirlo así, hombres milagrosos y dueños

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

del mundo, despreciándole; elevados sobre las leyes de la naturaleza, sobrepujándolas; árbitros de los sucesos, sujetándonos á ellos; y aun mas fuertes que la muerte, deseándola: este es el sublime estado del cristiano. Es preciso, pues, que Jesucristo sea muy grande para haber levantado á tanto poder y grandeza á la flaqueza humana.

22. Finalmente, el último carácter resplandeciente de su ministerio son las maravillosas y hasta entonces inauditas circunstancias que componen el discurso de su vida mortal. Bien sé que vino pobre y humilde; pero entre esta exterior apariencia de oscuridad y desprecio, aun sus mismos enemigos se ven precisados á reconocer en él el resplandor de su divinidad.

23. Primeramente, aunque le miren como á un hombre semejante á nosotros, le creen, no obstante, formado por la operacion invisible del Altísimo en el seno de la Vírgen de Judá, contra la ley ordinaria de los hijos de Adan. ¡Qué gloria esta, aun cuando no tuviera otra, para una pura criatura!

24. En segundo lugar, apenas nació, cuando las celestiales legiones hacen resonar los aires con cánticos de alegría, y nos enseñan que este nacimiento glorifica al Altísimo y trae la eterna paz á la tierra. ¿Quién es, pues, esta criatura que puede glorificar al Altísimo y no halla su gloria sino en sí misma? Pero despues un nuevo astro llama á los Magos en lo interior del Oriente, y guiados por una misma luz, vienen estos hombres justos desde las extremidades de la tierra á adorar al nuevo Rey de los judíos.

25. Examinad todas las circunstancias de su vida: si María le presenta en el templo, un justo y una santa mujer anuncian su futura grandeza, y transportados de una santa alegría, mueren contentos despues de haber visto á aquel á quien llaman salud del mundo, luz de las naciones y gloria de Israel. Los doctores, juntos en el templo, ven con admiracion su niñez mas sábia é ilustrada que toda la sabiduría de los ancianos: segun va creciendo se va manifestando su gloria: el Bautista, el mayor de los hijos de los hombres, se humilla en su presencia y se tiene por indigno de servirle, aun en los mas viles ministerios: el cielo se abre muchas veces sobre su cabeza y declara que aquel es el Hijo amado: los demonios espantados huyen de su presencia, no pudiendo sufrir su santidad, y confiesan que es el Santo de Dios. Juntad, pues, tan nuevos y tan distintos testimonios, circunstancias tan extraordinarias é inauditas. ¿Quién es, pues, este hombre que se manifiesta en la tierra

con tanto resplandor? ¿no tienen buena excusa los pueblos que le adoran?

26. Pero estos no son mas que unos débiles preludios de su gloria: si se retira al Tabor, acompañado de tres discípulos solos, su gloria, impaciente, si es lícito decirlo así, de haber estado hasta entonces como cautiva bajo el velo de la humanidad, brilla hácia fuera; déjase ver todo rodeado de resplandores: el Padre celestial temiendo entonces que la gloria de Jesucristo fuese ocasion de error y de idolatría á los discípulos, admirados y testigos del espectáculo, parece que hubiera debido avisarles que este Jesús á quien veian tan glorioso no era mas que su siervo y su enviado; pero al contrario, les declara que es su Hijo amado, en quien se complace, sin poner límites á los honores que quiere le tributen. Cuando Moisés se manifestó cercado de gloria y como transfigurado en la montaña de Sínai, temiendo que los israelitas, inclinados siempre á la supersticion, le tuviesen por un Dios bajado á la tierra, declaró al mismo tiempo el Señor desde lo alto del cielo, entre truenos y relámpagos: *Yo soy quien soy, y no adoraréis mas que á mí solo*[1]. El mismo Moisés se presenta al pueblo, llevando en las manos las tablas de la ley, como para darle á entender que aun en medio de la gloria de que le veian adornado, no era mas que ministro, y no autor de la ley santa; que á él solo le tocaba presentarla grabada en la piedra, y que solo Dios era quien podia imprimirla en los corazones: pero Jesucristo se manifiesta en el Tabor como legislador: el Padre eterno no le da una nueva ley para que la traiga á los hombres, solamente les manda que le oigan, y se le presenta como legislador, ó por mejor decir, como su ley viva y eterna. ¿Qué mas puedo decir, católicos? Si desde el Tabor pasamos al Calvario, á aquel lugar en donde debian consumarse todos los oprobios del Hijo del Hombre, el mismo Calvario sirve de teatro á su gloria y á su divinidad: toda la naturaleza desordenada le reconoce allí como á su Autor; los astros que se ocultan, los muertos que resucitan, las piedras de los sepulcros que se abren y se rompen, el velo del templo que se rasga, y la incredulidad misma que le confiesa por boca del Centurion; bien se conoce que no es un hombre comun el que muere, y que en este monte está pasando alguna cosa nueva y extraordinaria.

27. Muchos justos habian muerto antes de él á manos de los impíos. El palacio de Herodes acababa de ver la cabeza del Bautis-

[1] Exod. III; Deut. VI.

ta hecha premio de la sensualidad. Isaías glorificó á Dios con una muerte terrible, y no obstante la sangre de los reyes de quienes descendia, no pudo su augusta ascendencia libertarle de las persecuciones, que son siempre la recompensa de la verdad y del celo. Otros muchos murieron por la justicia; pero parecia que la naturaleza toda entera se interesaba en sus trabajos. Los muertos no salian de sus sepulcros, como para reprender á los vivos sus sacrilegios; nada de esto se habia visto aun en la tierra.

28. Recorred los demás misterios de su vida; en todos hallaréis nuevos rasgos que le distinguen de los demás hombres. Si resucita de entre los muertos, además de hacerlo por su propia virtud (lo que hasta entonces nunca se habia visto), es para no volver á morir, como otros á quienes resucitaron los Profetas, y recibe en la tierra una vida inmortal, lo que nunca se concedió á criatura alguna.

29. Si sube al cielo no es en un carro de fuego que le arrebata de un golpe: él mismo se eleva con majestad, deja á sus amados discípulos tiempo bastante para que le acompañen con la vista y para que rindan las debidas adoraciones á su divino Maestro. Los Ángeles se presentan delante de este Rey de la gloria, como para recibirle en su imperio, y consuelan á los afligidos discípulos, prometiéndoles que volverá á la tierra rodeado de gloria y de inmortalidad; todo anuncia en la tierra al Dios del cielo, que vuelve al lugar de donde habia salido, que va á tomar posesion de su gloria; todo persuade á los hombres esta verdad.

30. Cuando Elías fue arrebatado en el carro de fuego, no tuvo por testigo de esta ascension milagrosa mas que á un solo discípulo; sucedió esta en un lugar apartado y distante de la vista de los demás hijos de los Profetas, los que acaso, mas crédulos y menos instruidos que Eliseo, hubieran en aquel instante tributado honores divinos á este hombre milagroso; pero Jesucristo sube al cielo rodeado de gloria, á vista de quinientos discípulos; los mas débiles, y aun aquellos en quienes estaba menos radicada la fe de la resurreccion, son llamados los primeros al santo monte; nada se teme de su credulidad; al contrario se le sufren sus adoraciones, como sus pesares y lágrimas; y una vida llena de prodigios, tan inauditos hasta entonces en la tierra, se termina por último con una circunstancia aun mas maravillosa, y la que únicamente bastaria para hacerle mirar como á un Dios, y para eternizar el error y la idolatría entre los hombres.

31. Es cierto, católicos, que si los siglos paganos para justificar los impíos é insensatos honores que tributaban á sus legisladores, á los fundadores de los imperios, y á otros hombres célebres, hacian decir á sus historiadores y poetas, que estos héroes no habian muerto, que solo habian desaparecido de la tierra; que siendo de naturaleza de dioses, habian subido al firmamento para ocupar en él su lugar con los demás astros (que segun ellos eran otras tantas divinidades que nos alumbran), y para gozar allí de la inmortalidad debida á su nacimiento divino; si una tan grosera ficcion bastó para mantener á los hombres idólatras por tanto tiempo, ¿qué impresion no debia hacer en los pueblos la verdad de este hecho? Y si el universo habia adorado á unos impostores que publicaban falsedades, ¿no hubiera tenido excusa en adorar á un hombre milagroso, á quien los mismos hombres vieron levantarse sobre los astros, cercado de gloria?

32. Pero advertid, católicos, que la ocasion de error no acabaria con Jesucristo: se nos anuncia tambien que aparecerá al fin de los siglos, en medio de los aires, rodeado de poder y majestad, y acompañado de todos los espíritus celestiales; que todas las naciones juntas y temblando esperarán á sus piés la decision de su eterno destino; que pronunciará como soberano su decisiva sentencia; que los Abrahanes, los Moisés, los Davides, los Elías, los Bautistas, cuanto ha habido grande y maravilloso en todos los siglos, estará sujeto á su juicio y á su imperio: que él solo se levantará sobre todo poder y toda dominacion, y sobre todo lo que se llama grande en el cielo y en la tierra; que levantará su trono sobre las nubes al lado del Altísimo; que no solo parecerá dueño de la vida y de la muerte, sino rey inmortal de los siglos, príncipe de la eternidad, jefe de un pueblo santo, y árbitro de todas las criaturas. ¿Quién es, pues, este hombre á quien el Señor ha comunicado tal poder? Los muertos que se presentarán en su juicio, ¿podrán ser condenados por haberle adorado, habiéndole visto revestido de tanta gloria, majestad y poder?

33. Para finalizar esta primera parte de mi discurso os pido que hagais una reflexion, y es: que si en Jesucristo se hubiera hallado una larga vida, y en ella no mas que un rasgo extraordinario y divino, se pudiera creer que el Señor algunas veces se complace en hacer resplandecer su gloria y su poder en sus siervos; por eso fue arrebatado Enoc; Moisés se transfiguró en el monte santo; Elías subió al cielo sobre un carro de fuego; el Bautista fue anunciado;

pero además de que estas eran circunstancias únicas, y que el lenguaje de estos hombres milagrosos, y de sus discípulos, hablando de la Divinidad y de sí mismos, no dejaba lugar á la supersticion ni al engaño; en Cristo hay un conjunto de maravillas, que cada una de ellas hubiera podido engañar la credulidad de los hombres: en él se hallan todos los rasgos repartidos en estos hombres extraordinarios, que fueron mirados cási como dioses en la tierra y aun de un modo mas glorioso y divino: profetiza, pero con mas majestad, y con caractéres mas resplandecientes que el Bautista: se manifiesta transfigurado en el monte santo, pero rodeado de mas gloria que Moisés: sube á los cielos, pero con mas señales de poder y de majestad que Elías: ve lo futuro, pero con mas claridad que todos los Profetas: nace, no solo de un vientre estéril como Samuel, sino tambien de una Vírgen pura é inocente. Pues ¿qué he de decir? Y no solo no desengaña á los hombres con expresiones claras y precisas acerca de su orígen puramente humano, sino que su estilo acerca de su igualdad con el Altísimo, la sola doctrina de sus discípulos, que nos dicen que desde la eternidad estaba en el seno de Dios, y que todo fue hecho por él, que le llaman su Señor y su Dios, que nos enseñan que está todo en todas las cosas, justificaria el error de los que le adoran, aun cuando su vida hubiera sido comun y semejante á la de los demás hombres.

34. Ó vosotros los que le negais su gloria y su divinidad y que no obstante le mirais como á enviado de Dios para instruir á los hombres, acabad la blasfemia y confundidle con aquellos impostores que vinieron á engañar al mundo, pues léjos de establecer en él la gloria de Dios y el conocimiento de su nombre, el resplandor de su ministerio no hubiera servido mas que de ensalzarle á divinidad, de hacerle colocar malamente al lado del Altísimo, y de sepultar á todo el universo en la mas peligrosa, la mas larga, la mas inevitable y universal de todas las idolatrías.

35. Nosotros, católicos, los que creemos en él, y á quienes ha sido revelado el misterio de Cristo, no perdamos de vista este modelo divino, que nos manifiesta el Padre desde lo alto del monte santo; consideremos el espíritu de los diversos misterios que componen toda su vida mortal: estos son los diferentes estados de la vida del cristiano en la tierra. Reconozcamos el nuevo imperio que vino á formarse Jesucristo sobre nuestros corazones: el mundo á quien hasta aquí hemos servido, no ha podido librarnos de nuestras penas y miserias: buscábamos en él la libertad, la paz, la dulzura de la vida, y hemos hallado la confusion, la servidumbre, la amargura y la desgracia de nuestros dias. Ved aquí un nuevo Salvador que viene á traer la paz á la tierra, pero no nos da la paz como la promete el mundo. El mundo habia querido conducirnos á la paz y á la felicidad por los deleites de los sentidos, por la indolencia y por una vana filosofía; no ha salido con su intento, y favoreciendo nuestras pasiones ha aumentado nuestras penas: Jesucristo viene á proponernos nuevos caminos para llegar á la paz y á la felicidad que buscamos; el despego, el desprecio del mundo, la mortificacion de los sentidos y la abnegacion de nosotros mismos son los nuevos bienes que viene á manifestar á los hombres. Desengañémonos, pues; no tenemos mas felicidad que esperar, aun en esta vida, que el reprimir nuestras pasiones y prohibirnos los violentos deleites que turban y corrompen el corazon: solamente la filosofía del Evangelio forma sábios y hace felices, porque sola ella arregla el espíritu, fija el corazon y restituye el hombre á sí mismo, restituyéndole á Dios. Los que han querido seguir otros caminos no han hallado mas que vanidad y aflicciones de espíritu. Y solo Jesucristo, viniendo á traer la espada y la separacion, vino á traer la paz á los hombres.

36. ¡Oh Dios mio! yo sé, bien á mi costa, que el mundo y sus deleites no hacen felices á los hombres: venid, pues, á recobrar un corazon que ha huido en vano de Vos, y que á pesar suyo sus propios disgustos os le traen: venid á ser su Salvador, su paz y su luz, y mirad mas sus desgracias que sus delitos.

37. Ved aquí, hermanos mios, como el ministerio de Jesucristo seria para los hombres una inevitable ocasion de idolatría, si no fuera mas que una simple criatura: veamos ahora como el espíritu de su ministerio seria el lazo de nuestra inocencia.

Segunda parte.

38. El resplandor del ministerio de Jesucristo aun no es lo mas augusto y magnífico que en él se halla. Por grande que nos haya parecido por los oráculos que le anunciaron, por las obras que hizo y por las admirables circunstancias de sus misterios, esto no es mas, por decirlo así, que lo exterior de su gloria y de su grandeza; y para conocer todo lo que en él hay, es necesario contemplar el fondo y el espíritu de su ministerio. El espíritu, pues, de su ministerio encierra su doctrina, sus beneficios y sus promesas. Des-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®

cubramos, pues, todo lo que en sí encierra, y hagamos ver, ó que es necesario negar á Jesucristo su cualidad de hombre justo, y de enviado de Dios todopoderoso, que es lo que conceden los enemihos de su divinidad, ó confesar que es un Dios encarnado, que bajó á la tierra para salvar á los hombres.

39. Esta, católicos, es una alternativa inevitable: si Jesucristo es santo, es Dios: y si su ministerio no es un ministerio de error y de impostura, es el ministerio de la misma eterna verdad, que se ha manifestado para instruirnos. Los enemigos, pues, de su nacimiento divino están obligados á confesar que fue un Hombre justo, inocente, amigo de Dios; y si ha habido en el mundo algunos espíritus bárbaros é impíos que se atrevieron á blasfemar contra su inocencia y á confundirle con los impostores, estos solo han sido algunos mónstruos de quienes ha tenido horror el humano linaje, y cuyo nombre odioso, aun á la naturaleza, ha quedado sepultado en las mismas tinieblas de donde habia salido el horror de su impiedad.

40. Á la verdad, ¿qué hombre se habia visto hasta entonces en la tierra con mas incontrastables caractéres de inocencia y santidad, que Jesucristo hijo de Dios vivo? ¿En qué filósofo se observó jamás tanto amor á la virtud, tan sincero desprecio del mundo, tanta caridad para con los hombres, tanta indiferencia para la gloria humana, tanto celo de la gloria del Ser supremo y tanta elevacion sobre todo lo que los hombres admiran y buscan? ¡Qué celo por la salud de los hombres! Todos sus discursos, todos sus cuidados, todos sus deseos, todas sus inquietudes se dirigen á este fin. Los filósofos solamente criticaban á los hombres, sin intentar mas que hacerles conocer su flaco ó su ridiculez: Jesucristo no habla de sus vicios sino para enseñar los remedios: los unos eran censores de las flaquezas humanas; Jesucristo es el médico: los unos se preciaban de notar en sus prójimos vicios de que ellos no estaban exentos; este habla siempre con un amargo dolor de los defectos de que le exime su inocencia, y aun derrama lágrimas por los desórdenes de una ciudad infiel; bien se conoce que los unos no intentaban corregir á los hombres, sino hacerse estimar despreciándolos, y que el otro solo piensa en salvarlos, y que le mueven poco sus aplausos y estimacion.

41. Observad por menor sus costumbres y conducta, y ved si hubo jamás en la tierra un justo mas universalmente exento de todas las flaquezas, aun las mas inseparables de la humanidad: cuanto mas se le observa, mas se descubre su santidad. Sus discípulos que le veian mas de cerca, son los que mas se admiran de la inocencia de su vida; y la familiaridad, tan peligrosa á la mas heróica virtud, solo sirve de descubrir cada dia nuevas maravillas en la suya; siempre habla un lenguaje del cielo; no responde sino cuando sus respuestas pueden ser útiles á la salud de los que le preguntan; no se ven en él aquellos intervalos en que se suele conocer que uno es hombre: en todo parece enviado del Altísimo: las mas comunes acciones son en él singulares por la novedad y gradeza de las disposiciones con que las acompaña. No parece menos divino cuando come en casa del Fariseo, que cuando resucita á Lázaro. Cierto, católicos, que sola la naturaleza no podria llevar tan adelante á la flaqueza humana. No es este un filósofo que da preceptos; es un justo que con su propio ejemplo da las reglas y preceptos de su doctrina. Es preciso, pues, que sea santo, pues aun el mismo discípulo que le entregó alevosamente, interesado en justificar su perfidia manifestando sus defectos, satisface á su inocencia y á su santidad con un público testimonio; y armada contra él toda la malicia de sus enemigos, no puede reprenderle de pecado alguno.

42. Digo, pues, católicos, que si Jesucristo es santo, tambien es Dios; y que si considerais la doctrina que nos enseñó, tanto en órden á su Padre, como á los hombres, si no fuera mas que un hombre ordinario, enviado solamente de Dios para instruir á los hombres, esta doctrina no seria mas que un conjunto de equívocos malignos, ó de ocultas blasfemias.

43. Dije, si considerais la doctrina que nos enseñó en órden á su Padre: porque á la verdad, si Jesucristo no fuera mas que un simple enviado del Altísimo, no pudiera venir mas que á manifestar á las naciones idólatras la unidad de la divina esencia. Pero además de que su mision se ordenaba principalmente á los judíos, los que hacia mucho tiempo que no habian vuelto á caer en la idolatría, y por consiguiente no tenian necesidad de que Dios les enviase un Profeta que les corrigiese un error que no padecian, y un Profeta á quien esperaban desde el principio del mundo como luz de Israel y libertador de su pueblo; además de esto, ¿cómo cumple Jesucristo con su ministerio, y en qué estilo habla del Ser supremo? Moisés y los Profetas, encargados de la misma mision, no cesaban de publicar que el Señor era uno; que era impiedad el compararle á la semejanza de las criaturas; y que ellos no eran mas que sus siervos y enviados, unos instrumentos viles puestos en las

manos de Dios, por cuyo medio obraba grandes maravillas. No se les oia expresion alguna dudosa acerca de un punto de tanta importancia en su mision. De ningun modo se comparaban con el Ser supremo, pues esta comparacion siempre es peligrosísima, por la inclinacion que tenia el hombre á tributar sus respetos al hombre y á fabricarse dioses palpables y visibles. No se valian de ningun término equívoco que pudiese confundirlos con el Señor, en cuyo nombre hablaban, y dar lugar á la idolatría y á la supersticion que venian á destruir.

44. Pero si Jesucristo no fuera mas que un enviado, como ellos, seria necesario que desempeñase su ministerio con tanta fidelidad como ellos. Continuamente está diciendo que es igual á su Padre. Viene á enseñarnos que bajó del cielo y salió del seno de Dios; que era antes que Abraban y que todas las cosas; que el Padre y él no eran mas que uno; que la vida eterna consistia tanto en conocer al Hijo, como en conocer al Padre; que cuanto hace el Padre, lo hace tambien el Hijo. Buscadme un profeta hasta Jesucristo que haya hablado en un estilo tan nuevo, tan inaudito y de tan poco respeto para el Dios supremo, y que en vez de dar á Dios la gloria como á autor de todo don excelente, haya atribuido á sus propias fuerzas las grandes maravillas que el Señor se dignaba obrar por su ministerio. En todas partes se compara al Dios soberano; es verdad que una vez dijo, que el Padre era mayor que él; pero ¿qué es lo que esto puede significar, si él no fuera un Dios encarnado? ¿No tendríamos por insensato á un hombre, que con seriedad nos dijese que el Ser supremo es mayor que él? ¿No es querer igualarse con la Divinidad el atreverse á compararse con ella? ¿Hay, por ventura, alguna proporcion de mas y menos entre Dios y el hombre, entre el todo y la nada? Pero ¿qué digo? Jesucristo no se contenta con decir que es igual á Dios, justifica tambien la novedad de estas expresiones contra las murmuraciones de los judíos que se escandalizan; léjos de desengañarlos con claridad, los confirma en el escándalo; en todas partes usa de un lenguaje, ó impío, ó insensato, si su igualdad con el Padre no le ilustrara y justificara: si no es Dios, ¿qué es lo que vino á hacer á la tierra? Hubiera venido á escandalizar á los judíos, dándoles motivo para creer que se comparaba con el Altísimo; á engañar á las naciones, haciéndose adorar de todo el mundo despues de su muerte, y no á esparcir sobre la tierra la ciencia, la luz y el conocimiento de Dios, como él mismo decia, sino nuevas tinieblas. Pablo y Bernabé rasgan sus vestiduras

cuando los tienen por dioses; exclaman altamente delante de los pueblos que quieren ofrecerles víctimas, diciendo: Adorad al Señor, cuyos enviados y ministros somos: el Ángel del Apocalipsi cuando san Juan quiere postrarse en la tierra para adorarle, rehusa con horror este respeto y le dice: *Adora á solo Dios* [1]. Y Jesucristo sufre con paciencia que le tributen honores divinos! Y Jesucristo alaba la fe de los discípulos que le adoran y que con Tomás le llaman: *Su Señor y su Dios* [2]! Y Jesucristo confunde á sus enemigos que le disputan su divinidad y su eterno orígen! ¿Es acaso menos celoso que sus discípulos de la gloria del que le envia? Ó ¿le importa menos el desengañar á los pueblos de un error tan injurioso al Ser supremo, y que aniquilaria el único fruto de su ministerio?

45. Á la verdad, católicos, ¿qué bien hubiera traido al mundo Jesucristo, si los que le adoran fueran idólatras y profanos? Todos cuantos han creido en él, le han adorado como á Hijo eterno del Padre, imágen de su sustancia y esplendor de su gloria. No se halla en el Cristianismo mas que un corto número de hombres, que teniéndole por enviado de Dios le niegan los honores divinos, y aun esta secta desterrada de todas partes, execrable aun en aquellos lugares en donde hallan asilo todos los errores, está reducida á pocos sectarios, desconocidos y ocultos, castigada en todas partes como impía, luego que se atreve á manifestarse, y obligada á ocultarse en las tinieblas y en las extremidades de las provincias y reinos mas distantes. ¿Es este acaso aquel numeroso pueblo compuesto de todas lenguas, de todas las tribus, de todas las naciones, que Jesucristo vino á formar en la tierra? ¿Es esta aquella Jerusalen celestial, antes estéril y ya fecunda, que debia encerrar en su seno los pueblos y las naciones, y á donde desde las islas mas remotas los príncipes y reyes habian de venir á adorar? ¿Son estas las grandes utilidades que debia sacar el mundo del ministerio de Jesucristo? ¿Es esta aquella abundancia de gracia, aquella plenitud de espíritu de Dios derramado sobre todos los hombres, aquella renovacion universal, aquel reino espiritual y perpétuo, anunciado por los Profetas con tanta majestad y que debia acompañar la venida del Salvador? ¿Qué os parece, católicos? ¿Habia de reducirse una esperanza tan magnífica á ver al mundo en una nueva idolatría? Este suceso tan feliz para la tierra, prometido tantos siglos antes, anunciado con tanta pompa, deseado de todos los justos, manifes-

[1] Apoc. IX, 10. — [2] Joan. X, 28.

tado desde léjos á todo el universo, como su único remedio, ¿habia de corromperle y pervertirle para siempre? Esta Iglesia tan fecunda, de quien son hijos los reyes y los césares, á la cabeza de sus pueblos, ¿no habia de comprender en su extension mas que un corto número de hombres odiosos al cielo y á la tierra, vergüenza de la naturaleza y de la Religion, obligados á ocultar en las tinieblas el horror de su blasfemia? Y toda la magnificencia futura del Evangelio ¿habia de limitarse á formar la bárbara secta del impío Socino?

46. ¡Oh Dios! ¡Qué sábia y razonable parece la fe de vuestra Iglesia, cuando se la oponen las insensatas contradicciones de la incredulidad! Y ¡qué consuelo es para los que creen en Jesucristo, y esperan en él, ver los abismos que se forma la soberbia, cuando intenta abrirse nuevos caminos, y arruinar el único fundamento de la fe y de la esperanza de los cristianos!

47. Ved, católicos, como la doctrina de Jesucristo respecto de su Padre establece la gloria de su eterno orígen. Por eso, cuando hablan los Profetas del Dios del cielo y de la tierra, faltan las expresiones á la grandeza y magnificencia de sus ideas: llenos de la inmensidad, de la omnipotencia y de la majestad del Ser supremo, agotan la flaqueza del lenguaje humano, para que corresponda á lo sublime de estas imágenes: este Dios es quien encierra las aguas del mar en el hueco de su mano; quien pesa los montes en su peso; quien tiene en sus manos los rayos y las tempestades; quien como jugando sostiene el universo. Unos puros hombres ¿habian de hablar de este modo de la gloria del Altísimo? La infinita desproporcion que se halla entre la inmensidad del Ser supremo, y la flaqueza del espíritu humano, debe atemorizarle, deslumbrarle, confundirle; y los mas elevados términos nunca lo son bastante para su admiracion y pasmo.

48. Pero cuando Jesucristo habla de la gloria del Señor no usa de las pomposas expresiones de los Profetas: le llama Padre santo, Padre justo, Padre clemente, Pastor que corre tras la oveja descarriada, y con gran bondad la echa sobre sus hombros: Amigo que se deja vencer de las importunidades de su amigo: Padre de familias, alegre con la vuelta y arrepentimiento de su hijo. Bien se echa de ver que este es un hijo que habla con un lenguaje doméstico; que la familiaridad y sencillez de estas expresiones suponen en él un conocimiento sublime, que le hace familiar la idea del Ser supremo, sin que como nosotros se asuste y atemorice con

la majestad de su gloria; y finalmente, que no habla sino de lo que ve claramente, y de lo que él mismo posee. Los títulos que se adquieren por el nacimiento causan menos admiracion: los hijos de los reyes hablan simplemente de los cetros y coronas; y solamente el Hijo eterno de Dios vivo puede hablar con tanta familiaridad de la gloria del mismo Dios.

49. Supuesto, pues, católicos, que somos compañeros de todas las gracias de Jesucristo, ved el derecho que nos adquirió de mirar á Dios como á nuestro Padre, podernos llamar hijos suyos, y amarle mas que temerle. Pero con todo eso nosotros le servimos como esclavos y mercenarios; tememos sus castigos; nos mueven poco su amor y sus promesas; nada tiene de amable para nosotros su ley tan justa y tan santa; la tenemos por un yugo que nos pesa, que nos hace murmurar, y que prontamente sacudiríamos, si sus transgresiones hubieran de quedar sin castigo. No se oyen mas que quejas contra la severidad de sus preceptos; disputas para defender las mitigaciones que el mundo introduce continuamente en ellos; en una palabra, si Dios no fuera vengador, no le conoceríamos; solo debe á su justicia y á sus castigos nuestros respetos y honores.

50. Pero no confirma menos la doctrina de Jesucristo respecto de los hombres, á quienes vino á instruir, la verdad de su nacimiento divino. No hablo aquí de la sabiduría, de la santidad, de lo sublime de esta doctrina; en ella todo es digno de razon, y de la mas sana filosofía; todo proporcionado á la miseria y excelencia del hombre, á sus necesidades y á sus altos destinos; en ella todo inspira desprecio de las cosas perecederas, y amor á los bienes eternos: todo mantiene el buen órden y tranquilidad de los Estados: todo es grande, porque todo es verdadero; la gloria de las acciones es mas real y mas resplandeciente en el corazon que en las acciones mismas. El sábio del Evangelio no se propone otra recompensa en su virtud que la virtud misma, y prefiere el testimonio de su conciencia á los aplausos de los hombres: es mayor que el mundo entero por la elevacion de su fe, y el mas ínfimo de los hombres por la modestia de sus pensamientos; su virtud no busca en la soberbia el descanso de sus penas; este es el primer enemigo á quien hace guerra, y en esta divina filosofía las mas heróicas acciones son nada, cuando el hombre se tiene por algo; mira la fama como error, la prosperidad como infortunio, la elevacion como precipicio, las aflicciones como favores, la tierra como destierro,

y todo lo que pasa como sueño. ¿Qué nuevo estilo es este? ¿Qué hombre habló de este modo antes de Jesucristo? Y si sus discípulos, solamente por haber anunciado esta celestial doctrina, fueron tenidos de todo un pueblo por dioses bajados á la tierra, ¿qué culto se podrá negar á su Autor, en cuyo nombre le anunciaban?

51. Pero dejemos estas reflexiones generales, y vamos á las obligaciones mas precisas del amor y dependencia que su doctrina pide que le tributen los hombres. Manda que le amemos á él del mismo modo que nos manda amar á su Padre; quiere que estemos en él, esto es, que nos fijemos en él, y que en él busquemos nuestra felicidad, como en su Padre; que ordenemos todas nuestras acciones, nuestros pensamientos, nuestros deseos, y nosotros mismos á su gloria, como á la gloria de su Padre; aun los pecados no se perdonan sino á los que le aman mucho; y el amor que se le tiene es toda la justificacion del justo y la reconciliacion del pecador. ¿Quién es, pues, este hombre que viene á usurpar el lugar del mismo Dios en nuestros corazones? ¿Merece acaso la criatura ser amada por sí misma? Cuanto hay grande y digno de amor, ¿no es don del que solo merece ser amado?

52. ¿Qué Profeta hasta Jesucristo vino á decir á los hombres: me amaréis; cuanto hagais hacedlo todo por mi gloria? Amaréis á vuestro Dios y Señor, dijo Moisés á los hijos de Israel. Nada hay amable en sí mismo, sino lo que puede hacernos felices: ninguna criatura puede hacer nuestra felicidad y nuestra perfeccion: ninguna criatura merece por sí misma que la amemos, esto seria idolatría: cualquier hombre que se proponga á los demás hombres como objeto de su amor, es un impío y un impostor, que viene á usurpar el mas esencial derecho del Ser supremo: es un mónstruo de soberbia y extravagancia, que quiere levantarse altares hasta en los corazones, que son el único santuario que jamás cedió la Divinidad á los ídolos profanos. La doctrina de Jesucristo, esta doctrina tan divina, y tan admirada aun de los paganos, no seria mas que una monstruosa mezcla de impiedad, de soberbia y de locura, si, siendo él el Dios bendito en todos los siglos, no hubiese intimado á sus discípulos, en el amor que de ellos pedia, el mas esencial precepto de su moral, y seria en él una ostentacion insensata el proponerse á los hombres como modelo de humildad y modestia, pues extenderia la soberbia y vana complacencia á mas que todos aquellos soberbios filósofos que nunca aspiraron mas que á la estimacion y aplausos de los hombres.

53. Pero aun mas; no solo quiere Jesucristo que se le ame, sino que pide á los hombres las señales del mas heróico y generoso amor; quiere que se le ame mas que á los prójimos, que á los amigos, que á las riquezas, que á la fortuna, que á la vida, que al mundo entero y que á sí mismo: quiere que se padezca todo por él, que todo se desprecie por él, que por él se derrame hasta la última gota de sangre: el que no le tributa estos grandes respetos, no es digno de él; el que le compara con alguna criatura ó consigo mismo, le ultraja, le deshonra, y no debe aspirar á ninguna de sus promesas.

54. ¿Qué os parece, católicos? no se contenta con que se le ofrezcan sacrificios de cabritos y toros, como los ídolos, y aun como parece se contentaba el Dios verdadero: aun quiere mas: quiere que el hombre se sacrifique á sí mismo, que corra á los suplicios, que se ofrezca á la muerte y al martirio por la gloria de su nombre; pero si es dueño de nuestra vida, ¿qué derecho tiene á pedírnosla? Si nuestra alma no salió de entre sus manos, ¿por qué se la hemos de volver? ¿Es por ventura ganarla el perderla por su amor? Si no fuera el autor de nuestro ser, ¿no seríamos sacrílegos y homicidas en sacrificarnos por su gloria, ofreciendo á la criatura y á un simple enviado de Dios el grande sacrificio de nuestro ser, destinado solo á reconocer la soberanía y poder del eterno Artífice que nos sacó de la nada? Muera Jesucristo enhorabuena para glorificar á Dios; exhórtenos á que sigamos su ejemplo: muchos Profetas murieron antes que él por la causa del Señor y exhortaron á sus discípulos á que siguiesen sus pisadas; pero que Jesucristo, si no es Dios, nos mande morir por él; que pida á los hombres esta última señal de amor; que nos mande ofrecer por él una vida que no le deberíamos, ¿se podrá creer que haya habido en el mundo hombres tan necios é insensatos que se hubiesen dejado engañar de la extravagancia de esta doctrina? ¿Seria posible que unas máximas tan locas é impías hubieran podido triunfar de todo el universo, confundir todas las sectas, juntar todos los espíritus y prevalecer contra toda cuanta ciencia, doctrina y sabiduría se habia visto hasta entonces en la tierra? Y si tenemos por bárbaros á aquellos pueblos salvajes, que se sacrifican sobre los sepulcros y cenizas de sus parientes y amigos, ¿por qué hemos de hacer mas honor á los discípulos de Jesucristo, que se han sacrificado por él? ¿No seria su religion una religion bárbara y sangrienta?

55. Sí, católicos, las Lucías, las Ineses, las Águedas, aquellas primeras mártires de la fe y del pudor, se habian de haber sacrifi-

cado por un hombre mortal; y queriendo mas derramar su sangre que doblar la rodilla delante de los vanos ídolos, ¿no habrian hecho mas que huir de la idolatría para caer en otra mas reprensible, muriendo por Jesucristo? Ignacio, aquel famoso mártir que dió el Oriente á Roma, queriendo ser de Jesucristo, ¿habia de haber perdido todo el fruto de sus tormentos y merecido desde entonces ser despedazado por los leones furiosos, por haberse ofrecido en sacrificio por un hombre como él? Los generosos confesores de la fe ¿no habian de haber sido mas que unos desesperados y fanáticos en ofrecerse á la muerte como insensatos? La tradicion de los Mártires ¿no habia de ser mas que una escena impía y sangrienta? ¿Habian de haber sido los tiranos y perseguidores los defensores de la justicia, de la gloria, de la divinidad, y el Cristianismo una secta sacrílega y profana? ¿Habia de haberse engañado el género humano? Y la sangre de los Mártires, en vez de ser la semilla de los fieles, ¿habia de haber inundado el universo de supersticion é idolatría? ¡Oh Dios! ¿Pueden los oidos de los hombres sufrir sin horror tales blasfemias? ¿Hay necesidad de mas que hacer patente la incredulidad á sí misma para confundirla?

56. Estas son, católicos, nuestras primeras obligaciones para con Jesucristo; sacrificarle nuestras inclinaciones, nuestros amigos, nuestros parientes, nuestra fortuna, nuestra misma vida; y en una palabra, cuanto puede servir de obstáculo á nuestra salvacion; esto es confesar su divinidad; esto es reconocer que él solo puede llenar el lugar de todo cuanto por él despreciamos, y darnos mas que dejamos dándosenos á sí mismo. Solamente el que desprecia al mundo y sus placeres, dice el apóstol san Juan, confiesa que Jesucristo es Hijo de Dios, porque de este modo dice que Jesucristo es mayor que el mundo, mas poderoso para hacernos felices, y por consiguiente mas digno de ser amado.

57. Pero no basta el haber considerado el ministerio de Jesucristo en su doctrina; es necesario considerarle tambien en las gracias y favores que de él ha recibido el universo. Vino á libertar á los hombres de la muerte eterna; de enemigos que eran de Dios, los hizo hijos suyos; les abrió el cielo; les aseguró la posesion del reino de Dios y de los bienes eternos, y les trajo la ciencia de la salud y la doctrina de la verdad. Estos dones tan magníficos no se acabaron con él; sentado á la diestra de Dios Padre, los derrama aun sobre nuestros corazones; todos nuestros males hallan aun en él su remedio; nos sustenta con su cuerpo, lava nuestras manchas, aplicándonos continuamente el precio de su sangre; forma pastores que nos instruyan; inspira profetas que nos enseñen; santifica á los justos para que nos animen con su ejemplo. Siempre está presente en nuestros corazones para aliviar todas las miserias: no hay pasion en el hombre que no cure su gracia; no hay afliccion que no haga amable; no hay virtud que no sea obra suya; en una palabra, él mismo nos asegura que es nuestro camino, nuestra verdad, nuestra vida, nuestra justicia, nuestra redencion y nuestra luz. ¿Qué nueva doctrina es esta? ¿Un hombre solo pudiera ser orígen de tantas gracias para los demás hombres? El Dios soberano, tan celoso de su gloria, ¿pudiera unirnos con una criatura con obligaciones y lazos tan estrechos y sagrados, que cási mas dependemos de ella que de él? ¿No era de temer que un hombre tan útil y tan necesario á los demás hombres llegase por último á ser su ídolo? que un hombre autor y distribuidor de tantas gracias, que hace con nosotros el oficio y todas las funciones de un Dios, llegase muy pronto á tomar lugar en nuestros corazones?

58. Porque advertid, católicos, que solo el reconocimiento hizo antiguamente los falsos dioses; los hombres, olvidando al Autor de su ser y del universo, adoraron primero al aire que los vivificaba, á la tierra que los sustentaba, al sol que los alumbraba, á la luna que presidia á la noche, estos eran su Cibeles, su Apolo, su Diana; adoraban á los conquistadores que los habian libertado de sus enemigos; á los príncipes bienhechores y equitativos que habian hecho felices á sus vasallos é inmortalizado la memoria de su reinado. Júpiter y Hércules fueron colocados en el número de los dioses; el uno por sus muchas victorias, el otro por la felicidad y tranquilidad de su reinado. Los hombres, en los siglos de la supersticion y credulidad, no conocian mas dioses que aquellos que les hacian bien; este es el carácter del hombre, y su culto solo consiste en su amor y agradecimiento.

59. Esto supuesto, católicos, ¿qué hombre hizo jamás tanto bien á los hombres como Jesucristo? Acordaos de cuanto nos refieren los siglos paganos en la historia de sus dioses, y ved si creyeron deberles ni aun tanto como la misma incredulidad confiesa con los Libros santos que el mundo debe á Jesucristo: creian ser deudores, á unos de la serenidad del aire y de una feliz navegacion; á otros de la fertilidad de sus estaciones; á su Marte del buen éxito en las batallas; á su Jano de la paz y tranquilidad de los pueblos; y de la salud á su Esculapio. Pero ¿qué son estos cortos beneficios compa-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rados con los que Jesucristo hizo al mundo? Trajo á él la paz eterna, la santidad permanente, la justicia y la verdad; hizo un mundo nuevo y una tierra nueva; llenó de bienes, no á un pueblo solo, sino á todos los pueblos y á todo el mundo; y además de esto, por ser nuestro bienhechor, se hizo nuestra víctima. ¿Qué cosa mayor pudo hacer por la tierra? Si el agradecimiento, pues, hizo los dioses, ¿podian faltar adoraciones á Jesucristo entre los hombres? ¿Seria conveniente el que le debiésemos tanto, si pudiera caber exceso en el amor y agradecimiento?

60. Aun mas, católicos: cuando murió hubiera advertido á sus discípulos que solo eran deudores al Señor de tantos beneficios; que él solo habia sido el instrumento y no el autor ni la raíz de todas estas gracias, y que así debian olvidarle y dar á Dios solo la gloria que le es debida; pero no acaba Jesucristo sus prodigios y su ministerio con semejantes instrucciones; no solo no quiere que sus discípulos le olviden y dejen de esperar en él despues de su muerte, sino que al mismo tiempo de dejarlos, les asegura que estará presente con ellos hasta la consumacion de los siglos, les promete aun mas de lo que les ha dado, y se les une con lazos indisolubles é inmortales.

61. Á la verdad, las promesas que les hizo en este último momento son aun mas extraordinarias que las mismas gracias que les habia concedido durante su vida: primeramente les promete el espíritu consolador, á quien llama espíritu de su Padre: este es el espíritu de verdad, á quien no puede resistir el mundo: el espíritu de fortaleza que habia de formar los Mártires: el espíritu de inteligencia que habia de alumbrar á los Profetas: el espíritu de sabiduría que habia de conducir á los pastores: el espíritu de paz y caridad que de todos los fieles habia de hacer no mas que un solo corazon y una sola alma. ¿Qué derecho tiene Jesucristo sobre el espíritu de Dios, para disponer de él á su arbitrio, y prometerle á los hombres, si no es espíritu propio suyo? Elías, subiendo al cielo, mira como cosa muy difícil el prometer á solo Eliseo su doblado espíritu de celo y de profecía, ¿cuánto mas léjos estaria de prometerle el espíritu eterno del Padre celestial, aquel espíritu de libertad que inspira donde quiere? Con todo eso las promesas de Jesucristo se cumplieron; luego que subió al cielo, el espíritu de Dios se derramó sobre todos sus discípulos; los simples quedaron mas sábios y filósofos; los flacos mas fuertes que los tiranos; los insensatos segun el mundo, mas prudentes que toda la sabiduría del siglo; manifestábanse en la tierra nuevos hombres, animados de nuevo espíritu, que todo lo llevaban tras de sí; mudan el semblante del universo, y hasta el fin de los siglos este espíritu animará su Iglesia, formará justos, confundirá á los incrédulos, consolará á sus discípulos, los sostendrá entre las persecuciones y oprobios, y dará testimonio en lo íntimo de su corazon de que son hijos de Dios y de que este augusto título les da derecho á bienes mas sólidos y verdaderos que todos aquellos de que los despoja el mundo.

62. En segundo lugar, Jesucristo promete á sus discípulos las llaves del cielo y del infierno, y el poder de perdonar los pecados. ¿Qué os parece, católicos? se escandalizaron los judíos porque él mismo los perdonó, y porque parecia atribuirse un poder reservado á solo Dios; pero ¿cuál será el escándalo de todos los pueblos de la tierra, cuando lean en su Evangelio que dejó este poder á sus discípulos? Si no fuera Dios, ¿pudieran la locura y la temeridad imaginar cosa semejante? ¿Qué derecho tendria sobre las conciencias para atarlas ó desatarlas á su gusto, para entregar á unos hombres flacos un poder que ni aun él mismo podia ejercer sin blasfemia?

63. En tercer lugar, aun no basta esto; promete tambien á sus discípulos el don de los milagros, que en su nombre resucitarán los muertos, que darán vista á los ciegos, salud á los enfermos, habla á los mudos, y que serán dueños de toda la naturaleza. No prometió Moisés á sus discípulos el don de los milagros con que le favoreció el Señor; conocia que esta virtud le era comunicada, y que el soberano Señor puede favorecer á quien quisiere. Por eso cuando despues de su muerte mandó Josué al sol que se detuviese en medio de su carrera para acabar la victoria sobre los enemigos del pueblo de Dios, no manda á este astro que se detenga en el nombre de Moisés; no habia recibido de él el poder de hacer detener á los astros, ni se encomienda á él cuando quiere usarle: pero los discípulos de Jesucristo nada pueden obrar sino en nombre de su Maestro. En su nombre resucitan los muertos, y dan piés á los cojos; y sin este divino nombre son flacos como los demás hombres. El ministerio y el poder de Moisés acaban con su vida; el ministerio y poder de Jesucristo no empieza, por decirlo así, hasta despues de su muerte, y se nos asegura que será eterno su reino.

64. ¿Qué he de decir, por último? Promete á sus discípulos la conversion del universo, el triunfo de la cruz, la docilidad de todos los pueblos de la tierra, de los filósofos, de los Césares, de los tiranos; y que su Evangelio será recibido en todo el mundo: ¿tiene

acaso entre sus manos los corazones de todos los hombres para hablar de este modo de una mudanza, de la que hasta entonces no habia habido ejemplar en el universo? Acaso responderéis que Dios revela á su siervo las cosas futuras; pero os engañais, porque si no fuera Dios, tampoco seria profeta: sus profecías serian sueños y quimeras. Seria un espíritu impostor que engañase y pronosticase lo futuro, desmintiendo los sucesos la verdad de sus promesas. Profetiza que todos los pueblos que están sentados bajo la sombra de la muerte van á abrir los ojos á la luz, y no veria que adorándole iban á caer en mas culpables tinieblas. Profetiza que su Padre será glorificado, y que su Evangelio le dará en todas partes adoradores que le adoren en espíritu y verdad, y no veria que los hombres iban á deshonrarle para siempre, igualando con él aquel Jesús que no debia ser mas que su enviado y su profeta; profetiza que serán derribados los ídolos, y no veria que él habia de ser colocado en su lugar; profetiza que se formará un pueblo santo de todas las lenguas y de todas las tribus, y no veria que solo vendria á formar un nuevo pueblo idólatra de todas las naciones, que le colocarán en el templo como Dios vivo, que le tributarán todas sus acciones, todo su culto, todos sus respetos; que todo lo harán por su gloria, que de nadie querrán depender sino de él, ni vivir sino en él y para él, ni tener fuerza, movimiento ni virtud sino de él; en una palabra, que le adorarán, que le amarán de un modo infinitamente mas espiritual, mas íntimo, mas universal que los paganos adoraron á sus ídolos. Esto no seria ser profeta: aun sus parientes blasfeman, y le tienen por un frenético é insensato, que á los sueños de su espíritu enfurecido les da el peso y realidad de revelaciones y misterios: *Quoniam in furorem versus est* [1].

65. Á esto llega, católicos, la incredulidad. Destruid el fundamento de que Nuestro Señor Jesucristo es Hijo de Dios vivo, y cae todo el edificio: quitad este gran misterio de piedad, y toda la Religion es un sueño; apartad de la doctrina de los cristianos á Jesús, Dios y hombre, y apartaréis todo el mérito de la fe, todo el consuelo de la esperanza, todos los motivos de la caridad. ¿Qué celo no manifestaron, católicos, los primeros discípulos del Evangelio contra aquellos impíos que desde entonces se atrevieron á hacer guerra á la gloria de la divinidad de su Maestro? Bien conocian que esto era acometer al corazon de la Religion; que era quitarles toda la firmeza de sus persecuciones y trabajos, toda la seguridad de las pro-

[1] Marc. III, 21.

mesas futuras, toda la grandeza y nobleza en sus pretensiones, y que trastornado una vez este principio, toda la Religion se desvanecia en humo, sin ser mas que una doctrina humana, y una secta de un hombre mortal, que como otros jefes no hubiera dejado mas que su nombre.

66. Aun por eso, católicos, los mismos paganos reprendian á los cristianos de que tributaban honores divinos á Jesús. Un procónsul romano [1], célebre por sus escritos, refiriendo al emperador Trajano sus costumbres y doctrina; despues de verse precisado á confesar que los cristianos eran hombres justos, inocentes, equitativos, y que se juntaban antes de salir el sol, no para empeñarse en cometer delitos, ni para turbar la tranquilidad del imperio, sino para vivir con piedad y con justicia, para desterrar los fraudes, los adulterios, el deseo de los bienes ajenos; solamente les arguye de que cantan himnos y cánticos en honra de su Cristo, y de que le tributan los mismos honores que á Dios. Si estos primeros fieles no hubieran tributado honores divinos á Jesús, se hubieran justificado de esta calumnia; hubieran quitado este escándalo de su Religion, que era cási el único que alteraba el celo de los judíos y la sabiduría de los gentiles: hubieran dicho con claridad: nosotros no adoramos á Jesucristo, ni intentamos dar á la criatura los honores y culto que es debido á solo Dios. Con todo eso no se defienden contra esta acusacion. Sus apologistas refutan las demás calumnias con que querian los paganos manchar su doctrina; de todo lo demás se justifican; aclaran, confunden las mas ligeras acusaciones, y sus apologías dirigidas al Senado se admiran hasta en Roma, y hacen callar á sus enemigos, y sobre la acusacion de idolatrar á Jesucristo, que seria la mas temible y horrorosa, sobre el cargo que se les hace de adorar á un crucificado, que era el mayor y mas capaz de desacreditarlos, y que tambien debia ser el mas sensible á unos hombres tan santos, tan opuestos á la idolatría, tan celosos de la gloria de Dios, no hablan palabra, no se defienden, justifican esta acusacion con el silencio; ¿qué digo silencio? la autorizan cuando hablan de Jesucristo padeciendo por su nombre, muriendo por él, confesándola en presencia de los tiranos, espirando con alegría sobre los cadalsos, con la esperanza que los consuela de ir á gozar de él, y de hallar en su seno una vida mas inmortal que la que perdian por su gloria. Padecian el martirio antes que doblar la rodilla á la estatua de los Césares, y aun antes que permitir que los ami-

[1] Plin. ep. I, v. 1.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gos que tenian entre los paganos, movidos de una humana compasion, y para libertarlos del suplicio, fuesen á testificar falsamente en la presencia de los magistrados, que habian ofrecido incienso á los ídolos, ¿y habian de haber sufrido que se les acusase de tributar honores divinos á Jesucristo, sin destruir jamás esta falsa impostura? No por cierto, antes hubieran publicado todo lo contrario, se hubieran expuesto á la muerte antes que dar lugar á una sospecha tan odiosa y execrable. ¿Qué puede, pues, oponer á esto la incredulidad? Y si fuera error el creer que Jesucristo es igual á Dios, seria un error que nació con la Iglesia, que ha levantado todo el edificio, que ha formado tantos Mártires, y convertido todo el universo.

67. Pero, ¿qué fruto puede sacarse de este discurso, católicos? El que Jesucristo es el grande objeto de la piedad de los cristianos; y con todo eso apenas conocemos á Jesucristo. No reparamos en que los demás ejercicios de piedad son, por decirlo así, arbitrarios; pero que este es el fundamento de la fe y de la salud, que esta es la simple y sincera piedad. Que el meditar continuamente en Jesucristo, recurrir á él, sustentarse con su doctrina, conocer el espíritu de sus misterios, estudiar sus acciones, y no contar sino con el mérito de su sangre y de su sacrificio, es la sola ciencia, y la obligacion mas esencial de un fiel. Acordaos, pues, católicos, de que la piedad para con Jesucristo es el espíritu íntimo de la religion cristiana. Que no hay edificio tan sólido como el que levanteis sobre este fundamento; y que el principal respeto que os pide es que os parezcais á él, y que sea su vida el modelo de la vuestra, para que conformes con su semejanza seais del número de los participantes de su gloria. Amen.

ASUNTOS

PARA LA CIRCUNCISION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

I. Lo que san Bernardo dijo del nacimiento de Jesucristo, puede decirse igualmente de su circuncision. Con efecto, este misterio, por cuanto nuestro Redentor recibió en él el nombre de Jesús, es digno de admiracion: *habemus quod miremur;* por cuanto en él derramó Jesús las primeras gotas de su preciosa sangre, es un misterio de amor: *quod amemus;* y por cuanto nuestro Salvador ejercitó

en él muchas y singularísimas virtudes, es un ejemplo digno de imitacion: *quod imitemur.* — Mucho hay que admirar en el nombre que se impuso en este misterio al Hijo de Dios; pero particularmente debemos admirar su virtud y su fuerza, su suavidad y su dulzura, sus ventajas y su utilidad. — Jesucristo es digno de todo nuestro amor, porque derrama hoy su sangre por nosotros, y la derrama con presteza y liberalidad. — Entre las muchísimas virtudes cuyo ejemplo nos da Jesucristo en este misterio, descuellan principalmente su obediencia, que es la mas perfecta, su humildad, que es la mas profunda, y su paciencia, que es la mas inalterable.

II. El mismo san Bernardo, hablando del misterio que hoy se celebra, dice: *Nos circumcidi necesse est non littera, sed spiritu.* Para que seamos santos, como quiere el Apóstol, en el alma, en el corazon y en el cuerpo, es menester que nos circuncidemos, con una circuncision espiritual, en el alma, en el corazon, y en el cuerpo: es menester que quitemos del alma todos los pecados, del corazon todo afecto al pecado, y del cuerpo todos los muchos desórdenes que conducen al pecado. Quitando los pecados, se efectúa la circuncision del alma; quitando el afecto al pecado, se verifica la circuncision del corazon; quitando todos los desórdenes de la carne, se realiza la circuncision del cuerpo. La primera de estas circuncisiones se hace por medio de la penitencia, la segunda por medio de la meditacion, la tercera por medio de la mortificacion. De este modo llegarémos á ser perfectamente santos: *Deus pacis sanctificet vos per omnia, ut integer spiritus vester, et anima, et corpus sine querela in adventu Domini nostri Jesu Christi servetur* (I Thes. v, 23); *circumcisione non manufacta.* (Colos. II, 11).

III. En el misterio de la circuncision el Hijo de Dios recibe el nombre de Jesús, que quiere decir Salvador, cuyo nombre adorable ofrece la ocasion de enseñar á los cristianos los sentimientos que debe inspirarles el pensamiento y la memoria de un Dios Salvador. Unos caen harto fácilmente en una tímida desconfianza con respecto á su salvacion; otros se entregan con excesiva ligereza á una temeraria presuncion. El espíritu de desconfianza y el espíritu de presuncion se combaten con el verdadero conocimiento de un Dios Salvador, porque, primero, los méritos y la gracia de un Dios Salvador animan toda nuestra confianza; y segundo, porque estos mismos méritos y esta misma gracia confunden toda nuestra presuncion. Este Dios Salvador, si queremos, será nuestra salvacion: *positus est in resurrectionem:* de tal modo se opone á nuestra desconfian-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gos que tenian entre los paganos, movidos de una humana compasion, y para libertarlos del suplicio, fuesen á testificar falsamente en la presencia de los magistrados, que habian ofrecido incienso á los ídolos, ¿y habian de haber sufrido que se les acusase de tributar honores divinos á Jesucristo, sin destruir jamás esta falsa impostura? No por cierto, antes hubieran publicado todo lo contrario, se hubieran expuesto á la muerte antes que dar lugar á una sospecha tan odiosa y execrable. ¿Qué puede, pues, oponer á esto la incredulidad? Y si fuera error el creer que Jesucristo es igual á Dios, seria un error que nació con la Iglesia, que ha levantado todo el edificio, que ha formado tantos Mártires, y convertido todo el universo.

67. Pero, ¿qué fruto puede sacarse de este discurso, católicos? El que Jesucristo es el grande objeto de la piedad de los cristianos; y con todo eso apenas conocemos á Jesucristo. No reparamos en que los demás ejercicios de piedad son, por decirlo así, arbitrarios; pero que este es el fundamento de la fe y de la salud, que esta es la simple y sincera piedad. Que el meditar continuamente en Jesucristo, recurrir á él, sustentarse con su doctrina, conocer el espíritu de sus misterios, estudiar sus acciones, y no contar sino con el mérito de su sangre y de su sacrificio, es la sola ciencia, y la obligacion mas esencial de un fiel. Acordaos, pues, católicos, de que la piedad para con Jesucristo es el espíritu íntimo de la religion cristiana. Que no hay edificio tan sólido como el que levanteis sobre este fundamento; y que el principal respeto que os pide es que os parezcais á él, y que sea su vida el modelo de la vuestra, para que conformes con su semejanza seais del número de los participantes de su gloria. Amen.

ASUNTOS

PARA LA CIRCUNCISION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

I. Lo que san Bernardo dijo del nacimiento de Jesucristo, puede decirse igualmente de su circuncision. Con efecto, este misterio, por cuanto nuestro Redentor recibió en él el nombre de Jesús, es digno de admiracion: *habemus quod miremur;* por cuanto en él derramó Jesús las primeras gotas de su preciosa sangre, es un misterio de amor: *quod amemus;* y por cuanto nuestro Salvador ejercitó

en él muchas y singularísimas virtudes, es un ejemplo digno de imitacion: *quod imitemur.* — Mucho hay que admirar en el nombre que se impuso en este misterio al Hijo de Dios; pero particularmente debemos admirar su virtud y su fuerza, su suavidad y su dulzura, sus ventajas y su utilidad. — Jesucristo es digno de todo nuestro amor, porque derrama hoy su sangre por nosotros, y la derrama con presteza y liberalidad. — Entre las muchísimas virtudes cuyo ejemplo nos da Jesucristo en este misterio, descuellan principalmente su obediencia, que es la mas perfecta, su humildad, que es la mas profunda, y su paciencia, que es la mas inalterable.

II. El mismo san Bernardo, hablando del misterio que hoy se celebra, dice: *Nos circumcidi necesse est non littera, sed spiritu.* Para que seamos santos, como quiere el Apóstol, en el alma, en el corazon y en el cuerpo, es menester que nos circuncidemos, con una circuncision espiritual, en el alma, en el corazon, y en el cuerpo: es menester que quitemos del alma todos los pecados, del corazon todo afecto al pecado, y del cuerpo todos los muchos desórdenes que conducen al pecado. Quitando los pecados, se efectúa la circuncision del alma; quitando el afecto al pecado, se verifica la circuncision del corazon; quitando todos los desórdenes de la carne, se realiza la circuncision del cuerpo. La primera de estas circuncisiones se hace por medio de la penitencia, la segunda por medio de la meditacion, la tercera por medio de la mortificacion. De este modo llegarémos á ser perfectamente santos: *Deus pacis sanctificet vos per omnia, ut integer spiritus vester, et anima, et corpus sine querela in adventu Domini nostri Jesu Christi servetur* (I Thes. v, 23); *circumcisione non manufacta.* (Colos. II, 11).

III. En el misterio de la circuncision el Hijo de Dios recibe el nombre de Jesús, que quiere decir Salvador, cuyo nombre adorable ofrece la ocasion de enseñar á los cristianos los sentimientos que debe inspirarles el pensamiento y la memoria de un Dios Salvador. Unos caen harto fácilmente en una tímida desconfianza con respecto á su salvacion; otros se entregan con excesiva ligereza á una temeraria presuncion. El espíritu de desconfianza y el espíritu de presuncion se combaten con el verdadero conocimiento de un Dios Salvador, porque, primero, los méritos y la gracia de un Dios Salvador animan toda nuestra confianza; y segundo, porque estos mismos méritos y esta misma gracia confunden toda nuestra presuncion. Este Dios Salvador, si queremos, será nuestra salvacion: *positus est in resurrectionem:* de tal modo se opone á nuestra desconfian-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

za; pero si no fuere nuestra salvacion, será nuestra ruina: *positus est in ruinam:* de tal modo se opone á nuestra presuncion.—La confianza es un sentimiento religioso necesario á los débiles para confortarlos, á los pecadores endurecidos para ablandarlos, y á los penitentes para alentarlos. Ahora bien, para estas tres especies de cristianos, los fundamentos inconcusos de confianza son: 1.° Un Dios Salvador de los hombres; 2.° un Dios Salvador de todos los hombres. Salvador en general, que nos ha sido dado por Dios, que tambien es Dios, y Salvador por una primera transfusion de sus méritos: Salvador particular de todos, principio indubitable y fundamental de religion, verdad establecida en los Libros santos, reconocida por toda la antigüedad, enseñada por la Iglesia, defendida de los enemigos con los mas fuertes anatemas, y conforme tanto á las luces de la recta razon como á las de la fe.—Que Dios Salvador confunde nuestra presuncion, es una máxima espantosa fundada en dos razones: 1.ª porque el pecado suspende y anula en cierto modo, con respecto al que lo comete, toda la gracia del Salvador y toda virtud de sus méritos; 2.ª porque si esta gracia así suspendida y estos méritos anulados conservan aun alguna fuerza, es únicamente para recaer sobre el pecador y servirle de condenacion: de manera que con el sacrílego abuso de ellos el prevaricador atrae sobre su cabeza toda la cólera de Dios.

Sentencias de la sagrada Escritura.

Postquam consummati sunt dies octo, ut circumcideretur puer; vocatum est nomen ejus Jesus. (*Luc.* II).

Die octavo circumcidetur infantulus. (*Levit.* II).

Circumcidite igitur præputium cordis vestri, et cervicem vestram ne induretis amplius. (*Deut.* X).

Circumcidet Dominus Deus tuus cor tuum, et cor seminis tui: ut diligas Dominum Deum tuum in toto corde tuo, et in tota anima tua, ut vivere possis. (*Ibid.* XXX).

Hæc dicit Dominus Deus: Omnis alienigena incircumcisus corde, et incircumcisus carne non ingredietur sanctuarium meum: omnis filius alienus, qui est in medio filiorum Israel. (*Ezech.* XLIV).

Circumcidimini Domino, et auferte præputia cordium vestrorum, viri Juda, et habitatores Jerusalem: ne forte egrediatur ut ignis indignatio mea, et succendatur. (*Jerem.* IV).

Circumcisio nihil est, et præputium nihil est: sed observatio mandatorum Dei. (I *Cor.* VII).

Nos enim sumus circumcisio, qui spiritu servimus Deo, et gloriamur in Christo Jesu, et non in carne fiduciam habentes. (*Philip.* III).

In quo et circumcisi estis, circumcisione non manufacta in expoliatione corporis carnis, sed in circumcisione Jesu Christi: consepulti ei in baptismo. (*Colos.* II).

Circumcidetis carnem præputii vestri, ut sit in signum fœderis inter me et vos. (*Genes.* XVII).

Non veni solvere legem, sed adimplere. (*Matth.* V).

Non quæ in manifesto in carne est circumcisio: sed qui in abscondito Judæus est; et circumcisio cordis in spiritu, non littera: cujus laus non ex hominibus, sed ex Deo est. (*Rom.* II).

Circumcisio quidem prodest, si legem observes; si autem prævaricator legis sis, circumcisio tua præputium facta est. (*Ibid.*).

Abraham signum accepit circumcisionis, signaculum justitiæ et fidei, quæ est in præputio. (*Rom.* IV).

Empti estis prætio magno, glorificate, et portate Deum in corpore vestro. (II *Cor.* VI).

Mortificationem Christi in corpore nostro circumferentes. (I *Corinth.* IV).

Circumcisio cordis in spiritu. (*Rom.* II).

Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis. (*Galat.* V).

Si enim secundum carnem vixeritis, moriemini: si autem spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis. (*Rom.* VIII).

Deus Filium suum mittens in similitudinem carnis peccati. (*Ibid.*).

Semetipsum exinanivit, formam servi accipiens... propter quod et Deus exaltavit illum; et donavit illi nomen, quod, etc. (*Philip.* II).

Sine sanguinis effusione non fit remissio. (*Hebr.* IX).

Sanguis Jesu Christi Filii ejus emundat nos ab omni peccato. (I *Joan.* I).

Ecclesiam, quam acquisivit sanguine suo. (*Act.* XXI).

Hic est sanguis fœderis, quod pepigit Dominus vobiscum. (*Exod.* c. XXIV).

Per proprium sanguinem introivit in sancta. (*Hebr.* IX).

Quæ non rapui, tunc exsolvebam. (*Psalm.* LXVIII).

Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum, ut sequamini vestigia ejus. (I *Petr.* II).

Scientes, quod sicut socii passionum estis, sic eritis et consolationis. (II *Cor.* I).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Figuras de la sagrada Escritura.

En prueba de la necesidad de la circuncision espiritual puede citarse el ejemplo de Moisés, á quien se apareció un Ángel, amenazándole con la muerte, porque su hijo no estaba aun circuncidado: *Occurrit ei Dominus, et volebat occidere eum* (Exod. IV, 24): por lo que al instante Séfora con una aguda piedra ejecutó en su hijo la misteriosa operacion.

Aquior, que abandonando la idolatría se sometió al rito de la circuncision, nos muestra la necesidad que tiene de abrazar la circuncision espiritual todo el que quiere servir dignamente al Señor: *Achior videns virtutem, quam fecit Deus Israel, relicto gentilitatis ritu, credidit Deo, et circumcidit carnem præputii sui.* (Judith, XIV).

Jesucristo no empieza á tomar el carácter de Salvador, hasta tanto que empieza á ejercer los oficios de tal; desde entonces puede decirse de él lo que la Escritura dice del profeta Eleázaro: *Dedit se, ut liberaret populum suum, et acquireret sibi nomen æternum.* (I Mach. c. VI).

Lo que hizo Josué antes de introducir á los israelitas en la tierra de promision, es á la vez un ejemplo de obediencia á la ley divina, y una figura de lo que deben practicar los cristianos que quieren alcanzar la gloria del cielo. El Señor dispuso que aquel pueblo no entrase en la tierra de Canaan hasta despues de haber practicado la circuncision, que habia sido establecida durante el viaje por el desierto; y por esto mandó á Josué que en cuanto hubiese pasado el Jordan, se dispusiese á tomar posesion de aquella tierra por medio de una circuncision general de todos los hijos de Israel, lo que se practicó exactamente. En esto tenemos un ejemplo de la obediencia de aquel general del pueblo de Dios, y al mismo tiempo, repito, una figura con la que se nos enseña que ninguno entrará en el reino de Dios, si antes por medio de una circuncision espiritual no hubiere borrado el oprobio de los vicios y mortificado las pasiones, para que pueda decir con Josué: *Hodie abstuli opprobrium Ægypti à vobis.* (Josue, V).

Lo mismo puede probarse con el ejemplo de Abrahan, á quien, contando ya la edad de noventa y nueve años, se apareció el Señor y le dijo que queria hacer un pacto con él. Por su parte, Dios prometia multiplicar inmensamente su posteridad, y darle la tierra de Canaan y de su peregrinacion; y Abrahan, por la suya, debia circuncidarse con toda su descendencia. (*Genes.* XVII). Así ahora Dios por su parte nos promete considerarnos como pueblo suyo y hacernos herederos de su reino; exigiendo de la nuestra la mortificion de la carne y el dominio de las pasiones.

Sentencias de los santos Padres.

Inter omnia Testamenti veteris sacramenta, nihil circumcisione solemnius antiqua celebravit Religio. (*S. Aug. in Psalm.* V).

Circumcisio fuit illius temporis sacramentum, quod figurabat nostri temporis baptismum. (*Id. l.* II *de anima*).

Quod apud nos valet aqua baptismatis, hoc egit pro his, qui ex Abrahæ stirpe prodierunt, mysterium circumcisionis. (*S. Gregor.* IV *Mor. in* VIII *Job*).

Ubi Christus venit, cessarunt sacrificia, et jam cordis et omnem affectionum petulantiam gladio spiritus resecari immutabili decreto mandavit. (*S. Cypr. de Circumc.*).

Ut primitias sanguinis proprii, ei, qui totum sanguinem oblaturus erat offerret, et communia singulorum sacrificia Christi præcederet holocaustum. (*Id. ib.*).

Circumcidi voluit Christus, ut obediendi virtutem suo commendaret exemplo. (*Epiph. hær.* XXX).

Quanti æstimavit Deus hominem, qui pro eo unici Filii sanguinem fudit! (*S. Aug. in Psalm.* CXLII).

Ab adventu Domini à circumcisione carnis ad circumcisionem cordis transitum est. (*Id. exp. Psalm.* VI).

Circumcisio veritatem susceptæ probat humanitatis. (*S. Bern. serm.* I *de Circ.*).

Ut ostenderet veritatem carnis humanæ. (*S. Thom.* 3 *p. Supl. q.* 37, *a.* 1).

Non solum formam hominis, sed formam habet peccatoris. (*S. Bern. serm.* III *de Circ.*).

Sanguis Christi volenti est salus, nolenti supplicium. (*S. Aug. serm.* CCCXLIV, *tom.* V, *p.* 2).

Vide quanto emit, et videbis quid emit. (*Idem*).

Christus sicut suscepit pro nobis mortem, ita et circumcisionem non respuit, ut nos spiritu circumcideremur. (*Idem, hom. de Circ.*).

Signum circumcisio corporalis, veritas autem circumcisio spiritualis: illa membrum amputat, ista peccatum. (*S. Ambr. l.* V, *ep.* XLII).

Prior circumcisio desecat carnem, secunda animi desecat vitia, illa ferro, hæc spiritu. (*Zeno Veron.*).

Verbum abbreviatum in carne, amplius abbreviatur facta circumcisione. (*S. Bern. serm.* I *de Circ.*).

Circumciditur puer, agnus sine macula, et si non eguit, voluit tamen circumcidi. (*Ibid.*).

Quem nemo arguere potest de peccato, ipse peccati remedium et verecundum pariter, et austerum sine ulla necessitate suscepit. (*Ibid.*).

Nos è contra inverecundi ad obscœnitatem culpæ erubescimus agere pœnitentiam: quod extremæ dementiæ est; male proni ad vulnera, pejus in remedia verecundi. (*Ibid.*).

Circumcisio magis salvandi, quam Salvatoris esse videtur, et Salvatorem circumcidere decet magis quam circumcidi. (*Ibid.*).

Circumciditur tamquam Abrahæ Filius, Jesus vocatur tamquam Filius Dei. (*Ibid.*).

Et nos, fratres, circumcidi necesse est, et sic nomen salutis accipere. (*Ibid.*).

Optime prorsus circumcidit nos, et superflua resecat universa voluntaria paupertas, patientiæ labor, et regularis observantia disciplinæ. (*Ibid.*).

Merito sane dum circumciditur puer, qui natus est nobis, Salvator vocatur; quod videlicet ex hoc jam cœperit salutem nostram operari, immaculatum illum sanguinem fundens. (*Id. serm.* II, *et Aug. serm.* XI *de Temp.*).

Propter hoc circumcisus est, propter quod natus, propter quod passus. (*Ibid.*).

Non solum habet formam hominis, sed formam habet peccatoris: et infigitur velut quodam cauterio latronis. (*Id. serm.* III).

In die Nativitatis, cum esset Deus, apparuit inter homines factus; in die Circumcisionis homo peccator apparuit, cauterio peccatoris adustus. (*S. Thom. à Vill. serm. de Purif.*).

Per circumcisionem significari arbitror excisionem voluptatum, quæ mentem fascinant. (*Philo Jud. de Circ.*).

Non est opus, ut viritim sanguis singulorum fundatur, cum in sanguine Christi circumcisio universorum celebrata sit. (*S. Ambr. l.* IX, *ep.* LXXVII).

Omni pretio superior est sanguis Christi. (*S. Basil. in Ps.* XLVII).

Modica sanguinis gutta propter unionem ad Verbum, pro redemptione totius generis humani suffecisset. (*Clem. VI in extrav. Unig.*).

Bonum aurum sanguis Christi dives ad pretium profluens ad lavandum omne peccatum. (*S. Ambr. in Psalm.* XXXV).

Vide quam paratus et promptus sanguinem effundere, circumcisus pro nobis octavo die. (*S. Bern. tract. de pass. D. c.* 2).

Christus circumcisionem suscepit eo tempore, quo erat sub præcepto; et ideo sua actio in hoc est nobis imitanda, ut observemus ea quæ sunt nostro tempore in præcepto. (*D. Thom. Aquin.*).

Quicumque corde circumcisus non fuerit, salvari non poterit. (*S. Euseb. Emiss. serm. de Circ.*).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESQUELETO DEL SERMON I

SOBRE LA EPIFANÍA.

Vidimus stellam ejus, et venimus adorare eum. (Matth. II, 2).

Vimos su estrella, y vinimos á adorarle.

1. Apenas nacido Jesucristo llama á su cuna á los pastores por medio de un Ángel, y á los Magos por medio de una estrella. Todos acuden presurosos... Todos le ofrecen dones... Los Magos se vuelven por otro camino.

2. La conducta de los Magos debe ser nuestro modelo. Diligencia con que buscaron á Jesucristo. Fidelidad con que conservaron la gracia recibida.

Primera parte: Diligencia de los Magos en buscar á Jesucristo.

3. Diferencia entre la conducta de Herodes y la de los Magos. Herodes cierra los ojos á la luz... Los Magos, dóciles á la estrella, buscan á Jesús con diligencia, valor y constancia. Así debemos nosotros buscarle...

4. Los cristianos tenemos por estrella la luz de la fe... ¿La seguimos?... ¿No tememos que, no siguiéndola, quedarémos á oscuras, en la ceguera é impenitencia final?

5. Prontitud de los Magos: *vidimus et venimus*. Debemos imitarla diciendo: he visto interiormente...

6. Valor de los Magos. Todo lo abandonan... Á pesar de los obstáculos... Así hemos de hacerlo nosotros...

7. ¿Lo haceis vosotros así? La menor dificultad os arredra; el menor obstáculo os parece insuperable... No bastan propósitos... Es menester realizarlos.

8. Sorpresa de los Magos al llegar á Belen... ¡Qué palacio! ¡qué cortesanos!... No les desalienta tal pobreza... Su fe se eleva por encima de su razon... Dones que le ofrecen: oro, incienso y mirra; su entendimiento, su corazon.

9. Tal es nuestro modelo. Dios no quiere nuestros bienes... Quiere sí el amor de nuestro corazon, la mortificacion de nuestro cuerpo y el sacrificio de nuestro espíritu... Así debemos buscar á Jesucristo y así le encontrarémos.

Segunda parte: Fidelidad con que los Magos conservaron la gracia recibida.

10. Para evitar á Jesús la muerte y no exponerse á perder ellos mismos la vida de la gracia, no vuelven á Herodes, sino que se van por otro camino. *Per aliam viam*, etc.

11. Á imitacion suya debeis mirar con horror la casa de Herodes, esto es, aquella casa de disolucion donde se perpetra la muerte de Jesucristo y se pierde la vida eterna.

12. Es menester que, como los Magos, tomeis un camino diverso del que hasta ahora habeis seguido. Conservad, como ellos, el precioso depósito de la fe... practicadla con buenas obras...

13. Venid á adorar á Jesucristo... Visitadle, consoladle, socorredle en la persona de los pobres, pues toma por hecho á sí lo que se hace por ellos...

14. Dadle gracias por haberos llamado á la fe... Haced actos de esta virtud...

15. Ofrecedle vuestro corazon como á oro, vuestro entendimiento como á incienso, vuestro cuerpo como á mirra... Privaos de algun gusto... Evitad los excesos... Pedid perdon...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON I

SOBRE LA EPIFANÍA.

Vidimus stellam ejus, et venimus adorare eum. (Matth. II, 2).

Vimos su estrella, y vinimos á adorarle.

1. Apenas nace Jesucristo, llama al rededor de su cuna á los pastores de Judea y á los Magos de Oriente, porque viene á salvar á todos los hombres. Despues de haber hecho anunciar su nacimiento á los pastores por voz de un Ángel, hace brillar á los ojos de aquellos sábios gentiles una estrella milagrosa que les anuncia que un nuevo rey ha venido al mundo para rescatarles. Obedientes á las inspiraciones de la gracia, abandonan al instante su país natal y se dirigen á Jerusalen para informarse del lugar en que ha nacido el Rey de los judíos; dícenles los doctores de la ley que este lugar es Belen, pequeña ciudad de Judá, y en seguida salen de Jerusalen, y á favor de la nueva luz que les guia trasládanse á Belen, donde hallan el objeto de sus deseos, el tesoro que buscan, su Rey y Salvador en la persona de un niño puesto entre los brazos de su madre la Vírgen María. No obstante el pobre aparato que le rodea, penetran con los ojos de una fe viva el misterio de un Dios hecho hombre para salvarles, póstranse en su presencia, y deponiendo á sus piés su cetro y su corona, le ofrecen juntamente con su corazon ricos presentes; y advertidos por un Ángel, vuelven á su país por camino distinto del que habian venido: *Per aliam viam reversi sunt in regionem suam.*

2. Tal es, ó cristianos, la historia del misterio que hoy dia celebramos; misterio de gozo para la Iglesia, pues nos recuerda el feliz momento de nuestra vocacion al Cristianismo en la persona de los Reyes magos. Bendigamos mil veces á la Providencia que nos ha sacado de las tinieblas de la muerte en que estábamos sumidos, para llamarnos á la luz admirable del Evangelio; pero al mismo tiempo aprovechémonos del ejemplo que nos dan los Reyes magos para buscar á Jesucristo y conservar su gracia despues que la hayamos encontrado. ¿Con qué diligencia buscaron los Magos á Jesucristo? Este será el primer punto de mi discurso. ¿Con qué fidelidad conservaron la gracia que habian hallado? Este será el segundo punto. Tal es el modelo que debemos imitar y el objeto para el cual reclamo toda vuestra atencion: *Ave María.*

Primera parte: Diligencia de los Magos en buscar á Jesucristo.

3. ¡Qué diferencia, hermanos mios, entre la conducta del rey Herodes y la de los Reyes magos! Herodes, que reinaba en el país mismo en que habia nacido el Salvador del mundo, dominado por sus pasiones, cierra los ojos á la luz que le ilumina, y aunque convencido por los testimonios y oráculos de los Profetas de que el Cristo ha nacido en Belen, lugar poco distante de Jerusalen, no se digna dar el menor paso para ir á prestarle homenaje; y los reyes que habitan en la extremidad del Oriente, apenas ven la estrella que les anuncia su nacimiento, pónense en camino para ir á adorarle. Herodes no conoce ni busca á Jesucristo sino para prenderle, y los Reyes magos no tienen otro afan que el de someterse á él y hacerle reinar en su corazon. Detestemos la conducta de aquel Príncipe ciego y bárbaro, é imitemos la fidelidad con que los Reyes magos corresponden á la gracia. Buscan estos á Jesucristo con diligencia, valor y constancia: del mismo modo debemos nosotros buscarle, si le queremos hallar. No dudan, no, los Magos qué partido han de tomar; no se detienen en formar extensos proyectos, ni en tomar grandes medidas para su viaje; mas, atentos solamente á la luz que les ilumina, van en busca de aquel que esta les anuncia, y ansiosos de llegar al punto á donde la estrella les guia, emprenden y siguen presurosos su camino. Ellos saben muy bien que cuando se trata de buscar á Dios y de entregarse á él, no conviene detenerse, ni discurrir, ni deliberar; porque deliberando, por mas que se quiera encontrar á Dios, no se encuentra jamás. En cuanto salen de su país, paréceles que oyen la voz del divino Niño que les llama, y obedientes á esta voz, solícitos por ir á prestarle homenaje, redoblan la celeridad de sus pasos. Llegados á Jerusalen, é impacientes por saber el lugar en que ha nacido el Salvador, dirígense á los que á su parecer han de estar mejor informados. ¿Dónde está, preguntan, este nuevo Rey? Hemos visto su estrella, y hemos venido á adorarle: *Vidimus stellam ejus, et venimus adorare eum.* ¡Qué diligencia! ¡qué presteza! ¡qué actividad! En poco tiempo han recorrido

todo el espacio que separa su país de la Judea. ¡Ah! cuando se busca á Dios con sinceridad, nada es capaz de detener al alma fiel. ¡Infinitas y eternas gracias os sean dadas, ó Dios mio, que nos habeis llamado á la fe con esa primera y noble conversion de la gentilidad! Vos, apenas naceis, sois ya vencedor de las naciones; Vos en un instante las someteis, y las humillais sin resistencia á vuestros piés con toda su pompa y su grandeza.

4. ¿Imitais vosotros, hermanos mios, la conducta de estos santos Reyes, vosotros que, educados en el Cristianismo, teneis mayores luces para caminar por el camino que conduce á Dios? Vosotros, cuya fe ha de estar mejor establecida y formada, y á quienes se ha manifestado mas claramente la voluntad de Dios, teneis esa fe por estrella; ¿por qué, pues, no seguís sus movimientos, como los Magos? Á mas de la fe que os ilumina, ¿cuántas otras luces no ha hecho Dios brillar en vuestro entendimiento, ya con las gracias interiores, ya con la divina palabra que os da á conocer vuestros deberes, ya, en fin, con los buenos ejemplos que teneis á la vista y os animan á practicar la virtud? Todas estas gracias interiores y exteriores son otros tantos astros luminosos que, si los siguiérais con fidelidad, os conducirian infaliblemente á Dios. Mas á pesar de esto, vosotros permaneceis siempre sumidos en vuestras tinieblas: sumergidos en el fango del pecado, no haceis el menor esfuerzo para salir de él. Mucho tiempo há que Dios os llama, y os insta para que os despegueis de aquel afecto que divide vuestro corazon entre Dios y la criatura; para que humilleis aquel orgullo que en vosotros predomina; para que restituyais aquellos bienes que poseeis injustamente; para que perdoneis á aquella persona á quien ni tan solo quereis ver; para que hagais una vida mas mortificada, penitente y arreglada; y vosotros, sin embargo, todavía no habeis hecho lo que la gracia os está pidiendo tanto tiempo hace. Y ¿no temeis que la estrella que ahora os ilumina desaparezca de vuestra vista? ¿que esta gracia de conversion que Dios os concede deje de seros provechosa, y que al abuso que de ella haceis, suceda la ceguedad y la obstinacion que os conducirá á la impenitencia final?

5. Ved con qué prontitud los Reyes magos siguen la estrella que les guia: al momento que la ven, pónense en camino: *Vidimus, et venimus.* Así debeis hacerlo vosotros. Es menester que digais interiormente: he visto la estrella que me conduce á Dios, en este buen pensamiento que me ha inspirado, en este piadoso impulso que ha dado á mi corazon: quiero seguirla, quiero amar á mi Dios mas de

lo que lo he amado hasta ahora, dándole la preferencia sobre todas las criaturas. Quiero reconciliarme con aquel enemigo; restituir aquellos bienes mal adquiridos; dar buen ejemplo á mi familia; abandonar para siempre aquella ocasion, aquellos lugares de disolucion que me han perdido; hacer oracion con asiduidad; frecuentar los Sacramentos, y recibirlos con mejores disposiciones; observar la santa ley de Dios: en una palabra, quiero vivir con mas regularidad: *Vidimus, et venimus.*

6. Para esto es necesario cobrar mucho ánimo, pero los Magos os lo inspiran con su ejemplo. Con efecto ¡qué valor no demuestran en todos sus actos! Para obedecer á la voz de Dios que les llama, ¿es menester que, á semejanza de Abrahan, abandonen su patria, su casa, sus amigos y su reino? Lo abandonan todo generosamente. ¿Es necesario emprender un largo y penoso viaje, exponerse á todos los peligros y soportar todos los trabajos consiguientes á la estacion mas rigurosa del año, sacrificar el reposo y la tranquilidad, renunciar á toda clase de comodidades y placeres? Todo lo renuncian, todo lo sacrifican. Ni el amor á las comodidades les detiene, ni el rigor de la estacion les arredra, ni el interés de su familia ó de su reino basta á cambiar su resolucion. Sin embargo, ¡qué razones, qué pretextos tan poderosos no hubieran estos sido para otros corazones menos animosos! Ellos, empero, á pesar de todos los obstáculos que se oponen á su designio, á favor del astro que les ilumina, llegan á Jerusalen, capital de la Judea. Pero ¡ah! qué otra prueba para su virtud! La luz que les guia se apaga de repente; la estrella desaparece. ¿No se debilitará con esto su fe, apenas naciente? ¿No pensarán tal vez regresar á su patria? No, hermanos mios, no lo temais; no son ellos capaces de sucumbir á la tentacion; antes bien ahora van á darnos un ejemplo de valor que ha de animarnos cuando nos parece que Dios se oculta á nuestros ojos y nos abandona á nosotros mismos. Aquí es donde nos enseñan á buscarle en aquellos caminos tenebrosos en que nos niega los consuelos sensibles que suavizan el sendero de la virtud. En aquellos tiempos de prueba en que le place ponernos es cuando nuestro amor se muestra muy animoso y sincero, porque entonces solo busca á Dios por Dios mismo. Pero sigamos admirando el valor y la constancia con que los Magos continúan buscando á Jesucristo en la ciudad de Jerusalen. Hasta en la capital de Judea, hasta en la corte misma de un rey que reina en Judea, preguntan dónde ha nacido el Rey de los judíos. ¿Qué no han de temer de los celos y de la cólera de He-

rodes, si llega á tener conocimiento de esta pregunta, con la que al parecer se le quiere oponer un rival? Mas á ellos poco les importa que Herodes se turbe y ofenda: quieren á toda costa encontrar á Jesucristo y entregarse á él; ni el humano respeto, ni el temor de los suplicios y de la muerte á que se exponen, hacen impresion alguna en aquellos generosos corazones.

7. ¿Lo haceis vosotros así, hermanos mios, cuando iluminados y movidos por la verdad de la fe os proponeis abandonar vuestras desordenadas costumbres y convertiros para siempre á Dios? La menor dificultad os arredra, el mas leve obstáculo os parece insuperable, la mas pequeña tentacion os hace sucumbir. Convendria que tuviérais un poco de valor para desarraigar aquel hábito pecaminoso que teneis de blasfemar, de encolerizaros, de entregaros á los excesos de la impureza; convendria que violentárais un poco vuestro genio, vuestras pasiones y vuestros afectos; pero vosotros no quereis hacer ningun esfuerzo, no quereis incomodaros ni sujetaros: unas veces el peso de vuestras inclinaciones os arrastra, otras veces el respeto humano os avasalla, y desbarata todos vuestros proyectos. ¿Y de este modo quereis encontrar á Dios? ¿De este modo aspirais á la posesion de su reino, que no se adquiere sino por medio de la violencia? ¿No sabeis que para ello es necesario sacrificar todo lo que mas amamos, mortificar nuestras pasiones, sujetarlas á la ley, despreciar los respetos humanos; no sabeis, en fin, que es necesario pelear para ganar la corona? Ahora bien, todo esto supone en vosotros una fuerza y un valor invencibles. No basta, pues, haber dado algun paso para buscar á Jesucristo; no basta haber formado algun buen propósito; es necesario llevarlo á cabo á pesar de cualquier obstáculo; es menester salir, como los Magos, de la corte de Herodes, esto es, abandonar las compañías peligrosas, las ocasiones de pecado, en que la estrella del Señor deja de alumbrarnos, y en que deja de oirse la voz de Dios: de este modo aquella estrella os conducirá, como á los Magos, al pesebre del Salvador. Abandonais vuestras compañías cuando se trata de vuestra fortuna ó de un interés temporal; y cuando se trata de vuestra salvacion, de vuestra eternidad, el menor obstáculo os detiene. ¿Dónde está, pues, vuestra fe? ¿dónde vuestra razon? No os pide Dios á vosotros, como á los Magos, que abandoneis vuestra patria, vuestros parientes y amigos, cuando no os dan ocasion de pecar; no os pide que emprendais largos viajes, ni que soporteis grandes fatigas; os pide el sacrificio de vuestras pasiones, os pide vuestro corazon, á cuya posesion tiene ya adquiridos tantos títulos; os pide un poco de generosidad y de violencia para que dejeis vuestras comodidades y regalos y vayais á visitar á aquel pobre enfermo ó encarcelado; os pide que le visiteis á menudo en su santo templo, que asistais con frecuencia á los divinos oficios, y que con igual asiduidad recibais los Sacramentos, y cumplais los deberes de buenos cristianos. Dios quiere haceros felices á poca costa, y vosotros sois tan cobardes y menguados que no quereis hacer lo poco que para ello os pide. ¡Ah! no seais tan indiferentes á vuestros verdaderos intereses. Vosotros, en el año que ahora empieza, habeis formado, ó debido formar, la sincera resolucion de consagraros á Dios, de servirle fielmente durante todo este año y por todo el resto de vuestra vida: tened, pues, como los Magos, valor y constancia para llevar á cabo vuestro propósito.

8. Al salir de Jerusalen, los Magos ven otra vez la estrella que se les habia ocultado, lo cual es para ellos un gran motivo de alegría. La vista de aquel astro les confirma en la resolucion que han formado de ir á adorar á su nuevo Rey; en cuya disposicion prosiguen su viaje, llegan á Belen y entran en la morada del Salvador. Pero ¡cuál debe ser su sorpresa al ver la escena que se presenta á sus ojos! Una pobre habitacion y un pobre niño reclinado en los brazos de una pobre madre! ¿Es este, dice á los Magos su débil razon, es este el Rey que la estrella nos ha anunciado, el Señor del cielo y de la tierra, el Deseado de las naciones, el Mesías esperado por tantos siglos? ¡Qué palacio! ¡qué cortesanos! ¡qué aparato de grandeza! Ahora, sin embargo, es cuando manifiestan toda la viveza y constancia de su fe. No les desalienta, no, la pobreza del lugar, ni la del Niño, ni la de la Madre; su fe se eleva por encima de su razon y les hace ver un Dios oculto bajo la debilidad de aquel Niño; y, como dice san Leon, adoran el Verbo en la carne, la sabiduría en la infancia, la fuerza en la debilidad, y un Dios de majestad bajo la forma de nuestra naturaleza. Danle testimonio de la fe que les anima, con los presentes que le ofrecen: con el oro reconocen su reino, con la mirra su humanidad, con el incienso su divinidad, pero el homenaje y el don mas precioso que le hacen es el de sus corazones y personas. No contentos de deponer á los piés del Dios niño sus cetros y coronas, entréganle tambien en demostracion de respeto su entendimiento con una fe viva, y su corazon con el mas generoso amor: conságranse enteramente á su servicio y someten á su imperio sus personas y sus reinos.

9. Tal es, ó cristianos, el modelo que nosotros debemos imitar. Ya que hemos formado la resolucion de consagrarnos á Dios, debemos ser fieles y constantes en nuestro propósito, y entregarnos enteramente á él. No nos pide nuestros bienes, pues no los necesita; pídenos tan solo nuestros corazones. No quiere, no, que le ofrezcais oro, mirra ni incienso, sino el amor de vuestro corazon, la mortificacion de vuestro cuerpo y el sacrificio de vuestro espíritu. El amor de vuestro corazon está representado por el oro; porque así como el oro es el mas precioso de todos los metales, así tambien el amor de Dios es la mas preciosa de todas las virtudes: la mortificacion de vuestro cuerpo está representada por la mirra; porque así como la mirra preserva los cuerpos de la corrupcion, así tambien la mortificacion preserva al alma del contagio del pecado. Finalmente, en lugar del incienso que los Magos ofrecieron á Jesucristo, es menester que le ofrezcamos el sacrificio de nuestro espíritu por medio de la oracion; porque á la manera que el incienso se eleva en nubes de humo por los aires, la oracion asciende al trono de Dios para hacer descender sobre nosotros las gracias que necesitamos. Tales son, hermanos mios, los dones que Jesucristo espera de vosotros: con el ofrecimiento de ellos adquiriréis su corazon y conseguiréis que reine en vosotros. Él es vuestro Dios, vuestro Rey y vuestro Salvador: ved, pues, por cuantos conceptos estais obligados á entregaros á él sin reserva, y á hacerle el sacrificio de vuestro entendimiento, de vuestro corazon y de vuestro cuerpo. De vuestro entendimiento por medio de una fe viva y fervorosas oraciones; de vuestro corazon, con un amor ardiente; de vuestro cuerpo, por medio de una mortificacion continua, que debeis llevar en vosotros mismos para ser del número de sus discípulos. De esta manera debeis buscar á Jesucristo; de esta manera lo encontraréis. Pero despues de haberlo encontrado, es menester, á imitacion de los Magos, conservar cuidadosamente su gracia, sobre lo cual voy á haceros en conclusion algunas breves reflexiones.

Segunda parte: Fidelidad con que los Magos conservaron la gracia recibida.

10. En vano los Magos hubieran practicado tantas diligencias en busca de Jesucristo; en vano hubieran superado tantos obstáculos para encontrarle, si no se hubiesen entregado á él para siempre. Para consagrarse eficazmente á Dios, es menester no cesar un punto en los buenos propósitos que se han formado, y perseverar en su servicio hasta la muerte. De esta fidelidad, de que depende nuestra salvacion eterna, nos dan los Magos un bello ejemplo al regresar á su patria. Léjos de volver á la casa de Herodes, como este se lo habia pedido, vuélvense, dice el Evangelio, por otro camino á su tierra: *Per aliam viam reversi sunt in regionem suam.* (Matth. II). Saben que aquel bárbaro Príncipe está maquinando la muerte de Jesucristo, y el temor de que llegue á realizar su cruel proyecto, hace que emprendan un viaje mas largo y difícil para evitar la muerte de su nuevo rey Jesucristo, y para no exponerse ellos mismos á perder la vida de la gracia.

11. Ved aquí, hermanos mios, como debeis vosotros obrar una vez que Jesucristo se ha dignado nacer en vuestros corazones. Es necesario que eviteis las ocasiones de ofenderle y de perder la gracia; es necesario que mireis con horror la casa de Herodes, esto es, aquella casa de disolucion y de libertinaje donde se trama y se perpetra la muerte de Jesucristo, y donde se pierde la vida eterna; es necesario que huyais del mismo Herodes, es decir, de aquellas personas escandalosas que sirven de instrumento al demonio para inducir á los otros al pecado.

12. En vano os lisonjearíais de conservar la vida de la gracia en aquellas ocasiones que otras veces os la han hecho perder: si os exponeis al peligro, pereceréis infaliblemente, por buena que sea la resolucion que hayais formado de salvaros. Es menester que, á imitacion de los Magos, tomeis un camino diverso del que hasta ahora habeis seguido. En vez de frecuentar aquellas casas y personas que han sido para vosotros otras tantas causas de tropiezo, debeis huir de ellas, y frecuentar los lugares santos y las personas piadosas, cuyos buenos ejemplos os animarán á practicar la virtud. Velad sobre vosotros mismos, y estad siempre atentos á evitar las tentaciones del mundo y del demonio, si quereis conservar la gracia de vuestro Dios. Hasta ahora ¡ay de mí! quizás solo habeis seguido los senderos de la iniquidad; os habeis abandonado á la corriente de vuestras pasiones; habeis pasado acaso toda vuestra vida en el pecado y en desgracia de Dios: ni os habeis esforzado en recobrar su amistad, ni habeis procurado recuperar por medio de un sincero arrepentimiento los pasados años, por vosotros tan mal empleados. El Señor os concede ahora otro año para reparar las faltas cometidas en los anteriores: pensad que tal vez será este el último de vuestra vida, y que quizás no veréis el fin de él. Empleadlo,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pues, únicamente en asegurar vuestra salvacion; aprovechaos de él para acumular tesoros para el cielo, viviendo de diverso modo que hasta ahora. Sed mas asiduos en la asistencia á los divinos oficios, mas solícitos en la frecuentacion de los Sacramentos, mas diligentes, mas edificantes en vuestras familias, de manera que seais los apóstoles de ellas, así como los Magos lo fueron en sus reinos, donde dieron á conocer su Salvador á los que no le conocian. Haced otro tanto con vuestras instrucciones, con vuestros buenos consejos y ejemplos. Conservad cuidadosamente el precioso depósito de la fe; seguid fielmente la luz de esta divina antorcha que os ilumina; practicad esta fe con las buenas obras, y su luz os conducirá al puerto de la vida eterna.

13. Venid á adorar á Jesucristo en su santo templo con los mismos sentimientos con que los Magos lo adoraron en su cuna; visitadlo en la persona de los pobres y enfermos, que hacen sus veces; mas procurad que vuestras visitas no sean estériles: ofrecedle alguna porcion de vuestros bienes en la persona de sus pobres, pues considera como hecho á él mismo lo que se hace por estos.

14. Dad gracias á este divino Salvador por haberos llamado á la fe en la persona de los Reyes magos; haced á menudo actos de esta fe; dadla á conocer con vuestras buenas obras.

15. En lugar de los tres dones que los Magos hicieron á Jesucristo, ofrecedle vuestro corazon, que es el oro que os pide; ofrecedle vuestro entendimiento dedicado al ejercicio de la oracion, que es el incienso que exige; ofrecedle, por último, vuestro cuerpo, consagrado á la práctica de la mortificacion, que es la mirra que espera de vosotros. En virtud de este ofrecimiento, privaos de algun gusto y evitad sobre todo los excesos á que muchos se entregan en este santo dia. Pedid perdon por los que ofenden al Señor, y si teneis alguna alegría, sea el Señor el principio y el fin de ella: *Gaudete in Domino*. Acordaos siempre de que solo en el cielo debeis buscar la verdadera alegría. Así os lo deseo. Amen.

ESQUELETO DEL SERMON II

SOBRE LA EPIFANÍA.

Vidimus stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum. (Matth. II, 2).

Vimos su estrella en el Oriente, y vinimos á adorarle.

1. Para quitar á los flacos toda ocasion de incredulidad, de tal modo deprimió Jesús su majestad y celsitud, que su misma humildad la juntó con su máxima dignidad y clarísimos milagros... Estas maravillas nos fortalecen en la fe... nos encienden en amor...

2. Entre estos prodigios celebramos hoy un nuevo milagro... Aunque al nacer le albergara una cuna terrena, el signo celestial mostraba que Jesús no era terreno.

3. Dios atrae los hombres á sí de modos maravillosos y sumamente varios. Á unos... Á otros...

Primera parte.

4. Herodes y toda Jerusalen se turbaron con la pregunta de los Magos. De un modo se turbarian los buenos, de otro los malos...

5. El tirano Herodes presumia tanto de su astucia, que confiaba poder eludir los eternos consejos y decretos de Dios...

6. Hubo reyes que quisieron ser tenidos por dioses... Alejandro... Nabucodonosor... ¿Qué cosa mas loca que esta temeridad é insolencia?

7. El deseo moderado de honra, como la vergüenza, son saludables y útiles. La extremada ambicion de algunos ha sido muy funesta al mundo... Alejandro Macedonio... Julio César... Herodes...

Segunda parte.

8. Luego de sabido el lugar del nacimiento del Mesías, los Magos se encaminaron á él. Nadie en Judea imitó tan ilustre ejemplo... Ceguedad de este pueblo... Conducta de Tales con Mandrita... Así se porta Dios con nosotros... Alguna vez Dios deniega sus

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pues, únicamente en asegurar vuestra salvacion; aprovechaos de él para acumular tesoros para el cielo, viviendo de diverso modo que hasta ahora. Sed mas asiduos en la asistencia á los divinos oficios, mas solícitos en la frecuentacion de los Sacramentos, mas diligentes, mas edificantes en vuestras familias, de manera que seais los apóstoles de ellas, así como los Magos lo fueron en sus reinos, donde dieron á conocer su Salvador á los que no le conocian. Haced otro tanto con vuestras instrucciones, con vuestros buenos consejos y ejemplos. Conservad cuidadosamente el precioso depósito de la fe; seguid fielmente la luz de esta divina antorcha que os ilumina; practicad esta fe con las buenas obras, y su luz os conducirá al puerto de la vida eterna.

13. Venid á adorar á Jesucristo en su santo templo con los mismos sentimientos con que los Magos lo adoraron en su cuna; visitadlo en la persona de los pobres y enfermos, que hacen sus veces; mas procurad que vuestras visitas no sean estériles: ofrecedle alguna porcion de vuestros bienes en la persona de sus pobres, pues considera como hecho á él mismo lo que se hace por estos.

14. Dad gracias á este divino Salvador por haberos llamado á la fe en la persona de los Reyes magos; haced á menudo actos de esta fe; dadla á conocer con vuestras buenas obras.

15. En lugar de los tres dones que los Magos hicieron á Jesucristo, ofrecedle vuestro corazon, que es el oro que os pide; ofrecedle vuestro entendimiento dedicado al ejercicio de la oracion, que es el incienso que exige; ofrecedle, por último, vuestro cuerpo, consagrado á la práctica de la mortificacion, que es la mirra que espera de vosotros. En virtud de este ofrecimiento, privaos de algun gusto y evitad sobre todo los excesos á que muchos se entregan en este santo dia. Pedid perdon por los que ofenden al Señor, y si teneis alguna alegría, sea el Señor el principio y el fin de ella: *Gaudete in Domino*. Acordaos siempre de que solo en el cielo debeis buscar la verdadera alegría. Así os lo deseo. Amen.

ESQUELETO DEL SERMON II

SOBRE LA EPIFANÍA.

Vidimus stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum. (Matth. II, 2).

Vimos su estrella en el Oriente, y vinimos á adorarle.

1. Para quitar á los flacos toda ocasion de incredulidad, de tal modo deprimió Jesús su majestad y celsitud, que su misma humildad la juntó con su máxima dignidad y clarísimos milagros... Estas maravillas nos fortalecen en la fe... nos encienden en amor...

2. Entre estos prodigios celebramos hoy un nuevo milagro... Aunque al nacer le albergara una cuna terrena, el signo celestial mostraba que Jesús no era terreno.

3. Dios atrae los hombres á sí de modos maravillosos y sumamente varios. Á unos... Á otros...

Primera parte.

4. Herodes y toda Jerusalen se turbaron con la pregunta de los Magos. De un modo se turbarian los buenos, de otro los malos...

5. El tirano Herodes presumia tanto de su astucia, que confiaba poder eludir los eternos consejos y decretos de Dios...

6. Hubo reyes que quisieron ser tenidos por dioses... Alejandro... Nabucodonosor... ¿Qué cosa mas loca que esta temeridad é insolencia?

7. El deseo moderado de honra, como la vergüenza, son saludables y útiles. La extremada ambicion de algunos ha sido muy funesta al mundo... Alejandro Macedonio... Julio César... Herodes...

Segunda parte.

8. Luego de sabido el lugar del nacimiento del Mesías, los Magos se encaminaron á él. Nadie en Judea imitó tan ilustre ejemplo... Ceguedad de este pueblo... Conducta de Tales con Mandrita... Así se porta Dios con nosotros... Alguna vez Dios deniega sus

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dones á aquellos á quienes, á juicio humano, parecia se debia conceder mas, y los concede á otros que los hombres juzgaban menos dignos...

9. Dios quiere salvar á todos, y á todos da con largueza los auxilios para la salvacion. Permitió la injusta muerte de los inocentes para mover á los gentiles á conversion. Sibilas...

10. El ocultarse la estrella á los Magos hizo que entrasen en Jerusalen, y la nueva noticia que trajeron á los judíos debia estimularlos á buscar al Mesías... Pastores... Símil del sol...

11. La Providencia dirigió los Magos á la Judea para excitar la pereza de sus moradores. Ya estaba predicho por los Profetas que... Burra de Balaam... Los malos no tienen motivo alguno para quejarse de Dios; los buenos lo tienen para darle gracias...

Tercera parte.

12. La estrella se paraba con los que se paraban; con los que iban, iba, etc. Hé aquí el cuidado paternal que Dios tiene con los que le buscan de todo corazon... Otra señal de dicho cuidado fue la columna de nube por el dia y de fuego por la noche que guió á los hebreos en el desierto. Esta columna fue figura de la providencia con que Dios guia al pueblo cristiano.

13. Esto deberia alentar á los flacos y pusilánimes que no se atreven á salir del Egipto de la culpa por las dificultades con que habrán de tropezar... Si tanto hizo Dios por un pueblo que conducia á la tierra de Canaan, ¿qué no hará por los que conduce al reino del cielo?... Estrella de los Magos...

14. ¿Por qué la estrella desamparó algun tiempo á los Magos? Para que con su segunda aparicion se llenaran de mayor alegría... Con la vicisitud de los dones de Dios se obra nuestra salud. Jamás debemos arredrarnos por algun desamparo momentáneo.

15. Nada vieron los Magos en Belen que les mostrase la grandeza de aquel Parvulillo, y no obstante le adoraron como á Dios... Esta su fe la encomian en gran manera san Juan Crisóstomo y san Leon.

16. Los Magos ofrecieron al Señor oro, incienso y mirra... Ofrezcámosle nosotros el cuerpo, el alma y el espíritu... Si conservamos sin mancha de culpa estas tres partes del hombre, merecerémos la celestial gloria.

SERMON II

SOBRE LA EPIFANÍA.

Vidimus stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum. (Matth. II, 2).

Vimos su estrella en el Oriente, y vinimos á adorarle.

1. Bienaventurado es, dice el Salvador, el que no se escandalizare en mí [1]: esto es, bienaventurado aquel que por don de Dios consiguió una tal fe, que nada se commueva por el exterior semblante de mi humanidad y pobreza, sin dejar por él de creer la majestad de mi divinidad, que se oculta en este tan humilde traje y exterior especie. Porque fue tanto lo que se abatió el Señor de los cielos para lavar nuestros pecados y comprimir la soberbia, que muchos de aquellos por cuya salud se abatió, de ninguna suerte creerian Dios á aquel que veian abatido. Pues para quitar esta ocasion de incredulidad é infidelidad á los flacos, de tal manera deprimió su majestad y celsitud por nosotros, que su misma humildad la juntó con su máxima dignidad y clarísimos milagros, para que cualquiera que tenga ojos perspicaces pueda advertir claramente la gloria de la majestad divina que se ocultaba en aquella humildad. Y esto lo entenderá con facilidad cualquiera que leyere atentamente el exordio de la historia evangélica, que escribió san Lucas [2]. Porque, ¿con cuántos milagros y cuántas celestiales maravillas se describe en ella la infancia del Señor y Salvador? Porque pasando en silencio los oráculos antiguos de los Profetas, aun antes de que naciera Jesucristo Señor nuestro, el sacerdote Zacarías yendo al altar vió, arredrado, al arcángel san Gabriel, inmediatamente enmudeció, y al cabo de nueve meses por gracia del Señor recuperó su voz y habla, y lleno del Espíritu Santo cantó las alabanzas del Señor. Tambien su mujer estéril, fuera de lo natural, se fecundó con un nuevo parto, y, con admiracion de los vecinos, al niño nacido se le impuso el nombre que dictó un celestial oráculo. ¿Para qué referiré la concepcion del Señor ilustrada y ennoblecida con gran-

[1] Matth. XI. — [2] Luc. I.

dísimos milagros? Porque, ¿qué milagro tan estupendo fue concebirse por el Espíritu Santo sin obra de varon, é incluirse un Dios, que todo lo abraza y contiene, en las entrañas de una mujer? ¿Qué milagro fue que san Juan Bautista estando todavía dentro del vientre de su madre saltara de gozo, se llenara del Espíritu Santo y reverenciara con un tan maravilloso obsequio á su Redentor encerrado en el claustro del vientre de su Madre? ¿Qué milagro fue que la piadosa madre del Precursor se llenara del Espíritu Santo, que conociese la Madre del Señor, y fuese enseñada por el mismo Espíritu del misterio sumo de la gracia y ley evangélica? Y la natividad del Señor, ¿cuántos milagros la ilustraron? Una Vírgen intacta, sin detrimento de su pudor virginal, y sin dolor concibe un Hijo, lo pare vírgen, vírgen lo cria, vírgen le da leche: y un Ángel resplandeciente con la luz celestial anuncia á los pastores el nuevo parto de la Vírgen. Las voces y cantos de Ángeles las oyen los hombres en la tierra. Y una nueva estrella resplandeciente con una claridad insigne con su resplandor llama y conduce á la cuna del Niño recien nacido á los Magos desde los fines y extremos de la tierra. ¿Para qué es referir aquí el testimonio de Simeon, su gozo y cántico? ¿Qué las alabanzas y voces de la santísima profetisa Ana? Y ¿para qué referiré tantas respuestas de los Ángeles, que avisaban al Esposo de la Vírgen, á cualquiera parte que hubiera de ir ó volver el Salvador? Y así si alguno percibiera la mente y los designios del Señor, con los que dignamente concibiera el resplandor y la majestad de cosas tan grandes, podria fácilmente advertir, que bajo aquella especie de humildad y vileza se ocultaba un admirable resplandor de una grandeza y celsitud divina. Porque las cosas que no se atrevió á usurpar ninguno de los príncipes del mundo, aun de aquellos que quisieron ser adorados como dioses, y las que hasta ahora ninguna arrogancia ni soberbia humana pudo excogitar; nunca jamás las hubiera podido fingir la sencillez de los Evangelistas, si la verdad de los sucesos acaecidos no los hubiera impelido á escribirlos. Obra fue de la Providencia divina, que lo que el Hijo de Dios tenia instituido para ilustrar la gloria de su humanidad y para confirmar nuestra fe, no hubiese podido usurpar ninguna elacion ni soberbia humana, ni malicia alguna hubiera podido fingir. Y así cualquiera que considera estas maravillas entre las humildes obras de Jesucristo, es ilustrado con unos maravillosos resplandores, y con esta ilustracion se fortalece en la fe, y se enciende maravillosamente en el amor de tan grande Redentor.

2. Pues entre estos insignes prodigios celebramos hoy un nuevo milagro por el cual con el resplandor de una estrella celestial todos los gentiles fuimos llamados en los tres Magos á la fe. Porque (como dice san Máximo [1]) cosa maravillosa es, el que procedió Jesucristo de la Vírgen, y no es cosa menos magnífica el que fuese mostrado desde el cielo. Cosa admirable el que la tierra recibió un nuevo hombre; sin embargo, es cosa estupenda el que á este nuevo hombre desde el cielo lo manifestara una nueva estrella. En la Judea, Jesucristo lloraba entre pastores, y en la Caldea á la vista de los Magos brillaba entre las estrellas. En Belen le daba leche de sus pechos su Madre, y en la Caldea le adoraban y veneraban los Magos. Entre los judíos estaba envilecido entre pañales, y entre los gentiles lucia en su gloria. Á la verdad que era necesario que al Señor de los cielos le precediera un signo celeste, y que una señal de luz revelara al Autor de la misma luz. Y así es verdad que vino el Señor humilde en la carne; pero tan humilde como admirable: para que juntamente brillara y se viera la verdad de la carne tomada y la naturaleza de la Deidad inefable: y aunque al nacer le albergara y recibiera una cuna terrena, sin embargo el signo celestial mostraba y atestiguaba que no era terreno. Hasta quí san Máximo. Pues habiendo de predicar hoy de este misterio, imploremos humildemente el auxilio celestial por la intercesion de la beatísima Vírgen: *Ave María.*

3. Es sentencia célebre de san Agustin, que Dios atrae á sí á los hombres de modos maravillosos; y no solamente maravillosos, sino tambien muchos y sumamente varios. Porque á uno los atrae á sí con beneficios, á otros con castigos; á unos por amor, á otros por miedo y terror; á unos proponiéndoles la grandeza de los premios, á otros la de los tormentos y castigos; á unos con inspiraciones secretas, á otros con las oraciones y voces secretas de la Iglesia; á unos con la virtud poderosa y eficacia de los Sacramentos, y á otros en fin (como yo he visto muchos) con la leccion de libros piadosos y devotos. Ví á otros, á quienes la atrocidad y multitud de sus pecados amedrentó de modo, que los impelió y estimuló á la detestacion y pesar de su mala vida: y aquello que en las mentes de los ímprobos suele desparramar tinieblas, esto mismo, obrando la gracia divina, que de males suele sacar bienes, se les hizo y convirtió en luz, é incitó á un llanto y miedo saludable. Y así como los pescadores excogitaron muchas y varias industrias y artes de pes-

[1] In Serm.

car, y varios géneros de cebos y redes, para de este modo coger muchos peces en sus nasas; así aquel celestial pescador de las almas encuentra cada dia innumerables maneras, con las que extrayendo las almas de sus escogidos del mar y piélago de la vida mundana, las coloca en la red del Evangelio y vida de la gracia. Porque ninguna cosa hay tan escondida, ninguna tan baja y apartada de la vista de los hombres, que él no vea, y donde no toque con la luz de su misericordia y providencia. De aquí es aquello del Profeta [1]: El que llama el ave del Oriente y de la tierra al varon de mi voluntad. Esto es, todo lo registro con los ojos de mi sabiduría, todo lo toco con el poder de mi virtud; no me sirve del menor impedimento ni la distancia de lugares, ni las tinieblas, ni algun otro obstáculo para traer á mí las gentes remotísimas y ajenas de mi culto y conocimiento de mi divinidad. Porque mis designios y consejo estará, y toda mi voluntad se hará, ni cosa alguna retardará el que traiga yo á mí al varon de mi voluntad; esto es, aquel á quien yo decreté salvar segun el beneplácito de mi voluntad. Esto se puede ver en la vocacion de estos Magos, cuando el Señor, faltándoles predicadores, los trajo á sí desde los fines del mundo con un tan nuevo y estupendo milagro. Pero porque estos fueron los caudillos y padres de nuestra fe, y las primicias de los gentiles, es digno á la verdad que examinemos nosotros con cuidado su camino, su pregunta, y todos sus hechos, para que con un tan ilustre ejemplo entendamos qué debemos hacer en su imitacion.

Primera parte.

4. Habiéndose, pues, partido del Oriente, y entrando en Jerusalen, que era la ciudad real, ó corte del Rey, preguntan acerca del nacimiento del nuevo Rey: *¿Dónde está*, dicen, *el que ha nacido rey de los judíos? Porque hemos visto una estrella anunciadora de su natividad en los fines de Oriente, y somos venidos á adorarle. Túrbase con esta noticia Herodes, y toda Jerusalen con él.* Se debe creer que fueron varias las causas de esta turbacion: porque de un modo se turbarian los buenos, de otro los malos, de un modo los amigos de Herodes, y de otro sus enemigos. Porque aquellos que estaban mal con el imperio de Herodes, y que se veian oprimidos de necesidad y pobreza, querian y deseaban que todo el mando se mudara, para si acaso con esta mutacion les soplaba aire mas benigno y salu-

[1] Isai. XLVI.

dable. Y aquellos á quienes agradaba el imperio de Herodes, estos por el contrario no querian que en cosa alguna se minorara la dignidad de Herodes, y temerosos, como Herodes, de su fortuna, llevaban tan á mal como podia llevar el mismo Herodes la venida de un nuevo rey. Este es cási todo el cuidado é índole de los impíos, instituir de modo su vida, que solo atienden á sí, solo miran por sí, y solo parece que han nacido para ellos, y con tal que piensen que está á salvo su fortuna y bienes, nada se les dé, ó porque se hunda y caiga el cielo, ó porque se inunde é incendie la tierra.

5. Oidas, pues, estas voces, el Rey impío congrega todos los príncipes de los sacerdotes y los escribas del pueblo, é inquiere de ellos dónde naceria Jesucristo: *Y ellos le dijeron: En Belen de Judá; porque así está escrito por el Profeta: Y tú, Belen*, etc. Esta pregunta no la hacia esta astuta zorra con el fin é idea de adorar al nuevo Rey: sino para cogerlo y matarlo, y así poseer solo y en paz su reino. Contemplad, os ruego, la necesidad extremada de este tirano que presumia tanto de su astucia, que confiaba poder eludir los eternos consejos y decretos de Dios. Preguntado cierto filósofo, si á Dios se le ocultaba el hombre que obraba mal: Ni aun el que piensa mal, respondió. Si esto confiesa un filósofo, ¿qué es razon que sientas tú que profesas la fe y la ley del Señor? Ó pérfido, ¿acaso no habias leido en Isaías [1]: Quitad lo malo de vuestros pensamientos de mis ojos? ¿No habias leido en David: El Señor conoce los pensamientos de los hombres, que son vanos [2]; y aquello tambien [3]: Porque él conoció lo escondido del corazon? ¿Cómo piensas que puede ignorar el Señor tus pensamientos ocultos? Además, díme, ó das asenso y fe ó no lo das á la estrella anunciadora, y á los vaticinios y oráculos de los Profetas. Si no lo das, ríete de estos locos sueños de los hombres; porque no tienes que temer cosas que crees que de ningun modo han de suceder. Y si lo crees como muestras, y por tanto consultas los oráculos de los Profetas, é inquieres con cuidado el tiempo de la estrella, y por esta misma causa degollaste tantos niños; ¿qué locura es el que tú, vilísimo polvo y despreciable gusanillo, intentes algo contra el Dios omnipotente, y te empeñes en trastornar con tu astucia y poder la sabiduría y poder de un Dios infinitamente poderoso? Porque ¿quién mas poderoso ó sábio que Dios? Y ¿qué cosa mas necia ó mas flaca y débil que el hombre? Pues ¿cuán grande locura es, el que creas

[1] Isai. I. — [2] Psalm. XCI. — [3] Psalm. XLVIII.

que el poder y sabiduría infinita se pueda vencer por la ignorancia y necedad suma?

6. Hubo antiguamente algunos reyes dementísimos que llegaron á tanta necedad, que quisiesen ser tenidos por dioses ó hijos de los dioses. Alejandro mandó que se le llamara hijo de Júpiter. Y Nabucodonosor mandó á Holofernes, general de su milicia, que aboliese los dioses de aquellas tierras que habia conquistado y sujetado á su jurisdiccion, para que en lugar de ellos, él fuera tenido y adorado por Dios. Tambien el príncipe de los demonios, engreido de una increible soberbia, afectó la semejanza de la Divinidad; ni de aquí se atrevió á pasar la locura y soberbia, ó de los hombres mas perdidos, y aun de los mismos demonios, aunque fue la máxima arrogancia. Mas este intolerable mónstruo intentó exceder la soberbia y sacrílega temeridad de todos, sean hombres, ó sean demonios; pues se empeñó no solo en hacerse igual al Dios altísimo, sino tambien mayor y superior, cuando confiaba poderlo vencer en la grandeza ya de la sabiduría, y ya del poder. Á la verdad que si hubiera conseguido lo que pretendia, no solamente se hubiera podido gloriar contra Dios, sino que tambien con razon hubiera podido burlar su divinidad: habiendo vencido con su astucia su sabiduría, y su poder con su virtud. ¿Qué cosa mas loca que esta temeridad é insolencia? ¿Qué cosa mas execrable? Veis, pues, hermanos, en qué profundo abismo caiga la naturaleza humana destituida y dejada de Dios! Veis hasta dónde llega el furor y la locura de la ambicion!

7. Por este ejemplo podeis colegir cuánto veneno oculta la peste de la ambicion: la cual no solamente la siguen muchísimos, sino que la alaban y recomiendan sobremanera, y la predican necesaria para cosas grandes y empresas gloriosas; de modo que Ciceron por este solo título recomendó el estudio y ciencia de la elocuencia, porque por él los ánimos de los hombres nutrian y fomentaban el deseo de la gloria. En este asunto confieso á la verdad, que el deseo moderado de honra, como la vergüenza, son saludables y útiles. Porque esta por miedo de la infamia y deshonra, retrae todo lo malo, y aquella inflama y enciende á las cosas dignas de alabanza. Porque hay muchos que se abstienen de gravísimos delitos, no tanto por amor á la virtud, cuanto por miedo de la deshonra é ignominia. Mas cuando este apetito, desatendida la moderacion, se inflama y enciende mucho, es dañosísimo. Porque al modo que cuando un rio camina por su madre y dentro de sus riberas, no daña á los sembradores, ni á ninguna otra cosa hace mal; mas si coge alguna avenida y turbion, destruye los campos, y con su ímpetu devasta y asola todo lo que está inmediato; así claramente el moderado apetito de honra no es dañoso; mas el desordenado é inmoderado es una sentina cási de males innumerables. ¿Qué cosa holló mas ni abatió á todo el género humano, que la temeridad y ambicion de algunos? Alejandro Macedonio mientras anheló á ser solo el dueño y emperador del mundo, cási todo lo trastornó. Julio César, que desde jóven pensaba ocupar el imperio del pueblo romano, en las varias batallas que presentó, se ensangrentó con la muerte de cási innumerables hombres, y el impío rey Herodes con una crueldad nunca oida, estimulado de una increible ambicion de reinar, mató todos los niños de dos años abajo, que habia no solamente en Belen, sino en todos sus fines ó contornos. Ved, pues, cuántos males causa una furiosa ambicion, para que por el hijo conozcais la madre, y por los frutos el árbol. Porque ¿qué árbol será aquel que tales frutos produce? Y si esto es así, ¿qué esperanza podrá restar de la salud y salvacion de aquellos que veneran la honra como á Dios, y aun sobre Dios, cuando la anteponen á Dios y á todas las cosas divinas? Por esta sola razon cierto Santo decia, que los demonios vivian en este tiempo, y estaban seguros estándose ociosos y durmiendo á pierna suelta: pensando que para la perdicion del género humano bastaba el ímpetu de esta pasion; la cual se arraigó tan profundamente en los pechos de los hombres, que trastorna totalmente todo lo divino y humano. Pero volvamos á la historia.

Segunda parte.

8. Habiendo, pues, los Magos sabido el lugar donde nació el Señor, se encaminaron á él, y lo que es digno de extrañar mucho es, que ninguno de tanta multitud de pueblo, ni de los escribas, ni de los sacerdotes, ni de los otros ciudadanos siguió sus huellas y pisadas, movidos de un ejemplo tan ilustre. Esto, á la verdad, me causa á mí mucha admiracion. Porque á este pueblo era á quien principalmente estaba prometido aquel Rey celestial; él solo tenia ciencia y conocimiento de la ley y los Profetas; por donde fácilmente pudiera haber advertido que instaba ya el tiempo del Mesías, principalmente ocupando su reino Herodes, alienígena, que era la señal principal de su adviento y venida. Debieron tambien haberse conmovido por el ejemplo de los forasteros ó extranjeros que habian venido allí desde los últimos cabos del mundo, y esto hicie-

ron, avisados y dirigidos de una luz y oráculo celestial. Pues si los forasteros vienen desde el Oriente, ¿por qué tú, que eres el pueblo de Dios, que eres doméstico suyo, á quien principalmente está prometido el Mesías, tú, que tienes los oráculos y profecías de él, y das noticias á otros del lugar de su nacimiento por las santas Escrituras, por qué, digo, á lo menos estimulado de los otros, no tomas y emprendes viaje para Belen, no desde la remota region de Oriente, sino desde la misma Jerusalen, que estaba muy cerca del lugar del nacimiento, para que puedas ver al deseadísimo y nobilísimo Rey? ¿Cómo tú, que por las Escrituras tienes tantas noticias de él, no le conoces teniéndole delante de los ojos [1]? Oportunamente á la verdad, como dice san Gregorio, el ciego Isaac, cuando bendecia á su pueblo, figuró y denotó la ceguedad de este pueblo; el cual, ciegos sus ojos y profetizando, no vió presente al Hijo, para quien, sin embargo, vió muchas cosas que le estaban por venir. Porque en la realidad aquel pueblo judáico lleno del espíritu de profecía, y ciego, no vió puesto á su presencia á aquel de quien predijo muchas cosas futuras. De aquí aparece, hermanos, cuánto dependa el sumo negocio de nuestra salvacion de la divina gracia; y cuán poco valgan para él todas las otras prendas sin el auxilio de Dios, sea la ciencia de las santas Escrituras, sea la profesion de la vida monástica, sea la condicion del estado mas perfecto, ó la nobleza del linaje, ó la excelencia de la naturaleza, ó la diligencia de la educacion, ú otras cosas semejantes á estas, las cuales tienen los hombres en una grande reputacion. Ciertamente que estas cosas, que por otra parte son apreciables y valen mucho, donde falta aquel espíritu celestial, es increible lo muy poco que valen para alcanzar la verdadera salud y justicia. El conocimiento de esta verdad quiso el Señor que se radicara tanto en nuestros pechos, que entre los principales obsequios con que podemos merecerlo, se enumera en primer lugar el humilde conocimiento de sí mismo. De modo que me parece á mí, que solo en este negocio es en el que el Señor se porta con los hombres, como aquel célebre Tales Milesio, uno de los siete sábios de que se jacta la Grecia, se portó con otro filósofo. Porque como, maduro en la filosofía, hubiese figurado un muy admirable sistema del cielo, se lo enseñó y explicó á Mandrita, filósofo cirinense. Y quedando este muy contento y delicioso con esta nueva invencion, dándole antes gracias, le dijo que deseaba saber con qué recompensa gustaba y queria que se le pagase esta tan útil leccion y enseñanza. Á quien respondió Tales: Bástame, le dijo, ó Mandrita, que lo que has aprendido de mí, cuando lo profirieres en público no lo atribuyas á tí, sino que me celebres á mí como á inventor de ello. Pues lo que este maestro pedia á su discípulo por estipendio de su enseñanza, es lo que principalmente nos pide á nosotros aquella fuente inagotable de todos los bienes, y á quien con sumo derecho le es debida toda la honra y la gloria: esto es, que no nos ensoberbezcamos de modo alguno por sus dones, sino que todos los atribuyamos á aquel de quien manan y provienen, para que á este le demos nosotros la honra y la gloria, y nosotros de él adquiramos bienes y riquezas inmensas. Esto lo procura con tanto cuidado aquella suma equidad y sabiduría, que alguna vez, para que se ilustre mas este conocimiento de esta verdad, en que principalísimamente se contiene su gloria, deniega los clarísimos dones de sus gracias á aquellos á quienes á juicio humano parecia se debian conceder mas, y por el contrario los concede y da á aquellos á quienes, segun el mismo juicio, se reputaban menos dignos y menos idóneos para ellos. Fariseos eran en la realidad, esto es, varones religiosos, y sacerdotes y doctores de la ley aquellos á quienes dijo el Señor [1]: Los publicanos y las rameras os precederán en el reino de Dios. Tambien era pueblo escogido de Dios, á quien el mismo Señor dijo [2]: Muchos vendrán del Oriente y Occidente y se sentarán con Abrahan, Isaac y Jacob en el reino de los cielos: y los hijos del reino, á quienes este principalmente parecia les era debido, serán echados á las tinieblas exteriores. De aquí es, que se ve que muchos pobres que buscan su comida con el trabajo de sus manos, se llegan con mucha devocion al augusto Sacramento del altar, y muchos sacerdotes tratan indignamente estos sagrados misterios; verás tambien una mujer ocupada en el servicio de su marido, hijos y negocios domésticos, y entre innumerables ocupaciones, que por todas partes la rodean, tiene destinadas y gasta con un cuidado y afecto piadoso sus ciertas horas y tiempos en la consideracion de las cosas divinas y en el ejercicio y práctica de la oracion; y por el contrario verás alguna monja que, libre de todos estos impedimentos, y que únicamente se debiera emplear en el obsequio y servicio de Jesucristo su esposo, está vagueando en muy diferentes cuidados. Acaece frecuentemente que en las aldeas, que carecen del trato y comunicacion civil, y que rarísimas veces se predica en ellas un sermon, se suelen encontrar así hom-

[1] Genes. XXVII.

[1] Matth. XXI. — [2] Matth. II.

bres como mujeres excelentes en religion y virtud; sin embargo que apenas alguna vez oyeron la voz de algun predicador, sino acaso de algun descarriado ó fugitivo. Y si á estos les preguntas quién los enseñó é instruyó así, no darán razon de algun otro doctor, que de Dios solo. Y hallarás tambien muchos que veinte ó mas años há que están oyendo en este santo templo la palabra de Dios de unos excelentes predicadores, y sin embargo no hacen progreso alguno en la virtud; y plantados en las corrientes de las palabras divinas como unos sáuces estériles, ó unos tarais incultos y silvestres, no producen fruto alguno de piedad. Pues ¿que harémos nosotros, hermanos, para que no nos desampare así la gracia de Dios? Lo que ciertamente debemos hacer es, que postrados á los piés del Señor confesemos que este negocio de nuestra salud pende principalmente de su gracia; y por lo tanto con todo el conato é intension de nuestro ánimo le digamos [1]: Señor, en tus manos están mis suertes. Así como el barro en las manos del alfarero, así nosotros lo estamos en las tuyas [2]. Tú, á la verdad, eres el solo poderoso, el solo bueno, el solo la vena de la vida, la fuente de la luz, el sol de justicia y el autor de la santidad. Estando tú presente, todas las cosas son alegres y prósperas; y estando tú ausente, caminamos y andamos en las tinieblas y en medio de la muerte.

9. Y ningun motivo de lo dicho impute á Dios su condenacion. Porque Dios así como quiere que todos los hombres se salven y que vengan al conocimiento de la verdad, así tambien á todos da con largueza los auxilios para la salvacion [3]. Esto en el misterio de este dia se declara manifiestamente. Porque la nunca oida crueldad de Herodes en degollar los niños inocentes la permitió el Señor mismo, segun dice san Leon, papa, en un sermon, para que los pueblos gentiles, y de consiguiente los romanos mismos, movidos de este género de crueldad, inquiriendo la causa de esta tan grande y execrable maldad, oigan el misterio del Rey recien nacido; y de esta manera los que eran algo mas expertos y doctos, y cuyo ejemplo debian seguir los mas rudos y menos cordatos, recordasen y trajesen á la memoria los oráculos y vaticinios de las Sibilas, que clarísimamente profetizaron el parto de la Vírgen, una nueva descendencia y progenie del cielo, la restauracion del mundo, y una edad dorada; esto es, un linaje de hombres religiosísimos.

10. Y de este modo tambien quiso el Señor que se ocultara á tiempos la estrella anunciadora de su nacimiento, para que con esta ocasion entrando los Magos en Jerusalen, con esta nueva noticia, con el indicio celestial y relacion del vaticinio del Profeta, estimularan y provocaran á los judíos, para que buscaran al Rey que les estaba prometido, lo cual ciertamente era una cosa muy conforme al buen juicio. Porque, ¿con qué mayor estímulo se podian despertar de su pesado y grave sueño? Mas á los Magos se les concedia alguna cosa mas, á quienes el Señor llamó y convidó á buscar el nuevo Rey con la señal de la estrella resplandeciente, y con el interior y secreto magisterio del Espíritu Santo. Y á los pastores que moraban en los campos de Belen anuncian al Salvador no mudas señales de estrellas, sino es oráculos claros de los Ángeles, los cuales tambien les declaran las señales del nacido, y así los estimulan á que lo busquen. ¿Veis, pues, como aquel que quiere que todos los hombres se salven, á todos abre camino para la salvacion? Mas de diverso modo: lo cual tambien se colige manifiestamente de este lugar, cuando el Señor segun el rectísimo juicio de su voluntad á unos da ayudas y mociones mayores para la fe, á otros menores. Porque así como este sol visible, que es la fuente de la luz y del calor, aunque ilumine todo el mundo y no haya lugar alguno que se esconda de su calor; sin embargo á unos comunica mas luz y calor, á otros menos. Ninguno, pues, acuse la divina Providencia, hermanos, ninguno se queje de que le faltan á él los auxilios para la salud. Nosotros somos la causa de nuestra perdicion. Porque es mucha verdad lo que dice san Bernardo, que la divina gracia se puede quejar mas de los hombres, que los hombres de la gracia divina.

11. De todo esto se colige manifiestamente que la venida de los Magos á Jerusalen la instituyó y dirigió la Providencia divina para excitar la pereza de los judíos. Lo que el mismo Señor pronunció en los oráculos de los Profetas, que algun tiempo habia de suceder, principalmente cuando dijo [1]: Yo os provocaré á emulacion en gente que no es gente. Esto es, que por sus costumbres de fiera es indigna de la apelacion de hombre. Porque, ¿cómo puede llamarse hombre el que venera los leños y las piedras, cuando lo venerado es menor que el que venera? Pues esta gente, que mas merecia el nombre de bestias que el de hombre, provocó los judíos á emulacion, cuando la fe de los gentiles condenó con su ejemplo la perfidia de los judíos. Esto se expresó maravillosamente, segun notó san Ambrosio, en la burra de Balaam, que hablando como hombre

[1] Psalm. XXX. — [2] Jerem. XVIII. — [3] I Tim. II.

[1] Deut. XXXII.

corrigió y reprendió la insipiencia del Profeta. Esto yo lo solia admirar mucho como un género de milagro, principalmente no encontrándose en las santas Escrituras otro prodigio semejante á este. Mas con esta imágen quiso el Señor denotar que sucederia alguna vez que las bestias enseñarian á los hombres. Las bestias eran los gentiles, que vivian como bestias; y los profetas, los judíos que estaban instruidos en los libros y disciplinas de los Profetas. Á tanto extremo se llegó, que las bestias enseñaran á los profetas; cuando los mismos gentiles ilustrados con la luz de la fe, corrigieron la infidelidad de los judíos, y con su ejemplo los volvian y revocaban al camino de la salud. De todo lo cual colegimos claramente, que los malos no tienen motivo alguno para quejarse de Dios, y los buenos lo tienen para dar gracias al Señor por la salud que les ha concedido: y así la condenacion de aquellos se debe atribuir á vicios suyos, y la salud de estos á la gracia divina, que requiere la industria y cooperacion del hombre, pero de modo que es ayudada y prevenida de la misma divina gracia. Pero volvamos á la historia.

Tercera parte.

12. Habiendo, pues, salido los Magos de Jerusalen: *Hé aquí que la estrella que vieron en el Oriente, iba delante de ellos, hasta que llegando se paró sobre donde estaba el Niño.* Y si aquella guia celestial de tal manera se acomodaba á los viajantes, que se estaba y paraba con los que se paraban; con los que iban, iba; con los que dormian, permanecia fija en el aire; y de esta manera de dia y de noche los dirigia, los acompañaba y los iluminaba, y los aseguraba del camino y del Rey que buscaban: ¿qué cosa, pregunto, ni mas maravillosa, ni mas magnífica, ni mas indulgente que esta bondad y providencia del Señor? De aquí, hermanos, se puede entender cuál sea aquel cuidado paternal, que el mismo Señor tiene de aquellos que lo buscan de todo corazon, y que con el Profeta pueden decir con verdad [1]: Busqué tu rostro, Señor, tu rostro, Señor, buscaré. Porque así como á estos Magos, que afectuosamente lo buscaban, los condujo á su cuna por medio de una estrella que los precedia; así tambien no deja de asistir y ayudar con su luz y auxilio á todos aquellos que lo buscan. Y esto mismo nos insinuó el Señor, cuando en todo tiempo se constituyó caudillo de aquel pueblo, que habia sacado de Egipto con una columna de nube por el dia, y de fuego por la noche. Y que esto era figura de aquella

[1] Psalm. XXVI.

singular providencia con que Dios conduce á la tierra de los vivientes á los hombres que ha extraido del espiritual Egipto, lo expresó Isaías con una clarísima oracion, cuando dijo [1]: Y criará el Señor sobre todo lugar del monte Sion, y donde ha sido invocado, una nube por el dia, y el resplandor del fuego que ilumina en la noche; porque sobre toda gloria es la proteccion: en las cuales palabras declara el Profeta manifiestamente, que todo aquello que por favor divino sucedió á los hijos de Israel, cuando caminaban á la tierra prometida, pertenece espiritualmente á aquellos á quienes el Señor piadoso dirige á la heredad celestial mientras van por los caminos difíciles de esta vida. Y en el fuego se denota aquel otro fuego que Jesús Señor nuestro vino á poner sobre la tierra, para que los pechos helados en el amor de Dios se enciendan. Y en la imágen de la columna se expresa la fortaleza, que fortifica y da vigor á nuestra flaqueza con una virtud invencible. Y en la figura de la nube que defiende del calor y ardor del sol nos da á entender el refrigerio de la divina gracia, que de un modo maravilloso templa con el rocío celestial los incendios de nuestra concupiscencia. Y esta columna, ó de nube ó de fuego, que mostraba al pueblo el camino por donde caminara, insinuó la interior luz del Espíritu Santo, con la cual somos dirigidos por las tinieblas de este siglo, y tambien instruidos é iluminados para que no nos extraviemos de aquel camino que lleva al cielo. De todo lo cual aparece que se fortifican perfectísimamente todas las potencias de nuestra alma: respecto de que el entendimiento se llena de luz celestial, la voluntad se inflama y enciende con el fuego de la caridad, la parte irascible se fortifica con la fortaleza de la columna, y la concupiscible reforzada y saciada con el gusto de la suavidad divina, desprecia fácilmente todos los halagos y deleites de la carne. Pues todos estos beneficios nos trae á nosotros la gracia divina, la cual en ambos tiempos nos es guia y conductora en este camino: en ambos, digo, esto es, para que con las cosas prósperas no nos ensoberbezcamos, ó con las adversas, y en la noche de las calamidades vencidos de la impaciencia, no seamos movidos y apartados del grado de la virtud y constancia. ¿Qué cosa, pues, mas sublime ó magnífica que estos dones divinos? Por lo tanto es cosa muy cierta, en la realidad, lo que despues añade el Profeta [2]: Sobre toda gloria es la proteccion; el cual lugar interpreta el abad Ruperto, de manera, que confiesa que esta divina proteccion y la paternal providencia con los piado-

[1] Isai. IV. — [2] Ibid.

sos es mas ilustre que toda gloria y que todos los bienes terrenos. Porque, ¿qué riquezas, qué reinos ó imperios se han de comparar con estos socorros celestiales?

13. Á la verdad, hermanos, que esto deberia ser bastante para rebatir y convencer á aquellos que deliberando de mejorar sus costumbres y vida, arredrados de la grandeza del trabajo prorumpen en voces llenas de flaqueza y desidia: ¿cómo podré, dicen, contener mis acostumbrados deleites? ó macerar la carne con el ayuno? ó estar mucho tiempo en la oracion? ó cortar mis pasiones y apetitos? ó mortificar y poner en una cruz estas ó las otras delicias, á que tanto tiempo há estoy acostumbrado? Confieso á la verdad que esta mutacion de vida es dificultosa, si miras solas tus fuerzas; mas es fácil y gustosa, si atendieres á la gracia de Dios y á la maravillosa virtud y eficacia del espíritu divino. Y así en lo que te engañas, miserable, es en que miras y cuentas con solas tus fuerzas, y no haces cuenta con el auxilio divino. ¿Acaso tú te figuras á Dios tan poco y mal provido, y tan ignorante de la flaqueza humana, que al hombre sin otras fuerzas que las de la naturaleza viciada le mande que se eleve á sí mismo sobre la naturaleza con la pureza y santidad de su vida? ¿Te figuras que Dios te quiera transferir á la tierra de los vivientes á tí que en carne mortal vives en Egipto, esto es, en las tinieblas espesísimas de este siglo y expuesto á todas las leyes de la mortalidad, y sujeto á las pasiones y ligaduras del pecado original, y que para este tan arduo camino no te suministre las cosas y auxilios necesarios? Me parece oportuno el convencer esta ó ignorancia ó debilidad de ánimo decaido y desconfiado, proponiendo algun ejemplo. Considera, te ruego, cuán graves dificultades retardaban antiguamente á los hijos de Israel, para que saliendo de Egipto no emprendieran el camino á la tierra de promision, y con qué providencia tan admirable ocurrió el Señor á todas. Podian pretextar: el mar nos cerca, y nos hará caer en manos de los enemigos. Mas al fin el mar cedió á la virtud divina, y dió camino seguro y seco al pueblo que huia. Pero ¿instarán los enemigos persiguiéndonos á la espalda? Pero se interpuso una columna de nube y resguardaba la espalda de los que iban delante. ¿Qué comerémos en un seco y estéril desierto? porque la tierra ni se puede arar ni sembrar. Pero en lugar de pan terreno, les dió el Señor pan del cielo, y comió el hombre pan de Ángeles. Pero ¿no siempre hemos de vivir así con solo pan y agua? Mas por esto llovió el Señor sobre ellos como polvo las carnes, y como las arenas del mar

las aves del aire [1]. ¿Nos faltará, dicen, caudillo en una tierra sin caminos, y que no hay en ella vestigios algunos de hombres que la hayan andado? Pero el Señor mismo con un modo maravilloso, con una columna de nube por el dia y de fuego por la noche, les mostraba el camino. Finalmente, de tal modo condujo el Señor á su pueblo, que dijo su caudillo Moisés: Llevóte el Señor tu Dios en todo el camino que anduviste como suele llevar un padre á su hijo parvulillo [2]. Á la verdad no le bastó el haber dicho hijo, sin haber añadido parvulillo, porque de estos suelen tener los padres mayor solicitud y cuidado. Pues si tantos socorros concedió el Señor al pueblo que llevaba á la tierra de los cananeos, ¿cuáles auxilios concederá á aquellos que se esfuerza en conducir al reino del cielo, para el cual los redimió con su sangre: principalmente cuando este camino nadie le puede andar de modo alguno sin el singular auxilio de Dios? Además, si Dios hizo estos beneficios á un pueblo, que sin embargo de verse como inundado de tantos favores divinos, fabricó un becerro y le adoró, y á quien atribuyó tan ilustres dones como los que Dios le habia dado: ¿qué, pregunto, hará con aquellos que le veneran y creen piadosamente, y toda su esperanza y todas sus riquezas las pongan en él solo? Pues esta conduccion y este celestial socorro con el que asistidos los fieles dirigen su camino al cielo, lo figuró maravillosamente esta resplandeciente estrella de los Magos: la cual, con su resplandor denota la luz del Espíritu Santo, que á los que andan por este camino los conduce, los acompaña é ilumina, al modo que la estrella condujo los Magos al pesebre del Señor. Y estrella en la realidad no formada de materia de aire ó fuego, sino aquella de la cual dijo el real Profeta [3]: Tu espíritu bueno me conducirá á la tierra recta. Á la verdad, que esta sola estrella hace con nosotros todos los oficios necesarios para este celestial camino. Ahuyéntense, pues, hermanos, de todos nosotros toda duda, toda pusilanimidad y desconfianza; porque todo esto lo vence con facilidad la virtud y presencia de este espíritu divino.

14. *Y hé aquí*, dice, *que la estrella que vieron en el Oriente los antecedia, hasta que*, etc. Apenas puedo apartar la vista de esta estrella: de estas palabras consta y aparece, que la estrella apareció primero en el Oriente, que despues se ocultó algun tiempo; y finalmente que habiendo salido de Jerusalen, otra vez les sirvió de guia y compañera del camino. En este lugar se puede preguntar, ¿por qué la estrella los dejó tanto tiempo disponiéndolo así el Señor?

[1] Psalm. LXXVII. — [2] Deut. I. — [3] Psalm. CXLII.

¿Acaso ellos cometieron alguna culpa, por la cual perdieran aquella guia celestial? De ningun modo. Pues ¿por qué los desamparó? Fue para que con su segundo aparecimiento se llenaran de mayor alegría. Porque se sigue: *y viendo la estrella se alegraron con un gozo grande.* Y así el desamparo de la estrella no era para molestia de los Magos ni incomodidad, sino que antes les servia para su utilidad: porque confirmaba el antiguo milagro, y con el nuevo que añadia, los colmaba de un nuevo y máximo gozo. En este ejemplo se nos enseña, que si alguna vez sin culpa nuestra nos desamparare la estrella celestial, esto es, si por algun tiempo nos faltare la luz de la interior consolacion, creamos que esto no sucede para daño y perjuicio nuestro, sino para nuestra utilidad y salud. Porque conoce el Señor que con esta vicisitud de sus dones, yéndose y volviéndose se obra nuestra salud. Se nos enseña tambien, que así como los Magos destituidos del beneficio de esta luz, ni dejaron el camino comenzado, ni nada menos hicieron que si miraran presente la estrella; así tambien nosotros si nos falta la luz de la interior consolacion, no por eso omitamos nada de aquello que antes acostumbrábamos hacer con devocion; sino que retengamos y mantengamos el mismo ánimo, el mismo afecto y cuidado y la misma perseverancia en la carrera comenzada de la virtud, y en aquellas acostumbradas obras de piedad. Hay á la verdad quienes faltándoles los espirituales consuelos, inmediatamente se convierten á los carnales: lo cual es indicio claro de un ánimo infiel é inconstante. Mas nosotros en este tiempo debemos velar con mas atencion á nuestra custodia, para que por la divina gracia nos dé el cuidado y la diligencia lo que aquella luz de celestial alegría habia de dar, y con paciencia y humildad esperemos su vuelta segun lo hicieron estos Magos; los que aunque algun tiempo desamparó la estrella, sin embargo volviéndolos despues á visitar, colmó de una indecible alegría y placer, y finalmente los condujo con felicidad á la cuna del recien nacido Rey.

15. *Entrando, pues, en la casa, encontraron el Niño con María su madre, y postrándose lo adoraron.* Admirable es á la verdad, y digna de que se predique con sumas alabanzas la fe de estos santos varones, que hizo, que sin que viesen con los ojos carnales cosa alguna espléndida ó magnífica en aquel meson, sin embargo con los ojos de la fe vieron á quien postrados adorasen. Esta fe con razon la amplifica el Padre san Crisóstomo por estas palabras: ¿Por ventura encontraron algun palacio resplandeciente con los mármoles? ¿acaso alguna cámara real llena de vivas de los muchos y diversos pueblos? ¿acaso los piquetes de soldados armados y en centinelas? ¿acaso caballos insignes por sus jaeces reales? ¿acaso carrozas resplandecientes con el oro y la púrpura? ¿acaso á su Madre coronada con diadema, ó en alguna cama de márfil? ¿acaso al Niño envuelto entre holandas y púrpura? Nada de esto: sino antes bien un angosto y humilde lecho, un vil y súcio pesebre, mas aparato para animales que para hombres: á un Niño envuelto en pobres pañales, y una Madre que apenas tenia una túnica, y esta no para adorno del cuerpo, sino para cobertor de la desnudez: y sin embargo postrándose en tierra adoran á este Párvulo. Hasta aquí san Crisóstomo. Verdaderamente es grande, y verdaderamente digna de que se predique esta fe, con que ilustrados (como dice san Leon papa) adoran en la carne al Verbo, en la infancia la sabiduría, en la flaqueza la virtud, y en la verdad de hombre al Señor de la majestad; y para manifestar los misterios de su fe é inteligencia, protestan con sus dones lo que creen con sus corazones: ofreciendo incienso al Pontífice, mirra al Hombre, y oro á Dios. Hasta aquí san Leon.

16. Y para que nosotros en este dia no nos presentemos vacíos ante el pesebre del Señor, trabajemos, hermanos, por ofrecerle espiritualmente estos tres dones. Porque con esta oblacion podrémos de algun modo satisfacer por los beneficios que hemos recibido de Dios. La oblacion mas excelente, que por el derecho de creacion y redencion es debida á Dios, es el mismo hombre. Porque todo se debe á Dios, que le crió y redimió. Y siendo tres las cosas que principalmente hay en el hombre, á saber, el cuerpo, el alma, y el espíritu, cuidemos de ofrecer al Señor estas tres cosas puras é inmaculadas [1]; para que, como dice el Apóstol, se halle en el dia del Señor entero el espíritu, y el alma, y nuestro cuerpo. Y el cuerpo le ofrecemos, si lo ejercitamos en los ayunos y moderados trabajos, teniendo presente aquello de Salomon [2]: Quien desde la niñez cria con delicadeza su siervo, lo encontrará despues rebelde y contumaz. Y el alma, que es donde tienen su asiento los afectos y pasiones nuestras, la ofrecemos á Dios, cuando cortamos con el cuchillo del temor divino y echamos de nosotros, cuanto es posible á un hombre, todos sus apetitos y desordenados movimientos. Esto en la realidad es negarse á sí mismo, y llevar su cruz. Y el espíritu lo ofrecemos, cuando elevamos nuestra mente, esto es, el entendi-

[1] I Thes. v. — [2] Prov. xxix.

miento y la voluntad, á la contemplacion y amor de las cosas celestiales: para la cual se han instituido estas dos primeras. Y de esta manera refundimos en su autor lo que hemos recibido de Dios: así sucederá, que los que ahora conservemos por el beneficio de la divina gracia enteras y sin mancha de culpa estas tres partes del hombre, merezcamos recibir el premio de esta integridad y piedad en la celestial gloria. Amen.

ESQUELETO DEL SERMON III

SOBRE LA EPIFANÍA.

Vidimus stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum. (Matth. II, 2).

Vimos su estrella en el Oriente, y hemos venido á adorarle.

1. La verdad, figurada en la estrella de los Magos, es la única cosa digna de los cuidados y atenciones del hombre sobre la tierra.

2. Para unos es una luz benéfica; para otros lo es importuna, y para muchos es una nube espesa... Así se verificó respectivamente en los Magos, en los sacerdotes y en Herodes...

3. En los Magos forma adoradores; en los sacerdotes disimuladores; en Herodes un perseguidor... Verdad recibida; verdad disimulada; verdad perseguida...

Primera parte: Verdad recibida.

4. ¿Qué es la verdad?

5. Muchos la ignoran ó la conocen inútilmente.

6. Tres escollos que los Magos nos enseñan á evitar...

7. Fiados en la fe, no se entretienen en disputas ni vanas filosofías, pues saben que no deben mezclarse con la luz celestial las vanas reflexiones del espíritu humano.

8. Sin embargo de esto ¡cuántos miran á la Religion, no como un negocio sério, sino como materia de pura conversacion y de discursos!...

9. La verdad no es fruto de contiendas y disputas, y sí solo de lágrimas y suspiros. Solo un corazon puro es digno de la luz del cielo... Máximas de san Agustín sobre el particular.

10. Agustino seguia proponiendo dudas para dar largas á sus pasiones, y, dominado de ellas, la fe se le hacia sospechosa... En los Magos esta no halla pasiones que combatir...

11. Esto no es decir que no se puede consultar para discernir la ilusion de la verdad. Tambien consultaron los Magos para mas asegurarse de la verdad... La buscaron sinceramente, y la hallaron.

12. Esta disposicion falta á muchos fieles...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

miento y la voluntad, á la contemplacion y amor de las cosas celestiales: para la cual se han instituido estas dos primeras. Y de esta manera refundimos en su autor lo que hemos recibido de Dios: así sucederá, que los que ahora conservemos por el beneficio de la divina gracia enteras y sin mancha de culpa estas tres partes del hombre, merezcamos recibir el premio de esta integridad y piedad en la celestial gloria. Amen.

ESQUELETO DEL SERMON III

SOBRE LA EPIFANÍA.

Vidimus stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum. (Matth. II, 2).

Vimos su estrella en el Oriente, y hemos venido á adorarle.

1. La verdad, figurada en la estrella de los Magos, es la única cosa digna de los cuidados y atenciones del hombre sobre la tierra.

2. Para unos es una luz benéfica; para otros lo es importuna, y para muchos es una nube espesa... Así se verificó respectivamente en los Magos, en los sacerdotes y en Herodes...

3. En los Magos forma adoradores; en los sacerdotes disimuladores; en Herodes un perseguidor... Verdad recibida; verdad disimulada; verdad perseguida...

Primera parte: Verdad recibida.

4. ¿Qué es la verdad?

5. Muchos la ignoran ó la conocen inútilmente.

6. Tres escollos que los Magos nos enseñan á evitar...

7. Fiados en la fe, no se entretienen en disputas ni vanas filosofías, pues saben que no deben mezclarse con la luz celestial las vanas reflexiones del espíritu humano.

8. Sin embargo de esto ¡cuántos miran á la Religion, no como un negocio sério, sino como materia de pura conversacion y de discursos!...

9. La verdad no es fruto de contiendas y disputas, y sí solo de lágrimas y suspiros. Solo un corazon puro es digno de la luz del cielo... Máximas de san Agustín sobre el particular.

10. Agustino seguia proponiendo dudas para dar largas á sus pasiones, y, dominado de ellas, la fe se le hacia sospechosa... En los Magos esta no halla pasiones que combatir...

11. Esto no es decir que no se puede consultar para discernir la ilusion de la verdad. Tambien consultaron los Magos para mas asegurarse de la verdad... La buscaron sinceramente, y la hallaron.

12. Esta disposicion falta á muchos fieles...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

13. La mayor parte de los hombres tiene un apego secreto y privilegiado respecto del cual no proceden con sinceridad... De ahí que las flaquezas de los justos dén motivos de irrision á los mundanos, quienes la hacen recaer sobre la virtud...

14. No podemos sufrir que otro intente hacer que nos conozcamos... Semejantes á Saul, queremos que Samuel apruebe en público lo que nosotros mismos condenamos en secreto... Pocos imitan á los Magos.

15. Estos no hacen caso de las dificultades que se les oponen... Abandonan patria, hijos...

16. El mayor obstáculo que la gracia y la verdad hallan en nuestros corazones es la opinion pública... Rey de Asiria... Aaron... No obraron así los Magos.

17. La verdad al principio nos parece agradable, pero despues...

18. ¿Dónde están las almas que, como los Magos, no quieren ver mas que la verdad despues de conocida?... ¡oh Dios mio! el mundo...

19. Hemos visto la verdad recibida... Veamos la disimulada...

Segunda parte: Verdad disimulada.

20. La verdad no es nuestra. Somos deudores de ella á todos los hombres. Disimulándosela les hacemos injusticia...

21. El mundo está lleno de disimuladores de la verdad... En los sacerdotes de nuestro Evangelio encontramos tres géneros de disimulo: de silencio, de condescendencia, de ficcion y mentira.

22. *Disimulo de silencio.* Consultados los sacerdotes por Herodes, no le dicen la verdad.

23. Lisonjean con un infame silencio á un rey que los consulta...

24. Pocas personas hay que, como ellos, no sean culpables de este disimulo para con sus propios hermanos...

25. Callar la verdad cuando es impugnada, es hacerse su perseguidor. Los que la conocen y callan, son ingratos para con Dios y faltan al amor que deben al prójimo.

26. No cumplen con los fines de Dios... Se les pedirá estrecha cuenta de ello...

27. Es verdad que hay tiempo de hablar y tiempo de callar; pero si el mundo tiene sus apasionados defensores, ¿por qué no los ha de tener la verdad?

28. *Disimulo de condescendencia.* Los Magos no saben cubrir la verdad con respetos y disfraces indignos de ella... Preguntan sin rodeos: ¿Dónde está, etc.?...

29. Los Magos, por el contrario, procuran unir el respeto que deben á la verdad con la condescendencia que quieren conservar con Herodes...

30. ¡Deplorable suerte de los grandes! Los mas amarian la verdad, si los que deben se la hiciesen conocer...

31. La conducta de aquellos sacerdotes es indigna, pero tiene muchos imitadores...

32. Lisonjeamos las pasiones... justificamos el vicio... minoramos el delito con detrimento de la verdad.

33. En presencia de un cortesano... de un pródigo... de un avaro... de un grande... nuestros discursos no son mas que una repeticion de sus preocupaciones... ¡Oh hijos de los hombres!...

34. Haciendo rara la verdad entre los hombres, la hacemos odiosa ó ridícula... Ya que el mundo tiene sus *Balaames*, tenga la piedad sus Finees... Ya que aquel tiene sus encantadores, sus sacerdotes y doctores, tenga esta sus Moisés y Aarones, sus Magos...

35. No se condenan por esto las condescendencias de una sábia prudencia. La regla mas segura del celo de la verdad, es la caridad y la prudencia.

36. *Disimulo de ficcion y mentira.* Los sacerdotes no se contentan con alegar las profecías en términos oscuros y disfrazados... Dan á entender á Herodes que los Magos son unos hombres crédulos y supersticiosos...

37. Tambien nosotros hacemos traicion á nuestra conciencia, á nuestra obligacion y á nuestras luces. Solo huimos la publicidad y la vergüenza...

38. La soberbia, la ignorancia, la porfía dan al error defensores tan intrépidos como aquellos de que se gloria la fe. La verdad que nos manifiesta la Iglesia, es la sola digna de nuestro celo y valor.

39. *Deprecacion:* ¡Oh Dios mio!...

Tercera parte: Verdad perseguida.

40. El combatir y perseguir la verdad es la mas segura señal de reprobacion... Herodes la persiguió, y tiene mas secuaces de lo que parece.

41. Herodes la persiguió con *persecucion de escándalo, de seduccion, de fuerza y de violencia*... Puede que no haya ninguno que no sea culpable de alguno de estos géneros de persecucion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

42. ¿Quién puede preciarse de no perseguir á la verdad con sus escándalos?... La regularidad mundana es una continua persecucion de la verdad, tanto mas peligrosa cuanto mas autorizada...

43. Muchas almas piadosas autorizan con sus malos ejemplos los placeres y vanidades del mundo... El mundo advierte que la virtud de aquellas se parece á sus vicios, y permanece tranquilo en su estado.

44. Exhortacion de san Pedro...

45. Á la persecucion de *escándalo* añade Herodes la de *seduccion*...

46. Quien de una manera, quien de otra, tambien en esto imitamos todos los dias á Herodes...

47. No adelantando Herodes nada con sus artificios, se declara *perseguidor* de Jesucristo.

48. El mundo está lleno de esta especie de perseguidores de la verdad...

49. Estos discursos... aquellas irrisiones... aquellas sátiras, etc., todo esto lo llaman los santos Padres persecucion abierta de la verdad.

50. Palabras de los Tertulianos y Ciprianos á los paganos perseguidores de los fieles...

51. *Deprecacion:* ¡Gran Dios!...

52. ¡Ah, católicos! ¿es posible que vosotros?... Justa reconvencion que os haria un infiel vista vuestra conducta.

53. *Exhortacion:* Respetemos, pues, la virtud...

SERMON III

SOBRE LA EPIFANÍA.

Vidimus stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum. (Matth. II, 2).

Vimos su estrella en el Oriente, y hemos venido á adorarle.

1. La verdad, aquella luz del cielo, figurada en la estrella que se manifiesta hoy á los Magos, es la única cosa que hay en la tierra digna de los cuidados y atenciones del hombre. Es la luz de nuestro espíritu, la regla de nuestro corazon, la raíz de los verdaderos placeres, el fundamento de nuestras esperanzas, el consuelo de nuestros temores, la suavidad de nuestros males y el remedio de todas nuestras penas. Ella sola es la seguridad de la buena conciencia y el terror de la mala; la pena secreta del vicio y la recompensa interior de la virtud; ella sola inmortaliza á los que la han amado; ilustra las cadenas de los que padecen por ella; adquiere los honores públicos á las cenizas de los Mártires y de sus defensores, y hace respetable el desprecio y pobreza de los que todo lo dejaron por seguirla. Finalmente, ella sola inspira pensamientos magníficos, forma hombres heróicos, almas de quienes no es digno el mundo, y sábios merecedores de este nombre; todos nuestros cuidados debieran, pues, limitarse á conocerla, nuestros talentos á manifestarla, nuestro celo á defenderla. No debiéramos buscar en los hombres mas que la verdad, no querer agradarnos sino por la verdad, no estimar en ellos mas que la verdad, y no permitir que ellos quisiesen agradarnos sino por la verdad. En una palabra, parece que debiera bastar el que se nos manifestase, como hoy á los Magos, para amarla y enseñarnos á conocernos.

2. No obstante son dignas de admiracion las diferentes impresiones que hace la verdad en los hombres cuando se les manifiesta: para unos es una luz que los alumbra, que los liberta, y que manifestándoles su obligacion se la hace amable; para otros es una luz importuna y oscura, que los entristece y molesta. Finalmente,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

para muchos es una nube espesa, que los irrita, que arma su furor y acaba de cegarlos. Es la misma estrella que se manifiesta hoy en el firmamento. Los Magos la ven; los sacerdotes de Jerusalen saben que está anunciada en los Profetas; Herodes no puede dudar de que haya aparecido, pues unos sábios vienen desde las extremidades del Oriente, buscando, con el favor de su luz, al nuevo Rey de los judíos; con todo eso aquellos ofrecen unas disposiciones poco parecidas á la misma verdad que se les manifiesta.

3. En los Magos halla un corazon dócil y sincero; en los sacerdotes un corazon doble, tímido, flaco, disimulado; en Herodes un corazon obstinado y corrompido: por eso en los Magos forma adoradores; en los sacerdotes disimuladores; en Herodes un perseguidor. Esta, pues, católicos, es tambien entre nosotros la suerte de la verdad; es una luz celestial que se manifiesta á todos, dice san Agustin: *Omnibus præsto est.* Pero pocos la reciben, muchos la ocultan y disfrazan, y aun muchos mas la desprecian y persiguen. Se manifiesta á todos, pero ¿cuántas son las almas obstinadas que la desprecian? ¿Cuántos los corazones flacos y tímidos que la disimulan? ¿Cuántos los corazones obstinados que la oprímen y persiguen? Recojamos estos tres caractéres señalados en nuestro Evangelio, que nos intruirán en todas nuestras obligaciones para con la verdad: la verdad recibida, la verdad disimulada, la verdad perseguida. Espíritu Santo, Espíritu de verdad, aniquilad en nosotros el espíritu del mundo, este espíritu de error, de disimulo, de horror á la verdad; y en este lugar santo, destinado á formar ministros que vayan á anunciarla hasta las extremidades de la tierra, hacednos dignos de amar la verdad, de manifestarla á los que la ignoran, y de sufrirlo todo por ella: *Ave María.*

Primera parte: Verdad recibida.

4. Verdad llamo á aquella regla eterna, á aquella luz interior, continuamente presente dentro de nosotros, que nos manifiesta en cada accion lo que se debe abrazar ó huir, que aclara nuestras dudas y juzga nuestros juicios; que nos aprueba ó condena interiormente, segun que nuestras costumbres se conforman ó contradicen á su luz; y que estando mas viva y mas resplandeciente en algunos instantes, nos descubre con mas evidencia el camino que debemos seguir y que nos está señalado por esta luz milagrosa que hoy guia á los Magos á Jesucristo.

5. Esto supuesto, digo, que el primer uso que debemos hacer

de la verdad, es para nosotros mismos: la Iglesia nos propone en este dia en la conducta de los Magos el modelo de las disposiciones que solas pueden hacernos útil y saludable el conocimiento de la verdad: pocas almas hay, por mas sumergidas que estén en los sentidos y en las pasiones, cuyos ojos no se abran algunas veces para conocer la vanidad de los bienes que anhelan, la grandeza de las esperanzas que sacrifican y la indignidad de la vida que hacen. Pero ¡oh! no se abren sus ojos á la luz, sino para volverse á cerrar inmediatamente; y todo el fruto que sacan de la verdad que se les manifiesta y los ilustra, consiste en añadir á la desgracia de haberla ignorado hasta entonces el delito de haberla despues inútilmente conocido.

6. Unos se contentan con hablar de la luz que los hiere, y hacen de la verdad motivo de disputa y de vana filosofía; otros, sin acabar de resolverse, desean al parecer el conocerla, pero no la buscan como se debe, porque en la realidad se enfadarian de haberla hallado. Finalmente, algunos mas dóciles se dejan vencer de su evidencia, pero espantados con las dificultades y violencias que les presenta, no la reciben con aquella alegría y agradecimiento que inspira cuando una vez se ha conocido: y estos son los tres escollos que hoy nos enseñan á evitar las disposiciones de los sábios del Oriente para con la luz del cielo, que viene á manifestarles nuevos caminos.

7. Aunque acostumbrados por la pública profesion que hacian de la ciencia y de la filosofía á sujetar todas las cosas al juicio de una vana razon y á no dejarse llevar de las preocupaciones populares, con todo eso, fiados en la fe de la luz celestial, no se detienen, antes de ponerse en camino, á examinar si la aparicion de este nuevo astro podia provenir de causas naturales; no llaman hombres sábios de todas partes para disputar acerca de un suceso tan inaudito; no gastan el tiempo en vanas dificultades, que por lo comun nacen mas de la oposicion que se tiene á la verdad, que de un sincero deseo de ilustrarse y conocerla. Instruidos por la tradicion de sus padres de lo que antiguamente habian dicho en Oriente los israelitas cautivos, y de lo que Daniel y otros muchos Profetas habian anunciado acerca de la estrella de Jacob, que se habia de manifestar algun dia, conocen desde luego que no deben mezclarse con la luz celestial las vanas reflexiones del espíritu humano; que la claridad que les manifiesta el cielo basta para determinarlos y conducirlos; que la gracia deja siempre algunas oscuridades en los

caminos por donde nos llama, por no quitar á la fe el mérito de su sumision; y que cuando hay la felicidad de percibir un solo vislumbre de verdad, debe la rectitud del corazon suplir lo que falta á la evidencia de la luz: *Vidimus, et venimus.*

8. No obstante, ¡cuántas almas hay en el mundo fluctuantes en la fe, ó por mejor decir, arrastradas de sus pasiones, que tienen por dudosa la verdad que las condena; cuántas almas que fluctuando de este modo ven claramente que la Religion de nuestros padres tiene en el fondo unos caractéres de verdad que no se atreviera á disputárselos la razon mas soberbia y mas osada; que la incredulidad adelanta mucho; que despues de estas dudas siempre es preciso creer algo; que el no creer nada es un partido aun mas incomprensible para la razon que los mismos misterios que la asustan: sienten el gusano de la conciencia, que continuamente les reprende su descamino y locura y procuran adormecerle con continuas disputas; que con el pretexto de ilustrarse, resisten á la verdad que se les manifiesta en lo íntimo de su corazon; que solo consultan para poderse decir á sí mismos que no han podido satisfacer á sus dudas; que no consultan á los mas hábiles, sino por tener un nuevo motivo de incredulidad, por haberles consultado en vano! Parece que la Religion no es mas que para discursos; no se mira como un negocio sério, en que no debemos perder un instante; es una simple materia de conversacion, como antiguamente en el Areopago; es un descanso del ocio y una de las cuestiones inútiles que llenan el vacío de las conversaciones y mantienen el enfado y vanidad de los comercios.

9. Pero, católicos, *el reino de Dios no viene con observacion*[1]. La verdad no es fruto de las contiendas y disputas, sino de las lágrimas y suspiros; solamente purificando nuestro corazon en el silencio y en la oracion, debemos esperar, como los Magos, la luz del cielo, para hacernos dignos de discernirla y conocerla. Un corazon corrompido, dice san Agustin, puede ver la verdad, pero no podrá gustarla, ni tenerla por amable. Por mas que os ilustreis é instruyais, vuestras dudas están en vuestras pasiones. La Religion será clara luego que vosotros seais castos, templados y equitativos; y tendréis fe luego que dejeis de tener vicios. No tengais interés en que sea falsa la Religion, y la hallaréis incontrastable; no aborrezcais sus máximas, y no disputaréis sus misterios. *Inhærere veritati sordidus animus non potest.*

[1] Luc. XVII, 20.

10. El mismo Agustino, convencido ya de la verdad del Evangelio, hallaba, aun en el amor á los deleites, dudas y ansiedades que le detenian. No eran ya los sueños de los Maniqueos los que le apartaban de la fe; conocia su necedad y fanatismo; ni tampoco eran las falsas contradicciones de nuestros Libros santos; Ambrosio le habia descubierto el secreto y los adorables misterios; con todo eso aun dudaba. El solo pensamiento de que era preciso renunciar sus vergonzosas pasiones, haciéndose discípulo de la fe, se la hacia aun sospechosa. Hubiera querido, ó que la doctrina de Jesucristo fuera una impostura, ó que no condenara los deleites, sin los que no podia alcanzar cómo se podia vivir una vida feliz y tranquila. De este modo, fluctuando siempre sin querer fijarse, consultando sin cesar, y temiendo ser ilustrado; siempre discípulo y admirador de Ambrosio, y siempre agitado con las inquietudes de un corazon que huia de la verdad, arrastraba su cadena, como dice él mismo, temiendo la libertad; seguia proponiendo dudas para dar largas á sus pasiones; queria ser mas ilustrado, porque temia el serlo demasiado. *Trahebam catenam meam, solvi timens*[1], y mas esclavo de sus pasiones que de sus errores, solo repugnaba la verdad que se le manifestaba, porque la miraba como una mano victoriosa que venia á romper por último los lazos que aun amaba: *Repellens verba bene suadentis, tamquam manum solventis.* Hoy, pues, la luz del cielo no halla dudas que disipar en el espíritu de los Magos, porque no halla en su corazon pasiones que combatir, y merecen ser las primicias de los gentiles, y los primeros discípulos de la fe que habia de sujetar todas las naciones al Evangelio. *Vidimus, et venimus.*

11. No quiero decir que no hay muchas veces necesidad de añadir á la luz que nos alumbra los votos de los que están destinados á discernir si es bueno el espíritu que nos mueve; es la ilusion tan parecida á la verdad, que muchas veces es difícil no engañarse; por eso los Magos para mas asegurarse de la verdad del prodigio que los guia, vienen derechos á Jerusalen: consultan á los sacerdotes y doctores, que son los que pueden descubrirles la verdad que buscan: preguntan unánimemente y sin rodeos, en medio de esta gran ciudad: ¿Dónde está el Rey de los judíos recien nacido? *Ubi est, qui natus est Rex judæorum?* No proponen su pregunta con mitigaciones proporcionadas á que les dén una respuesta engañosa; quieren ser ilustrados; no quieren que los adulen; buscan la verdad sinceramente, y por eso la hallan. *Ubi est*, etc.

[1] S. Aug. in Conf.

12. Esta es una nueva disposicion bastante rara entre los fieles. ¡Ah! nosotros no hallamos la verdad, porque no la buscamos con corazon recto y sincero; esparcimos sobre todos los pasos que damos para buscarla unas nubes que la ocultan á nuestra vista; consultamos, pero damos un colorido tan favorable á nuestras pasiones, las exponemos con unos colores tan parecidos á la verdad, que hacemos que nos respondan que es ella; no queremos ser instruidos; queremos ser engañados y añadir á la pasion que nos cautiva una autoridad que nos sosiegue.

13. Esta es la ilusion de la mayor parte de los hombres, y muchas veces, aun de aquellos que tocados de Dios se han retirado de los desórdenes de una vida mundana. Sí, católicos, por mas sincera que por otra parte parezca nuestra conversion, si entramos dentro de nosotros mismos, verémos que siempre hay en nosotros algun punto, algun apego secreto y privilegiado, en que no procedemos con sinceridad; el que nunca manifestamos con claridad á nuestro director; acerca del cual nunca buscamos la verdad sinceramente; en una palabra, respecto del que sentiríamos el haberla hallado. De aquí proviene que las flaquezas de los justos dan todos los dias tantos motivos de irrision á los mundanos; de aquí proviene que hagamos que continuamente caigan sobre la virtud tantas reprensiones y censuras, que solo debieran caer sobre nosotros. No obstante, si se nos oye, nosotros amamos la verdad, queremos que nos la dén á conocer; pero la prueba de que esto no es mas que un vano discurso, es que en todo lo que mira á esta pasion favorita, que hemos como salvado entre las ruinas de las otras, cuantos nos tratan guardan un profundo silencio. Nuestros amigos callan: nuestros superiores se ven precisados á disimular: nuestros inferiores están alerta, valiéndose de continuas precauciones; no nos hablan de ella sino con una blandura que pone un velo á nuestras llagas; nosotros somos los únicos que ignoramos nuestra miseria; todos la ven, y nadie se atreve á manifestárnosla; todos conocen que no buscamos la verdad de buena fe, y que la mano que nos descubriese nuestra herida, en vez de curarnos, no conseguiria mas que hacer una nueva llaga.

14. David no conoció ni respetó la santidad de Natan, hasta despues que este Profeta le habló sinceramente acerca del escándalo de su conducta. Desde este dia hasta el fin le miró como á su libertador y padre; y con nosotros pierde todo el mérito el que intenta hacer que nos conozcamos; antes era prudente, sábio, caritativo, tenia todos los talentos propios para granjearse la estimacion y la confianza. Oíamos con gusto á los Bautistas, como en otro tiempo un rey incestuoso; pero despues que nos hablan con claridad, despues que nos han dicho, *no es lícito* [1], han perdido en nuestro concepto todas estas grandes prendas. Tenemos su celo por mal humor; su caridad por ostentacion ó por gana de censurarlo y contradecirlo todo; su piedad por imprudencia ó ilusion con que ocultan su soberbia; su verdad por un fantasma que toma su figura; por eso convencidos muchas veces en secreto de la injusticia de nuestras pasiones, quisiéramos que los demás las aprobasen; y obligados con el testimonio interior de la verdad, á echárnoslas en cara á nosotros mismos, no podemos sufrir que nos las manifiesten: sentimos el que los demás se unan á nosotros contra nosotros mismos: semejantes á Saul, queremos que Samuel apruebe en público lo que nosotros condenamos en secreto; y por una corrupcion de corazon, peor ácaso que nuestras mismas pasiones, no pudiendo apagar la verdad en el fondo de nuestro corazon, quisiéramos extinguirla en el de todos los que se nos acercan. Luego con razon decia yo, que todos nos preciamos de amar la verdad, pero que son pocos los que la buscan con un corazon recto y sincero como los Magos.

15. El poco caso que tambien hacen de las dificultades que parecian apartarlos de lo que buscaban, es una nueva prueba de que lo buscan con sinceridad y buena fe. Porque, católicos, ¿qué singular no debiera parecer á su espíritu el extraordinario camino que les propone la gracia? Solos en medio de su nacion, entre tantos sábios, sin respeto á sus parientes y amigos, á pesar de los discursos é irrisiones públicas, cuando todos los demás, ó desprecian esta estrella milagrosa, ó miran la observacion é intentos de estos tres sábios como un designio insensato, ó una flaqueza popular contra el comun dictámen; ellos solos siguen la nueva guia que les manifiesta el cielo: ellos solos abandonan su patria y sus hijos, y tienen en nada una singularidad, cuya necesidad y sabiduría les descubre la luz celestial. *Vidimus, et venimus.*

16. Última instruccion. El que la verdad se nos manifieste cási siempre inútilmente, consiste, católicos, en que no juzgamos de ella por las luces que deja en nuestra alma, sino por la impresion que hace en los demás hombres entre quienes vivimos: no consultamos á la verdad en nuestro corazon, sino solamente en la idea

[1] Matth. XIV, 4.

que forman los demás. Por eso la luz del cielo mil veces nos turba, y nos ilustra inútilmente acerca de los caminos que debemos seguir: la primera reflexion que hacemos despues acerca del ejemplo de los demás hombres que viven como nosotros, nos asegura y esparce una nueva nube sobre nuestro corazon. En aquellos felices instantes, en que solamente consultamos la verdad en nuestra propia conciencia, nos condenamos á nosotros mismos, temblamos de lo por venir, y nos proponemos una nueva vida: entrando en el instante siguiente en el mundo, y no consultando mas que el ejemplo comun, nos justificamos, nos restituimos á la falsa paz que habíamos perdido, desconfiamos de la verdad, á quien contradice el comun ejemplo, la retenemos en la injusticia, la sacrificamos al error y á la opinion pública, se nos hace sospechosa, porque nos escoge á nosotros solos para favorecernos con sus luces, y la misma singularidad de su beneficio nos hace ingratos y rebeldes. No alcanzamos que el trabajar por la salvacion es distinguirse del resto de los hombres, es vivir solo en medio de la multitud, es estar solo de su parte en medio de un mundo, que ó nos condena, ó nos desprecia; en una palabra, es no tener en nada los malos ejemplos, y moverse solamente por las obligaciones. No alcanzamos que el perderse consiste en vivir como los otros, en conformarse con la multitud, en no distinguirse en nada de los del mundo, en formar un mismo cuerpo y un mismo mundo con él. No conocemos que el mundo está ya juzgado, que este cuerpo del Anticristo perecerá con su cabeza y sus miembros, que esta ciudad criminal será herida de maldicion y condenada á un anatema eterno. Sí, católicos, el mayor obstáculo que hallan la gracia y la verdad en nuestros corazones es la opinion pública. ¿Cuántas almas tímidas no se atreven á convertirse de veras, por no desamparar al mundo á quien sirven de espectáculo? Por eso aquel rey de Asiria no se atrevia á declararse por el Dios de Daniel, porque los grandes de su corte hubieran condenado su conducta. ¿Cuántas almas fieles hay que disgustadas de los placeres, solo los siguen movidas de un falso honor, y por no distinguirse de aquellas que las incitan con su ejemplo? Por eso Aaron, en medio de los israelitas, danzaba al rededor del becerro de oro, y ofrecia con ellos inciensos al ídolo que detestaba, porque no se hallaba con fuerzas para resistir solo al error público. ¡Oh, y qué insensatos somos! Solo el ejemplo público es el que nos asegura contra la verdad, como si los hombres fueran nuestra verdad, ó como si debiéramos buscar la regla y la

luz, que debe conducirnos, en la tierra y no en el cielo, como los Magos. Es verdad que muchas veces no es el respeto humano quien apaga la verdad en nuestro corazon, sino las violencias y trabajos que ella nos presenta. Por eso nos entristece como á aquel jóven del Evangelio, y no la recibimos con aquella alegría que manifestaron los Magos cuando volvieron á ver la estrella milagrosa: *Videntes stellam gavisi sunt gaudio magno valde.* Vieron la magnificencia de Jerusalen, la pompa de sus edificios, la majestad de su templo, el resplandor y grandeza de la corte de Herodes; pero no dice el Evangelio que los moviese este vano espectáculo de las pompas humanas. Miraban todos estos grandes objetos del deseo, sin atencion, sin deleite, sin gusto, sin señal alguna de admiracion ni pasmo: no piden que se les enseñen los tesoros y riquezas del templo, como antes habian hecho con Ezequías los enviados de Babilonia; y atentos únicamente á la luz del cielo, que antes se les habia manifestado, no tienen ojos para ver nada de cuanto pasa en el mundo; movidos solamente de la verdad que los ha ilustrado, todo lo demás les es indiferente ó molesto; y desengañado del todo su corazon, nada hallan que los alegre, que los interese y consuele, sino la verdad. *Vidimus stellam*, etc.

17. Por lo que á nosotros toca, católicos, acaso los primeros rayos de verdad, que la bondad de Dios derramó sobre nuestros corazones, movieron en nosotros un gusto sensible, el proyecto de una nueva vida que nos formábamos al principio: la novedad de las luces que nos ilustraban, y las que con especialidad no conocíamos; el cansancio y el disgusto de las pasiones, en las que no conocia nuestro corazon mas que las amarguras y penas; la novedad de las ocupaciones que nos proponíamos en esta mudanza, todo esto nos ofrecia imágenes agradables; la novedad por sí sola agrada. Pero esta alegría no duró mas que un instante, como dice el Evangelio: *Ad horam exultare in luce ejus* [1]. Á proporcion que la verdad se nos iba manifestando mas de cerca, nos parecia, como á san Agustin, cuando aun era pecador, menos amable y halagüeña: *Quanto propius admovebatur, tanto ampliorem incutiebat terrorem* [2]. Cuando despues de esta primera vista examinamos despacio y por menor las obligaciones que nos imponia, las separaciones dolorosas que nos mandaba, el retiro, la oracion, las maceraciones y las violencias que nos manifestaba como indispensables, la vida séria, ocupada, interior en que nos empeñaba, empezábamos tris-

[1] Joan. xv, 35. — [2] S. Aug. in Conf.

tes é inquietos á apartarnos de ella: todas las pasiones la opusieron nuevos obstáculos: todo se nos presentaba bajo unas imágenes lúgubres y nuevas; y lo que al principio nos habia parecido tan agradable, mirado mas de cerca nos parece un objeto espantoso, un camino áspero é inaccesible á la flaqueza humana. *Ad modicum exultare in luce ejus.*

18. ¿Dónde están las almas, que como los Magos, despues de haber conocido la verdad, no quieren ver mas que á ella, que no tienen ojos para el mundo, para el vacío de sus placeres y para la vanidad de sus pompas y de sus espectáculos; que no hallan alegría sino cuando están ocupados en la verdad; que en la verdad hallan el alivio de sus penas, el estímulo contra su pereza, el socorro en sus tentaciones, y las mas castas delicias de su alma? Y á la verdad, ¡oh Dios mio! el mundo, sus deleites, sus esperanzas, sus grandezas parecen vanas, pueriles, enfadosas á una alma que os ha conocido, y que ha conocido la verdad de vuestras eternas promesas: á una alma que conoce que todo lo que no es Vos no es digno de ella, y que mira á la tierra como patria de los que deben perecer eternamente. Nada puede consolarla sino lo que la manifiesta los bienes verdaderos. Nada la parece digno de su atencion sino lo que ha de durar eternamente. Nada puede agradarla sino lo que siempre ha de agradar. Con nada es capaz de unirse sino con lo que nunca ha de perder, y todos los falsos objetos de la vanidad no son para ella mas que, ó estorbo de su piedad, ó tristes monumentos que la acuerdan la memoria de sus delitos. *Videntes stellam*, etc.

19. Esta es la verdad recibida de los Magos con sumision, con sinceridad, con alegría. Veamos ahora en la conducta de los sacerdotes la verdad disimulada; y despues de habernos instruido en el uso que debemos hacer de la verdad respecto de nosotros, veamos el que hemos de hacer de la misma respecto á los demás.

Segunda parte: Verdad disimulada.

20. La primera obligacion que nos impone la ley de la caridad para con nuestros hermanos es la obligacion de la verdad. No somos deudores á todos los hombres de los cuidados, de los deseos de servirlos, de las fatigas; pero á todos somos deudores de la verdad. Los diferentes estados que el nacimiento y las dignidades nos dan en el mundo, diferencian nuestras obligaciones respecto de nuestros hermanos; pero la obligacion de la verdad en todos los

estados es la misma. Somos deudores de ella, tanto á los grandes, como á los pequeños; tanto á nuestros criados, como á nuestros amos; tanto á los que la aman, como á los que la aborrecen; á los que quieren valerse de ella contra nosotros, como á los que quieren aprovecharse de ella. Hay algunas ocasiones en que la prudencia permite ocultar y disimular el amor que tenemos á nuestros hermanos, pero ninguna hay en que sea lícito disimular la verdad. En una palabra, la verdad no es nuestra; nosotros no somos mas que sus testigos, sus defensores y sus depositarios. Es la luz de Dios infusa en el hombre, que debe ilustrar á todo el mundo; y cuando la disimulamos hacemos injusticia á nuestros hermanos, á quienes pertenece como á nosotros, y somos ingratos al Padre de las luces, que la ha derramado en nuestra alma.

21. Con todo eso el mundo está lleno de disimuladores de la verdad; parece que no vivimos mas que para engañarnos unos á otros; y la sociedad, cuyo primer lazo debiera ser la verdad, no es mas que un comercio de ficcion, de engaño y de artificio. En la conducta de los sacerdotes de nuestro Evangelio vemos los diversos géneros de disimulo con que todos los dias se hacen los hombres culpables para con la verdad: hallamos en ellos un disimulo de silencio; un disimulo de condescendencia, y un disimulo de ficcion y mentira.

22. *Disimulo de silencio.* Consultados por Herodes acerca del lugar en que debia nacer Jesucristo, es verdad que responden que Belen era el lugar señalado por los Profetas, en donde se habia de efectuar este gran suceso: *At illi dixerunt in Bethlehem Juda*[1]. Pero no añaden, que habiéndose ya por último manifestado la estrella anunciada en los Libros santos, y viniendo los reyes de Sabá y de Arabia con presentes á adorar al nuevo jefe que habia de regir el pueblo de Israel, no habia ya duda en que las nubes hubieran parido al justo: no juntan los pueblos para anunciarles esta feliz nueva; no corren los primeros á Belen para animar á Jerusalen con su ejemplo; encerrados dentro de su culpable temor, guardan un profundo silencio, retienen la verdad en la injusticia; y cuando los extranjeros vienen de las extremidades del Oriente á publicar en Jerusalen que ha nacido el Rey de los judíos, los sacerdotes y los doctores callan, y sacrifican á la ambicion de Herodes los intereses de la verdad, la mas amada esperanza de la nacion, y el honor de su ministerio.

[1] Matth. II, 5.

23. ¡Qué vileza para unos ministros de la verdad! El favor del príncipe les mueve mas que el sagrado depósito de la Religion de que están encargados. El resplandor del trono apaga en su corazon la luz del cielo; lisonjean con un infame silencio á un rey que los consulta, y que solo de ellos podia saber la verdad; le confirman en el error, ocultándole lo que hubiera podido desengañarle. Pues ¿cómo podrá llegar la verdad á los soberanos, si los mismos ungidos del Señor, que rodean el trono, no se atreven á anunciarla, y se unen á los que habitan en las cortes para ocultarla y callar?

24. Pero esta obligacion, católicos, os es comun con nosotros en algun modo, y con todo eso hay en el mundo pocas personas, aun de aquellas que viven en la piedad, que no sean culpables todos los dias de este disimulo de silencio para con sus hermanos. Les parece á algunos haber cumplido con cuanto deben á la verdad, con solo no declararse contra ella; oyen continuamente á los mundanos desacreditar la virtud, defender la doctrina del mundo, justificar sus abusos y sus máximas, debilitar ó combatir las del Evanvelio, blasfemar muchas veces lo que ignoran, hacerse juzgar; óyenlos, vuelvo á decir, y aunque no suscriben á su impiedad, no la reprueban abiertamente, contentándose con no autorizar con su voto sus blasfemias ó sus preocupaciones.

25. Digo, pues, que tocándonos á cada uno en particular los intereses de la verdad, el callarla cuando abiertamente la impugnan en nuestra presencia es hacernos sus perseguidores y contrarios; y añado que aquellos principalmente á quienes Dios ha ilustrado faltan entonces al amor que deben á sus hermanos, pues la obligacion para con ellos se aumenta á proporcion de las gracias que Dios les ha hecho, y así son para con Dios culpables de ingratitud; no agradeceis suficientemente, vosotros en particular los que habeis recibido estos dones, el beneficio de la gracia y de la verdad con que os ha favorecido en medio de vuestras insensatas pasiones, con que ha disipado vuestras tinieblas, y os ha llamado á sí, cuando seguíais las sendas falsas é injustas; sin duda que derramando de este modo la luz en vuestro corazon, no atendió solamente á vosotros; ha querido que vuestros parientes, vuestros amigos, vuestros súbditos, vuestros amos hallen en vosotros, ó su instruccion, ó su censura; ha querido favorecer vuestro siglo, vuestra nacion, vuestra patria, favoreciéndoos á vosotros, porque el Señor forma á los escogidos, ó para la salud, ó para la condenacion de los pecadores; su fin ha sido poner en vosotros una luz que pueda alumbrar en medio de las tinieblas, que perpetuase la verdad entre los hombres, y que diese testimonio de la justicia y sabiduría de su ley en medio de las preocupaciones y vanos pensamientos de un mundo profano.

26. No oponiendo, pues, mas que un débil y tímido silencio á las máximas que impugnan á la verdad, no cumplís con los fines de las misericordias de Dios para con vuestros hermanos; inutilizais para su gloria y para la extension de su reino el talento de la verdad que os habia entregado, y del que particularmente os pedirá una estrecha cuenta. Hablo principalmente con vosotros, los que en otro tiempo defendísteis con tanto ardor los errores y las máximas profanas del mundo; que fuísteis sus apologistas intrépidos y declarados: el Señor tenia derecho para pediros que os declaráseis con el mismo valor por la verdad; con todo eso, no ha conseguido su gracia mas que el hacer de un celoso partidario del mundo, un discípulo tímido del Evangelio; aquellas demostraciones de confianza y de intrepidez con que en otro tiempo hacíais la apología de las pasiones, os han abandonado desde que defendísteis los intereses de la virtud; aquella audacia que en otro tiempo hacia callar á la verdad, calla hoy á vista del error; y la verdad que hace intrépidos y valientes, dice san Agustin, á los que la tienen de su parte, os ha hecho flacos y cobardes.

27. Bien sé que hay tiempo de hablar y tiempo de callar, y que el celo de la verdad tiene sus reglas y medidas; pero no quisiera que las almas que conocen á Dios y que le sirven, oyesen continuamente trastornar las máximas de la Religion, herir la reputacion de sus hermanos, justificar los infames abusos del mundo, sin atreverse á defender los intereses de la verdad ultrajada; no quisiera que el mundo tuviera sus apasionados declarados, y que Jesucristo no pudiese hallar los suyos; no quisiera que los justos se formasen una falsa cortesía para disimular los desórdenes de los pecadores, de que continuamente son testigos, cuando al mismo tiempo los pecadores hacen gala de proponerlos y defenderlos en su presencia; quisiera que un alma fiel conociese que solo se debe tener respeto á la verdad, y que no está en la tierra mas que para glorificar á la verdad; quisiera que llevase sobre su frente el noble valor que inspira la gracia, el candor heróico que produce el desprecio del mundo y de toda su gloria, la libertad generosa y cristiana que no considera mas que los bienes eternos, que no espera mas que á Dios, que nada teme sino á su propia conciencia, que

no condesciende sino con los intereses de la justicia y de la caridad, y que solo intenta agradar con la verdad; quisiera que la sola presencia de una alma justa hiciese callar á los enemigos de la virtud; que estos respetasen al carácter de la verdad, que deben llevar grabado en su frente; que temiesen su santa generosidad, y que á lo menos honrasen con su silencio y con su confusion á la virtud que ocultamente desprecian. Los israelitas entregados á sus danzas, á sus regocijos profanos y á sus clamores impíos é insensatos al rededor del becerro de oro, se suspenden, y guardan un profundo silencio al presentarse Moisés, que baja del monte, armado solamente con la ley del Señor y con su verdad eterna. Este es el disimulo de silencio.

28. *El segundo modo de disimular la verdad es el suavizarla con mitigaciones y condescendencias que la ofenden.* Los Magos no podian sin duda ignorar que no podia ser agradable á Herodes la nueva que venian á anunciar á Jerusalen: este extranjero por sus artificios habia llegado á sentarse sobre el trono de David, pero no gozaba tan pacíficamente del fruto de su usurpacion, que no estuviese continuamente temiendo que no viniese algun heredero de la sangre de los reyes de Judá á arrojarle de la herencia de sus padres y á reintegrarse en el trono prometido á su posteridad. ¿Con qué gusto, pues, podia mirar á unos hombres que venian á declarar en medio de Jerusalen que habia nacido el Rey de los judíos y á declararlo á un pueblo tan celoso de la sangre de David y tan impaciente con todo dominio extranjero? No obstante, los Magos nada ocultan de cuanto vieron en Oriente, ni templan este gran suceso con expresiones menos propias para despertar los celos de Herodes; podian llamar al Mesías que buscaban el enviado del cielo ó el deseado de las naciones; podian distinguirle con títulos menos odiosos á la ambicion de Herodes; pero llenos de la verdad que se les manifestó, no conocen estas tímidas evasiones; estaban persuadidos á que los que no quieren recibir la verdad sino con el favor de sus errores, no son dignos de conocerla; no saben cubrirla con respetos y disfraces indignos de ella, y preguntan sin rodeos: ¿dónde está el nuevo Rey de los judíos? y no contentos con mirarle como dueño de la Judea, declaran que aun el cielo le pertenece, que son suyos los astros, y que solo se manifiestan en el firmamento para ejecutar sus órdenes: *Vidimus enim*, etc.

29. Al contrario los sacerdotes y doctores, obligados por la evidencia de las Escrituras á glorificar á la verdad, la mitigan con expresiones disfrazadas; procuran unir el respeto que deben á la verdad con la condescendencia que quieren conservar con Herodes; suprimen el título de rey que acaban los Magos de dar al Mesías y que tantas veces le habian dado los Profetas; se le demuestran por una cualidad que podia denotar en él igualmente una autoridad de doctrina ó de poder; le anuncian mas como legislador establecido para arreglar las costumbres que como soberano suscitado para librar á su pueblo de la esclavitud: *Ex te enim exiet dux, qui regat populum meum Israel*[1]. Y aunque ellos mismos esperaban un Mesías rey y conquistador, suavizan la verdad que quieren anunciar, y acaban de cegar á Herodes, á quien lisonjean.

30. ¡Deplorable suerte de los grandes! Los labios de los sacerdotes se debilitan cuando les hablan; luego que se manifiestan sus pasiones, se les trata con cautela; la verdad nunca se les presenta sino con dos caras, de las cuales la una es siempre favorable; no quieren los sacerdotes hacer traicion á cara descubierta á su ministerio y á los intereses de la verdad; pero quieren conciliarlos con sus propios intereses; intentan salvar la regla y sus pasiones, como si pudieran subsistir las pasiones con la regla que las condena; rara vez sucede que los grandes se instruyan, porque rara vez sucede que al tiempo de instruirlos no se intente agradarles; con todo eso, los mas amarian la verdad si la conocieran; las pasiones y los excesos de la edad, favorecidos de los deleites que los cercan, pueden detenerlos; pero el fondo de religion que tienen les hace que respeten siempre á la verdad; puede decirse que la ignorancia condena mas príncipes y grandes que personas de mas baja esfera; y que la vil condescendencia que con ellos se usa, deshonra mas el ministerio y ocasiona mas oprobios á la Religion, que los mayores escándalos que afligen la Iglesia.

31. La conducta de estos sacerdotes os parecerá indigna, católicos; pero si quereis juzgaros á vosotros mismos y examinar menudamente vuestras obligaciones, vuestras conexiones y vuestras conversaciones, veréis que todos vuestros discursos y todos vuestros pasos no son mas que mitigaciones de la verdad y arbitrios para conciliarla con las preocupaciones ó pasiones de aquellos con quienes teneis que vivir; nunca les manifestamos la verdad, sino por aquella parte por donde puede agradarles; siempre hallamos algo bueno, aun en sus mas deplorables vicios; y como todas las pasio-

[1] Matth. II, 6.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nes se parecen á alguna virtud, siempre las salvamos á favor de esta semejanza.

32. Por eso en presencia de un ambicioso hablamos siempre del amor á la gloria y del deseo de conseguirla, como de las únicas inclinaciones que forman los hombres grandes: lisonjeamos su soberbia; encendemos sus deseos con esperanzas y pronósticos lisonjeros y quiméricos; mantenemos el error de su imaginacion, representándole fantasmas con que él mismo se sustenta continuamente: acaso alguna vez nos compadecemos en general de los hombres que tanto se agitan por unas cosas que distribuye la casualidad y que mañana nos quitará la muerte; pero no nos atrevemos á reprender al insensato que sacrifica á este humo su sosiego, su vida y su conciencia: en presencia de un vengativo, justificamos su sentimiento y su cólera; le minoramos su delito, autorizando la justicia de sus quejas; lisonjeamos su pasion, exagerando la maldad de su enemigo: solemos atrevernos á decir que es preciso perdonar; pero no nos atrevemos á añadir que el primer grado del perdon es no hablar de la injuria recibida.

33. En presencia de un cortesano malcontento con su fortuna y envidioso de la de otros, le manifestamos sus concurrentes bajo aquel aspecto que les es menos favorable; ocultamos con destreza su mérito y su gloria, para que no se ofenda la vista del que nos escucha; minoramos y oscurecemos el resplandor de sus talentos y servicios, y con nuestras injustas condescendencias agriamos la pasion, le ayudamos á cegarse y á mirar todos los honores que se distribuyen á sus prójimos como usurpaciones hechas á él. Pues en la presencia de un pródigo, sus profusiones no son en nuestra boca mas que una señal de generosidad y magnificencia. En la presencia de un avaro, su dureza y mezquindad no son mas que una sábia moderacion y una economía doméstica. En la presencia de un grande, sus preocupaciones y errores hallan siempre en nosotros dispuestas las apologías: respétanse sus pasiones como su autoridad, y sus preocupaciones se hacen nuestras. Finalmente, tomamos los errores de todos aquellos con quienes vivimos; nos transformamos en ellos; nuestro mayor estudio consiste en conocer sus flaquezas, para apropiárnoslas; no tenemos idioma propio; hablamos siempre el lenguaje de los otros; nuestros discursos no son mas que una repeticion de sus preocupaciones: y á este indigno abatimiento de la verdad llamamos ciencia del mundo y prudencia que sabe gobernarse, y el grande arte de conseguir y agradar:

¡Oh hijos de los hombres, hasta cuándo amaréis la vanidad y la mentira [1]!

34. De este modo, católicos, perpetuamos el error entre los hombres, autorizamos todos los abusos, justificamos sus falsas máximas, damos un colorido de inocencia á todos los vicios, mantenemos el reino del mundo y su doctrina contra el de Jesucristo, y corrompemos la sociedad, cuyo primer vínculo debiera ser la verdad. De las obligaciones y cortesías de la vida civil, establecidas para animarnos á la virtud, formamos lazos y ocasiones inevitables de ruina: mudamos la amistad, que debiera ser el remedio de nuestros errores y desórdenes, en un comercio de disfraz y seduccion: en una palabra, haciendo de este modo rara la verdad entre los hombres, la hacemos odiosa ó ridícula; y cuando digo hacemos, hablo principalmente con aquellas almas entregadas á Dios y que están encargadas en la tierra de los intereses de la verdad. Quisiera, católicos, que las almas fieles usasen en el mundo de distinto lenguaje; que se hallasen en ellas otras máximas, otros pensamientos distintos de los de los demás hombres, y que mientras todos hablan el idioma de las pasiones, ellas solas hablasen el de la verdad: quisiera que ya que el mundo tiene sus *Balaames*, que con sus discursos y consejos autorizan el desórden y la libertad, tuviese tambien la piedad sus *Finees*, que abiertamente se declarasen por los intereses de la ley de Dios y de la santidad de sus máximas; que ya que el mundo tiene sus impíos y sus falsos sábios, que se glorian de publicar que se debe gozar de lo presente y que el fin del hombre no es distinto del de las bestias, la piedad tuviese sus Salomones, que desengañados con su propia experiencia, se atreviesen á publicar altamente que fuera del temor del Señor y la obediencia á sus preceptos, todo lo demás es vanidad; que ya que el mundo tiene sus encantadores que engañan á los pueblos y á los reyes con sus adulaciones y prestigios, tuviese la piedad sus Moisés y Aarones, que tuviesen valor para confundir con la fuerza de la verdad sus artificios é imposturas: en una palabra, que ya que el mundo tiene sus sacerdotes y doctores que debilitan la verdad, como los del presente Evangelio, tuviese la piedad sus Magos, que no temiesen el anunciarla aun delante de aquellos á quienes no puede menos de desagradar.

35. No condeno por esto las condescendencias de una sábia prudencia, que parece concede alguna cosa á las preocupaciones de

[1] Psalm. IV, 3.

los hombres, solamente por atraerlos con mas seguridad á la regla y á la obligacion: bien sé que la verdad no quiere defensores indiscretos y temerarios; que las pasiones de los hombres piden ciertas condescendencias y respetos; que son enfermos á quienes muchas veces es preciso disfrazar y suavizar los remedios, y cási siempre curarlos sin que lo conozcan: bien sé que todos los rodeos que no se dirigen mas que á establecer la verdad, no son flaquezas, sino arbitrios, y que la regla mas segura del celo de la verdad es la caridad y la prudencia; pero no es esto lo que se intenta cuando se la debilita con condescendencias indignas y lisonjeras; se quiere agradar; no se intenta edificar; nos ponemos nosotros en el lugar de la verdad, y queremos granjearnos los votos que solo á esta se deben; ni basta el responder que los justos que se precian de no poder hacer traicion á la verdad, tienen por lo comun mas austeridad y ostentacion que caridad. El mundo siempre falso, cuyos comercios y conexiones caminan siempre sobre el disimulo y artificio, que funda en esto su honor y su ciencia, y que no conoce esta noble rectitud, no puede suponerla en los demás; su profunda corrupcion es quien le hace sospechosa la sinceridad y el valor de los justos; su proceder le parece temerario, porque para él es nuevo; y como advierte en él algo de extraordinario, mas quiere persuadirse á que es soberbia ó extravagancia que virtud.

36. Y de aquí proviene el que no solo se disfraza la verdad, sino que públicamente se la hace traicion. El último disimulo de los sacerdotes de nuestro Evangelio es un disimulo de mentira: no se contentan con alegar las profecías en términos oscuros y disfrazados, sino que viendo que los Magos no volvian á Jerusalen, como lo habian prometido; añaden, sin duda por sosegar á Herodes, que avergonzados de no haber hallado al nuevo Rey que buscaban, no se han atrevido á parecer; que son unos extranjeros poco versados en la ciencia de la ley y de los Profetas; y que la luz del cielo, á quien decian seguir, no era mas que una ilusion vulgar y una preocupacion supersticiosa de una nacion bárbara y crédula; y á la verdad era preciso que ellos hablasen á Herodes de este modo, pues su modo de proceder fue consiguiente, y no van á Belen á buscar al nuevo Rey recien nacido, como para acabar de persuadir con esto á Herodes, que en la pesquisa supersticiosa de estos Magos habia mas de credulidad que de verdad.

37. Y esto es en lo que por último venimos á parar, á fuerza de condescender con las pasiones de los hombres y de querer agradarles á costa de la verdad; por último, la abandonamos á las claras; la sacrificamos con cobardía y sin rodeo á nuestros intereses, á nuestra fortuna y á nuestra gloria; hacemos traicion á nuestra conciencia, á nuestra obligacion y á nuestras luces; por eso, luego que la verdad nos incomoda, nos expone, nos daña, ó nos hace molestos, la negamos, la despreciamos, la entregamos á la opresion y á la injusticia: negamos como Pedro el que se nos haya visto ser sus discípulos; de este modo nos formamos un corazon cobarde y vil, á quien nada cuesta una mentira útil; un corazon lleno de doblez y artificio, que toma todas las figuras, sin tener jamás ninguna fija; un corazon flaco y lisonjero, que no se atreve á negar su voto sino á la virtud inútil y desgraciada; un corazon corrompido é interesado, que hace servir á sus fines la Religion, la verdad, la justicia y cuanto hay de mas sagrado entre los hombres: en una palabra, un corazon capaz de todo, menos de ser verdadero, generoso y sincero. Y no os parezca que son raros en el mundo los pecadores de este carácter; en estos defectos solo huimos la publicidad y la vergüenza; las maldades seguras y ocultas hallan pocos corazones escrupulosos, y las mas veces no amamos en la verdad mas que la reputacion y la gloria.

38. Solamente debemos cuidar de que cuando intentemos defender los intereses de la verdad, no defendamos las ilusiones de nuestro propio espíritu. La soberbia, la ignorancia, la porfía dan todos los dias al error unos defensores tan intrépidos y obstinados, como aquellos de que se gloria la fe. La sola verdad digna de nuestro celo y de nuestro valor es la que nos manifiesta la Iglesia: solo por ella es por quien debemos sufrirlo todo: sin ella no somos mas que los mártires de nuestra obstinacion y de nuestra vanidad.

39. ¡Oh Dios mio! derramad en mi alma aquel amor humilde y generoso de la verdad con que se sustentan vuestros escogidos en el cielo, y que es el que constituye el carácter de los justos en la tierra; haced que yo no viva mas que para glorificar vuestras verdades eternas, para honrarlas con la santidad de mis costumbres, para defenderlas por solo el celo de vuestros intereses, y para oponerlas continuamente al error y á la vanidad. Destruid en mi corazon estos temores humanos, esta prudencia de la carne, que concilia los errores y los vicios con las personas. No permitais que yo sea una débil caña, fácil de mover á todos los vientos, ni que jamás me avergüence de llevar sobre mi frente la verdad como el mas honroso título de que puede gloriarse una criatura vuestra, y

como la mas gloriosa señal de vuestras misericordias para con mi alma: *Et ne auferas de ore meo verbum veritatis usquequaque* [1]. Á la verdad, católicos, no basta el ser su testigo y depositario, es necesario tambien ser su defensor: carácter opuesto al de Herodes que hoy es su enemigo y perseguidor. Última instruccion que nos da nuestro Evangelio: *La verdad perseguida.*

Tercera parte: Verdad perseguida.

40. Si es delito el resistir á la verdad cuando ella nos ilustra, el retenerla injustamente cuando somos deudores de ella á los demás, es lo último de la iniquidad; y el combatirla y perseguirla es la mas segura señal de reprobacion. No obstante, no hay cosa mas comun que esta persecucion de la verdad, y el impío Herodes, que hoy se declara contra ella, tiene mas secuaces de lo que parece.

41. Porque primeramente, la persigue con el público desvío que manifiesta de la verdad, llevando tras de sí á toda Jerusalen con su ejemplo: *Turbatus est, et omnis Jerosolyma cum illo* [2]. Que es lo que llamo *persecucion de escándalo.* En segundo lugar, la persigue procurando corromper á los sacerdotes y aun poniendo emboscadas á la piedad de los Magos: *Clam vocatis Magis, diligenter didicit ab eis* [3], y á esto llamo *persecucion de seduccion.* Finalmente, la persigue derramando la sangre inocente: *Et mittens occidit omnes pueros* [4], y á esto llamo *persecucion de fuerza y de violencia.* Si la brevedad de un discurso me permitiera, católicos, el examinar estos tres géneros de persecuciones de la verdad, acaso no habria ninguno en que no os halláseis culpables.

42. Porque primeramente; ¿quién puede preciarse de no ser del número de los que persiguen á la verdad con sus escándalos? No hablo de aquellas almas desenfrenadas que han levantado el estandarte de la culpa y del libertinaje, sin tener cási respeto alguno al público: los escándalos mas ruidosos no son siempre los mas temibles; y el desórden manifiesto cuando llega á cierto punto, las mas veces nos adquiere mas censores de nuestra conducta que imitadores de nuestros excesos. Hablo de aquellas almas entregadas á los placeres, á las vanidades, á todos los abusos del siglo, cuya conducta, regular en lo demás, no solo es irreprensible á los ojos del mundo, sino que tambien se granjea la estimacion y alabanza

[1] Psalm. cxviii, 43. — [2] Matth. ii, 3. — [3] Matth. ii, 7.
[4] Matth. ii, 16.

de los hombres: y digo que estos persiguen á la verdad con solo su ejemplo, que aniquilan, en cuanto está de su parte, en todos los corazones las máximas del Evangelio y las reglas de la verdad; que gritan á todos los hombres, que el huir de los deleites es una precaucion inútil; que el amor del mundo y el de la virtud no son incompatibles; que el gusto de los espectáculos, del bien parecer, de las diversiones públicas, es un gusto inocente, y que se puede vivir bien, viviendo como lo restante del mundo: esta regularidad mundana es una continua persecucion de la verdad, y tanto mas peligrosa, cuanto está mas autorizada; nada tiene de odioso, y nadie se guarda de ella; acomete á la verdad sin violencia y sin efusion de sangre, bajo la imágen de paz y de sociedad; y hace que sean mas los desertores de la verdad, que hicieron en otro tiempo los tiranos y suplicios.

43. Hablo tambien de aquellos justos que no cumplen enteramente con las obligaciones de la piedad, y que conservan aun reliquias demasiado públicas de las pasiones del mundo y de sus máximas: y digo que persiguen á la verdad, con estas tristes reliquias de infidelidad y flaqueza, que hacen que los impíos y pecadores la blasfemen; que autorizan los discursos insensatos del mundo contra la piedad de los siervos de Dios; que disgustan de la virtud á las almas que se hallaban dispuestas para ella; que confirman en el desórden á las que buscan pretextos para mantenerse en él: en una palabra, que hacen á la virtud, ó sospechosa ó ridícula. De este modo, como antiguamente se quejaba el Señor por su Profeta, el infiel Israel, esto es, el mundo, justifica aun todos los dias sus desórdenes, comparándolos con las infidelidades de Judá, esto es, con las flaquezas de los justos: *Justificavit animam suam aversatrix Israel, comparatione prævaricatricis Judæ* [1]. Es decir, que el mundo se cree seguro, cuando ve que las almas que hacen profesion de la piedad, le acompañan en sus placeres y vanidades; que se mueven como los demás hombres, con la fortuna, con el favor, con las preferencias, con las injurias; que desean sus fines, gustan aun de agradar, buscan con ansia las distinciones y gracias, y aun alguna vez de la misma virtud se hacen camino para llegar á ellas con mas seguridad. ¡Ah! entonces es cuando el mundo triunfa, asegurado con este paralelo. Entonces, advirtiendo que la virtud de los justos se parece á sus vicios, permanece tranquilo en su estado; y cree que seria cosa inútil el mudarse, pues se retienen las

[1] Jerem. iii, 11.

mismas inclinaciones, aunque se varie de nombre : *Justificavit animam suam*, etc.

44. Y aquí es donde no puedo menos de deciros, católicos, con aquel Apóstol á quien Dios llamó de los caminos del mundo y de las pasiones, á los de la verdad y la justicia : Portémonos de tal modo entre los mundanos, que así como hasta ahora han desacreditado la virtud y menospreciado ó censurado á los que la ejercitan, las buenas obras que nos vean hacer, nuestras costumbres puras y santas, nuestra paciencia en los desprecios, nuestra sabiduría y nuestra circunspeccion en las conversaciones, nuestra modestia y humanidad en la elevacion, nuestra igualdad y sumision en las desgracias, nuestro agrado con los inferiores, nuestro respeto con los iguales, nuestra fidelidad con nuestros amos, nuestra caridad con todos nuestros hermanos, les obligue á glorificar á Dios, les haga respetar y envidiar la virtud, y los disponga á recibir la gracia de la luz y de la verdad cuando se digne visitarlos é ilustrarlos en sus errados caminos : *Conversationem vestram inter gentes habentes bonam, ut in eo quod detrectant de vobis tamquam de malefactoribus, ex bonis operibus vos considerantes, glorificent Deum in die visitationis* [1]. Cerremos la boca con el espectáculo de una vida irreprensible á los enemigos de la virtud ; honremos la piedad para que ella nos honre ; hagámosla respetable, si queremos que tenga quien la siga ; demos al mundo ejemplos que le condenen y no censuras que le justifiquen ; acostumbrémosle á pensar que la verdadera piedad es útil para todo, y que tiene en sí no solo la promesa de una vida y una felicidad futura, sino tambien la paz, la alegría, la tranquilidad del corazon, que son los únicos bienes y los deleites de la vida presente : *Promissionem habentes vitæ, quæ nunc est, et futuræ* [2].

45. Á esta persecucion de escándalo añade Herodes una persecucion de seduccion. Tienta la santidad y fidelidad de los ministros de la ley. Quiere hacer que sirva á la impiedad de sus designios el celo y la santa generosidad de los Magos : finalmente, nada olvida para aniquilar la verdad antes de acometerla á cara descubierta : *Clam vocatis Magis*.

46. Y ved aquí un nuevo modo con que todos los dias perseguimos la verdad. Primeramente debilitamos la piedad de las almas justas, tachando de exceso su fervor, y esforzándonos á persuadirlas que se exceden : exhortámoslas, como el tentador, á que muden

[1] I Petr. II, 12. — [2] I Tim. IV, 8.

sus piedras en pan ; esto es, á que moderen su austeridad y á que muden esta vida retirada, triste y laboriosa, en una vida mas cómoda y mas comun : las hacemos temer, que no han de corresponder los fines al fervor de estos principios ; en una palabra, procuramos que sean semejantes á nosotros, ya que nosotros no queremos parecernos á ellas. En segundo lugar, acaso tentamos tambien su fidelidad y su inocencia, haciéndolas vivas pinturas de los placeres de que huyen ; reprendemos, como la mujer de Job, su simplicidad y flaqueza ; las ponderamos los inconvenientes de la virtud y las dificultades de la perseverancia ; las hacemos titubear con el ejemplo de las almas infieles, que despues de haber puesto la mano en el arado, miraron atrás y abandonaron la obra. ¿Qué mas diré? Acaso acometemos tambien al fundamento incontrastable de la fe, y damos á entender la inutilidad de sus violencias, por la incertidumbre de sus promesas. En tercer lugar, corrompemos con nuestra autoridad el celo y la piedad de aquellas personas que dependen de nosotros ; las pedimos unas obligaciones, ó incompatibles con su conciencia, ó peligrosas á su virtud ; las ponemos en unas circunstancias, ó trabajosas, ó peligrosas á su fe ; las prohibimos los ejercicios y observancias, ó necesarias para mantenerse en la piedad, ó útiles para adelantar en ella : en una palabra, somos sus tentadores domésticos, no pudiendo, ni gustar del bien para nosotros, ni sufrirle en los demás, y hacemos con estas almas el oficio de demonio, que no vela mas que para perderlas : finalmente, nos hacemos culpables de esta persecucion de seduccion, haciendo servir nuestros talentos á la destruccion del reino de Jesucristo. Los talentos del cuerpo para inspirar pasiones injustas, para ocupar el lugar de Dios en los corazones, para corromper las almas por quienes murió Jesucristo, y los talentos del espíritu para persuadir el vicio, ó adornarle con coloridos muy propios para ocultar su vergüenza y fealdad, para presentar el veneno entre el bocado dulce y agradable, y perpetuarle en escritos lascivos con los que un autor desgraciado predicará el vicio, corromperá los corazones, inspirará á sus prójimos las deplorables pasiones que le dominaron toda su vida : verá crecer su suplicio y sus tormentos, á proporcion que se vaya derramando por la tierra el impuro fuego que en ella encendió : tendrá el bárbaro consuelo de declararse contra su Dios, aun despues de su muerte ; de quitarle tambien las almas que habia rescatado ; de ultrajar su santidad y su poder ; de perpetuar su desobediencia y sus desórdenes, aun mas allá del se-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pulcro, y hacer, hasta la consumacion de los siglos, propios suyos los delitos de todos los hombres. Desgraciados sean, dice el Señor, todos los enemigos de mi nombre y de mi gloria, que ponen emboscadas á mi pueblo; yo me levantaré contra ellos en el dia de mi furor: les pediré la sangre de mis hermanos, á quienes engañaron é hicieron perecer: multiplicaré sobre ellos males terribles, para consolarme de la gloria que me quitaron: *Væ genti insurgenti super genus meum* [1].

47. Pero aquella persecucion, á la que he llamado de fuerza y de violencia, es un último género de persecucion mas funesta para la verdad. Por último, no adelantando Herodes nada con sus artificios, quita la máscara, se declara abiertamente perseguidor de Jesucristo, y quiere apagar en su nacimiento aquella luz que viene á ilustrar á todo el mundo: *Mittens occidit omnes pueros.*

48. La sola relacion de la crueldad de este Príncipe horroriza, y no parece que un ejemplo tan bárbaro pueda hallar imitadores entre nosotros; con todo eso, el mundo está lleno de esta especie de perseguidores públicos y declarados de la verdad, y aunque la Iglesia no se halla afligida con la barbaridad de los tiranos y con la efusion de la sangre de sus hijos, se halla aun todos los dias perseguida con las públicas irrisiones que los mundanos hacen de la virtud, y con la pérdida de las almas fieles, que con dolor ve ceder tan frecuentemente al temor de sus irrisiones y censuras.

49. Sí, católicos, estos discursos que tan fácilmente usais contra la piedad de los siervos de Dios, de aquellas almas que con sus fervorosos respetos consuelan su gloria, de los delitos con que la ultrajais; aquellas irrisiones de su celo y de su santa embriaguez por su Dios; aquellas sátiras, que de sus personas resultan contra la virtud, y son la mas peligrosa tentacion de su penitencia; aquella severidad que usais con ellos, sin perdonarles nada, y aun mudando en vicios sus mismas virtudes; aquel estilo blasfemo y satírico, que impíamente ridiculiza la seriedad de su compuncion, que impone nombres de ironía y de desprecio á los mas respetables ejercicios de su piedad; que hace titubear su fe, que detiene sus santas resoluciones, que desanima su flaqueza, que les hace avergonzar de la virtud, que muchas veces los vuelve á arrastrar al vicio: esto es lo que llamo con los santos Padres persecucion abierta y declarada de la verdad. Perseguís en vuestro hermano, dice

[1] Judith, XVI, 20.

san Agustin, lo que ni aun los tiranos se atrevieron á perseguir; estos no les quitaron mas que la vida, vosotros quereis quitarles la inocencia y la virtud; estos solo dirigieron sus golpes contra su cuerpo, vosotros los dirigís á su alma: *Carnem persecutus est Imperator, tu in christiano spiritum persequeris.*

50. Pues qué, católicos, ¿no basta el que no sirvais al Dios para quien fuísteis hechos? (Esto era lo que decian antiguamente los primeros defensores de la fe, los Tertulianos y Ciprianos, á los paganos perseguidores de los fieles, y puede creerse que estas mismas quejas se hallen aun justas en nuestras bocas contra los cristianos). ¿No basta? ¿Habeis tambien de perseguir á los que le sirven? ¿No quereis, pues, ni adorarle, ni permitir que otros le adoren? *Deum non colis, nec coli omnino permittis?* Todos los dias estais perdonando tantas extravagancias á los sectarios del mundo, tantas pasiones insensatas: los excusais, pero ¿qué digo excusar? Alabais los desarreglados deseos de su corazon: hallais constancia, fidelidad y nobleza en sus mas vergonzosas pasiones, y dais honrosos nombres á sus mas indignos vicios: solamente el alma justa y fiel, el siervo del verdadero Dios, es el que no halla en vosotros ninguna condescendencia, y solo consigue vuestros desprecios y censuras: *Solus tibi displicet Dei cultor.* Pero, católicos, ¿es posible que entre vosotros han de estar abiertas á la pública licencia los placeres de los teatros y de los espectáculos, sin que en esto haya contradiccion? que el furor del juego ha de tener sus partidarios, y esto se haya de sufrir? que la ambicion ha de tener sus adoradores y esclavos, y se les ha de alabar; la liviandad sus víctimas y altares, sin que nadie se los dispute; la avaricia sus idólatras, y nadie habla palabra? Que todas las pasiones, como otras tantas divinidades sacrílegas, han de tener establecido su culto, sin contradiccion, y solamente el Señor del universo, el Soberano de todos los hombres, y el solo Dios de la tierra, ó no ha de ser servido, ó no podrá serlo, sin que se reprenda y castigue á los que le adoran? *Et Deus solus in terris, aut non colitur, aut non est impune quod colitur?*

51. ¡Gran Dios! vengad Vos mismo vuestra gloria; restituid hoy á vuestros siervos el honor que los impíos no cesan de quitarles: no hagais salir, como en otro tiempo, de las cavernas de los montes bestias crueles que despedacen á los que desprecian la virtud y santa sencillez de vuestros Profetas; pero entregadlos á sus desordenados deseos, mas crueles é insaciables aun que los leo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

nes y los osos, para que fatigados, despedazados con las inquietudes secretas y con los furores de sus propias pasiones, puedan conocer el valor y la excelencia de la virtud que desprecian, y aspirar á la felicidad y suerte de las almas que os sirven.

52. Porque, católicos, vosotros á quienes se dirige este discurso, permitid que os diga aquí con dolor : ¿es posible que hayais de ser el instrumento de que se vale el demonio para tentar á los escogidos, y encadenarlos, si fuera posible, en el error? ¿Es posible que solo hayais de vivir en la tierra para justificar las profecías de los Libros santos acerca de las inevitables persecuciones que han de padecer todos aquellos que quisieren vivir en la piedad, que es en Jesucristo? ¿Es posible que la persecucion terrible de la fe y de la virtud, que ha de durar tanto como la Iglesia, no halle su continuacion y perpetuidad sino en vosotros solos? ¿Es posible que en defecto de los tiranos y de los suplicios, el Evangelio halle aun en vosotros solos su escollo y su escándalo? Renunciad, pues, vosotros mismos á la esperanza que es en Jesucristo; uníos con aquellos pueblos bárbaros, ó con aquellos hombres impíos que blasfeman de su gloria y de su divinidad, si es que el vivir bajo de sus leyes y el observar sus máximas os parece digno de irrision. Un infiel, un salvaje pudiera creer que nosotros que le servimos y adoramos, vivimos en el error; pudieran compadecerse de nuestra credulidad y de nuestra flaqueza, viendo que sacrificamos lo presente por lo futuro, y por unas esperanzas que les parecian quiméricas y fabulosas : pero á lo menos estarian precisados á confesar, que si no nos engañamos, y si nuestra fe es cierta, somos los mas cuerdos y los mas dignos de estimacion de todos los hombres; pero vosotros que no os atreveríais á dudar de la certidumbre de la fe y de la esperanza que es en Jesucristo, ¿cómo os parece que miraria este infiel las censuras que haceis de sus siervos? Os humillais delante de su cruz, os diria, como en presencia de la prenda de vuestra salud, ¿y os burlais de los que la llevan en el corazon, y ponen en ella toda su esperanza? Le adorais como á vuestro juez, ¿y despreciais y satirizais á los que le temen y trabajan por tenerle favorable? Creeis que es fiel en su palabra, ¿y mirais como espíritus flacos á los que confian en él, y lo sacrifican todo á la grandeza y certidumbre de sus promesas? ¡Oh hombre extraordinario, y tan lleno de contradicciones, que tan poco concuerdas contigo mismo! exclamaria el infiel : luego es preciso que el Dios de los cristianos sea muy grande y muy santo, pues solo permite

entre los que le adoran unos enemigos, cuyas impugnaciones son de tan poco fundamento.

53. Respetemos, pues, la virtud, católicos; honremos los dones de Dios y las maravillas de su gracia en sus siervos; merezcamos, con nuestros respetos y con estimar la piedad, el beneficio de la piedad misma; miremos á los justos, como á los únicos que atraen todavía las gracias del cielo sobre la tierra; como los recursos establecidos para reconciliarnos algun dia con Dios; como signos felices que nos señalan, que el Señor mira aun á los hombres con piedad, y continúa sus misericordias á su Iglesia. Alentemos con nuestros elogios á las almas que se vuelven á él, si es que no podemos alentarlas con nuestro ejemplo; alabemos su mudanza, si es que no creemos podernos mudar nosotros mismos; preciémonos á lo menos de defenderlos, si es que nuestras pasiones no nos permiten aun el imitarlos; honremos á la virtud; no tengamos mas amigos que los amigos Dios; no contemos con la fidelidad de los hombres, sino en cuanto son fieles al Señor que los ha hecho; no declaremos nuestros pesares y penas sino á los que pueden ofrecerlas al que solo puede consolarnos; no nos persuadamos á que tomen parte en nuestros verdaderos intereses sino los que entran en los intereses de nuestra salud; allanemos los caminos de nuestra conversion; dispongamos al mundo, con nuestro respeto á los justos, á que algun dia no se admire de vernos tambien justos á nosotros; no formemos con nuestras irrisiones y censuras un respeto humano é invencible, que nos impida siempre el declararnos discípulos de la piedad, á quien tan públicamente hemos despreciado; demos gloria á la verdad; y para que ella nos liberte, recibámosla con religion como los Magos, luego que se nos manifieste; no la disimulemos como los sacerdotes, cuando somos deudores de ella á nuestros prójimos; no nos declaremos contra ella como Herodes, cuando no nos la podemos disimular á nosotros mismos, para que despues de haber seguido en la tierra los caminos de la verdad, seamos algun dia todos juntos santificados en la verdad, y consumados en la caridad. Así sea.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ASUNTOS

PARA LA EPIFANÍA.

1. La misericordia del Señor para con los gentiles, su severidad para con los hebreos, la vocacion de aquellos, la reprobacion de estos, el abandono de los unos, la sustitucion de los otros, ved aquí lo que la Iglesia con el misterio de este dia propone á nuestra meditacion: misterio consolador para unos y terrible para otros. ¿Cómo será con respecto á nosotros? Si imitamos la fe de los Magos, será para nosotros un misterio de salvacion. Esto supuesto, la fidelidad de los Magos ha de ser el modelo de la nuestra. Estos fueron 1.° diligentes en seguir la estrella; 2.° animosos en superar los obstáculos que se oponian á su viaje; 3.° constantes en medio de las poderosísimas tentaciones que se les suscitaron en Jerusalen y en Belen; por lo tanto, nuestra fidelidad á la gracia ha de ser 1.° pronta y sin tardanza; 2.° fuerte y generosa; 3.° firme y perseverante.—La prontitud de los Magos se resume en estas palabras: *vidimus, venimus;* porque, como dice san Ambrosio, *nescit tarda molimina Spiritus Sancti gratia.* Y ¿cuáles fueron los motivos que les indujeron á obrar con tal prontitud? El conocimiento de su miserable condicion de enemigos de Dios, del mérito de la gracia que les llama, y del peligro de perderla á que se exponen, si resisten á ella. Pues por los mismos motivos debemos nosotros tambien ser diligentes en nuestra conversion.—Para hacerse cargo de los obstáculos que con tanta generosidad superaron los Magos, basta considerar quiénes eran estos, qué cosas dejaban para trasladarse á Belen, y qué es lo que vieron en Jerusalen. Eran idólatras y sábios del paganismo; dejaban sus palacios, sus Estados y familias; vieron á Jerusalen en un estado de general desórden y de escandalosa indiferencia. Por consiguiente, ni las circunstancias personales, ni los respetos humanos, ni el mal ejemplo, que son los mayores obstáculos que se oponen á la conversion, han de ser parte para que dejemos de convertirnos.—La ocultacion de la estrella, la pobreza del lugar en que habia nacido el Salvador, y el mandamiento de no volver á encontrar á Herodes fueron los tres medios de que Dios se valió para probar la fidelidad de los Magos: la conducta que estos observaron en aquellas circunstancias es la prueba y la medida de su constancia. Á imitacion, pues, de los Magos debemos nosotros seguir en medio de nuestras tentaciones el camino de la Jerusalen

celestial, aunque desaparezca la estrella, esperando en tal caso que volverémos á verla brillar. Las humillaciones del pesebre y de la cruz, léjos de escandalizarnos, han de avivar nuestra fe, y han de animarnos á adorar en espíritu á nuestro Dios humillado, para que algun dia podamos poseerlo en la gloria. Finalmente, para llegar á la patria celestial es menester que sigamos un camino diverso del que hasta ahora hemos seguido.

2. Habiéndonos Dios comunicado las luces de la fe, representada por la estrella que sirvió de guia á los Magos, quiere que caminemos por la fe: *per fidem ambulemus.* Para hacerlo cual conviene, debemos seguir los pasos de aquellos Reyes, que fueron los primeros gentiles que adoraron á Jesucristo. Aquellos Reyes eran magos, que quiere decir sábios; y considerándolos bajo este aspecto, vese brillar su sabiduría principalmente entre dos cosas: 1.° en la resolucion de su viaje; 2.° en la ejecucion de su designio.—Los Magos desprecian las razones de la política humana y apóyanse tan solo en la autoridad divina para llevar á cabo el proyecto que han formado de seguir la estrella é ir á adorar al recien nacido Rey del cielo.—Andan en pos del astro, y cuando se les oculta, preguntan dónde ha nacido el Mesías, y consultan acerca de esto á los sacerdotes de Jerusalen: ni se conmueven al observar la turbacion de Herodes, ni se escandalizan al ver la pobreza y abyeccion del Rey que buscan.

3. El nacimiento de Jesucristo fue el misterio de su pobreza; su manifestacion es el misterio de su soberanía. Con efecto, Jesucristo en este dia, 1.° hace brillar á los ojos de los grandes una autoridad suprema, haciéndose obedecer de los Reyes; 2.° pone de manifiesto un supremo poder, haciéndose temer de los Príncipes; 3.° revela una gran majestad, haciéndose respetar de los mismos Reyes.—Hácese obedecer como soberano con una obediencia prontísima, dócil á la ambigüedad de la señal que llamaba á los adoradores, y generosa en la superacion de los obstáculos: cuya obediencia de parte de los Magos es una acusacion para aquellos cristianos tan tardos, tan negligentes y perezosos á las invitaciones de su Dios que solicita sus adoraciones.—La intrepidez de los Magos al anunciar á Herodes (y aquí nótese el indigno carácter de aquel usurpador), en su propia ciudad y dentro de su mismo palacio, el nacimiento del Mesías á quien iban á adorar, es una prueba del poder del niño Jesús; como lo es igualmente la turbacion del mismo Herodes, turbacion y espanto que le condujeron á los mas

horrorosos extremos, tales como jurar la muerte del nuevo Rey, apelar á la perfidia para perderle, y decretar la degollacion de los inocentes. Ahora, pues, si Jesús desde la cuna hace ya temblar á los mas grandes monarcas, ¿cuán terrible habrá de ser para todo el mundo cuando esté sentado en su trono? Y sin embargo ¡cuán pocos son los cristianos que le temen!—La majestad de Jesús, no obstante su infantil edad, la pobreza de su morada y la indigencia de sus padres, obtiene las mas profundas adoraciones de aquellos mismos Magos que al pasar por Jerusalen no hicieron el menor caso del hijo de Herodes, nacido entre la púrpura y en medio de las pompas y riquezas de un palacio real. Con tal ejemplo, ¿quién no se apresurará á tributar homenaje al Rey recien nacido? Pero Jesús busca verdaderos adoradores: *Venit hora, et nunc est, quando veri adoratores adorabunt Deum in spiritu et veritate. Nam et Pater tales quærit, qui adorent eum.* (Joan. IV).

Sentencias de la sagrada Escritura.

Ecce Magi ab oriente venerunt Jerosolymam. (*Matth.* II, 1. *Vide usque ad v.* 12).

Adorabunt eum omnes reges terræ, omnes gentes servient ei. (*Psalm.* LXXI).

Populus, qui ambulabat in tenebris, vidit lucem magnam; habitantibus in regione umbræ mortis, lux orta est eis. (*Isai.* IX).

Ambulabunt gentes in lumine tuo, et reges in splendore ortus tui. (*Ibid.* LX).

Surge, illuminare Jerusalem; quia venit lumen tuum, et gloria Domini super te orta est. (*Ibid.*).

Ecce tenebræ operient terram, et caligo populos; super te autem orietur Dominus, et gloria ejus in te videbitur. (*Ibid.*).

Inundatio camelorum operiet te, dromedarii Madian et Epha: omnes de Saba venient aurum et thus deferentes, et laudem Domino annuntiantes. (*Ibid.*).

Hæc est vita æterna, ut cognoscant te solum Deum verum, et quem misisti Jesum Christum. (*Joan.* XVII, 3).

Deus omnes homines vult salvos fieri, et ad agnitionem veritatis venire. (I *Tim.* II).

De tenebris vocavit nos in admirabile lumen suum. (I *Petr.* II).

Qui aliquando non populus, nunc autem populus Dei; qui non consecuti misericordiam, nunc autem misericordiam consecuti. (*Ibid.*).

Deo igitur gratias, per quem vocati sumus in societatem Filii ejus, qui dignos nos fecit in partem sortis Sanctorum in lumine; quia eripuit nos de potestate tenebrarum, et transtulit nos in regnum filii dilectionis suæ. (*Coloss.* I).

Non apparebis in conspectu meo vacuus. (*Exod.* XXIII).

Antequam sciat puer vocare patrem suum, et matrem suam, auferetur fortitudo Damasci et spolia Samariæ. (*Isai.* VIII).—Magi spolia sunt facti Samariæ, seu idololatriæ, credentes videlicet in Christum. (*Tert. lib.* III *adv. Marc.* XIII).

Per aliam viam reversi sunt in regionem suam. (*Matth.* II).

Ita et nos in novitate vitæ ambulemus. (*Rom.* VI).

Venite adoremus, et procidamus ante Deum. (*Psalm.* XCIV).

Venient ab oriente et occidente, et recumbent cum Abraham, Isaac et Jacob: filii autem regni projicientur in tenebras exteriores. (*Matth.* VI).

Primogenitum ponam illum excelsum præ regibus terræ. (*Psalmus*, LXXXVIII).

Figuras de la sagrada Escritura.

La obediencia que Abrahan mostró cuando el Señor le mandó que saliera de su tierra, es la figura mas expresiva de la vocacion y obediencia de los Magos. Á este propósito dice san Lorenzo Justiniano: *Obedivit Abraham, in locum exire, quem accepturus erat in hæreditatem, et exivit nesciens quò iret.* (De ligno vitæ, c. 7). San Juan Crisóstomo pone en mas alto lugar la obediencia de los Magos que la de Abrahan, diciendo que aquellos no tenian, como este, motivo alguno de interés: y el cardenal Cayetano añade que á Abrahan se le habian prometido sus premios, que debian ser otros tantos motivos para inducirle á obedecer; al paso que á los Magos en vez de atractivos, solo se les ofrecian dificultades para seguir la vocacion divina; de donde puede inferirse que la obediencia de los Magos fue mas meritoria y gloriosa que la de aquel Patriarca. (*Genes.* XII, 1).

El viaje que la reina de Sabá hizo á Jerusalen para oir á Salomon tiene alguna semejanza con la vocacion de los Magos; con la diferencia, sin embargo, de que la curiosidad y el orgullo movieron á Sabá á contemplar la grandeza del mas sábio y magnífico de todos los reyes, mientras que los Magos solo á impulso de su devocion fueron á adorar á un Rey que acababa de aparecer en un estado de profundísima abyeccion y en la débil edad de la infancia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La profecía de Balaam, de la que tal vez tenian conocimiento por tradicion los árabes y los caldeos, y segun la cual una de las señales que debia anunciar el nacimiento del Mesías era la estrella de Jacob: *orietur stella ex Jacob,* indujo seguramente á los Magos á seguir la nueva estrella que se les habia aparecido, pues dijeron: *Vidimus stellam ejus, et venimus.* Los santos Padres afirman que á esta señal exterior se añadió un impulso interior, y entre ellos san Leon dice: *Dedit aspicientibus intellectum, qui præstitit signum.* (Serm. I de Epiph.).

La ceguedad en que permanecieron los hebreos en medio de aquella luz á favor de la cual los gentiles acudian á adorar al Mesías en su cuna, habia sido figurada de antemano con el prodigio que ocurrió en Egipto cuando, mientras los moradores de aquel país estababan envueltos en las mas densas tinieblas, los hebreos gozaban de una clara luz.

Nótanse en el Evangelio de este dia las circunstancias del lugar en que nació el Mesías, y del príncipe extranjero que á la sazon reinaba en él, á fin de manifestar el cumplimiento de las profecías de Miqueas (*c.* v), que habia predicho que el Mesías naceria en Belen, y de Jacob, que profetizó que no naceria el Mesías hasta tanto que se quitase el cetro de manos de Judá. (*Genes.* LIX).

San Agustin compara los escribas y los sacerdotes que notificaron á los Magos el lugar en que debia nacer el Mesías, con los operarios que fabricaron el arca de Noé, en la que este con su familia se salvó del universal naufragio, mientras que aquellos perecieron en él: *Judæi similes fabris arcæ Noe, aliis ubi evaderent præstiterunt, et ipsi diluvio perierunt.* (Serm. de Epiph.).

Sentencias de los santos Padres.

Currant gentes post regem, agnoscant reges regem. (*S. Aug. in Psalm.* XLVII).

Christus in sidere fulgebat, chaldæi munera offerebant, Herodes gladium præparabat. (*S. Maxim. Ep. hom.* IV *de Epiph.*).

Quoniam apparitionem hanc (*Epiphaniam*) esse diximus, quid in ea appareat, dignum est ut quæramus. (*S. Bern. serm.* I *de Epiph.*).

Hæc stella creata est de novo, ut novum hominem regibus nuntiaret. (*Hugo Card. in c.* II *Matth.*).

Bene ejus dicitur stella, quia quamvis omnes ab eodem creatæ

stellæ ipsius sint, hæc tamen propria Christi erat quæ specialiter ejus nuntiabat adventum. (*S. Maxim. loc. cit.*).

Visa stella, quidquid per eam significabatur, mox intellexerunt. (*S. Eusch. Emiss. serm. de Epiph.*).

Nunquam hunc tanta devotione requirerent, tanto pietatis affectu desiderarent, nisi eum agnoscerent. (*S. August. serm.* III *de Epiph.*).

Alia stella, nimirum revelatione, indicatum est divinitus, quod luce externi sideris tacite signabatur. (*Id. ib.*).

Quoniam astrologi Magi erant, propterea Dominus familiari signo eos adduxit. (*Theophilact. in c.* II *Matth.*).

Mira res, hi peregrini nativitatem prædicant, etsi locum ignorant. (*Hugo in c.* II *Matth.*).

Disparuit stella Jerosolymis propter Christum, ut nativitas ejus nuntiaretur in regia civitate, ac per consequens Judæi Christum non recipientes, inexcusabiles haberentur. (*S. Bern. Sen. serm. de Epiph.*).

Ubi est, etc.; hoc est dicere: cur Rex Judæorum in præsepio jacet, et non decumbit in templo? cur non fulget in purpura, sed squallet in pannis? cur latet in specu, et manifestus in sanctuario non habetur? acceperunt jumenta in præsepe, quem in domo sua recipere vos sprevistis. (*S. Petr. Chrysol. serm.* CCLVI).

Adhuc (*Magi*) non viderant Christum, et jam parati erant mori pro eo. (*Auct. Imperf. hom.* II).

Aurum solvitur quasi regi magno, thus inmolatur ut Deo, myrrha præbetur quasi pro salute omnium, qui morituri sunt. (*S. Aug. serm. de Epiph.*).

Aurum dilectionis, thus devotionis, et myrrham contritionis. (*S. Bonav. serm. de Epiph.*).

Aurum offerimus, si sapientiæ lumine splendemus; thus, si orationis studio redolemus; myrrham, si carnis vitia mortificamus. (*S. Greg. hom.* X).

Quia in oriente orta est multiplicitas vitiorum, ideo veniens in carne Verbum voluit mundare illam partem novi sideris influentia; ut ubi cœperat macula, ibi inciperet sanctificatio; et ubi radicem jecerat idololatria, ibi fides inciperet pullulare. (*S. Joan. Damasc. t.* IV, *c.* 4).

Stella dicere, et clamare videbatur: Est puer, quem natum testor è cœlo; hic est Rex ille magnus, qui venit cœlesti imperio regnum sociare terrenum. (*S. Maxim. hom.* II).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Non enim retardavit eos (*Magos*) longitudo viarum, non difficultas temporum, non delicata teneritudo complexionum, non periculum personarum, quia ita inflammavit eos fidei fervor, et extrinsecus luminis splendor, ac interna irradiatio et illustratio, ut nec uno temporis momento potuerint retardari. (*S. Bern. serm. de Epiph.*).

Quænam Magos ratio commovit? quænam etiam spes impulit præmiorum, ut ad Regem adorandum venirent, tam vasto præsertim à se terrarum spatio separatum? Magos trahit per gratiam, quæ invitat; per lucem, quæ informat. (*S. Laur. Just. lib. de ligno vitæ*).

Agente stella in cordibus eorum. (*S. Leo*).

Dum considerabant Regem futurum, non timebant regem præsentem. (*Auct. Imperf. hom.* XXII).

Ecce reges sæculares regni negotia intermittunt, et Deum quærunt, quem tamen multi etiam litterati et religiosi negligunt. (*S. Bonav. serm.* I *Epiph.*).

Adorant in carne Christum, in infantia sapientiam, in infirmitate virtutem, et in hominis veritate Dominum majestatis. (*S. Leo, serm.* II *de Epiph.*).

Alienæ opis indigum, fandi impotentem, et in nullo ab humanæ infantiæ generalitate dissimilem adorant. (*Ibid.*).

Hominem vident, et Deum adorant. (*S. Petr. Chrysol. ubi supr.*).

Devotionem promittebat *Herodes*, qui gladium acuebat, et malitiam cordis sui humilitatis colore depingebat. (*Auct. Imperf. in c.* II *Matth.*).

Cave, ne Herodi efficiaris similis, et dicas, ut et ego veniens adorem eum, cumque veneris interimere coneris. Hujus enim similes sunt, qui indigne abutuntur communione mysterii. (*S. Joan. Chrys. in c.* II *Matth. hom.* II).

Agnoscamus in Magis adorantibus Christum vocationis nostræ, fideique primitias... Exultantibus ergo animis beatæ spei initia celebremus. (*S. Leo, de Epiph. serm.* II).

Præter illam stellæ speciem, quæ corporeum incitavit obtutum, fulgentior veritatis radius eorum corda perdocuit. (*Id. serm.* IV).

Nos ad Christum adorandum fulgens ex Evangelio veritas, tamquam de cœlo stella perduxit. (*S. Aug. serm.* XXXII *de Temp.* IV *de Epiph.*).

Quid erit tribunal judicantis, quando superbos reges (*Herodem*) cuna terret infantis? (*Id. ib.*).

Ille (*filius Herodis*) natus in palatio contemnitur, iste (*Jesus*) natus in diversorio quæritur; ille à Magis nullatenus nominatur, iste inventus suppliciter adoratur. (*S. Fulgent.*).

Ducatum nobis præbeat velut stella cœli, lux fidei. (*S. Aug. serm.* XXIX *de Temp.*).

Stetit stella supra ubi erat puer, quasi dicens, hic est, ut quia monstrare loquendo non poterat, stando demonstraret. (*Idem in Matth.*).

Quid erat stella, nisi mirifica lingua cœli, quæ inusitatum Virginis partum inusitato fulgore clamaret? (*Id. serm.* XXXI *de Temp.*).

Quid erat ista stella, nisi magnifica lingua cœli quæ narraret gloriam Dei? (*Id. serm.* III *de Epiph.*).

Abscondebatur in stabulo, et cognoscebatur in cœlo. (*Ibid.*).

Quis est iste Rex tam parvus et tam magnus? nondum in terris loquitur, et in cœlis edicta proponit. (*Ibid.*).

Sacramentum præsentis fidei oportet esse perpetuum. (*Id. serm.* V *de Epiph.*).

Non ita natus est Christus, ut reges nascuntur in sæculo, quia natus est ille, cujus regnum non est de hoc sæculo. (*Id. serm.* XXX *de Temp.*).

Credat jam Deo omnis terra, quia de cœlo loquitur Christus; natus enim in angulo hodie, declaratur in cœlo. (*Id. serm.* XI *de Epiph.*).

Non potest tantum nomen abscondi, quod videris sideris indicio publicari. (*Ibid.*).

Pastoribus Angeli, Magis stella demonstrat, utraque loquitur lingua cœlorum: quia jam cessaverat lingua Prophetarum. (*Ibid.*).

Ne Deus in carne positus esset obscurus, servit cœlum, reddunt et ipsa sidera testimonium. (*Ibid.*).

O infantia, cui astra famulantur ad cunas! cujus est ista magnitudo, ad cujus cunas sidera obsecundant, et reges trepidant, sectatores sapientiæ ingeniculantur? (*Ibid.*).

O beatum tugurium! O sedes Dei secunda post cœlum, ubi non lucerna, sed stella fulgebat! (*Ibid.*).

Illâ luce inchoata est fides gentium, illis tenebris accusata est perfidia Judæorum. (*Id. serm.* XXXI *de Temp.*).

Hæc Magorum illuminatio magnum testimonium cæcitatis Judæorum: in terra eorum isti requirebant, quem illi in sua non cognoscebant. (*Id. serm.* II *de Epiph.* XXX *de Temp.*).

Dedit (*Deus*) aspicientibus intellectum, qui præstitit signum (*stel-*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

læ); et quod fecit intelligi, fecit inquiri, et se inveniendum obtulit requisitus. (*S. Leo, serm.* IV *de Epiph.*).

Hic (*in præsepe*) involutus pannis, hic visus à pastoribus, hic demonstratus à stella, hic adoratus à Magis. (*S. Hier. l. ep.*).

Quid facitis, ò Magi, quid facitis? Lactentem puerum adoratis in tugurio vili in vilibus pannis? Nonne timendum erat, fratres, ne scandalizarentur viri isti, et illusos se crederent, cum tam indigna viderent? Non illis sordet stabulum, non pannis offenduntur, non scandalizantur lactentis infantia: procidentes venerantur ut regem, adorant ut Deum. (*S. Bern. serm.* II *Epiph.*).

Si magnus est puer hic, quæ necessitas fugæ et occultæ recessionis (*in Magis*)? (*S. Joan. Chrys.*).

Alia venerunt Magi via, alia redeunt; qui enim Christum viderant, Christum intellexerant, meliores utique, quam venerant, revertuntur. (*S. Ambr. in c.* II *Luc.*).

Sapientia hujus mundi ignorat Deum, quem solum deberet inquirere. (*Id. in Psalm.* CXXIX).

Magi sacramentalia munera obtulerunt. (*S. Cypr.*).

Quid est, quod sic turbaris Herodes? Inanis est ista turbatio tua. Rex enim, qui natus est, non venit reges pugnando superare, sed moriendo mirabiliter subjugare. (*S. Fulgent. serm.* V).

Cujus times infantiam nascentis, magis timere debes potentiam judicantis. (*Ibid.*).

In loco humili et supellectile vili Rex regum et Dominus dominantium invenitur, cognoscitur, adoratur. (*S. Greg. Nyss. de Nat. D.*).

Veritas, quam Judæorum obcæcatio non recipit, omnibus nationibus lumen suum invexit. (*S. Leo, serm.* II *de Epiph.*).

Jam tunc cœli enarraverunt gloriam Dei, et in omnem terram sonus veritatis exivit. (*Ibid.*).

Quem Magi infantem venerati sunt in cunabulis, nos omnipotentem adoramus in cœlis. (*Ibid.*).

Mox ab omnibus voluit agnosci, qui dignatus est omnibus nasci. (*Id. serm.* I *de Epiph.*).

Qui Magos adduxit, ipse et instruxit, et qui per stellam foris admonuit, ipse in occulto cordis edocuit. (*S. Bern. serm.* I *de Epiph.*).

Videte, quam oculata sit fides, in stabulo videt Deum. (*Ibid.*).

Vide, quam certa fides et nihil hæsitans (Magorum): non quærunt, utrum natus sit; sed interrogant sine hæsitatione, ubi natus sit. (*Ibid.*).

Indevotus est vacuus adorator. (*S. Petr. Chrys. serm.* CIII).

Illi erant primitiæ gentium, nos populus gentium. (*S. Aug. serm.* II *de Epiph.*).

Diem primitiarum nostrarum, et inchoationem vocationis gentium rationabili gaudio celebremus. (*S. Leo, serm.* III *de Epiph.*).

Apud Judæos Prophetæ loquuntur, nec audiuntur; apud gentiles stella tacet, et suadet. (*S. Maxim. hom.* I *Epiph.*).

Quasi stella cœli, lux fidei. (*S. Leo, serm.* IV *de Epiph.*).

O calliditas ficta! ò incredulitas impia! ò nequitia fraudulenta! Sanguis innocentium, quem crudeliter effudisti, attestatur quid de hoc puero voluisti. (*S. Fulgent. serm.* I *de Epiph.*).

Cujus persona (*Herodis*) qui alii, quam hypocritæ, designantur, qui dum ficte quærunt, invenire Dominum numquam merentur? (*S. Greg. hom.* X *in Evang.*).

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESQUELETO DEL SERMON I

SOBRE LA TRANSFIGURACION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

(*Jesus*) *transfiguratus est ante eos.* (Matth. XVII, 2).
(Jesús) se transfiguró en presencia de ellos.

1. El amor de lo bello es innato en el hombre... Aspira siempre á la belleza de su alma y cuerpo... La de este y aquella vino á procurarnos y restablecer en nosotros Jesucristo... De ello nos dió una prueba clarísima en su gloriosa transfiguracion... Nos mostró su naturaleza divina que regia é irradiaba la humana, y nos manifestó la gloria comunicada por él á toda la naturaleza humana en los cuerpos de sus santos fieles...

Primera parte.

2. Jesús escogió de entre todos sus Apóstoles algunos que con sus propios ojos viesen brillar por entre la oscuridad de su humana naturaleza los rayos de su naturaleza divina, para poder dar á conocer á las gentes, como testigos oculares, la majestad y poder del Salvador...

3. Narracion de la transfiguracion de Jesús, segun los santos Evangelios. Con ella conservó la fe de sus discípulos y avivó en ellos el deseo de abrazar la cruz... Tres cosas se notan en la transfiguracion: la magnificencia de Jesús, la aparicion de Moisés y de Elías, y la voz que salió de la nube.

4. Se transfiguró, pero sin cambiar las naturales facciones de su rostro... Este apareció brillante como el sol... Sus vestidos blancos como la nieve... Varias formas bajo las cuales le contempló Daniel...

5. No por haberse transfigurado, transformó su cuerpo en cuerpo glorioso... Este era pasible... La luz con que resplandeció estaba oculta en su interior...

6. Esto fue un milagro y al propio tiempo un misterio... Si los hombres le hubiesen conocido, no le hubieran crucificado... Prohibicion hecha á los Apóstoles de hablar de la transfiguracion hasta despues de la Resurreccion...

7. Os recuerdo estas cosas para que ameis con mas amor y deis gracias con mas efusion á aquel que las obró á impulsos de su divino amor para con nosotros...

8. Dicha de Pedro durante la transfiguracion de Jesús... Dicha tambien de Moisés y Elías durante la misma... Lo que habian visto hasta entonces no era mas que sombras...

9. Voz que salió de la nube... Y ¿cómo hablar de ella dignamente? Ángeles santos...

10. Este es mi Hijo predilecto... Significado de las palabras del Padre... Por tí, ó Hijo mio...

Segunda parte.

11. Á mas de su gloria natural, Jesús nos demuestra en este misterio la que comunica á la naturaleza humana en los cuerpos todos de los Santos.

12. Ni uno solo entre los santos Padres, griegos y latinos, dejó de ver en la transfiguracion del Señor una imágen de la gloria con que los cuerpos de los Santos resplandecerán eternamente.

13. No llamó á los Ángeles sino á los hombres para que, testigos de su gloria, viesen la clara y viva imágen de la que reserva á sus cuerpos.

14. El Señor reunirá todos los Santos, en cuerpo y alma, al rededor de sí, y los transfigurará en su luz... Se adornará con ellos... ¡Cuán grande será la felicidad de estos!... Llorarán los impíos...

15. En las palabras del Padre tanto en el Tabor como en el Jordan se descubre la adopcion de los hombres como á hijos de Dios... La adopcion encierra la conformidad entre los hermanos. Esta se nos da por gracia en el Bautismo, y se nos dará por gloria en cuerpo y alma en el empíreo...

16. *Resúmen*... Moisés y Elías hablaron con Jesús de la muerte que habia de padecer en Jerusalen. Esto nos manifiesta que la gloria celestial es exclusivamente fruto del árbol de la cruz... Es, pues, menester que nos transfiguremos ahora en Jesucristo crucificado para serlo despues en él glorificado... Mortifiquémonos, pues, en la cruz... *Deprecacion*...

SERMON I

SOBRE LA TRANSFIGURACION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

(*Jesus*) *transfiguratus est ante eos.* (Matth. XVII, 2).
(Jesus) se transfiguró en presencia de ellos.

1. El amor de la belleza, hermanos mios, es ingénito en el hombre, y por esto aspira naturalmente á la hermosura de su alma y de su cuerpo. Esta aspiracion, cuando no está ordenada por la divina gracia, mueve al humano ingenio, como se ha visto en todos tiempos, á practicar vanamente muchos y profundísimos estudios, y á idear muchos, diversos y sutilísimos artificios para hermosear y adornar, en cuanto alcanza, las almas y los cuerpos. Por otra parte vemos que los mas de los hombres, llevados del mismo concupiscible amor á la belleza, se afanan y desvelan continuamente por conservar, hermosear y perfeccionar á medida de su sensual vanidad la parte corporal de su persona, olvidándose enteramente de la espiritual. No es el presente dia, en que celebramos la gloriosa Transfiguracion de Jesucristo, ocasion oportuna para demostrar una vez mas hasta dónde llega la necedad de esos hombres; pero conviene, sí, oyentes mios, recordar hoy, que nuestro santísimo Redentor, movido de su ardentísima caridad, tomó á su cargo este cuidado, y por la eficacia y virtud de su sangre preciosa, no solo devolvió á nuestra alma su perdida belleza, aumentándola con dones y gracias celestiales, sino que encendió de nuevo una esplendorosísima luz, por cuyo medio serán maravillosamente embellecidos los cuerpos de todos aquellos que le hayan seguido en el desprecio y la crucifixion de sí mismos. Aun mas; no contento de habernos prometido esta tan maravillosa belleza, que es un reflejo de la suya propia, quiso darnos por sí mismo, mientras vivia en la tierra, una prueba clarísima de ella en su transfiguracion. Con efecto, en este inefable misterio, el Señor nos puso á la vista la verdadera y viva imágen de la gloria á que elevó la naturaleza humana que habia tomado, mos-

trándonosla en sus esplendores, no solo perfectamente reintegrada á su primer estado, sino superabundantemente adornada de bellísimas y sobrenaturales formas, y hecha conforme á la gloria divina no solo en la parte espiritual, sino tambien en la corporal. Pero ¿qué digo conforme? Conforme, sí, en cuanto á nuestra propia humanidad; mas en cuanto á su humanidad sacratísima, esta se nos mostró en aquel felicísimo dia peregrinamente transfigurada en los espiendorosos rayos de su luz y unida á su divinidad, y como dicen místicamente los Santos, divinizada. De manera que Jesucristo, en la gloria de la naturaleza que habia tomado, nos hizo ver á un mismo tiempo dos principales cosas: nos mostró su naturaleza divina, que regia é irradiaba la humana, y nos manifestó la gloria comunicada por él á toda la naturaleza humana en los cuerpos de sus santos fieles. Estos dos puntos, considerados separadamente, formarán la materia del discurso que hoy me he propuesto dirigiros sobre la Transfiguracion de Jesucristo. Si los escuchais atentamente y los meditais con espíritu de fe viva, lograréis dos objetos: primeramente, con la contemplacion de la gloria de Jesucristo haréis que arda en vosotros el deseo de adorarle glorioso en los cielos con muchísimo mas afecto y devocion; y en segundo lugar, por la manifestacion de los humanos cuerpos santificados en la tierra inferiréis el esplendor mucho mas refulgente de las almas santas glorificadas en el cielo. Por tanto os ruego, oyentes mios, que me presteis benévola atencion. Saludemos antes á María: *Ave María.*

Primera parte.

2. No me detendré á manifestaros la necesidad que habia de que el Hijo de Dios humanado se revelase á los hombres como verdadero Dios, así como por la carne que habia tomado se mostraba verdadero hombre, ni el número y naturaleza de los medios de que se valió para dar á conocer al humano entendimiento su natural divinidad; pues seguramente no hay entre vosotros ninguno que ignore nada de esto. Tampoco me ocuparé en probaros cuán necesario era que semejante verdad, de tal modo revelada y confirmada, fuese divulgada por todo el mundo y creida por divina fe, ni cuáles y cuántos fueron los generosos é invictos anunciadores de esta verdad, que dieron testimonio de ella con su sangre: cosas son estas bien sabidas de todos nosotros, y tan caras á nuestro corazon como la fe santísima por cuyo medio somos iniciados en la vida es-

piritual. Por esto, pues, nuestro bondadoso Redentor juzgó conveniente, de entre todos sus Apóstoles, elegidos para difundir por la tierra la nueva luz evangélica, arrostrando por ella los ultrajes, los suplicios y la muerte, escoger algunos que con sus propios ojos viesen brillar por entre la oscuridad de su humana naturaleza los vivísimos rayos de su naturaleza divina, y viesen igualmente toda la belleza y esplendor que las injurias y padecimientos del cuerpo comunican al cuerpo mismo; á fin de que por una parte pudieran decir con verdad á todas las gentes: Os hemos dado á conocer el poder de Jesucristo, no por las falsas y artificiosas relaciones de algun impostor, sino por cuanto nosotros mismos hemos contemplado en el monte santo su majestad y oido la voz de Dios Padre que le hablaba desde su magnífica gloria; y por otra parte pudiesen decir valerosamente á los tiranos enemigos del nombre de Jesús crucificado: Nosotros no tememos á los que matan el cuerpo; dadle muerte si quereis y os lo permite aquel que es la vida, el cual, así como nos hizo contemplar su gloria, así tambien en el dia de su juicio resucitará nuestro vil cuerpo, hecho semejante á la claridad de su cuerpo glorificado.

3. Pero ¿en qué términos se verificó la transfiguracion de Jesucristo? Oid, hermanos mios, lo que sobre esto nos dicen los santos Evangelios. Jesucristo, hablando un dia con sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere seguirme, renuncie á sí mismo, y tome su cruz y sígame; y luego añadió: En verdad os digo que algunos de los que están aquí, no gustarán la muerte hasta que hayan visto el reino de Dios. Pocos dias [1] despues, Jesús tomó consigo á Pedro, Santiago y Juan, y subió con ellos solos á un alto monte para orar; y mientras estaba orando, se transfiguró en presencia de ellos: su rostro resplandeció como el sol, y sus vestiduras se tornaron resplandecientes y blancas como la nieve; y al mismo tiempo aparecieron en majestad dos varones, Moisés y Elías, que hablaban con él de la muerte que habia de padecer en Jerusalen. Entonces Pedro dijo á Jesús: Señor, bien será que nos estemos aquí, y hagamos, si quieres, tres tiendas, una para tí, otra para Moisés, y otra para Elías; y mientras estaba hablando, vino una nube luminosa que los cubrió, y salió de la nube una voz que decia: Este es mi Hijo el amado, en quien yo mucho me he complacido, oidle. Y cuando los discípulos oyeron la voz, cayeron sobre sus rostros; mas alzando ellos despues los ojos, á nadie vieron, sino solo á Jesús. Despues de esto Jesús bajó del monte con sus tres discípulos. Así hablan, hermanos mios, los santos Evangelios. De ahí deduzco yo que la transfiguracion del Señor nos representa la imágen clara y viva, en cuanto á Jesús, de su natural y divina gloria, y en cuanto á nosotros, de la gloria que por medio de él han adquirido nuestros cuerpos. De esta manera Jesucristo conservó la fe de sus discípulos, á quienes habia dicho que algunos de ellos, antes de gustar la muerte, verian el reino de Dios, y al propio tiempo avivó en ellos el deseo de abrazar la cruz, despues que hubieron visto la gloria que por medio de la cruz obtienen, aun en el cuerpo, los que la abrazan con amor. En cuanto á la imágen de la gloria de Jesucristo, considero la magnificencia de este, la aparicion de Moisés y de Elías, y la voz que salió de la nube.

[1] Matth. XVII, 1; Marc. IX, 1; Luc. IX, 28.

4. Como hemos visto, léese en los divinos Libros que Jesucristo se transfiguró, y que su rostro resplandeció como el sol. ¿Se transfiguró? preguntaréis tal vez con admiracion. Se transfiguró, sí, oyentes mios, y esta palabra, consagrada por la Religion, santificada por los Padres y dictada por el Espíritu Santo, ha de respetarse como toda palabra divina; pero no ha de entenderse en el sentido de que en aquel instante el Señor cambiase las naturales facciones de su rostro, ó se despojase del terreno manto de su cuerpo para cubrirse con un velo espiritual, errores propios de cabezas delirantes é insensatas; transfiguróse en esplendor, y el semblante que resplandeció y tornó relucientes sus naturales facciones, no fue otro que el suyo propio, opaco, sí, y oscuro, y no pintado por sí de ningun color, como son las cosas corporales no iluminadas; pero se transfiguró de suerte que la transparencia de los vivos rayos de la brillantísima luz divina y el resplandor que aquellos derramaban exteriormente por todos lados, hiciéronlo resplandecer de nueva y admirable manera. No, no se mudó en lo mas mínimo la primitiva forma, ni la sustancia de su rostro ó de su cuerpo, que brilló con una luz sobrenatural; sino que, como está escrito, mudóse la apariencia y la gloria: *Resplenduit, sicut sol; et facta est species vultus ejus altera.* De una manera semejante el profeta Daniel, en las enigmáticas visiones que tuvo de los misterios de él, contemplóle bajo varias formas visibles de cosas creadas: ya bajo la forma de crisólito que daba á su bellísimo cuerpo la brillantez del oro, y lo cubria de pequeñas llamas que parecian de fuego; ya cual refulgente sol que brillaba en su sereno rostro, y cuál trémulos fulgores que relucian suavemente encima de él; ya á manera de brillante nieve, que ba-

ñaba de celestial candidez sus intactos cabellos; ya cual sutilísimo fuego que inflamaba sus vigilantes ojos y arrojaba al exterior vivísimas y chispeantes llamas. Así él que en aquellos antiguos tiempos se mostró muchas veces, bajo las proféticas sombras, triste, pálido y sombrío, mostróse en las riberas de Iddechel cubierto de brillantes resplandores bajo las esplendorosas formas de crisólito, de oro, de sol, de luz, de nieve y de fuego; y sin embargo, en sus misteriosas apariciones es el mismo Hijo de Dios y de la Vírgen en quien nada se ha mudado, y lo que brilla en la mente del Profeta no es mas que la imágen de su gloria trocada en otra que nos oculta la verdadera gloria de él, transfigurado en el monte santo; divina gloria, cuya claridad, superior sin comparacion alguna al ardor del fuego, á la brillantez del oro, á la blancura de la nieve y al resplandor de los fulgores, de los soles y de los crisólitos, ven brillar Pedro, Santiago y Juan al través del radiante cuerpo de su divino Maestro.

5. Cuando digo que se vió brillar al través de su radiante cuerpo la luz de la divina gloria, no quiero decir, oyentes mios, que (en ella) el sagrado cuerpo de Jesús se convirtiese en cuerpo glorioso; pues aunque los santos Padres dicen que así como el sol brilla con sus rayos, el cuerpo de Jesús brilló con la gloria de su divinidad, no quieren significar con esto que pasara á ser glorioso; lo cual no debia suceder en aquella hora, porque el Hijo de Dios vistióse de carne pasible para someterla á los padecimientos y á la muerte, en la grande obra de la Redencion. Quizás elevó su cuerpo por encima de la condicion mortal, comunicándole por algun tiempo, ya una, ya otra de las cualidades gloriosas; pero no lo puso en la condicion de la gloria. ¿Por ventura hizo glorioso su cuerpo, cuando en virtud de una sutileza sobrehumana salió del seno virginal de María sin abrirlo, ó cuando con admirable ligereza caminó por encima de las aguas del mar, tocando apenas la superficie de ellas? ó cuando por efecto de una repentina invisibilidad salió del templo y pasó por en medio de los judíos sin ser visto de ninguno de ellos? No, no lo hizo glorioso, aunque, comunicándole separada y pasajeramente las cualidades de la gloria, lo hizo ya sutil, ya ligero, ya invisible, ya, como en el acto de la transfiguracion, enteramente iluminado con la luz divina de la gloria. Si una sola vez lo hubiese hecho glorioso, no lo hubiera vuelto al estado de pasibilidad; porque es tal la naturaleza de la gloria celestial, que lo que esta hace glorioso, comunicándole perennemente esta calidad, glorioso se mantiene y permanece, y cual sol que ja-

más declina, consérvase eternamente en la altura de su cenit. Así es, que nosotros contemplamos el cuerpo sagrado de Jesús, no glorioso, pero sí resplandeciente con la luz de la gloria. Incomprensible misterio y milagro es este; pero ¿qué cosa hay en Jesús, Hombre-Dios, que no sea misterio y milagro incomprensible al humano entendimiento? Esta misma luz que así lo ilumina ahora, ¿no estuvo hasta este instante milagrosa y misteriosamente oculta? Y así como el poder divino ha querido que parezca ahora al exterior, ¿no quiso asimismo que permaneciese encerrada en el interior? ¿Quién de vosotros no sabe que el alma nobilísima del Redentor desde el instante que fue criada fue súbitamente santa, y resplandeció en ella la luz eterna? ¿Cuál de vosotros ignora que no podia dejar de transmitir á los formados miembros la luz juntamente con la vida? Porque aquella alma escogida que desde el primer momento de su existencia fue perfectamente muda á la persona del Hijo de Dios, que era el término y el complemento de ella misma y de su cuerpo, tan pronto como abrió en aquel primer instante los ojos de su purísimo entendimiento, por una gracia singular y propia de ella sola, vió resplandecer plenamente y á descubierto sobre de sí la inmensa luz de la divina esencia, y no bien hubo fijado en aquella luz sus clarísimos ojos, inflamóse en ella y brilló tambien toda con un resplandor semejante á aquella luz; y al punto que brilló con los eternos resplandores, por necesidad hubo de comunicarlos á su cuerpo, de manera que inmediatamente todos sus miembros empezaron á brillar muy intensamente con aquellos resplandores que el mas puro y terso cristal no brilla por la reflexion del sol. Sin embargo, Dios, para que el cuerpo de Jesucristo fuese pasible, repelió y encerró en lo mas recóndito de su alma aquellos rayos que por su naturaleza tendian á derramarse fuera de ella.

6. De este gran milagro podeis inferir, oyentes mios, qué milagro mucho mas grande se necesitaria para que en aquel santo cuerpo que, así como está animado por un santo espíritu, está tambien sustentado por una persona divina, no se trasluciese la divinidad de esta persona. Verdad es que el manto humano con que la divina persona está cubierta no puede ocultar ni ofuscar su relumbrante claridad, claridad del Hijo de Dios, que es el inseparable esplendor de la gloria del Padre, y que juntamente con este es la fuente de la eterna luz; mas sin embargo Jesucristo hizo de su cuerpo una especie de opaca nube que misteriosa y milagrosamente interceptó los rayos de su luz, de manera que ni uno solo de ellos le

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

descubrió. Esto, oyentes mios, á mas de ser un milagro, fue tambien un misterio, porque escrito está que si los príncipes del siglo hubiesen conocido al Señor de la gloria, no lo hubieran crucificado. Por esta razon al bajar Jesús del monte con los discípulos, en cuya presencia se transfiguró, impúsoles el siguiente mandato: No digais á nadie la vision, hasta que el Hijo del Hombre resucite de entre los muertos; pues quiso ser desconocido en el mundo cual extranjero, para que se cumpliese la voluntad del Padre hasta las postreras angustias de su mortal crucifixion.

7. Mas ¿por qué os expongo, hermanos mios, todas estas cosas? ¿Acaso es mi objeto aprovechar hoy la oportunidad de explicároslas, á fin de que las considereis y mediteis, y por medio de esta meditacion ameis con mas amor y deis gracias con mas efusion á aquel que las obró á impulsos de su divino amor para con nosotros? Sí, amados mios, con este objeto os las recuerdo, y ruego á Dios que fructifiquen en vosotros. Pero tambien os las recuerdo para que, ya que yo con mis palabras, en vez de aclarar la idea que teníais formada de la gloria que Jesucristo nos manifestó en su transfiguracion, quizás he contribuido á oscurecerla, podais vosotros con vuestra buena comprension formaros un concepto mas claro y elevado de aquella divina gloria. Así, oyentes mios, considerando la gran luz por la cual el alma de Jesús, comprendiendo á Dios, es comprendida, y considerando igualmente la grandísima luz de su divinidad; considerando despues, como aquellas dos luces emanadas de una sola, de repente, al transfigurarse Jesucristo, se desatan, se mueven y se comunican del alma al cuerpo, y alumbran y esclarecen el rostro, los miembros y los vestidos del Salvador, y lo envuelven y adornan con brillantes rayos á manera de radiantes auréolas; considerando todo esto, amados oyentes, figuraos las llamas que salen al exterior, brillan y circulan por todos lados cual bellísimas estrellas, y reflejadas de mil maneras, resplandecen y se precipitan desde los encendidos peñascos del monte: dichosas llamas, debeis pensar entonces; llamas que arden con el fuego de la gloria; arden, y no queman; arden, y no deslumbran; arden y confortan y deleitan, y á los que las miran hacen gozar anticipadamente las delicias del paraíso.

8. ¡Dichosos verdaderamente los discípulos á quienes Jesús hizo la imponderable gracia de mostrárseles en tan sublime gloria! ¿Qué mucho, pues, que el buen Pedro manifestara el deseo de que no se le quitase de los ojos la vision que con tanta alegría, cási extático, contemplaba y adoraba; vision de la luz que emana de él (del Hijo de Dios), en quien, como está escrito, desean mirar los Ángeles? Grato le era á Pedro el contemplar en una mañana serena, sentado en la popa de su barquilla, como asomaba el sol su luciente disco por entre las azuladas aguas del mar, y doraba con sus primeros rayos las elevadas cimas de los montes; grato le era tambien el contemplar en una clara noche la sublime magnificencia de los cielos... Pero ¿á dónde me lleva mi imaginacion? No es bien que comparemos la clara luz con las oscuras sombras. Oscuras sombras fueron las luminosas figuras que Dios mostró á los antiguos Padres y Profetas; sombras fueron las columnas portentosas que discurrieron por el desierto; sombras las inflamadas nubes que aparecieron encima de los tabernáculos; sombras las zarzas ardientes; sombras el centelleante carro de Elías; sombras la faz resplandeciente de Moisés. Dichosos aquellos santos Profetas y Padres que vieron brillar algun rayo de luz entre las sombras; pero mas felices aquellos que, disipadas las sombras, vieron la verdadera luz. Mil veces dichosos vosotros, Elías y Moisés, que con amoroso deseo suspirásteis por contemplar el hermoso semblante del Señor de la gloria. Tú, Moisés, en el monte Sínai, desde el hueco de la roca donde te puso tu Señor, no viste mas que sus hombros al pasar con la rapidez del viento; y tú, Elías, cuando pasó por delante de tí en el monte Horeb, tampoco le viste mas que cual ligero relámpago que sale del silbo de un vientecito suave. Mas ahora, tú, ó Moisés, que desde el lugar de tu descanso has subido al Tabor, despues de haber tomado tu alma en un instante, no tu propio cuerpo, que dejaste en los montes de Abarim, en uno de cuyos mas ocultos valles el Señor lo hizo esconder invisiblemente, sino, segun la voluntad de Dios, otro diverso cuerpo, como lo toma un Ángel cuando se aparece á los hombres en forma humana; y tú, ó Elías, que has descendido de las aéreas regiones á donde repentinamente fuiste arrebatado por el carro y los caballos flamígeros de Dios para vivir tranquilamente hasta la consumacion de los tiempos; ahora digo, vosotros, Moisés y Elías, cuya caridad respira siempre el nuevo y suavísimo olor del seráfico incienso, habeis sido puestos por Dios á su lado en el monte Tabor, y contemplais su hermosísimo semblante que resplandece con la luz de su gloria, mientras que vosotros resplandeceis tambien con la luz de él. Vosotros aquí lo declarais Emanuel, Dios con nosotros, admirable, fuerte, príncipe de la paz, consejero, padre de la eternidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Vosotros lo declarais aquí, no Jeremías, no Elías, no Juan, no uno de los Profetas, sino verdadero Cristo, Hijo de Dios vivo, no raptor de la divinidad del Padre, sino posesor coeterno con él por la unidad de esencia. Vosotros le declarais Señor de la vida y de la muerte, Juez de los muertos y de los vivos, Redentor de los que han sido y de los que serán, Autor y dispensador de la gracia y de la gloria; lo declarais sustancial objeto de las Escrituras y de las profecías, y declarais por último, que solo él es la conveniencia, el consentimiento, la perfeccion y el cumplimiento de la Ley y de los Profetas. ¡Mil veces dichosos vosotros, que habeis sido elegidos para tan gozoso objeto! Permaneced con Jesús y hablad con él en tanto que os lo permite. Cuando partais de aquí y volvais á los santos lugares de vuestra incesante meditacion, contemplad allí con frecuencia interiormente la deliciosa imágen del adorable Jesús transfigurado, cuya imágen conservaréis clarísimamente en vuestra memoria, hasta que llegue el deseado dia en que el mismo Jesucristo en su propia luz os hará ver, contemplar y comprender por toda la eternidad, separada de toda luz creada, la pura luz increada de la divina esencia.

9. Habiéndoos hablado ya, oyentes mios, de la divina luz de Jesucristo transfigurado y de la aparicion de Moisés y Elías, voy á hablaros ahora, segun me lo he propuesto, de la voz que salió de la nube. Pero ¿quién me dará para esto palabras suficientes? Ángeles santos, vosotros á quienes está confiada la custodia de este nobilísimo templo, vosotros que, colocados junto al augusto altar, adorais en las especies del Sacramento el refulgente glorioso cuerpo de Jesús, y le contemplais en el empíreo cielo, sentado á la diestra del Padre, tocad y purificad mis labios con alguna centella del divino fuego que os inflama, é inspiradme palabras dignas del objeto que voy á tratar. Y vosotras, ó almas santas que os habeis congregado aquí para meditar conmigo los tan grandes y amados misterios de nuestra santísima fe, oid con amor y con temblor la voz del Padre celestial.

10. Mientras que Moisés y Elías, acabado su coloquio con Jesús, se disponian á separarse de él; y en tanto que Pedro, despues de haber manifestado á su Maestro el deseo de hacer las tres tiendas, estaba aun hablando; vino del cielo una nube luminosa que les hizo sombra, se colocó en forma de tabernáculo sobre Jesús, Moisés y Elías, y condensándose al rededor de los dos Profetas, los ocultó enteramente; y habiendo quedado Jesús solo con los discípulos, salió de la nube una voz que dijo: Este es mi Hijo el amado, en quien yo mucho me he complacido, oidle. ¡Oh voz! ¡Oh voz dulcísima del divino Padre! ¡Oh voz llena de mil y mil misteriosos conceptos! Este es, dice el Padre á su amabilísimo hijo Jesús, que peregrinaba en la tierra para conducirnos á nosotros pecadores al reino de los cielos, este es mi Hijo el amado en quien yo me he complacido. Este, que se ha hecho carne, y es hijo del hombre, es mi Hijo natural, engendrado hoy por mí en el principio ante los cielos, y colocado en mi secreto seno junto á mí, sobre el trono de mi eternidad: en él me contemplo y me complazco. Me complazco en él, que desde Edom y de Bosra vuelve á mí con los vestidos teñidos de sangre. Me complazco en él, por el cual yo reconstituiré mi imperio sobre el monte Sion, y pondré allí los sillares de mi fortaleza: allí formaré mi pueblo de Israel, el tercero con el egipcio y el asirio, y desde allí la gloria de mi paz resonará por la tierra tanto cuanto alumbra el sol. Me complazco en él, á quien yo he llamado de una intacta flor de virginidad, á quien he cubierto con la sombra de mi virtud (ó de mi poder), y le he ceñido mi espada y le he dado las saetas que mi arco tricorde arroja y vibra; y por el cual veo ahora rotas las cadenas, abiertas las cárceles, disueltos los lazos, levantados los valles, arrasados los montes y las colinas, enderezados los caminos tortuosos, y allanados los ásperos senderos. Ahora veo á mi nueva Jerusalen, que ha trocado en guadañas sus lanzas, venir alegre al convite de mi santidad y de mi justicia, y sentarse á la mesa de mis dulcísimos manjares y de mis vinos finísimos, y embriagarse y regocijarse en ella. He abrasado y destruido populosas ciudades y villas, y he aniquilado sus orgullosos moradores. Ahora por tí, amado Hijo mio, no me celebrará ya mas la muerte ni el sepulcro: yo reuniré todas las gentes en mi ciudad de la vida, fabricada con mi oro, rodeada de mis zafiros, topacios y esmeraldas, é iluminada, no por la luz del sol ó de la luna, sino por la claridad de mi altísimo oriente. Yo haré que sus campos sean mas verdes, floridos y feraces que los de Saron, Acor y Eden, y pondré en ellos mis palmas de Engaddi, mis cipreses de Hermon, mis rosas de Jericó, mis cedros de Tiro, y el cinamono y el gálbano y el terebinto. Por tí, ó Hijo mio, yo derramaré mi Espíritu sobre todos los pueblos, y los hijos y las hijas de ellos, y los jóvenes y los viejos profetizarán mis profecías, soñarán mis sueños y verán mis visiones. Arderán entre ellos aquí bajo el timiamates y el incienso, y las nubes de humo subirán hasta mí

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

despidiendo el olor de mi suavidad; y mientras que subirán, yo los doraré con los rayos de mi luz, y con estos rayos daré fe de mi complacencia: por esto me complazco en tí. Sí, tú eres mi Hijo el amado, en quien yo me he complacido. Tal es, oyentes mios, el significado de las palabras que el Padre celestial dirigió á Jesús en el monte Tabor y que el Espíritu de Dios inspiró á sus Santos en los divinos Libros.

Segunda parte.

11. Ahora, pues, la claridad de Jesús transfigurado, la aparicion de Moisés y Elías, y la voz salida de la nube nos demuestran de un modo admirable la naturaleza divina del Salvador, que ilumina la humana, y las dos juntas nos representan, como dije al principio, la viva imágen de su divina gloria natural. Mas como la Transfiguracion de Jesucristo nos demuestra igualmente, segun he dicho ya, la gloria comunicada por él á la naturaleza humana en los cuerpos todos de los Santos, representándonos en su santo cuerpo la clarísima imágen de aquella gloria; por eso me parece conveniente deciros algo sobre este particular. Breves serán mis palabras; mas si me escuchais con devoto corazon, supliréis fácilmente el defecto de mi brevedad.

12. Entre los santos Padres latinos, y aun mas entre los griegos, hubo muchos que escribieron con sabiduría y elegancia sobre el misterio de la Transfiguracion; y aunque todos lo trataron de diverso modo, segun sus conocimientos ó su particular ingenio, y segun las luces que Dios se habia dignado infundirles; sin embargo no hay uno solo de ellos que no haya visto en tan admirable acontecimiento la imágen de la gloria y de la luz, con que los cuerpos de los Santos resplandecerán eternamente en el cielo. Nada diré yo, amados mios, de sus altísimas contemplaciones sobre la Transfiguracion del Señor, superiores de mucho á la fuerza de mi locucion; apuntaré tan solo algunas ideas menos sublimes, expresadas por aquellos Padres con lenguaje sencillo y llano. ¿Por qué razon, dicen ellos, plugo á Jesús manifestar la divina luz de su sagrado cuerpo á algunos hombres de la tierra, mas bien que á algunos de los mas sublimes espíritus de los coros angélicos? ¿Por qué Moisés y Elías resplandecian al lado de él con su luz? ¿Por qué con la misma luz de Jesús relucian sus vestidos? ¿Por qué vino del cielo una nube luminosa? ¿Por qué salió de la nube la voz del Padre y dijo las mismas palabras que antes habia pronunciado sobre el Jordan, cuando fue allí bautizado Jesucristo? ¿Por qué todas estas cosas? ¿Por qué, concluyen los santos Padres resumiéndolas todas en una, y exponiéndonos distintamente sus místicas doctrinas, por qué se revela en estas cosas á las almas escogidas la gloria y la claridad de sus cuerpos, á los cuales Dios, volviéndolos á la vida inmortal, resucitará y hará resplandecer en su reino cual otros tantos soles?

13. Aunque los Ángeles que adoraban al Señor en las cimas del monte Tabor eran quizá mas numerosos que las hojas, las flores y las yerbas de aquellas amenísimas laderas; el Señor, empero, no llamó allí expresamente á ninguno de los Serafines, de los Querubines, ó de los Ángeles de los demás órdenes, para que presenciasen su Transfiguracion; pero llamó allí á su presencia á Pedro, Santiago y Juan, y á Moisés y Elías, para que sus discípulos vieran la gloria de su lucidísimo cuerpo, y para que sus Profetas, no solo la viesen, sino que además, cási glorificados, resplandeciesen con ella. Llamó á su lado y delante de sí, no á los Ángeles que carecen de cuerpo, sino á los hombres, de cuya naturaleza forma el cuerpo una parte sustancial; llamó á dos que no viven ya entre los hombres y á tres de los vivientes sobre la tierra, para que estos, y con estos todos los fieles de todos los tiempos, contemplasen la gloria de su santo cuerpo, y en ella viesen la clara y viva imágen de la gloria que los bienaventurados cuerpos de aquellos para quienes la cruz no es necedad, sino virtud de Dios, obtendrán en el dia de la universal resurreccion de los muertos. Llamó á Moisés, antorcha luminosísima de la ley divina; llamó á Elías, fuego ardentísimo del profético celo; llamó á Pedro, inmovilísima piedra de su Iglesia; llamó á Santiago, primicia apostólica de los mártires de su fe; llamó á Juan, sagrario virginal del amor de él y de sus misterios.

14. La nívea candidez y el resplandor que la luz del cuerpo del Señor comunicó á sus vestiduras, nos demuestra la claridad y la belleza que la divina gloria de Jesucristo comunicará á los cuerpos de sus escogidos en el santo reino de los cielos. Porque, dicen los Padres, así como la claridad del cuerpo de Jesús transfigurado fue la imágen de la claridad de su cuerpo resucitado, así tambien la claridad de sus vestiduras fue la imágen de la claridad de los cuerpos resucitados de los Santos. Empero la claridad del Señor superará á la de los Santos, cuanto la luz del sol supera á la blancura de la nieve. Sin embargo, los Santos resplandecerán con la luz de su Señor mas que el sol. El Señor los reunirá á todos al rededor de

sí y los transfigurará en su luz, y una vez transfigurados, se adornará con ellos como con sus espléndidos vestidos, y con ellos se engalanará como con sus collares, y sus perlas y sus piedras preciosas, á la manera que la nueva esposa, segun la expresion del Profeta, adórnase con ricos collares y perlas y piedras preciosas el cuello y el pecho. ¡Oh! cuán grande será, hermanos mios, la felicidad de que gozarán eternamente los Santos, inseparablemente unidos al supremo Rey de la gloria! Llorarán los impíos, y clamarán en medio del horroroso fuego del infierno, donde arderán juntamente sus almas y sus cuerpos: verán la gloria de que gozarán en el cielo los Santos, resplandecientes con la luz divina, y la verán para su mayor afliccion y tormento; y sus clamores y su llanto no tendrán fin.

15. Ahora ¿qué diré, oyentes mios, de la nube luminosa que vino del cielo sobre el monte Tabor, y de la voz del Padre que salió de la nube, repitiendo aquellas palabras que el mismo Padre eterno habia proferido á orillas del Jordan? Estos dos sucesos encierran en sí dos principales misterios: el misterio altísimo de la sagrada Trinidad, y el misterio de nuestra perfecta adopcion como hijos de Dios en la gloria. Aunque Dios es á la vez uno y trino; uno por cuanto es una sola la naturaleza, la sustancia y la esencia divina, y trino, por cuanto son tres las divinas personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo; sin embargo, Dios, en los antiguos tiempos, no reveló la trinidad de las personas con tanta claridad como habia revelado la unidad de la esencia divina. Mas, cuando llegó el cumplimiento de los tiempos, el Señor reveló expresa y clarísimamente la admirable trinidad de las divinas personas, haciendo esta revelacion de un modo particular y sensible en el Jordan y en el monte Tabor. Al salir Jesús, despues de su bautismo, de las sagradas aguas del Jordan, abriéronse encima de él los cielos, y el Espíritu Santo en figura de paloma se posó sobre él, y oyóse una voz que decia: Este es mi Hijo el amado, en quien me he complacido. Entonces manifestóse la divina persona del Padre, en la voz que vino del cielo; la divina persona del Hijo, en Jesucristo salido de las aguas, y la divina persona del Espíritu Santo, en la paloma. De un modo semejante, sobre el monte Tabor se manifestó la persona del Padre, en la voz que vino de la nube; la persona del Hijo, en Jesús transfigurado; y la del Espíritu Santo, en la nube luminosa que vino del cielo y se posó en la cima del monte. Ahora bien, siendo la natural y eterna filiacion de Jesucristo, Verbo encarnado, el dulce

lazo de nuestra adopcion como hijos de Dios, lazo que por medio del amor divino nos une y estrecha con el Padre celestial; y debiendo considerarse nuestra adopcion bajo el doble respecto de la gracia y de la gloria; convenia, dicen los Santos, que el Padre, que es el único que, en su perfecta sabiduría, en union con el Hijo y con el Espíritu Santo, tiene conocimiento de la generacion perfecta de su Unigénito, declarase con su voz, en el Jordan y en el Tabor, que Jesús es su Hijo amado, en quien se complace. La adopcion como hijos de Dios requiere, hermanos carísimos, conformidad de imágen con el Hijo divino, cuya conformidad es hecha por Dios, segun sus eternos decretos, primeramente en los viadores de la tierra, mediante su gracia, y en segundo lugar, en los bienaventurados del cielo, mediante su gloria. La primera, que es una conformidad imperfecta, nos la da Dios gratuitamente en el Bautismo, por el cual aunque somos hechos hijos de Dios, no se sabe aun, como dice san Juan, lo que vendrémos á ser: la segunda, que es una conformidad perfecta, y que se nos demuestra en la claridad del divino Hijo Jesús transfigurado, nos la da Dios en el cielo empíreo, en el cual, añade san Juan, sabemos que, cuando aparecerá Jesucristo, serémos semejantes á él, porque le verémos tal cual es en su divinidad. Por esto el Espíritu Santo, que en las aguas del Jordan apareció en figura de paloma, que significa la inocencia y la candidez de los bautizados en su primera regeneracion, en el monte Tabor apareció en forma de nube luminosa, que significa la claridad de los cuerpos de los Santos en la segunda regeneracion de estos, cuando serán resucitados por la virtud de Dios, é iluminados por la beatífica luz de la divina gloria, mas que los vapores del aire cuando los iluminan los rayos del sol. Finalmente, en la nube que vino del cielo á la cima del monte, y se extendió en forma de esplendidísimo tabernáculo sobre Jesús, Moisés y Elías, se nos representan los cielos y la tierra, los cuales, cuando en la manifestacion de la gloria de los hijos de Dios serán renovados, dotados de perfectísima belleza é iluminados por una luz purísima, serán para los Santos que habrán resucitado, y vivirán y se moverán en Jesucristo, una especie de tabernáculo y de sagrado espejo, en cuya luz y belleza verán con sus ojos, de una manera nueva y con nueva delectacion, reflejada la esencial luz y belleza de él, á quien ellos mismos ven cara á cara y gozan intuitivamente.

16. En el presente discurso os he demostrado, oyentes mios, en cuanto me lo han permitido mis cortos talentos y mi escasa ins-

truccion, os he demostrado, repito, como Nuestro Señor Jesucristo, en la gloria de su Transfiguracion, nos manifestó, segun he dicho, primeramente su naturaleza divina, que regia é irradiaba la humana, y nos hizo contemplar en aquella la imágen clara y viva de su divina gloria natural; tambien he demostrado, segun he dicho despues, por los pocos conceptos de los santos Padres que os he expuesto sencilla y brevemente, cómo el bondadoso Jesús, en los misterios de su Transfiguracion, por la presencia de sus discípulos, por el resplandor de sus vestiduras, por la nube luminosa y por la voz de su eterno Padre, nos manifestó la gloria adquirida por él mismo á toda la naturaleza humana en los cuerpos de los Santos, y nos hizo contemplar igualmente en la claridad de su sagrado cuerpo la esplendorosa y viva imágen de la claridad de los cuerpos de los Santos glorificados en él y por él. Ahora, pues, hermanos mios, al recordar estas dos bellísimas imágenes, que sin duda os han causado un gran consuelo y una gran delectacion, y os la causarán siempre que las traigais á la memoria, recordad tambien que Moisés y Elías en la gloria del Tabor hablaron con Jesús de la muerte que habia de padecer en la cruz, con cuyo razonamiento nos enseñaron que la gloria celestial es exclusivamente fruto del árbol de la cruz. Por tanto, es menester, amados mios, que, ya que no corporalmente, nos transfiguremos espiritualmente en Jesucristo crucificado, mientras vivimos esta brevísima vida mortal, á fin de que despues de esta seamos transfigurados en Jesucristo en la eterna vida inmortal. Verdad es que la crucifixion espiritual es dolorosa, pero tambien es verdad que ella es para los que peregrinamos en esta tierra el único recto camino de salvacion. *Tribulationem patimur*, dice san Pablo, *semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes, ut et vita Jesu manifestetur in corporibus nostris.* Padecemos dolores y aflicciones llevando de continuo en nuestro cuerpo la mortificacion de Jesús, á fin de que la vida de Jesucristo se manifieste tambien en nuestros cuerpos al tiempo de nuestra dichosa resurreccion. Padecemos, sí, pero nos son dulces y amables las penas y los dolores. *Quod non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis;* porque no son de comparar los trabajos de este tiempo con la gloria venidera, que se manifestará en nosotros. *Id enim, quod in præsenti est momentaneum, et leve tribulationis nostræ, supra modum in sublimitate æternum gloriæ pondus operatur in nobis:* El peso de nuestras mortificaciones, que es momentáneo y ligero en comparacion de la infinidad y eternidad de

los goces celestiales, hace que merezcamos y alcancemos una altísima y preciosísima recompensa y beatitud en la eterna gloria del paraíso. Mortifiquémonos, pues, en la cruz, hermanos mios; porque la cruz es *Lignum vitæ his, qui apprehenderint eam, et qui tenuerit eam, beatus,* dice la Escritura: La cruz es árbol de vida para los que la alcanzan; y bienaventurados aquellos que saben conservarla. Transfigurémonos, pues, hermanos mios, en Jesús crucificado, como, segun he dicho, nos conviene que lo hagamos, á fin de que seamos transfigurados en Jesús glorioso. Para que podamos alcanzarlo, ya que por nosotros solos no somos capaces de formar siquiera una sola idea, suplicámoste, ó Jesucristo, Señor nuestro, Señor piadoso, que te transfiguraste en tus esplendores sobre el monte santo para hacernos apetecibles y agradables los padecimientos; nos concedas tu eficacísima gracia, en virtud de la cual, conforme al deseo que has infundido en nuestros corazones, te bendigamos y glorifiquemos en el Gólgota y en el Tabor, en union con el Padre y con el Espíritu Santo, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amen.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESQUELETO DEL SERMON II

SOBRE LA TRANSFIGURACION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Assumit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem fratrem ejus, et ducit illos in montem excelsum seorsum: et transfiguratus est ante eos. (Matth. XVII, 1 et 2).

Toma Jesús consigo á Pedro, y á Santiago, y á Juan su hermano, y los lleva aparte á un monte alto: y se transfiguró delante de ellos.

1. No satisfecho Dios con habernos criado, redimido, colmado de bienes, y prometido la gloria eterna, nos dió en sí mismo una prenda de ella.

2. Á este fin sube á la cumbre del monte Tabor... Palabras de Pedro...

3. Lo mismo deberíamos todos exclamar, y lo haríamos como lo hacen las almas santas si no viviéramos olvidados del sumo bien que Dios nos reserva en el cielo.

4. Este comun olvido será todo el argumento de mi discurso. *Invocacion.*

5. Todos los hombres desean y procuran ser felices... En vano buscan la felicidad en este mundo... No se halla en él tan inestimable tesoro...

6. La fe nos dice que está en el cielo... y ¿cómo sabiéndolo ponemos en los bienes terrenos todo el afecto que debiéramos poner en la gloria celestial? La causa es el fatal olvido de ella en que vivimos...

7. Símil de un viajero que olvidándose del objeto y término de su viaje, se para en una ciudad intermedia grande y hermosa.

8. Mayor aprecio hacian de la Jerusalen terrena los judíos cautivos en Babilonia, que no hacemos nosotros, desterrados en este mundo, de la Jerusalen celeste. Ellos suspiraban, lloraban...

9. Otros serian nuestros deseos y afectos si supiéramos imitar á los israelitas... David... Moisés...

10. La memoria del premio que se espera es muy poderosa. Con

ella animaba Moisés á los israelitas en el desierto... Ella anima al labrador... al navegante... al militar...

11. Si tanto puede la memoria de un premio transitorio, ¿qué hará la del eterno? Pintura de este premio.

12. ¡Oh cielo! ¡oh gloria!... ¿Qué corazon habrá tan duro?... ¿Quién dejará de...

13. Tales son los afectos que la memoria del cielo excita en las almas contemplativas... Job... justos... anacoretas... mártires... san Ignacio... El hallarnos nosotros tan distantes de su fervor proviene en gran parte del olvido en que vivimos de la gloria celestial.

14. Sí, este olvido tiene á nuestros corazones frios... Fijos los ojos en la tierra, como los brutos, no los levantamos al cielo... Viejos de que habla Daniel...

15. Palabras del gentil Séneca... ¡Qué confusion para los cristianos!...

16. *Exhortacion:* No sea tanta, oyentes carísimos, nuestra ceguedad... Dediquemos algunos ratos á la consideracion de la vida eterna...

17. Arrepentidos de nuestro fatal olvido... Ya, Señor, nos pesa... Eficazmente proponemos... *Deprecacion...*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON II

SOBRE LA TRANSFIGURACION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Assumit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem fratrem ejus, et ducit illos in montem excelsum seorsum: et transfiguratus est ante eos. (Matth. XVII, 1 et 2).

Toma Jesús consigo á Pedro, y á Santiago, y á Juan su hermano, y los lleva aparte á un monte alto: y se transfiguró delante de ellos.

1. ¡Oh benignidad inefable de nuestro gran Dios! Con ser dignísimo de todo nuestro amor por sí mismo y por la copia de beneficios que nos ha hecho, nos ofrece aun magníficos premios para que le amemos. Es Dios por su naturaleza no solo infinitamente bueno y perfecto, sino la misma bondad y perfeccion. Nos crió de la nada, y nos dió un ser superior á todas las criaturas de este mundo: se hizo hombre por nosotros: con su sangre preciosísima nos redimió de la dura esclavitud del pecado y del demonio: nos ha llenado de favores, y no cesa de dispensarlos. ¿Qué títulos ni mas justos ni mas poderosos para obligar nuestro amor? ¿Qué hijo no ama tiernamente al padre que le dió el ser? ¿Quién es tan ingrato, que no estime con mucho afecto á su Redentor, libertador, bienhechor liberalísimo? ¿Qué corazon hay tan duro, que no se deje arrastrar con suave fuerza de una bondad, una hermosura, una perfeccion infinita? Sin embargo de serle tan debido nuestro amor, se ha dignado Dios de prometer á los que de veras le aman y sirven un premio tan grande como es la gloria eterna; y no satisfecha su inmensa liberalidad con haberle prometido, para mas avivar nuestra esperanza, quiso dar en sí mismo una prenda del premio celestial á que debemos aspirar.

2. Á este fin sube Cristo con tres discípulos á la cumbre del monte Tabor. Allí difundida en su sagrado cuerpo la gloria, que por los altos fines de nuestra redencion tenia reconcentrada en la

parte superior de su alma santísima, se deja ver tan hermoso y resplandeciente, que arrebatado el apóstol san Pedro de tan plausible espectáculo, exclama: Señor, bueno es estar aquí: hagamos en este lugar delicioso tres tiendas, una para Vos, otra para Moisés, y otra para Elías, que fue como decir: coloquemos en este glorioso teatro nuestra perpétua morada.

3. Con semejantes ansias exclamarian todos los cristianos, si fijasen los ojos de la consideracion en la gloria celestial, de que la del Tabor fue un breve diseño. Cada uno diria en su interior con el Profeta: «¡Oh cuán bueno es y cuán dulce habitar en la casa «del Señor [1]! ¡Cuán amables son, ó Señor de infinita grandeza, «vuestros tabernáculos [2]! ¡Quién me diera las alas de una cándida «dichosa paloma, para volar con ellas al monte santo, á la region «sublime y deliciosísima de la gloria [3]! ¡Cuándo será el feliz mo«mento en que mi alma llegue á la presencia de mi Dios, para con«templarle, amarle y gozarle para siempre [4]!» Así exclaman en efecto las almas santas, aquellas almas que tienen puesta su principal atencion, no en los bienos caducos de la tierra, sino en la bienaventuranza eterna. ¿Y por qué nosotros, oyentes carísimos, no exclamamos con tan vivas ansias? ¿Por qué no suspiramos con fervoroso afecto por la gloria celestial, sino porque en lugar de poner en tan dulce objeto nuestra consideracion, la tenemos puesta toda en los bienes y gustos de esta vida? Creemos que Dios ha ofrecido á los que fielmente le sirven el inmenso premio de aquella gloria; pero no la consideramos, no fijamos en ella la atencion: apenas nos acordamos de ella tal cual momento, y aun entonces muy ligeramente: por decirlo en una palabra, vivimos olvidados del sumo bien que Dios nos tiene preparado en el cielo. Con un olvido tan lastimoso, ¿qué mucho no lo deseemos con verdadero afecto, ni procuremos con la debida solicitud su consecucion?

4. Este funesto efecto del comun olvido ha de ser hoy el triste objeto de mis declamaciones, y todo el argumento de mi discurso, en que os demostraré: *Que gran parte de los cristianos no buscan solícitos, ni desean con ansia la gloria del cielo; porque distraidos y absortos en las cosas terrenas, en vez de contemplarla con atencion y*

[1] Beati qui habitant in domo tua, Domine. (*Psalm.* LXXXIII, 5).
[2] Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum! (*Ibid.* 1).
[3] Quis dabit mihi pennas sicut columbæ, et volabo, et requiescam? (*Psalmi* LIV, 7).
[4] Quando veniam, et apparebo ante faciem Dei? (*Psalm.* XLI, 3).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

frecuencia, la tienen fatalmente olvidada. Para que mis paternas voces hagan en los corazones de mis amados oyentes la impresion y los felices efectos que deseo, asistidme, Señor, con los auxilios de vuestra divina gracia por intercesion de vuestra santísima Madre, que devotos implorarémos luego, saludándola con el Ángel: *Ave María.*

§ I.

5. Todos los hombres desean su felicidad; y es esta verdad tan cierta, que, segun afirma Ciceron, ni los académicos, que disputaron de todo, se atrevieron á ponerla en duda. Movidos de este deseo, que imprimió el Criador en el corazon humano, buscaban los filósofos antiguos la felicidad con tanto empeño, que no cesaban de disputar, escribir, viajar por mar y tierra, para encontrar tan estimable tesoro. Pero se cansaban en vano, dice mi Padre san Agustin [1]; porque le buscaban en este mundo, de donde está desterrado. Esto era propiamente buscar una dulce y perpétua paz entre las confusiones de Babilonia: un gozo imperturbable en el valle de lágrimas: una verdadera y constante dicha en el propio teatro de trabajos, aflicciones y miserias.

6. Ilustrados nosotros por la fe, sabemos que no es este mundo el propio lugar de la verdadera felicidad, sino el cielo; sabemos que la gloria celestial es el noble fin para que somos criados: que solo ella puede saciar nuestros deseos, llenar nuestros corazones, hacernos sumamente contentos y dichosos por toda la eternidad. Con este cierto conocimiento ¿suspiramos ansiosos por aquella gloria? ¿la buscamos con la mayor solicitud? Así debiera ser; pero no es así. Nuestra solicitud, nuestras ansias, todo nuestro cuidado está puesto en las riquezas, honras y deleites de esta vida. ¡Extraño desórden! Que pusieran todo su anhelo en los bienes terrenos los que neciamente se prometian la felicidad en la tierra, no es de admirar; pero los que sabemos que no puede hallarse en la tierra sino en el cielo, poner en los bienes terrenos y mundanos todo el afecto que debiéramos poner en la gloria celestial: desear ser felices, y apartar el cuidado de donde únicamente se halla la felicidad verdadera, ¿cómo seria posible, á no tener olvidado lo mismo que creemos con increible certeza? Sí, oyentes carísimos, el fatal olvido de la gloria celestial con que viven muchos cristianos es realmente la causa del poco ó ningun cuidado que ponen en adquirirla. Enamorados de los bienes aparentes de este mundo, embelesados con su vista, no levantan los ojos á los bienes inmensos que les ofrece Dios en el cielo: no piensan en la otra vida que han de esperar, sino en la que actualmente gozan: no consideran lo que ha de venir algun dia, sino lo que tienen presente.

[1] De Civit. Dei, lib. XIX, c. 6.

7. Muchas veces habréis visto algun pasajero, que hallando por el camino una ciudad grande y hermosa, se para en mirar los edificios, las plazas, las fuentes, los jardines, los paseos, los espectáculos de particular gusto que se le presentan á la vista; y olvidando con estos plausibles objetos, como con un dulce encanto, el término de su viaje, se le pasan las horas, y tal vez todo el dia sin caminar para su destino. Lo mismo sucede á muchos de nosotros. Todos en este mundo somos peregrinos [1], que caminamos ó debemos caminar para la patria celestial, término feliz de nuestra jornada. No tenemos aquí ciudad permanente [2]: nuestra patria, nuestro destino, la ciudad verdadera de que debemos considerarnos como propios vecinos [3], especialmente los que logramos la dichosa suerte de ser cristianos, es el cielo: para aquella ciudad somos criados y redimidos: á ella nos guia la santa fe que profesamos: á ella se deben dirigir todos los pasos de nuestra vida. Pero en el mismo camino por nuestra desgracia nos detienen y suspenden nuestra atencion los negocios terrenos, las vanidades, riquezas, honras y gustos del mundo. Así atentos únicamente á las cosas mundanas, se nos pasan las horas, los dias, los años de la vida sin pensar sériamente en el cielo; y en vez de dirigir toda nuestra solicitud al dichoso término de nuestra jornada, que es la gloria celestial, de ninguna cosa cuidamos menos. En suma, los bienes aparentes de este mundo, que arrastran nuestro corazon, nos hacen olvidar la gloria eterna; y con este olvido, ¿qué mucho no suspiremos por ella, ni la busquemos con el debido afecto? ¿Quién busca con solicitud ni desea eficazmente lo que ha olvidado?

8. Mucho mayor aprecio mereció á los israelitas la Jerusalen terrena, que á nosotros la celestial. Cautivos en Babilonia, ni los trabajos de su dura esclavitud, ni las vanidades y delicias de aquella ciudad opulentísima, fueron capaces de apartar jamás de su memoria su dulce patria; y les era esta memoria tan grata, que lle-

[1] Dum sumus in corpore, peregrinamur à Domino. (*II Cor.* v, 6).
[2] Non habemus hic civitatem permanentem, sed futuram inquirimus. (*Hebr.* XIII, 14).
[3] Ephes. XI, 19.

garon á prorumpir en estas expresiones [1] : «¡Oh Sion! ¡oh ciudad «santa! primero sufrirémos que se nos corte ó se seque nuestra ma«no derecha, y se quede pegada nuestra lengua en el paladar sin «poder moverla, que olvidarnos de tí.» Para mas avivar su memoria y contemplar á su satisfaccion tan dulce objeto, se salian del pueblo, dejaban el bullicio de las gentes : no querian oir voces halagüeñas, ni ver cosa alguna que pudiera llamar su atencion ó distraer su pensamiento : buscaban la soledad en las riberas del rio Eufrates, donde sentados con profundo silencio, repasaban en su memoria la grandeza, el tesoro, las delicias, todas las comodidades de su amada patria, de que se veian privados. Con este vivo recuerdo de tal suerte se les encendian los deseos de gozarla, que no cabiendo su llama en el pecho, se desahogaba en copiosas lágrimas [2] : *Illic sedimus et flevimus, dùm recordaremur tui Sion.*

9. ¡Ah! oyentes carísimos, ¿qué otros serian nuestros deseos y afectos, si supiéramos, á imitacion de los israelitas, apartar los ojos de todas las vanidades terrenas, y levantarlos al cielo, considerando con frecuencia y seriedad aquella dulcísima patria para la cual somos criados? ¿Con qué ansias la desearíamos? ¿Con qué solicitud procuraríamos gozarla? Lo mismo era fijar el santo rey David su pensamiento en la gloria celestial [3], que derretirse su alma en vivas ansias de llegar á la posesion de aquel sumo bien. La consideracion del premio eterno fue, segun el apóstol san Pablo, la que obligó á Moisés á dejar la corte de Egipto, despreciar las riquezas y delicias de un palacio, sufrir con invencible valor las fatigas de un viaje penosísimo, las crueles persecuciones y evidentes peligros á que tuvo tantas veces expuesta su vida. Contemplaba el inmenso premio de la bienaventuranza eterna ; y puesta en él toda su atencion, lo tenia tan presente como si estuviera delante de sus ojos [4] : *Aspiciebat enim in remunerationem.* De aquí los fervorosos deseos con que suspiraba su corazon para tan inestimable premio: de aquí sus arduas empresas, su invicta constancia, su admirable paciencia : de aquí en fin las heróicas acciones con que procuró merecer y adquirir un premio que por su grandeza se le proponia con razon digno de todo su afecto : *Aspiciebat enim in remunerationem.*

10. Ni es de admirar que sea tan poderosa la memoria del premio celestial y eterno ; sabiendo todos á cuánto suele obligar la de

[1] Psalm. CXXXVI, 5, 6. — [2] Ibid. 1.
[3] Hæc recordatus sum, et effudi in me animam meam. (*Psalm.* XLI, 5).
[4] Hebr. XI, 26.

los premios temporales de esta vida, tan inferiores en el verdadero valor, que ni merecen ser comparados con aquel. ¿Con qué animaba el mismo Moisés á su pueblo en el largo y penoso viaje del desierto, sino con la frecuente memoria de la tierra de promision, que le ofrecia por premio y término de sus trabajos, proponiéndoles aquella tierra, fértil, rica, deliciosa, propia para todas las comodidades? Esta memoria encendia en los pechos de todo el pueblo un ardiente deseo de llegar á tan feliz destino ; y este deseo les hacia vencer todos los obstáculos, y sufrir todas las penalidades del camino por mas que fuesen grandes. Al labrador para tolerar las pesadas fatigas del campo : al navegante para exponerse á los graves peligros del mar : al militar para sacrificar su reposo, su sangre y su vida, ¿quién les anima, sino la memoria del premio que esperan de sus fatigas, de su constancia, de sus proezas? No habria podido el grande Alejandro animar su pequeño ejército á tantas y tan arduas empresas, á no haber acordado á los soldados con frecuencia el honor, los tesoros, las grandes conveniencias que habian de adquirir con sus conquistas. En cada peligro les repetia este recuerdo ; y cada recuerdo era un poderoso incentivo del valor, que les hacia despreciar todos los peligros.

11. Si tanto puede la memoria de un premio transitorio, ¿qué hará la del premio eterno de la gloria? Para mejor demostrar el exceso, quisiera, oyentes carísimos, haceros aquí una pintura de aquel premio. Pero ¿quién es capaz de hacerla? Ni los ojos vieron, ni las orejas oyeron, ni el corazon, por mas que dilate sus senos, puede comprender, dice san Pablo [1], lo que Dios tiene preparado para los que de veras le aman. Es, como dice san Juan [2], un maná escondido, que solo puede conocerle bien el que le goza : es, segun la expresion de David [3], un manantial perenne de dulzuras, tan oculto como grande y copioso. Así hablan de la gloria los Apóstoles, los Profetas, los escritores sagrados : así la ponderan, sin explicar jamás en qué consiste. Querian declararlo, dice mi Padre san Agustin [4]; pero faltándoles palabras correspondientes á la grandeza del objeto, prorumpian solo en exclamaciones y expresiones

[1] Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit quæ præparavit Deus iis qui diligunt illum. (*I Cor.* II, 9).
[2] Vincenti dabo manna absconditum. (*Apoc.* II, 17).
[3] Quam magna multitudo dulcedinis tuæ, Domine, quam abscondisti timentibus te! (*Psalm.* XXX, 20).
[4] S. Aug. in Psalm. LXXXV.

de asombro. Sin empeñarme, pues, en explicar lo que tanto excede mi corta capacidad, solo expondré un tosco diseño, proporcionado á nuestros limitados alcances. Bastaria decir en compendio, que no hay bien verdadero, no hay deleite digno de este nombre, que no se goce plenamente en el cielo. En aquella region felicísima no se manifestarán solamente á los bienaventurados todos los bienes rápidamente, y con ciertas restricciones, como se manifestaron á un gran Profeta por singular beneficio en este mundo [1]; sí que los poseerán y los gozarán todos: no por partes: no sucesivamente; sino juntos: no por pocos momentos: no por algunos dias, años, ó siglos; sino por toda la eternidad: no con cuidados para conservarlos, y menos con temor de perderlos por algun accidente; sino con infalible certeza de que ni podrán perderse jamás, ni disminuirse. Gozarán una paz imperturbable, una vida sin peligro de muerte, libre de todo dolor, de toda inquietud, de todo trabajo aun levísimo: unos deleites purísimos y suavísimos, que nunca se mudan y siempre son nuevos; porque la voluntad goza siempre todo lo que quiere, y siempre quiere todo lo que goza: una honra y dignidad elevadísima, sin cargo, sin riesgo, sin envidia: una compañía con estrechísima concordia y dulcísima union, ¿y de quién? No de aquellos fingidos héroes que vanamente deseaba Sócrates para su soñada dicha; sino de los Patriarcas, Profetas, Apóstoles y otros héroes verdaderos de la virtud y perfeccion sublime: de todos los coros de Ángeles: de la santísima Vírgen, su reina y amantísima madre nuestra. Os parecerá esto mucho, y con razon. Pero levantad ahora, oyentes carísimos, el pensamiento. No solo gozarán los bienaventurados la compañía de las mas excelentes criaturas; sino del mismo Criador. ¿Qué digo la compañía? Gozarán realmente al mismo Dios: gozarán todos los bienes, todas las dulzuras en su misma fuente; ó por mejor decir, gozarán la fuente inagotable de bienes y dulzuras en sí misma. Se cumplirá en cada bienaventurado la magnífica promesa que hizo Dios á Abrahan, cuando le dijo [2]: Yo, yo mismo he de ser la paga y el premio de tus servicios. Cada uno podrá decir con toda verdad con el real Salmista [3]: Dios, que es todo el objeto de mi corazon, es y será para siempre mi propia posesion y herencia: *Deus cordis mei, et pars mea Deus in æternum.* Verán los bienaventurados á Dios con

[1] Exod. XXXIII, 19 et seq.
[2] Ego... merces tua magna nimis. (*Genes.* XV, 2).
[3] Psalm. LXXII, 26.

toda su majestad y grandeza, con todos sus atributos y perfecciones: entrarán en los profundos arcanos de la divina Providencia: se les descubrirán los inmensos tesoros de la divina Sabiduría, los altísimos misterios de la Trinidad, Encarnacion, Redencion y otros totalmente ocultos á la ciencia humana. Verán todo esto, no en espejos, enigmas ó sombras, como en esta vida pudieron verlo por la fe; sino clarísimamente, quitado el velo con que la misma fe lo habia cubierto á sus ojos. En fin, verán á Dios con toda claridad, le amarán con todo el afecto, le gozarán con plenísima seguridad y dulzura, unido estrechamente con ellos para siempre.

12. ¡Oh cielo! ¡oh gloria! ¡oh premio verdaderamente inefable! ¿Qué corazon será tan duro, que con tu memoria no se abrase luego en vivos deseos de gozarte? ¿Quién dejará de exclamar con ardientes ansias: ¡Oh Señor! qué bueno, qué dulce, qué dichosa cosa es estar y permanecer por toda la eternidad con Vos en ese centro de delicias [1]? ¿Cuándo llegará el instante feliz en que nos verémos en vuestra presencia, y gozarémos de vuestra dulcísima vista [2]? Las miserias, los trabajos, las tribulaciones de esta vida, por mas grandes que sean, son nada en comparacion de tan grande premio [3]. ¿Quién por él no despreciará con ánimo generoso todas las honras, bienes y deleites de este mundo? ¿Quién no llevará con paciencia la cruz de la mortificacion, aunque sea por toda su vida?

13. Tales serian sin duda, oyentes carísimos, nuestras ansias y fervores, si sériamente pensásemos en la gloria celestial; y tales realmente son los afectos que su memoria excita en las almas contemplativas. El santo Job, en medio de sus imponderables penas y miserias, se consolaba con el pensamiento de que habia de ver algun dia claramente á su Dios [4]: *Et in carne mea videbo Deum meum, quem visurus sum ego ipse.* Con esta consideracion se consolaron siempre los justos en sus tribulaciones: con ella cobraban valor los anacoretas y otros penitentes, para sufrir la mas áspera mortificacion: con ella se animaban los mártires á sufrir, no solo con invicta paciencia, sino con especial alegría los mas horribles tormentos. Hable por todos aquel digno discípulo y sucesor de los Apóstoles, héroe verdadero de la cristiana virtud: hable, digo, el gloriosísi-

[1] Domine, bonum est nos hic esse. (*Matth.* XVII, 4).
[2] Quando veniam et apparebo ante faciem Dei? (*Psalm.* XLI, 2).
[3] Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in vobis. (*Rom.* VIII, 18).
[4] Job, XIX, 26.

mo mártir san Ignacio, que cuando se vió destinado al martirio, explicaba los incendios de su corazon con estas expresiones: «Vengan las fieras que me tienen preparadas para despedazarme con su «rabia: vengan contra mí espadas, fuegos, cruces, bestias feroces «que rompan mis huesos y desmenucen mi cuerpo: vengan todos «los tormentos que puede inventar la malicia infernal: á todos me «sacrificaré gustoso, solo para gozar á Cristo mi Dios y Señor.» *Tota tormenta diaboli in me veniant, tantum ut Christo fruar.* Ved, amados oyentes, cuán fervorosos deseos, cuán admirables resoluciones, cuán felices efectos causa en el corazon humano la séria y profunda consideracion de la gloria celestial. Ved en fin, que si se hallan nuestros corazones, como realmente se hallan, distantísimos de aquel fervor, es en gran parte por la falta de esta consideracion.

§ II.

14. Sí, el olvido del cielo y de la gloria eterna es el que tiene á nuestros corazones frios, helados, flacos para cualquiera empresa y obra virtuosa. Un pequeño trabajo nos acobarda: una leve mortificacion nos espanta: un gusto momentáneo, una honra vana, una conveniencia terrena, cualquiera que sea, basta para obligar nuestro afecto y arrastrarle: la mas mínima cosa nos aparta del servicio de Dios; porque no pensamos con la debida seriedad y atencion en el premio imponderable de la gloria celestial, que ofrece Dios á sus fieles servidores que por su amor trabajan y sufren. Fijados los ojos en la tierra, como los brutos, no los levantamos al cielo; antes los apartamos positivamente, como los infelices viejos de quienes habla el profeta Daniel [1], para desahogar con mas desenfreno nuestras pasiones. Ni consideramos el premio de nuestras obras, ni el fin para que somos criados, ni el término feliz á que debemos aspirar y dirigir los pasos de nuestra vida. ¿Qué objetos, ó mas dignos de la meditacion cristiana, ó mas propios del pensamiento humano? y ellos son con todo los mas olvidados, aun de los mismos que hacen gloria de creerlos firmemente.

15. Séneca, sin embargo de ser gentil, se lamentaba de los que únicamente ocupados en los negocios de esta vida breve y caduca, no se tomaban algun tiempo de retiro para pensar despacio en el fin que habian de tener despues de la muerte. ¿Serémos, decia,

[1] Declinaverunt oculos suos ut non viderent cœlum. (*Dan.* XIII, 9).

tan irracionales, que no consideremos muy sériamente el término de nuestra jornada, ni el fin para el cual estamos puestos en este mundo? Yo para mejor considerarlo he dejado el bullicio de la gran corte y cabeza del mundo, el concurso de las ciudades y pueblos: me he retirado en una casa de campo, donde abstraido de todas las vanidades mundanas pienso despacio y con séria reflexion en lo que no podria pensar entre los negocios y diversiones del siglo. ¡Qué confusion para los cristianos que viven tan olvidados del fin dichosísimo para el cual son criados y redimidos! ¿Cuáles hubieran sido las diligencias de aquel insigne filósofo, si hubiera sabido con certeza que el fin para que Dios le habia puesto en esta vida, no era menos que gozar despues para siempre la clara vista de Dios, y con ella todos los bienes y deleites verdaderos que puede justamente desear nuestro corazon? Lo sabe bien el cristiano, instruido por la santa fe; con todo vive olvidado enteramente de su fin.

16. No sea tanta, oyentes carísimos, nuestra ceguedad: no nos dejemos arrastrar con tanta fuerza de las vanidades mundanas: no dejemos ocupar nuestro pensamiento de los negocios terrenos en tanta manera, que apartemos absolutamente del cielo y de la gloria nuestra atencion. Abstraigámonos de tanto en tanto, y separemos el pensamiento de las cosas temporales: busquemos el recogimiento interior y exterior para considerar lo que mas nos importa. Entre tantas horas que ocupamos en cosas de esta vida, dediquemos algunos ratos á la consideracion de la eterna: siquiera en los dias de fiesta, destinados á los negocios espirituales y á la santificacion de nuestras almas, recojámonos con santo silencio en la iglesia ó en otro lugar oportuno, y allí contemplemos atentamente la grandeza, la dulzura, la eternidad del premio que esperamos en el cielo, verdadera patria nuestra, region deliciosísima, término y fin dichosísimo de nuestra carrera.

17. Desde luego arrepentidos de nuestro fatal olvido, digamos en nuestro interior: ¡Oh tiempo verdaderamente perdido para nosotros! ¡oh dias desgraciados los que hasta aquí hemos pasado sin acordarnos de nuestra dulce patria, digna de todo nuestro afecto! ¡oh ingratitud enorme! Habiéndonos criado Dios para un fin tan noble y excelente, como es gozarle para siempre: habiendo comprado tan inestimable bien á costa de imponderables penas y trabajos, con el inmenso precio de su sangre y de su vida sacratísima; nos ha merecido tan poca estimacion, que hemos pasado la vida sin pensar apenas en él. ¿Puede darse mayor ingratitud, mayor dure-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

za, mayor ceguedad? Ya, Señor, nos pesa de todo corazon de tan torpe olvido, que ha sido sin duda el orígen de nuestras culpas. Eficazmente proponemos emplear en adelante nuestro pensamiento con seriedad y con frecuencia en la consideracion del premio inefable que nos teneis ofrecido, y del fin dichosísimo para el cual nos habeis criado, nos habeis redimido, nos habeis ilustrado con la santa fe y nos habeis asistido con poderosos auxilios. Para considerarlo dignamente, ilustrad, Señor, nuestros entendimientos: inflamad nuestros corazones: concedednos vuestra santa gracia; y haced, finalmente, que logremos con ella el inmenso premio de la gloria, que vuestra infinita bondad se ha dignado prepararnos y ofrecernos en el cielo. Amen.

HOMILÍA

SOBRE LOS EFECTOS DE LA VERDAD RELIGIOSA EN EL HOMBRE EN OPOSICION Ó CONTRASTE CON LOS DE LOS ERRORES.

Post dies sex assumit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem fratrem ejus, et ducit illos in montem excelsum seorsum: et transfiguratus est ante eos, etc., etc. (Matth. XVII).

Que el error pierde y que la verdad salva, que el uno destruye y el otro edifica, son cosas que á ninguno se le ocultan con tal que quiera raciocinar, pues la verdad es el ser, y el error es la destruccion ó falta del ser. Y como esto se observa y palpa en las ciencias como en las artes, en lo que produce la naturaleza igualmente que en lo que los hombres hacen; no hay inteligencia alguna que no pueda juzgar de los errores por sus consecuencias, segun hemos dicho ya, y de la verdad por sus efectos, segun dirémos. En música, en pintura, en arquitectura, juzgan los hombres aun sin tener idea de los preceptos y reglas de estas artes, por las sensaciones que experimentan al ver ó al oir sus prodigios; y sin ser filósofos se recrean con un bello paisaje, y quedan llenos de admiracion al entrar en un frondoso bosque donde la tierra, las aguas, el aire y aun el cielo, conspiran de consuno para reunir la belleza y la comodidad. ¿Por qué así? Porque el ser que tenemos es una verdad, y como tal está en armonía con todas las verdades ó con la verdad de todos los seres, ora naturales, ora artificiales, que se ofrecen á nuestra vista ó se pongan de cualquiera modo en contacto con nosotros. Pues y si esto se verifica con las cosas que nos son accidentales ó exteriores, ¿cómo no se realizará en lo que nos es tan esencial é intrínseco como la verdad religiosa? Somos de Dios y somos los hombres para Dios; de ahí el que no haya hombre, no haya habido ni pueda haber pueblo alguno sin alguna religion; pero como en nuestro ser haya tantos y tan visibles defectos, ó lo que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

za, mayor ceguedad? Ya, Señor, nos pesa de todo corazon de tan torpe olvido, que ha sido sin duda el orígen de nuestras culpas. Eficazmente proponemos emplear en adelante nuestro pensamiento con seriedad y con frecuencia en la consideracion del premio inefable que nos teneis ofrecido, y del fin dichosísimo para el cual nos habeis criado, nos habeis redimido, nos habeis ilustrado con la santa fe y nos habeis asistido con poderosos auxilios. Para considerarlo dignamente, ilustrad, Señor, nuestros entendimientos: inflamad nuestros corazones: concedednos vuestra santa gracia; y haced, finalmente, que logremos con ella el inmenso premio de la gloria, que vuestra infinita bondad se ha dignado prepararnos y ofrecernos en el cielo. Amen.

HOMILÍA

SOBRE LOS EFECTOS DE LA VERDAD RELIGIOSA EN EL HOMBRE EN OPOSICION Ó CONTRASTE CON LOS DE LOS ERRORES.

Post dies sex assumit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem fratrem ejus, et ducit illos in montem excelsum seorsum: et transfiguratus est ante eos, etc., etc. (Matth. XVII).

Que el error pierde y que la verdad salva, que el uno destruye y el otro edifica, son cosas que á ninguno se le ocultan con tal que quiera raciocinar, pues la verdad es el ser, y el error es la destruccion ó falta del ser. Y como esto se observa y palpa en las ciencias como en las artes, en lo que produce la naturaleza igualmente que en lo que los hombres hacen; no hay inteligencia alguna que no pueda juzgar de los errores por sus consecuencias, segun hemos dicho ya, y de la verdad por sus efectos, segun dirémos. En música, en pintura, en arquitectura, juzgan los hombres aun sin tener idea de los preceptos y reglas de estas artes, por las sensaciones que experimentan al ver ó al oir sus prodigios; y sin ser filósofos se recrean con un bello paisaje, y quedan llenos de admiracion al entrar en un frondoso bosque donde la tierra, las aguas, el aire y aun el cielo, conspiran de consuno para reunir la belleza y la comodidad. ¿Por qué así? Porque el ser que tenemos es una verdad, y como tal está en armonía con todas las verdades ó con la verdad de todos los seres, ora naturales, ora artificiales, que se ofrecen á nuestra vista ó se pongan de cualquiera modo en contacto con nosotros. Pues y si esto se verifica con las cosas que nos son accidentales ó exteriores, ¿cómo no se realizará en lo que nos es tan esencial é intrínseco como la verdad religiosa? Somos de Dios y somos los hombres para Dios; de ahí el que no haya hombre, no haya habido ni pueda haber pueblo alguno sin alguna religion; pero como en nuestro ser haya tantos y tan visibles defectos, ó lo que

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

es lo mismo, tantos errores como en nuestra voluntad, en nuestro entendimiento, y en las demás potencias nuestras todas, introdujo la primitiva admision del error primero; de ahí el que se reconozcan tantos errores religiosos, ó lo que es lo mismo, tantas faltas de ser en la verdad religiosa. La tendencia primera de nuestro ser no puede faltar, dejaria de ser hombre el que no fuese en algun modo religioso; pero las secundarias pueden alterarse. Así como el hombre vive cojo y ciego, ignorante y malo, sin dejar con todo de ser hombre, lo cual no podria hacer si dejase de ser racional, ó si careciese de toda clase de cuerpo; así puede, ó mezclar mil absurdos en la idea que de Dios tiene, ó practicar mil supersticiosas brutalidades en el culto que le tributa, ú ofenderle de mil maneras pensando engañado, ú orgulloso afectando que le sirve, sin por eso perder del todo la verdad religiosa que emana ó nace de su humano ser.

Pero así como todo defecto ó falta de verdad en el ser físico es conocido á luego que se compara con el ser completo, pues los efectos lo demuestran aunque no se vea; así todo error ó todo defecto en la verdad religiosa que debe llenar la inteligencia humana y ser el alma de la vida del hombre, se nota al momento; porque el vacío que produce en el corazon se deja sentir muy luego. ¿Cómo se mueve á la perfeccion, á que debe aspirar, el hombre que profesa errores por principios? De ningun modo. Se volverá ó convertirá todo entero á la vida animal, y en esta hará progresos; ¿pero respecto de la vida espiritual? en esta no dará ni un paso. Y aquí se puede ver el por qué en nuestro siglo, por ejemplo, se piensa tanto y se adelanta tanto en mejoras materiales. Imbuida la inteligencia en errores ó faltas cuando menos de verdad, de aquella verdad religiosa que engrandeciendo al alma la perfecciona uniéndola á Dios, solo piensa en las mezquinas satisfacciones de los sentidos; y como estas solo la materia se la proporciona, se la ve como al escarabajo, abandonando el cielo y las flores de las virtudes, entregarse toda entera al acumulamiento de las riquezas, al refinamiento de los placeres, y á buscar en el mismo lujo lo que pueda picar mas la curiosidad y el gusto, aunque sea con daño evidente de la salud y de la vida.

¡Siglo miserable por cierto, y desgraciada sociedad la que en este siglo vive! En él no se conoce la dicha humana, y solo en ella pueden gozarla los que viviendo en ella con el cuerpo, con el espíritu á lo menos viven en la soledad. Los errores han hecho que la sociedad retrograde al estado que tenia en el siglo en que vino Jesucristo. Nuestras costumbres, cual las de los judíos de entonces, excluyen de entre los hombres la dicha; y si esta hoy como siempre ha de vislumbrarse, solo puede verse y gozarse en compañía de la verdad-Jesús. Pero tal está el mundo, que para darse á conocer, y conocido beatificar Jesús á los que le buscan y él llama á ser bienaventurados, necesario es que los saque y que ellos salgan con él fuera de esta Babilonia de crímenes, léjos de esta corrupcion, cuyas tendencias, cuyas relaciones todas son á degradarnos, á envilecernos, á destruirnos en vez de perfeccionarnos. ¿Y no es nuestra perfeccion en donde debemos hallar nuestra ventura? Y la perfeccion nuestra ¿nos la puede dar ni el dinero ni la materia, que son el ídolo del siglo?... ¡Ah! la perfeccion nuestra está en Dios, y Dios hoy no puede hallarse sino en la soledad. Por eso hoy como en el principio, Jesús llama á los que quiere perfeccionar, como *tomó á Pedro, á Santiago y á Juan*, y los lleva cual *los llevó aparte* de todo mundano contagio, y léjos del agiotaje de las pasiones y de los intereses terrenales, *á un monte alto*. ¿Cuál mas que el de la perfeccion cristiana? Solo el cielo lo corona, á todo lo humano se sobrepone; las pasiones, los vicios, los errores, todo lo que nace del hombre solo, está miserablemente abatido á sus faldas.

Pero seamos algo mas positivos; el verdadero monte en que se coloca al hombre para que pueda gozar de todos los bienes que la verdad religiosa puede producirle, es la Iglesia católica. En ella es verdad que se halla todo género de peces, porque es una red; pero los que han de salvarse son tomados, como los tres Apóstoles, de entre todos los que se llaman católicos y no lo son mas que en el nombre, y llevados aparte de los que teniendo el nombre de Jesús son en la realidad del mundo. ¿Qué importa que hayan nacido muchos para la verdad, si dominan á su inteligencia los errores, ya prácticos, ya especulativos? Creen estos, segun dicen, en Jesucristo que es la verdad y la vida; mas ¿qué vale lo que dicen si sus obras profesan todo lo contrario? Eso mismo es un error, y el efecto que produce, que es poner al hombre en contradiccion consigo mismo, lo manifiesta evidentemente. El que cree en la verdad la ama, y amándola la busca; pero ¿cómo la busca quien no sale del mundo y de los muchos lazos con que el mundo detiene á los que quisieran juntar las tinieblas á la luz, y á Cristo con Belial, como pretenden muchos católicos tibios y malos? Y sin buscarla fuera de aquí es seguro que no se la encuentra; porque el Señor no se

deja ver en su majestad y gloria sino de aquellos que á la soledad le siguen. Doce eran sus Apóstoles y muchos mas eran sus discípulos; tres con todo fueron solos los que habiéndole seguido al Tabor merecieron verle, cuando se les presentó glorioso *y se transfiguró delante de ellos*. Así de entre muchos católicos son tambien muy pocos los que con una fe viva creen en él, y creyendo poseen de verdad, ó mas bien son enteramente poseidos de la verdad religiosa; pero á pesar de esto, ¿cuán bien nos demuestran en su corto número los efectos de esta divina verdad en el hombre? ¡Oh hermanos mios! Nosotros y ellos adoramos á un mismo Salvador; pero nosotros lo vemos como hombres humanamente, y ellos le ven transfigurado. Nuestro espíritu no sale de la tierra en que se arrastra como un mísero reptil; el suyo se transforma de claridad en claridad como si fuera llevado por el espíritu del Señor; y de ahí es que á ellos les fastidia y enoja lo que á nosotros nos enamora y causa gusto; mientras que hallan toda su felicidad en lo que nosotros miramos con tédio, y cual si fuese una cosa gravosísima. La pureza de vida, el padecer por la justicia, el derramar por caridad entre los pobres aun lo que puede hacernos falta, el retiro de la bulla del mundo, sus diversiones profanas y peligrosas, la santa oracion, la penitencia que purifica... todo esto nos es duro, nos es pesado, y hasta el que se nos hable de ello nos pone tristes. ¿Por qué esto? De la misma carne y hueso que nosotros eran los que salian llenos de gozo de la presencia del concilio de los judíos, porque habian sido dignos de padecer por el nombre de Jesús. Hombres somos como lo eran los que distribuian cuanto poseian legítimamente para volar descargados de todo, ó al martirio ó al desierto, á padecer y á morir, ó á vivir en la privacion de todas las cosas, macerando en todo sentido su carne para que su espíritu vegetase y creciese en toda virtud. Pero ¡ah! que ellos habian subido al monte, y nosotros estamos en lo bajo; ellos veian á Jesús transfigurado, y nosotros no le vemos sino al través de las ilusiones humanas y de las preocupaciones del mundo. Por eso en ellos el hombre interior era feliz en medio de los padecimientos del exterior, mientras que nosotros somos desgraciados en medio de los goces que el mundo y la materia pueden proporcionar á nuestro espíritu.

Por eso tambien es nuestra fe tan tibia y tan poco nuestro celo por las cosas de la Religion, que raya en una criminal apatía ó en una indiferencia culpable. Caso que no creamos como muchos que el Catolicismo es de invencion humana como todos los falsos cultos,

andamos buscando á sus preceptos interpretaciones que sean favorables á nuestra cobardía y egoismo, ó los culpamos tal vez de rígidos é inoportunos, porque no queriendo acomodarnos á ellos quisiéramos que ellos se acomodasen á nosotros, en lo cual como en todo vamos opuestos á los hombres de fe y de verdad, para los cuales *resplandeció* y resplandece *el rostro de Jesús como un sol, y sus vestidos se hicieron* y se hacen *blancos como la nieve*. La cara del Señor es su divinidad que unida á la humanidad se muestra gloriosa y glorificadora, su revelacion que nos da á conocer su ser y nos lo hace participar, su ley, en una palabra, que santa en sí nos santifica, y sacándonos de nuestra propia miseria, nos aproxima á su inefable misericordia. Los que fieles, los que justos todo lo dejan solo por él, la ven radiante de luz oscurecer si se quiere con su brillo los ojos de una inteligencia incapaz de comprenderla, pero dilatar al mismo tiempo una voluntad capaz de amarlo, y que con este amor vigoriza á la inteligencia misma para que mas y mas perciba lo mismo que por sí no puede. Por eso decia san Ambrosio que debe el cristiano entender para amar, en razon á que amando se entiende mejor todo cuanto enseña la fe. Sus vestidos son los preceptos y doctrinas que emanan de la revelacion, y que junto con ella forman lo que llamamos la ley santa del Señor. El hombre justo la toma por norma de sus operaciones, y nunca se persuade de que cumple con ella cual debe: para él es, como para David, la ley de Dios inmaculada, y todos sus preceptos, todos sus consejos no solo son sin mancilla, sino que blancos cual la nieve tienen tanta exactitud, tanta verdad, y están tan sábiamente dispuestos y tan en órden con la justicia eterna y con la verdadera conveniencia humana, que solo pueden ser obra de un Dios infinitamente sábio. De ahí el que vivan en una paz profunda, en un contento indefinible los que hacen de esta ley divina la páuta de su vida, mientras que inquietos y desasosegados los que de ella se alejan nos convencen de que hay mucha paz para los que la verdad religiosa anima, y que no hay paz ni sombra de ella para los impíos.

¿Cómo puede haberla? ¿En qué se aseguran, ya para creer las absurdas ficciones de su desreglada imaginacion, ya para obrar en consecuencia? En nada seguramente, porque todo lo humano es tan variable como el hombre: hoy aman lo que mañana aborrecen, mañana tienen por verdad eterna lo que ayer les parecia un absurdo: el fiel está seguro en su fe que como divina es mas inmoble que una roca. Á mas de la conviccion interior que le produce

la gracia, y de la luz con que aviva su entendimiento, *hé aquí* que al lado del Salvador se le aparecen como se dice *que se aparecieron á los Apóstoles Moisés y Elías hablando con él.* Es decir, que en lo exterior la ley y los Profetas á quienes aquellos personajes representan, le demuestran la verdad del Catolicismo; porque este no es mas que el desarrollo, el complemento y la perfeccion de cuanto la ley figuró, de todo lo que los Profetas anunciaron. Y la vista y la certeza, así de esto como de la eternidad del Evangelio, ó de la certeza que le da de que salió de Dios, ¿se cree que es esto de tan poca monta que no contribuya mucho á dilatar su alma y llenarla de un perfume de bienaventuranza incomprensible á los mundanos?... Se dice de un filósofo que habiendo hallado la solucion de un problema físico salió por las calles loco de placer exclamando: «Lo hallé! lo hallé!» Pues ¿y qué tiene que ver una invencion de esta clase con la invencion de una verdad que influye en todo el ser del hombre, que le asegura con un bienestar inmenso en esta vida la inmortal bienaventuranza en la otra? ¡Ah! tal vez los hombres poseidos de la dicha aunque tranquila y pacífica que les causaba esta verdad descubierta á su espíritu, han parecido fanáticos y dementes á los mundanos... ¿qué mucho si el placer mas puro los embriagaba, y los anegaba en Dios la dicha mas grande que aquí se puede gozar? ¿No decia fuera de sí el mismo Profeta rey en el exceso de su felicidad: «Cuán ilustre es, ¡oh Señor! el cáliz que «me embriaga?» Á él y á aquellos les sucedia lo que á san Pedro en el Tabor que, absortos todos y totalmente en aquel momento, ni viven sino para la verdad religiosa, ni piensan mas que en el presente feliz que ella les proporciona, ni desean mas que continuar en aquel momento dichoso que les proporciona anticipadamente gustar lo que gozarán inamisiblemente en el cielo. *Señor, bueno es estarnos aquí,* decia este santo Apóstol viendo y palpando en realidad lo que en realidad ven tambien las almas todas á quienes Dios llama y convierte. *Y lo dijo al Señor, respondiendo,* no á preguntas que el Señor le hiciese, sino á la palabra real y verdadera que causaba en su corazon la verdad que sensiblemente se le manifestaba. Bulle el corazon del hombre, hierve á borbotones cuando la verdad-Jesús se deja ver de él como Dios, y es á veces tanta la necesidad en que le pone de hablar, que está como Job cuando exclamaba: «Estoy lleno de palabras; hablaré y respiraré un poco.» Es verdad que no todos se desahogan solo hablando materialmente; pero todos los que ella alumbra buscan un desahogo á la dicha que

los inunda y los ahogaria, cuál en la penitencia, cuál en el martirio, cuál en fin en el deseo de anunciar á los mortales todos el camino verdadero de la dicha, y lo errados que van por los senderos cenagosos del vicio.

En lo cual podeis ver la causa que impulsa á muchos tan hombres como nosotros y mas delicados que nosotros, á desahogar sus carnes con la disciplina, á macerarlas con el ayuno, y á extenuarlas con una oracion continuada y que ellos quisieran perpetuar, porque en ella especialmente es en donde la palabra supersustancial les habla y les pone en el caso de que respondiendo digan: Señor, bueno es estarnos aquí. Tambien es lo que mueve á otros á atravesar los mares y á internarse en países salvajes sin otros aparatos ni compañía ni recursos que una cruz de madera, y sin otra esperanza que la de una muerte atroz, ni otros consuelos que los que les ofrece esta misma verdad á que nunca se persuaden que corresponden dignamente su intrépido valor, su heróica constancia, su invencible firmeza en soportar todos los males del cuerpo, así como su amor á los hombres, aun á los que mas les atribulan y maltratan: su paz, su cooperacion al órden, á la civilizacion y á la verdadera libertad de los hombres, son el efecto ó efectos de la verdad religiosa en ellos, así como, segun hemos indicado, lo contrario de todo esto es el resultado de los errores en el hombre que les da acogida.

Tienen los hijos de la luz en su pecho lo que queria practicar san Pedro, aunque con distinto fin y de diversa manera. *Si quieres, Señor,* decia enajenado el Príncipe de los Apóstoles, *hagamos aquí tres tabernáculos: uno para tí, otro para Moisés, y para Elías otro;* pero lo decia con el objeto de gozar sin disminucion la felicidad presente, y de un modo que solos ellos la gozasen. Los justos por el contrario tienen un tabernáculo en sus pechos para Jesús, no perecedero y circunscrito, sino de tendencia universal é infinita, como tienen otros para la ley y los Profetas, no de ramas ni de piedras muertas, ni de lienzos ni de cosas movibles, sino de su mismo ser. ¿No es esto lo que quiso significar san Pablo cuando dijo que la ley está escrita en ellos no con tinta y en pergaminos perecederos, sino en las tablas carnales (de carne) de su corazon? Así seguramente es, y no para gozar mientras viven sin mezcla de dolor, sino para conformarse á la misma verdad-Jesús que antes de entrar para siempre en su gloria debia padecer y padeció, como conviene que ellos padezcan para entrar con él en los tabernáculos eternos.

Pedro, que aun no habia recibido las primicias del espíritu, deseaba un despropósito; los Santos que han vivido y que han sido dirigidos por el espíritu de verdad han obrado lo que Pedro proponia sin la incongruencia con que lo proponia. Porque no está el bien en gozar en esta vida de Cristo sino en conformarse con Cristo viviendo: los placeres que la vista, la contemplacion, y aun la union del alma con él proporciona, no son el fin sino un medio para llegar á él; y piensa mal y obra peor quien busca en la verdad religiosa los regalos y las delicias como objeto último. Se nos dan y deben desearse; pero es para que fortificados con ellos podamos seguir al Salvador por el camino de la cruz, que es lo último y lo esencial á que debemos aspirar. Por eso *aun hablaba Pedro* lo que su amor propio satisfecho le sugeria, cuando *héte que una nube brillante los cubrió y una voz de las nubes les decia: Este es mi Hijo querido en quien me he complacido; escuchadle.* Para desengañarlo y desengañarnos de que es un delirio el buscar conocimiento evidente y claro en la fe, los cubre una nube; pero para al mismo tiempo excitarnos á obrar, esta nube no es oscura sino brillante. Simbolizaba ella á la fe misma que oscura en sus misterios nos los propone con todo tan eminentemente creibles, que no hay cosa mas irracional que el negarles la adhesion de nuestro entendimiento. Y para animarlos y animarnos á que sigamos á Cristo por la subida del Calvario sin que nos arredre la ignominia de la cruz ni nos escandalice tanto padecimiento y tanta humillacion en tanta grandeza, suena la voz del eterno Padre que los asegura y nos asegura ser él su Hijo bien querido á quien debemos escuchar. En todo dice que lo escuchemos, pero especialmente cuando nos dice que tomemos su cruz y le sigamos; porque como esto se opone á nuestra sensualidad y molicie, debemos hacernos en ello mucha mas fuerza. Por eso nos dice el Padre *escuchadle:* es mi Hijo bien querido. ¿No oís, ó vosotros, los que os preciais de conocedores de las causas, de observadores é investigadores de cuanto pasa y sucede, no oís esa voz del Omnipotente en la conservacion milagrosa del Catolicismo? ¿No la percibís prácticamente realizada en su maravillosa propagacion en el principio, en su duracion imposible en lo humano despues, y en el divino modo con que ha triunfado siempre de todo cuanto se le ha opuesto? ¡Oh verdaderamente estatuas! que teniendo ojos no veis y teniendo oidos no escuchais. Pero lo vemos: vosotros la percibís bien esa voz divina que asegura ser el Catolicismo la única verdad religiosa que posee á Dios y es capaz de hacer en

el hombre buenos frutos; afectais con todo no oirla, haceis la oposicion á su verdad, mas es porque cobardes temeis llegaros á la cruz y porque esclavos no podeis sacudir el yugo con que vuestras pasiones os tienen tiranizados. La voz sola del padecer os aterra, y su eco produce en vosotros el efecto que causó en los Apóstoles, aun hombres aunque ya escogidos, lo que Dios les dijo. *Oyendo esto los discípulos cayeron sobre sus rostros y tuvieron gran temor.* La voz que oyeron presentó sin duda á sus corazones el terrible misterio de la cruz con todas cuantas circunstancias tiene capaces de anonadar al orgullo y al amor propio, y... ved lo miserable de la humanidad; los Apóstoles, en vez de levantar sus ojos á los montes de donde puede venirnos y nos viene el auxilio y la fuerza, caen sobre sus rostros, esto es, se inclinan á la tierra llenos de temor en vez de llenarse de esperanza. ¿Qué es lo que hacen los hombres carnales? Se llenan de pavura al oir hablar de castidad, de mortificacion, de pobreza y demás virtudes evangélicas; y aun cuando vean la necesidad de practicarlas se postran sobre sus rostros para engañarse sobre esta necesidad, y se ponen mas en contacto con la tierra de que se deberian alejar, para entretenidos y disipados con los goces y bienes terrenos ofuscarse sobre los celestiales á que los llama instintivamente su alma.

Pero ¿y qué logran con eso? Que un abismo los precipite en otro abismo, y de los pecados, como ya hemos dicho, pasar á los errores, sin que por eso ni apaguen las llamas del infierno ni acallen los remordimientos de su conciencia. Cuando hayan dado ese paso serán por el contrario mayores y mas agudos, porque el alma se queja con mas vigor cuanto mas de la regla se la aparta, y su regla es la verdad religiosa que la aproxima á Dios asemejándola á él. Siempre fue esta una verdad de fácil conocimiento; pero hoy la experiencia la hace tan clara y trivial como el sol; así que no hay disculpa alguna para el que dominado por los temores que la cruz puede inspirar á la carne sensual se reconcentra en sí mismo y perece víctima de su miedo. ¿Por qué no se allega al Señor? ¿Por qué no busca en él la fuerza y el valor necesario para superar aquel miedo? Es natural que lo tenga, porque la carne es en todos flaca y enferma; pero es criminal el que huya de quien puede ponerlo á cubierto de él y de sus consecuencias. ¿No sabe que el hombre por sí solo es nada? Convencido debe estar de su impotencia, de su miseria profunda, y por eso su misma razon le dicta que quien nada espera de sí debe buscarlo todo en Dios. Por si su propia experien-

cia no le ha hablado en esto con toda claridad y energía, vemos en el Evangelio lo que sigue: *Mas Jesús*, al ver la senda errada que habian tomado los discípulos de aterrarse cuando el temor los sobrecogiera, *se acercó, y los tocó, y les dijo: Levantaos y no temais*. Sabe el Señor mejor que nosotros mismos lo que somos y lo que prometemos: por eso se acercó á sus discípulos y se acerca á todos los hombres. ¿Á todos? sí, á todos sin exceptuar uno. ¿No está escrito que ilumina á todo el que viene al mundo? ¿Y no es verdad que ya de una manera ya de otra aun los mayores enemigos han tenido inspiraciones mas ó menos secretas y poderosas, movimientos de la gracia, y golpes de luz mas ó menos funestos y capaces de conmover y de convertir? ¡Que diga el mas impío, que nos refiera el mas inmoral cuántas veces y de cuántos modos le ha avisado el Señor de sus deberes y ha tratado de apartarlo del mal camino, ya con pensamientos y reflexiones saludables que le ha enviado, ya con temores que ha excitado en él, ó castigos exteriores que ha visto en otros, ó enfermedades propias, ó la idea de la muerte; ya en fin con las sensaciones deliciosas que tal vez ha excitado en ellos la conducta virtuosa de un hombre de bien ó la marcha divina y la práctica constante de la Iglesia católica! Pues todas las veces que se ha verificado en ellos algo de esto, es porque Jesús se ha acercado á ellos y los ha tocado para que se levanten de su estado de abyeccion, y deponiendo sus vanos y pueriles temores solo teman á Dios, y no como esclavos sino como hijos. Hubiéranse ellos aprovechado de alguna de estas sus misericordias, y habrian por experiencia visto como el fin de la ley y de todo es Cristo Jesús para justificacion de todo creyente; y este desengaño les habria al mismo tiempo desengañado de lo despreciables que son los bienes por que anhelan, de lo falso de los placeres tras que corren; sobre todo, se habrian evidentemente convencido de que en la sola Iglesia católica se halla la verdad religiosa; y en esta no por solo la revelacion escrita, como alguna vez hemos demostrado ya, sino además por la santa tradicion, que es la que principalmente nos explica á los Profetas y á la ley, para que en ellos no veamos sino lo que ellos quisieron que viésemos, que es al Salvador. ¿Por qué los Apóstoles luego que Jesús los tocó no volvieron á ver ni á Elías ni á Moisés? *Y alzando los ojos á nadie vieron sino á solo el Señor*. Esto dice el sagrado texto, y en esto nos quiere dar á entender que toda la verdad religiosa está encerrada en el mediador que los Profetas anunciaron y cuyo conocimiento preparó la ley.

En solo él, pues, está la dicha de los hombres, porque de él solo viene la ilustracion de la inteligencia, la rectificacion de la voluntad y la direccion del obrar para que sus obras sean buenas y les produzcan frutos suavísimos. Y como la dicha de los hombres en particular, así la de los hombres en sociedad. Porque la verdad religiosa no solo beatifica á los hombres sino tambien á las sociedades que de ellos se componen, ilustrándolas, pacificándolas y haciéndolas gozar de aquella libertad verdadera y bien entendida que las libra de injusticias y de crímenes. ¿Quién es quien ha dado á los pueblos la idea de sus derechos y de sus deberes? Jesucristo manifestándoles su rostro brillante y sus vestidos blancos como la nieve, esto es, el Salvador por el Evangelio y por la doctrina que de él emana. Hablándonos en nombre de su eterno Padre, ó mas bien hablándonos su Padre por él, ha fijado las eternas dudas de la filosofía, ha disipado las no interrumpidas tinieblas del error, y ha hecho desaparecer las incertidumbes todas de los hombres. ¿Y quién ha sido causa de que una vez conocidos los derechos y deberes sociales se haya obrado en armonía con este conocimiento? El mismo Jesucristo que transfigurado ha arrebatado el amor de los mortales, y con su gracia ha dominado nuestra rebelde voluntad. No es lo principal conocer el bien para amarlo y practicarlo, y el mal para huir de él: aunque sea el fundamento de lo uno y de lo otro, lo principal está en obrar segun lo que se conoce, y esto al hombre es tan difícil, que apenas hay uno que no pueda repetirnos el triste eco de aquellas palabras con que la antigüedad nos manifestaba su impotencia, y que los poetas han conservado: *Video meliora proboque...* veo lo mejor y lo apruebo; pero sigo siempre lo peor. El auxilio, pues, que el cielo dispensa á los que la profesion del Evangelio hace hijos de Dios, ha sido el que mudándonos en mejores sobre el conocimiento del bien, nos ha dado y nos da el quererlo y ejecutarlo con buena voluntad, como dice san Pablo. Así es que al Evangelio solo deben las naciones su verdadera civilizacion; así como á los errores religiosos deben el no disfrutar como debieran de todos los frutos que está destinada á producir. Él nos ha dado ese derecho de gentes que tanto admiraba Montesquieu, y á él somos deudores de los miramientos con que los que mandan miran á sus subordinados, así como de la obediencia que estos prestan á aquellos para bien de toda la sociedad. Habiendo dicho á los reyes que los poderosos sufrirán poderosamente tormentos, y habiéndoles intimado que no deben juzgar si no quieren ser

juzgados ellos, destruyó la tiranía y condenó los caprichos del despotismo, que tan comun fue, es y será donde quiera que la verdad católica no impere; y diciendo á los pueblos que por Dios reinan los reyes y que por él decretan lo justo los que hacen las leyes, ha condenado la rebelion, la anarquía y todas las consecuencias que tan comunes y frecuentes son en donde quiera que los errores ocupan su lugar. Así es que en donde Jesús es conocido y adorado católicamente, las leyes son las que aplicadas á los hombres por hombres desinteresados que son los órganos de la justicia, los condenan ó los absuelven... Y ¡ojalá fuese conocido y adorado en todas partes y por todos, cual el Catolicismo enseña y desea! Entonces ni aun leyes se necesitarian, y caso que las hubiese y fuese en algun caso necesario aplicarlas, se haria con toda la rectitud posible, que es lo mas que á los hombres se les puede pedir. El justo, dice, es su ley para sí mismo; ¿y cómo se hallará ninguno de verdad justo, y en todo el sentido en que san Pablo toma esta palabra fuera del cuerpo místico del autor de toda santidad y justicia?

No será entre los que profesan voluntariamente errores religiosos seguramente donde se halla. La humildad es la base en que esta justicia universal se cimenta, y como la soberbia es el móvil que de la verdad religiosa los apartó, consiguiente es el que si mandan quieran dar á su dominacion toda la latitud posible; y el que si obedecen sea lo menos posible. De ahí el que en donde se ha introducido la herejía haya sido seguida por necesidad de alborotos, de trastornos, de revoluciones; y por último el que un despotismo mas ó menos feroz haya sido su último término. Ella fue el producto del orgullo que no quiso obedecer á Dios; debia por consiguiente trabajar para no obedecer á los que en la tierra ocupan el lugar de Dios. Pero y si estos están tocados del mismo frenesí, ¿se cree que abandonen tan fácilmente un puesto que satisface á su orgullo? Este les inspirará los medios de conservarlo, y producirá la fuerza que tiraniza ó el amaño inmoral que subyuga. Y para que una de estas cosas ó ambas juntas tengan buen resultado, ¿cuántas y cuán fatales circunstancias es preciso poner en juego? El orgullo ó la soberbia que teme verse burlada y abatida no perdona medio para sostenerse, y todos los que puede adoptar son siempre en daño de los pueblos. Véase á Napoleon rigiendo con mano de hierro los destinos de la Francia, y enviando á sus hijos á morir á cientos de miles en países extranjeros para evitar el que en lo interior se conspirase contra él.

Para que las naciones sean felices, es necesario que la humildad evangélica se profese en ellas, y esta no puede profesarse en toda la extension que debe tener sino por los que inspira y dirige la verdad religiosa. El hombre naturalmente orgulloso necesita de la gracia para humillarse; y esta humillacion es á veces difícil de practicarse; porque aun los que tienen cierta luz sobrenatural, hay casos en que se ven sin saber cómo practicarla. Todos sabemos por ejemplo que es honorífico el confesar las obras de Dios; pero cuando estas se realizan en favor nuestro acaso seria peligroso el hablar de ellas. ¿No es esto por ventura lo que *bajando ellos del monte*, quiso Jesús significar á los Apóstoles, cuando *les mandó diciendo: Á nadie digais la vision, hasta que resucite el Hijo del Hombre?* No habia para el Señor peligro de vanagloria; pero puede haberlo para nosotros si misericordioso nos favorece, como lo habia para los tres discípulos, cuya eleccion podia engreirlos. Y el silencio que les encargaba ¿no era bien difícil, y lo es para cualquier hombre como ellos favorecido? Pues y si para los Apóstoles, si para los que participan como ellos de la gracia é intimidad del Salvador es ardua esta humillacion, ¿cómo la verdadera humildad podrá encontrarse en los que el error coloca léjos y muy léjos de él? Pues, donde no se halla esta que es la raíz de todas las virtudes, desengañémonos, no es fácil hallar á las otras virtudes que son el efecto primario que produce la verdad religiosa en el hombre, ya como indivíduo, ya como miembro social. La caridad sobre todo, que es la corona de todas ellas, y sin la que el objeto verdadero de la sociedad no puede conseguirse; esa caridad que socorre y que perdona, que evita y que repara las injurias, que sufre paciente y condena benigna los agravios; esa caridad, repetimos, ¿puede hallarse donde la verdad no se halla? Entonces seria menester creer que puede incendiar el agua, calentar el hielo, y trastornarse todo. Los vicios opuestos á ella son los hijos naturales del error, y dos cosas tan opuestas no pueden tener un mismo orígen.

ASUNTOS

PARA LA TRANSFIGURACION.

1. *Nos vero omnes revelata facie gloriam Domini speculantes, in eamdem imaginem transformamur.* (II Cor. III). El Hijo de Dios nos

juzgados ellos, destruyó la tiranía y condenó los caprichos del despotismo, que tan comun fue, es y será donde quiera que la verdad católica no impere; y diciendo á los pueblos que por Dios reinan los reyes y que por él decretan lo justo los que hacen las leyes, ha condenado la rebelion, la anarquía y todas las consecuencias que tan comunes y frecuentes son en donde quiera que los errores ocupan su lugar. Así es que en donde Jesús es conocido y adorado católicamente, las leyes son las que aplicadas á los hombres por hombres desinteresados que son los órganos de la justicia, los condenan ó los absuelven... Y ¡ojalá fuese conocido y adorado en todas partes y por todos, cual el Catolicismo enseña y desea! Entonces ni aun leyes se necesitarian, y caso que las hubiese y fuese en algun caso necesario aplicarlas, se haria con toda la rectitud posible, que es lo mas que á los hombres se les puede pedir. El justo, dice, es su ley para sí mismo; ¿y cómo se hallará ninguno de verdad justo, y en todo el sentido en que san Pablo toma esta palabra fuera del cuerpo místico del autor de toda santidad y justicia?

No será entre los que profesan voluntariamente errores religiosos seguramente donde se halla. La humildad es la base en que esta justicia universal se cimenta, y como la soberbia es el móvil que de la verdad religiosa los apartó, consiguiente es el que si mandan quieran dar á su dominacion toda la latitud posible; y el que si obedecen sea lo menos posible. De ahí el que en donde se ha introducido la herejía haya sido seguida por necesidad de alborotos, de trastornos, de revoluciones; y por último el que un despotismo mas ó menos feroz haya sido su último término. Ella fue el producto del orgullo que no quiso obedecer á Dios; debia por consiguiente trabajar para no obedecer á los que en la tierra ocupan el lugar de Dios. Pero y si estos están tocados del mismo frenesí, ¿se cree que abandonen tan fácilmente un puesto que satisface á su orgullo? Este les inspirará los medios de conservarlo, y producirá la fuerza que tiraniza ó el amaño inmoral que subyuga. Y para que una de estas cosas ó ambas juntas tengan buen resultado, ¿cuántas y cuán fatales circunstancias es preciso poner en juego? El orgullo ó la soberbia que teme verse burlada y abatida no perdona medio para sostenerse, y todos los que puede adoptar son siempre en daño de los pueblos. Véase á Napoleon rigiendo con mano de hierro los destinos de la Francia, y enviando á sus hijos á morir á cientos de miles en países extranjeros para evitar el que en lo interior se conspirase contra él.

Para que las naciones sean felices, es necesario que la humildad evangélica se profese en ellas, y esta no puede profesarse en toda la extension que debe tener sino por los que inspira y dirige la verdad religiosa. El hombre naturalmente orgulloso necesita de la gracia para humillarse; y esta humillacion es á veces difícil de practicarse; porque aun los que tienen cierta luz sobrenatural, hay casos en que se ven sin saber cómo practicarla. Todos sabemos por ejemplo que es honorífico el confesar las obras de Dios; pero cuando estas se realizan en favor nuestro acaso seria peligroso el hablar de ellas. ¿No es esto por ventura lo que *bajando ellos del monte*, quiso Jesús significar á los Apóstoles, cuando *les mandó diciendo: Á nadie digais la vision, hasta que resucite el Hijo del Hombre?* No habia para el Señor peligro de vanagloria; pero puede haberlo para nosotros si misericordioso nos favorece, como lo habia para los tres discípulos, cuya eleccion podia engreirlos. Y el silencio que les encargaba ¿no era bien difícil, y lo es para cualquier hombre como ellos favorecido? Pues y si para los Apóstoles, si para los que participan como ellos de la gracia é intimidad del Salvador es ardua esta humillacion, ¿cómo la verdadera humildad podrá encontrarse en los que el error coloca léjos y muy léjos de él? Pues, donde no se halla esta que es la raíz de todas las virtudes, desengañémonos, no es fácil hallar á las otras virtudes que son el efecto primario que produce la verdad religiosa en el hombre, ya como indivíduo, ya como miembro social. La caridad sobre todo, que es la corona de todas ellas, y sin la que el objeto verdadero de la sociedad no puede conseguirse; esa caridad que socorre y que perdona, que evita y que repara las injurias, que sufre paciente y condena benigna los agravios; esa caridad, repetimos, ¿puede hallarse donde la verdad no se halla? Entonces seria menester creer que puede incendiar el agua, calentar el hielo, y trastornarse todo. Los vicios opuestos á ella son los hijos naturales del error, y dos cosas tan opuestas no pueden tener un mismo orígen.

ASUNTOS

PARA LA TRANSFIGURACION.

1. *Nos vero omnes revelata facie gloriam Domini speculantes, in eamdem imaginem transformamur.* (II Cor. III). El Hijo de Dios nos

muestra en este misterio 1.° el fin para que fuimos criados, haciendo brillar á los ojos de los Apóstoles un rayo de aquella gloria que tiene preparada á los hombres en recompensa de los trabajos que por él han padecido; 2.° nos muestra el camino por el cual se llega á la posesion de esta gloria, esto es, el camino de los padecimientos, como claramente se infiere de aquella salida que debia efectuarse en Jerusalen, y de la cual hablan entre sí Moisés y Elías; 3.° nos muestra quién era aquel que con su muerte nos hizo capaces de tal adquisicion.

2. Los augustos caractéres de Legislador, Redentor y Glorificador, son entre otros muchos los primeros que los Profetas, los Evangelistas y la Iglesia descubren en el Hombre-Dios, y son tambien los que vemos revelados, confirmados y probados en el misterio de la transfiguracion. 1.° En este misterio atribúyese á Jesucristo el carácter de Legislador, con aquellas palabras: *Hic est Filius meus dilectus: ipsum audite,* por las cuales el Padre eterno concede al Hijo la potestad de establecer y promulgar sus leyes celestiales, é impone á los hombres el deber de obedecer á su Señor como á maestro de las gentes y como á supremo juez en cuyas manos están las recompensas y las penas, y les manda observar sus santas, justas é infalibles enseñanzas. 2.° En este misterio es constituido Redentor de los hombres; porque hablando entre sí Moisés y Elías, trataron de los medios de que se valdria para redimirles, esto es, de su pasion y muerte: *Loquebantur de excessu, quem completurus erat in Jerusalem.* 3.° Jesucristo en este misterio se muestra á los hombres como Glorificador de ellos, por medio de la luz que resplandeció en su rostro, cual prenda de aquella gloria que prometió y preparó á aquellos que observasen fielmente sus santos mandamientos.

3. La transfiguracion de Jesucristo en el monte Tabor puede considerarse bajo dos aspectos: como el primero de todos los misterios, y como saludable enseñanza. 1.° Como el primero de todos los misterios, porque de las circunstancias que acerca de él se leen en el Evangelio, se sacan poderosas pruebas para confirmar todos los demás, como la Trinidad, la Encarnacion, la Redencion, la muerte y la resurreccion de Jesucristo. 2.° Como saludable enseñanza que el Salvador propone con su ejemplo á todos los hombres; pues nos enseña que debemos en algun modo transfigurarnos nosotros mismos en la oracion; que debemos emplear nuestros talentos, y hasta los honores que el mundo nos prodiga, en la edificacion de nuestros prójimos, y que debemos persuadir á nuestro espíritu y á nuestras fuerzas, que las cosas de este mundo son fugaces, y se desvanecen prontamente.

Sentencias de la sagrada Escritura.

Filius meus es tu, ego hodie genui te. (*Psalm.* I).

Vere tu es Deus absconditus, Deus Israel salvator. (*Isai.* XLV).

Domus Jacob venite, et ambulemus in lumine Domini. (*Ibid.* I).

Ego qui loquebar, ecce adsum. (*Ibid.* LII).

Ecce dedi te in lucem gentium, ut sis salus mea usque ad extremum terræ. (*Ibid.* XLIX).

Tu es Christus, Filius Dei vivi. (*Matth.* XVI).

Data est mihi omnis potestas in cœlo, et in terra. (*Matth. ult.*).

Post dies sex assumit Jesus Petrum, et Jacobum, et Joannem fratrem ejus, et ducit illos in montem excelsum seorsum, et transfiguratus est ante eos. (*Matth.* XVII).

Resplenduit facies ejus sicut sol; vestimenta autem ejus facta sunt alba sicut nix. (*Ibid.*).

Respondens autem Petrus dixit ad Jesum: Domine, bonum est nos hic esse; faciamus hic tria tabernacula, tibi unum, Moysi unum, et Eliæ unum. (*Ibid.*).

Adhuc eo loquente, ecce nubes lucida obumbravit eos. (*Ibid.*).

Et ecce vox de nube dicens: Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui; ipsum audite. (*Ibid.*).

Audientes discipuli, ceciderunt in faciem suam, et timuerunt valde. (*Ibid.*).

Levantes autem oculos neminem viderunt, nisi solum Jesum. (*Ibid.*).

Descendentibus illis de monte præcepit eis Jesus dicens: Nemini dixeritis visionem, donec Filius hominis à mortuis resurgat. (*Ibid.*).

Petrus ait Jesu: Bonum est nos hic esse; non enim sciebat quid diceret. (*Marc.* IX).

Facta est, dum oraret Jesus, species vultus ejus altera; et vestitus ejus albus et refulgens. (*Luc.* IX).

Et ecce duo viri loquebantur cum illo... visi in majestate, et dicebant excessum ejus, quem completurus erat in Jerusalem. (*Ibid.*).

Petrus, et qui cum illo erant, gravati erant somno, et evigilantes viderunt majestatem ejus. (*Ibid.*).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Hæc est vita æterna, ut cognoscant te Deum verum, et quem misisti Jesum Christum. (*Joan.* XVII).

Si ego testimonium perhibeo de me ipso, testimonium meum verum est. Alius est, qui testimonium perhibet de me. (*Joan.* VIII).

Testimonium perhibet de me qui misit me Pater. (*Ibid.*).

Pater, clarifica Filium tuum, ut Filius tuus clarificet te. (*Joannis,* XVII).

Vidimus gloriam ejus, gloriam quasi Unigeniti à Patre, plenum gratiæ et veritatis. (*Joan.* I).

Cum sit splendor gloriæ, figura substantiæ ejus, portansque omnia verbo virtutis suæ. (*Hebr.* I).

Qui reformabit corpus humilitatis nostræ, configuratum corpori claritatis suæ. (*Philip.* III).

Non doctas fabulas secuti, notam fecimus vobis Domini nostri Jesu Christi virtutem, et præsentiam; sed speculatores facti illius magnitudinis; accipiens enim à Deo Patre gloriam et honorem, voce delapsa ad eum hujusmodi à magnifica gloria: Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi complacui; ipsum audite. (II *Petr.* II).

Hanc vocem nos audivimus de cœlo allatam, cum essemus cum ipso in monte sancto. (*Ibid.*).

Nos vero omnes revelata facie gloriam Domini speculantes, in eamdem imaginem transformamur. (II *Cor.* III).

Quam dilecta tabernacula tua Domine virtutum! concupiscit, et deficit anima mea in atria Domini. (*Psalm.* LXXXIII).

Et scimus, quoniam Filius Dei venit, et dedit nobis sensum, ut cognoscamus verum Deum, et simus in vero Filio ejus. Hic est verus Deus, et vita æterna. (I *Joan.* V).

Qui solus habet immortalitatem, et lucem inhabitat inaccessibilem: quem nullus hominum vidit, sed nec videre potest: cui honor et imperium sempiternum. (I *Tim.* VI).

Figuras de la sagrada Escritura.

Léese en el Éxodo, que Moisés, despues de haber pasado en el monte Sinai cuarenta dias y cuarenta noches, bajó de él, trayendo consigo las tablas de la Ley, con el rostro tan resplandeciente, que los hebreos no se atrevieron á acercársele; de manera que para hablarles tuvo que cubrirse la cabeza con un velo. Ahora bien, si Moisés, por haber conversado pocos dias con Dios, resplandeció de tal manera que los carnales israelitas no pudieron fijar en él la vista, ¿qué mucho que resplandeciera como el sol aquel que mora en una luz inaccesible? Pero los hijos de Jacob no podian mirar el rostro de Moisés, no solo por causa de la viva luz que despedia, sino tambien y principalmente á causa del temor de aquella ley, promulgada entre el fragor de los truenos y la luz de los relámpagos, que el enviado de Dios venia á anunciarles; al paso que el Salvador venia á enseñar á los hombres una ley de amor, y á poner sobre su cerviz un yugo suave y blando; y por esto no es de admirar que sus discípulos pudiesen fijar la vista en su semblante, cuando todo él resplandecia con una luz celestial; pues el que veian en forma humana no era el leon que ruge en el valle de Judá, sino el manso cordero que con su sangre iba á implorar para la tierra las bendiciones celestiales. (*Exod.* XXXIV).

El augusto espectáculo que se ofreció á los ojos de Pedro, Santiago y Juan en el Tabor, es semejante al que vió Moisés en el monte Horeb, cuando Dios se le apareció en figura de zarza ardiente. Sin embargo, entre ambos espectáculos mediaron algunas diferencias. En el monte Horeb, el Señor apareció en forma de llamas, y en el Tabor, el Hijo de Dios se presentó radiante de gloria; allí Dios y Moisés hablaron de la liberacion del pueblo de Israel, y aquí, de la redencion de los hombres; allí Moisés recibió de Dios la vara portentosa, por cuyo medio debia con inauditos milagros sacar libres al desierto á los hijos de Jacob, y en el Tabor, hablóse de la cruz, instrumento que, si bien no tenia en sí nada de portentoso y potente, convirtióse, no obstante, á la faz de las naciones en señal de gracia y de salud. Por esto quiso el Señor que, tanto en el Horeb como en el Tabor, fuese Moisés testigo de esta gloria, á fin de que el Legislador del Testamento Antiguo diera testimonio del divino Legislador del Nuevo Testamento.

El misterio de la Transfiguracion puede considerarse como el fin de la ley antigua y el principio de la nueva, desde el momento en que apareció aquel nuevo Legislador, de quien Moisés mismo habia dicho que no era mas que una sombra ó una figura: *Prophetam de gente tua, et de fratribus tuis, sicut me, suscitabit tibi Dominus Deus tuus. Ipsum audies.* Y en el Tabor se dijo: *Ipsum audite.*

Sentencias de los santos Padres.

Ut per carnem divinitas foris illuxit, sic et caro illuminata de divinitate radiavit. (*S. Aug., vel Auct. de mirab. Script.* 10).

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

In eo quod Dominus paucos secum detulit ad intuendam gloriam transfigurationis, per paucos ostendit esse eos, qui cœlestem gloriam adepturi sunt. (*S. Ambr. in c.* IX *Luc.*).

Fulgor ipse, et majestas divinitatis, quæ etiam in humana facie relucebant, ex primo ad se venientes trahere poterat aspectu. (*S. Hier. serm.* I *in Matth.*).

Filius Dei auditu, conspectu quoque monstratur. (*S. Hilarius*).

Christus toto corpore, tamquam sol radiis resplenduit gloria suæ divinitatis. (*S. Ephrem, orat. de Transfig.*).

In transfiguratione quid aliud, quam resurrectionis gloria nuntiatur? (*S. Gregor. lib.* XXXII *Mor. c.* 7).

In hac transfiguratione illud principaliter agebatur, ut de cordibus discipulorum crucis scandalum tolleretur, nec conturbaret eorum fidem voluntariæ humilitas passionis, quibus revelata esset absconditæ excellentia dignitatis. (*S. Leo, serm. de Transfig.*).

Moyses et Elias, lex scilicet et Prophetæ, apparuerunt cum Domino loquentes, ut verissime in illa quinque virorum præsentia compleretur quod dictum est: in duobus vel tribus testibus stat omne verbum. (*Id. ibid.*).

Quem sub velamine mysteriorum præcedentia signa promiserant, manifestum, atque perspicuum præsentis gloriæ splendor ostendit. (*Idem*).

His sacramentorum revelationibus Petrus incitatus, mundana spernens, et terrena fastidiens in æternorum desiderium quodam mentis rapiebatur excessu; unde et ait: Domine, bonum est nos hic esse. (*Idem*).

Vestimenta sua ostendit alba instar lucis, quia ex toto corpore ejus gloria suæ divinitatis scaturiebat. (*S. Ephrem, orat. de Transfig.*).

Quoniam multa de morte, et passione sua, et de cæde discipulorum locutus est Christus, et aspera quamplurima illis injunxit, gloriam suam in præsenti vita, quantum capere possunt, illis vult ostendere, ne posthac doleant. (*S. Chrysostomus*).

Ubi splendor faciei ostenditur, et candor describitur vestium, non substantia tollitur, sed gloria commutatur. (*S. Hier. in c.* XVII *Matth.*).

Certe transformatus est Dominus in eam gloriam, qua venturus est postea in regno suo. (*Ibid.*).

Christus apparuit medius inter Moysen et Eliam, tamquam Evangelium testimonium haberet à Lege et Prophetis. (*S. Aug. tract.* XVII *in Joan.*).

ESQUELETO DEL SERMON I

SOBRE LA PASION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret. (Joan. III).

De tal modo amó Dios al mundo, que entregó su unigénito Hijo por él.

1. No vengo á excitar vuestra compasion y vuestras lágrimas con el relato de los crueles padecimientos del Salvador... Estas lágrimas debemos verterlas sobre nosotros que somos reos de su muerte... Todos tienen conocimiento de la Pasion de Cristo, pero pocos la entienden como se debe... Yo me propongo convenceros de la caridad inmensa de Dios que murió por nosotros...

2. Si Dios nos hubiese dejado libre el pedirle una prueba de su amor, ¿habria nadie pensado en pedirle su Hijo?... Y en caso de dárnoslo, ¿quién hubiera pensado que se humanase y padeciese?... Y ¿qué seria si Dios os hubiese prometido daros su Hijo degradado..., reducido á la condicion de esclavo, atormentado hasta morir?... ¡Ah! basta, basta... Sin embargo, esta es la verdad... Colegid de ella su amor!...

3. Palabras del profeta Miqueas: *Numquid*, etc. ¿Cuándo se ha visto que por amor á sus vasallos rebeldes un rey condenase á muerte á su propioy unigénito Hijo?... Esto lo hizo el Dios Padre. ¿Podrémos aun dudar de su amor?

4. Jesús muere porque quiere, y quiere porque ama infinitamente á su Padre y desea salvar á los hombres satisfaciendo por ellos. Su muerte debiera ser, por lo tanto, gloriosísima... Sin embargo, solo apareció en ella todo lo que causaba infamia y afrenta... Por cumplir la voluntad del Padre aceptó las injurias... la cruz. ¿Quién, de otro modo, hubiera podido someterle á ella?... *Quomodo nos amasti...* (San Agustin).

5. Dios nos amó tanto sin ningun merecimiento nuestro... En su sola bondad halló la razon del amor que nos tuvo... Buscó la medida de su amor, no en nosotros, sino en sí mismo...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

In eo quod Dominus paucos secum detulit ad intuendam gloriam transfigurationis, per paucos ostendit esse eos, qui cœlestem gloriam adepturi sunt. (*S. Ambr. in c.* IX *Luc.*).

Fulgor ipse, et majestas divinitatis, quæ etiam in humana facie relucebant, ex primo ad se venientes trahere poterat aspectu. (*S. Hier. serm.* I *in Matth.*).

Filius Dei auditu, conspectu quoque monstratur. (*S. Hilarius*).

Christus toto corpore, tamquam sol radiis resplenduit gloria suæ divinitatis. (*S. Ephrem, orat. de Transfig.*).

In transfiguratione quid aliud, quam resurrectionis gloria nuntiatur? (*S. Gregor. lib.* XXXII *Mor. c.* 7).

In hac transfiguratione illud principaliter agebatur, ut de cordibus discipulorum crucis scandalum tolleretur, nec conturbaret eorum fidem voluntariæ humilitas passionis, quibus revelata esset absconditæ excellentia dignitatis. (*S. Leo, serm. de Transfig.*).

Moyses et Elias, lex scilicet et Prophetæ, apparuerunt cum Domino loquentes, ut verissime in illa quinque virorum præsentia compleretur quod dictum est: in duobus vel tribus testibus stat omne verbum. (*Id. ibid.*).

Quem sub velamine mysteriorum præcedentia signa promiserant, manifestum, atque perspicuum præsentis gloriæ splendor ostendit. (*Idem*).

His sacramentorum revelationibus Petrus incitatus, mundana spernens, et terrena fastidiens in æternorum desiderium quodam mentis rapiebatur excessu; unde et ait: Domine, bonum est nos hic esse. (*Idem*).

Vestimenta sua ostendit alba instar lucis, quia ex toto corpore ejus gloria suæ divinitatis scaturiebat. (*S. Ephrem, orat. de Transfig.*).

Quoniam multa de morte, et passione sua, et de cæde discipulorum locutus est Christus, et aspera quamplurima illis injunxit, gloriam suam in præsenti vita, quantum capere possunt, illis vult ostendere, ne posthac doleant. (*S. Chrysostomus*).

Ubi splendor faciei ostenditur, et candor describitur vestium, non substantia tollitur, sed gloria commutatur. (*S. Hier. in c.* XVII *Matth.*).

Certe transformatus est Dominus in eam gloriam, qua venturus est postea in regno suo. (*Ibid.*).

Christus apparuit medius inter Moysen et Eliam, tamquam Evangelium testimonium haberet à Lege et Prophetis. (*S. Aug. tract.* XVII *in Joan.*).

ESQUELETO DEL SERMON I

SOBRE LA PASION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret. (Joan. III).

De tal modo amó Dios al mundo, que entregó su unigénito Hijo por él.

1. No vengo á excitar vuestra compasion y vuestras lágrimas con el relato de los crueles padecimientos del Salvador... Estas lágrimas debemos verterlas sobre nosotros que somos reos de su muerte... Todos tienen conocimiento de la Pasion de Cristo, pero pocos la entienden como se debe... Yo me propongo convenceros de la caridad inmensa de Dios que murió por nosotros...

2. Si Dios nos hubiese dejado libre el pedirle una prueba de su amor, ¿habria nadie pensado en pedirle su Hijo?... Y en caso de dárnoslo, ¿quién hubiera pensado que se humanase y padeciese?... Y ¿qué seria si Dios os hubiese prometido daros su Hijo degradado..., reducido á la condicion de esclavo, atormentado hasta morir?... ¡Ah! basta, basta... Sin embargo, esta es la verdad... Colegid de ella su amor!...

3. Palabras del profeta Miqueas: *Numquid*, etc. ¿Cuándo se ha visto que por amor á sus vasallos rebeldes un rey condenase á muerte á su propioy unigénito Hijo?... Esto lo hizo el Dios Padre. ¿Podrémos aun dudar de su amor?

4. Jesús muere porque quiere, y quiere porque ama infinitamente á su Padre y desea salvar á los hombres satisfaciendo por ellos. Su muerte debiera ser, por lo tanto, gloriosísima... Sin embargo, solo apareció en ella todo lo que causaba infamia y afrenta... Por cumplir la voluntad del Padre aceptó las injurias... la cruz. ¿Quién, de otro modo, hubiera podido someterle á ella?... *Quomodo nos amasti...* (San Agustin).

5. Dios nos amó tanto sin ningun merecimiento nuestro... En su sola bondad halló la razon del amor que nos tuvo... Buscó la medida de su amor, no en nosotros, sino en sí mismo...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

6. No solo nos amó Dios sin merecerlo nosotros, sino á pesar de nuestros deméritos...

7. Un medio, aunque ineficaz para su salud, les quedaba á los hombres; era pedir á Dios misericordia confesándose culpables; pero, orgullosos, no querian reconocerse tales, y á su parecer no necesitaban de misericordia.

8. Y ¿quién dará muerte al Hijo de Dios? Los mismos hombres por quienes muere... Explicad, si podeis, tan pasmoso misterio... Ved lo que debeis pensar de su amor y de nuestra perversidad... Mirémonos las manos, en ellas tenemos el precio de nuestra redencion... La crucifixion de Jesús los hebreos la miraban con escándalo, los gentiles como una locura...

9. Si en vez de ser Dios el ofendido por nosotros, hubiéramos sido nosotros ofendidos por él, ¿nos hubiéramos atrevido á exigir de él para aplacarnos lo que hizo para salvarnos?... ¡Qué humillaciones y padecimientos los de Jesús!...

10. Flagelacion... Corona de espinas... Cruz á cuestas... Crucifixion... Abandono de su Padre... ¿Estais satisfechos con esto?...

11. ¿Quereis que lo sufra todo en silencio? Pues vedle que no profiere una sola queja... Vedle como cual inocente cordero no abre la boca contra los que le quitan la vida... Si habla es para pedir perdon por sus mismos verdugos... ¿Qué falta para que le concedais vosotros el vuestro?...

12. Pero, basta ya... No fue Dios quien nos ofendió, sino nosotros á él... Á ser él nuestro ofensor, ni él mismo hubiera podido hacer mas para merecer nuestro perdon, ni nosotros hubiéramos podido negárselo.

13. De lo dicho se infiere que por amor hizo Dios morir á su Hijo; que este se sujetó á morir por amor, y que el amor y nuestros pecados fueron los ministros de su muerte... Lo primero exige de nuestra parte gratitud; lo segundo, arrepentimiento... ¿Será este sincero y duradero? ¿Cuántos?... Haced el firme propósito de amar á quien tanto os ha amado, y de morir antes que volver á pecar... ¿Os atreveríais á posponerle de nuevo á Barrabás?... ¡Ah! no; no será así... Ya os veo arrepentidos...

SERMON I

SOBRE LA PASION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret. (Joan. III).

De tal modo amó Dios al mundo, que entregó su unigénito Hijo por él.

1. Sentiria mucho, hermanos mios, que os hubiéseis reunido hoy en este lugar con la idea de oir de mi boca una prolija relacion de la Pasion de Jesucristo, y con la esperanza acaso de derramar abundantes lágrimas de compasion á vista de los crueles padecimientos de un inocente; pues por dulces que sean las lágrimas que con tal motivo se derraman, no es mi ánimo satisfacer en esta parte vuestros deseos y esperanzas. No tengo yo el corazon bastante duro para detenerme en la consideracion de tan lastimosos sucesos, ni pudiera mi lengua haceros un minucioso relato de ellos, y aunque pudiese, no me atreveria á hacerlo, por parecerme una cosa demasiado cruel. Por otra parte, discurriendo con mas sutileza, ¿qué compasion os parece que merezca Jesucristo por sus padecimientos y aflicciones, considerados con respecto á aquel dolor corporal que nos causan los padecimientos de toda criatura sensible? Yo creo que no merece ninguna. Jesucristo padeció porque quiso, pues podia, con mas facilidad que yo lo digo, evitar los tormentos y la muerte; y ¿quién se compadeció jamás del que padece por su voluntad? Por tanto, otros deben ver los sentimientos que el Señor desea inspirarnos: reservad, pues, vuestras lágrimas para mas digna y justa causa. Cristo padeció porque nos amó mas que á sí mismo, y por causa de nuestros pecados, por los cuales quiso satisfacer á la justicia divina: de manera, que nosotros somos verdaderamente reos de la muerte de este Hombre-Dios. Por esto hemos de llorar; por esto hemos de derramar lágrimas de cordial, acerbo y mortal dolor; y si hay entre vosotros alguno que esté penetrado

de amor y reconocimiento hácia su Redentor, y conozca el mal que ha hecho, este llorará, y llorando el mal que hizo, se guardará de hacerlo en adelante. Este es verdaderamente el amor y estas las lágrimas que Jesucristo nos pide, y que yo vengo á exigir de vuestro piadoso corazon. Y ¿habria tal vez alguno de vosotros que dejase de amarle? Yo, á la verdad, no dudo de la ternura de vuestros sentimientos; lo que me hace dudar son las consecuencias de vuestro temor. El conocimiento de vuestra ruindad, de vuestra ingratitud de los demás pecados vuestros, pudiera quizá haceros temer que Dios os aborreciese y repudiase como enemigos; lo cual os causaria un arrepentimiento mezclado de desesperacion, que ahogaria vuestro amor. Y ¿cómo podríais amar á Dios, si creyérais que no sois ni podeis ser amados de él? Podríais temerle, temblar con la idea de sus venganzas; pero amarle, jamás. Sin embargo, este buen Dios quiere que le ameis, y á este fin quiere mostraros que os ama. Sabe todas las razones que teneis para dudar de su amor, y quiere desvanecerlas y anularlas dando las mayores seguridades del entrañable amor que os profesa, y de lo mucho que desea vuestro bien, de lo cual os dará hoy la prueba mas evidente y poderosa por medio de su dolorosa Pasion. Todos tienen conocimiento de la Pasion de Cristo; pero pocos la entienden derechamente, y la mayor parte todo lo ven en ella menos el admirable testimonio de amor que con ella nos ha dado nuestro Dios. Propóngome, hermanos mios, convenceros de la caridad inmensa de este Dios que murió por vosotros; mas sea cual fuere la eficacia de mis razones, libres seréis de amarle ó de dejarle de amar; de llorar por la sola compasion que os inspiren sus penas, ó por el cordial dolor que os causen vuestros pecados.

2. Ante todo os ruego que olvideis por un momento todo cuanto sabeis acerca de la Pasion de nuestro Redentor. Esto supuesto, pregunto: Si Dios, asegurándoos que os amaba, os hubiese ofrecido daros las mayores seguridades de su amor, dejándolas á vuestra eleccion; si os hubiese dicho: pedidme las pruebas que querais, ya sea que las busqueis en la profundidad de la tierra, ó en la sublimidad de los cielos: no temais pedir demasiado: *Pete tibi signum à Domino Deo tuo, sive in profundum inferni, sive in excelsum supra;* reflexionadlo bien: ¿qué os parece que hubiérais pedido? Ya sabeis que Dios tiene infinitos bienes que él puede daros y vosotros podeis pedirle; mas sabiendo que tiene un Hijo por él engendrado, Dios como él, y á quien ama ni mas ni menos que á sí mismo, es decir,

con un amor infinito, ¿cuál de vosotros se hubiera atrevido, no digo á pedirlo á Dios, sino á pensar siquiera que Dios pudiese dároslo? Creo que ninguno. Pero aun hay mas: ¿quién de vosotros hubiera podido esperar, que al concederos este Hijo amado, le hiciese tomar además vuestra misma carne y vuestra misma naturaleza, de suerte que, apropiándose todas vuestras costumbres y maneras, vuestra vida con todas sus miserias é imperfecciones, y convirtiéndose de este modo en hermano vuestro, os diera juntamente toda su confianza y las pruebas mas patentes de su ternísimo amor? ¿Quién de vosotros, repito, hubiera esperado esto? No dudo que hubiérais condenado por sacrílego é impío al que se hubiese atrevido á esperar y pedir tanto. Paso mas adelante. Si Dios mismo, no á ruegos de alguno, sino espontáneamente, para daros testimonio de su amor, os hubiese ofrecido una prueba increible de él; si os hubiese dicho que haria encarnar á su amado Hijo unigénito, y lo haria humillar de esta suerte para que estuviérais ciertos de su caridad para con vosotros; estoy cási seguro de que os hubiérais horrorizado, y hubiérais juzgado mas increible esta prueba de amor que Dios os ofrecia, que el amor mismo que con ella queria probaros; pues en realidad seria mucho mas de admirar que Dios os diera su propio Hijo y lo hiciera hombre por vosotros, que no que os profesara el mayor amor. No he concluido todavía. ¿Qué seria si Dios os hubiese prometido daros su Hijo, no solo encarnado, sino degradado de la gloria natural de imágen suya y Verbo suyo, reducido á la condicion de esclavo, vituperado con toda suerte de baldones y oprobios, sumido en la pobreza y el desprecio, afligido y atormentado hasta morir pendiente de un infame patíbulo como el mayor de los facinerosos?... ¡Ah! basta, basta; nos helaríamos de espanto, y cási estaba por decir que no daríamos crédito al mismo Dios; porque nos pareceria menos increible que Dios mintiese, que no que por amor de los hombres hiciese morir deshonrado á su propio Hijo. Sin embargo, nosotros tenemos continuamente á la vista este hombre crucificado, lo creemos verdadero Hijo de Dios, y sabemos todo cuanto padeció por nosotros en la tierra. En vista de esto dejo á vuestra consideracion lo que debeis pensar y creer acerca del amor de Dios.

3. Buscando en los pasados tiempos un ejemplo en que se nos mostrase un hombre que diera otro hombre en justa y generosa satisfaccion de sus propias culpas, me ocurrió el siguiente del profeta Miqueas (*c.* VI, *v.* 6), que por cierto no es trivial ni de escasa

importancia. ¿Cómo podré yo, dice el Profeta, aplacar al Señor? ¿le sacrificaré en expiacion de mi pecado mi hijo primogénito, fruto carísimo de mis entrañas? *Numquid dabo primogenitum meum pro scelere meo? et fructum ventris mei pro peccato animæ meæ?* Si este hijo primogénito consintiese, ó lo que es mas, se ofreciese espontáneamente á morir por su padre, reo de delito capital, para salvarle de la muerte, seria este sin duda un acto muy generoso. Pero ¿qué seria si un hijo inocente se ofreciese á morir, y hasta su padre mismo le condenase á muerte por salvar á uno de sus siervos, el mas vil de ellos, y librarle de un suplicio afrentoso? ¿Qué seria si un monarca, ofendido é irritado de las perfidias de algunos vasallos rebeldes, condenase á muerte á su propio Hijo unigénito, tan amado de él como su misma vida, tomando en su persona solemne justicia por salvar á aquellos rebeldes? ¿Cuándo se ha visto esto? ¿quién lo ha creido posible?... Pues ¿qué dirémos del Dios Padre, que hizo verdaderamente todo esto? de un Dios que, injuriado por los hombres, á quienes, no obstante su perversidad, amaba tiernamente; para librarles de la perdicion eterna hizo morir á su propio Hijo natural, Dios como él, movido de su ardiente amor para con aquellos ingratos? ¿Quién hubiera llegado á pensarlo? ¿quién se hubiera atrevido á pedírselo? ¿quién podia merecer tan inmensa misericordia? Aunque careciésemos de fe, aunque no tuviésemos conciencia ni amor de Dios, no hubiera llegado á tanto nuestra presuncion; antes bien, si Dios nos hubiese ofrecido darnos tan grande prueba de amor, debiéramos haberla rehusado por reverencia, por deber y por natural piedad, y deberíamos haber preferido sufrir la pena de muerte en que habíamos incurrido, antes que consentir de parte de un Dios un arranque de caridad, á nuestro parecer tan excesivo y cruel, como el de sacrificar por nosotros su Hijo unigénito. Pero dejémonos de toda suposicion: el caso ocurrió verdadera y puntualmente como acabo de indicarlo; ninguno de nosotros lo duda; y ¿podemos aun dudar del amor de Dios?

4. Pero demos que solo la muerte del Hijo de Dios debiese reconciliar á los hombres con la justicia del Padre. Si tan grande es el amor que le alienta y mueve, ¿quién seria capáz de abarcar ni medir sus límites? Pero sea notorio á lo menos, que muere por nuestro solo amor; sepamos todos que sacrifica voluntariamente la vida por el honor de su Padre: de este modo su caridad obtendrá un magnífico y solemne triunfo. Mas aquí es donde el inmenso y

misterioso amor de Dios para con los hombres aparece mas grande é increible, pues niega á su Hijo hasta la gloria de su generosa muerte, haciéndole morir á los ojos de todo el mundo de una manera vergonzosa é infamante. Advertid, hermanos mios, la profundidad de este misterio. El sacrificio de Jesucristo era el mas santo, noble, provechoso y divino que darse pudiese. El mérito de este grande acto consistia en la libre eleccion con que aquella víctima divina se sacrificaba por el amor de los hombres y por la gloria de Dios. Su oblacion era del todo voluntaria y su obediencia enteramente filial y cordialmente amorosa: *Oblatus est quia ipse voluit.* Moria, en fin, porque queria, y queria morir porque amaba infinitamente á Dios Padre, y deseaba salvar á los hombres satisfaciendo por ellos: *Ego pono animam meam à me ipso.* Es menester, hermanos mios, que consideremos todo esto, y que al pensar en la muerte de Jesucristo no nos compadezcamos solamente como nos compadecemos de un ladron ó de otro infeliz malhechor condenado á muerte por sus delitos. Nuestro Redentor muere como un héroe santísimo que da su vida y la sacrifica por la honra de Dios y por la salvacion del mundo, y por lo tanto su muerte debiera serle gloriosísima, como el acto mas espléndido de noble y libre caridad. Pero ¡oh nuevo prodigio de amor y santidad! Todo lo que debia ennoblecer su muerte quedó secreto y oculto, y solo apareció exteriormente lo que causaba infamia y afrenta. Ninguno, fuera de su Madre, conoció la generosidad de su amoroso propósito; ninguno supo la libre eleccion que habia hecho de su muerte; ninguno vió que solo el amor le habia clavado y le tenia suspendido en la cruz. Mostraba ser un reo como los otros, condenado por un delito capital escrito para conocimiento de todos en el mismo instrumento de su suplicio: mostraba ser un hombre que no habia podido escapar de las manos de sus enemigos, ni bajar de la cruz cuando le provocaban á ello con mil insultos. Si es Hijo de Dios, decian, baje del patíbulo, y lo creerémos. ¿Cómo es que habiendo salvado á tantos otros, no puede salvarse á sí mismo? ¡Ah! este era un misterio que solo podia explicar aquel amor que aquellos hombres ingratos no sabian ver en él. Por lo mismo que queria salvar á los otros, no podia ni queria salvarse á sí propio; pero esto nadie lo sabia, y por eso moria deshonrado é infamado á los ojos del pueblo. Su Padre le habia mandado morir por los pecados que él no habia cometido; y aquel amado Hijo unigénito, deseoso de ver cumplida en él la voluntad de su Padre, habíala aceptado con afectuosa y pronta obe-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

diencia: por cumplir su voluntad aceptó las injurias, los escarnios, los azotes, las llagas y la cruz. De otro modo, ¿cuál de los hombres era capaz de someterle, siendo, como era, la virtud omnipotente de Dios? Entre tanto el Padre recibia en secreto el sacrificio interior de su Hijo, y aceptaba la humilde y libre oblacion de su vida; pero estas divinas operaciones permanecian ocultas, sin que ninguna de ellas apareciese exteriormente. El Dios todopoderoso ocultaba su autoridad bajo la de aquellos malvados jueces, que parecian justos; y encubria su beneplácito con la crueldad y con el odio de aquellos impíos que derramaban la sangre de su Hijo, que parecia haber merecido la muerte. De ahí el que la inhumana flagelacion, las bofetadas, las salivas, las afrentas, los insultos, los clavos y la muerte apareciesen como penas y castigos por él merecidos; de ahí el que muriese en opinion de criminal: *Et cum sceleratis reputatus est.* Y en verdad todo lo mereció, porque si nosotros merecíamos aquellas penas, merecíalas tambien el Hijo de Dios desde el momento que se habia encargado de satisfacer por nosotros; y Dios, para mostrarnos cuánto nos amaba, se mostró con él tan severo y nada le perdonó: *Quomodo nos amasti*, decia san Agustin, llorando á los piés del Crucificado, *Pater bone, qui Filio tuo unico non pepercisti, sed pro nobis impiis tradidisti eum! Quomodo nos amasti, pro quibus ille, qui non rapinam arbitratus est esse æqualis tibi, factus est subditus usque ad mortem, mortem autem crucis!* (Aug. Conf. X, 43). Esto es verdaderamente un milagro de abnegacion y amor.

5. Despues de haberos manifestado la inmensidad de este amor, seria por demás añadir que Dios nos amó tanto sin ningun merecimiento nuestro: no obstante, siendo este un hecho de importancia suma, y reconocida por todos nosotros, diré algunas palabras acerca de él. Imposible parece á nuestra débil comprension que un hombre pueda amar á otro hombre, si no descubre en él cualidad ni circunstancia alguna buena que provoque su amor; pues si no vemos en nuestros semejantes alguna cosa amable, de ningun modo podemos poner en ellos nuestro afecto. Así es que nosotros, midiendo neciamente el amor de Dios por el nuestro, dudamos que Dios pueda ó quiera amarnos, no viendo en nosotros la menor cosa digna de amor: humildad falsa é injuriosa á aquel sumo Bien, por cuanto le niega la nobilísima calidad, propia de su naturaleza perfectísima é infinita, de amar á otro sin que lo merezca, pues no teniendo necesidad de cosa alguna, no busca el mérito, sino que lo pone y crea en aquellos á quienes quiere amar: *Charitate perpetua dilexi te; ideo* (esta es la

grande y única razon) *attraxi te, miserans tui.* Aquí es, dice san Pablo, donde se nos mostró la suma bondad y benignidad del Señor; pues nos amó y salvó en su Hijo Jesucristo, no por nuestras obras, ni por nuestros méritos, sino por pura y simple misericordia. En su sola bondad halló la razon del amor que nos tuvo; amó en nosotros aquel mismo amor con que nos amó gratuitamente: á esto se reduce todo el mérito que nos hizo acreedores á su amor: *Meritum meum*, decia el gran Agustin, *misericordia tua.* Y no se contentó nuestro bondadoso Dios de amarnos con regular medida, sino que nos amó con aquel amor inmenso que todos sabeis. Buscó la medida de su amor, no en nosotros, sino en sí mismo y en su propia bondad, y siendo esta infinita, no podia en cierto modo amarnos menos de lo que nos amó; de manera que la inconmensurable caridad que con nosotros usó, dándonos su propio Hijo y haciéndole morir por nosotros, considerada bajo este respecto, no es tan excesiva y superabundante como parece, cuando se considera absolutamente.

6. He dicho que Dios nos amó sin merecimiento alguno de nuestra parte, y he dicho mal: debia decir, y digo que nos amó á pesar de los infinitos deméritos que habíamos contraido con nuestros pecados; nos amó cuando, por el contrario, debia odiarnos, y nos colmó de sus bondades, cuando merecíamos que nos tratase con la mayor severidad. Preguntad á san Pablo cuáles eran los merecimientos de los hombres, cuando Dios hizo el misericordioso propósito de salvarles con la muerte de su Hijo. Nosotros éramos tambien, dice á su amado Tito, necios, incrédulos, descaminados, esclavos de varios afectos y deleites, viviendo en malicia y en envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos los unos á los otros. Esa multitud de vicios, ese cúmulo de maldades que vió Dios en nosotros, fue lo que le movió á amarnos con tal predileccion. ¡Dios de infinita bondad! tú que dices que aborreces á los pecadores y al pecado, y que solo amas á los justos y á los buenos, ¿cómo pudiste amarnos á nosotros, pecadores, inícuos y soberbios? ¿á qué pecadores podias aborrecer cuando no nos aborreciste á nosotros? ¡Oh misericordia infinita! en qué viles criaturas pusiste tan grande amor! por qué miserables seres obraste tan gran milagro de caridad!

7. No obstante su gran perversidad, todavía quedaba á los hombres pecadores un recurso que, aunque ineficaz y nulo en sí mismo, pudiera sin embargo haber bastado á la infinita bondad de Dios para amarles y favorecerles; cual era el de confesarse culpables y

dignos de aborrecimiento y de castigo, y pedir misericordia llorando amargamente sus pecados. Esta hubiera sido para el benigno corazon de Dios una dulce violencia, que quizás le hiciera compadecer de aquellas desdichadas cuanto ruines criaturas. Pero ¡ay de mí! ni aun este mezquino resto de bondad quedaba á los hombres! Eran, no solo pecadores, sino tambien orgullosos y soberbios; ni se conocian á sí mismos, ni querian conocer á Dios, á quien ofendian maliciosamente. Teníanse por justos, y no se acordaban siquiera de una misericordia, que á su parecer no necesitaban. Recibian continuos beneficios del verdadero Dios, y adoraban y daban gracias á unos dioses de madera y de piedra, ó mejor, á los demonios: ¡ingratos! impíos, blasfemos! Y sin embargo, estos, no ya hombres, sino peores que bestias, que no solicitaban ni estimaban en nada el amor de Dios, fueron los mismos á quienes amó Dios hasta tal punto, que despues de haberles colmado de toda suerte de bienes, hizo morir á su propio Hijo para salvarles de la muerte eterna: ¡portento de caridad que arrebata la imaginacion y confunde el entendimiento! En verdad, solo por este pecado, es decir, por haber, contra toda razon y justicia, deshonrado su divinidad amando á tan desnaturalizadas y feroces bestias, merecia Jesús la muerte que padeció. Perdóname, Dios mio, estas palabras...

8. Morirá, pues, infamemente el Hijo de Dios, ya que tal es su voluntad, por los hombres soberbios é inícuos, y los salvará con su muerte. Pero ¿quién será capaz de dar muerte al Hijo de Dios? Para esto preciso será buscar verdugos que no le conozcan, y que carezcan de todo sentimiento, de toda razon y de toda piedad. Solo las mas crueles fieras podrian ser ministros de esta muerte sacrílega, aun suponiendo que su natural instinto no les diera á conocer, al tiempo de tocarlo, su divino Criador, y no amansara toda su ferocidad; pues yo no dudo que los mismos leones, los tigres y las hienas, movidos de natural reverencia, se hubieran echado á sus piés para adorarle. Pero ¿qué tigres ni qué hienas estoy diciendo? á manos de los hombres morirá Jesucristo, de aquellos mismos hombres á quienes salvará con su muerte. ¡Dios santo! ¿Así satisfarán los hombres por sus pecados? ¿cometiendo el mayor y mas execrable de los delitos contra aquel mismo Dios que los salvará de la muerte eterna? ¿Y Dios ha escogido este medio para salvarles? Cristo muere por la salvacion de los hombres; ¿y estos hombres atentan contra la vida de aquel mismo que les ama hasta el punto de dejarse matar por ellos? Sí, esto es lo que hizo Dios;

esto es lo que hicimos nosotros. Tal fue el cúmulo de inauditas maldades y de increibles sacrilegios que el hombre pecador cometió contra su Redentor y Dios: menospreció la misericordia misma que le salvaba; violó y holló aquella sangre que expiaba sus delitos; insultó aquella divina paciencia que imploraba para él el perdon del Padre, y trató á este buen Dios, que le amaba mas que á sí mismo, como el mas vil é infame de los malvados. Y el efecto de tan enormes y horribles delitos debia ser la redencion y la salvacion de aquellos que los cometian. Explicad, si podeis, esta multitud de inauditos y pasmosos misterios que el amor de Dios acumuló en sí mismo; y despues de esto, ved qué es lo que debeis pensar acerca de su amor y de nuestra perversidad. Lo cierto es que, para que nadie pudiese dudar de la verdad de este prodigioso exceso de amor, los primeros que gozaron del fruto de esta sangre fueron los mismos que la derramaron y por quienes Jesucristo habia rogado especialmente en su agonía. El apóstol san Pedro, en su primera predicacion, dirigió su voz á aquellos mismos hombres que cincuenta dias antes habian crucificado al Salvador, cuya sangre veia todavía humear en sus manos; y habiéndole aquellos preguntado llorando si les quedaba algun medio de alcanzar misericordia, respondióles el santo Apóstol: Miraos las manos, desgraciados; en ellas teneis el precio de vuestra salvacion: este precio es la sangre que habeis derramado. Dad gracias, despues de Dios, á vuestro delito, pues por este mismo seréis salvados: *Pœnitentiam agite, et baptizetur unusquisque vestrum in nomine Jesu Christi, in remissionem peccatorum vestrorum;* queriendo decir, lavad vuestras culpas con la sangre que habeis derramado: *et accipietis donum Spiritus Sancti.* Fue tal este exceso de amor, que los mismos hombres á quienes Dios habia amado tanto no quisieron creerlo; y por un exceso contrario de ingratitud mas que bestial, se mofaron de él calificándolo de locura. ¡Un Dios que se hace hombre! ¡un Dios humillado y afrentado como un malhechor! ¡un Dios que se deja matar, atormentar y clavar en cruz por aquellos mismos por quienes muere! ¡Imposible! ¡mentira! ¡Y todo esto por amor de aquellos mismos hombres que le hacian morir! ¡Qué delirio! Seria una iniquidad el pensar siquiera que Dios fuese capaz de semejante locura. Así se burlaban los gentiles y los hebreos de la caridad verdaderamente inaudita y del excesivo amor de Jesucristo que queria y debia salvarles: *Prædicamus Christum crucifixum; judæis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

9. Sin duda debeis pensar, hermanos mios, que os he dicho del amor de Dios para con los hombres cosas superiores á vuestra fe, y al parecer enteramente increibles: tal fue efectivamente la grandeza de su amor. Pues ahora, confiado en el auxilio de este mismo amor, espero me permitiréis suponer otra cosa que, aunque falsa en sí misma, tiene sin embargo apariencia y fundamento de verdad. Figuraos que Dios hubiese necesitado de vosotros; que habiéndoos ofendido de mil maneras, se hubiese propuesto apurar todos los medios de aplacaros, y que despues de haberos ofrecido toda clase de satisfacciones para que le perdonárais sus pecados, os propusiera el durísimo sacrificio de entregaros su Hijo para que le diérais muerte, el mismo sacrificio del profeta Miqueas, de que antes os he hablado, y os dijese: *Numquid dabo Primogenitum meum pro scelere meo?* ¿Quereis que haga morir á mi Hijo por mi pecado? ¡Ah! os horrorizais de esta suposicion mia, y hasta la teneis quizá por una blasfemia. No os escandaliceis; mas decidme: ¿Qué es lo que le hubiérais pedido, y á qué le hubiérais condenado? ¿Merecian sus culpas y su soberbia en desobedeceros y menospreciaros, que su Hijo fuera abatido y humillado en reparacion de la ofensa inferida á vuestro honor? Si no sois injustos é indiscretos, ¿creeréis que pudiera someterse á mayores ignominias y á mas crueles afrentas que las que se sometió? ¿Qué hombre, por vil y despreciable que fuese, vióse jamás, cual Jesucristo, tratado é injuriado como el último y mas soez de los hombres, como el oprobio del género humano y la escoria de la plebe, en términos de parecer, mas bien que hombre, un inmundo gusano? *Novissimum virorum; opprobrium hominum; abjectio plebis: ego autem sum vermis et non homo.* Vióse insultado por el populacho hasta el punto de escupirle en el rostro; abofeteado y escarnecido como un pícaro; vestido de blanco como un loco, y paseado de este modo en medio del dia por la ciudad á la vista de todo el pueblo. Hízole traicion un amigo, y le vendió á menor precio del que habia sido vendido en tiempo del rey Acab la cabeza de un jumento. Un ladron y asesino, puesto en parangon con él, pareció y fué tenido por inocente, y sin vacilar un solo instante, todo el pueblo á una voz absolvió al ladron y condenó á Jesucristo. ¿Quereis mas? ¿Estais satisfechos de sus humillaciones?

10. ¿Ó juzgais aun necesario para aplacar vuestro enojo, que el Hijo de Dios sea castigado con otras penas y otros dolores? Pues sabed que Jesucristo padeció otros dolores y otras penas tales, que deberíais ser muy crueles para no daros por satisfechos con ellos.

Prescindiendo de que su vida, no muy breve por cierto, fue un continuo martirio motivado por las incesantes angustias que le causaba la infalible prevision de los tormentos que le aguardaban; prescindiendo tambien de la intolerable agonía que padeció en el huerto y le oprimió el corazon hasta el extremo de hacerle sudar sangre; ¿fue poca pena la cruel flagelacion que laceró sus inocentes carnes de manera, que ni mi corazon me permitiria decíroslo, ni vosotros pudiérais oirlo sin derramar abundantes lágrimas de compasion? Ciertamente, al ver brotar á cada golpe de azote aquella sangre preciosa; al ver acardenalarse, hincharse y desgarrarse cruelmente la piel de aquel manso cordero, me pediríais que callase, y horrorizados de tal relacion, ahogaríais mi voz con vuestros rumores. ¿Fue poca pena la de atravesarle las sienes con espinas? Cualquiera de vosotros á quien le haya dolido la cabeza puede figurarse qué tormento ha de causar tan horrible operacion. ¿Fue pequeño padecimiento el de llevar sobre sus laceradas espaldas, con el cuerpo extenuado por tantas horas de martirio, la pesada carga de la cruz hasta la cumbre del Calvario? ¿No basta para que os compadezcais de él, el verle traspasar los piés y las manos, rompiéndole los músculos, los nervios y las venas con duros clavos, y clavarle con ellos á martillazos en la cruz, y levantándole en seguida, dejarle pendiente de ella por espacio de tres horas en medio de los inexplicables dolores que debian causarle sus heridas agravadas por el peso de su cuerpo? ¿negarle un poco de agua cuando estaba pereciendo de sed, y al pedir de beber (cosa que jamás se niega en semejante trance á los ladrones y asesinos) no hallar entre tantos como presenciaron su muerte uno solo que se compadeciera de sus muchos padecimientos, pues léjos de esto, todos mostraban aprobarlos, y añadian los insultos y el escarnio á los tormentos? Y lo que es mas, ¿mostrarle su mismo divino Padre, que le negaba todo su amor, no solo privándole de todo consuelo, sino aumentando su martirio con una desolacion, un desvío y un abandono tan amargos, que bastaban por sí solos para causarle la muerte, lo cual obligó á aquel buen Hijo á quejarse suavemente y por primera vez á su Padre, y morir finalmente sumergido en este piélago de imponderables amarguras? Decidme, repito, ¿os daríais por satisfechos con esto?

11. Y si no contentos aun, quisiéseis que lo sufriese todo en silencio, y con infinita paciencia y resignacion; vedle allí con Judas, aquel mismo Judas que ha de venderle, y que, segun lo con-

venido con los enemigos de su Maestro, le dará un beso para que le conozcan y se apoderen de él. Nada de esto ignora Jesucristo, y sin embargo todo lo acepta. Ved con qué mansedumbre ofrece su mejilla á la boca maldita del traidor, sin mostrarle el menor enojo, ni oponerle mas que una dulce reconvencion, llamándole amigo: *Amice, osculo Filium hominis tradis?* Como inocente cordero no abre la boca contra los que le quitan la vida con tanta crueldad; no se defiende, ni vuelve mal por mal, mas todo lo tolera en silencio, y al ver que su infinita paciencia es menospreciada y mirada como bajeza y debilidad, no profiere la menor queja ni suelta el menor lamento: si habla, es tan solo para manifestar que ama y perdona á sus mismos enemigos, y para pedir á su divino Padre que tambien los perdone. ¿Qué falta, pues, para que concedais el perdon de vuestras ofensas á este buen Dios, que tan larga y dolorosa satisfaccion os ha dado en la persona de aquel su tan amado Hijo, sobre todo si se considera que siendo este Hijo-Dios una misma cosa con el Padre, la penitencia era comun á entrambos?

12. Pero basta ya. Conozco, oyentes mios, que no podeis tolerar por mas tiempo esa série de dolorosas suposiciones; pues que entrañan una ironía sobrado amarga y una acusacion harto severa para vosotros. No nos ha ofendido Dios á nosotros, no; nosotros somos los culpables; nosotros merecimos las crueles penas que os he descrito rápidamente; y sin embargo es un hecho innegable que Dios padeció verdaderamente por vosotros aquellas penas, de manera que si hubiese necesitado alcanzar vuestro perdon ó excitar vuestra misericordia, ni él hubiera podido hacer mas para merecerla, ni vosotros hubiérais podido negársela. Bien sé yo que las cosas no fueron ni pudieron ser tales como las he supuesto; que vosotros necesitábais de él, y no él de vosotros; que vosotros le habíais ofendido verdaderamente á él, y que por vuestros muchos y graves pecados merecíais aquella durísima expiacion; que estaba en su mano imponeros esa expiacion, y que hubiera sido un acto de suma bondad el perdonárosle; pero tampoco ignoro que, por un cambio de cosas y de personas que ningun hombre ni Ángel alguno hubiera podido creer jamás, Dios se encargó de hacer por vosotros esa tan grande expiacion, como si él y no nosotros hubiera sido el pecador, el impío y el ingrato; de manera que nada mas pudiera haber padecido ni hecho para aplacarnos. Esta reflexion aflige mi espíritu y debe afligir á cuantos tengan alguna fe, ó siquiera alguna nobleza de sentimientos.

13. Decidme ahora, oyentes mios, ¿paréceos si Dios os ha dado bastantes pruebas del amor que os profesa? De lo dicho hasta ahora infiérense clara é indudablemente dos cosas: primeramente, que Dios hizo morir á su Hijo, y que este se sujetó á morir por amor; y en segundo lugar, que, despues de su amor, nuestros pecados fueron los ministros de su muerte, puesto que por ellos murió. Esto supuesto os pregunto: al contemplar á este Dios crucificado ¿qué sentimientos deben preponderar en vosotros? ¿ha de preponderar la compasion, ó ha de llenar y embargar vuestro corazon el amor y el dolor? ¿No amarémos á un Dios tan bueno que nos amó hasta el extremo de anteponernos á sí mismo y á su propia vida? Y toda vez que nuestros pecados fueron la verdadera causa de su muerte, ¿no llorarémos de cordial contricion? ¿no nos llenarémos de indignacion contra nosotros mismos? ¿no procurarémos reparar con la penitencia nuestras grandes iniquidades? Pensad, pues, qué es lo que debeis hacer. Ya que habeis pecado, ¿qué otro remedio os queda, sino llorar amargamente y proponer firmemente no volver á pecar? Os he ofendido, hermanos mios, y os pido perdon por ello, haciéndoos perecer de dolor al suponer que Jesucristo hizo aquella horrible expiacion con el objeto de aplacaros y moveros á perdonarle las ofensas que de él habíais recibido. No fue así, no, lo sé; antes al contrario el Salvador padeció tan crueles tormentos para que os compadeciérais de él y cesárais de ofenderle; para que viendo cuán cara le habia costado la satisfaccion de vuestros pecados, no volviérais á cometerlos jamás, bastándoos haberle hecho morir una vez, y no queriendo verle padecer y morir de nuevo. Esto desea, por esto murió; ¿seríais capaces de negárselo? ¿acaso os pide demasiado? La dolorosa compasion que os ha inspirado, las abundantes lágrimas que habeis derramado ¿bastarán para que una vez para siempre dejeis de apesadumbrarle? ¡Ah! pensad que todavía podeis veros en la misma alternativa en que Pilatos puso un dia á los hebreos proponiéndoles la eleccion entre la vida de Barrabás y la de Jesucristo: *Quem vultis dimittam vobis?* Todavía Jesucristo será puesto en parangon con algun malhechor, es decir, con el culpable amor de vosotros mismos, con algun apetito carnal, con alguna ganancia ilegítima, con una venganza, ó con una torpe satisfaccion; y estará en vuestra mano elegir entre Cristo y vosotros mismos, entre Cristo y vuestra carne, entre Cristo y la vergonzosa pasion, ó la moda, ó el pecado; siendo entonces necesario que opteis por una de estas dos co-

sas, ó volver á crucificar y hacer morir en vosotros á Jesucristo, ó crucificar y hacer morir el pecado. En semejante alternativa, en que de seguro os habeis de encontrar, ¿qué es lo que debo esperar de vosotros? ¿Qué han hecho tantos otros cristianos que en los pasados años oyeron la relacion de los padecimientos de Cristo? Aquellos mismos que, como ahora vosotros, al recordar sus penas y su muerte sollozaban y lloraban amargamente, en breve enjugaron sus lágrimas, y olvidaron su dolor y sus buenos propósitos. Vino vuestra antigua amiga, la infame moda, instando y llorando; y aunque Jesucristo se mostraba tambien lleno de dolor y afliccion, y procuraba sujetar vuestras manos para que no le crucificárais otra vez, recordándoos vuestras lágrimas y promesas, todo fue en vano. Sea en buen hora crucificado Jesucristo; ¿pero contristar á la antigua amiga? eso no; ¿pero abandonar la moda, aunque deshonesta y escandalosa, harto cara á nuestro corazon? nunca, jamás: así decíais vosotros. Ahora comprenderéis por qué prescindiendo de vuestra compasion, solo he tratado de excitar en vosotros el amor y el dolor. La compasion dura tanto como la idea del mal que sufre el que no lo merece: tan pronto como se desvanece esta idea, cesa tambien la conmiseracion. Mas si la Pasion de Cristo os demuestra el infinito amor que este os profesó á pesar de vuestra ingratitud é indignidad; si conoceis las consecuencias y los efectos del pecado; aun cuando pequeis contra este mismo Dios tan bueno y tan amante de los hombres, estos afectos os dejarán en el corazon un noble y firme propósito de amar con todas veras á aquel que tanto os ha amado, y de morir antes que volver á pecar. Este ha de ser el fruto del presente sermon; si no lo consigo, habré perdido el tiempo y el trabajo. ¡Dios mio! ¿será posible que un amor tan grande y tantas penas padecidas por nuestros pecados no concilien á Jesús verdaderos y constantes amadores, que en los momentos de tentacion, cuando se vean seducidos por las pasiones y los goces terrenales, reflexionen y digan: Renuncio á todo con tal de no ofender á Dios? El pecado clavó á Jesucristo en la cruz; ¡á tal extremo llegó su amor para con nosotros! Pero yo tambien sé amar; tambien yo sabré sacrificar los intereses, la moda y los goces al amor de Jesucristo. Si Dios hubiese pecado contra vosotros, la penitencia que impuso á su Hijo hubiera bastado sin duda para que le perdonárais y amárais. Mas ahora los pecadores sois vosotros, y él, á pesar de ser el ofendido, os amó tanto y padeció tanto por vosotros, que vuestro entendimiento apenas puede concebirlo: y ¿no le amaréis siquiera lo que baste para vencer una pasion? Parece imposible; pero así ha sucedido, y así ¡ay de mí! sucederá todavía. ¿Sucederá verdaderamente, hermanos mios? ¡Ah! quisiera estar seguro de lo contrario. Decidme, ¿habria entre vosotros alguno que, dando al olvido el amor de este Dios y los dolores que padeció, los pecados que ha cometido, el perdon que Dios le ha otorgado, y hasta las lágrimas que aquí habeis derramado, se atreviese á gritar: *Non hunc, sed Barabbam?* Muera Jesucristo, y viva mi amiga; muera Jesucristo, vivan mis pasiones? Si alguno de vosotros se atreviera á ello, y vosotros pudiérais conocerle, no dudo que levantándoos todos contra él, y considerándole como un mónstruo indigno de vivir, haríais en él un terrible escarmiento y una solemne y sangrienta venganza en presencia de Jesucristo. Pero no habrá, no, ninguno tan impío. Veo ya en los corazones de todos vosotros el noble propósito de amar á este buen Dios hasta la muerte. Si habeis formado este propósito, obligaos todos á llevarlo á cabo con esta terrible imprecacion: *Si quis non diligit Dominum Jesum Christum, anathema sit.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESQUELETO DEL SERMON II

SOBRE LA PASION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Pro omnibus mortuus est Christus: ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est... (II Cor. v, 15).

Cristo murió por todos: para que los que viven, no vivan ya para si, sino para aquel que murió por ellos...

1. ¡Qué dia tan lleno de misterios!... Hoy el mejor y mas inocente Abel... el Noé mas justo... el Abrahan mas excelso... el Hijo de Dios vestido de la humana naturaleza... al cumplirse las misteriosas semanas de Daniel... muere con asombro de los Ángeles, con espanto de los demonios, y por el remedio de los hombres.

2. ¿Qué fin tiene la Iglesia al presentarnos tan doloroso objeto?... El que nos propone san Pablo: Por todos ha muerto Jesucristo, para que los que viven, etc. Este tambien es el mio. No pretendo tanto vuestra compasion cuanto vuestra conversion...

3. ¿Qué necesidad tenemos de seguir otro plan que el de la série natural de los sucesos?... Pero ¿á dónde acudiré por auxilios?... Padre eterno... Espíritu Santo... Vírgen inmaculada... Ángeles hermosos... Iglesia santa... ¿Á dónde me acogeré? Á tí, ó cruz piadosa... pero ¡ay! que inmediata á tí veo á la Madre del Salvador, y es justo saludarla llena de gracia... Admitid, ó Madre dolorosísima...

Ave María.

4. Palabras de despedida que, segun san Buenaventura, mediaron entre Jesús y su Madre en un aposento del Cenáculo...

5. Esto nos indica que el primer paso de la vida cristiana debe ser el despido de todo lo mundano... Ya lo expresó en otra ocasion el Salvador... Así lo practicaron los hijos del Zebedeo...

6. Oracion en el huerto... Palabras misteriosas de Jesús... Somete su voluntad á la de su Padre...

7. Agonía mortal de Jesús en el huerto... Sudor de sangre...

Sudó sangre..., dicen san Ambrosio, san Crisóstomo, san Bernardo, san Agustin... ¡Ay, almas! ¿será esta sangre para nosotros?...

8. El segundo paso en la vida cristiana consiste en dedicarnos á la oracion. Con ella lograrémos... conformar nuestra voluntad con la de Dios, á imitacion de Jesús: *Non mea voluntas*, etc.

9. Ósculo de Judas... Tierna reconvencion del Salvador... *Amice, ad quid venisti?*... ¡Infeliz hombre!...

10. Tercer paso en el camino espiritual: ¿te dedicaste á la oracion? Pues cuidado ahora con las divinas inspiraciones... *Amice, ad quid venisti?*

11. ¿Á quién buscais? Á Jesús Nazareno... Yo soy. Á esta voz... cayeron todos en tierra. Permitióles levantarse el Señor, y se entregó libremente á ellos... Unos le atan, otros le apalean... Cruelísima bofetada que en casa de Caifás le da el criado de este... Mansedumbre del Salvador...

12. Soportando tan enorme injuria el Señor quiso enseñarnos á sufrirlas sin quejas ni murmuraciones. En seguida por responder lisa y llanamente al pontífice que era Hijo de Dios, fue tratado de blasfemo y declarado reo de muerte: *Reus est mortis*...

13. «Adivina quien te dió,» decian los soldados á Jesús abofeteándole vendados los ojos... ¡Como si aun así no pudiera ver lo visible quien ve lo invisible!... Así es que vió de antemano la conjuracion de los sacerdotes... la detestable perfidia de Judas... la negacion de Pedro...

14. La negacion y arrepentimiento de Pedro nos dan á conocer el cuarto paso en la via espiritual. No contemos, como él, en nuestras propias fuerzas, y si le hemos imitado errante, imitémosle penitente...

15. Es presentado á Pilatos... Reconoce este su inocencia y quiere librarle... Lo manda á Herodes... Este le viste de blanco como á loco... ¡La eterna sabiduría es reputada locura!... Jesús calla.

16. Jesús es pospuesto á Barrabás, insigne ladron y asesino, contra lo que esperaba Pilatos...

17. ¡Cuántas veces se hace entre cristianos una eleccion tan asombrosamente injusta!... El quinto paso de la vida espiritual es callar con Jesús...

18. Pilatos manda azotar á Jesús... ¡Oh condescendencias de los jueces, cuán funestas sois!... Dispensadme hacer reflexiones sobre tamaña crueldad... Venid vosotros, hijos mios... Venid tambien, Ángeles santos... Acercaos Vos, Vírgen santísima... ¿Es ese vues-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tro amado?... *Ecce Homo... Crucifige... Popule meus, quid feci tibi?...* Hombres, mujeres que me oís, ¿qué decís á este hombre? *Crucifige...* Si así lo quereis, *accipite eum*, etc. La flagelacion y coronacion de espinas nos dan á conocer el sexto escalon de la vida cristiana... Consiste en la mortificacion interior y exterior...

19. Vencido por los respetos humanos Pilatos condena á Jesús á ser crucificado... Cargado con la cruz camina hácia el Calvario... Cae una, dos, tres veces... Ángeles santos... Vírgen soberana... Vamos todos allá... Mas, ¡oh juicios incomprensibles del Señor!... Simon Cireneo le ayuda á llevar la cruz...

20. Llega al Calvario... Le quitan la corona para volvérsela á poner... Le desnudan... El Señor nos enseña el séptimo paso de la vida espiritual, que es llevar con resignacion y perseverancia la cruz que Dios se haya dignado darnos.

21. Pero, dulcísima Madre mia, ¿cómo no rompeis por entre la multitud de soldados para ir á cubrir con vuestro manto aquellas carnes virginales?... Venid, Señora... Acercaos, ó dolorosísima Vírgen... No os detengais, Madre amable... pero sí, deteneos, porque ha llegado el momento...

22. Levantada está ya la cruz y Jesús clavado en ella... Venid, naciones del mundo... Venid y considerad... Solas tres horas le quedan de vida... *Pater, dimitte illis...* exclama con entrañable amor. Yo les doy la vida, y ellos me procuran la muerte... No saben lo que hacen...

23. ¡Qué lecciones... qué ejemplos!... Venid, vuelvo á llamaros, naciones del mundo... Acércate tú primero, nacion hebrea... Blasfemias... irrisiones... sarcasmos... ¡Oh casa de Israel!... serás la execracion de los pueblos y el oprobio del universo...

24. Y vosotros, gentiles... venid y ved á este hombre puesto en esta cruz... Es vuestro Dios... *Sitio...* Los soldados acercan á sus labios una esponja empapada en vinagre... *Mulier, ecce filius tuus... Ecce mater tua... Deus meus... ut quid dereliquisti me?... Hodie mecum eris in paradiso...*

25. Octavo y último paso de la vida espiritual, morir crucificado con Cristo, morir por Cristo, morir...

26. *Consummatum est...* Oráculo divino, permite que yo explique algunos de tus venerables misterios.

27. *Consummatum est.* El tiempo de las figuras ha pasado... Las profecías se han verificado... La plenitud de los tiempos ha llegado.

28. *Consummatum est.* La antigua ley queda abrogada... El templo... el sacerdocio... la Sinagoga...

29. *Consummatum est.* El Evangelio ha sucedido á la ley de Moisés... Un nuevo órden de cosas sustituye al antiguo... Los sacrificios serán mas puros... la víctima... el sacerdocio...

30. *Consummatum est.* Jesús muriendo ha triunfado de todo... Idolatría... Filosofía... Oráculos... Muerte...

31. *Consummatum est.* Todo se acabó. Nuestras deudas quedan pagadas... el cielo reconciliado con la tierra...

32. Pobres pecadores de mi alma... ¡Ay de vosotros si en el tiempo oportuno no buscais á Dios!... Y vosotros, justos, consolaos... En breve se os dirá: *Consummatum est*, se acabaron vuestras tribulaciones...

33. Mas ¡ay!... Jesús ha llegado al término de su vida... El cielo se enluta... la tierra se estremece...

34. Murió el Rey... Murió el Maestro... Murió el Capitan... Murió el Piloto... Murió el Padre... Murió Jesús, Hijo de María... Hijo del eterno Padre... Lloremos todos los pecados que han sido causa de esta muerte... *Señor mio Jesucristo...*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SERMON II

SOBRE LA PASION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Pro omnibus mortuus est Christus: ut et qui vivunt jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est... (II Cor. v, 15).

Cristo murió por todos: para que los que viven, no vivan ya para sí, sino para aquel que murió por ellos...

1. ¡Qué dia tan lleno de misterios y maravillas, amados oyentes mios! En este dia la santa Iglesia propone á nuestra vista y consideracion el objeto mas asombroso que vió el mundo en toda la dilatada carrera de los siglos. Hoy el mejor y mas inocente Abel ofrece un sacrificio agradable al Omnipotente por la redencion general del linaje humano. Hoy el Noé mas justo salva el mundo del universal diluvio del pecado: hoy el Abrahan mas excelso ofrece á su hijo Isaac en sacrificio: hoy el Moisés mas benigno libra el pueblo de Israel de la cautividad del demonio: hoy el Josué mas valiente arruina las murallas de los vicios, en que fortificado el enemigo antiguo hacia guerra á las almas: hoy el Sanson mas animoso arranca las puertas eternales que tenia cerradas la primera culpa: hoy el David mas caritativo defiende las vidas de sus mismos perseguidores: hoy el Job mas paciente se ve cubierto de llagas por curar nuestras heridas: hoy el Jonás mas intrépido se arroja á la tempestad de su pasion para serenar las iras del Omnipotente: hoy el José mas misericordioso se constituye redentor de sus aleves hermanos: hoy se paga aquella antigua deuda que contrajeron nuestros primeros padres por su inobediencia: hoy los Ángeles logran compañeros que llenen las sillas que dejaron vacías los ángeles rebeldes: hoy los hombres adquieren un nuevo derecho á la posesion feliz de los vivientes: hoy es vencido el demonio, juzgado el mundo, y sepultado en los calabozos sempiternos el cruel tirano que injustamente le dominaba: *Nunc judicium est mundi.* Hoy, en fin, se cumplen las profecías, se verifican los oráculos, se descubren los misterios que anunciaron la muerte del Autor de la vida, del Unigénito del eterno Padre y de María Vírgen: hoy aquel grán Dios eterno y soberano, que con su virtud omnipotente crió todas las cosas: aquel gran Dios que formó de la nada esos hermosos cielos con sus estrellas, y los dos admirables océanos de luz, el sol y la luna: aquel Dios que produjo los elementos, y depositó en ellos las aves, los peces, los animales, las plantas, flores y frutos: aquel Dios que con su soberana providencia rige y gobierna el universo: aquel Dios que tiene colgada de sus dedos la redondez de la tierra, y que con mirar severo hace temblar las columnas del firmamento; este gran Dios vestido de la humana naturaleza por un puro efecto de su infinito y excesivo amor, á los treinta y tres años de su edad: á los cinco mil doscientos treinta y dos de la creacion del mundo, segun el cómputo de la Iglesia romana: á los dos mil novecientos noventa y uno del diluvio universal: á los mil quinientos cuarenta y cuatro de la salida de los hijos de Israel de Egipto: al cumplirse las misteriosas semanas de Daniel: en el año diez y ocho del imperio de Tiberio César: un viernes á los veinte y cinco de marzo, sobre un monte de Jerusalen, en medio de innumerable gente, clavado en una cruz por el pecado del hombre, por redimirle de la cautividad del demonio, por librarle de la muerte eterna, por la redencion del género humano, con la mas sensible demostracion de las criaturas insensibles, oscureciéndose el sol, abriéndose los sepulcros, rompiéndose los peñascos, rasgándose el velo del templo, en medio de dos ladrones, adorado de unos, blasfemado de otros, con asombro de los Ángeles, con espanto de los demonios, y por el remedio de los hombres muere Jesús: *Pro omnibus mortuus est Christus.*

2. Este es el triste y doloroso objeto que hoy nos presenta anegada en sentimiento la santa Iglesia. Mas ¿para qué, amados mios, nos le presenta? ¿Qué fin tiene en representarnos anualmente la Pasion y muerte de nuestro dulce Redentor? ¿Será acaso el arrancar de nuestra tibieza algun suspiro, y de nuestros ojos algunas lágrimas? Si es así lloren los cielos, sienta la tierra, lamentad, hombres, la muerte del Criador de todo. Pero, cristianos, es menester que esas lágrimas no sean nacidas de una compasion puramente natural. Entonces nos expondríamos á que nos dijese su Majestad lo mismo que á las piadosas mujeres de Jerusalen que se compadecian y lloraban al mirarle en una situacion tan triste y dolorosa. No querais llorar por mí, las dijo el Señor, sino llorad por vosotras

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mismas y por vuestros hijos. Llorad, sí, pero con lágrimas que tengan un principio mas misterioso, y un fin mas santo. Llorad, sí, pero con lágrimas de contricion, lágrimas de fe, lágrimas de reconocimiento, lágrimas de amor. ¿Será el fin de nuestra santa madre Iglesia en representarnos cada año tan soberanos misterios excitar en nuestros corazones algunos momentáneos y pasajeros movimientos de ternuras y consuelos que á la menor dificultad desaparecen? Pero es desórden, decia san Buenaventura, buscar nosotros las dulzuras en las amarguras de Jesucristo : *Non velis passionem meditari propter aliquam dulcedinem temporalem*. El fin es el que nos propone san Pablo cuando con una voz de trueno nos dice : Por todos ha muerto Jesucristo, para que los que viven no vivan ya para sí mismos, sino para aquel que murió por ellos : *Pro omnibus mortuus est Christus, ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est*. Sí, señores, decia san Francisco de Sales, Jesucristo nos ha dado la vida con su muerte, nosotros vivimos porque él murió por nosotros : de donde se sigue que nuestra vida no es ya nuestra, sino de aquel que nos la adquirió con su muerte. ¡Verdad grande! Verdad importantísima que nos enseña que no ha de haber en nosotros obras, palabras, pensamientos, vida, cuerpo ó alma que no se emplee en conocer, servir, amar, obedecer y adorar á aquel Señor que con un amor tan fino murió por nosotros en la cruz : *Ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est*. Este es el espíritu con que la santa Iglesia nos representa tan venerables misterios : este el que yo deseo para predicaros, y este el que vosotros debeis tener al escuchar la Pasion y muerte de Jesús. No pretendo tanto vuestra compasion, cuanto vuestra conversion : no tanto vuestras lágrimas, cuanto vuestro agradecido reconocimiento : no tanto vuestra ternura, como vuestro ardiente y fervoroso amor, para que sabiendo que no es vuestra la vida con que vivís, la reformeis con una vida perfectamente cristiana, que procuraré ir demostrando con breves pero eficaces reflexiones, al referiros los pasos de la Pasion y muerte de nuestro Redentor Jesucristo.

3. No espereis para la verificacion de esta preciosa y utilísima idea otros pensamientos que los que nos suministran los sagrados Evangelistas, testigos oculares de lo que nos refieren, ó coetáneos á los sucesos públicos que en su vida histórica nos cuentan. Todo en ellos es grande, todo magnífico, todo interesante. ¿Qué necesidad tenemos de seguir otro plan que el de la série natural de los

sucesos? Todos ellos hablan, todos instruyen, todos condenan los vicios y enseñan las virtudes. Pero ¿á dónde acudiré por auxilios para no degradar con mis frias expresiones tan venerables sacramentos? Padre eterno... Pero ¡ay! Yo os considero como irritado con los pecados de los hombres, y resuelto á sacrificar vuestro Unigénito entre los tormentos por haber salido por fiador de sus deudas. Espíritu Santo, que comunicais con abundancia vuestros dones... Pero ¡triste de mí! que os contemplo como oculto y abandonando hasta lo sumo de la pena la humanidad sacratísima de nuestro amable Jesús. Vírgen inmaculada, Señora mia dulcísima... Pero ¡ay! que os veo sumergida en un mar de sentimientos, y anegada toda en la tristeza y el llanto. Ángeles hermosos que gozais en el cielo... Pero ¡con qué dolor mirais en la tierra como atónitos y pasmados la ingratitud de los hombres, y la infinita paciencia de vuestro Criador! Iglesia santa que en tantas festividades te adornas de gloria para celebrar los triunfos de tu Fundador, ¿cómo ahora cubierta de luto sustituyes á tantos himnos y sagrados cánticos, tristísimas lamentaciones? Tus sacerdotes gimen, tus hijos se lamentan, tu pueblo clama, ¿á dónde acudiré? ¿á dónde me acogeré? Á tí, ó cruz piadosa, única esperanza nuestra en este tiempo triste de Pasion. Tú eres la señal del sumo Rey de la gloria, tú el trono de la Majestad suprema, tú el cetro de su poder. Á tí nos acogerémos, pues en tí fuimos redimidos. Á tí nos acogerémos, y postrados con humildad en tu presencia, venerarémos los adorables misterios que obró en tí nuestro Redentor Jesús ; pero ¡ay! que inmediata á tí veo á su bendita madre María santísima, y aunque llena de amargura, es justo saludarla llena de gracia. Admitid, ó Madre dolorosísima, los corazones de estos vuestros amados hijos. Mucho os han costado, Señora, pero al fin son vuestros al precio de la vida, pasion y muerte de vuestro Hijo. Todos nos postramos á vuestros piés, y os saludamos con el Ángel : *Ave María*.

4. I. Despues que nuestro amable Salvador Jesús puso término á la antigua ley cenando con sus discípulos el cordero, y dió principio á la ley nueva ó de gracia, instituyendo el venerable y augusto sacramento de la Eucaristía, pasó á un aposento donde se hallaba su Madre, dice el seráfico doctor san Buenaventura, y saludándola con majestuoso semblante, la habló de esta manera : Ya, Madre mia dulcísima, ha llegado el tiempo y la hora decretada por la eterna sabiduría de mi Padre para que yo vaya á dar cumplimiento á todas las antiguas figuras y profecías. Ya sabeis, Seño-

ra, que tengo ofrecido á las almas en testamento su redencion y su gloria, y que es forzoso se verifique la muerte del testador para que tenga su fuerza y valor el testamento. Voy, Madre mia, á morir por la redencion del linaje humano : voy á morir de mi voluntad, y por cumplir la de mi eterno Padre: voy á morir, pero quiero antes, amable Madre mia, que me deis vuestra licencia y bendicion. ¿Quién podrá explicar, cristianos oyentes, el dolor, la pena y la tristeza de María santísima al escuchar á su unigénito y amadísimo Hijo? Sin duda hubiera muerto de sentimiento, dice san Anselmo, si Dios milagrosamente no la hubiera conservado la vida. Pero sabiendo la prudentísima Reina que no habia otro tribunal superior á quien poder apelar, y que esta era la voluntad del eterno Padre, se postró á los piés de su santísimo Hijo, y besándoselos con suma reverencia habló, y le dijo : Señor y Dios altísimo, autor de todo lo que tiene ser, yo soy una esclava vuestra, aunque sois hijo de mis entrañas, porque vuestra dignacion me levantó con inefable amor del polvo á la dignidad de Madre vuestra ; razon será que este vil gusanillo sea reconocido á vuestra liberal clemencia, y que obedezca puntual al divino querer, y á vuestro beneplácito eterno y soberano ; y así, Hijo mio amantísimo, yo me ofrezco y me resigno para que en mí como en Vos se ejecute en todo y por todo la voluntad de vuestro eterno Padre. El mayor sacrificio que os puedo yo ofrecer, será el no morir con Vos, y el que no se truequen estas suertes, muriendo yo y quedando Vos con vida, pues sois inocente cordero y figura de la sustancia de vuestro eterno Padre ; pero ya que esto no pueda ser, ni el morir en vuestra compañía, permitidme á lo menos, ó Hijo mio, el que yo os vea padecer y morir por la redencion del linaje humano, para que me sirva de prolongado martirio el no poder olvidar jamás vuestros tormentos : vean mis ojos la crueldad inhumana de la culpa de Adan ejecutada por manos de vuestros mayores enemigos en vuestra dignísima persona. Y Vos, ó eterno Padre, aceptad y recibid el sacrificio de mis deseos en compañía de los de vuestro Unigénito y mio. ¡Oh cielos y elementos con todas las criaturas que estais en ellos! ¡Oh espíritus soberanos, santos Patriarcas, Profetas y demás justos, ayudadme á llorar la muerte de mi amado! Y llorad tambien conmigo la infelicidad y desdicha de los réprobos, que despues de ser la causa de esta muerte, han de perder la eterna vida por no querer aprovecharse de tan singular beneficio. Pero vosotros, ó felicísimos predestinados, que lograréis

el beneficio de la redencion, alabad al Todopoderoso, y dadle eternas gracias por tan encumbrado favor. Y Vos, dulcísimo Hijo mio, dad los brazos por la última vez á vuestra afligida Madre. Sí, Madre mia, respondió Jesús, y dándose un estrecho abrazo se despidieron con el mas intenso dolor.

5. Ved aquí, amados mios, el primer paso que ha de dar una alma que se determina á seguir á Jesucristo con una vida perfectamente cristiana. No solo ha de abandonar el partido de la culpa y cuanto tenga resabios de tal, como diversiones pecaminosas, juegos excesivos, galas no correspondientes, amistades expuestas, conversaciones malignas, y las obras inícuas; sino tambien debe desprender su corazon de todo lo terreno, dejando con el afecto todo lo temporal, y renunciando á cuanto posea en el mundo. Así lo dicta con terminantes palabras el mismo Jesucristo : el que no renuncia, dice, á todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo [1]. Y si los amigos, los parientes y los propios padres impiden seguir la voz de Dios, tambien se han de dejar, para ser enteramente del Señor, como lo hicieron los hijos del Zebedeo que abandonaron las redes á su mismo padre para seguir al Señor que los llamaba [2]. En suma, el que quiera entablar una vida verdaderamente cristiana, todo lo ha de sacrificar por Jesucristo, pues nunca será digno de su amor el que pone su corazon en las criaturas.

6. II. Llegó Jesús con sus discípulos al huerto de Getsemaní, y dejando á ocho de ellos juntos, se apartó con los tres mas queridos, Pedro, Juan y Santiago, que habian asistido con su Majestad en la transfiguracion gloriosa del Tabor. Manifestóles la afliccion de que se hallaba cercada su alma benditísima : triste está mi alma, les dijo, hasta la muerte : velad vosotros y orad para no caer en la tentacion; y apartándose tambien de ellos como á la distancia de un tiro de piedra, se postró en tierra, y dió principio á su oracion. ¡Oh! cristianos mios muy amados, considerad que está postrado en tierra el Hijo de Dios, y Dios verdadero, agobiado con el enorme peso de nuestras culpas : postrado está exponiéndose á los golpes de la indignacion divina : postrado está besando con infinito amor la ingrata tierra que produce el esparto y cáñamo para las sogas con que le han de atar, árboles para la cruz en que le han de crucificar, cañas para el cetro de ignominia con que le han de

[1] Qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus. (*Luc.* XIV, 33).

[2] Relictis retibus et patre, secuti sunt eum. (*Matth.* IV, 22).

escarnecer, espinas para la corona que tan inhumanamente han de taladrar su cabeza, y da hierro para los clavos con que le han de fijar en la santa cruz, y para la lanza con que aun despues de muerto le han de herir. Postrado está, y orando á su eterno Padre con estas afectuosísimas palabras: *Pater mi, si possibile est, transeat à me calix iste.* Pero ¿qué es lo que escucho, hermanos mios? ¿El Verbo divino despues de haber descendido del cielo para hacerse hombre en la tierra, y pasado una vida pobre, laboriosa y mortificada, rehusa ahora el padecer y morir para consumar la redencion del mundo? ¿No es este Señor el mismo que un poco antes habia predicho, con una claridad y firmeza prodigiosas, la cercanía y circunstancias de su Pasion y su muerte? ¿El mismo que decia debia ser bautizado con un bautismo de sangre, y que se afligia porque se dilataba? ¡Qué! ¿No está en ánimo de cumplir las profecías que hablaban de sus dolores, de sus llagas y de sus tormentos? ¿Quiere privarnos del fruto de su encarnacion, del perdon de nuestros pecados, y de la entrada en el cielo, dejando cerradas eternamente sus puertas, y abiertas las del infierno, para que como esclavos del demonio por la culpa, se precipiten en él nuestras infelices almas en la separacion de sus cuerpos? ¿Qué es lo que le oigo? Padre mio, si es posible, no beba yo un cáliz tan amargo. Pero tranquilizaos, cristianos mios, en esta parte. Las palabras del Señor son muy misteriosas. Quiso su Majestad mostrar en ellas, que era verdadero hombre, y Dios verdadero. Como Dios contenia su inmensidad, su impasibilidad, su eternidad y todos los demás atributos divinos dentro del alma, por un prodigio digno de su omnipotencia; y como hombre verdadero sentia las angustias, las aflicciones, los horrores que naturalmente experimenta el hombre á la vista de la muerte: quiso mostrar con estas palabras que obedecia al decreto de su muerte, dado por su eterno Padre: quiso consolar las almas afligidas con los trabajos de la vida en todos los siglos subsiguientes, enseñándolas á recurrir á la oracion para pedir y alcanzar el socorro de sus necesidades, estando siempre conformes con la voluntad de Dios: quiso que pudiesen lograr el fruto de su virtud que por su Pasion prevista se les habia concedido: quiso, en fin, mostrar que iba á morir por la obediencia; y por eso añade: Pero, Señor, no se haga mi voluntad, sino la vuestra: *Sed non quod ego volo, sed quod tu.*

7. Levantóse entonces el Señor, y como buen pastor fué á visitar sus ovejas: como buen padre de familias fué á atender á sus

domésticos; y como buen superior quiso saber cómo vivian sus súbditos. Halló á todos los Apóstoles durmiendo, y habiéndolos dispertado y reprendido con suavidad, les encargó nuevamente la vigilancia y oracion, y volvió su Majestad á continuar la que habia interrumpido. Segunda y tercera vez repitió la visita á sus Apóstoles, y su oracion al eterno Padre; y considerando la inmutabilidad de sus decretos, llegó su sacratísima humanidad á dejarse poseer de una afliccion tan extraordinaria, que no hallando el Evangelista términos para explicarla, usó de esta palabra agonía: *Factus in agonia prolixius orabat;* que es como la última y la mas terrible congoja de los que están ya para morir. Á esta agonía mortal se siguió un sudor de sangre tan copioso, tan admirable, que no solo bañó todo su sacratísimo cuerpo, sino que llegó hasta regar con él la tierra: *Factus est sudor ejus tanquam guttæ sanguinis decurrentis in terram.* ¡Oh Jesús mio, dulcísimo y amorosísimo Redentor de nuestras almas! Ahora conozco, Dios mio, la gravedad enorme de la culpa, pues causó en vuestra Majestad un efecto tan nunca visto en el mundo. Sudó sangre, católicos, nuestro amable Redentor para fertilizar con ella la ingrata tierra de nuestros duros é incultos corazones, decia san Ambrosio [1]. Sudó sangre, dice san Crisóstomo, para apagar con ella la rabiosa sed de nuestros brutales apetitos [2]. Sudó sangre, decia san Bernardo, porque estimó en poco llorar con solo los ojos la pérdida del hombre, y quiso llorarla con gotas de sangre por todos los poros de su cuerpo [3]. Sudó sangre, decia san Agustin, por la viva aprension de cuanto habia de padecer desde el huerto hasta la cruz, y por representársele las prisiones, las bofetadas, escarnios, salivas, azotes, espinas, cruz, clavos, lanza y todos los demás tormentos de su afrentosísima muerte. Sudó sangre porque miraba desde allí todos los pecados de los hombres desde el principio del mundo hasta el fin y consumacion de los siglos. Miraba las idolatrías de la gentilidad, los sacrilegios é ingratitudes de la Sinagoga, y los delitos del pueblo cristiano. Miraba la obstinacion de Judas, la negacion de san Pedro, la incredulidad de Tomás, y las flaquezas de los demás discípulos. Miraba vuestras culpas y las mias, el aborrecible olvido de sus finezas, la ingratitud á sus beneficios, la omision de nuestras obligaciones, y los pocos que lograrian el fruto de tan superabundante redencion. ¡Ay, almas! ¿Será para nosotros un nuevo cargo

[1] S. Ambr. lib. III de Spir. — [2] S. Chrys. hom. XLV in Joan.
[3] S. Bern. serm. III in Ram.

que agrave nuestra condenacion esta preciosa sangre que con tanta abundancia se derrama? ¿Clamará á Dios contra nosotros, como la de Abel contra su hermano Cain? ¿Se nos podrá aplicar sin violencia lo que el santo profeta Ezequiel decia de su pueblo: *Multo labore sudatum est, et non exivit de ea nimia rubigo ejus*[1]? No lo permita Dios, amados mios; y para que por nuestra ingratitud no hagamos veneno mortífero el bálsamo mas precioso de la sangre del Señor, demos el segundo paso en la vida cristiana, que consiste en dedicarnos á la oracion.

8. Sí, hermanos mios, la oracion. Con ella conoceréis vuestras culpas, lloraréis vuestros pecados, y pediréis á Dios misericordia: con ella venceréis las tentaciones de la carne, los combates del demonio y los engañosos atractivos del mundo; con la oracion viviréis contentos con vuestra pobreza, y no os ensoberbeceréis con las riquezas: con la oracion llevaréis con paciencia los trabajos, os mantendréis con tranquilidad en las enfermedades, y no os contristarán las calumnias de vuestros perseguidores: con la oracion, en fin, lograréis la perfecta conformidad con la voluntad de Dios, y un esfuerzo extraordinario para todas las adversidades que puedan ocurriros en la vida, como le aconteció á nuestro amable Redentor cuando dijo: *Non mea voluntas, sed tua fiat.*

9. III. Levantóse, pues, del lugar de su oracion, y aunque con los temores y tristezas allí padecidas tenia su divino rostro desfigurado y descompuesto el cabello, quedó su divina Majestad con esta oracion tan animoso para padecer y morir por nuestra salud y remedio, que despertando y animando á sus discípulos, salió luego al encuentro de sus enemigos que le venian á prender. Apenas dió su Majestad algunos pasos, cuando entró en el huerto el traidor Judas con una tropa numerosa de soldados y ministros, á quienes habia dado la señal que aquel á quien él saludase con el ósculo, ese seria Jesús, que se abalanzasen á él y le llevasen con cuidado para que no se les desapareciese de entre las manos como en otras ocasiones. Y en efecto, acercándose el hipócrita discípulo al mansísimo Jesús, y ocultando en el corazon el odio mas mortal con una demostracion exterior de cariño, le saludó diciendo: Dios te guarde, Maestro, poniendo al mismo tiempo sus inmundos y sacrílegos labios en el venerable rostro del Señor. *O signum sacrilegum*, exclama todo asombrado san Agustin, *ubi ab osculo incipitur bellum!* ¡Oh señal sacrílega de paz, dice el Santo, con que se da principio á la

[1] Ezech. XXIV, 12.

mas injusta y sangrienta guerra! Y ¡cuánto de esto se ve hoy por nuestra desgracia en el mundo! Con capa de amor, con sobrescrito de paz se ocultan los odios mas implacables y las traiciones mas premeditadas. ¡Oh si se vieran los corazones, y qué pocos verdaderos hijos se hallarian para con sus padres: qué pocos agradecidos discípulos para con sus maestros: qué pocos fieles amigos para con sus amigos pobres y necesitados! No vemos los corazones; pero sí los veia nuestro dulcísimo Redentor, y deseando con una paciencia inalterable y un amor sin límites apartar á Judas de sus horrendos extravíos, le pregunta: *Amice, ad quid venisti?* Amigo, ¿á qué has venido? ¿Es acaso á mostrar el agradecimiento al beneficio de haberte criado de la nada, de haberte conservado la vida, de haberte traido á mi escuela, de haberte dado el poder de hacer milagros, admitido por mi amigo, mi sacerdote, mi apóstol, lavádote los piés, y comulgado con mi propio cuerpo y sangre? *Amice, ad quid venisti?* ¿Es posible, Judas, que así te has despeñado? Me has vendido á mis enemigos, y ¿ahora dolosamente me entregas? ¿Qué? ¿No valgo yo mas que ese vil precio en que has concertado mi vida? Yo que crié el cielo y la tierra, el mar y todos los elementos? Yo que produje el oro, la plata y las piedras mas preciosas? Todo un Dios eterno, omnipotente y santo ¿no vale mas que treinta reales? Judas, ¿qué has hecho? Vuelve en tí, reconoce tu pecado, llórale, y ven á mí que no te desamparará mi clemencia, pues aun quiero ser tu amigo: *Amice, ad quid venisti?* ¡Oh prodigio de dulzura y de paciencia! ¡Oh palabras dignas de un Dios, que vino al mundo á reprobar las venganzas, á condenar los resentimientos, á desterrar los odios y enemistades del corazon de los hombres! ¡Qué acogida tan propia de un Dios caritativo, que no habia venido á perder á los pecadores sino á salvarlos! ¡Qué fácil es reconocer en este caso á aquel hombre lleno del espíritu de Dios, de quien los Profetas nos delinearon la mansedumbre inalterable! ¡Qué oportunamente parece que habia hablado David á Judas en nombre del Mesías cuando le decia: Si mi enemigo hubiera conspirado contra mi vida, yo le hubiera sufrido con menos dolor! pero tú, ó Judas, ¿quién lo pudiera creer? tú que eras uno de mi familia, que me acompañabas en mis viajes, que te sentabas á mi mesa, que participabas de mis caricias, y no tratábamos sino de formar por la caridad un corazon y un alma entre todos los de la casa del Señor; tú habias de haber ido á decir á los príncipes de los sacerdotes: ¿qué me dais por Jesús y yo le pondré en vuestras manos? *Si ini-*

micus meus maledixisset mihi, sustinuissem utique: tu vero homo unanimis, et notus meus qui simul mecum dulces capiebas cibos? ¡Infeliz hombre! Si te ha quedado algun rastro de pudor y de sentimiento natural, ¿cómo no te caiste muerto al escuchar una reconvencion tan tierna? Pero nada menos, Señor; él no os escucha: sus entrañas se han enducecido: su corazon está obstinado. Poned, pues, límites á vuestra misericordia para escarmiento de los pecadores endurecidos, y justificar las imprecaciones de vuestro real Profeta, cuando hablando de este malvado Apóstol, decia: Oprímele, Señor, por su pecado, y póngase á su derecha el diablo: salga condenado cuando se presente en vuestro juicio: sean breves los dias de su triste vida, y sustitúyase otro en su obispado: queden sus hijos huérfanos y viuda su consorte: anden errantes como vagos sus hijos mendigando, y arrójenlos de sus propias habitaciones: no hallen quien los socorra ni quien tenga misericordia de ellos: aniquílese su memoria á la primera generacion, y perpetúese su pecado para siempre, sin ser jamás perdonado. Él no quiso la bendicion [1], pues sepáresele de ella: quiso y eligió la maldicion, caiga eternamente sobre él.

10. Aquí teneis, amados mios, en la mansedumbre de Jesús para con su enemigo Judas, y en el endurecimiento y obstinacion de Judas á las inspiraciones del Señor, el tercer paso que debeis dar en el camino espiritual. ¡Oh, qué importante! qué útil! qué necesario para conseguir la salvacion! Dejaste las culpas, te separaste de los embarazosos estilos y costumbres del siglo, ¿y te dedicaste á la oracion? Pues cuidado ahora con las divinas inspiraciones. Ellas te levantarán si caes: ellas te reprenderán si pecas, y ellas, si las atiendes y practicas, te levantarán á la mayor perfeccion. Pero ¡ay de tí! si como Judas ensordeces á los divinos llamamientos! ¡Ay de tí si las dejas pasar en vano! Porque entonces se te retirarán; sin ellas te obstinarás en el pecado, y morirás en la impenitencia final. Pecadores, oid; justos, escuchad: atendamos todos á las divinas inspiraciones, si nos queremos salvar: *Amice, ad quid venisti?*

11. IV. Preguntó entonces el Señor á los soldados y ministros: ¿Á quién buscais? Y habiéndole respondido que á Jesús Nazareno, su Majestad les dijo con entereza: Yo soy. Á esta voz, atolondrados como si hubieran oido un horroroso trueno, ó como si algun furioso rayo desprendido de las nubes les hubiera herido, cayeron todos

[1] Psalm. CVIII, per totum.

en tierra. ¡Oh voz de un Dios omnipotente revestido de nuestra carne, qué digna eres de ser temida! Si cuando el Señor se va á entregar en manos de sus enemigos, como un cordero manso, así derriba con un soplo la fuerza de los hombres, ¿qué será cuando con todo el lleno de su poder y majestad vuelva desde el cielo, como bravo leon de Judá, á castigar á los pecadores? Miraba el Señor á aquellos infelices postrados en el suelo, y para demostrarles que de su propia voluntad se ponia en sus manos, les dió licencia para que se levantasen, y les dijo: Yo soy Jesús á quien buscais: dejad ir libres á mis discípulos, aprovechaos de esta vuestra hora y del poder de las tinieblas. Desde aquí, cristianos mios, dan ya principio los atropellamientos, ultrajes y desprecios de la venerable persona del Salvador. Unos le atan, otros le apalean: estos le pisan, aquellos le blasfeman, y todos emplean su rabia, su furor y crueldad en dar golpes, puñadas y puntapiés á nuestro amable Jesús. Bárbaramente atado, le llevan con inhumano atropellamiento primero á la casa de Anás, que era suegro del pontífice Caifás, por hacerle aquel obsequio de que viera preso á Jesús antes de presentarle á su yerno: allí le insultan de nuevo, y con nueva rabia le maltratan, y de allí le conducen con la misma confusion y atropellamiento al palacio de Caifás. Era este sumo sacerdote aquel mismo que pocos dias antes habia dicho en el concilio que celebraron contra Jesús, que convenia que muriera aquel hombre por la salud de todo el pueblo. Él dijo la verdad sin entender lo que decia, pues el Señor no solo habia de morir por la salud de aquel pueblo, sino por la de todas las naciones del mundo. ¡Infeliz pontífice, que cometió la mayor de las maldades aconsejando la muerte de Jesús, aunque de ella sacase Dios el mayor de todos los bienes, que fue la redencion del linaje humano! Así se sirve su Majestad del ministerio de los malos para sacar muchas veces grandes bienes, y como decia admirablemente san Leon papa: Cuando cometen los delitos, contribuyen sin pensarlo á los designios de Dios [1]. Ya se hallaban congregados en casa de Caifás los sacerdotes, los escribas, los fariseos y los ancianos del pueblo, y luego que les presentaron á Jesús atado y rodeado de soldados y ministros, le preguntó aquel Pontífice por su doctrina y de sus discípulos. El Señor, con una mansedumbre inalterable y una firmeza que asombró á los circunstantes, le respondió: Yo siempre he hablado en público en la sinagoga, y en el templo á donde con-

[1] Admisit in se impias manus furentium, quæ dum proprio incumbunt sceleri famulatæ sunt Redemptori. *(S. Leo Papa, serm. XI de Passione).*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

curria el pueblo, y en oculto nada he hablado. Pregunta, pues, á los que me han oido, y ellos te darán razon de mi doctrina. Cuando una respuesta tan concluyente habia de haber hecho enmudecer á todos, un criado del Pontífice se acercó con fiereza al Señor, y levantando el brazo... Cielos, ¿dónde estaban los rayos? Tierra, ¿dónde escondias tus fieras? Infiernos, ¿cómo no tragásteis vivo á este malaventurado? Levantó, digo, el brazo, y descargó una cruelísima bofetada en el adorable rostro del Señor, diciéndole al mismo tiempo: ¿Así respondes al Pontífice?

12. Dios inmortal, que desde el cielo presenciábais una injuria tan enorme, ¿cómo no la vengásteis con la fuerza de vuestra omnipotencia? Vos, Dios mio, que inundásteis toda la tierra con el diluvio, que abrasásteis con fuego del cielo las ciudades nefandas, quitásteis la vida á cincuenta mil betsamitas por haber mirado curiosamente el arca santa, y á ciento ochenta y cinco mil asirios por una palabra de blasfemia contra la Divinidad, y sepultásteis en cuerpo y alma en los infiernos á los levitas que murmuraron de Moisés, ¿cómo ahora á la vista de un crímen infinitamente mas enorme que todos los otros suspendeis vuestros castigos? Pero ¡ay! ¿á dónde me arrebata una ciega imaginacion? Sin duda he olvidado que Jesús es un Dios de paciencia y de paz: he olvidado que él mismo ha permitido al príncipe de las tinieblas que atormente su humanidad: he olvidado que el Señor quiere enseñar á sus discípulos á sufrir las injurias sin quejas ni murmuraciones. Su dulzura inalterable no le permite otra respuesta que esta: Si he hablado mal, muestra en qué; y si he hablado bien, ¿por qué me hieres? ¡Ay, Dios mio y amable Jesús de mi alma! No espereis satisfaccion de ese mal hombre, ni justicia en ese tribunal donde la envidia reina, y odio mortal contra vuestra venerable persona ha tomado posesion del corazon de todos esos magistrados y asistentes. Ellos tratan de que perezcais á cualquiera costa y por todos los medios mas injustos y abominables. ¿No veis cómo van recibiendo la deposicion tumultuaria y desordenada de esos testigos falsos que se presentan? Uno dice que sois blasfemo: otro que prohibís pagar los legítimos tributos: otro que reedificaréis el templo de Jerusalen en tres dias: otro dice que os llamais Hijo de Dios, otro asegura que revolveis los pueblos. Todos hablan, y ninguno conviene en su declaracion con el otro: eran testigos falsos, y por eso no concordaban entre sí: *Non erant convenientia testimonia*. Callad, Señor, entre tantas contradicciones, porque la primera palabra que hableis os costará la

vida. Con efecto, viendo el perverso Pontífice que todas estas calumniosas declaraciones nada probaban contra Jesús, se levantó en medio de todos, y le dijo: De parte Dios vivo exijo que lisa y llanamente me respondas: ¿eres Hijo de Dios? En oyendo el Redentor este altísimo y divinísimo nombre, por reverencia de él y por dar testimonio de la verdad, rompió el silencio que hasta allí habia guardado, y respondió lisa y llanamente, que él era Hijo de Dios verdadero. Apenas escuchó el Pontífice estas palabras, en vez de postrarse con la mas profunda reverencia delante de aquel Hombre-Dios, rasgó sus vestiduras arrebatado de furor, y exclamó: *Blasphemavit*. ¿Lo habeis oido? ¿qué necesidad tenemos de mas testigos? ¿Qué pensais en vista de esto? *Reus est mortis*, respondieron todos. Pero, infeliz Pontífice, ¿á quién preguntas sobre la suerte de Jesús? ¿Á estos impíos vendidos al pecado; ó preguntas á la posteridad? ¡Ay de tí! Los siglos futuros juzgarán quién es el que ha blasfemado, Caifás ó Jesucristo. Los siglos futuros verán que rasgando tus vestiduras contra la prohibicion hecha al sumo sacerdote en el Levítico, te has despojado, sin saberlo, de los ornamentos pontificales; has perdido el derecho de volverlos á vestir; has demostrado públicamente, sin comprenderlo, la abrogacion de la ley antigua, el fin del Viejo Testamento, y la abolicion perpétua del sacerdocio entre los judíos. Los siglos futuros te mirarán con tanta indignacion como desprecio, por ser á un mismo tiempo testigo, juez y acusador en la causa del mas santo de los hombres. Ellos adoran como Dios al que tú tratas de blasfemo. Esa blasfemia que tú supones, será dichosamente la religion de todos los pueblos. Todos los tiempos, todas las edades te verán con execracion, y el voto unánime de los que contigo condenan á Jesús por digno de muerte, será justamente abominado de todas las naciones venideras: *Reus est mortis*.

13. Pero, hermanos mios, ¡qué diluvio de males, de improperios y de ultrajes siguen á esta injustísima sentencia! Amable Jesús, terrible noche vais á pasar. Cubierto vuestro divino rostro con un asqueroso andrajo, vais á ser la risa y el desprecio de los bárbaros soldados, de los ministros perversos y de los verdugos mas crueles. Adivina, le dicen, ¿quién te dió esta bofetada? ¿Quién de nosotros te dió ahora este golpe? *Prophetiza nobis, Christe, quis est qui te percusit?* Así hablaban y maltrataban al Señor aquellos insolentes. Pues qué, hombres insensatos, ¿pensábais que no veria Jesús, por tener vendados los ojos, á quien le abofetea y maltrata,

cuando todas las cosas están claras y patentes en su adorable presencia? Sabed que él ha visto nacer en el corazon de Judas su detestable perfidia: así lo dijo en la última cena delante de todos sus Apóstoles: uno de vosotros me ha de entregar; y despues se lo declaró en particular á su amado Evangelista: el Señor ha visto formarse en el alma de los fariseos y sacerdotes la conjuracion que va á quitarle la vida: él ha visto los pensamientos mas ocultos de los demás discípulos y los de sus enemigos, y se los ha declarado muchas veces con la mayor individualidad. ¿Se le ocultaria acaso la negacion de san Pedro, que tanto blasonaba de su constancia, que tanto confiaba de sí mismo, y que tan inconsideradamente se fué aquella misma noche á poner en el peligro? ¡Ay! nuestro amable Jesús se la predijo con la mayor claridad y distincion, señalando el cuándo le habia de negar, y las veces que le habia de negar. El Señor ha visto todas las injurias que le habíais de hacer, los tormentos que habia de experimentar, los azotes que habia de sufrir, la corona de espinas que le habíais de poner, la cruz que habia de llevar al Calvario, la muerte que en ella habia de padecer: él ha visto y hablado de todas estas cosas antes que sucediesen: vió tambien y predijo su gloriosa resurreccion á los tres dias de difunto, su admirable ascension al cielo, la venida del Espíritu Santo, el establecimiento y extension maravillosa de su Iglesia, la ruina de Jerusalen, la destruccion de su templo, la dispersion de la Sinagoga, la degradacion eterna del sacerdocio de Aaron, y la miserable esclavitud de su pueblo: Jesús, finalmente, ha llegado con su vista á los últimos tiempos del mundo, y nos ha predicho muy particularmente el formidable aparato del juicio universal y la desolacion última de todas las cosas; y á este Dios-Hombre, que por entre la oscuridad de las edades futuras todo lo ve con la mayor distincion: todo, todo cuanto ha de suceder en el cielo, en la tierra y en el infierno: en los Ángeles, en los hombres y en los demonios; ¿y á ese mismo os atreveis á preguntar si conoce la mano que le hiere? ¡Asombrosa estupidez del entendimiento humano! ¡Admirable paciencia del amor divino!

14. Grandes lecciones tenemos aquí para dar el cuarto paso en la vida espiritual; pero la que nos da san Pedro con su negacion y su arrepentimiento, nos debe llevar por ahora la atencion. ¿Emprendimos el camino de Dios, caminamos por él con total separacion de las costumbres del siglo, con oracion y atencion á las divinas inspiraciones? Pues aprendamos ahora á no confiar, como confiaba san Pedro, mas de lo justo en nuestras propias fuerzas; á no buscar ni entrarnos en los peligros por nuestra propia voluntad, como se entró san Pedro, y á llorar perpétuamente como él nuestros desórdenes, si por desgracia reincidiésemos en la culpa. Mirad que no somos apóstoles como lo era san Pedro: no estamos tan favorecidos de la presencia corporal de Jesucristo como lo estaba san Pedro: no tenemos aquel fervor ardiente que san Pedro tenia, y con que se ofrecia á morir por su Maestro antes que negarle, aquel ardimiento con que echó mano á la espada y arremetió solo á los soldados y ministros; y si un hombre como este cae en las ocasiones peligrosas: si el Príncipe de los Apóstoles niega tres veces á Jesucristo, ¿quién estará seguro en los peligros? Ninguno. Creedme, hermanos, es una ilusion, es un error contar con la firmeza de vuestros buenos propósitos, no separándoos de los peligros. ¿Imitásteis á Pedro errante? Imitadle penitente. Compadecióse nuestro amable Redentor Jesucristo de su discípulo Pedro, le miró amorosamente, y Pedro, cooperando á las divinas inspiraciones, huye de los peligros y llora amargamente su pecado: *Exivit foras, et flevit amare.*

15. V. Pasóse, en fin, aquella tristísima noche: á la mañana se volvieron á juntar los sacerdotes, los escribas, los fariseos y demás personas visibles que componian el conciliábulo en que presidia Caifás, y juzgando todos que el Autor de la vida era digno de muerte, le llevaron bien atado y con grande alboroto al palacio del presidente Pilatos, para que hiciese ejecutar la sentencia con el mayor rigor. Examinó brevemente la causa el Presidente, y no hallando delito en aquella suma inocencia, preguntó á los escribas y fariseos, ¿qué acusaciones tenian contra aquel hombre? Ellos, llenos de hipocresía y de diabólica soberbia, le respondieron: Si no fuera malhechor, no te le traeríamos para que le sentenciaras. No satisfizo al Juez esta respuesta, y mandando acercar al que le presentaban como reo, le entró consigo en el pretorio, y á solas le preguntó Pilatos: Hombre, ¿qué has hecho? *Quid fecisti?* ¡Oh Pilatos, si tú supieras lo que ha hecho ese Dios-Hombre que tienes en tu presencia, qué concepto tan diferente formarias de su persona! Ten entendido que ese hombre que te presentan como reo, es aquel gran Dios que en el principio crió el cielo y la tierra, y todas las demás cosas. Es quien sacó de la nada todo lo visible é invisible, y sin cuyo poder nada se hizo. Es el que manda á los vientos y á los mares, y le obedecen: él resucita los muertos, da vista

á los ciegos, piés y manos á los baldados, oido á los sordos, y habla á los mudos. Es quien arroja los demonios, serena las tempestades, y en todas las ocasiones se ha mostrado poderoso en obras y palabras. Es quien hace cuanto quiere, y ha hecho tales prodigios, tales maravillas, que no cabrian en el mundo los libros si todas hubieran de escribirse. En una palabra, entiende, ó Pilatos, que los mismos que te entregan ese hombre, le han confesado por el Mesías prometido en su ley y en sus Profetas, le han recibido con triunfo, le han aclamado por hijo de David, por el bendito del Señor, y por un hombre que hizo bien todo cuanto ha hecho, como dice el Evangelio [1]. Considera qué delitos son estos para sentenciarle á muerte. No entendió Pilatos estos misterios, pero conoció claramente la mala voluntad con que los judíos acusaban á aquel hombre, y propuso eficazmente en su interior el libertarle. Y sabiendo que Jesús era galileo, se le remitió al rey Herodes, que gobernaba en aquella provincia y se hallaba entonces en Jerusalen, para que como vasallo suyo terminase aquella causa, y él no tuviese precision de intervenir en ella. Mucho se alegró Herodes viendo á Jesús, porque habia oido de él tantos prodigios, que deseaba ansiosamente que hiciese alguno en su presencia; y como Jesucristo no condescendiese á su impertinente y vana curiosidad, y ni aun siquiera le hablase una palabra, le tuvo por un fatuo, y vistiéndole de blanco como á loco, se le devolvió al presidente Pilatos. ¡Oh almas, mirad cómo anda nuestro amable Redentor, de un juez á otro, de un tribunal á otro! La eterna Sabiduría del Padre es reputada locura por los hombres! Dios confundirá estos falsos juicios de los hombres, y con la misma vara os medirá, teniendo por locura en su adorable presencia la orgullosa sabiduría de los mortales.

16. Viendo Pilatos que este expediente no le salió segun pensaba, eligió otro, y fue decirles á los judíos: Ya sabeis que por la Pascua en que nos hallamos ha sido costumbre dar libertad á un reo. Yo tengo preso á Barrabás, que como vosotros sabeis es un insigne ladron, un hombre revoltoso, un homicida y un enemigo comun: vosotros me presentais á Jesús, que es un hombre humilde, benigno, inocente, que á todos ha hecho bien y á nadie mal: *Quem vultis vobis dimittam?* ¿A cuál de los dos quereis que ponga en libertad? Le pareció sin duda á Pilatos que no habria en que

[1] Et eo amplius admirabantur, dicentes: Bene omnia fecit: et surdos fecit audire, et mutos loqui. (*Marc.* VII, 27).

dudar: creyó firmemente que quedaria libre Jesús, servida su mujer, que le habia hablado á su favor, y el mismo Pilatos sin la opresion y zozobra en que se hallaba su espíritu por la idea qué habia formado de que Jesús era un hombre justo. Pero nada menos aconteció que lo que pensaba Pilatos: levantan el grito aquellos hombres ingratos, y piden la libertad de Barrabás: *Non hunc, sed Barabbam.* Venga Barrabás y muera Jesús: quede libre Barrabás y poned en una cruz á Jesús. ¡Cielos, cómo no os desplomásteis sobre la tierra! ¡Abismos, cómo no sumergísteis en vuestros mas profundos senos á unas lenguas tan sacrílegas!

17. Pero ¡ay! ¡cuántas veces en medio del Cristianismo se hace una eleccion tan asombrosamente injusta! Hombres soberbios, ¡cuántas veces elegís la venganza de un agravio en contraposicion del amor que os prescribe Jesucristo? ¿Cuántas veces, hombres sensuales, os abalanzais á los mas brutales excesos de vuestra concupiscencia, de vuestra gula y de vuestra envidia, atropellando la venerable persona del Salvador, que os manda ser castos, sóbrios y caritativos? ¿Cuántas veces, ó mujeres, elegís el Barrabás de un mal hombre que os pierde, os deshonra y os condena, dejando á Jesús que con su casto amor os llama y os convida? ¿Cuántas veces, pesando en falsas balanzas todas las cosas, alabais el vicio y vilipendiais la virtud? ¿Cuántas veces adulais al malvado y atribulais al justo? ¿No es esto ser mas reprensibles que los endurecidos judíos? Sin duda alguna. Ellos carecian de las luces de la fe divina, y no creian que Jesús era Dios; y vosotros, creyéndole y confesándole por tal, le posponeis á un pecado. Entended, pues, vosotras, almas piadosas, que el quinto paso de la vida espiritual, es callar con Jesús: es no hacer caso con Jesús de los errados dictámenes de los hombres: es fijar con rectitud la intencion en solo Dios, y obrar por su amor todas las cosas, dejando á los hombres que juzguen como quieran. Tengan por locura la simplicidad evangélica: gradúen de debilidad la humildad santa: estimen por cobardía de espíritu la huida de los peligros; que tambien estimaron los hebreos á Barrabás por mas digno que Jesús, y lo erraron lastimosamente: *Erraverunt ab utero, locuti sunt falsa* [1].

18. VI. Aunque Pilatos conoció que Jesús era hombre justo, no se halló con bastante fuerza de espíritu para ponerle en libertad; y mandó que le azotasen cruelmente, no tanto por castigarle, cuanto por ver si así podia libertarle de la muerte. Pero ¿quién te

[1] Psalm. LVII, 4.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ha dicho, ó juez inícuo, que puede hacerse lícitamente una accion intrínsecamente mala, aunque la intencion sea buena? Tú mismo conoces la inocencia de ese que presentan como reo : tú sabes que por envidia le han conducido á tu tribunal : del proceso no resulta prueba legítima para condenarle; pues ¿cómo le condenas? ¿Cómo mandas que con un diluvio de azotes hagan una llaga horrible del mas hermoso y puro cuerpo que formó la Omnipotencia? ¡Oh condescendencias de los jueces, y qué funestas sois á la vida de muchos inocentes! Considerad desnudas aquellas carnes virginales del Hijo de la Vírgen, amarrado réciamente á una columna y entre crueles verdugos, que descargando golpes con correas como riendas durísimas, entumecen todo aquel cuerpo purísimo y delicadísimo : que sacudiéndole con delgadas varas, rompen las carnes, y golpeando con cordeles retorcidos y nudosos, empieza á correr la sangre por todo el cuerpo hasta rebalsarse en la tierra : considerad que aquellos bárbaros como irritados á la vista de la sangre de Jesús, descargan con nuevo furor los golpes, hasta que hecho todo una horrorosa llaga, se descubren los huesos... ¡Ay! ¡ay! La vista se debilita con la fuerza del dolor, el entendimiento se pasma, la lengua titubea, y mi corazon se rinde á la violencia de mi afliccion. Dispensadme el formar reflexiones sobre una crueldad tan sin ejemplo. Llegad vosotros, amados hijos mios, y desatad de la columna á nuestro amabilísimo Redentor, lavad con vuestras lágrimas sus heridas, antes que todo afeado con la sangre, insultado con las burlas y desprecios, injuriado con la púrpura andrajosa, coronado de punzantes espinas, y ridiculizado con un cetro débil de caña, le saquen á la presencia del pueblo. Llegad tambien vosotros, Ángeles santos, y recoged diligentes los pedazos de la carne y sangre deificadas que quedan por esa tierra, para que no sean pisadas y todavía mas ultrajadas de los hombres. Acercaos Vos, Vírgen santísima, acercaos mas, Señora, y ved si conoceis á vuestro Hijo muy amado. ¿Es este, dulcísima Madre mia, aquel hermosísimo entre los hijos de los hombres? ¿aquel cándido y rubicundo, y sobremanera agraciado y escogido entre millares? ¿Es ese vuestro amado, por quien suspira vuestro pecho, á quien adora vuestro corazon, y á quien ofrece rendidos obsequios vuestro afecto? Ese es, sin duda, Madre amabilísima, pero nuestras culpas le han puesto de tal modo, que no parece lo que es. Ese mismo es, Señora mia, y sino oid á Pilatos que tomándole por la mano, le saca á un balcon á vista de todo el pueblo, y dice : *Ecce Homo.* Ved

aquí á Jesús Nazareno, ese hombre que decís ser un revoltoso y malo : vedle aquí, que demasiado castigado os le presento : no prosigais en pedirme su muerte, dejadle ya que en paz se vaya libre. Nada menos, respondieron irritados los judíos : *Crucifige, crucifige;* quítale, quítale de nuestra vista y mándale sacrificar. ¿Lo habeis oido, Vírgen dolorosísima? Pues *Ecce Homo.* Mirad á Dios hecho hombre en vuestras purísimas entrañas por virtud del Espíritu Santo : mirad á aquel que nació de vuestro castísimo vientre, quedando Vos vírgen purísima : á aquel que alimentásteis con la virginal leche de vuestros purísimos pechos : que tuvísteis tantas veces cuando niño en vuestros brazos, y que criásteis como verdadera Madre suya : mirad como su ingrato pueblo desea y solicita su muerte : *Ecce Homo.* Pueblo ingrato, pueblo sacrílego, mira á tu Dios hecho un varon de dolores desde los piés á la cabeza, y responde á las dolorosas y sentidas reconvenciones que su Madre te hace por él : *Popule meus, quid feci tibi, aut in quo contristavi te? Responde mihi.* Pueblo mio, ¿qué te ha hecho mi amado Hijo ó qué sentimientos te ha causado para que pidas su muerte, y quieras dejarme á mí en amarga soledad? ¿Ha hecho mal en sanar á tus enfermos, en dar vista á los ciegos, en libertar á los endemoniados y en resucitar á los muertos? ¿Te ha causado algun perjuicio en procurarte la felicidad eterna, en rescatarte del cautiverio del demonio, en sacarte de la cárcel del pecado, en pagar tus deudas, en ofrecerte sus gracias y prometerte su gloria? *Popule meus, quid feci tibi?* Respóndeme, pueblo mio; ¿he hecho yo mal en procurar con mi Hijo llenarte de bendiciones de su mano liberalísima para que no te perdieras enteramente? ¿he hecho mal en ser tu madre, tu abogada, tu protectora y tu corredentora? *Responde mihi.* ¡Ay Señora! ya responde el pueblo mas endurecido que los bronces : *Crucifige, crucifige.* Hombres que me oís, mujeres que me escuchais : *Ecce Homo.* ¿Qué decís á este hombre? Él es quien os crió de la nada en medio del Cristianismo, quien os conserva con su admirable providencia, quién os da la tierra que pisais, el aire con que respirais, la luz con que veis, la comida con que os alimentais, el vestido con que os cubrís, la vida con que vivís y la gloria que esperais. Él es quien os hace multiplicados favores por sus Sacramentos, sus Ángeles, sus predicadores, sus sacerdotes y sus templos : ¿ha hecho mal el Señor en haceros tanto bien? *Responde mihi.* ¿Quereis tambien vosotros crucificarle segunda vez con vuestros pecados, como decia el grande apóstol san Pablo? Pues si así

lo quereis, *accipite eum, et crucifigite; ego enim non invenio in eo causam* [1]. Así lo confesó Pilatos delante del pueblo hebreo, y sus mismas palabras repito en presencia del pueblo cristiano: crucificadle vosotros, que yo no encuentro causa para ello. Mujeres soberbias, iracundas y murmuradoras, crucificadle vosotras con vuestras malas lenguas con que denigrais lastimosamente el crédito y reputacion de vuestros prójimos. Mujeres impuras, abandonadas á todos los excesos de la mas desenfrenada concupiscencia, *accipite eum, et crucifigite*, crucificadle vosotras con los tres agudos clavos de vuestros pensamientos, palabras y obras. Hombres ociosos, que entregados al juego disipais el legítimo patrimonio de vuestros hijos, malgastais el caudal con que deberia colocarse con honor vuestra familia, *accipite eum, et crucifigite*, crucificadle vosotros con el atropellamiento de las leyes reales y pontificias que severamente prohiben vuestros excesos. Hombres viciosos, que os dejais arrastrar de la gula, de la avaricia, de la pereza, de la venganza y los mas criminales apetitos, *accipite eum, et crucifigite*, crucificadle vosotros con vuestras embriagueces, usuras, hurtos, injusticias y venganzas, que yo no encuentro causa para ello; antes confieso que la penosa flagelacion de Jesucristo y su dolorosísima coronacion de espinas nos enseñan el sexto escalon de la vida verdaderamente cristiana, que consiste en la mortificacion interior y exterior con que debemos vivir para sujetar nuestras pasiones, y alcanzar la vida eterna. Sí, amado auditorio mio; sin penitencia no hay perdon; sin perdon no hay gracia; sin gracia no hay gloria. Hagamos, pues, frutos dignos de penitencia si nos queremos salvar.

19. VII. No admite duda que Pilatos instó cuanto pudo para no sentenciar á muerte á nuestro amable Jesús, dice el Padre san Agustin; pero al cabo los respetos humanos le vencieron, y dió la sentencia de que fuese crucificado entre dos ladrones, cuyos procesos estaban ya finalizados. Todos los demonios del infierno parece que fueron á Jerusalen, y entraron en los corazones de aquellos hombres perdidos, segun la bárbara crueldad y atropellamiento con que desnudan á Jesús la púrpura que por escarnio le habian vestido, le ponen su propia túnica, le arrancan y vuelven á fijar la formidable corona de espinas, renovando las heridas en su santísima cabeza, le cargan una pesada cruz sobre los hombros, y le sacan entre una desordenada procesion por las calles de Jerusalen hácia el monte Calvario. Caminaba el dulcísimo Jesús con la mayor pena y dolor: sus piés descalzos y ensangrentados, su cuerpo fatigadísimo y desollado con los azotes, pegada su túnica á las llagas, sus hombros molidos y encorvados con el enorme peso de la cruz, su rostro desfigurado y macilento con las bofetadas y salivas, sus ojos cubiertos de la sangre que descendia de la cabeza taladrada con las espinas que renovaban las heridas á cada movimiento de la cruz: toda su venerable persona ultrajada, afeada, y atormentada con los malos tratamientos y bárbara inhumanidad con que la conducian á morir. Consideradle, almas devotas, tan lastimado, y acudid como las mujeres piadosas de Jerusalen á darle algun alivio. Acudid á sostenerle antes que el grave peso de la cruz y el atropellamiento de sus enemigos le derriben: venid á ofrecerle vuestros brazos y vuestros corazones. Pero ¡ay! que oprimido con el inmenso peso de los pecados del mundo que lleva sobre sus hombros, cae en tierra una, dos y tres veces, hasta no poderse levantar si no le ayudan. Ángeles, ¿qué haceis en esos cielos? ¿Cómo no venís á levantar de la tierra á vuestro mismo Criador, que se mira á los piés de los hombres mas perversos? Vírgen soberana, acelerad el paso, y si le habeis de ver despues en el Calvario, venid á verle ahora y servirle de piadoso Cireneo. Cargad, Señora, con el madero santo de la cruz, poned en vuestra cabeza la corona de espinas, y caminad á ser crucificada con vuestro Hijo. Vamos todos allá, amable Madre nuestra, para crucificar nuestros vicios, y crucificarnos á nosotros mismos. Vamos todos allá, para dar consuelo al afligidísimo Jesús. Mas, ¡oh juicios incomprensibles del Señor! el consuelo que halla en los hombres es un nuevo tormento de palos y golpes con que le maltrataban: el alivio que encuentra en que Simon Cireneo le ayude á llevar la cruz, no es por compasion á su venerable persona, sino que viéndole tan falto de fuerzas, y como á punto de espirar, recelaban que podria morir en el camino, y querian aquellos sacrílegos tener la bárbara satisfaccion de verle morir en una cruz, como tantas veces lo habian pedido y deseado.

20. Llegaron, al fin, todos al monte Calvario, y allí le renovaron las heridas de la cabeza arrancándole de nuevo la corona, y descubrieron todas las de su virginal y purísimo cuerpo, quitándole la túnica inconsútil, que estaba pegada á la carne con la sangre, y dejaron al Criador de los cielos y la tierra desnudo y hecho una llaga universal á la vista de una multitud innumerable. Mírale, alma, y advierte como te enseña el Señor el séptimo paso de la vida espiritual, que es llevar con resignacion y perseverancia

[1] Joan. IX, 6.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hasta la muerte la cruz que su Majestad se haya dignado darte: sea pobreza, enfermedad, persecuciones, desconsuelos, cárceles, calumnias y cualesquiera otros trabajos, á pesar de la repugnancia de nuestra viciada naturaleza, y de las caidas que puedan ocasionarnos el mundo, el demonio y las pasiones: mírale desnudo, y aprenderás la importante leccion de la desnudez de espíritu con que debes caminar á Dios, y sin afectos terrenos, sin buscar consuelos ni alivios exteriores; antes fijando la intencion en Dios trabaja en el bien hasta morir.

21. Pero, dulcísima Madre mia, ¿cómo estando Vos en el monte Calvario, y viendo desnudo al Hijo de vuestras purísimas entrañas, no tuvísteis valor para romper por entre la multitud de soldados y ministros, y cubrir con vuestro manto aquellas carnes virginales formadas por el Espíritu Santo? Venid, Señora, acercaos y tenedle en vuestros brazos mientras barrenan la cruz, mientras preparan los clavos para fijarle en ella, mientras proporcionan el título que han de poner sobre su sagrada cabeza, mientras los soldados se reparten entre sí las vestiduras, y echan suertes para saber á quién le toca la túnica inconsútil que Vos misma le tejísteis cuando niño, la que fué creciendo con su edad. Acercaos, ó dolorosísima Vírgen, y abrigadle entre vuestros brazos, y dadle algun consuelo mientras se cumplen las profecías que tan claramente hablaron de cuanto está padeciendo: *Diviserunt sibi vestimenta mea, et super vestem meam miserunt sortem* [1]. Dadle algun alivio limpiando siquiera su ensangrentado rostro con vuestras lágrimas, y animándole á padecer por la gloria de Dios y la redencion del mundo; porque de verdad se halla debilitadísima y afligidísima su humanidad con los tormentos y oprobios que ha padecido, que está padeciendo, y que va inmediatamente á padecer. No os detengais, Madre amable... pero sí, deteneos, no os acerqueis, porque ha llegado el momento de mandarle los verdugos tender sobre la cruz: ha llegado el cruel momento de clavarle en ella á golpes cruelísimos de martillo, estirándole los brazos y piés con tanto furor que se le podrian contar todos los huesos [2]. No os acerqueis, Señora, dejad que se cumplan las divinas profecías. En ellas se nos anunciaba que sus manos y piés serian taladrados cruelísimamente, y

[1] Psalm. XXI, 19.

[2] Foderunt manus meas et pedes meos, et dinumeraverunt omnia ossa mea. (*Psalm.* XXI, 17, 18).

Tradidit in mortem animam suam, et cum sceleratis reputatus est: et ipse peccata multorum tulit, et pro transgressoribus rogavit. (*Isai.* LIII, 12).

Dederunt in escam meam fel, et in siti mea potaverunt me aceto. (*Psalm.* LXVIII, 22).

Dabit percutienti se maxillam, saturabitur opprobriis. (*Thren.* III, 30).

A planta pedis usque ad verticem, non est in eo sanitas. (*Isai.* I, 6).

Corpus meum dedi percutientibus, et genas meas vellentibus. (*Isai.* L, 6).

Quid sunt plagæ istæ in medio manuum tuarum? Et dicet: His plagatus sum in domo eorum qui diligebant me. (*Zach.* XIII, 6).

Aspicient ad me, quem confixerunt. (*Zach.* XII, 10).

que el Señor seria inundado de oprobios, que entregaria su vida á la muerte, y seria reputado por un malvado: que cargarian sobre él los pecados del mundo, y que rogaria por sus mismos perseguidores: que le darian á beber en su sed hiel y vinagre, y que le mirarian crucificado... Todos estos divinos oráculos, y otros muchos que hablaban de su Pasion y muerte, y que nosotros vemos tan á la letra y menudamente verificados: todos ellos los conocíais perfectamente, ó afligidísima Madre de Jesús; y conforme en todo con la voluntad del eterno Padre, le acompañábais con el afecto, y padecíais en el alma por la compasion los martirios que padecia en el cuerpo vuestro amado Hijo. Tanto debemos los hombres á Jesucristo y á su Madre.

22. Ya teneis levantada y colocada la cruz sobre el monte Calvario, fuera de Jerusalen, con nuestro amable Redentor Jesús crucificado en ella. No merecia ciertamente aquella ciudad sacrílega que habia muerto los Profetas, no merecia que este adorable sacrificio se hiciese en el recinto de sus murallas. El augusto y magnífico templo que en ella habia no era ya un lugar santo, una casa de oracion y el santuario de Dios vivo: ya habia llegado el vaticinado tiempo de su desolacion, y no era justo que allí se ofreciese esta víctima sacrosanta de nuestra reconciliacion. Era menester, dice san Leon papa, que el sacrificio universal y comun de todas las naciones se hiciese fuera del templo y de la ciudad. Era menester que la cruz se colocase sobre el Calvario para demostrar que él era un altar digno de tal víctima: un altar no particular de la Judea, sino un altar público del universo. Venid, pues, naciones del mundo, á reconocer y adorar por vuestro Dios humanado á este caritativo Redentor que puesto en una cruz por vuestra salud y remedio, os llama y convida con su misericordia. Venid y consideradle por vuestro amor corriendo sangre de las llagas de sus sacratísimos piés y omnipotentes manos, por la dureza de los clavos con que las tiene traspasadas: venid y miradle la cabeza coronada de espinas,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ensangrentada y afligidísima sobremanera : mirad su rostro oscurecido, afeado, denegrido con las salivas, las bofetadas y la sangre de la cabeza : mirad todo su virginal y sacrosanto cuerpo herido, desollado con los azotes, atormentado con el enorme peso de la cruz que ha llevado hasta el Calvario, y martirizado ahora en ella misma con la mayor crueldad : si se arrima á la santa cruz, las espinas le taladran de nuevo la cabeza ; si se aparta algun tanto de ella, el peso natural le rasga y abre mas las mortales heridas de sus piés y manos : moverse ó estarse quieto, todo es un tormento inexplicable : miradle desnudo á la vista de toda aquella multitud, y ya muy cercano á morir, pues solas tres horas le quedan de vida : miradle no solo con la consideracion, sino con la vista de vuestro cuerpo en esta su venerable imágen, y oidle la voz de su amor con que demuestra que nos ha amado hasta el fin. Olvidado al parecer de cuanto padece, y de cuanto ve y oye en el Calvario, habla á su eterno Padre, y con unas entrañas de caridad sin ejemplo le dice : *Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt.* Padre, Padre, vuestro Hijo se os muere, porque estas gentes se han apresurado á quitarme la vida. Por esta muerte que por ellos padezco, por esta sangre que con tanta abundancia derramo, por estos clavos que tan duramente me traspasan las manos y los piés, por esta cruz, por esta corona, y por todos mis dolores, os pido, Padre mio muy amado, que los perdoneis : ellos, Señor, no saben lo que se hacen. Yo los amo, y ellos me crucifican : yo les doy la vida, y ellos me procuran la muerte : yo les ofrezco mis gracias, y ellos me blasfeman : yo les prometo mi gloria, y ellos se cargan con todo el peso de mi sangre para su eterna perdicion. No saben lo que hacen, Padre mio. Perdónalos, yo os lo suplico : *Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt.*

23. ¡Oh Dios de dulzura y de clemencia! ¡Qué lecciones tan admirables nos dais desde la cruz! ¡Qué ejemplos tan ilustres en que se reconoce el Justo por excelencia, el Santo de los santos, y un Dios que ama á los hombres, y que padece y muere por su amor! Venid, pues, naciones del mundo, vuelvo á llamaros, venid y aprovechaos del perdon que el eterno Hijo pide para vosotros al eterno Padre. Acércate tú primero, nacion hebrea, por quien pide y á quien primero busca, aprovéchate de tan favorable ocasion : no sea que si la dejas pasar sin fruto, sea castigada tu ingratitud y tu perfidia con un abandono eterno. Pero ¿se podria creer, amados mios, si la santa Escritura no lo dijese? Unas palabras tan dulces,

unas expresiones tan tiernas del inocente que pide por los culpados, del perseguido que clama afectuosamente por sus perseguidores, de un Dios ofendido que ruega por las criaturas que le ofenden, ni desarman el furor del pueblo, ni aplacan la barbarie de los soldados. Unos y otros responden al Señor con nuevos ultrajes. Nada se oye en el Calvario mas que estas blasfemias : Si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz : Si eres Rey de Israel, baja de donde estás y lo creerémos : Si Dios es tu Padre, díle que te libre : á otros ha hecho bien, y consigo nada puede : mira lo que eres : *Vah qui destruis templum Dei, et in triduo illud reædificas, salva temetipsum.* Estas eran las voces de los príncipes de los sacerdotes, de los senadores, de los doctores de la ley, del pueblo, de los soldados y de los verdugos : todos se abandonan á las mismas irrisiones. Hé aquí, decian con desprecio, aquel grande hombre que si se destruia el templo de Jerusalen, le reedificaria en tres dias, y ahora se halla crucificado, vertiendo arroyos de sangre, coronado de espinas, cubierto de llagas, y está hecho un miserable que nada puede. Ved como nada importa habernos cargado á nosotros y á nuestros hijos con la maldicion de su sangre. ¡Oh viña ingrata! ¡Oh casa de Israel! ¡Oh pueblo pérfido y sacrílego, tú serás oido! ¿No quieres la bendicion que te ofrece este Redentor amable que pide por tí á su Padre eterno? La bendicion se apartará de tí. ¿Quieres la maldicion cargándote con todo el precio de la sangre de Jesús? Ella caerá sobre tí con todo el furor del Omnipotente. Escúchame : bien presto será vengada esa sangre por la ruina entera de Jerusalen, y por la última desolacion del santuario : esta sangre se dispersará por las cuatro partes del orbe : despues de haberla inhumanamente vertido como Cain la de Abel, andarás, nacion infame, vagabunda sobre la tierra, sin rey, sin altar y sin sacrificio. Esta sangre imprimirá sobre tu rostro yo no sé qué carácter de abominacion, que eternizará la venganza. Ella te hará la execracion de los pueblos y el oprobio del universo : tú sentirás eternamente sobre tí la pesadísima mano del Todopoderoso : mientras exista el mundo no se acabará tu persecucion : no esperes ya profetas que te consuelen, conquistadores que rompan tus cadenas y te saquen de esclavitud, ni reyes que te protejan y defiendan como á pueblo suyo. El Altísimo pondrá sobre tu frente una señal ilustre de la cólera del cielo y el sello visible de tu reprobacion.

24. Y vosotros, gentiles, nacion sentada por tantos siglos en las tinieblas del pecado y las sombras de la muerte, venid á la vida : á

ocupar el lugar de la nacion querida, de la nacion santa, que cerrando los ojos á la luz, llenando el número de sus ingratitudes, y quitando la vida á su mismo Redentor, ha buscado su propia perdicion, se ha hecho aborrecible, se ha abandonado como réproba, y va á ser la execracion perpétua del universo. Venid, y ved á este hombre puesto en esta cruz. Él es vuestro Dios que os llama á su Iglesia: creed sus verdades, obedeced sus preceptos, temed sus castigos, esperad sus recompensas, venerad sus misterios, y recibid sus Sacramentos. Entonces seréis su pueblo, y él será vuestro Dios. Oidle, que así lo desea cuando desde la misma cruz dice: *Sitio*. Tengo sed de almas: quiero hacer un pueblo de muchos pueblos, y formar una sola Iglesia de todas las naciones. *Sitio*. Al escuchar los soldados esta palabra, piensan que pide de beber, y le acercan á los labios una esponja empapada en vinagre, puesta en la punta de una caña. ¡Oh justos juicios de Dios! ¡Oh verdad eterna de los vaticinios de Dios anunciados por los Profetas! ¿Cuándo á David padeciendo sed se le dió á beber vinagre? Nunca. Él no la dijo por sí: habló como profeta en nombre de su hijo Jesucristo, y en Jesucristo se verificó literalmente: *Et in siti mea potaverunt me aceto*. Pues, Dios mio, si teneis sed de padecer por las almas: si teneis sed de almas, consolaos, que ahí teneis un nuevo pueblo que viene de las cuatro partes del mundo á militar bajo el estandarte de la cruz. Él recibirá vuestro Evangelio, mantendrá el culto de vuestra religion, dará la vida por vuestra fe, y la transmitirá en toda su pureza á los siglos mas remotos. Habladle, Señor, alguna palabra de vida antes de vuestra muerte. *Mulier, ecce filius tuus*. Mujer, dijo Jesús á su beatísima madre María santísima, ahí teneis un nuevo hijo representado en Juan mi discípulo y en esos nuevos creyentes que viene á la fe: miradlos como á hijos, defendedlos como á hijos, amadlos como á hijos. *Deinde, dicit discipulo: Ecce mater tua*. Y tú, discípulo mio, y vosotros todos cuantos formais mi Iglesia, tened por madre á mi Madre, amadla como á Madre, obedecedla, servidla, reverenciadla y oidla como á Madre, como á Señora, como á Protectora, como á Maestra, como á Pastora divina de las almas, de quienes yo soy el buen Pastor que doy la vida por ellas: *Ecce mater tua*. Pero, hermanos mios, ¿qué nueva voz oimos ahora en el Calvario? Nuestro Salvador Jesús ha conservado sobre la cruz hasta este punto su carácter de dulzura y beneficencia. Toda la malicia de los hombres, y todo el furor de los demonios no han podido turbar la paz de su benditísima alma. Ni los soldados, ni los verdugos, ni

los tormentos, ni las blasfemias, ni los clavos, ni la corona de espinas, ni la cruz le han precisado á levantar la voz: solo Vos, ó Padre eterno, solamente Vos le obligais mirándole con inflexibilidad desde lo alto del cielo, á clamar con lágrimas y deciros: Padre mio, Padre mio, ¿por qué me has desamparado? ¡Oh voz admirable! ¡Oh palabra misteriosa, y cuánto nos enseñas! La humanidad de Jesucristo se hallaba unida á la divinidad: gozaba la vision beatífica: miraba intuitivamente la divina esencia: Jesucristo era verdaderamente Dios; y si padecia era por un prodigio de la omnipotencia, que tenia como represadas en lo superior del alma las delicias eternas que gozaba: era Jesús, por un milagro grande y asombroso, viador y comprensor. Nos enseñó, pues, con esta palabra la terribilidad espantosísima de un pecador abandonado de Dios en el punto de la muerte, para que todos buscásemos á su divina Majestad en el tiempo oportuno para hallarle: para que imitásemos al buen Ladron, que ilustrado con la luz de la fe que le comunicó el Señor, reprende á su compañero porque tambien blasfemaba de Jesús: se declara digno de muerte por sus delitos, que detesta y aborrece, y reconoce la inocencia de Jesucristo. Le mira, aunque oprimido de oprobios, como á un rey cuyo poder se extiende mas allá de la muerte, y le suplica, con un corazon penetrado de dolor por sus desórdenes, que se acuerde de él en su reino. ¡Qué felicidad! Un ladron se transforma en un instante por la sangre de Jesucristo en el primer apologista de su inocencia, en el primer confesor de su reino celestial, en el primer defensor de su fe, en el primer modelo de los que padecen con Cristo y por Cristo, y como en el primer mártir de la Religion. Entonces el Salvador volviendo hácia el buen Ladron su vista con aquella dulzura y misericordia que produce en los pecadores el perdon y la paz, le dice: Hoy serás conmigo en el paraíso. ¡Oh Dios de mi alma y de mi corazon, *Moriatur anima mea morte justorum*, concededme en la hora de mi muerte los mismos sentimientos que á este pecador arrepentido, y oiga yo las mismas dulces palabras que él oyó en la cruz: *Hodie mecum eris in paradiso!*

25. Ved aquí, católicos, el octavo y último paso de la vida espiritual, morir crucificado con Cristo, morir en la cruz por Cristo, morir arrepentido de los pecados, morir en gracia, morir en el ejercicio de las virtudes, por haber muerto al mundo y sus placeres, á la carne y sus apetitos, al demonio y sus tentaciones. No descansemos, carísimos oyentes, hasta conseguir esta felicidad que dichosa-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

mente completa nuestra peregrinacion sobre la tierra. Felices nosotros si morimos con esta gracia final. Infelices para siempre si ella nos falta.

26. Pero ¿qué escucho todavía sobre el Calvario? La última palabra de Jesucristo pronunciada en esta vida mortal: *Consummatum est.* Todo se ha consumado. ¡Oh qué palabra tan misteriosa! ¡Qué palabra tan llena de grandes verdades! Escuchadla con el respeto mas profundo: *Consummatum est.* Todo se ha acabado. Oráculo divino, oráculo precioso que saliste de la moribunda boca de mi Dios, permite al deseo que me asiste de la salvacion de estas almas, que yo explique algunos de tus venerables misterios.

27. *Consummatum est.* El cielo ha cumplido sus promesas, el tiempo de las figuras ha pasado: las sombras de la ley antigua han desaparecido: todas las profecías se han verificado: cuanto estaba escrito del Mesías en el principio del gran libro de los decretos eternos queda fielmente ejecutado: los clamores de los Patriarcas y demás justos han sido oidos, y la plenitud de los tiempos ha llegado.

28. *Consummatum est.* Todo se ha acabado. La antigua ley queda abrogada, han desaparecido sus sacrificios, se han reprobado sus ceremonias y sus misterios: sus solemnidades y sacramentos ya son impuros y profanos: el templo magnífico de Jerusalen se halla abandonado del Señor, su sacerdocio eternamente suprimido, y toda la Sinagoga dispersada.

29. *Consummatum est.* La ley nueva se ve sólidamente establecida, el Nuevo Testamento va á ser por todo el mundo publicado, el Evangelio ha sucedido á la ley de Moisés, el velo de las antiguas Escrituras se ha rasgado: un nuevo órden de cosas, un órden mas perfecto y mas sublime va á sustituir al método antiguo: de hoy en adelante la oblacion de los sacrificios será mas pura, la víctima mas preciosa, el sacerdocio mas santo, el pueblo mas fiel, las ceremonias mas nobles, los sacramentos mas eficaces, los templos mas augustos, las leyes mas perfectas, las gracias mas fuertes, la alianza mas estrecha, y el espíritu de hijos de adopcion reinará en lugar del espíritu de rigor que hacia esclavos.

30. *Consummatum est.* Todo se ha acabado. Jesús muriendo en la cruz ha triunfado gloriosamente de todos sus enemigos, ha conquistado enteramente su reino: la idolatría ha recibido una herida mortal, la sabiduría de los filósofos queda confundida, los oráculos de los ídolos van á enmudecer, los demonios, la muerte, el pecado y el infierno quedan vencidos, destruidos y cerrados.

31. *Consummatum est.* Todo se acabó. El decreto de nuestra condenacion no subsiste, ya la sangre de Jesucristo le ha fijado en la santa cruz: nuestras deudas quedan pagadas, el mundo rescatado de la esclavitud de la culpa, el cielo reconciliado con la tierra, la justicia del eterno Padre superabundantemente satisfecha, la medida de los sufrimientos de su amado Hijo llegó á su colmo, su mision está felizmente concluida, y el curso de su ministerio se ha finalizado dichosamente: *Consummatum est.*

32. Pobres pecadores de mi alma, cuando en el término de vuestra vida se os diga: ya se acabaron los gustos, los placeres, los entretenimientos, los vicios y los desórdenes, y se van á empezar los tormentos eternos á donde os conducen vuestras culpas, ¿cuál será vuestro espanto? ¿Qué responderéis entonces? ¿Qué partido querríais tomar? Para llorar vuestros pecados ya no hay tiempo: para hacer penitencia no hay tiempo: para conseguir la divina misericordia no es tiempo. ¡Ay, ay de vosotros si en el tiempo oportuno no buscais á Dios! ¡Ay de vosotros, si esperais á buscarle cuando no se le puede hallar! Y vosotros, justos, consolaos con las palabras del Señor. En breve se os dirá: *Consummatum est*, se han acabado vuestras tribulaciones, vuestros trabajos, vuestras penitencias, vuestras lágrimas; todo se acabó, y vais á empezar una eternidad de contentos, dichas y felicidades que durarán para siempre.

33. Pero ¡ay, hermanos mios! Jesucristo ha llegado al término de su vida, é inclinando la cabeza, entrega su espíritu en manos de su eterno Padre. El cielo en aquel triste momento se enluta, la tierra se estremece con horribles sacudimientos, el velo del templo se rasga, las piedras se parten, los peñascos se hienden, los sepulcros se abren, los cuerpos de muchos justos resucitan, el sol se eclipsa, y una negra nube cubre de horrorosas tinieblas toda la tierra. ¿Qué es esto, cristianos mios? ¿Qué ha de ser? responde un filósofo de Atenas que despues fue un gran santo, que la máquina del mundo se destruye, ó el autor de la naturaleza ha dado el último suspiro. Sí, señores: *Et inclinato capite emisit spiritum.*

34. Murió verdaderamente Jesús Nazareno, rey de los judíos, por la gloria de su eterno Padre, por la redencion del mundo, por el establecimiento de la ley de gracia, por la publicacion del Evangelio. Murió el Rey; llorad, vasallos, la falta de tan poderoso y magnífico protector: murió el Maestro; llorad, discípulos, la pérdida de quien tantas palabras de vida eterna escuchábais: murió el Capitan; llorad, soldados, que rodeados de formidables enemigos es-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tais á cada paso en el mayor peligro de ser vencidos: murió el Piloto; llorad, navegantes, que en el encrespado mar de este mundo padeceis tantas tormentas: murió el Padre; llorad, hijos, vuestra orfandad y desamparo: murió el Esposo de las almas puras; llorad, esposas, su pérdida con amargas lágrimas: murió Jesús, Hijo de María santísima, dejando á su Madre en la mas sensible y dolorosa soledad; lloremos todos la muerte del Hijo y las penas de su Madre: murió Jesús, Hijo del eterno Padre; lloremos todos los pecados que han sido causa de esta muerte: lloremos los pecados con lágrimas de verdadera contricion, para que el eterno Padre los perdone por la sangre y méritos de su Hijo: lloremos los pecados por ser ofensas de un Dios infinitamente amable, y digamos partiendo de dolor nuestros corazones: *Señor mio Jesucristo*, etc.

ESQUELETO DEL SERMON III

SOBRE LA PASION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Justus perit, et non est qui recogitet in corde suo. (Isai. LVII, 1).

El justo muere, y nadie medita en su corazon esta muerte.

1. Toda la ciencia del Cristianismo está encerrada en la cruz... *Non enim judicavi me scire aliquid inter vos, nisi*, etc.

2. La cruz es el libro sangriento en que se halla el compendio de toda la doctrina del Evangelio y de la teología cristiana... Mas, en vano nos llama hoy la Iglesia á la cruz... Pocos meditan su misterio... Cási ninguno se aplica su virtud.

3. ¡Oh si pudiera yo fijar hoy vuestra atencion única y absolutamente en la cruz de Jesucristo!... Nadie es capaz de comprender el misterio de la cruz, si antes no le adora... *Invocacion:* Ó cruz del Salvador...

O crux, ave...

4. Las lamentaciones de la Iglesia... sus ayes... la tristeza de sus ceremonias nos advierte que hemos de pensar sériamente en la muerte del justo. Si no lo hacemos, el Profeta nos reconvendrá diciéndonos: *Justus perit, et non...* Este justo es...

5. El Salvador sabe que esta es su hora... no se queja... solo abre la boca para pedir perdon por sus perseguidores.

6. El justo no solo sufre... sino que perdona... Malicia con que se le persigue; obediencia con que se somete; bondad con que perdona. En sus persecuciones hallamos nuestro crímen; en su obediencia nuestro ejemplo; en el perdon que concede nuestra gracia y nuestra esperanza.

Primera parte. Las persecuciones del Salvador son obra nuestra.

7. La fe nos enseña que Jesús dió su vida por nuestros pecados... Siendo él la víctima propiciatoria de todos los crímenes, todos los crímenes tienen parte en su suplicio y muerte...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

tais á cada paso en el mayor peligro de ser vencidos: murió el Piloto; llorad, navegantes, que en el encrespado mar de este mundo padeceis tantas tormentas: murió el Padre; llorad, hijos, vuestra orfandad y desamparo: murió el Esposo de las almas puras; llorad, esposas, su pérdida con amargas lágrimas: murió Jesús, Hijo de María santísima, dejando á su Madre en la mas sensible y dolorosa soledad; lloremos todos la muerte del Hijo y las penas de su Madre: murió Jesús, Hijo del eterno Padre; lloremos todos los pecados que han sido causa de esta muerte: lloremos los pecados con lágrimas de verdadera contricion, para que el eterno Padre los perdone por la sangre y méritos de su Hijo: lloremos los pecados por ser ofensas de un Dios infinitamente amable, y digamos partiendo de dolor nuestros corazones: *Señor mio Jesucristo*, etc.

ESQUELETO DEL SERMON III

SOBRE LA PASION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Justus perit, et non est qui recogitet in corde suo. (Isai. LVII, 1).

El justo muere, y nadie medita en su corazon esta muerte.

1. Toda la ciencia del Cristianismo está encerrada en la cruz... *Non enim judicavi me scire aliquid inter vos, nisi*, etc.

2. La cruz es el libro sangriento en que se halla el compendio de toda la doctrina del Evangelio y de la teología cristiana... Mas, en vano nos llama hoy la Iglesia á la cruz... Pocos meditan su misterio... Cási ninguno se aplica su virtud.

3. ¡Oh si pudiera yo fijar hoy vuestra atencion única y absolutamente en la cruz de Jesucristo!... Nadie es capaz de comprender el misterio de la cruz, si antes no le adora... *Invocacion:* Ó cruz del Salvador...

O crux, ave...

4. Las lamentaciones de la Iglesia... sus ayes... la tristeza de sus ceremonias nos advierte que hemos de pensar sériamente en la muerte del justo. Si no lo hacemos, el Profeta nos reconvendrá diciéndonos: *Justus perit, et non...* Este justo es...

5. El Salvador sabe que esta es su hora... no se queja... solo abre la boca para pedir perdon por sus perseguidores.

6. El justo no solo sufre... sino que perdona... Malicia con que se le persigue; obediencia con que se somete; bondad con que perdona. En sus persecuciones hallamos nuestro crímen; en su obediencia nuestro ejemplo; en el perdon que concede nuestra gracia y nuestra esperanza.

Primera parte. Las persecuciones del Salvador son obra nuestra.

7. La fe nos enseña que Jesús dió su vida por nuestros pecados... Siendo él la víctima propiciatoria de todos los crímenes, todos los crímenes tienen parte en su suplicio y muerte...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

8. Si me preguntais por qué, responderé que Jesús quiso no solo expiar los pecados, sino hacerlos detestar... Malignidad del mundo...

9. Nada puede hacernos aborrecer la malignidad del mundo, como el verle derramar contra el Salvador todo su veneno... Viendo en nosotros alguna semejanza con aquellos que persiguieron á Jesús, conocemos cómo renovamos el crímen de los judíos y la pasion del Salvador... Todo es mudable, todo infiel...

10. Todo se trueca en afliccion y en cruz... los amigos...

11. Testigo de ello es Judas... No digais elegiré bien: ¿quién ha de saber elegir mejor que Jesús?... De un apóstol la avaricia hizo un ladron y un traidor...

12. Judas saluda á Jesús y le vende... Es la imágen perfecta de un adulador... Desconfiemos de las alabanzas... Mirad bien á aquel lisonjero...

13. Tales son los amigos corrompidos... Veamos los que parecen mas seguros... Debilidad, ingratitud, abandono... Pedro trata de defender á su Maestro, y... ¡oh Pedro!...

14. Este es el último golpe que podemos recibir de una amistad vacilante... ¡Cuán engañosa no es en sus apariencias la amistad de la criatura!... No tengamos amistad cuyo objeto no sea Dios, cuyo principio no sea la caridad.

15. La negra envidia es la mas baja... quizás la mas comun de todas las pasiones... Fue la primera causa de los tormentos, aflicciones... de Jesús. Aprendamos á detestarla...

16. Los escribas y fariseos no podian sufrir á Jesucristo... ¡Oh envidia! dice san Gregorio Nazianceno...

Segunda parte: En la obediencia del Salvador hallamos nuestro ejemplo.

17. Jesús fue condenado á muerte por tres especies de personas: por su Padre, por sus enemigos, y por sí mismo. Lo fue tambien por varios motivos: el Padre lo entregó por un sentimiento de justicia; Judas por el interés; los judíos por envidia; Pilatos por debilidad; y él mismo se entregó por obediencia.

18. Jesús se sometió, pues, á la voluntad de su Padre... quien dió libertad de obrar contra su Hijo á todo el infierno, y retiró á aquel toda la proteccion del cielo... Jesús ve llegada su hora y adora el mandamiento de su Padre...

19. No vuelve oprobios por oprobios, dice san Pedro, ni maldiciones por maldiciones, etc. No se niega á los besos de Judas ni á los golpes de sus enemigos; entrega sus manos para que las aten... para que las claven..., etc. Venid, pues, ó judíos, volved cien veces á la carga...

20. Si caeis en manos de vuestros enemigos, acordaos del justo que sucumbe hoy bajo el peso de la obstinada malicia de sus envidiosos... Sean enfermedades, sean maledicencias ó persecuciones, todo sucede por órden de Dios. Á pesar de su natural horror á los tormentos é injusticias, Jesús aceptó el cáliz diciendo: *Non mea voluntas...*

21. Dios preside, segun san Agustin, á los malos consejos: los ordena, los empuja... los contiene... los conduce á sus fines ocultos... De no ser así no permitiria tantos pecados...

22. Aguzad, pues, inícuos, vuestras lenguas, afilad vuestros dientes, etc. No podréis hacer mas que lo que Dios os permita... Procuremos no agriar nuestros males con nuestra impaciencia, ni irritar á Dios con nuestras quejas... Digamos á nuestros enemigos como el Salvador: *Non haberes potestatem...*

23. Esto debe desarmar nuestra cólera... y si vemos en todo la mano ó la órden de Dios, no solo sufrirémos resignados, sino que perdonarémos como Jesús.

Tercera parte: En el perdon que Jesús concede hallamos nuestra gracia y nuestra esperanza.

24. Jesús no solo perdona á sus enemigos, sino que los disculpa: *Non enim sciunt*, etc., y los rescata con la misma sangre que derraman... Al ver esto ¿no perdonarémos de buen grado á los que nos hacen padecer? No saben lo que se hacen... Mayor mal se hacen á sí mismos que...

25. No dejemos pasar este dia sin perdonar, á ejemplo suyo, á nuestros enemigos... De otro modo no esperemos ninguna participacion en el perdon que para nosotros ha pedido á su Padre.

26. Todos sin distincion fuimos comprendidos en su súplica... Nuestros pecados le afligen tanto como los de los judíos... y deplora nuestra ceguedad mas bien que vitupera nuestra malicia...

27. Somos tan injustos y ciegos como los judíos... Ellos prefirieron Barrabás á Jesús, nosotros le preferimos... ¿Qué esperanza de salvacion nos quedaria, si Jesucristo no...

28. Mujeres de Jerusalen... *No lloreis por mí...* Si la justicia di-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

vina no perdona al inocente, ¿qué deben esperar los pecadores si desprecian la misericordia que se les ofrece?

29. Ved ahí llegados los saludables dias en que Jesús quiere celebrar la Pascua con nosotros... De nada menos se trata que de comer con nuestra propia boca nuestra condenacion ó nuestra vida...

30. Se trata de tener parte ó en la santidad de la víctima, ó en los crímenes de aquellos que la inmolan... ¿Puede haber algo mas útil si se recibe bien, ni mas peligroso si se profana?...

31. ¿Habeis pensado en corregir vuestra vida?... *Probet seipsum homo*... Si os sujetais á la prueba, conoced vuestra debilidad, y desconfiad de vuestras fuerzas... Recibid santamente los divinos misterios...

SERMON III

SOBRE LA PASION

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Justus perit, et non est qui recogitet in corde suo. (Isai. LVII, 1).

El justo muere, y nadie medita en su corazon esta muerte.

1. Toda la ciencia del Cristianismo está encerrada en la cruz; y el gran apóstol san Pablo, despues de haber aprendido en el tercer cielo los secretos de la sabiduría de Dios, ha venido á publicar al mundo: que él no sabia otra cosa mas que Jesucristo, y Jesucristo crucificado: *Non enim judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum.* (I Cor. II, 2).

2. En efecto, es indudable que la sabiduría eterna jamás se ha manifestado mas claramente á aquellos á quienes la fe ha dado ojos para ver la luz divina, que en el misterio de la cruz. Jesucristo, tendiéndonos desde ella los brazos, nos abre el libro sangriento en el cual podemos aprender todo el órden de las determinaciones de Dios, toda la economía de la salvacion del hombre, la regla fija é invariable para formar todos nuestros juicios, la direccion segura é infalible para guiar con rectitud nuestras costumbres, el misterioso compendio, en fin, de toda la doctrina del Evangelio y de la teología cristiana. No sin razon se lamenta el profeta Isaías en mi texto de que esta muerte no encuentra nadie que la medite: «El «justo muere, nos dice, y nadie se ocupa en su corazon de esta «muerte.» En vano la santa Iglesia llama hoy á todos sus hijos á la cruz; todos reverencian su imágen; pocos meditan su misterio; cási ninguno se aplica su virtud: de manera que el mas santo de todos los espectáculos, y el mas capaz de conmover los corazones, no tiene fuerza para cambiar los nuestros.

3. ¡Oh! si pudiese conseguir con mis palabras que vuestra atencion se fijase hoy única y absolutamente en la cruz de Jesucristo! Si pudiese grabar en vuestros corazones el recuerdo de su Pasion,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

y revelaros los secretos que para vuestra salvacion encierra! Mas ¡ay! hermanos mios, nadie es capaz de comprender el misterio de la cruz, si antes no le adora, y es condicion necesaria para penetrar sus grandezas, reverenciar sus humildades. ¡Oh cruz del Saldor Jesús, que nos haces ver hoy el mayor de los milagros en medio del mayor de los escándalos! ¡oh cruz, suplicio del justo y asilo de los criminales, obra de la injusticia y altar de la santidad, que nos quitas á Jesucristo y nos le das; que le haces á un tiempo nuestra víctima y nuestro monarca, y encierras en el misterio de una sola inscripcion la causa de su muerte y el título de su soberanía! recibe nuestras adoraciones, y haznos partícipes de tus gracias y resplandores. Yo te ofrezco ¡oh cruz de Jesús! toda aquella religiosa adoracion que la Iglesia nos enseña; y por el amor de aquel cuyo suplicio te honra, cuya sangre te consagra, cuyos oprobios te hacen digna de un culto eterno, te digo:

O crux, ave...

4. Las santas lamentaciones que la Iglesia recita en estos dias, los ayes que resuenan en medio de sus cánticos, la misteriosa tristeza de sus sagradas ceremonias, nos advierten que el tiempo de pensar sériamente en la muerte del justo ha llegado; y si negamos nuestra atencion á tan grande y admirable espectáculo, el Profeta alzará su voz contra nosotros, dirigiéndonos las palabras de mi texto: «El justo muere, y nadie medita tan importante suceso para el «género humano.» *Justus perit, et non est qui recogitet in corde suo.* El justo, cuya muerte quiere que contemplemos, es aquel á quien la Escritura ha llamado el justo por excelencia (*Isai.* XLV, 8; *Jerem.* XXIII, 6; *I Joan.* II, 1): aquel que ha sido esperado desde el orígen del mundo bajo ese título verdaderamente augusto; aquel que habiendo aparecido en el tiempo destinado, ha dicho en alta voz á todos los hombres: «Quién de vosotros podrá echarme en ca«ra un solo pecado!» (*Joan.* VIII, 46); y, para decirlo en una palabra, aquel que siendo hombre y Dios juntamente, es santo con una santidad infinita, y llamado por esta razon el «Santo de todos «los santos.» (*Dan.* IX, 24). Una cábala impía se ha coligado maliciosamente contra él: sin embargo, ha hallado el medio de corromper á un pérfido discípulo, de animar á un pueblo infiel, de intimidar á un juez débil y desgraciadamente político, y de hacer concurrir á todos los poderes del mundo al suplicio del inocente y

del santo, á quien clavan en un leño infame en medio de dos malvados: *Et cum iniquis reputatus est.* (Isai. LIII, 12).

5. Pero mientras los judíos ingratos tratan á su Salvador de esta suerte, él, que reconoce el órden de su Padre en su odio ciego y envenenado, y que sabe que aquella es su hora y aquel el influjo del poder de las tinieblas, ni se vale de su poder infinito, ni de su sabiduría para confundirlos; baja la cabeza, y léjos de llamar en su socorro legiones de Ángeles, nada alega para justificarse. Mil veces hemos oido alzar funestas imprecaciones contra sus perseguidores, á los inocentes afligidos; este, el mas justo de todos sin comparacion, y aquel á quien se ha tratado mas indignamente, ni se queja, ni invoca contra los judíos que le persiguen al cielo que conoce su inocencia: por el contrario, solo abre la boca para pedir por ellos: no contento con perdonarles en el mismo momento en que le hacen morir inhumanamente, todavía ofrece por ellos aquella sangre que derraman sus manos sacrílegas: ¡tan inagotable es su bondad!...

6. De esta manera, mientras los malvados se atreven á todo y no hay cosa que no emprendan contra el justo, él no solo lo sufre todo por obediencia, sino que lo perdona todo por misericordia. ¡Oh santo y admirable espectáculo! ¿Qué han visto jamás cielo y tierra que merezca ser contemplado tanto como semejante persecucion, tan injustamente comenzada, tan humildemente sufrida, tan misericordiosamente perdonada? Abramos, pues, los ojos, cristianos, para obedecer al Profeta que nos manda meditar la muerte del justo; consideremos atentamente la malicia con que se le persigue, la obediencia con que él se somete á tan dura persecucion, la bondad con que perdona. Pero, puesto que todo se cumple para nuestra salvacion, puesto que tanta parte tenemos nosotros en la muerte de ese inocente, avancemos mas todavía, y hallarémos en sus persecuciones nuestro crímen, en su obediencia nuestro ejemplo, en el perdon que nos concede nuestra gracia y nuestra esperanza.

Primera parte: Las persecuciones del Salvador son obra nuestra.

7. Fácilmente, cristianos, encontrarémos nuestro crímen en las injustas persecuciones del Salvador de las almas. Porque como la fe nos enseña que él ha dado su vida por nuestros pecados (*Rom.* IV, 25), sin gran dificultad comprenderémos, dice el devoto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

san Bernardo, que nosotros somos los autores de su suplicio, mas que Judas que le vendió, mas que los judíos que le acusan, mas que Pilatos que le condena, mas que los soldados que le crucifican. Mas no pretendo considerar de esta manera nuestro crímen en la Pasion del Salvador; quiero haceros ver las diversas disposiciones de aquellos que han contribuido al suplicio del inocente, y en estas disposiciones, las inclinaciones y costumbres de los hombres, con el objeto de que cada uno pueda reconocer la malignidad que encierra en su corazon. Para esto es necesario que me remonte al orígen de todo, y observe, cristianos, que esta ha sido una determinacion de Dios: que Jesucristo, que debia morir por el pecado, murió, en efecto, por él; quiero decir, siendo la víctima propiciatoria de todos los crímenes del mundo (I *Joan.* II, 2), todos los crímenes tienen parte en su muerte y su suplicio. Así vemos concurrir á él á la envidia, á la crueldad, al sarcasmo, á las blasfemias, á los artificios, á los falsos testimonios, á la injusticia y á la perfidia; en una palabra, él ha probado todo lo mas furioso, injusto y maligno que encierra el corazon del hombre.

8. Si me preguntais cuál ha sido la causa de esta determinacion, y por qué tantos crímenes juntos han contribuido al suplicio del Salvador de las almas; os responderé, cristianos, que el Hijo de Dios ha querido presentarse á nosotros, no solamente como aquel que debe expiar los pecados y la malicia del mundo, sino como aquel que debe hacerlos detestar. Existe en la criatura un fondo de malignidad infinita, que hace decir al apóstol san Juan, no ya que el mundo es maligno, sino que todo él no es mas que malignidad: *Mundus totus in maligno positus est.* (Ibid. V, 19). Esta malignidad se ha coligado, como digo, contra Jesucristo por dos razones: él ha venido á combatir la malignidad del mundo; necesario era que la hiciese declararse manifiestamente, á fin de que estallase la eterna oposicion entre él y el mundo: ved ahí por que ha marchado contra él, por decirlo así, en órden de batalla y desplegado para perderle toda su maldad.

9. Además, él ha venido á expiar los pecados, á facilitarnos los medios de conocerlos, á hacernos ver las causas por que debemos aborrecerlos. Pero nada puede hacernos aborrecer tanto la malignidad del mundo, como el verle derramar contra el Salvador todo su veneno. Hé aquí por que ha sido preciso que todo lo mas oculto, todo lo mas profundo de la malicia de los hombres se manifestase en esta ocasion abiertamente, con el objeto de que nos pareciese

tanto mas digno de execracion, cuanto mas mezclada la viésemos en el mas negro atentado que el universo ha visto jamás. Así que, la manera mas útil de considerar la persecucion y el suplicio del Salvador de las almas, es pesar y ver atentamente de cuánto ha sido capaz el corazon del hombre; á fin de que cuantas veces advirtamos en nosotros alguna semejanza con aquellos que han afligido y perseguido á Jesucristo, veamos de cuántas maneras renovamos el crímen de los judíos y la pasion del Salvador de las almas. Venid, hermanos mios, venid á aprender en la historia de sus dolores lo que debe esperarse del mundo: venid, en fin, á ver lo que hay que esperar y sufrir de la amistad, del odio, de la indiferencia de los hombres, de su proteccion, de su abandono, de sus virtudes y vicios, de su probidad é injusticia. Todo es mudable, todo infiel, todo al fin se trueca en afliccion; y Jesucristo os ofrece hoy un ilustre ejemplo de esta verdad.

10. Sí, todo se trueca en afliccion y en cruz; primeramente, los amigos: ó se separan de nosotros por interés, ó nos pierden con sus engaños, ó nos dejan por debilidad, ó nos socorren fuera de tiempo, segun su humor no conforme á nuestras necesidades; y siempre nos molestan y afligen.

11. El pérfido Judas nos hace ver la malignidad del interés, que rompe las amistades mas santas. Jesús le habia llamado para completar el número de sus Apóstoles; Jesús le habia honrado con su particular confianza, y le habia hecho distribuidor de toda su economía: no obstante, ¡oh malicia del corazon humano! no es un enemigo, ni un extranjero, es Judas, ese discípulo querido, ese íntimo amigo, quien le hace traicion, quien le entrega, quien le roba primero, y despues le vende por una pequeña suma: ¡tan débiles son la amistad y la confianza contra el interés! No digais elegiré bien: ¿quién ha de saber elegir mejor que Jesús? no digais me llevaré bien con mis amigos: ¿quién ha tratado á los suyos nunca con mas benignidad que Jesús, que es la bondad y la dulzura mismas? Detestemos, pues, la avaricia, que ha hecho primeramente un ladron, y en seguida un traidor de un apóstol, y no tengamos seguridad jamás donde quiera que percibamos la menor sombra de interés.

12. Siempre es el interés la causa de las lisonjas y el objeto de los lisonjeros, y hé aquí por qué Judas, á quien el demonio del interés poseia, se entrega al de la lisonja. Saluda á Jesús, y le vende; le llama su Maestro, y le vende; le besa, y le pone en poder

de sus enemigos: es la imágen perfecta de un adulador que á todas horas aplaude al que llama su maestro y protector, para traficar con él, como dice el apóstol san Pedro. «Tales son aquellos «(hé aquí, hermanos, sus expresiones) que impelidos por la ava«ricia, trafican con nosotros con fingidas palabras:» *In avaritia fictis verbis de vobis negotiabuntur*. (II *Petr.* II, 3). Todas sus alabanzas son otras tantas redes que nos tienden, toda su amabilidad es engaño. Hacen tratados secretos, en los cuales nos comprenden sin que nosotros lo sepamos: colíganse con Judas: «¿qué me daréis «si os le entrego?» (*Matth.* XXVI). Así frecuentemente nos venden, y no pocas veces nos entregan. Desconfiemos, pues, de las alabanzas y de la amabilidad de los hombres. Mirad bien á aquel lisonjero que os está continuamente incensando: ¿sabeis que no hace mas que ocultar su intencion, y que con esa inmensa profusion de alabanzas con que al parecer os ensalza, compra la libertad de vituperar vuestra conducta y aun venderos sin excitar sospecha alguna? ¿quién no te aborrecerá, ¡oh lisonja! corruptora de la vida humana, con tus pérfidos abrazos y emponzoñados besos, puesto que tú eres quien entrega al divino Salvador en manos de sus enemigos implacables?

13. Ya habeis visto, hermanos, lo que son los amigos corrompidos; veamos ahora lo que debemos esperar de aquellos que aparentan ser los mas seguros: debilidad, ingratitud, abandono; hé aquí lo que experimentó el divino Jesús. Apenas han oido que su Maestro ha sido aprehendido, todos sus discípulos le dejan huyendo vergonzosamente. (*Marc.* XIV, 50). Ó corte, á quien predico este Evangelio, ¿no reconoces, dí, tu retrato en esta historia? ¿no reconoces en lo que acabo de decir tus favores engañosos, tus amistades inconstantes? así que se ofrece la menor dificultad, todos huyen, todos se alarman, todos se espantan; conservando á lo mas cierto exterior que recuerde lo pasado, á fin de mantener la apariencia de una amistad engañosa, y algo de la dignidad que exige tan santo nombre. Pero vamos todavía mas léjos, y veamos la debilidad de esa amistad que parece ser la mas pronta en favorecernos. El flaco de los amigos del mundo es querernos ayudar segun su capricho ó su carácter, y no conforme nuestras necesidades lo reclaman. Pedro trata de defender á su Maestro, y saca la espada, y pretende salvar derramando sangre al que solo quiere por defensora á su propia inocencia. ¡Oh Pedro! ¿deseas consolar á tu divino Maestro? Con dulzura, con sumision, con fidelidad y perseverancia puedes conseguirlo; ¡oh Pedro! tú no lo haces, sin embargo, porque semejante socorro no está conforme con tu carácter: por el contrario, te abandonas al transporte ciego de un celo inconsiderado; hieres á los ministros de la justicia y aumentas la odiosidad que gravita ya sobre tu Maestro inocente, á quien tratan de sedicioso. Hé ahí lo que hace la amistad del mundo: quiere contentarse á sí misma y socorrernos segun su humor; al propio tiempo que nos rehusa el socorro que exigen nuestras necesidades.

14. Pero ved aquí, si no me engaño, el último golpe que podemos recibir de una amistad vacilante, de un gran celo mal sostenido, de una constancia que decae al fin profundamente, hiriéndonos con mas crueldad que si nos hubiese faltado desde el principio; el mismo Pedro es un ejemplo vivo de ello. ¡Cuán firme no es! ¡cuán intrépido! Vedle; quiere morir por su Maestro; no puede abandonarle: al principio le sigue; pero, ¡oh fidelidad apenas comenzada, que solo sirve para traspasar el corazon de Jesús con una apostasía mas cruel, con una perfidia mas criminal! ¡ah! ¡cuán engañosa no es en sus apariencias la amistad de la criatura, cuán corrompida en medio de sus lisonjas, cuán amarga en sus mudanzas, cuán terrible en sus socorros intempestivos, y en su variable constancia que luego hace mas insoportable la infidelidad! Jesús ha sufrido todas estas miserias para hacernos aborrecer tantos crímenes como nos obliga á cometer la amistad de los hombres, por nuestra ciega complacencia; aborrezcámosla, cristianos, y no tengamos amistad ni confianza cuyo objeto no sea Dios, cuyo principio no sea la caridad.

15. ¿Qué no le hará sufrir ahora el furor de sus enemigos? mil tormentos, mil aflicciones, mil calumnias. Pero antes de que pasemos á hablar de todas estas indignidades, examinemos la primera causa de ellas, que era una negra envidia. Esta es precisamente la mas baja, la mas odiosa, la mas desacreditada de todas las pasiones; pero quizás la mas comun, y de la que pocas almas están enteramente libres. Aprendamos, pues, á detestarla y á desarraigarla de nuestro corazon, puesto que ella es la que ha inventado y ejecutado todo lo que contra el justo han emprendido los judíos. Los hombres se precian de delicados; y la adulacion de nuestro amor propio nos hace tan grandes á nuestros ojos, que tomamos por un atentado la menor apariencia de contradiccion, y á poco que se nos hiera nos irritamos.

16. Pero lo mas desarreglado que hay en nosotros, es que so-

mos tan delicados que se nos hiere y lastima, sin habernos tocado siquiera. Aquel hace su fortuna inocentemente, y el buen éxito de su empresa nos convierte en enemigos suyos: su virtud nos hace sombra, su reputacion nos ofusca. Los escribas y fariseos no podian sufrir á Jesucristo, ni la pureza de sus doctrinas, ni la inocente sencillez de su vida y de su conducta, que confundia á su hipocresía, á su orgullo y avaricia. «¡Oh envidia! dice excelentemen-«te san Gregorio Nazianceno (*Orat.* XXVII, *num.* 8, *t.* I, *p.* 466, «467): tú eres la mas justa y la mas injusta á la vez de todas las pa-«siones: injusta, porque afliges á los inocentes; pero justa al mis-«mo tiempo, porque castigas á los culpables: injusta, porque per-«sigues á todo el género humano; pero soberanamente justa, por-«que tu malignidad se ceba en el mismo corazon en que ha sido «concebida.» Los pontífices de los judíos y los fariseos, atormentados dia y noche por esta baja pasion, se dejan conducir por ella á los mayores excesos en contra del Salvador, y reunen para anonadarle todo lo que la irrision tiene de mas ultrajante y la crueldad de mas sanguinario. Cosa nunca oida es, que la risa y la crueldad se unan en toda su fuerza para que el horror de la sangre vertida llene el alma de imágenes fúnebres que disminuyan la maliciosa alegría de la mofa y el sarcasmo. No obstante, contemplo á mi Salvador entregado á sus enemigos para ser el solo objeto de sus burlas, como un insensato; de su furor, como un malvado: de tal suerte, hermanos mios, que en todo el curso de su Pasion vemos reinar á la risa entre los dolores, y á la acritud del sarcasmo en medio del último transporte de la crueldad.

Segunda parte: En la obediencia del Salvador hallamos nuestro ejemplo.

17. San Agustin ha notado tres principios de la muerte de Nuestro Señor Jesucristo, dice aquel santo Obispo. (*In epist. S. Joan. tract.* VII, *num.* 7, *t.* III, *part.* II, *col.* 874, 875). Ha sido condenado al último suplicio por tres especies de personas; por su Padre, por sus enemigos, y por sí mismo, lo cual hace decir al Apóstol que Dios no ha perdonado ni á su propio Hijo, antes bien «le «ha entregado en prenda de nuestro rescate:» *Pro nobis omnibus tradidit eum* (Rom. VIII, 32): por sus enemigos; Judas le entregó á los judíos: *Ego vobis eum tradam* (Matth. XXVI, 15); los judíos le entregaron á Pilatos: *Tradiderunt Pontio Pilato præsidi.* (Ibid. XXVII, v. 2). Pilatos le entregó á los soldados para que le crucificasen: *Tradidit eum militibus ad crucifigendum.* (Ibid. 26). No solo, cristianos, ha sido entregado por su Padre y por sus enemigos, sino que él mismo se ha puesto en manos de estos, lo cual conmueve profundamente á san Pablo, cuando escribe á los gálatas: «Vivo en la fe «del Hijo de Dios, que me ha amado hasta el punto de dar su vi-«da por mí:» *Et tradidit semetipsum pro me.* (Galat. XX). Ved aquí, pues, al Hijo de Dios entregado á la muerte por diferentes personas y por motivos muy diferentes: su Padre le ha entregado por un sentimiento de justicia; Judas por el interés; los judíos por envidia; Pilatos por debilidad; y él mismo, en fin, se ha entregado por obediencia.

18. Pero para que comprendais hasta dónde llega esta obediencia, preciso es que recordeis, que habiéndose sometido á la voluntad de su Padre, y á las voluntades, aunque perversas, de sus mas crueles enemigos; y habiéndose encargado voluntariamente de responder de las iniquidades del mundo, la justicia de su Padre ha querido vengarlas en su persona: y así que hubo llegado la hora de descargar sobre los hombros de aquel inocente todas las penas de los culpables, por los cuales habia respondido, el Padre eterno hizo dos cosas maravillosas; da libertad de obrar contra su Hijo á todo el poder del infierno, y al propio tiempo parece que le retira toda la proteccion del cielo. Hasta aquel dia, cristianos, sus enemigos habian tratado en vano, ora de apedrearle, ora de prenderle: siempre podian intentarlo; pero no ejecutar nada contra su persona hasta que la señal fuese en el cielo. Pero habiendo Dios soltado la mano de sus enemigos, que hasta entonces habia tenido sujeta, en un momento se vieron todas las pasiones excitadas, conmovidas todas las potestades, desencadenadas todas las furias contra Jesucristo. Pero ¡cuán vanos serian estos esfuerzos, cuán impotente esa rabia, si el Hijo de Dios quisiera resistir á ella! no obstante, no lo hace, cristianos, ve llegada su hora, y adora el mandamiento de su Padre, y resuelto á obedecer, deja á la malicia de los judíos un poder sin límites contra su persona: si bien, al paso que sus enemigos se encuentran en disposicion de atreverse á todo, él se reduce voluntariamente á la necesidad de sufrirlo tambien todo. De esta suerte, cristianos, sus enemigos, por decirlo así, se convierten en impotentes contra el Todopoderoso, que sin hacer fuerza ni resistencia se expone á los ultrajes de todos.

19. Hé aquí lo que el apóstol san Pedro nos explica excelente-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

mente en su primer epístola canónica (I *Petr.* II, 23), en la cual, poniéndonos á la vista á Jesucristo sufriendo las duras pruebas á que voluntariamente se sujetaba, nota que «no volvia oprobios por «oprobios, ni maldiciones por maldiciones, ni amenazas por ame«nazas.» ¿Qué hacia, pues, cristianos, en todo el curso de su Pasion? El apóstol san Pedro nos lo explicará con una sola palabra: *Tradebat autem judicanti se injuste:* «Se entregaba y abandonaba al «que le juzgaba injustamente.» Y lo que se dice con respecto á su juez, debe entenderse de la misma suerte con respecto á todos aquellos que le ofenden é insultan: se entrega á ellos absolutamente para que cumplan en él su voluntad. Por esto no niega su divina boca á los pérfidos besos de Judas; presenta voluntariamente sus inocentes espaldas á los golpes de sus enemigos; presenta sus manos que han obrado tantos milagros, ahora para que las aten, y mas tarde para que las claven en la cruz; presenta su rostro, tan majestuoso, á cuantas indignidades quiere hacer con él una multitud furiosa. Consta que ni siquiera volvió la faz una vez sola: *Faciem meam non averti ab increpantibus et conspuentibus in me.* (Isai. L, 6). Víctima entregada humildemente á toda especie de excesos, no hace mas que esperar el golpe sin querer siquiera eludir su fuerza con el menor movimiento de cabeza. Venid, pues, ó judíos y romanos, magistrados y particulares, pueblo y soldados, volved cien veces á la carga; multiplicad vuestros ultrajes, haced herida sobre herida, causad dolor sobre dolor, añadid indignidades á indignidades: mi Salvador no se opone á nada; respeta en vuestro furor las órdenes de su Padre; de esta manera su inocencia está abandonada al desbordamiento desenfrenado de vuestra licencia, y á la omnipotencia, si me es permitido hablar así, de vuestra malicia.

20. Si alguna vez, hermanos mios, llegais á caer en manos de vuestros enemigos, á ser desacreditados por sus maledicencias, envueltos en sus artificios, abatidos por su poder y su crédito, acordaos del justo á quien veis sucumbir hoy bajo el peso de la obstinada malicia de sus envidiosos. Esta es, lo confieso, la mas ruda prueba de la paciencia: fácilmente sufrimos otros males, en los cuales no se mezcla la malicia de los hombres; pero cuando la malignidad de nuestros enemigos es causa de nuestras desgracias, nos cuesta trabajo encontrar algun resto de paciencia en nosotros. La razon es, cristianos, que en las enfermedades, por ejemplo, cierto curso natural de las cosas nos descubre mas claramente el órden de Dios, al que nuestra voluntad, aunque indócil, conoce sin embargo que debe ceder. Pero esta órden que contemplamos en las necesidades naturales, se nos oculta, por el contrario, cuando la malicia de los hombres nos persigue, cuando nos vemos rodeados por todas partes de fraudes, de injusticias, de engaños; cuando vemos que «nuestros enemigos nos han asediado y rodeado con pa«labras de odio,» tal como habla el divino Salmista: *Sermonibus odii circumdederunt me, et expugnaverunt me gratis* (Psalm. CVIII, 2); que las salidas para escaparnos, las avenidas para socorrernos, están cerradas por una muralla de iniquidad, y que á cualquier lado que nos volvamos, su malicia se ha adelantado ya y nos ha cerrado todas las puertas; entonces, digo, es difícil reconocer la órden de un Dios justo entre tantas injusticias como nos acosan; y como nada vemos mas que la malicia de los hombres, que nos engañan y oprimen, nuestro corazon cree tener derecho á rebelarse; y hé aquí lo que nos impele á los mayores excesos. ¡Oh Jesús crucificado por los impíos! ¡Oh justo perseguido de la manera mas ultrajante del mundo! ven á nuestro socorro, y haznos ver la órden de Dios en los males que nos hace sufrir la malicia de los hombres. En efecto, ¿ha sucedido jamás en el mundo algo por determinacion mas manifiesta de la providencia de Dios, que la Pasion de su Hijo? Y ¿qué suceso se ha visto jamás en que la malicia, la perfidia, en que todos los crímenes hayan tenido mayor parte? Tal es, si lo comprendemos, la causa de aquella gran lucha de Jesucristo con la justicia de su Padre. «Ó Padre, le dijo con ardor en el monte Olivete, «apartad de mí este cáliz.» Á la verdad, cristianos, siendo hombre como nosotros, y de la misma complexion, tenia un horror natural á la muerte y á los tormentos: pero no temo engañarme al aseguraros que hay alguna cosa mas rigorosa por medio, que le hace dirigir á su Padre esta súplica. Y esta causa es que no solo veia en el cáliz de su pasion dolores extremos, sino tambien injusticias nunca oidas: ved ahí lo que le aflige profundamente, lo que causa mas horror á su santa alma: nada le aflige tanto, cuando ve sus llagas, como el pensar que en cada una recibe un nuevo sacrilegio. ¡Oh Padre mio! no es de esta manera como yo quisiera cargar con los pecados del pueblo: ¡oh! yo no rehuso los dolores; mas ¡ay! Padre mio, si fuese posible que sufriese sin tantos crímenes de parte de mis enemigos, mis penas serian soportables: ¿es necesario que con tantos tormentos beba, por decirlo así, el cáliz de tantas iniquidades, y que me vea hecho el único objeto de tan horribles blasfemias, de tan furiosas violencias? *Pater, si possibile est, transfer*

calicem istum à me: «¡Padre! si es posible, libradme de beber esta «amargura. Y hágase, añade, no mi voluntad, sino la vuestra:» *Veruntamen non mea voluntas sed tua fiat.* (Matth. XXVI, 39; Luc. XXII, 42). ¡Qué! ¿la voluntad del Padre celestial reside en la traicion de Judas, en el furor de los pontífices, y en todos los demás crímenes enormes que tantas veces os he enumerado? Sin duda.

21. Aquí es donde debemos comprender con el gran san Agustin (*lib. de grat. et lib. arbit. num.* 41, 42, *t.* X, *col.* 740, 741; *serm.* CXXV, *num.* 5, *t.* V, *col.* 608, 609), que Dios preside á los malos consejos: los ordena, los empuja, los precipita, los contiene; y á pesar de las malas intenciones, los conduce á sus fines ocultos; de no ser así, Dios, que es todopoderoso y bueno, no permitiria tantos pecados. Él ordena las tinieblas del mismo modo que la luz: es decir, que lo mismo arregla á los designios secretos de su providencia los complots criminales, que las acciones virtuosas; y por mas esfuerzos que los malvados hagan por seguir otra via que la que él les ha marcado, siempre vienen á dar en el órden de su providencia y de su sabiduría.

22. Así pues, atreveos á todo, ó almas inícuas; atacad, perseguid, acosad, aguzad vuestras lenguas malignas, afilad vuestros dientes venenosos, saciad con vuestra maledicencia ese humor destructor que os domina; bien puede el fiel vivir sin temor; porque por mas que emprendais é intenteis, no podréis hacer mas que lo que Dios os permita. Vosotros le lanzaréis vuestros dardos emponzoñados; pero ellos no van siempre á donde vuestra mano los dirige; y Dios, cuando le plazca, no solamente sabrá hacerlos variar de direccion, sino tambien lanzároslos de rechazo á vosotros. No nos turbemos, pues, al ver la malicia de los hombres; Jesús perseguido y obediente nos hace reconocer la órden de su Padre; procuremos únicamente, hermanos mios, no agriar nuestros males con nuestra impaciencia, y no irritar á Dios con nuestras quejas; caminemos siempre por la senda recta: si, no obstante, nuestros enemigos nos llevan ventaja, si los justos designios son menos dichosos, y la malicia triunfa de la sencillez, no perdamos por esto nuestra confianza; no creamos que sucumbimos al esfuerzo de una mano mortal; miremos de dónde ha partido la órden soberana que nos abate, y digamos á nuestros enemigos lo que el Salvador á Pilatos: «Tú no podrás nada contra mí, si no te lo permite el cielo:» *Non haberes potestatem adversum me ullam, nisi tibi datum esset desuper.* (Joan. XIX, 11).

23. Hé aquí lo que debe extinguir en nuestras almas todo sentimiento de venganza; porque la malicia de nuestros enemigos, tan odiosa como es, no deja al cabo de ser el instrumento de una mano divina para ejercitarnos ó castigarnos. Preciso es que esta idea desarme nuestra cólera: y el que conociendo la mano de Dios, y la órden de un soberano semejante, todavía piensa en vengarse y no en humillarse y someterse, es sin duda un loco atrevido. Así, pues, no miremos, hermanos, lo que los hombres han hecho contra nosotros, sino que él es el que les da poder para ofendernos: *Datum est illis ut nocerent.* (Apoc. VII, 2). Así nuestros resentimientos no osarán manifestarse; un pensamiento mas elevado nos ocupará; y por respeto á la órden de Dios, no solo estarémos prontos á sufrir, sino tambien á perdonar; Jesucristo crucificado nos ha dado el ejemplo.

Tercera parte: En el perdon que Jesús concede hallamos nuestra gracia y nuestra esperanza.

24. Ya habeis visto, cristianos, toda la malignidad de la criatura declarada abiertamente contra él; ya habeis visto al justo ofendido por sus amigos, por sus enemigos, por aquellos que, teniendo autoridad, estaban mas obligados á proteger su inocencia, la debilidad de los unos, la cruel firmeza de los otros: él no opone nada, nada mas á todos aquellos ultrajes que un perdon universal que concede á todos, y que pide para todos en general á su Padre: «Ó Padre, «dice, perdonadlos, porque no saben lo que se hacen:» *Pater, dimitte illis: non enim sciunt quid faciunt.* (Luc. XXIII, 34). Ya veis que no contento con perdonarles, todavía los disculpa su divina bondad: mas bien que condena su malicia, compadece su ignorancia; no pudiendo excusar á la malicia misma, ofrece para expiarla la muerte que ellos le hacen sufrir, y los rescata con la misma sangre que derraman. (*S. Aug. in Joan. tract.* XCII, *num.* 1, *t.* III, *part.* II, *col.* 724). Al ver semejante exceso de misericordia, ¿tendrémos un alma tan dura que no queramos hoy excusar todo lo que nos ha hecho sufrir por la debilidad de nuestros hermanos, y perdonar de buen grado á todos aquellos cuya malicia nos ha hecho padecer? Cristianos, los que nos aborrecen y persiguen no saben lo que se hacen. Ellos se hacen á sí mismos mayor mal que el que nos quieren hacer á nosotros: su injusticia nos hiere, pero á ellos los mata; ellos mismos se atraviesan el corazon por arañar levemente nuestra piel. De esta manera nuestros enemigos son furiosos que no sa-

ben lo que se hacen; que queriendo hacernos beber, por decirlo así, todo el veneno de su odio, hacen en sí mismos mil ensayos funestos y beben los primeros el veneno que nos preparan. Si los que nos hacen mal son locos furiosos, ¿por qué los hemos de perseguir con nuestra venganza, y no procuramos mas bien volverlos á la razon con nuestra paciencia y dulzura? Pero léjos de abrigar tan caritativas disposiciones; léjos de hacer algun esfuerzo sobre nosotros mismos para sufrir una injuria, creemos degradarnos y envilecernos, si no hacemos alarde de nuestra delicadeza quejándonos á poco que se nos toque. En hora buena, lancémonos sin reconocer límites donde nuestros resentimientos nos precipitan: ejerzamos en aquellos que aborrecemos venganzas impías; ó bien complazcámonos en abatirlos con una vana ostentacion de paciencia y compasion insolente, que no se mueve por desden, y que finge estar tranquila para insultar mas: tan crueles enemigos, tan implacables vengadores somos, que hacemos armas ofensivas é instrumentos de cólera de la misma paciencia y compasion.

25. Cristianos, que este santo dia no pase sin llevar consigo nuestros resentimientos á Jesucristo crucificado: no pensemos inútilmente en la muerte del justo y en sus bondades infinitas. Perdonemos á ejemplo suyo á nuestros enemigos, y pensemos que él no ha hecho la Pascua para nosotros sin contar con este perdon necesario. Bien sé que este precepto evangélico no es escuchado siquiera en la corte: las venganzas aquí son infinitas; y aun cuando no las impeliese el resentimiento, todos se creen obligados á llevarlas á cabo por política. Creen que es útil hacerse temer, y piensan que se exponen á padecer cuando están de humor de sufrir. Y acaso fuese tolerable esta máxima anticristiana, si no tuviésemos que atender mas que á los intereses del mundo; pero nuestro gran interés es sabernos conciliar la misericordia divina; es complacer á un Dios que no perdona mas que á aquellos que perdonan sinceramente, y que solo á este precio concede su misericordia. Nuestra ceguedad es extrema, si no sacrificamos á este interés eterno nuestros intereses perecederos. Perdonad, pues, cristianos; pero despues de concedido el perdon, no haya mas frialdad: os lo digo en presencia de Dios, y Jesucristo crucificado será testigo fiel de que lo que digo es verdad. La manera de perdonar que vemos introducida en el mundo, es una burla manifiesta de su Evangelio: amigos, con tal que no nos veamos, no queremos volver á la antigua confianza. Perdonad como Jesucristo ha perdonado; tratad

de restablecer la confianza perdida; volved á poseer el perdido cariño, y encended la caridad extinguida con beneficios efectivos: *Benefacite*. (Matth. v, 44). Decidamos una vez lo que el Evangelio ha decidido; no tengamos otra razon que la sangre de Jesucristo y su ejemplo; de otro modo no esperemos ninguna comunion con Jesucristo, ninguna sociedad con la cruz, ninguna participacion en el perdon que para nosotros ha pedido á su Padre.

26. Porque no ignorais, hermanos mios, que todos hemos sido comprendidos en su súplica. Jesucristo estaba enclavado en su infame madero, levantando á Dios sus manos inocentes, y como si no le hubiesen colocado tan alto mas que para descubrir á un pueblo infinito que se burla de sus males, que vuelve la cabeza y solo ve un objeto de risa en tan deplorable extremo. Pero su mirada abraza mas que esto: él ve á todos los hombres con todos sus crímenes; ha visto á cada uno en particular. En aquel dia, «os he «visto, dice, y llamado por vuestro nombre.» (*Isai.* XLIII, 1). Nuestros pecados le afligen tanto como los de los judíos que le persiguen: no nos halla menos ciegos ni inconsiderados en nuestras pasiones, y, movido á compasion, deplora nuestra ceguedad mas bien que vitupera nuestra malicia. Vuélvese, pues, á su Padre, y le pide con lágrimas que tenga piedad de nuestra ignorancia. En efecto, los hombres que pecan son doblemente ciegos: ellos no saben, ni lo que hacen, ni en lo que se meten; y permitidme, cristianos, que considere aquí vuestra ceguedad, considerando la de los judíos.

27. Ellos son miserablemente ciegos, porque despues de tantas señales y milagros no quieren considerar la dignidad de aquel en quien ponen sus manos sacrílegas. Pero ved aquí el último exceso: habiendo tenido que elegir entre Jesús y Barrabás, «reniegan, co«mo dice san Pedro (*Act.* III, 14, 15), del justo y del santo; dan «libertad al asesino, y condenan á muerte al Autor de la vida.» No es necesario que yo hable aquí: ya por sí solo es una cosa harto horrible ver que han puesto á su Salvador en una cruz; pero si consideramos el lugar que ocupa, nada habrá que pueda igualar á la indignidad de aquella eleccion. Pero sea que nos indignamos contra la injusticia de los judíos, sea que nos asombramos de tan extraña ceguedad, fijemos la vista en nosotros mismos: no es necesario que yo hable aquí; juzgue cada cual segun su conciencia. ¿Qué dejamos? ¿qué elegimos? ¿qué preferimos á Jesucristo? ¿qué hacemos, no solamente vivir, sino reinar en su lugar? ¿Por quién se declara nuestro corazon? ¿qué es lo que nos hace decir: «que

«se le lleven, que se le crucifique?» (*Joan.* XIX, 15) y crucificamos otra vez todavía á Jesucristo. (*Hebr.* VI). ¡Cuánta no es nuestra ceguedad! despues de esta indigna eleccion, ¿qué esperanza de salvacion nos quedaria, si Jesucristo no hubiese rogado en la cruz por los que no saben lo que se hacen? pero nosotros no pensamos en lo que nos empeñamos, y en la venganza que atraemos sobre nuestras cabezas con esta ofensiva preferencia. Los judíos satisfacen su odio; y en tanto que derraman aquella sangre inocente con tan furiosa inhumanidad, todavía tienen la audacia de decir: «que su «sangre caiga sobre nosotros y nuestros hijos.» (*Matth.* XXVII, 25). ¡Ah! no saben lo que hacen, ni lo que dicen; no piensan, desventurados, que mientras satisfacen su pasion, adelantan su juicio, su última ruina. Raza maldita y desleal, esa sangre caerá sobre tí segun tus palabras: esa sangre suscitará contra tí enemigos implacables que abatirán tus murallas y tus fortalezas, y destruirán por los cimientos ese templo que es ornamento del mundo. Pero ellos nada saben, nada comprenden, y llevados de su pasion, no ven la cólera que les amenaza. Nosotros, embriagados del mismo modo en medio de nuestras insensatas pasiones, no miramos el dia de Dios, dia de tinieblas, de tempestad, de indignacion eterna (*Joel*, II, 12), y no consideramos de qué suerte podrémos soportar los golpes incesantemente redoblados de esa mano soberana. Jesucristo mismo sucumbe bajo su peso terrible: se aflige, se turba, suda sangre y agua, se queja de cansancio; y no encuentra consuelo.

28. Tal es, hermanos, un Jesús bajo la espantosa prensa de la justicia divina. Las mujeres de Jerusalen se conmueven al ver sus males y dolores; pero oid cómo él les habla: «No lloreis por mí, «les dice; sino por vosotras y por vuestros hijos» (*Luc.* XXIII, 28): llorad las calamidades que os amenazan: «porque si esto sucede «con la leña verde, ¿qué no sucederá con la seca?» (*Ibid.* 31). Cristianos que os asombrais de ver á Jesucristo tan cruelmente tratado, asombraos de vosotros mismos y del castigo que atraeis sobre vuestras cabezas criminales. Si la justicia divina no perdona al inocente, porque ha respondido por todos los pecadores, ¿qué deben esperar los pecadores mismos, si desprecian la misericordia que les ha sido ofrecida? Si esa leña verde, esa leña viva; si Jesucristo, ese árbol que ostenta tan hermosos frutos, no se libra: tú, pecador, leña árida, árbol sin raíz, que no es bueno mas que para el fuego eterno, ¿qué debes esperar? hé aquí lo que nosotros no consideramos. Jesús conmovido al ver las miserias que nos amenazan, ¡oh Padre! exclama, tened piedad de esos insensatos que corren ciegamente á su condenacion riendo, batiendo palmas, aplaudiéndose unos á otros; ¡oh Padre! tened piedad de su ignorancia, ó mas bien de su estupidez insensata: *Pater, dimitte illis; non enim sciunt quid faciunt.* (Luc. XXIII, 34). «Padre mio, perdonadlos, porque «no saben lo que se hacen.» No solo ruega, cristianos, sino que se sacrifica por nosotros: «Dios estaba en Cristo reconciliándose con «el mundo.» (II *Cor.* V, 19).

29. Y ¿de qué nos sirve, cristianos, que Jesucristo haya pedido por nosotros á su Padre, y que haya pagado con su propia sangre nuestro rescate, si no obstante perecemos en medio de los misterios de nuestra salvacion y á la vista de la cruz, sin aprovecharnos de su misericordia y su perdon? ¡ah! ved aquí ya llegados los saludables dias en que Jesucristo quiere celebrar la Pascua con nosotros: en que los pastores de las almas, los predicadores, toda la Iglesia reunida nos grita: hermanos mios, por Jesucristo os rogamos que os reconcilieis con Dios. (II *Cor.* V, 20). ¿Quién de nosotros no ha resuelto durante estos santos dias acercarse á la santa mesa? ¡Oh santa resolucion! pero no extrañeis, sin embargo, que os detenga para deciros con el Apóstol: *Probet autem seipsum homo* (I *Cor.* XI, 28): «Necesario es que el hombre se experimente á sí mis«mo;» la accion que vais á hacer es la mas santa, la mas augusta, la mas importante del Cristianismo; de nada menos se trata que de comer con nuestra propia boca nuestra condenacion ó nuestra vida, de llevar la misericordia ó la muerte en nuestras entrañas. El misterio de la Eucaristía es el sagrado memorial de la pasion de Jesús: él está aun en el Calvario; todavía derrama por nosotros la sangre del Nuevo Testamento: allí está renovando, representando y perpetuando su santo sacrificio.

30. Hemos notado, hermanos mios, en el curso de su pasion, el crímen de sus enemigos y su santidad infinita; ahora se trata de saber al comulgar en cuál de estas dos cosas tendréis parte: en la santidad de la víctima, ó en los crímenes de aquellos que la inmolan; para perpetuar la violencia ó la sumision, los ultrajes ó la obediencia, la traicion de Judas, ó la fidelidad del Salvador. Nada venga Dios mas terriblemente que la profanacion de sus santos misterios. Antes de ejecutar una accion, cuyas consecuencias son tan importantes, el Apóstol obra con suma prudencia, deteniéndonos y ordenándonos una santa prueba: que cada cual se experimente á sí mismo á la vista de este santo altar, y registre minuciosamente

los pliegues mas ocultos de su conciencia. Olvidad, pues, todos vuestros negocios; porque, ¿qué cuidados no deben ceder ante el cuidado de hacernos dignos de Jesucristo? ¿puede haber algo que sea mas útil si se recibe bien, ni mas peligroso si se profana que su misterio adorable?

31. ¿Habeis pensado en corregir vuestra vida, en restituir el bien mal adquirido, en reparar las injusticias que habeis hecho? Yo no puedo nombrároslas aquí todas: pensad solamente en las del juego, tan frecuentes, tan poco meditadas, tan poco reparadas. Tiemblo por vosotros, cuando considero las ventajas fraudulentas que tomais, y dais las desgracias que les siguen, y el reposo desgraciado en que acerca de este particular duermen vuestras conciencias. No parece sino que el hombre se persuade de que todo es juego en el juego; pero no es así ciertamente. Las injusticias no son allí menos grandes, ni las restituciones menos obligatorias, sin que notemos aquí otras diferencias; y los fraudes y robos no son allí menos comunes y manifiestos; pensad en esto, cristianos, si con vuestras riquezas no quereis jugar vuestra alma, ó mas bien, no jugarla, sino perderla con toda seguridad, de una manera mucho mas arriesgada que lo haceis con vuestros bienes. El gran san Ambrosio se asombra del atrevimiento de los grandes jugadores «que á cada «paso varian (*lib. de Job, cap.* XI, *t.* I, *col.* 602, 603) segun el ca«pricho de la suerte; siendo tan pronto ricos como pobres y arrui«nados.» No os asombreis, cristianos, si descendemos á estas pequeñeces; y si juzgais acaso que esto es rebajar demasiado nuestro discurso, pensad cuánto mas indigno no es rebajar hasta ahí vuestra conciencia. Pero jamás daria fin á mi discurso, si tratase de llevar adelante este exámen: *Probet autem seipsum homo:* Que el hombre se experimente á sí mismo; si os sujetais á la prueba, conoced vuestra debilidad y desconfiad de vuestras fuerzas; recibid santamente los divinos misterios; no cometais en vuestra Pascua un sacrilegio, etc.

ASUNTOS

PARA LA PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

1. El divino Redentor se presenta bajo tres aspectos: como hostia, como víctima y como holocausto: hostia de propiciacion, víctima de expiacion, holocausto de satisfaccion: hostia que se ofrece en el huerto de Getsemaní, víctima que se sacrifica en Jerusalen, holocausto que se consuma en el Calvario.

2. El amor fue el que en la Pasion 1.° sujetó el poder del Hombre-Dios; 2.° ocultó su gloria.—El amor hizo salir de sí al Hombre-Dios, y entregándole á los hombres, mantuvo oculto en él un atributo tan formidable, haciéndole aparecer como un Dios destituido de todo poder. *Potestatem suam ab omni opere retraxit, ut humiliatus otiosa virtute infirmari videretur* (S. Ambr. in c. XXI, Matth.); 1.° para que quedase reducido á las fuerzas humanas, y 2.° para que se siguiese el efecto de su muerte.—Si, como dice san Ambrosio, la gloria de la divinidad de Jesucristo permaneció durante su vida milagrosamente secreta, para que no le impidiera alguna obra de la redencion: *sequestrata dulcedine divinitatis* (lib. X in c. XXII. Luc.); con mayor razon quiso mantenerla oculta al tiempo de su muerte, que era cuando parecia mas necesaria para salvarle, á fin de que no le impidiera presentarse á la vista del mundo, 1.° con la apariencia de culpable; 2.° con la ignominia de crucificado.

3. El mismo Evangelio nos enseña el órden que debe seguirse al tratar de este misterio: allí la Pasion del Salvador se divide naturalmente en tres partes, que son: la sangrienta agonía que padeció en el huerto, los crueles ultrajes que recibió en los tribunales, y la inhumana muerte que sufrió en el Calvario. Mas en cada una de estas tres partes muéstranse en Jesucristo tres caractéres indivisibles: de Hombre, de Dios y de Salvador. Como Hombre, padece, y siente toda la violencia de sus penas. Como Dios, vence, y ejerce toda la fuerza de su divino poder. Como Salvador, triunfa, y derrama todos los tesoros de su divina caridad.—Al Hombre debemos tributar amargas lágrimas de la muy tierna compasion; á Dios, fe sincera de la mas viva religion; al Salvador, gratitud profunda y dulcísimo amor.

Sentencias de la sagrada Escritura.

Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu. (*Philip.* II).

Non judicavi me scire aliquid, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum. (I *Cor.* II).

Mortuus est Christus, ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est. (II *Cor.* V).

Charitas Christi urget nos: pro omnibus mortuus est Christus. (*Ibid.*).

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los pliegues mas ocultos de su conciencia. Olvidad, pues, todos vuestros negocios; porque, ¿qué cuidados no deben ceder ante el cuidado de hacernos dignos de Jesucristo? ¿puede haber algo que sea mas útil si se recibe bien, ni mas peligroso si se profana que su misterio adorable?

31. ¿Habeis pensado en corregir vuestra vida, en restituir el bien mal adquirido, en reparar las injusticias que habeis hecho? Yo no puedo nombrároslas aquí todas: pensad solamente en las del juego, tan frecuentes, tan poco meditadas, tan poco reparadas. Tiemblo por vosotros, cuando considero las ventajas fraudulentas que tomais, y dais las desgracias que les siguen, y el reposo desgraciado en que acerca de este particular duermen vuestras conciencias. No parece sino que el hombre se persuade de que todo es juego en el juego; pero no es así ciertamente. Las injusticias no son allí menos grandes, ni las restituciones menos obligatorias, sin que notemos aquí otras diferencias; y los fraudes y robos no son allí menos comunes y manifiestos; pensad en esto, cristianos, si con vuestras riquezas no quereis jugar vuestra alma, ó mas bien, no jugarla, sino perderla con toda seguridad, de una manera mucho mas arriesgada que lo haceis con vuestros bienes. El gran san Ambrosio se asombra del atrevimiento de los grandes jugadores «que á cada «paso varian (*lib. de Job, cap.* XI, *t.* I, *col.* 602, 603) segun el ca«pricho de la suerte; siendo tan pronto ricos como pobres y arrui«nados.» No os asombreis, cristianos, si descendemos á estas pequeñeces; y si juzgais acaso que esto es rebajar demasiado nuestro discurso, pensad cuánto mas indigno no es rebajar hasta ahí vuestra conciencia. Pero jamás daria fin á mi discurso, si tratase de llevar adelante este exámen: *Probet autem seipsum homo:* Que el hombre se experimente á sí mismo; si os sujetais á la prueba, conoced vuestra debilidad y desconfiad de vuestras fuerzas; recibid santamente los divinos misterios; no cometais en vuestra Pascua un sacrilegio, etc.

ASUNTOS

PARA LA PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

1. El divino Redentor se presenta bajo tres aspectos: como hostia, como víctima y como holocausto: hostia de propiciacion, víctima de expiacion, holocausto de satisfaccion: hostia que se ofrece en el huerto de Getsemaní, víctima que se sacrifica en Jerusalen, holocausto que se consuma en el Calvario.

2. El amor fue el que en la Pasion 1.° sujetó el poder del Hombre-Dios; 2.° ocultó su gloria.—El amor hizo salir de sí al Hombre-Dios, y entregándole á los hombres, mantuvo oculto en él un atributo tan formidable, haciéndole aparecer como un Dios destituido de todo poder. *Potestatem suam ab omni opere retraxit, ut humiliatus otiosa virtute infirmari videretur* (S. Ambr. in c. XXI, Matth.); 1.° para que quedase reducido á las fuerzas humanas, y 2.° para que se siguiese el efecto de su muerte.—Si, como dice san Ambrosio, la gloria de la divinidad de Jesucristo permaneció durante su vida milagrosamente secreta, para que no le impidiera alguna obra de la redencion: *sequestrata dulcedine divinitatis* (lib. X in c. XXII. Luc.); con mayor razon quiso mantenerla oculta al tiempo de su muerte, que era cuando parecia mas necesaria para salvarle, á fin de que no le impidiera presentarse á la vista del mundo, 1.° con la apariencia de culpable; 2.° con la ignominia de crucificado.

3. El mismo Evangelio nos enseña el órden que debe seguirse al tratar de este misterio: allí la Pasion del Salvador se divide naturalmente en tres partes, que son: la sangrienta agonía que padeció en el huerto, los crueles ultrajes que recibió en los tribunales, y la inhumana muerte que sufrió en el Calvario. Mas en cada una de estas tres partes muéstranse en Jesucristo tres caractéres indivisibles: de Hombre, de Dios y de Salvador. Como Hombre, padece, y siente toda la violencia de sus penas. Como Dios, vence, y ejerce toda la fuerza de su divino poder. Como Salvador, triunfa, y derrama todos los tesoros de su divina caridad.—Al Hombre debemos tributar amargas lágrimas de la muy tierna compasion; á Dios, fe sincera de la mas viva religion; al Salvador, gratitud profunda y dulcísimo amor.

Sentencias de la sagrada Escritura.

Hoc sentite in vobis quod et in Christo Jesu. (*Philip.* II).

Non judicavi me scire aliquid, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum. (I *Cor.* II).

Mortuus est Christus, ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei qui pro ipsis mortuus est. (II *Cor.* V).

Charitas Christi urget nos: pro omnibus mortuus est Christus. (*Ibid.*).

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tamquam ovis ad occisionem ductus est, et sicut agnus coram tondente se sine voce, sic non aperuit os suum. (*Isai.* LIII).

Recogitate eum qui talem sustinuit à peccatoribus adversum semetipsum contradictionem, ut ne fatigemini animis vestris deficientes. (*Hebr.* XII).

Christo igitur passo in carne, et vos eadem cogitatione armamini. (I *Petr.* IV).

Delens quod adversum nos erat chirographum decreti, quod erat contrarium nobis, et illud tulit de medio, affigens illud cruci. (*Coloss.* II).

Cum inimici essemus, reconciliati sumus Deo per mortem Filii ejus. (*Rom.* V).

Dilexit nos, et tradidit semetipsum pro nobis oblationem, et hostiam Deo in odorem suavitatis. (*Ephes.* V).

Benedixisti Domine terram tuam, avertisti captivitatem Jacob: remisisti iniquitatem plebis tuæ, operuisti omnia peccata eorum: mitigasti omnem iram tuam, avertisti ab ira indignationis tuæ. (*Psalm.* LXXXIV).

Una oblatione consummavit in æternum sanctificatos. (*Hebr.* X).

Dedit semetipsum, ut mundaret sibi populum acceptabilem, sectatorem bonorum operum. (*Tit.* II).

Extendi manum meam, et non fuit qui aspiceret: ego quoque in interitu vestro ridebo, et subsannabo. (*Prov.* I).

Justus perit, et non est qui recogitet in corde suo. (*Isai.* LVII).

Vulneratus est propter iniquitates nostras; attritus est propter scelera nostra. (*Ibid.* LIII).

Abscissus est de terra viventium; propter scelus populi mei percussi eum. (*Ibid.*).

O insensati galatæ, quis vos fascinavit non obedire veritati, ante quorum oculos Jesus Christus præscriptus est in vobis crucifixus? (*Galat.* III).

Sicut Moyses exaltavit serpentem in deserto, ita exaltari oportet Filium hominis, ut omnis, qui credit in ipsum, non pereat, sed habeat vitam æternam. (*Joan.* III).

Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret. (*Ibid.*).

Cornua in manibus ejus, ibi abscondita est fortitudo ejus. (*Habac.* II).

Empti estis pretio magno. (II *Cor.* VI).

Super me confirmatus est furor tuus, et omnes fluctus tuos induxisti super me. (*Psalm.* LXXXVII).

Obstupescite cœli super hoc, et portæ ejus desolamini vehementer. (*Jerem.* II).

Factus sum ego tamquam surdus non audiens, et sicut mutus non habens in ore suo redargutiones. (*Psalm.* XXXVII).

Torcular calcavi solus, et de gentibus non est vir mecum. (*Isai. c.* LXIII).

Nos prædicamus Christum, Judæis quidem scandalum, gentibus autem stultitiam, ipsis autem vocatis, Judæis, atque Græcis, Dei virtutem, atque sapientiam. (I *Cor.* I).

Unus mediator Dei, et hominum, homo Christus Jesus, qui dedit redemptionem seipsum pro omnibus. (I *Tim.* II).

Accessistis ad Testamenti novi Mediatorem Jesum, et sanguinis aspersionem melius loquentem, quam Abel. (*Hebr.* XII).

Dilexit nos, et lavit nos à peccatis nostris in sanguine suo. (*Apoc.* I).

Agnus occisus ab origine mundi. (*Ibid.* XIII).

Figuras de la sagrada Escritura.

Léese de Isaac (Genes. VI, 63): *Egressus fuerat ad meditandum in agro, inclinata jam die;* en cuyas palabras vese una verdadera figura de Jesucristo, cuando despues de la cena legal se trasladó al monte Olivete para hacer la formal oblacion de su próximo holocausto.

Tambien David prefiguró la salida de Jesucristo y el paso del torrente de Cedron, cuando huyendo de su rebelde hijo Absalon, se retiró con algunos de sus fieles vasallos á la otra parte de aquel mismo torrente.

Simon de Casia ve tambien una figura de lo que en esta ocasion hizo Jesucristo, en lo que las Escrituras nos refieren del rey Asa (II *Par.* XV, 16): el cual destruyó los ídolos y arrojó y quemó sus restos en el torrente de Cedron. *In eodem torrente,* dice, *simulacrum turpissimum combustum est ab Asa rege Jerusalem, ut omnis turpitudo peccati, et falsa similitudo, atque simulatio malæ vitæ, passionibus pro Christo, ab hominibus comburatur.*

No sin algun misterio hizo fabricar Salomon las puertas del oráculo, puestas en la primera entrada del *Sancta Sanctorum*, de madera de olivo: *In ingressu oraculi fecit ostiola de lignis olivarum* (III Reg. VI, 3); por lo que dicen los intérpretes que el Pontífice eterno, próximo á entrar en el santuario de su Pasion, dirigió sus primeros pasos al monte Olivete.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El Ángel que se aparece á Gedeon y le anima al combate con estas palabras: *Vade in fortitudine tua, et liberabis Israel de manu Madian* (Judic. VI), puede compararse con el Ángel que descendió al huerto para confortar á Jesús, poniéndole á la vista la conquista del mundo: *Confortatus est ex fructus magnitudine* (Beda in c. XXII Luc.), y san Anselmo añade: *Confortavi eum dicens: Constans esto Domine modo genus humanum debes redimere.* (Dial. de Pass.).

Acan apedreado por todo el pueblo: *lapidavit eum omnis Israel* (Josue, VII), fue un símbolo de Jesucristo, en cuyo corazon congregáronse allá en el huerto todas las iniquidades del género humano, oprimiéndole de manera que hicieron brotar sangre de todos sus miembros.

Así como Job recibió á un mismo tiempo todos los funestos anuncios de su adversidad, así tambien en el huerto presentáronse en un mismo instante á la mente de Jesucristo todos los tormentos y las penas que en breve habia de padecer.

Entre los muchos dolores que afligieron al Hijo de Dios, uno de los mas acerbos fue el de no hallar ni en el cielo ni en la tierra quien le consolase; en cuyo estado hallóse tambien José mientras estuvo encerrado en la cárcel, segun aquellas palabras del profeta Amós: *Nihil patiebantur super contritione Joseph* (c. VI).

Sentencias de los santos Padres.

Illo vadit ubi cum discipulis conversari solebat: quod facit, ut à proditore facilius possit inveniri. (*S. Cyrill. Alex. lib.* XI *in Joan. c.* XXXI).

In monte Oliveti tenetur Jesus, et inde ascendit in cœlum, ut sciamus, quia inde ascendimus ad cœlos, unde vigilamus, et oramus, et ligamur, et non recalcitremus in terra. (*S. Hier. apud Hug. Card.*).

Ideo in horto passio Christi cœpit, quod in paradiso Adam transgressus esset. (*S. Athan. q.* 136 *ad Antioch.*).

Hortus erat, paradisi locum designans; ad pristinum enim omnes recurrere oportebat, et ut in paradiso malorum initium factum est, sic in horto Christi passio incipit, per quam à malis liberati, in pristinum restituti sumus. (*S. Cyrill. Alex. loc. supracit.*).

Pulchre in horto voluit Adam secundus obediens inveniri, quia videlicet primus Adam in horto, scilicet in paradiso, quod interpretatur hortus, inobediens inventus: imo à serpente circumventus est. (*Rup. Abb. lib.* XIII *in Joan. c.* XVIII).

Hos tres tantum Apostolos secum intrare in hortum Jesus voluit, ne turbâ comitatus defendere se velle existimaretur; suos alios non secum accepit, ne laberentur, et caderent. (*S. Cyrill. Alex. ubi supra*).

Et assumpto Petro, et duobus filiis Zebedæi, qui erant sibi familiares, et transfigurationi, et suscitationi puellæ interfuerant... (*D. Dionys. Carth. in Matth. a.* XLII).

Passio illa et dolor à Christo fuerunt assumpta voluntarie, propter finem liberationis hominum à peccato; et ideo tantam quantitatem doloris assumpsit, quæ esset proportionata magnitudini fructus, qui inde sequebatur. (*S. Thom.* 3, *p. q.* 46, *a.* 6).

Contristabatur non timore patiendi; sed propter infelicissimum Judam, et scandalum omnium Apostolorum, et rejectionem populi Judæorum, et eversionem miseræ Jerusalem. (*V. Beda, et S. Hier. in Matth.* XXVI).

FIN DEL TOMO PRIMERO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

DE LOS ESQUELETOS Y SERMONES CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

PÁG.

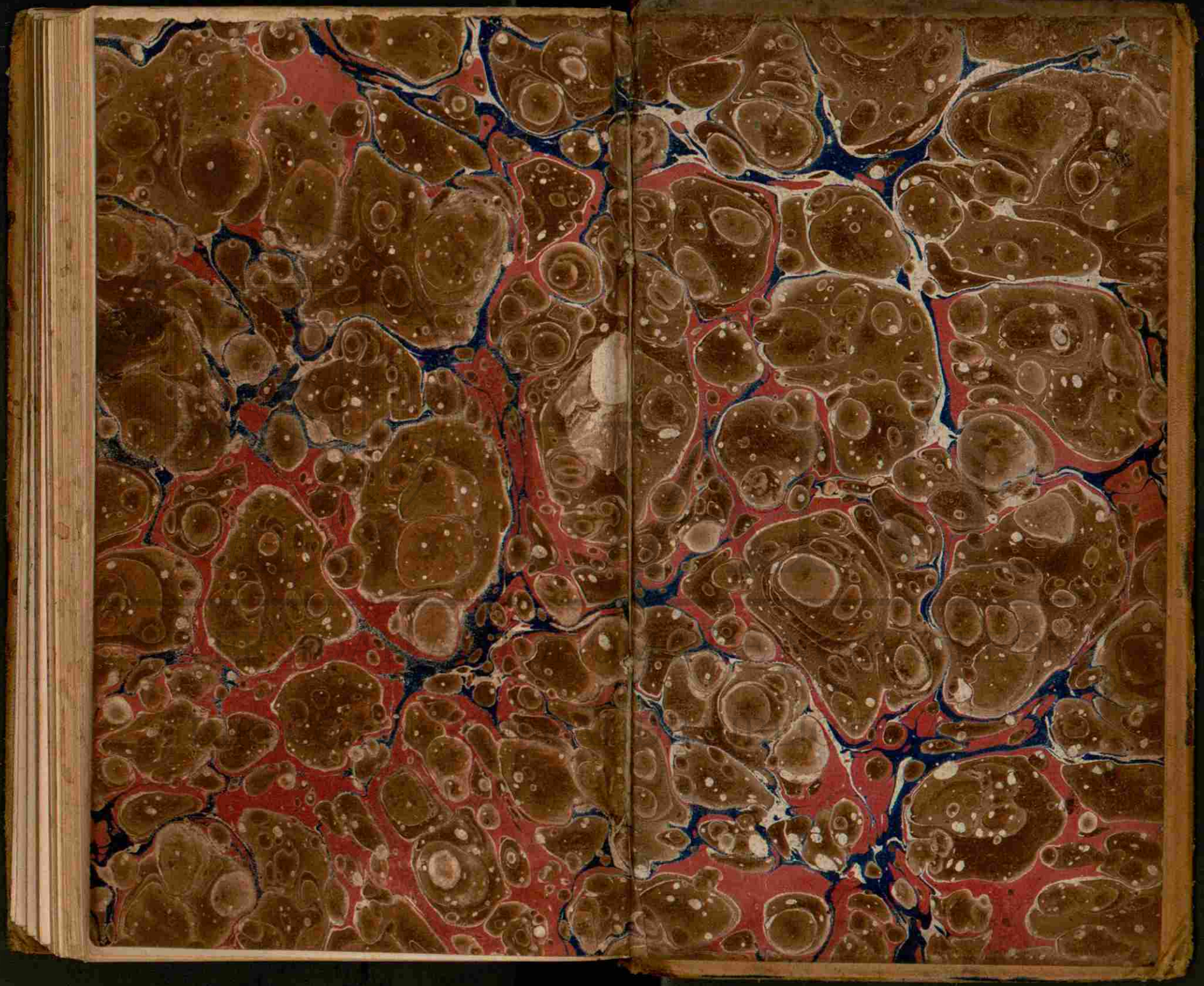
Prólogo. 5
Esqueleto del Sermon sobre la existencia de Dios.. 7
Sermon.. 9
Esqueleto del Sermon I de la santísima Trinidad.. 23
Sermon.. 25
Esqueleto del Sermon II de la santísima Trinidad. 44
Sermon.. 47
Asuntos sobre lo mismo. 64
Esqueleto del Sermon sobre la autenticidad, verdad y divinidad del Evangelio. 69
Sermon.. 71
Esqueleto del Sermon sobre la sabiduría y santidad de Jesucristo. . . 85
Sermon.. 88
Esqueleto del Sermon sobre la claridad de las profecías y verdad de los milagros.. 105
Sermon.. 108
Esqueleto del Sermon I sobre la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.. 127
Sermon.. 129
Esqueleto del Sermon II de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo. 137
Sermon.. 140
Esqueleto del Sermon III de la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo. 158
Sermon.. 162
Asuntos para la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo. 179
Esqueleto del Sermon I de la Circuncision de Nuestro Señor Jesucristo. 191
Sermon.. 193
Esqueleto del Sermon II de la Circuncision de Nuestro Señor Jesucristo. 201
Sermon.. 203
Esqueleto del Sermon III de la Circuncision de Nuestro Señor Jesucristo.. 222
Sermon.. 227
Asuntos para la Circuncision de Nuestro Señor Jesucristo. 256
Esqueleto del Sermon I sobre la Epifanía. 264
Sermon.. 266

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esqueleto del Sermon II sobre la Epifanía. 275
Sermon.. 277
Esqueleto del Sermon III sobre la Epifanía.. 295
Sermon.. 299
Asuntos para la Epifanía.. 326
Esqueleto del Sermon I sobre la Transfiguracion de Nuestro Señor Jesucristo. 336
Sermon.. 338
Esqueleto del Sermon II sobre la Transfiguracion de Nuestro Señor Jesucristo. 354
Sermon.. 356
Homilía sobre los efectos de la verdad religiosa en el hombre en oposicion ó contraste con los de los errores. 367
Asuntos para la Transfiguracion. 379
Esqueleto del Sermon I sobre la Pasion de Nuestro Señor Jescristo. . 385
Sermon.. 387
Esqueleto del Sermon II sobre la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo. 402
Sermon.. 406
Esqueleto del Sermon III sobre la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo. 437
Sermon.. 441
Asuntos para la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo. 458

FIN DEL ÍNDICE.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSITY OF MICHIGAN
DOCUMENTS CENTER